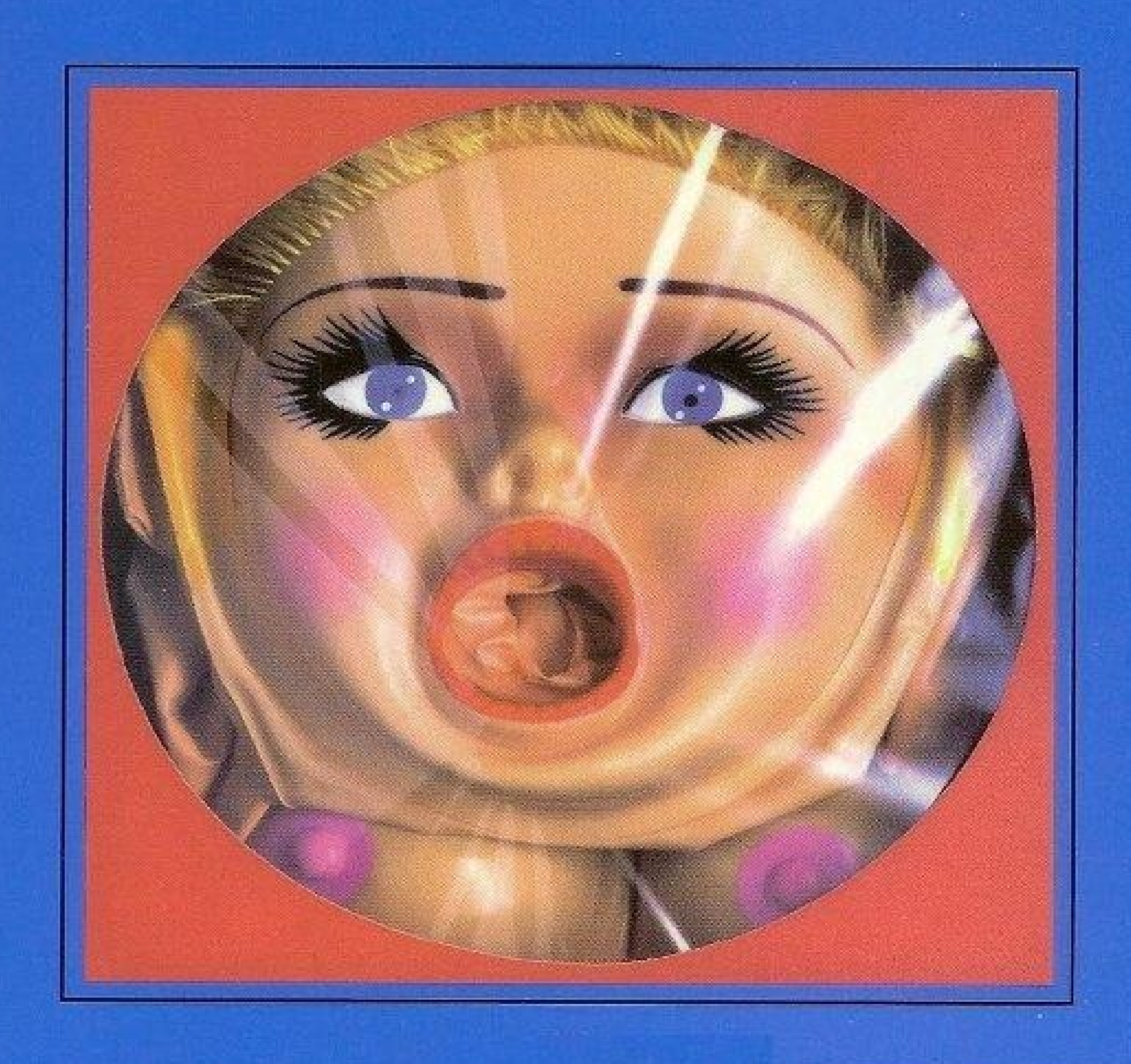
Irvine Welsh

Porno



Diez años después de *Trainspotting*, tras divorciarse de su mujer y de fracasar en varios negocios, Sick Boy está en franca decadencia. Decide aceptar la oferta de su tía Paula, quien lo dejará a cargo de un pub. Pero ahí el negocio no está solamente en las bebidas: Sick Boy descubre que un grupo se reúne a follar y a filmar sus orgías en uno de los salones privados. Y que en Edimburgo hay un negocio de vídeos porno realizados en las trastiendas de los pubs. Sick Boy se pondrá, ayudado por la guapa Nikki Fuller-Smith, estudiante de cine y trabajadora del sexo, a hacer una película porno de altura. Y también incluirá en el equipo a su amigo Renton, el que los traicionó y huyó con el dinero del alijo de heroína. Aunque también se mueven por ahí Spud, el único que había recibido a escondidas su parte del dinero de la droga, y Begbie, que después de pasar unos años en la cárcel volverá a la acción aún más paranoico y furioso que antes.

Lectulandia

Irvine Welsh

Porno

ePub r1.0
Rintxo 29.08.13

Título original: *Porno*
Irvine Welsh, 2002
Traducción: Federico Corriente

Editor digital: Rintxo
ePub base r1.0

Para:

Johny Brown, Janet Hay, Stan Keütyka, John McCartney, Helen McCartney, Paul Reekie, Rosie Savin, Franck Sauzee
Y en memoria de John Boyle

Sin crueldad no hay fiesta…
NIETZSCHE,
La genealogía de la moral, tratado II, sección 6

1. Vídeos caseros

1. CHANCHULLO N.° 18732

Croxy, sudando debido al esfuerzo y no por efecto de las drogas por una vez en su vida, sube penosamente las escaleras con la última caja de discos mientras yo me derrumbo sobre la cama, sumido en un embotamiento depresivo al mirar boquiabierto las paredes de conglomerado color crema. Conque esto es mi nuevo hogar. Un cuartucho de cuatro metros y medio por cuatro, con pasillo, cocina y un cuarto de baño como propina. La habitación contiene un armario empotrado sin puertas, la cama y casi el espacio justo para dos sillas y una mesa.

No puedo quedarme aquí: estaría mejor en la cárcel. Antes vuelvo a Edimburgo a cambiarle a Frank Begbie su celda por esta casucha helada.

En este espacio tan reducido el hedor a cigarrillos viejos que desprende Croxy resulta asfixiante. Llevo tres semanas sin fumar, pero como fumador pasivo me habré echado una media de treinta al día sólo por hallarme en sus inmediaciones. «Menuda sed da este trabajo, ¿eh, Simon? ¿Te vienes a tomar una al Pepys?», pregunta con tal entusiasmo que parece recochineo, una pulla calculada ante las estrecheces que está pasando un tal Simon David Williamson.

Visto desde cierta perspectiva, bajar a Mare Street, al Pepys, para que todos se cachondeen sería una insensatez que te cagas, «Has vuelto a Hackney, ¿eh, Simon?», pero sí, lo que necesito es compañía. Hay que dar la chapa, desahogarse. Además, Croxy necesita un poco de oxígeno. Intentar dejar de fumar en su compañía es como intentar desengancharse en un squat lleno de yonquis.

«Tienes suerte de haber pillado este sitio», me dice Croxy, mientras me ayuda a descargar las cajas. Una suerte que te jiñas. Me tiendo en la cama y todo el chiringuito se tambalea cuando el expreso de Liverpool Street pasa jalando leches por la estación de Hackney Downs, que se halla a medio metro aproximadamente de la ventana de la cocina.

Quedarme donde estoy en mi estado de ánimo es una opción aún más inaceptable que salir, así que bajamos cautelosamente las escaleras peladas, cuya moqueta está tan desgastada que resulta más peligrosa que la superficie de un glaciar. Fuera cae aguanieve y se respira un aura tenue de resaca vacacional por todas partes a medida que nos aproximamos a Mare Street y al ayuntamiento. Croxy, que carece de todo sentido de la ironía, me cuenta que «Hackney es mejor barrio que Islington, lo cojas por donde lo cojas. Islington lleva años hecho una mierda».

Se puede ser un crustie[1] demasiado tiempo. Croxy debería diseñar sitios web en Clerkenwell o el Soho en lugar de organizar squats y fiestas en Hackney. Le espabilo acerca de cómo funciona el mundo, no porque piense que al muy capullo le vaya a servir de algo, sino simplemente para impedir que tonterías como esa se filtren en la subcultura underground sin que nadie se oponga. «No, es un paso atrás», digo

mientras me soplo en las manos, cuyos dedos están tan sonrosados como unas salchichas de cerdo sin freír. «Para un crustie de veinticinco años, Hackney está bien. Para un empresario de treinta y seis años en alza», digo señalándome a mí mismo, «lo suyo sería Izzy. ¿Cómo vas a darle a un chocho de nivel una dirección E8 en un bar del Soho? Qué le dices cuando te pregunta "¿Y dónde queda la estación de metro más próxima?"».

«El paisaje está bien», dice, indicando el puente del ferrocarril bajo el cielo turbulento. Un autobús 38 pasa por delante vomitando carbono tóxico. Los putos cabrones de Transportes Londinenses, venga a quejarse en sus panfletos de lujo acerca del daño que los automóviles causan al medio ambiente mientras te atiborran el sistema respiratorio a voluntad.

«Qué coño va a estar bien», salto yo, «es una mierda. Este sitio será la última zona del norte de Londres donde pongan metro. Hasta en el puto Bermondsey ya lo han puesto, hostias. Son capaces de ponerlo para llegar hasta esa puta carpa de circo a la que nadie quiere ir, y no son capaces de hacer lo mismo aquí; menuda cagada».

El enjuto rostro de Croxy se contrae y abre paso a una sonrisa nerviosa; me mira con esos enormes ojos hundidos. «Hoy estás de un temperamental que te cagas, ¿eh, jefe?», me dice. Y así es. De modo que hago lo de siempre: ahogar mis penas en alcohol, contarles a todos los del pub —Bernie, Mona, Billy, Candy, Stevie y Dee— que Hackney no es más que un cambio temporal y que no esperen verme por el barrio a tiempo completo. De eso nada. Tengo planes más ambiciosos, colega. Y sí, efectúo frecuentes visitas a los lavabos, pero siempre para ingerir en lugar de excretar.

Incluso mientras me meto por la tocha a paletadas, me percato de la triste realidad. La coca me aburre. Nos aburre a todos. Somos unos capullos hartos de todo, en un entorno y en una ciudad que odiamos, fingiendo ser el centro del universo, destrozándonos con drogas de mierda para hacer frente a la sensación de que la verdadera vida transcurre en otra parte, conscientes de que lo único que hacemos es alimentar la paranoia y el desencanto, y, pese a ello, somos demasiado apáticos para dejarlo. Porque, por desgracia, no hay nada que tenga suficiente interés como para dejarlo. Y ya que estamos, abundan los rumores de que Breeny lleva una burrada de perico y da la impresión de que ya circula una cantidad considerable.

De repente es el día siguiente y estamos en un piso pegándole a la pipa y Stevie venga a largar acerca de lo que le costó comprar esta remesa que está lavando, y los billetes arrugados aparecen a regañadientes mientras el tufo a amoníaco inunda el ambiente. Siempre que esa horrible pipa toca mis labios, haciéndome ampollas, me entra una sensación de derrota y de náusea hasta que la calada me envía al otro extremo de la habitación: frío, helado, contento, pagado de mí mismo, diciendo chorradas y tramando planes para dominar el planeta.

Después salgo a la calle. No sabía que estaba otra vez dando vueltas por Islington

hasta que vi a una chica luchando con el mapa en el Green, tratando de abrirlo con los mitones puestos, y reaccioné con un lascivo «¿Perdida, nena?». Pero el tono lloroso de mi voz, preñada de emoción, expectación e incluso pérdida, me dejó estupefacto. Me eché hacia atrás tanto por la impresión que me produjo como por el trallazo de la lata morada de Tennent's que sostenía en la mano. ¿Qué cojones era aquello? ¿Quién se lo puso en la mano? ¿Cómo cojones he llegado hasta aquí? ¿Dónde están todos? Hubo algunos quejidos y algunas despedidas y salí caminando bajo la fría lluvia y ahora…

La chica se puso más tiesa que el mástil de carne pétrea que llevo bajo los pantalones y saltó: «Vete a tomar por culo…, no soy tu nena…».

«Perdona, muñeca», me disculpo con descaro.

«Tampoco soy una muñeca», me hace saber.

«Eso depende del punto de vista con que se mire, cariño. Intenta verlo desde el mío», me oigo decir, como si se tratara de otra persona, y me veo a mí mismo a través de sus ojos: un borrachín sucio y apestoso con una lata de Tennent's en la mano. Pero tengo un trabajo que hacer, tías a las que ver, incluso un poco de dinero en el banco, y mejor ropa que esta pelliza manchada y maloliente, este viejo gorro de lana y estos guantes, así que, ¿qué cojones pasa aquí, Simon?

«¡Largo, tiparraco!», dice, dándome la espalda.

«Supongo que hemos empezado con mal pie. No importa, a partir de aquí la cosa sólo puede mejorar, ¿eh?».

«¡Vete a tomar por culo!», me grita por encima del hombro.

Las tías. A veces llegan a ponerse pelín negativas. Maldigo mi falta de conocimientos sobre ellas. He conocido a unas cuantas, pero mi rabo siempre se ha interpuesto entre ellas, yo y algo más profundo.

Empiezo a recordar, en un intento por recolonizar mi mente retorcida y calenturienta, a desplegarla y fragmentarla en unidades de perspectiva. Se me vino a la mente que de hecho había estado en casa. Volví deprimido al queo nuevo aquella mañana, tras haber consumido la última coca, y empecé a sudar y a cascármela delante de una foto de prensa de Hillary Clinton vestida de traje presentándose a senadora por Nueva York. Le soltaba el viejo rollo acerca de no preocuparse por las judías, ella seguía siendo una mujer hermosa y Monica no estaba a su altura. Bill lo que tendría que hacer es ir al psiquiatra. Después hicimos el amor. Más tarde, mientras Hillary dormía satisfecha, me fui al lado, donde me aguardaba Monica. Leith se fusionó con Beverly Hills en un elegante polvo posalienación. Después conseguí que Hillary y Monica se lo montaran entre ellas mientras yo miraba. Al principio se resistieron, pero evidentemente logré convencerlas. Sentado en la raída silla que me regaló Croxy, me relajé, disfrutando del espectáculo con un habano, bueno, en realidad, una panatella larga y fina.

Un coche de policía pasa con la sirena ululando por Upper Street en busca de un paisano lento al que lisiar mientras yo me estremezco y vuelvo a la realidad.

La insípida pero sórdida naturaleza de la fantasía me produce cierto desasosiego, pero sólo sucede porque, según mi raciocinio, es el bajón quien hace que esas feas reflexiones —que tendrían que ser fugaces— perduren, atasquen las cañerías y le obliguen a uno a lidiar con ellas. Me quita las ganas de meterme coca, aunque pasará un tiempo antes de que vuelva a poder permitírmelo, lo cual carece de relevancia cuando uno está enganchado.

Voy con el piloto automático puesto, pero paulatinamente me doy cuenta de que ahora me dirijo cuesta abajo desde el Ángel hacia King's Cross, lo cual es un signo intrínseco de desesperación como la copa de un pino. Me voy a ver a los corredores de apuestas de Pentonville Road por si veo alguna cara conocida, pero no reconozco a nadie. En los tiempos que corren la tasa de rotación de la escoria es muy alta y en el Cross hay polis al acecho por todas partes. Pasan zumbando como lanchas motoras por una ciénaga de aguas residuales, limitándose a dispersar o desplazar los residuos tóxicos pero sin tratar de remediarlos ni erradicarlos jamás.

Entonces veo entrar a Tanya con pinta de haberse picado. Su rostro consumido está pálido como la ceniza, pero se le iluminan los ojos al reconocerme. «Cariño…», dice, estrechándome entre sus brazos. Lleva un tío pequeño y flacucho a remolque, que al fijarme mejor resulta ser una tía. «Esta es Val», dice, con el arquetípico gemido nasal del picota londinense. «Hace siglos que no te veía por aquí».

Me pregunto por qué. «Ya, he vuelto a Hackney. Es temporal y tal. Este fin de semana le he estado pegando un poco a la pipa», le explico, mientras entra bruscamente una pandilla de negratas craqueros: tensos, larguiruchos y hostiles. Me pregunto si habrá alguien que haga apuestas en este lugar. No me molan las vibraciones, así que nos largamos, mientras la marciana anémica de Val y uno de los negros se tiran pullas, y nos dirigimos a la estación de King's Cross. Tanya gimotea no sé qué acerca del tabaco y vale, ya sé que me estoy quitando, pero no hay color, no quedan más huevos y me revuelvo el bolsillo en busca de calderilla. Compro unos pitillos y enciendo uno en el metro. Un gordo cabrón, blanco y prepotente, que lleva uno de esos nuevos uniformes azul claro de las tropas de asalto gay, me dice que apague el fumeque. Señala una placa que hay en la pared en memoria de los cientos de personas que murieron en un incendio causado por la colilla que tiró algún mamón. «¿Es que eres estúpido? ¿Acaso no te importa?».

¿Con quién cojones creerá este payaso que habla? «No, me importa una puta mierda, se lo merecían. Viajar conlleva ciertos riesgos, joder», salto yo.

«¡Perdí a un buen amigo en ese incendio, so cabrón!», chilla el soplagaitas iracundo este.

«Pues si tenía como amigo a una escoria como tú seguro que era gilipollas», grito

yo, pero apago el fumeque mientras bajamos la escalera mecánica que lleva al andén. Tanya se ríe y la tal Val está histérica perdida, saliéndose de sus casillas.

Subimos en metro hasta Camden y el queo de Bernie. «No deberíais andar por King's Cross, chicas», digo con una sonrisa, pues sé exactamente por qué lo hacen, «y menos aún con putos negros», les digo. «Lo único que quieren es encontrar a una tía blanca molona y ponerla a hacer la calle».

La tal Val sonríe al oírlo, pero Tanya se pone borde. «¿Cómo puedes decir eso? Vamos a casa de Bernie. Es uno de tus mejores amigos y es negro».

«Claro que lo es. No hablo de mí; ellos son mis hermanos, mi gente. Casi todos mis colegas de aquí son negros. Hablo de vosotras. No quieren ponerme a hacer la calle a mí. Claro está que si pudiera salirse con la suya, el puto Bernie lo haría».

La marimacho de Val vuelve a soltar una risilla extrañamente atractiva mientras Tanya hace un agrio mohín.

Subimos al piso de Bernie, y me olvido por un segundo del bloque de esta miserable urbanización en el que vive, ya que resulta muy extraño venir aquí de día. Molestamos a un borrachín solitario, dormido entre sus propios meados en un recodo de la escalera, «¡…nos días!», grito con alegría y brío, y el bolinga hace un ruido a mitad de camino entre un gemido y un gruñido. «Eso es muy fácil decirlo», bromeo yo, cosa que hace sonreír a las chicas.

Bernie sigue levantado; también acaba de volver de casa de Stevie. Está espitoso que te cagas, una masa negra y dorada de cadenas, dientes y anillos raperos. Huelo a amoníaco y, efectivamente, tiene una pipa preparada en la cocina y me ofrece una calada. Le pego una chupada larga y profunda; sus enormes ojos me animan maníacamente mientras su mechero quema las piedras. Al retener y espirar lentamente, noto ese ardor sucio y ahumado en el pecho y una flojera en las piernas, pero me aferró al borde de la encimera y disfruto del cuelgue frío y revoltoso. Observo cada miga de pan, cada gota de agua del fregadero de aluminio con minuciosidad compulsiva, lo cual debería repugnarme pero no lo hace, mientras la congelación me estremece y transporta mi psique hasta un lugar frío de la habitación. Bernie no pierde el tiempo, ya ha preparado otra dosis en esa sucia y vieja cuchara y extiende un lecho de ceniza sobre el papel de plata con la misma delicadeza y ternura con la que un padre depositaría a un bebé en la cuna. Sostengo el mechero y me asombra la violencia controlada de sus chupadas. Una vez Bernie me dijo que se entrenaba en la bañera aguantando la respiración bajo el agua para aumentar su capacidad pulmonar. Observo la cuchara, la parafernalia, y pienso con preocupación distante en lo mucho que esto me recuerda mis tiempos de picota. Pero que le den; soy más viejo y más espabilado; el jaco es el jaco y el crack es el crack.

Hablamos de chorradas, despotricando cada uno en las narices del otro, que se hallan a menos de un palmo, agarrados a la encimera, como un par de protas de Star

Trek en el puente de mando cuando los rayos enemigos zarandean la nave.

Bernie larga de mujeres, de putas que le han jodido y amargado la vida, y yo hago lo propio. Después nos ocupamos de los cabrones de sexo masculino que nos han jodido y de cómo se llevarán lo suyo. Bernie y yo sentimos antipatía mutua por un tío llamado Clayton, que antes era más o menos amigo pero que ahora anda por ahí poniendo a todo dios a caldo. Clayton siempre es un blanco apropiado cuando se produce un bache en la conversación. Si los adversarios como él no existieran, habría que inventarlos para darle a la vida algo de dramatismo, cierta estructura, algo de significado. «Cada día está más zumbado», dice Bernie, con un extraño tono de preocupación pseudosincera, «cada día más», repite, tamborileándose la sien con el dedo.

«Ya… ¿Y aún se cepilla a la Carmel esa?», pregunto. Siempre quise echarle un polvo.

«No, tío, se fue a tomar por culo y volvió al sitio de donde salió, Nottingham o alguna mierda de sitio desos…», dice con ese deje que sale de Jamaica hasta llegar a la parte norte de Londres, con parada en Brooklyn. Después enseña las palas y dice: «Así eres tú, escocés: ves a una tía nueva por la calle y quieres saber de qué va y quién es su novio. Aunque tengas una mujer guapa, una criatura y dinero. No tienes remedio».

«Simple espíritu cívico. Intento interesarme por la comunidad, eso es todo», sonrío, asomándome a la puerta de al lado, donde las tías están sentadas en el sofá.

«La comunidad…», se ríe Bernie y repite: «Está bien eso de interesarse por la comunidad…».

Y vuelve a ponerse a lavar. «Keep on rocking in the free world»,[2] me carcajeo, mientras salgo para la habitación de al lado.

Mientras entro, noto que Tanya se rasca los brazos por debajo del top; es obvio que le está dando el síndrome, y como si de una especie de contagio fantasmal se tratara, empieza a temblarme el párpado. Me apetece follar para sudar algo de toxinas, pero no me gusta tirarme yonquis porque no se mueven. A saber lo que se meterá la tal Val, pero la cojo del brazo y la llevo medio a rastras hasta el retrete.

«¿Qué haces?», me pregunta, sin ofrecer resistencia ni dar tampoco muestras de conformidad.

«Sacarte una mamada», le digo, guiñándole el ojo; me mira sin temor alguno, y después con una pequeña sonrisa. Me doy cuenta de que arde en deseos de complacerme porque es de esa clase de tías. El tipo averiado, que siempre quiere complacer pero nunca jamás lo hará. Su papel en la vida consiste en hacer teatro: en poner caras para detener el puño de algún cabrón hecho polvo.

Así que entramos, me la saco y me empalmo. Ella se arrodilla y yo me aprieto esa cabeza grasienta contra la entrepierna; se pone a chupar y es… como si nada. No está

mal, pero odio la forma en que esos ojos vidriosos se levantan para hacer balance, para determinar si disfruto o no, concepto que resulta totalmente ridículo en estos momentos. Pero sobre todo pienso que ojalá hubiera traído la cerveza conmigo.

Poso la mirada sobre ese cráneo gris, esos ojos mortecinos que me miran furtivamente, y sobre todo en esos grandes dientes, incrustados en unas encías que han ido retrocediendo debido a la ingestión de drogas, la desnutrición y la ausencia total de cuidados dentales. Me siento como Bruce Campbell en alguna toma eliminada de The Evil Dead 3, Army of Darkness, en la que una Deadite le hace una mamada. Bruce se limitaría a convertir ese cráneo quebradizo en polvo, y yo tengo que sacarla antes de que me tiente hacer lo mismo y mi cada vez más fláccido pene quede hecho trizas sobre ese fétido lecho de dientes en descomposición.

Oigo abrirse la puerta principal y, para mi horror, una de las voces es sin duda la de Croxy; ha vuelto a por otra ración. Seguro que Breeny también. Pienso en esa cerveza y no soporto pensar en que algún capullo la agarre y se la beba como quien no quiere la cosa. También se trata de la idea de que encima no significaría nada para ellos, mientras que ahora mismo para mí lo es todo. Si es quien yo creo, puedo dar mi cerveza por perdida si no me muevo ahora mismo. Aparto a la tal Val y salgo pitando, envainándomela y subiéndome la cremallera al mismo tiempo.

Sigue ahí. Ya se me ha pasado el efecto del bacalao y vuelvo a tener hambre de crack. Me dejo caer en el sofá. En efecto, son Croxy, que parece que va follao, y Breeny, que parece fresco, pero preguntándose cómo es posible que se haya perdido una tanda; es asombroso, han subido más cervezas. Resulta curioso, pero no me produce la menor euforia; sólo hace que esa cerveza particular que tanto valoraba se me antoje tibia, desbravada e imbebible.

¡Pero hay más!

Así que bebemos más cervezas, tramamos más trapicheos insensatos y aparecen más piedras; Croxy fabrica una pipa a partir de una vieja botella de limonada de plástico para complementar las actividades de Bernie, y al poco tiempo todos volvemos a estar hechos polvo. La Val esa ha entrado tambaleándose, con cara de refugiada a la que acabaran de botar de un puto campamento, lo cual, supongo, es exactamente lo que es. Le hace una seña a Tanya; esta se levanta y las dos se largan sin decir palabra.

Soy consciente de que una discusión entre Bernie y Breeny va subiendo de tono por momentos. Se nos ha acabado el amoníaco y hemos tenido que pasarnos al bicarbonato para el lavado, lo que exige mayor habilidad, y Breeny le da la murga a Bernie por desperdiciar merca. «La estás cagando, gilipollas de mierda», dice, exhibiendo una boca llena de dientes amarillos y negros medio rotos.

Bernie le contesta no sé qué y pienso en que más tarde tengo que trabajar y que debería sobar un poco. Mientras bajo por el pasillo y abro la puerta, oigo gritos y el

inconfundible sonido del vidrio al romperse. Durante aproximadamente un segundo me planteo volver, pero decido que mi presencia sólo complicaría una situación de por sí complicada. Me escabullo silenciosamente por la puerta principal y la cierro a mis espaldas, dejando atrapados los gritos y las amenazas. Después estoy fuera y me largo calle abajo.

Cuando regreso a la casa de mierda en Hackney que ahora he de llamar mi hogar, sudo, tiemblo y maldigo mi estupidez y mi debilidad mientras el Great Eastern procedente de Liverpool Street con destino a Norwich vuelve a hacer retumbar el edificio de nuevo.

2. «… LOS ADJUNTOS…»

Colin se levanta y sale de la cama. Junto al mirador adquiere la forma de una silueta. Mis ojos se posan en su polla colgante. Casi tiene aspecto culpable, atrapada en un triángulo de luz de luna al abrir las persianas. «No lo entiendo». Se vuelve y tomo nota de esa sonrisa patibularia de descargo mientras la luz decolora sus espesos rizos oscuros hasta tornarlos plateados. También pone de relieve las bolsas que tiene bajo los ojos y el antiestético colgajo de carne que tiene debajo de la barbilla.

Resumen de Colin: capullo maduro, acerca del cual debemos agregar ahora: proezas sexuales en franco declive e interés social e intelectual menguante. Ya va llegando ese momento. Y de qué manera, Dios mío.

Me estiro en la cama, notando lo frías que tengo las piernas y retorciéndome para expulsar el último espasmo de frustración. Dándole la espalda, me llevo las rodillas hasta el pecho.

«Sé que te parecerá un cliché, pero lo cierto es que nunca me había sucedido. Es como si… Este año estos hijos de puta me han puesto cuatro horas extra de seminarios y dos de clases. Ayer me quedé toda la noche levantado corrigiendo trabajos. Miranda me las está haciendo pasar canutas y los críos son de un agotador que te cagas… No tengo tiempo para ser yo mismo. No tengo tiempo para ser Colin Addison. En cualquier caso, ¿a quién le importa? ¿A quién cojones le importa Colin Addison?».

Apenas oigo esta lastimera elegía a las erecciones perdidas mientras emprendo el descenso por la escalera de la conciencia que conduce al estado de sueño.

«¿Nikki? ¿Me estás escuchando?».

«Mmm…».

«Creo que tenemos que normalizar nuestra relación. Y no es una decisión precipitada. Miranda y yo somos historia. Sé lo que vas a decir: sí, ha habido otras, otras estudiantes, claro que sí», dice, dejando que se instale un aire de satisfacción en su tono de voz. Quizá el ego masculino sea frágil, pero en lo que a mi experiencia se refiere, no le cuesta demasiado recuperarse. «Pero eran todas adolescentes y sólo se trataba de un poco de diversión intrascendente. El caso es que tú eres más madura, tienes veinticinco años, no hay tanta diferencia de edad entre los dos y contigo es distinto. No es sólo un…, quiero decir, esta es una relación real, Nikki, y quiero que sea…, pues eso, real. ¿Entiendes lo que te quiero decir? ¿Nikki? ¡Nikki!».

Tras haberme incorporado a la retahíla de polvos estudiantiles de Colin Addison, supongo que ser ascendida al estatus de amante en toda regla debería resultarme grato. Pero como que no.

«¡Nikki!».

«¿Qué?», me quejo, mientras me doy la vuelta y me incorporo, apartándome el

pelo de la cara. «¿De qué diablos me hablas? Si no puedes echarme un polvo, al menos déjame dormir un poco. Tengo una clase por la mañana y por la noche tengo que volver a trabajar a esa puta sauna».

Ahora Colin está sentado al borde de la cama, respirando pausadamente. Mientras observo el ascenso y descenso de sus hombros, se me antoja semejante a un extraño animal herido en la penumbra, indeciso respecto de si contraatacar o emprender la retirada. «No me gusta que trabajes ahí», dice, espirando con ese tono petulante y posesivo que últimamente se ha vuelto tan propio de él.

Y entonces pienso, ahora: esta es mi oportunidad. Las semanas de trato deferente que por fin van acumulándose hasta formar esa masa crítica que dice me-la-suda, cuando sabes que por fin te sientes lo bastante fuerte para mandarles a tomar por culo sin más ceremonias. «Ahora mismo es probable que esa sauna suponga mi mejor oportunidad de echar un polvo en condiciones», le espeto tranquilamente.

El silencio gélido que pende en el ambiente y la inmovilidad del oscuro contorno de Colin me dicen que he dado en el blanco y por fin me he hecho entender. Entonces se mueve bruscamente, de forma arrítmica y tensa, aproximándose al sillón donde tiene la ropa. Empieza a ponérsela como puede. Se oye el ruido sordo de un pie al golpear algo en la oscuridad, seguido de un «joder» bufado entre dientes. Sí que tiene prisa por marcharse, ya que lo habitual es que se duche antes a cuenta de Miranda, pero en esta ocasión no se han vertido fluidos corporales, así que quizá salga del paso. Al menos tiene la decencia de no encender la luz, cosa que se agradece. Mientras se embute los tejanos admiro su culo, probablemente por última vez. La impotencia es chunga y la pegajosidad espantosa, pero ambas en tándem son sencillamente intolerables. La idea de convertirme en la enfermera de este viejo idiota me repugna. Lástima de culo, lo echaré de menos. Siempre me ha gustado que un tío tenga un culo bonito y firme.

«No hay forma de razonar contigo cuando te pones así. Te llamaré luego», resopla, poniéndose el jersey.

«No te molestes», digo gélidamente, arropándome con el edredón para taparme las tetas. Me pregunto por qué siento la necesidad de hacerlo, ya que las ha chupado, metido la polla entre ellas, las ha acariciado, manoseado, chafado y hasta devorado con mi bendición y en ocasiones instigado por mí. Entonces, ¿por qué resulta tan invasora una mirada tan fortuita en la penumbra? La respuesta no puede ser sino que mi esencia me está diciendo que Colin y yo somos historia. En efecto, ha llegado el momento.

«¿Qué?».

«He dicho que no te molestes. En llamarme luego. Que no te molestes, joder», le digo, y desearía fumarme un cigarrillo. Me entran ganas de pedirle uno, pero no me parece muy apropiado.

Se vuelve hacia mí y veo ese absurdo bigote que siempre le supliqué que se afeitara y la boca que hay debajo, iluminada de nuevo por un destello de luz plateada que se filtra por la persiana; sus ojos siguen ocultos en la oscuridad. La boca me dice: «¡Vale, pues que te den por culo! Eres una niñata, Nikki, una arpía arrogante. Crees que ahora mismo eres el no va más, pero si no te haces mayor y te incorporas al resto de la humanidad, en esta vida vas a tener unos problemones que te cagas».

En mi espíritu se libra una pugna entre la indignación y el humor, ninguno de los cuales está dispuesto a reconocer la supremacía del otro. En este estado de discordia apenas puedo hacer otra cosa que espetarle: «¿Como tú? No me hagas reír…».

Pero Colin se larga y cierra la puerta del dormitorio de golpe, y a continuación la principal. Mi cuerpo empieza a desenmarañarse de alivio hasta que recuerdo fastidiosamente que hay que cerrarla con doble llave. Lauren está muy obsesionada con la seguridad y en cualquier caso no le encontrará ninguna gracia, pues nuestra bronca la habrá desvelado. Noto el frío que desprenden las tablas barnizadas del suelo bajo mis pies y me doy por satisfecha con girar la cerradura y volver al dormitorio. Me planteo acercarme a la ventana para ver si veo a Colin salir de la escalera hasta la calle desierta, pero creo que los dos hemos dejado clara nuestra posición y que el vínculo ya ha quedado cortado. Esa palabra resulta particularmente satisfactoria. Me imagino su pene en ese estado, de forma juguetona, claro está, enviado a Miranda por correo. Y que ella no lo reconozca. En realidad son todos iguales, a menos que seas una vacaburra enorme, desgarbada y fláccida. Si tus paredes vaginales tienen algo de fuerza, puedes follar con cualquier cosa, bueno, con casi cualquier cosa. El problema no está en los penes, sino en los adjuntos; son de tallas muy diversas, ya lo creo: diversas dimensiones y niveles de agobio.

Lauren aparece con su bata azul celeste, parpadeando de sueño, con el pelo alborotado, limpiándose las gafas antes de ponérselas. «¿Va todo bien? He oído unos gritos…».

«Sólo era el rumor de un varón impotente menopáusico bramando lastimero en plena noche. Pensé que a tu oído feminista le sonaría a música celestial», digo, sonriendo alegremente.

Acercándose lentamente a mí, extiende los brazos y me envuelve con ellos. Qué mujer tan encantadora, siempre dispuesta a hacer de mí una lectura más comprensiva de la que merezco. Cree que empleo el humor para ocultar el dolor y el sarcasmo para desviar la vulnerabilidad, y siempre me mira inquisitiva y de todo corazón como en busca de la verdadera Nikki que hay detrás de la fachada. Lauren piensa que soy como ella, pero pese a toda su afectación, soy una arpía más fría de lo que ella será jamás. Pese a la estridente pose política que exhibe, es una buena chica, que huele de maravilla, a jabón de lavanda y a fresco. «Cuánto lo siento…, ya sé que te dije que estabas loca por tener una aventura con un profesor universitario, pero sólo lo dije

porque sabía que saldrías lastimada…».

Estoy temblando, tiemblo físicamente entre sus brazos y ella va y dice: «Vamos…, vamos…, no pasa nada…, está bien…», pero no se da cuenta de que tiemblo de risa ante el supuesto de que me importa. Levanto un poco la cabeza y me río, cosa que lamento de inmediato porque la verdad es que es un cielo y ahora la he humillado un poco. A veces la crueldad resulta instintiva. Una no puede enorgullecerse de ello, pero puede esforzarse por estar al quite.

Acaricio el dorso de su fino cuello con ademán apaciguador, pero sigo sin poder dejar de reírme: «Ja ja ja ja…, te colaste, cariño. Es él quien se ha quedado compuesto y sin novia, es él quien ha salido lastimado. “Una aventura con un profesor universitario…”, ja ja ja…, hablas igual que él».

«¿Y tú cómo lo llamarías? Está casado. Tenéis una aventura…».

Sacudo lentamente la cabeza. «Yo no tengo una aventura. Follo con él. O más bien follaba. Pero se acabó. La exhibición de histrionismo que escuchaste eran los sonidos provocados por saber que ya no va a follar conmigo».

Lauren exhibe una sonrisita de felicidad un poco culpable. Esta chica es demasiado decente, demasiado educada, para regodearse abiertamente ante las desgracias ajenas, incluso las de quienes no le agradan. Y uno de los rasgos menos atractivos de Colin era que Lauren no le gustara, que viese en ella sólo la imagen superficial que ella quería mostrarle. Pero así es: no tiene un pelo de perspicaz.

Aparto el edredón. «Ahora ven aquí y dame un buen achuchón», digo.

Lauren me mira, apartando la vista de mi cuerpo desnudo. «Basta, Nikki», dice tímidamente.

«Sólo quiero un achuchón», digo con un mohín, y me acerco a ella. Se percata de que su gruesa bata se interpone entre nuestras carnes y de que no la voy a violar; me da un abrazo tenso y reacio, pero yo no la suelto y subo el edredón para taparnos.

«Ay, Nikki», dice, pero enseguida noto que se tranquiliza y me dejo transportar a un hermoso estado de somnolencia con un aroma a lavanda en la nariz.

Por la mañana me levanto y me encuentro con un espacio vacío en la cama; oigo atareados sonidos en la cocina. Lauren. Toda mujer debería tener una dulce y joven esposa. Me levanto y me dirijo a la cocina envuelta en la bata. El café sisea y escupe al pasar del filtro a la cafetera. Ahora la oigo en la ducha. Al regresar al cuarto de estar, la luz roja intermitente del contestador me indica que compruebe los mensajes.

Una de dos: o sobreestimé a Colin o lo subestimé. Ha dejado bastantes mensajes en el contestador.

Bip.

«Nikki, llámame. Soy estúpido».

«Pues hola, estúpido», digo en la dirección del aparato, «aquí Nikki».

Colin es estupendo al teléfono, pero sólo en el aspecto humorístico.

Bip.

«Nikki, lo siento. Perdí los papeles. De veras me importas, en serio. Eso era lo que trataba de decirte. Ven a mi oficina mañana. Venga, Nik».

Bip.

«Nikki, no dejemos que esto termine así. Déjame invitarte a comer en el club de profesores. Te gustaba ese sitio. Venga. Llámame a la oficina».

Con los años, la mayoría de chicas se convierten en mujeres, pero en realidad los hombres nunca dejan de ser chiquillos. Eso es lo que les envidio, su capacidad de revolcarse entre la necedad y la inmadurez, cosa que siempre me esfuerzo por imitar. Aunque puede resultar tedioso cuando una se lleva constantemente la peor parte.

3. CHANCHULLO N.° 18733

Es la última sección mierdera del Soho; estrecha y sórdida, apesta a perfume barato y a fritos, a alcohol y a la basura vertida desde las bolsas de plástico negras reventadas sobre los bordillos. Ásperas riberas de neón incorporándose entre chisporroteos a una vida apática a través de un crepúsculo de débil llovizna, profiriendo ancestrales y yermas promesas.

Y sólo en ocasiones se vislumbra a los proveedores de estos sublimes placeres, los espabilaos de mandíbula cuadrada, cabe za afeitada y traje y abrigo apostados en las entradas, o las ajadas putas craqueras que merodean por las escaleras, cuyos rostros emiten enfermizos y desnudos destellos amarillentos de bombilla destinados a clientes hastiados, turistas nerviosos y jóvenes borrachos y burlones.

Sin embargo, a mí me hace sentirme más próximo al hogar que nunca. El hecho de pasar arrogantemente por delante del conocido y fornido chavalote del bar de copas cuyo caro sobretodo agita el viento, significa para mí que he progresado mucho desde que trabajaba con proscritas de las saunas en Leith y chuleaba a tías yonquis que follaban a cambio de un pico.

Y Henry el Armario me hace un gesto con la cabeza. «¿Qué tal, Si, colega?»; sonrío y me esfuerzo por evitar resoplar de ese modo ligeramente involuntario que siempre me sale cuando me veo ante la fuerza bruta descerebrada y del montón —porque estos chicos hacen falta, y ellos siempre saben cuándo uno les trata con condescendencia—. Así que mi careto se arruga hasta esbozar una sonrisa crispada. «¿Qué tal tú, Henry? Estoy un poco mareado ahora mismo, colega. Por meter la polla en boca equivocada».

Henry asiente con expresión grave; largamos un ratito, mientras observo cómo los fríos ojos incrustados en esa cabeza de troglodita miran de cuando en cuando por encima de mi hombro, inquietos por algo que sucede a mis espaldas, disparando una mirada lo bastante predatoria como para extinguir pequeños incendios antes de que crezcan y se hagan grandes.

«¿Ha venido Colville hoy?».

«Nah, menos mal», me cuenta Henry. Aquí piso tierra firme; ambos odiamos a nuestro jefe con pasión. Mientras entro y le digo ciao a Henry pienso en la mujer de Matt Colville. Cuando el gato duerme… Debería darle un toque a Tanya para que venga a ponerse a currar. La llamo por el móvil pero, sorpresa, sorpresa, la vocecita me dice que el suyo ha sido desconectado. Cuesta compaginar un hábito tanto de jaco como de crack y acordarse de pagar la factura del móvil al mismo tiempo. Lo cual se traduce en: una pequeña oportunidad perdida. Siento cómo se me hiela el alma ligeramente, como suele suceder cuando las acciones irreflexivas de los demás me perjudican de forma indirecta.

Pero, en ausencia de Colville y estando Dewry en la oficina, el jefe soy yo. Y hoy trabajan Marco y Benny, buenos y entusiastas currantes ambos, lo que significa que mi papel es puramente social. Me siento en la parte derecha de la barra la mayor parte del tiempo y me rodeo de mi séquito, levantándome sólo para servir y mostrarme respetuoso y atento si alguien importante, un futbolista, un malhechor o una dama muy sexy —o sea, todas y cada una de ellas— entra en el local. Al terminar mi turno paro un momento en la tienda de Randolph y me llevo un lote de pornografía gay, que se convertirá en regalo anónimo para un viejo amiguete mío. A continuación me largo a un anodino café-bar a tomar una cerveza. Siempre me gusta alejarme del club al terminar; es el equivalente social de darse un buen baño. Este bar tiene el perfil indicado: un monumento de sosería Ikea a nuestra falta de imaginación. Esto es el Soho, pero podría ser cualquier lugar que ya no tuviese carácter.

Me siento un poco cansado y de ahí que me sorprenda haber ligado con tanta facilidad. Pensé que había atacado muy a destiempo. Incluso empecé a sentirme estúpido y débil otra vez. Débil por acabar destrozado con Croxy, como si el empleo de su furgoneta, su garito y sus músculos para ayudarme en el traslado le diese derecho a envenenarme con productos químicos. Es un inútil; todos ellos lo son, joder. Esa putilla descerebrada de Tanya; merodeando por King’s Cross cuando dispuse las cosas para que viniera al club y ligara unos clientes de pasta gansa. Una muestra de debilidad. Y conforme te vas haciendo mayor, más se convierte ese tipo de debilidad en un lujo prohibitivo.

Pero basta de aborrecerme a mí mismo, porque terminé el turno sin problemas y ahora estoy en un bar del Soho con una tía trajeada, entusiasta y bonita que se llama Rachel, trabaja en publicidad, acaba de hacer una presentación importante, está un poquito bebida porque la cosa salió bien y que dice mucho «ostras». Me fijé en ella en la barra, acto seguido intercambiamos cumplidos y sonrisas y la he apartado de la manada de borrachos con la que estaba. Por supuesto, están reformando mi casa de Islington y me veo obligado a hospedarme en el horroroso piso amueblado de un amigo. Alabado sea Dios por ese traje de Armani; vale hasta el último penique que costó. Y cuando le propongo que vayamos a Camden, donde vive ella, me dice: «Ostras, mi compañera de piso tiene visitas».

De modo que ahora me veo obligado a tragarme el orgullo y cantarle la dirección E8 al tipo del minitaxi. Al menos tiene la puta decencia de llevarnos hasta allí. Los mamones de los taxis negros no lo hacen, o si lo hacen te miran como si fueran unos putos asistentes sociales —todo ello a cambio del privilegio de sacarte veinte libras del bolsillo por ocho o nueve kilómetros de mierda—. Hasta el gilipollas del árabe o turco este cobra quince machacantes.

Ladinas miradas de soslayo a la Rachel esta, discretas y furtivas, lanzadas durante los lapsos en la conversación, me indican que sus expectativas se reducen con cada

semáforo que dejamos atrás. Aunque es bastante parlanchina, y con la feroz resaca del fin de semana, me cuesta bastante mantener la concentración. Además, cuando has ligado y sabes que estás en puertas, se produce una sensación de anticlímax. Has vuelto a casa con ella, así que follar, follas, no hay mamoneos, pero a partir de ahí el ritual se vuelve de lo más deprimente. Empiezas a conversar sobre trivialidades y de ahí pasas a los numeritos tipo Benny Hill. Y ahora lo más difícil es escuchar, pero también es lo más importante. Es importante porque veo que ella tiene más necesidad que yo de fingir que todo esto tiene un barniz social y es —al menos en potencia— algo más que un polvo, algo más que lujuria animal. Pero, por mi parte, me entran ganas de decir: cierra la puta boca y bájate las bragas, nunca más volveremos a vernos, y si nuestros caminos se cruzan disimularemos nuestro bochorno con estoicismo y fingida indiferencia, mientras yo pienso, aborrecido, en los ruidos que haces al follar y la cara de arrepentimiento que se te pone al día siguiente. Hay que ver cómo sólo sobresalen los puntos negativos, cómo son lo único que de algún modo perdura en el recuerdo.

Pero esto no puede seguir así, porque ya hemos llegado al final de la escalera y entramos en el queo, mientras yo me disculpo por el «desorden» y lamento que lo único que puedo ofrecerle para beber es brandy, y mientras ella sigue dale que te pego, yo contesto, «Sí, Rachel, soy de Edimburgo», mientras sirvo las copas. Estoy encantado de encontrar un juego de auténticos vasos de brandy sin abrir.

«Uy, es tan bonito. Subí por el festival hace un par de años. Lo pasamos de maravilla», me informa mientras curiosea entre las cajas de discos.

A oídos de un arrabalero esa tendría que haber resultado una afirmación burda y odiosa, pero suena de lo más agradable mientras meneo juguetonamente el brandy de una de las copas. Admiro su elegancia, su piel impecable, y esa sonrisa generosa que enseña los dientes cuando dice: «… Barry White…, Prince…, tienes un excelente gusto musical…, aquí hay montones de cosas de soul y garage…».

Y no es sólo la agradable sensación de bienestar que proporciona el brandy, porque cuando ella recoge su copa de la mesita de café manchada noto cómo la cremallera imaginaria de mi vientre empieza a bajar y pienso: AHORA. Ahora es el momento de enamorarse. Sólo tienes que bajar esa puta cremallera y dejar que la entraña del amor os envuelva a ambos en un turbio embeleso, mientras este toro salvaje y esta vaca loca suben a bordo del barco del amor. Mirarse estúpidamente a los ojos, decir chorradas, engordar. Pero no. Hago lo de siempre y utilizo el sexo como medio de socavar el amor abalanzándome sobre ella, disfrutando de su azoramiento-para-guardar-las-apariencias; y nos morreamos, después nos desnudamos, nos toqueteamos, nos lamemos, nos incitamos y follamos.

Pero con anterioridad a todo esto, he establecido que su sueldo, puesto en la empresa y origen social no son tan impresionantes como en un principio imaginé. Es

un polvo, eso es todo. Lo que hay que bregar a veces para no llegar a conocer a alguien.

Después de sobar un poco por la mañana volvemos a las andadas. En cuanto se me pone dura vuelvo a metérsela y nos meneamos y bombeamos sin parar mientras el expreso de las 7.21 con destino a Norwich pasa armando la de dios es cristo por la estación de Hackney Downs, casi como si fuera a llevarnos con él a East Anglia mientras ella dice: «Ay Dios… Simon… Simoonn…».

Rachel se queda dormida y yo me levanto, dejándole una nota que la informa de que entro a trabajar temprano y que le daré un toque. Me acerco al café de enfrente y le doy sorbos a una taza de té, esperando a que baje ella. Se me humedecen un poco los ojos al pensar en su hermoso rostro. Fantaseo con volver a subir esas escaleras, quizá con unas flores, abrirle mi corazón, jurarle amor eterno, hacer de su vida algo especial, ser ese príncipe montado en un blanco corcel. Es una fantasía tan masculina como femenina. Pero no es más que eso. Una asqueante sensación de desamparo se apodera de mí. Es fácil amar —u odiar, ya puestos— a alguien ausente, a alguien a quien no conocemos en realidad y en eso soy un experto. Lo otro resulta más difícil.

Después, como la policía cuando lleva a cabo una operación de vigilancia, la veo salir por la puerta principal. Se mueve de forma tensa y nerviosa, esforzándose por orientarse como un polluelo caído del nido: fea, desgarbada y poco elegante, una muchacha distinta del precioso polvete asistido por el alcohol que anoche compartió mi cama y, por un breve espacio de tiempo, mi vida. Vuelvo la vista a las páginas deportivas de The Sun. «Creo que la selección inglesa debería tener un manager escocés», le grito a Ivan, el propietario turco. «El puto Ronnie Corbett o alguno como él».

«Ronnie Corbett», repite Ivan con una sonrisa.

«Un Jambo[3] cabrón», le cuento, llevándome el té caliente y azucarado a los labios.

Cuando vuelvo a subir las escaleras, Rachel ha dejado algo de su fragancia en esta escuálida caja de zapatos, lo que se agradece, y una nota que no tanto.

Simon:

Siento no haberme despedido de ti esta mañana. Me gustaría volver a verte.

Llámame.

Rachel X

Ay… Siempre resulta bonito dejar a alguien cuando dice que le gustaría volver a verte, porque inevitablemente llegará el momento en que la dejes cuando no quiera

volver a verte. Tanto más agradable para todos. Hago una bola con la nota y la tiro a la basura.

La verdad es que no logro encontrar un lugar para Rachel en mi estrategia. Cuando vine a vivir a Londres, a un squat de Forest Gate, estaba decidido a ir abriéndome paso hacia el oeste: de las chicas de Essex a las judías del norte de Londres, terminando con las niñas bien. Aunque estas últimas conocen el percal. En tanto que las primeras quieren cambiar sexo por las bagatelas elementales de la existencia y las de en medio buscan el intercambio de neurosis, las últimas están dispuestas a follar contigo hasta el día del Juicio Final, pero el dedo donde va el anillo no es para ti, se lo tienen reservado al Borja Mari de turno. Esos cabronazos feudales y endogámicos de campesinos acaudalados siempre conciertan sus matrimonios. Así que dejé de escudriñar Debrett's, la guía de la creme de la creme, y volví a Hampstead.

Ahora Tanya, que no da la talla ni para la primera de mis clasificaciones, me llama por el móvil rojo para decirme que ya viene. Pienso en ese rostro blanco como una calavera, que en los últimos años ha tomado el sol tanto como Nosferatu, con esos labios tan grandes y tan llenos de ampollas como si le hubiesen hecho unos implantes de silicona chungos, en ese cuerpo desgarbado y en esos ojos saltones. Las putas craqueras: ¿dónde cojones encajarán?

Pongo un ejemplar de los horarios del Great Eastern Railway en mi cabecera, y para cuando ella llega aquí todo está en su sitio. Me confiesa que el comerciante de mierda Matt Colville la echó a la calle la otra noche. Sus ojazos ansían crack, no polla. Le digo que es una guarra desagradecida, que se lo pongo a huevo, y que prefiere que le pete el culo un sarnoso en algún tugurio de mierda en King's Cross a cambio de una papelina o una piedra antes que ejercer su oficio en un acogedor establecimiento de la industria del entretenimiento en Soho. «Yo me vuelco contigo, pero no sirve de nada», escupo, preguntándome cuántas veces les habrá oído eso antes a sus padres, a los asistentes y a los encargados de los servicios sociales. Ella encaja mi perorata, desmoronada en el sofá, con los brazos cruzados alrededor del cuerpo, mirándome como si la mandíbula se le hubiese desprendido del cráneo y colgase suelta dentro de la piel.

«Pero me echó a la calle», protesta, «Colville. Me echó a la calle, puñeta».

«No me extraña. Pero ¿tú te has visto? Pareces una weedgie[4], joder. Esto es Londres, hay que tener ciertos principios, coño. ¿Acaso soy el único que cree en los principios…?».

«Perdona, Simon…».

«No pasa nada, muñeca», canturreo, y la levanto del sofá a pulso, tomándola en brazos y maravillándome de lo poco que pesa. «Hoy estoy un poco cascarrabias porque ha sido una semana un tanto rara. Ven, acuéstate a mi lado…». La llevo hasta

la cama y miro el reloj de la taquilla: las 12.15. Le meto mano, observando el espasmo de sus labios; después la ropa se desparrama y estoy encima y dentro de ella. Su rostro está destrozado de incomodidad y pienso: ¿Dónde está ese puto tren?

Las 12.21.

Ese puto tren, los putos Ferrocarriles de Anglia o como quiera que se llame esa mierda privatizada… las 12.22, cabronazos… ya tendría que estar aquí… «Eres una preciosidad, nena, pura dinamita», le miento para animarla.

«Eughhh…», resuella.

Joder, si ese es todo el entusiasmo que le echa, debería ponerse a trabajar en una hamburguesería, porque en este negocio no tiene futuro.

Aprieto los dientes y aguanto otros cinco minutos, hasta las 12.27, cuando el hijo de puta del tren por fin cruza la estación haciendo temblar el queo a lo bestia y ella empieza a declarar me a gritos su amor imperecedero.

«Buen final», le explico. Estoy intentando hacer un poco de entrenador, en plan Terry Venables; centrarse en lo básico, recordarles aquello que se les da bien. Darles ánimos positivos, nada de gritar ni de perder los estribos. «Pero hace falta más entrega. Te lo digo por tu propio bien».

«Gracias, Simon», sonríe ella, exhibiendo ese diente roto sin corona.

«Ahora tendré que echarte; tengo que atender el negocio».

Su expresión vuelve a apagarse un poco, pero se pone la ropa, casi en una única y abatida acción. Le paso un billete de diez para transporte y fumeque y ella se despide y sale por la puerta.

Cuando ya se ha ido, cojo el lote de pornografía gay que recogí ayer en el Soho. Lo meto en un sobre acolchado y le pongo la dirección:

FRANCIS BEGBIE
PRISIONERO N.°: 6892BK
PRISIÓN DE SU MAJESTAD DE SAUGHTON
SAUGHTON MAINS
EDIMBURGO
ESCOCIA

Siempre me llevo un paquetito para mi viejo amigo Begbie, que echo al buzón cada vez que vuelvo a Escocia, para que vea el matasellos local al recibirlo. Me pregunto a quién cojones culpará; probablemente a toda la región de Lothian. Todo ello forma parte de mi pequeña guerra contra mi ciudad natal.

Aplicándome generosamente la pasta Gibbs SR, me cepillo los dientes para sacarme los restos postillosos de Tanya de la boca y me meto en la ducha de un salto, restregándome bien para sacarme de los genitales los restos de la olla podrida que he estado removiendo. Y cómo no, suena el teléfono y mi defecto es que nunca jamás

soy capaz de dejar que suene, y el contestador no está puesto. Me envuelvo en una toalla y contesto.

«Hola, Simon, hijo…».

Me lleva uno o dos segundos detectar a la propietaria de la voz. Es mi tía Paula, que llama desde Edimburgo.

4. «… PAJAS MAL HECHAS…»

Cada vez que cambio de carrera me siento más fracasada. Pero para mí las carreras son como los hombres; hasta los más fascinantes sólo son capaces de retener mi interés durante un tiempo limitado. Ahora ya han pasado las Navidades y vuelvo a ser una mujer soltera. Pero cambiar de carrera no hace que te sientas tan mal como cambiar de institución educativa o de ciudad. Y me conformo con el hecho de llevar en Edimburgo ya un año entero, bueno, casi. Fue Lauren la que me convenció de que me pasara de literatura a los estudios de técnicas audiovisuales. El cine es la nueva literatura, me dijo, citando alguna revista estúpida. Por supuesto, le dije que hoy la gente ya no aprende narrativa en los libros, pero tampoco en el cine, sino en los videojuegos. Narraciones escindidas. Si de verdad quisiéramos estar en la onda, ser radicales y de vanguardia, acudiríamos a las salas recreativas Johnny's del South Side, dándonos de empellones con chavales anémicos que hacen novillos para que nos hagan sitio en las máquinas.

Tengo que continuar con un módulo de literatura, sin embargo, y elegí seguir con literatura escocesa, puesto que soy inglesa y la desobediencia siempre es motivo suficiente para hacer lo que sea.

McClymont está dictando clase al puñado de patriotas y escoceses de quiero-y-no-puedo (Dios, yo misma lo fui el año pasado a cuenta de alguna bisabuela a la que jamás conocí y que se fue de vacaciones a Kilmarnock o Dumbarton… Vamos progresando, rápidamente, espero…). Casi se oye la banda sonora de las gaitas al fondo, mientras larga su propaganda nacionalista. ¿Por qué sigo con esto? De nuevo ha sido idea de Lauren; ella cree que es fácil sacar buena nota.

El chicle que tengo en la boca tiene sabor metálico y el esfuerzo que me supone masticarlo hace que me duela la mandíbula. Me lo saco y lo dejo pegado debajo de la mesa. Tengo un hambre espantosa. Anoche gané doscientas libras haciendo pajas mal hechas. Masturbando a hombres bajo una toalla. Esos rostros gordos y sonrosados mirándote fijamente mientras tú les miras de través, poniendo distintas expresiones según lo que creas que quieren: zorra fría y cruel; nenita boquiabierta con ojos de cordero degollado; lo que haga falta. Resulta tan remoto, tan distante, que me recuerda cuando mi hermano y yo le hacíamos pajas a Monty, el perro, y le observábamos mientras intentaba correrse restregándose contra el sofá.

Me pongo a pensar en lo antinatural que sería que se me diera bien hacer pajas, en las pollas de los hombres, y McClymont concluye enseguida. Lauren tiene páginas enteras de notas acerca de la diáspora escocesa. A Ross, el «escocés americano», que se sienta delante de nosotras, probablemente se le pone más dura que una piedra mientras garabatea, llenando páginas con los relatos de las crueldades e injusticias inglesas. Cerramos las anillas de nuestras carpetas al unísono y nos levantamos.

Mientras me marcho, McClymont se fija en mí. Esa cara de búho. Estúpido. No sé lo que dirán los ornitólogos, pero todos y cada uno de los auténticos expertos en pájaros malévolos —los halconeros, los cetreros— te dirán que el búho no es sabio, sino que es la más zoqueta de todas las aves de presa.

«Señorita Fuller-Smith, ¿podría hablar un momento con usted?», me dice ceremoniosamente.

Me vuelvo hacia él, me aparto el pelo de la cara y me lo pongo por detrás de la oreja. Son muchos los hombres incapaces de evitar reaccionar cuando haces eso: la ofrenda virginal. El acto de levantar el velo de novia, de abrirse. McClymont es un alcohólico cínico y marchito, y, por tanto, perfectamente programado para responder. Me sitúo un poco más cerca de lo correcto de él. Siempre es buena idea hacer eso con hombres fundamentalmente tímidos pero depredadores. Con Colin salió a pedir de boca. Demasiado bien, joder.

Esos ojos negros permanentemente sobresaltados bajo las gafas se inflaman más aún. El pelo, cada vez más ralo y en punta, parece levantarse media pulgada. El ridículo traje con hombreras se hincha cuando resopla involuntariamente. «Me temo que aún no me ha entregado su trabajo del segundo trimestre», dice con un tono de voz levemente lascivo.

«Porque no lo he hecho. Tenía que trabajar por las noches», sonrío.

McClymont, que tiene demasiada experiencia —eso le gustaría que creyésemos— o las hormonas demasiado drenadas como para que alguien le vacile mucho rato, asiente con gesto lúgubre. «Para el lunes que viene, señorita Fuller-Smith».

«Llámeme Nikki, por favor», le digo con una sonrisa de oreja a oreja, ladeando bruscamente la cabeza.

«Para el lunes que viene», bufa a la vez que empieza a recoger: sus huesudas y nudosas manos tiran de forma poco espontánea de sus papeles y los embute en su maletín.

Ganar, al juego que sea, requiere perseverancia. Persevero. «La verdad es que me ha gustado la conferencia una barbaridad. De verdad, de verdad», le digo con una sonrisa radiante.

Él alza la mirada y sonríe con picardía. «Me alegro», dice con sequedad.

Esta pequeña victoria hace que se me enciendan las mejillas mientras Lauren y yo nos dirigimos al refectorio. «¿Qué tal ganado hay en el grupo de historia del cine?».

Lauren frunce el ceño con gesto sombrío mientras sopesa los agobios potenciales que puedan suponer más adelante todas las posibles visitas al piso; los desordenados, las mariconas, los revoltosos en potencia. «Hay uno o dos que no están mal. Yo me suelo sentar al lado de un tío llamado Rab. Es un poco mayor, puede que tenga unos treinta, pero no es mal tipo».

«¿Follable?», pregunto.

«Nikki, eres tremenda», dice con una sacudida de la cabeza.

«¡Estoy soltera!», protesto, mientras apuramos los cafés y nos dirigimos a clase.

El tutor es un tío intenso con manos largas. Su planta larguirucha y sus hombros redondeados le imprimen una postura perfecta para mirarse el ombligo. Cuando habla, lo hace en un suave y grave acento del sur de Irlanda. La clase ya ha empezado y vemos en vídeo una breve película rusa de título impronunciable. Es una chorrada. A mitad de la proyección entra un tío con una chaqueta italiana de marca de color azul, y le hace un gesto al tutor en señal de disculpa. Le sonríe a Lauren y enarca las cejas, dejándose caer en la silla que hay junto a ella.

Yo le lanzo una mirada furtiva y él me lanza otra más furtiva aún.

Tras la conferencia, Lauren me lo presenta. Es Rab. Es amable pero no demasiado efusivo, cosa que me gusta bastante. Medirá alrededor de un metro ochenta, no está gordo, tiene el pelo color castaño claro y los ojos marrones. Bajamos al bar del centro estudiantil a echar un trago y hablar del curso. El tal Rab no es de esa clase de tíos que destaque inmediatamente en el seno de un grupo, lo cual resulta extraño, pues está bastante bien. Sin embargo, la suya es una guapura muy convencional, es de esos que una se folla entre un novio formal y otro. Tras apurar su cerveza, se va al servicio. «Tiene buen culo», le digo a Lauren. «¿Te gusta?».

Lauren sacude la cabeza con un mohín desdeñoso. «Tiene novia y está embarazada».

«No te he pedido su currículo», le digo. «Sólo te he preguntado si te gustaba».

Lauren me pega un codazo un tanto seco y me llama boba. Es una chica muy puritana en muchos aspectos, como un poco de otra época, como demodé. Me encanta esa piel casi translúcida que tiene, con el pelo recogido y esas gafas tan sexys, tanto como los movimientos delicados y precisos de sus manos. Es una muchacha de diecinueve años esbelta, elegante y reservada, y a veces me pregunto si ha tenido alguna vez novio formal. Lo cual, supongo, quiere decir que me pregunto si se la han follado alguna vez. Por supuesto, le tengo demasiado cariño para decirle que sé que en lo fundamental adopta esos planteamientos feministas porque es una pueblerina mojigata que lo que necesita es echar un buen polvo.

Acostumbra a ir por ahí con Rab a echar un trago, hablar de cine y refunfuñar acerca de la carrera. Pues bien, ahora esto es un ménage à trois. Rab tiene ese aire hastiado que dice ya-lo-he-visto-todo. Creo que la madurez y la inteligencia de Lauren le atraen. Me pregunto si ella le gusta, porque a ella le gusta él, se ve a un kilómetro. Pues si lo que quiere es madurez, yo ya estoy rondando los veinticinco.

Rab vuelve y sirve otra ronda. Me cuenta que trabaja en el bar de su hermano como forma de ganar dinero extra. Yo le cuento que algunas tardes y noches trabajo en una sauna. Como a la mayoría de personas, eso le intriga. Ladeando la cabeza, me echa una mirada escrutadora que le cambia la expresión por completo. «No…, bueno,

eh…, ya sabes…».

Lauren expresa su desagrado frunciendo sus finos morritos.

«¿Qué si me acuesto con mis clientes? No, sólo les sacudo», le explico, haciendo ademán de golpear con los cantos de las manos. «Evidentemente, algunos te hacen proposiciones, pero eso queda fuera de los términos y condiciones de la agencia», miento yo, siguiendo la línea oficial del Partido. «Una vez…». Hago una pausa momentánea. Los dos están tan boquiabiertos de expectación que me siento como una abuelita leyendo cuentos a un par de inocentes niños abandonados, y ya casi he llegado a la parte en que está a punto de hacer acto de presencia el lobo feroz. «Una vez le hice una paja a un viejecito encantador, después de que se pusiera a largar sobre lo mucho que echaba de menos a su difunta esposa. No quise aceptar las doscientas libras, pero insistió. Dijo que se daba cuenta de que era buena chica y se deshizo en disculpas por ponerme en ese aprieto. Fue muy agradable».

«¿Cómo pudiste hacerlo, Nikki?», gimotea Lauren.

«Tú no tienes ese problema, cariño; como eres escocesa, no pagas matrícula», le digo. Lauren sabe que hay muy poco que pueda decir al respecto, lo cual me viene de perlas. La verdad pura y dura es que hago montones de pajas, pero no es algo que una haría por otra cosa que no fuera el dinero.

5. CHANCHULLO N.° 18734

Estaba listo para el cabrón de Colville, gracias al soplo que Tanya me había dado sobre su conducta. Llevaba largo tiempo deseando deshacerse de mí y ahora se le presentaba al muy gilipollas la ocasión. Por supuesto, no tenía intención de sucumbir sin luchar y durante el año anterior me había familiarizado con el interior de la residencia Colville en Holloway.

Él esperaría hasta que terminara mi turno, claro está. Había sido una noche tranquila. Entonces entraron Henry y Ghengis con unos cuantos muchachos que iban bastante beodos. Había habido alguna bulla con otra cuadrilla y estaban ufanos por la victoria, contando batallitas y tal. Se rumoreaba que los del Aberdeen y los del Tottenham habían hecho causa común. «No quisiera estar en semejante compañía, ¿quién coño pagaría las copas? El puto camata, seguro», me río, y algunos de los muchachos se suman. Estoy rodeado de mi séquito, sirviendo bastantes chupitos a cuenta de la casa, ya que presiento que mi reinado aquí toca a su fin.

En cierto modo resulta triste, esto ha sido mi segundo hogar, una forma de meter la cabeza, un lugar en el que conocer a la clase de gente a la que siempre acabo por conocer, pero tiene sus limitaciones. Va siendo hora de pasar a otro nivel. Nunca se triunfa trabajando en sitios como este, tienes que ser el propietario de uno de ellos. Por el rabillo del ojo aparece Lynsey y me guiña el ojo, dispuesta a salir al escenario.

Vale, es todo plástico, cromo y accesorios inmaculados, pero aun así pueden olerse los pitillos rancios y el semen en los pantalones de franela de los tíos, el perfume barato de las tías, la cerveza aguada y la desesperación enfermiza entre tanto buen humor.

Lynsey sí que lo ve claro; es demasiado espabilada para acabar jamás como una víctima que merodea por un sitio como este pasada su fecha de caducidad. Tiene cuidado de no mostrar jamás el desprecio que una joven inteligente y educada como ella debe de sentir por la clientela y, supongo, por mí, aunque a todos nos encante acariciar la idea de que somos distintos, de que tenemos nuestra propia visión acerca de toda esta movida, nuestra ironía redentora particular e intransferible. Pero ella es distinta, y lo ve claro. Ha hecho unos cuantos vídeos de pomo casero, tiene su propia web para darse a conocer y ahora se limita a atraer a la clientela con el vacile este del lap-dancing. No se ve a un novio proxeneta ni por asomo y su sonrisa de comunicando se torna en hielo indiferente en cuanto te pasas de la raya. No está jugando a ningún juego que no sea el suyo y por tanto no me sirve para nada.

Lástima. Al verla ahí arriba, dando unos caderazos tan atiéseos que darían con una puta craquera como Tanya en la unidad de cuidados intensivos, sigo el recorrido de esos muslos de cama solar hasta llegar a esa minifalda plateada con tanta aplicación como cualquiera de los demás parroquianos, y pienso que hacerse con uno

de los vídeos de Lynsey está a la orden del día.

No falla, al final del turno Dewry se me acerca con esa sonrisa idiota de chivato del colé en la cara. «Colville quiere verte en su oficina», dice el repugnante hijo de puta con retintín.

Sé de qué va todo esto, y al entrar en su oficina me siento en la silla que hay frente a él sin que me lo pida. Los estrechos ojillos de Colville se mueven de un extremo a otro de esa cara pálida y mendaz, mirándome como si fuera una forma de vida inferior. Me desliza un sobre por encima de la mesa. Lleva una mancha en la solapa de esa estúpida chaqueta gris. No me extraña que ella…

«Tu finiquito y los atrasos», me explica con esa voz rastrera. «Como aún te quedan dos semanas para completar las ciento cuatro semanas del puesto, no tenemos que indemnizarte por despido. Comprobarás que todo está en orden. Es la ley», sonríe maliciosamente.

Le miro con seriedad. «¿Por qué, Matt?», pregunto, simulando estar dolido, «¡Hace mucho que nos conocemos!».

No, la mirada fija no da resultado; el rostro de Matty permanece impasible mientras se arrellana en su silla y sacude lentamente la cabeza. «Te advertí acerca de la impuntualidad. Necesito un camarero jefe que esté de cuerpo presente. Y lo que es más, te advertí acerca de esa putilla amiga tuya que viene aquí y hace proposiciones a mis clientes. La otra semana hasta lo intentó con uno de la pasma», dice cabeceando con un gesto de asco, y oigo una risita de Dewry, que disfruta con esto tanto como Colville.

«Ellos también tienen polla, o al menos eso tengo entendido», le digo con una sonrisa. De nuevo, vuelvo a oír una risilla sorda a mis espaldas.

Colville se inclina hacia delante con el careto dispuesto en la modalidad «grave». Este es su número y no quiere verse eclipsado. «No te hagas el listo, Williamson. Sé que piensas que eres el no va más, pero en lo que a mí se refiere no eres más que la enésima escoria jock[5] de tres al cuarto que sale de Hackney».

«Islington», apostillo con rapidez. Eso último me ha dolido.

«Donde sea. Espero que un camarero jefe se encargue de mi negocio aquí, no que emplee el local como tapadera de sus propias actividades más o menos sórdidas. Ahora hay toda clase de basura merodeando por aquí: putas, pequeños delincuentes, matones futboleros, vendedores de pornografía, traficantes…, ¿y sabes una cosa? Todo durante los dos últimos años, desde que tú empezaste a trabajar aquí».

«Es un puto club de lap-dancing, de striptease. Por supuesto que vendrán elementos dudosos. ¡Es un negocio sórdido!», protesto airadamente. «¡Yo he atraído a algunos clientes fieles que se dejan aquí buenas sumas de dinero!».

«Anda y vete, joder», dice señalando la puerta.

«De modo que ya está. ¿Estoy despedido?».

La sonrisa de Matt Colville se ensancha aún más. «Sí, y aunque resulte muy poco profesional por mi parte reconocerlo, esto me gusta».

Vuelvo a oír otra risita de Dewry a mis espaldas. Ha llegado el momento. Levanto la vista y le miro directamente a los ojos. «Bien, pues supongo que ahora es el momento de sincerarse. Llevo unos ocho meses tirándome a tu mujer de forma regular».

«Queeé…». Colville me mira, y siento cómo Dewry queda paralizado de espanto a mis espaldas y se larga apresuradamente, carraspeando no sé qué excusa. Durante uno o dos segundos, Colville enmudece de asombro, pero después de un estertor, aparece en esos finos labios una leve y cautelosa sonrisa. A continuación sacude la cabeza en un gesto de despectiva aversión. «Eres de lo más lamentable, Williamson».

«Además, me ha tratado a cuerpo de rey», digo, haciéndole caso omiso. «Comprueba los extractos de su Visa. Hoteles, ropa de diseño, toda la pesca». Acaricio la camisa Versace. «Y es que pagas fatal, amigo».

En su mirada aparece otro espasmo de temor, pero se ve reemplazado por un acceso de ira desdeñosa. «Pobre cabrón. ¿De verdad esperas hacerme perder los papeles con tus chorradas? Es lamen…».

Me levanto y, mientras lo hago, saco las Polaroid del bolsillo interior de la chaqueta y las arrojo sobre el escritorio. «A lo mejor los pierdes con esto. Las guardaba por si las vacas flacas. Valen más que mil palabras, eh». Le guiño el ojo antes de darme la vuelta y largarme con decoroso apremio de su oficina y atravesar al bar. Una oleada de ansiedad me propulsa hasta el trote al llegar a la calle, pero no me sigue nadie y me río en voz alta por las humildes callejuelas del Soho.

Mientras subo por Charing Cross Road, sufro un pequeño bajón al darme cuenta de que he perdido mi fuente de ingresos más estable. Intento contrarrestarlo con la pérdida del agobio correspondiente, haciendo una lista de pros y de contras, pensando en las oportunidades y las amenazas que presenta la nueva situación. Vuelvo a Liverpool Street en la Línea Central y cojo el tren de superficie hasta Hackney Downs. Paramos en Downs y me bajo, mirando por encima del muro del andén mi propia ventana trasera. Casi puedo tocar el cochino cristal. Hay tanta mugre, grasa y polvo en él que es imposible asomarse al interior. Esos cabrones de Great Eastern Rail tendrían que pagarme la limpieza, porque son sus trenes diesel de mierda los que la ensucian. A la salida de la estación me llevo uno de los nuevos horarios de GER, que acaba de salir hoy mismo.

De vuelta en el queo, me asomo por la ventana principal de esta habitación amueblada que a los de las inmobiliarias les encanta denominar estudio. Así son los ingleses: pomposos hasta el fin. ¿Quiénes sino serían lo bastante fatuos como para engañarse y llamar urbanización a una barriada? Soy Simon David Williamson, cazador, pescador y tirador de la Urbanización Bananera de Leith. Mirando hacia

abajo, veo a una mamá joven con una sillita de bebé en la puerta de la farmacia. Las bolsas que lleva bajo los ojos me dicen que pudo haber sido modelo, para Samsonite, claro está. También me dicen que he viajado casi mil kilómetros en dirección sur para acabar viviendo en Great Junction Street.[6] De pronto, el edificio se estremece y se tambalea cuando un tren expreso pasa rugiendo junto a la ventana trasera con destino a Norwich. Compruebo el reloj: las 6.40, o 18.40, como lo llaman esos mamones del ferrocarril. Puntual.

Siempre que puedas, invierte, joder. Eso es lo que intentaba decirle a Bernie el otro día, a pesar de que estaba demasiado puesto para hacérselo entender. Esa es la clave; eso es lo que distingue a los ganadores de los fracasados, lo que separa a los verdaderos cerebros de las finanzas de esos mamoncetes de buhoneros bocazas venidos a más, que te aburren hasta la muerte en la prensa y en la tele, diciéndote cómo siempre habían sido unos buscavidas y toda esa mierda. Siempre oyes las denominadas historias de éxito que vocean los medios, pero en la vida real sabemos que son la punta del iceberg porque también vemos a los fracasados: metidos en un bar al lado de algún gilipollas y fanfarroneando acerca de que si no fuera por «esos cabrones», «aquella guarra» o «aquellos gilipollas», estarían montados en el dólar, echándole la culpa a todos menos a sí mismos por haberse dejado vender la mentira de que se puede llegar a la cima mediante faroles. Más vale que Bernie se ande con ojo, porque empieza a hablar exactamente igual que un gilipollas de esos. Porque esa mierda no dura mucho, y entonces hay que echarle un vistazo al fajo e invertirlo (si tienes la suerte de tener uno) antes de que te lo pulas. Entonces ya vuelves a ser el viejo palizas quejica del pub entonando la vieja canción de lo-que-pudo-haber-sido-y-no-fue, o lo que es peor, dándole a la pipa de crack o la vieja lata morada.

Necesito invertir algo y ahora tengo que ir a ver a Amanda, esa arpía fría que pese a tener mogollón para invertir, me chupa a mí la sangre.

A decir verdad, la propuesta de la tía Paula, de la que casi me río por teléfono —poco me faltó para carcajearme en el oído de la pobre vieja— cada vez me suena mejor.

Pero el deber me llama, y tras una tortuosa ruta de bus y tren hasta la morada de Mandy-llegué-yo-y-tú-te-lo-llevaste-todo en Highgate, recojo al chaval y le entrego las cuarenta libras semanales que se desvanecen en el agujero que tiene el chico en la cara. Porque no nos engañemos: el crío está gordo. La última vez que me lo llevé conmigo a Escocia a ver a mi madre, esta me dijo con su característico acento italo-escocés: «Ah, es igualito que tú cuando tenías su edad». Igualito que yo cuando tenía su edad; un crío que se hace daño con facilidad y está fondón —presa fácil para las delgadas y malévolas víboras que hay en el patio de recreo y en la calle—. Gracias a san peo por la pubertad y las hormonas que me salvaron del infierno de la gordura. Quizá mi ambivalencia con respecto a él se deba a que, en efecto, el pobre cabrito me

recuerda a mí mismo cuando era más joven y molaba menos. Pero no puedo creer que yo fuera así jamás. Es más probable que haya salido al gordo cabrón del judío de su abuelo: de parte de ella, claro está.

Ahora caminamos penosamente por el West End, hacia Hamley's, para escoger su regalo navideño. Por supuesto, hace tiempo que pasó la Navidad; ahora estamos en pleno frenesí de las rebajas de enero. Le di unos vales basándome en la idea de que hay que asimilar el concepto de libertad de elección lo antes posible. Amanda los retuvo, insistiendo en que le acompañara a hacer su elección. No llevamos demasiado rato caminando desde que bajamos en Oxford Circus, aunque hace frío, pero el capullín se queja, se queda atrás, se frota las piernas. Al ser una babosilla de los videojuegos, preferiría quedarse en casa jugando a la PlayStation. Incluso en esta época del año, represento para él una imposición tanto como él la representa para mí. Mientras entramos, continúo con mis pusilánimes intentos de mantener una conversación, esperando que haya algún chocho por las tiendas al que echar miradas lascivas.

Lo malo que tiene el invierno es eso: las tías van demasiado enfundadas. No sabes lo que te ha tocado hasta que vuelves a casa con ellas y las abres, y entonces es demasiado tarde para devolverlas. Navidades. Primero compruebo el teléfono blanco para ver si hay mensajes. Siempre les doy ese número a las mujeres a las que no me he tirado. El móvil rojo es para las que ya me he pasado por la piedra y el verde para los negocios. Nada.

Las tiendas y el gentío, y el cargar con montones de mierda por ahí pronto empiezan a deprimirme. En cuanto al crío…, no conectamos. Lo intento; sin demasiado afán, pero sí con todo el que soy capaz de reunir. Me da la impresión de que para ambos esto es un turno con el que hay que cumplir. Al final me pongo morado y grasiento de comer comida basura y me quedo totalmente pelado, ¿y todo para qué? ¿Deberes paternos? ¿Interrelación social?

¿Le hace esto algún bien a alguien?

Miro a los chochos y recuerdo con amargura cuando hace unas semanas llevé a Ben —el nombre fue idea de su madre— a Madame Tussaud's. Lo único que pude hacer fue pensar en lo creído que se lo tenía porque se la folla el yupi egoísta de sus sueños, contándome lo estupendo que era para ellos que me quedara con Ben, para que pudieran gozar estando los dos solos un rato. Pagar cuarenta libras semanales y llevarle por ahí para que ella pueda quilar en paz. Debería llevar un tatuaje en la frente que pusiera: P-R-I-M-O.

Cuando lo llevo de vuelta a casa, he de reconocer que Manda tiene mucho mejor aspecto. Este último año ha sido la primera vez que la veo en forma desde que nació Ben. Pensé que ingresaría a toda carrera en la gordura flagrante, como otros miembros de su puta familia, pero no, está bien buena. Si hubiera entrenado y hecho

dieta así cuando éramos pareja, a lo mejor no hubiera tenido necesidad de humillarla. Soy un hombre ambicioso y a ningún tipo con algo de autoestima le gusta ser visto del brazo de una gorda.

Pero las gordas no dejan de tener su utilidad: como tiítas. Como tiítas cariñosas y rellenitas. La tía Paula siempre fue mi tía favorita. De acuerdo, la competencia era escasa. Pobre Paula, heredó un pub pero fue lo bastante boba como para casarse con un espabilao que casi la arruina a base de beber antes de que ella le cantase las cuarenta. Casi resulta reconfortante que incluso las arpías fuertes y testarudas como Paula tengan sus puntos débiles. Mantiene en activo a los tipos como yo. Ahora me ofrecía el pub por veinte de los grandes.

El primer gran problema era que yo no disponía de esa cantidad de dinero. El segundo era que el pub estaba en Leith.

6. «… SECRETOS PICANTES…»

Se ve chispa en la mirada de Rab, un rasgo que insinúa algo más. Mide sus palabras del mismo modo en que los abuelitos de por aquí miden los chupitos en los culiprietos pubs locales. Rab da vueltas en círculo mentalmente en torno a Lauren, porque ella está tensa como un gato callejero, lista para escupir o bufar, de modo que él se anda con cuidado. Ella quiere justificar la ansiedad que experimenta por el hecho de que él esté aquí, cuando piensa que sólo deberíamos estar nosotras, las chicas, o quizá sólo ellos dos. Pero yo vivo con ella, así que sé que Rab está soportando el grueso de su tensión premenstrual. Como hacen las auténticas hermanas, hemos sincronizado nuestra menstruación, y ella está al acecho de un motivo para transformar su ansiedad en antipatía.

Pobre Rab, con dos vacas locas a remolque. Tengo esa sensación de desfallecimiento y espesura, y me está saliendo un grano en la barbilla. Lauren y yo estamos un poco alteradas porque mañana viene a vivir al piso una chica nueva. Se llama Dianne y parece agradable. Estudia para una licenciatura en psicología. Con tal de que no intente comernos el tarro… Habíamos medio acordado ir a casa y recogerla cuando ella llegase, pero dos copas me dicen que eso no va a ocurrir. El centro estudiantil se abarrota por momentos, pero no se ve demasiado bebercio serio, todos damos sorbos a nuestras copas. Roger, detrás de la barra, fuma un pitillo de forma pausada. Dos tíos que están jugando al billar me miran; uno de ellos le da un golpecito con el codo al otro mientras me sonríe. Del montón, pero me planteo seriamente flirtear un poquito con ellos, aunque sólo sea porque no me gusta el rumbo que está tomando la conversación.

«Supongo que si yo fuera tía, también sería feminista», admite Rab, desactivando uno de los estridentes y mustios ataques de Lauren. Esta noche hay unas cuantas bolleras en el centro estudiantil y su presencia parece sacar a relucir lo peor de ella, animándola a mostrarse más progre. La realidad es que la mayoría ni siquiera saldrán cuando vuelvan a sus ciudades natales por vacaciones. Los golpes de pecho transcurren aquí, en este entorno seguro, en este laboratorio de cara al mundo real.

Lamentando la falta de ambiente, decidimos irnos a un pub del Cowgate. Hace una tarde agradable, aunque cuando nos adentramos en las oscuras entrañas de la ciudad, el sol está casi tapado por completo y lo único que da fe de la belleza del día es una fina loncha de despejado cielo azul. Nos metemos en un bar que antes era el bar por antonomasia, aunque de eso puede que haga ya un par de semanas. Resulta ser un error, puesto que allí se encuentra mi amante, o mejor dicho, mi ex amante, Colin Addison, Máster, Doctor y Licenciado en Filosofía.

Colin lleva una chaqueta forrada de borreguillo, lo que hace que parezca uno de sus alumnos y eso me jode bastante, porque es el tipo de prenda que nunca llevaba

antes de estar conmigo. Por supuesto, le queda un poco ridícula. Acabamos de recoger nuestras copas y sentarnos cuando se me acerca. «Tenemos que hablar», dice.

«Yo discrepo», le digo, observando la mancha de carmín de mi copa.

«No podemos dejarlo así. Quiero una explicación. Es lo mínimo que me merezco».

Sacudo la cabeza y hago una mueca. Es lo mínimo que me merezco. Pero qué gilipollas. Esto resulta aburrido y levemente bochornoso a la vez, dos estados emotivos que sin duda deberían estar separados. «Déjanos, ¿quieres?».

Colin está engreído a tope y me señala con el dedo, pinchando el aire con él para subrayar la indignación contenida en sus palabras. «Tienes mucho que aprender, pequeña zorra de mierda, si crees que puedes…».

«Mira, colega, será mejor que te marches», dice Rab poniéndose en pie. En los ojos de Colin se aprecia una breve chispa de reconocimiento; piensa que sólo se trata de un estudiante y que si Rab se pone levantisco siempre puede recurrir a la amenaza del rectorado y de la expulsión. Aunque claro está que debería preocuparle más lo que el rectorado haría con él: cepillarse, o intento de cepillarse a una alumna. Parece ser que desde que le dejé plantado, Colin está emperrado en el tema este de lo mucho que me queda por aprender. ¿Qué fue de la relación madura que disfrutábamos en aquellos idílicos tiempos, o sea, hace apenas una semana?

Estoy a punto de arremeter con esto cuando Lauren también decide intervenir. Pone mala cara, y veo un lado más duro de ella que ella misma mina un tanto al decir: «Estamos tomando una copa en privado», lo cual me hace reír un poco, de forma beoda y estúpida, al considerar el concepto de tomar una copa en privado en una casa pública.

Pero no necesito la ayuda de ninguno de los dos. Cuando se trata de bajarle los humos a Colin, me basto y me sobro. «Mira, Colin, me tienes completamente harta, de verdad. Estoy harta de tu pito fofo, alcohólico y talludito. Estoy harta de que me eches la culpa de que no se te empalme. Estoy harta de tu autocompasión porque la vida te ha dejado de lado. Te he sacado todo lo que he podido. Ahora he decidido deshacerme del cascarón sin savia que queda. En este momento estoy acompañada, así que haznos un favor a todos y vete a tomar por culo, por favor».

«Puta zorra…», vuelve a decir, con la cara colorada como un tomate mientras mira a su alrededor avergonzado.

«Puuta zorraaa…», digo imitando su gemido. «¿Es que no se te ocurre nada mejor?».

Rab empieza a decir algo, pero levanto la voz, volviendo a dirigirme directamente a Colin. «Es que no contribuyes a aumentar el tono del debate. Ni siquiera en esta mesa. Anda, vete por favor».

«Nikki…, yo…», empieza a decir en tono conciliatorio, volviendo a mirar otra

vez para ver si alguno de sus alumnos está presente. «Lo único que quiero hacer es hablar. Si se acabó, de acuerdo. Es sólo que no veo qué sentido tiene dejar así las cosas».

«No gimotees, joder, reemplázame por otra, alguien lo bastante ingenua como para que le impresiones. En caso de que puedas aguantar hasta la siguiente hornada de estudiantes de primer curso. Me temo que no me odio lo bastante a mí misma como para salir contigo».

«Bruja», salta él, y a continuación: «¡Puta cabrona!». Y sale apresuradamente. Mientras la puerta se cierra estrepitosamente a sus espaldas, me ruborizo un poco durante uno o dos segundos, pero pronto se me pasa y todos nos reímos un rato. La camarera me mira y me encojo de hombros.

«Eres una descarada, Nikki», dice entrecortadamente Lauren.

«Tienes razón, Lauren», digo, mirando directamente a Rab, «tener una aventura con un profesor… no es divertido. Es la segunda vez que lo hago. La primera fue con un profesor de literatura inglesa, cuando vivía en Londres. Era un tipo de lo más raro, ya lo creo; podríamos decir que excepcionalmente anormal».

«Ay, no…», se sobresalta Lauren. Ya lo ha oído antes.

Pero no, estoy contando la historia de Miles y avergonzándola que te cagas. «Era un auténtico hombre de letras. Como al Bloom del Ulises, le gustaba el fuerte sabor de la orina en los riñones. Solía comprar riñones frescos y pedirme que orinara en un cuenquito. Después colocaba los riñones en el cuenco con mi pis, dejando que se marinaran durante la noche antes de cocerlos para desayunar por la mañana. Era un pervertido muy civilizado. Solía llevarme de compras por las boutiques. Le encantaba escoger mi ropa. Sobre todo si me atendía una dependienta joven y moderna. Decía que le gustaba la idea de una mujer joven vistiendo a otra, pero en un entorno comercial. Su erección siempre resultaba evidente y a veces se corría en los pantalones».

Lauren está preciosa cuando se enfada; reacciona con un maravilloso arrebol que le favorece. Su rostro se vuelve ligeramente rubicundo y los ojos se le vidrian. Quizá por eso a la gente le guste hacerle enfadar: es lo más que se van a acercar a ver qué aspecto tendría si se la estuvieran follando.

Rab se ríe enarcando las cejas y Lauren tiene el ceño fruncido. «¿No encuentras hermosa a Lauren, Rab?», le pregunto.

A Lauren no le ha gustado esto. Su rostro se enrojece un poco más y los ojos se le ponen ligeramente llorosos. «Vete a tomar por culo, Nikki, deja de incordiar», dice. «Te estás poniendo en ridículo. Deja de intentar avergonzarnos a mí y a Rab».

Pero a Rab no le molesta en absoluto, porque a continuación nos deja un poco flipadas a ambas, a Lauren de forma evidente, pero a mí mucho más de lo que dejo traslucir. Le pasa un brazo alrededor a Lauren y otro a mí y nos besa por turno en la

mejilla. Veo a Lauren ponerse rígida y ruborizarse a más no poder, y yo experimento un arrebato de calentura y una inoportuna reacción de alerta a la vez. «Las dos sois hermosas», dice con diplomacia, ¿o será convicción? Sea lo que fuere, resulta certero, y me muestra un descaro, una profundidad y una capacidad expresiva por su parte con las que simplemente no contaba. Y de igual forma que apareció, se desvanece. Mientras retira los brazos, añade con calma: «¿Sabéis? Si vosotras no estuvierais aquí, habría mandado esta asignatura a la mierda. Estamos hablando de analizar películas como unos críticos hijos de puta, cuando ni nosotros, ni ninguno de los capullos que nos dan clase hemos tenido nunca una cámara entre las manos. Lo único que nos enseñan es a quejarnos o a lamerle el culo a gente que tiene los huevos de mover el culo y ponerse a hacer algo. Es para lo único que sirven las licenciaturas en arte: para fabricar otra hornada de zánganos».

Noto una sensación de desaliento. De forma intencionada o no, este tío es un puto provocador. Nos ofreció un vistazo de algo hermoso, y ahora nos manda directamente de regreso a estudiantelandia.

«Si dices eso», replica una Lauren irritada, aunque aliviada de ver que la exhibición afectiva de Rab no ha ido más lejos, «significa que estás de acuerdo con el paradigma thatcherista del menosprecio de las artes y convertirlo todo en formación profesional. Si te cargas la idea del valor intrínseco del conocimiento, entonces te estás cargando cualquier análisis crítico de lo que sucede en la socie…».

«No…, no», protesta Rab, «lo que quiero decir es…».

Y así siguen, dale que te pego, combatiendo sin tregua, haciendo sparring intelectual y diciéndose a sí mismos que no discrepan en lo fundamental cuando entre sus posiciones existe un abismo, y cuando no discutiendo salvajemente por minúsculas y pedantes cuestiones de matiz. En otras palabras, comportándose como unos putos estudiantes totales.

Odio esta clase de discusiones, sobre todo entre un hombre y una mujer, en particular cuando uno de ellos acaba de subir el listón de esa forma. Me dan ganas de gritarles a la cara: DEJAD DE BUSCAR MOTIVOS PARA NO IROS A ECHAR UN POLVO.

Tras unas copas más el bar parece haberse vuelto más aceptable y más tranquilo, las cosas parecen haberse ralentizado y la gente parece satisfecha de estar unos en compañía de otros y hablar agradablemente de chorradas. Y ahora decido que Rab me gusta bastante. No ha sido cosa de un instante, sino una paulatina acumulación de interés. Hay en él algo limpio y caledonio, noble y celta: un estoicismo casi puritano que no acaba una de encontrar entre los hombres de su misma edad en Inglaterra, y desde luego no en Reading. Pero mira que hablan estos escoceses: argumentan, analizan y debaten de un modo que en Inglaterra sólo suele hacer la ociosa y metropolitana clase mediática. «A la mierda todas estas bobas discusiones», les digo con presunción. «Antes os he contado a ambos un secreto picante. ¿Tú no tienes

ningún secreto picante, Lauren?».

«No», dice ella y se le vuelve a subir el color, a la vez que baja la cabeza. Y veo a Rab enarcar las cejas como instándome a dejarlo; es como si sintiera alguna clase de empatía con el dolor de Lauren que ojalá sintiera yo.

«¿Y tú qué, Rab?».

El sonríe y sacude la cabeza. Por primera vez veo una expresión traviesa en su mirada. «Nah, para eso el hombre más indicado es mi amigo Terry».

«Terry, ¿eh? Me gustaría conocerle. ¿Tú le conoces, Lauren?».

«No», dice tajante, todavía tensa pero iniciando el deshielo.

Rab vuelve a enarcar las cejas, como para sugerir que quizá no sea muy buena idea, lo cual me intriga un poquito. Pues sí, creo que sería agradable conocer al tal Terry y me gusta la forma que tiene Rab de pensar que quizá no lo fuera. «¿Qué hace?», le interrogo.

«Bueno», empieza Rab con cautela, «tiene un club de folleteo. Hacen porno casero y todo eso. A ver, que no es lo mío, pero es que Terry es así».

«¡Cuéntame más!».

«Bueno, Terry solía ir al pub este para montar juergas privadas. Estaban algunas chavalas que conocía y puede que una o dos turistas. Una noche se emborracharon todos un poco, se pusieron un poco retozones y empezaron a darle a la cosa en serio, ya sabes. Se convirtió en algo regular. Una vez lo grabó la cámara de seguridad, de modo fortuito según él», dice Rab en tornando los ojos con expresión dubitativa, «pero así es como empezaron con el asunto de los vídeos de aficionados. Hacen sus películas de sexo y muestran fragmentos en la Red, y después las venden por correo o las intercambian con otra gente que hace lo mismo. Eh…, todos los jueves por la noche hacen una proyección, por lo general para los abueletes del pub, a cinco libras por barba».

Lauren parece bastante asqueada, y se ve como Rab está perdiendo puntos ante ella, cosa de la que él se da cuenta perfectamente. Sin embargo, yo lo encuentro todo muy estimulante. Y mañana es jueves. «¿Mañana hacen una proyección?», pregunto.

«Sí, probablemente».

«¿Podemos ir?».

Rab no está demasiado seguro. «Bueno, eh…, yo tendría que responder por vosotras. Es una movida privada. Terry, eh…, puede que intentara haceros participar, así que si vamos, no le hagáis ningún caso. Es un vacilón».

Me aparto el pelo de la cara y exclamo presuntuosamente:

«¡Puede que me apetezca! Y a Lauren también», añado. «Follar es una buena manera de conocer gente».

Lauren me lanza una mirada capaz de frenar en seco la embestida de un toro. «Yo no pienso ir a ver películas pornográficas en un pub de mala muerte lleno de viejos

verdes, y mucho menos participar en ellas».

«Venga. Será divertido».

«No, no lo será. Será repugnante, asqueroso y lamentable. Es evidente que nuestros conceptos de la diversión son muy distintos», replica ella con vehemencia.

Sé que anda con los nervios a flor de piel y no quiero pelearme con ella, pero me apetece sentar cátedra. Sacudo la cabeza. «Se supone que estamos estudiando cine. Estudiando la cultura que lo rodea. Rab nos cuenta que hay toda una cultura de cine underground delante de nuestras narices. Tenemos que hacerlo. Por motivos educativos. ¡Y además tenemos posibilidades de echar un polvo!».

«¡No levantes la voz! ¡Estás borracha!», me chilla ella, mirando furtivamente alrededor.

Rab se ríe ante la inquietud de Lauren, o quizá sea su forma de ocultar la suya. «A ti te gusta escandalizar, ¿no?», me dice.

«Sólo a mí misma», le digo yo. «¿Y tú qué, participas alguna vez?».

«Eh, nah, no es lo mío, la verdad», vuelve a recalcar, pero casi como si se sintiera culpable.

Ahora pienso en el tal Terry, al que sí le gusta participar, y me pregunto cómo será. Quisiera que Rab y Lauren fuesen un poco más aventureros y pienso en lo divertidísimo que resultaría un trío.

7. CHANCHULLO N.° 18735

Estoy de vuelta —por fin— en mi ciudad natal. Un viaje en ferrocarril que otrora duraba cuatro horas y media ahora dura siete. ¡Toma progreso y modernización, pero por el culo! Y los precios suben en correlación directa con el incremento en la duración del puto viaje. Meto el paquete dirigido a Begbie en el buzón de la estación. Menéatela con eso, oye. Cojo un taxi hasta el principio de Leith Walk; la espléndida vía pública tiene más o menos el mismo aspecto de siempre. El Walk es como una vieja y prohibitiva alfombra Axminster. Puede que esté un poco sucia y descolorida, pero sigue teniendo calidad suficiente para absorber los inevitables vertidos de la sociedad. Apeándome delante del queo de Paula, pago al taxista-humorista los honorarios de su latrocinio y paso de largo frente al desvencijado portero automático, subiendo por la escalera con olor a meados.

Paula me abraza, me hace pasar y me hace tomar asiento en su acogedor cuarto de estar con un té y unas galletas integrales. Está en vena, diré eso en su favor, aunque sigue teniendo el aspecto de un accidente de carretera montado en unas patas de piano. Pero no vamos a demorarnos demasiado tiempo aquí, ni vamos a ir al bar de Paula, el célebre Port Sunshine Tavern. Para ella se parecería demasiado a ir a trabajar. No, vamos al Spey Lounge a tomar una copa; al no ver caras conocidas, me encuentro eufórico y desilusionado a la vez.

Paula juguetea con su copa, y no puede evitar que se le dibuje una sonrisa autosatisfecha en ese rostro grande y fláccido. «La verdad es que he pasado demasiado tiempo en ese sitio. Ahora tengo vida propia, hijo», me cuenta. «Verás, es que he conocido a un hombre».

Miro a Paula fijamente a los ojos, y sé que se me arquea involuntariamente una ceja al estilo del presentador televisivo Leslie Phillips, pero me veo impotente para impedirlo. No obstante, apenas tengo que animarla para que vaya directa al grano. Paula siempre fue un poco come-hombres. Uno de los recuerdos más angustiosos de mi adolescencia fue la vez que me puse a bailar lentos con ella en la boda de mi hermana; me tenía cogido del culo mientras Bryan Ferry cantaba «Slave to Love».

«Es español; un tío encantador. Tiene su propio garito en Alicante. He ido a verlo. Quiere que me vaya a vivir allí con él. A tomar el sol y a que me cepillen los bajos de forma regular», dice mientras aprieta los muslos y desenrolla el labio inferior como si fuera una alfombra roja, «eso es vida, Simon. Aquí me dice todo el mundo», cuenta ella con una risotada despectiva que abarca por lo menos a la totalidad del puerto de Leith, «Paula, vives en Babia, no durará. No me malinterpretes, no me hago ilusiones, si no dura, no dura. ¿Acaso hay algo que dure? En estos momentos cualquier paraíso me parece bien», dice, apurando la copa y llevándose la rodaja de limón a la boca, masticándola entre esos piños falsos y succionando hasta la última gota antes de

volver a escupirla, destrozada, dentro de la copa vacía.

No hace falta tener demasiada imaginación para ver en esa triste viruta de limón la cola de un español aterrado.

Paula se anticipa a todas mis objeciones, y tampoco soy tan aguafiestas como para intentar plantearle ninguna. Su fe en mí me conmueve: mis embustes acerca de mi éxito en la industria londinense del entretenimiento la han impresionado. Quiere que me haga cargo del Port Sunshine. El problema de que ella quiera veinte de los grandes por el tugurio queda resuelto de forma sorprendentemente fácil, ya que sugiere que se lo vaya pagando según el bar vaya arrojando beneficios. Hasta entonces, ella será mi socio capitalista.

El sitio es una mina en potencia; sólo le hace falta una renovación. Se siente la subida del precio de las viviendas provocada por el avance del saneamiento urbano desde el Shore, y ya oigo el ruido de la caja registradora mientras le doy al Port Sunshine un lifting que lo haga pasar del nivel Bolinga Central al nivel sociedad de café New Leith. Lo tiene todo: la gran sala de ceremonias al fondo y el viejo bar en la parte de arriba, cerrado desde hace ya tiempo y empleado como almacén.

Necesito presentar una solicitud de licencia, así que en cuanto dejo a Paula, me voy a las cámaras municipales a recoger los formularios. Después, me doy el gusto de tomarme un cappuccino (sorprendentemente bueno para ser made in Escocia) y una galleta de avena en la patisserie que hay a la vuelta de la esquina. Echo un vistazo a los papeles municipales y, al acordarme de la habitación amueblada de Hackney, empiezo a currarme la documentación. Leith está en alza. El metro llegará antes allí que a Hackney.

Más tarde, me dirijo a la casa de mis padres en el South Side. Mi madre está encantada de verme; me propina un abrazo de esos que rompen las costillas y rompe a sollozar. «Mira, Davie», le dice al viejo, que apenas puede apartarse de la tele, «¡mi chiquillo ha vuelto! ¡Ay hijo, cuánto te quiero!».

«Venga, ma… mamá», digo yo, levemente abochornado.

«¡Espera a que te vea Carlotta! ¡Y Louisa!».

«El caso es que tengo que volver pronto…».

«Ay hijo, hijo, hijo…, no…».

«Sí, pero el caso es, mamá, que volveré a subir enseguida. ¡Para siempre!».

Mi madre estalla en lágrimas. «¡Davie! ¿Has oído eso? ¡Voy a tener a mi chiquillo de vuelta!».

«Así es, Paula ha dicho que puedo hacerme cargo del Port Sunshine».

Mi viejo se da la vuelta en la silla y enarca dubitativamente una ceja.

«¡A ti qué mosca te ha picado!», dice mi madre.

«¿El Port Sunshine? No iría allí ni muerto. Está lleno de putas y cantantes cómicos», se mofa mi padre. El viejo hijo de puta parece cansado, sentado ahí con su

moreno de albañil. Es como si el semi-borrachín hubiera reconocido que ya no puede joder a mi madre o ella le echará a la puta calle, ahora que está demasiado debilitado para encontrar a otra bobalicona que le haga de chacha, sobre todo una que sepa hacer pasta como ella.

Haciendo una concesión a sus deseos de reunión familiar, decido quedarme una noche más. Mi hermanita Carlotta aparece y chilla de emoción, plantándome un besazo en cada mejilla, y llamando a Louisa por el móvil. Yo estoy ahí sentado con una hermana a cada lado, haciéndome mimos sin parar, mientras el viejo gruñe y me lanza miradas amargas. De vez en cuando mi madre arranca a Carlotta o a Louisa del sofá y grita: «Venga, arriba. Quiero que ese chiquillo mío me dé un abrazo como mandan los cánones. ¡No puedo creerlo, mi chiquillo de vuelta! ¡Y para siempre, además!».

Satisfecho con la forma en que están saliendo las cosas, me voy cuesta abajo, a Sun City. Voy dando botes por el Walk, respirando el aire marino a medida que la escoria que es Edimburgo cede el sitio a mi hermoso puerto natal. Después voy al bar, donde Paula está tras la barra, y sufro un bajón inmediato. El bar en sí es un desastre de cuidado: viejas baldosas rojas, mesas con cubierta de fórmica, paredes y techo manchados de nicotina, pero lo que me mata es la clientela. Son como una aglomeración de zombis de una película de George A. Romero, pudriéndose bajo la áspera luz de los fluorescentes, que magnifica la masa de pecados. He visto antros craqueros en las barriadas de Hackney e Islington que parecen putos palacios en comparación con este cagadero.

¿Leith? Me pegué años tratando de salir de aquí. ¿Cómo pude volver a poner los pies en este lugar? Ahora que la vieja se ha trasladado al South Side, no hay absolutamente ninguna necesidad. Estoy en la barra bebiéndome un whisky, observando como Paula y su amiga Moira, que es un clon total de Paula, le sirven comidas a estos viejos quejicas y desdentados, como si esto fuera un comedor de beneficencia. Al otro lado del otro bar, donde varios jóvenes esqueléticos husmean, dan respingos y miran fijamente, se oye música dance procedente de la gramola a un volumen incongruente. Ya siento ansias de alejarme del pub, de Paula y de Leith. El tren con destino a Londres me llama.

Presento mis excusas y me adentro más en el nuevo Leith: el Royal Yacht Britannia, el Scottish Office, los muelles renovados, bares de postín, restaurantes, queos yupis. Esto es el futuro, y a sólo dos manzanas. El año que viene, quizá el siguiente, a sólo una. Y después… ¡bingo!

Lo único que tengo que hacer es tragarme el orgullo y poner buena cara durante un tiempo. Entretanto, me dedicaré a unos cuantos chanchullos de nivel; los nativos se asemejan en exceso a los paletos para poder seguir el ritmo de un aventurero metropolitano como Simon David Williamson.

8.«… SÓLO EL OBJETIVO SOLITARIO…»

Rab está nervioso. Se pellizca la piel de alrededor de los dedos. Cuando le pregunto qué le pasa, me responde algo acerca de dejar de fumar, y masculla algo acerca del bebé que están esperando. Es la primera pista que me ofrece, aparte de lo del misterioso Terry, acerca de una vida al margen del universo estudiantil. Resulta extraño pensar que alguna gente efectivamente la tiene; espacios enteros e independientes, fragmentados en pequeños compartimentos. Como yo. Y ahora vamos a penetrar directamente en al menos una parte de este mundo oculto.

Nuestro taxi, entre bandazos y sacudidas, avanza de un semáforo a otro, mientras el contador va pasando sin tregua, como un verano escocés. Se detiene en la puerta de un pequeño pub, pero a pesar de que la pálida luz amarilla cae sobre el pavimento gris azulado y se oyen gargantas ahumadas riendo a voz en grito, no entramos. No, bajamos por un callejón de los de meados y gravilla hasta llegar a una puerta trasera pintada de negro sobre la que Rab toca una retreta. Di-di, di-di-di, didi-di-di, di-di.

Se oye el ruido de alguien bajando en tromba por unas escaleras. Después, silencio.

«Soy Rab», dice arrastrando la voz, volviendo a marcar otro ritmo futbolero.

Se corre un cerrojo, suena una cadena, y una cabeza rematada con espesos rizos asoma tras la puerta como un muñeco de resorte. Un par de ojos ávidos y achinados le hacen un breve gesto de reconocimiento a Rab y acto seguido recorren mi cuerpo con una intensidad tan natural que casi me entran ganas de llamar a la policía a gritos. Después, toda sensación de amenaza o de incomodidad se desvanece al calor de una sonrisa incandescente, que parece tenderse hasta llegar a mi propio rostro, como los dedos de un escultor, moldeándolo a su imagen y semejanza. Es una sonrisa asombrosa, que transforma su rostro del de un idiota beligerante y hostil al de una especie de geniecillo salvaje que tuviera los secretos del mundo a su disposición. La cabeza gira primero a un lado y después al otro, escudriñando el callejón en busca de ulteriores señales de vida.

«Esta es Nikki», explica Rab.

«Pasad, pasad», dice el tío con un gesto de asentimiento.

Rab me lanza una rápida mirada de esas que dicen «¿Estás segura?» y explica: «Este es Terry», mientras yo le respondo cruzando el umbral de la puerta.

«Juice Terry», sonríe el grandullón de los rizos, echándose a un lado para dejar que sea yo la primera en subir las escaleras. Me sigue en silencio; para poder mirarme el culo, supongo. Me tomo mi tiempo, mostrándole que eso no me va a alterar. Que sea él quien se altere.

«Tienes un culo imponente, Nikki, eso te lo digo gratis», dice con jovial entusiasmo. Ya empieza a gustarme un montón. Esa es mi debilidad: me impresiona

con demasiada facilidad la clase equivocada de persona. Siempre me lo dijeron: mis padres, los maestros, los entrenadores, incluso la gente de mi edad.

«Gracias, Terry», le digo con la mayor frescura, volviéndome al llegar a lo alto de la escalera. Tiene la mirada al rojo y yo le miro directamente a los ojos, sosteniéndosela. Esa sonrisa se extiende más aún y él señala la puerta; yo la abro y paso al interior.

A veces la otredad de un lugar te estremece de verdad. Cuando el verano se desvanece y empieza el curso y todo está azul, gris y morado. El aire purificador en los pulmones, su pureza que pasa después a frialdad hasta hacer que la gente se apiñe en bares iluminados por una luz tenue, lejos de los sosos Witherspoons/Falcon y Firkin/All Bar One/O'Neill's Landia que podrían estar en cualquier rincón corporativo y colonizado del centro social de todos los cascos urbanos del Reino Unido. Pero en cuanto te alejas un poco, encuentras los sitios auténticos; por lo general, basta con una caminata rápida y enérgica, o puede que unas cuantas paradas de autobús; nunca lleva demasiado tiempo. Este es uno de esos lugares, tan abrumadoramente semejante a un viaje en el tiempo que su horterez resulta fascinante. El aseo de las damas es como un ataúd en vertical, estilo egipcio, apenas lo suficientemente grande como para sentarse, con un retrete roto, sin papel higiénico, unas baldosas astilladas, una pila sin agua caliente y dominada por un espejo resquebrajado. Me miro en él, reconfortada de que el grano cuya erupción temía parece estar remitiendo. Tengo una mancha en la mejilla pero se está desvaneciendo. Vino tinto. Evitar el vino tinto. Aquí no debería resultar difícil. Me aplico un poco de delineador de ojos y un poco más de lápiz de labios rojo oscuro, y me cepillo rápidamente el pelo. Después respiro profundamente y salgo, preparada para este nuevo mundo.

Hay muchas miradas sobre mí; ojos de los que era vagamente consciente pero que había borrado durante el trayecto al water. Una chica de aspecto duro y pelo negro cortado al rape me lanza una mirada abiertamente hostil. Por el rabillo del ojo veo a Terry alzar la vista y hacerle una señal a una mujer que está detrás de la barra. El sitio está medio vacío pero no pienso perder de vista a Terry.

«Birrell, cacho cabrón, sácate una ronda», le dice a Rab, pero sin quitarme los ojos de encima. «Así que vas a la universidad con Rab, Nikki. Debe de ser…», Terry da palos de ciego en busca de una palabra, aparenta escoger una y desecharla de inmediato, y después hace lo mismo con otra antes de concluir: «Nah, hay cosas en las que más vale ni pensar».

Me río con su numerito. Es gracioso. No hay necesidad de reventarle las pelotas de inmediato; eso podemos dejarlo para más adelante. «Sí, voy a la uni. Vamos al mismo curso de historia del cine».

«¡Ya te daré yo historia del cine! Venga, siéntate conmigo», dice, señalando una

silla que hay en una esquina, como un alumno de primaria ansioso por alardear de lo que ha hecho en el colegio. «¿Hay más chicas como tú en esa universidad?», pregunta, aunque parece que lo haga para que le oiga Rab. Ya me he dado cuenta de que tanto Terry como yo disfrutamos poniendo en apuros a Rab. Es algo que compartimos.

Nos sentamos en un rincón, al lado de dos mujeres jóvenes, una pareja y la camarera.

Terry viste una vieja chaqueta negra de borreguillo Paul and Shark sobre una camiseta de cuello en pico. Lleva puesto un par de Levi’s y unas zapatillas Adidas. Luce un anillo de oro en el dedo y una cadena colgando del cuello. «Así que tú eres el famoso Terry», pregunto, a la espera de una reacción.

«Así es», dice Terry con total naturalidad, como si su éxito fuera del dominio público e indudable. «Juice Terry», repite. «Estamos a punto de echar la que rodamos la otra noche».

Una pandilla de tipos talluditos y otros más jóvenes entran y toman asiento, muchos en sillas que estaban plegadas y amontonadas debajo de la pantalla. El ambiente es como el de un partido de fútbol. La gente se reconoce, bromea y bebe, y la chica de la mirada ceñuda va recogiendo el dinero. Terry le pega un grito a esta sombra espectral, rechoncha y fornida, vagamente amenazadora: «Gina, venga, descorre las cortinas, cielo».

Ella le echa una mirada bastante agria y está a punto de decir algo, pero lo piensa mejor.

Comienza el espectáculo, y es evidente que la película se ha rodado con una cámara de vídeo digital de las baratas: una sola cámara, sin editar, sólo el objetivo solitario aproximándose y alejándose. Está rodada con un trípode porque la imagen no se mueve, pero se trata de una única toma de gente follando más que un intento serio de elaborar una película. La calidad de imagen está bien; se nota que Terry está follándose a la tal Gina sobre la misma barra donde están sirviendo las copas.

«Sí, la verdad es que he perdido bastante peso este último año», me cuchichea, evidentemente bastante complacido, y se da unas palmaditas para mostrar lo que se supone que son sus menguados michelines. Me vuelvo para mirar, pero apenas puedo apartar la vista de la pantalla, mientras una chica joven, «Melanie», me cuchichea Terry, aparece en imagen. Cabecea hacia la barra y ahora la reconozco: es la chica que estaba allí antes. Se la ve cambiada, realmente sexy en pantalla. Ahora Gina le está haciendo un cunnilingus. Alguien hace un comentario y se oyen unas risas y la tal Melanie sonríe avergonzada pero mostrándose a la vez tímida y coqueta, a lo que le siguen unos ruidos solicitando silencio. Ahora el sonido apenas tiene calidad; justo me llega para distinguir algunos jadeos y comentarios a Terry diciendo en voz baja cosas como «venga», «sí», «así se hace, muñeca». Aparece en pantalla una chica

rubia; él la masturba y ella se la chupa. Después la inclina sobre un sofá y empieza a follarla por detrás. La cara de ella mira directamente a la cámara y sus grandes pechos oscilan. Entonces vemos la cabeza de Terry por encima de su hombro, mirando directamente al objetivo, guiñándonos el ojo y diciendo algo así como «sal de la vida». «Úrsula, una sueca», me explica con un cuchicheo teatral, «o era danesa…, da igual, es una aupair, merodea por el Grassmarket. Le va la marcha que te cagas», explica. A medida que los demás participantes salen a la palestra, el comentario esporádico de Terry se cuela en mi cabeza: «… Craig…, buen colega mío. Un follador de primera. No es que esté muy dotado, pero está loco por el sexo…, pero la cuestión es si se empalma o no… Ronnie…, ese tío podría empujar para la selección escocesa…».

El espectáculo termina con una orgía colectiva y el trabajo de cámara se resiente. A veces lo único que se ve es un borrón de color rosado. A continuación la cámara se aleja y al fondo se ve a la tal Gina preparando unas rayas de coca, como aburrida por el sexo. A la película le hace falta un trabajo de edición en condiciones; me tienta compartir esta reflexión con Terry, pero él capta el aburrimiento cada vez mayor del público y la apaga con el mando a distancia. «Colorín colorado, familia», dice con una sonrisa.

Al terminar el espectáculo, charlo con Rab en la barra, preguntándole cuánto tiempo llevan en este plan. Está a punto de contestar cuando Terry se me arrima sigilosamente y pregunta: «Entonces, ¿qué te ha parecido?».

«Aficionados», le contesto de forma más fuerte y más pomposamente bebida de lo que pretendía, al mismo tiempo que me echo el pelo hacia atrás enérgicamente. Se me hiela un poco la sangre, porque creo que la tal Gina me ha oído y capto un destello frío y afilado como una navaja en su mirada.

«¿Tú lo harías mejor?», pregunta él, abriendo los ojos y enarcando las cejas.

Le miro fijamente a los ojos. «Sí», le contesto.

Los ojos le hacen chiribitas y garabatea un teléfono en un posavasos. «Cuando quieras, muñeca. Cuando quieras», dice bajito.

«Te tomo la palabra», digo para profundo desagrado de Rab.

Me fijo por vez primera en los otros dos tíos que salen en la película, Craig y Ronnie. Craig es un fumador compulsivo, delgado y de aspecto nervioso con una mata de pelo castaño claro a lo mod, y Ronnie un tío relajado de pelo rubio más bien escaso y la misma sonrisa idiota que luce en pantalla, aunque en carne y hueso se le ve más regordete.

Poco después entra Úrsula, la chica escandinava, y Terry nos presenta. Su primera ojeada es gélida, aunque me salude con amabilidad exagerada. Úrsula no tiene tan buen aspecto en carne y hueso como en pantalla; tiene unos rasgos ligeramente rechonchos, casi de gnomo. Se ofrece a traerme una copa y parece que la fiesta vaya

a proseguir un rato, pero me disculpo y me marcho a casa. Puede que algo interesante esté a punto de suceder, pero la mirada de Terry me dice que sería un error jugar todas mis bazas de golpe. Esperará. Como todos. Y, además, tengo un trabajo que terminar.

Cuando llego a casa me encuentro con que Lauren sigue levantada y está con Dianne, que ya ha trasladado sus cosas. Lauren parece realmente enojada conmigo por haber salido, por no estar aquí para ayudar o recibir a Dianne, o por lo que sea. La verdad, no obstante, es que está mosqueada conmigo por haber ido a la proyección de porno casero, aunque también se nota que está muerta de ganas de preguntarme cómo fue.

«¡Hola, Dianne! Lo siento, tuve que salir», le cuento.

A Dianne no parece importarle. Es una mujer muy legal y muy guapa, que debe de tener la misma edad que yo; tiene un exuberante cabello negro, espeso y que le llega a la altura de los hombros, recogido con una cinta azul. Tiene unos ojos vivaces e inquietos, y unos labios bastante finos y de expresión traviesa, que se abren dando paso a unos grandes dientes blancos que cambian por completo su expresión. Lleva una sudadera azul, vaqueros y zapatillas. «¿A algún sitio divertido?», pregunta con el acento local.

«Fui a ver una proyección de vídeos porno caseros en un pub», le cuento.

Observo cómo Lauren enrojece de vergüenza, y cuando dice: «No era necesario que nos dieras tantos detalles, Nikki», resulta lamentable, como una adolescente tratando de mostrarse madura sin lograr otra cosa que parecer más infantil.

«¿Estuvo bien?», pregunta Dianne, totalmente imperturbable, para horror de Lauren.

«No estuvo mal. Acompañaba al amigo de Lauren», le cuento.

«¡No es mi amigo! ¡También es el tuyo!», dice ella con excesiva vehemencia y, al darse cuenta, va enmudeciendo. «Sólo es un tío con el que vamos a clase».

«Resulta muy interesante», dice Dianne, «porque estoy investigando la psicología de los trabajadores de la industria del sexo para mi doctorado. Ya sabéis, prostitutas, lap dancers, bailarinas de striptease, operadoras de líneas calientes, gente que trabaja en saunas, señoritas de compañía, todo ese rollo».

«¿Y cómo te va?».

«Resulta difícil encontrar gente dispuesta hablar de ello», me dice.

Le sonrío. «Quizá yo pueda ayudarte».

«Estupendo», dice ella y quedamos en cotorrear acerca de mi trabajo en la sauna, cuyo siguiente turno empieza mañana por la noche. Me voy a mi habitación, medio borracha, y trato de leer mi trabajo para McClymont en el ordenador. Tras un par de páginas los ojos me duelen y me río ante esta frase estúpida: «Resulta imposible poner en tela de juicio que los escoceses emigrados enriquecieron todas las

sociedades con las que entraron en contacto». Esto es para darle gusto a McClymont. Por supuesto, no mencionaré el papel que desempeñaron en la trata de esclavos, el racismo o la formación del Ku Klux Klan.

Al cabo de un rato empiezan a cerrárseme los párpados y siento cómo me deslizo hasta la cama, sumiéndome lentamente en una caminata calurosa y nómada y ya estoy en otra parte…

… me tiene agarrada…, ese olor…, y el rostro de ella al fondo, su sonrisa retorcida y ansiosa mientras él me dobla alrededor de la barra como si estuviese hecha de goma…, esa voz, autoritaria, imperiosa…, y veo los rostros de mamá y papá y mi hermano Will entre la multitud y trato de gritar…, por favor, para…, por favor…, pero es como si no pudieran verme, y me manosean y me hacen cosquillas…

Fue un sueño atormentado, insatisfactorio y alcohólico. Me incorporo y la cabeza me retumba; se apodera de mí el impulso de vomitar, abandonándome después, dejándome con el corazón a punto de estallar y unos sudores tóxicos en la frente y en los sobacos.

El ordenador se ha quedado encendido, durmiendo, y al rozar el ratón, el trabajo de McClymont vuelve a aparecer en pantalla, como desafiándome. Tengo que entregarlo. Fijándome en que Dianne y Lauren se han largado, preparo rápidamente un café, después leo el trabajo, hago unos pequeños ajustes, hago recuento de palabras, compruebo la ortografía y hago clic en «Imprimir». Necesito entregar este trabajo en la uni antes del mediodía; mientras va imprimiendo las tres mil palabras requeridas, me dirijo al baño y me ducho para quitarme el alcohol, el sudor y el mugriento humo del tabaco de ayer, dándole a mi pelo un buen lavado.

Me doy crema hidratante en el rostro, un poco de maquillaje, y me pongo la ropa, llevándome lo que necesito para el turno en la sauna en una bolsa de deportes. Cruzo los Meadows a toda velocidad, sólo esporádicamente consciente del viento frío y tenaz cuando dobla las hojas que intento leer. Me doy cuenta de que el paquete de software americano de ortografía ha corregido en inglés norteamericano: zetas por todas partes y úes desechadas, cosa que irrita desmesuradamente a McClymont y probablemente anule los adelantos realizados con mis comentarios pelotas. Si esto supone un aprobado, será por los pelos.

Lo entrego en el despacho de la secretaria del departamento a las 11.47 a. m. y después de tomar un café y un bocadillo me dirijo a la biblioteca, donde paso la tarde leyendo textos sobre cine antes de llegar a la sauna a la hora de merendar.

La sauna se encuentra en una sucia, estrecha y sombría calle principal para el tráfico que va al centro. El olor a lúpulo procedente de la cervecería de al lado resulta de lo más cutre si has estado bebiendo, como si te arrojaran a la cara los posos de la noche anterior. La mugre procedente de los autobuses y camiones ennegrece la mayoría de las fachadas de los establecimientos de forma permanente y el «Salón de

Masajes y Sauna Latina Miss Argentina» no constituye ninguna excepción.

En el interior, sin embargo, todo está impoluto. «Acordaos de limpiar», nos dice siempre con gran apremio Bobby Keats, el propietario. Hay más líquidos limpiadores que aceites de masaje y se nos exhorta a todas a emplearlos con idéntica generosidad.

La factura de lavandería por las toallas limpias debe de ser astronómica por sí sola.

En el ambiente se percibe un perpetuo aroma sintético. Y con todo, los jabones, enjuagues bucales, lociones, aceites, talcos y fragancias, pródigamente aplicados para borrar los rastros del semen y el sudor rancios, curiosamente no hacen sino complementar el fétido ambiente del exterior.

Hemos de tener el aspecto y el comportamiento de unas azafatas de aerolínea. Para no desentonar con la imagen de la sauna, Bobby emplea a chicas que considera de aspecto latino. La profesionalidad, he ahí el quid de la cuestión. Mi primer cliente es un hombrecillo canoso llamado Alfred. Después de darle un masaje completo de aromaterapia vertiendo copiosas cantidades de aceite de lavanda sobre su espalda tensa y agarrotada, me pide nerviosamente los «extras» y yo le ofrezco un «masaje especial».

Le echo mano al pene por debajo de la toalla y empiezo a acariciarle lentamente, consciente de mi escasa habilidad pajeadora. La única razón por la que conservo este empleo es que a Bobby le gusto. Me remonto a los escritos de Sade en los que las jóvenes secuestradas son entrenadas en el arte de la masturbación masculina por unos viejos. Pero pienso en mis propias experiencias; sólo masturbé a mis dos primeros novios, Jon y Richard, con los que no follé. Desde entonces asocio el masturbar a un chico con no follármelo y podríamos decir que desa pareció de mi menú sexual antes de llegar a formar verdaderamente parte de él.

A veces los clientes llegan a quejarse y de tanto en tanto me amenazan con el despido. Pero después de un tiempo descubrí que en lo que a este tema se refiere, Bobby era todo boca y nada de huevos. Me invita con regularidad a diversos acontecimientos: fiestas, casinos, partidos de fútbol importantes, estrenos de cine, combates de boxeo, carreras de caballos o de perros, o simplemente a «tomar una copa» o «echar un bocado» en un «restaurante elegante que lleva un buen amigo mío». Siempre pongo una excusa o rehúso educadamente.

Por suerte, Alfred está demasiado extasiado para reparar siquiera, no digamos quejarse. Cualquier contacto sexual es suficiente para hacer que se suba por las paredes y vacía la tubería en un santiamén, pagándome con mucha gratitud. Muchas de las otras chicas, que hacen mamadas y sexo completo, no ganan tanto como yo, una pajera chapucera, lo sé de buena tinta. Mi amiga Jayne, que lleva aquí mucho más tiempo que yo, dice con aire de suficiencia que yo también lo haré antes de que pase mucho tiempo. «Ni de coña» le espeto yo, pero hay días en los que creo que

tiene razón, que es inevitable, que sólo es cuestión de tiempo.

Cuando acabo mi turno, compruebo si tengo mensajes en el móvil. Lauren me dice que han salido a echar unos tragos, así que la llamo y quedo con ellas en un pub de Cowgate. Junto a Lauren está Dianne, y también Linda y Coral, dos chicas de la uni. Los Bacardi Breezers van que vuelan y muy pronto volvemos a estar todas bolingas de nuevo. Cuando llega la hora del cierre, Dianne, Lauren y yo volvemos a nuestro piso de Tollcross. «¿Sales con alguien, Dianne?», pregunto mientras subimos por Chambers Street.

«No, voy a terminar la tesis antes de ocuparme de ese tema», dice bastante remilgadamente, y Lauren asiente con un gesto de aprobación sólo para quedarse bien jodida cuando Dianne añade: «Después me follaré todo lo que tenga polla, ¡porque el celibato me mata que te cagas!». Yo suelto una risita y ella levanta la cabeza para reírse a carcajadas. «¡Kikis! Largos, cortos, lentos y rápidos. ¡Pollas circuncidadas y sin circuncidar! Con blancos, negros, amarillos y rojos. ¡Cuando entregue esa tesis el nuevo amanecer será anunciado por un KIKIRIKI!». Abocina las manos y cacarea en mitad de la noche a la puerta del museo mientras Lauren se encoge y yo me río. Va a dar gusto vivir con esta chica.

Por la mañana me encuentro espesa y un poco encabronada y picajosa durante las clases; estoy un poco brusca con un tío llamado Dave, que intenta ligar torpemente conmigo. No se ve a Lauren por ningún sitio; debió de emborracharse más de lo que pensé. Me encuentro a Rab en George Square, flanqueado por Dave y otro tío, Chris. Atravesamos la plaza en dirección a la biblioteca, con el contorno de Rab recortado por una ráfaga de luz solar.

«Yo no voy a la biblioteca, me voy a casa un rato», le cuento.

Parece ligeramente dolido. Abandonado incluso. «Vale…», suelta.

«Voy a subir a fumarme un mai. ¿Te vienes?», le ofrezco. Sé que Dianne dijo que estaría todo el día fuera y espero que Lauren tampoco esté.

«Venga, vale», dice. Rab es un poco fumeta.

Subimos al piso; ya he liado el peta y puesto un compact de Macy Gray. Rab ha encendido la tele sin voz. Por lo visto, necesita todos los elementos ambientales posibles. Esta noche hay una juerga en un pub del Grassmarket, ya que es el cumpleaños de Chris. En realidad, a Rab no le gusta demasiado beber con los demás estudiantes. Se comporta de manera muy afable y sociable con ellos, pero se nota que piensa que son unos gilipollas. Estoy de acuerdo. Lo que yo quiero no es tanto meterme la polla de Rab como meterme en su mundo. Sé que ha visto y hecho mucho más de lo que deja traslucir. Me fascina pensar que exista un área habitada por él de la que yo sé tan poco. Las personas como Juice Terry abren las compuertas de un espacio distinto y extraño. «¿Piensan ir todos directamente después del taller?», le pregunto. El taller es de risa, la única concesión hecha en todo el curso a la

cinematografía real. Y es optativo. Pero no quiero que Rab empiece a hablar de ese tema.

«Según Dave, sí», me cuenta, dando una profunda calada y reteniéndola en los pulmones durante un lapso de tiempo inverosímil.

«Voy a cambiarme de ropa», anuncio, y voy al dormitorio y me quito los vaqueros. Me miro en el espejo y acto seguido decido ir a la cocina. Después entro en la sala de estar y me quedo de pie, detrás de Rab. Tiene una punta del cabello erizada, por lo menos un mechón. Lleva todo el día molestándome. Después de que hayamos hecho el amor, tras haberme ganado el derecho a tales confianzas, se lo mojaré y se lo alisaré. Me siento en el sofá junto a él, vestida sólo con el top rojo sin mangas y las bragas de algodón blanco. Está viendo la televisión. Criquet con el volumen quitado. «Pero primero me echaré una caladita», le digo, apartándome el cabello de la cara.

Rab sigue mirando el puto criquet mudo.

«Tu amigo Terry es un monstruo», me río. Suena un poquito forzado.

Rab se encoge de hombros. Lo hace a menudo. Encogerse; como para no dejarse afectar. ¿Qué es lo que no quiere que le afecte? ¿La vergüenza? ¿El desasosiego? Ahora me pasa el porro mientras trata de no mirarme las piernas y las bragas de algodón blanco; parece que lo consigue. Joder, parece que consigue ir de tranqui que te cagas ante todo esto. Y no se trata de que sea gay; tiene novia y no me hace caso…

Siento que mi tono de voz se agudiza hasta alcanzar una nota de desesperación. «Tú piensas que la gente como Terry y yo somos unos guarros, ¿no? Por lo de que fuera allí a ver si me apuntaba. Sabes que no hice nada, bueno, al menos esta vez no, en cualquier caso», digo con una risita nerviosa.

«No…, a ver, eso es cosa tuya», dice Rab. «Yo te conté de qué va Terry. Te dije que querría que participaras. Si te quieres acercar por ahí, lo que hagas es cosa tuya».

«Pero a ti no te parece bien, igual que a Lauren. Me está evitando, ¿sabes?», digo, dando otra calada.

«Conozco a Terry. Somos colegas desde hace una burrada de años. Sé cómo es, claro, pero si no me pareciera bien, no te lo habría presentado», dice Rab con toda naturalidad, dando muestras de una madurez despreocupada que hace que me sienta joven y boba.

«Pero tú sabes que no es más que sexo, sólo es para echar unas risas. Nunca podría gustarme un tío como él», explico, sintiéndome aún más estúpida y débil por hacerlo.

«Eso es co…» empieza, interrumpiéndose y volviéndose hacia mí con la cabeza aún hundida en el respaldo del sofá. «A ver si me explico: que es cosa tuya con quien folles».

Le miro directamente a los ojos mientras apago el porro en el cenicero. «Ojalá fuera cierto», le digo.

Pero Rab sigue en silencio, apartando la cara y mirando directamente a la pantalla. El puto criquet televisado. Se supone que los escoceses odian el criquet; siempre consideré que esa era una de sus grandes virtudes.

No se va a librar tan fácilmente. «He dicho que ojalá fuera cierto».

«¿Qué quieres decir?», dice él, y en su voz hay un ligero temblor.

Empujo suavemente su pierna con la mía. «Estoy aquí sentada en bragas; quiero que me las quites y me eches un polvo».

Noto cómo se contrae ante mi tacto. Me mira, y con un violento y súbito movimiento me atrae hacia él y me besa, pero lo hace de forma áspera y rígida; resulta aborrecible, todo ira y nada de pasión; acto seguido, se disipa y se aparta.

Aparto la vista; miro por la ventana. Veo a una gente conversando en el piso de enfrente. Claro. Me levanto y bajo la persiana. «¿Son las persianas?».

«No son las persianas», salta. «Tengo novia. Va a tener un crío». Se queda en silencio un momentito y a continuación añade: «Puede que para ti no signifique nada, pero para mí sí».

Noto un acceso de ira y me entran ganas de decir: es cierto, qué razón tienes, joder. Para mí no significa nada. Menos que nada: «Quiero follar contigo, eso es todo. No quiero casarme contigo. Si prefieres ver el criquet, pues vale».

Rab no dice nada, pero en su rostro se percibe la tensión y le brillan un poco los ojos. Me levanto, experimentando el dolor del rechazo, notándolo en lo más hondo de mi ser.

«No es que no me gustes, Nikki», dice él. «Joder, en tal caso estaría loco que te cagas. Es sólo que…».

«Voy a cambiarme», le informo bruscamente, y me dirijo al dormitorio. Oigo la puerta; debe de ser Lauren.

9. CHANCHULLO N.° 18736

Cuando acudo a recoger el correo matinal de la alfombrilla de la puerta, la entrada huele a meados de gato, pero la buena nueva me consuela un tanto. ¡Ya es oficial! Soy legal. Hostia puta, por fin, Simon David Williamson, empresario local, regresa a sus raíces en Leith por cortesía del ayuntamiento de Edimburgo. Siempre he dicho que Leith era el sitio donde había que estar, y SDW puede desempeñar un papel relevante en la regeneración de la zona portuaria.

Ya veo los titulares del Evening News: Williamson, uno de los miembros de la nueva estirpe de dinámicos empresarios de Edimburgo, habla con el mismísimo John Gibson, del News, también compatriota de Leith.

JG: Simon, ¿qué tiene Leith para que gente como usted y Terence Conran, triunfadores arquetípicos de la escena londinense, quieran invertir tan a fondo en esta zona?

SDW: Vaya, John, es curioso, pero da la casualidad de que hace poco estuve hablando con Terry sobre ese tema durante una comida benéfica y ambos llegamos a la misma conclusión: Leith está en alza y nosotros queremos ser parte integral de su éxito. Para mí, que soy un muchacho local, resulta especialmente conmovedor. Mi meta es mantener el Port Sunshine como pub tradicional, pero listo para elevarlo a la categoría de restaurante cuando la zona por fin despegue. No es algo que vaya a suceder de un día para otro, pero yo considero mis actividades como un acto de fe en Leith. No sería ninguna hipérbole declarar que adoro este viejo puerto. Me gusta pensar que Leith se ha portado bien conmigo y que yo me estoy portando bien con Leith.

JG: ¿De modo que esa es la fórmula para que Leith salga adelante?

SDW: John, Leith lleva demasiado tiempo en calidad de venerable anciana. Por supuesto que la queremos, porque es cálida y maternal; resulta un regazo generoso y suave en el que cobijarse durante esas frías y oscuras noches invernales. Pero yo quiero reinventarla como pequeña zorra sexy y calentorra y chulear a esa putilla todo lo que sea capaz de dar de sí. En una palabra: negocios. Quiero que Leith sea sinónimo de negocios. Cuando la gente escuche la palabra «Leith», quiero que piense «negocios». Puerto de Leith, Puerto de los Negocios.

Escruto la carta del concejal Tom Masón, que preside la comisión de licencias del ayuntamiento.

Comité de Licencias de la

Municipalidad de Edimburgo

17 de enero

Estimado señor Williamson:

Me complace informarle de que su solicitud de autorización para la venta de bebidas alcohólicas en el establecimiento del 56 Murray Street, Edimburgo EH6 7ED, conocido como el Port Sunshine Arms, ha sido aprobada. Esta licencia está sujeta a la condición de que se acepten los términos y condiciones detallados en el contrato adjunto.

Le ruego se sirva firmar ambas copias de este contrato y remitírnoslo antes del lunes 8 de febrero. Atentamente,

Concejal T. J. Masón

Presidente del Comité de Licencias

Tom y yo deberíamos reunimos pronto para jugar una partida de golf en Gleneagles, quishá con Sean la próxima vesh que eshté en la shiudad.[7] Puede que nos entretengamos y nos demoremos un rato en el decimonoveno hoyo, donde le daré la lata a Tom con mish planesh para abrir un shegundo café-bar, algo más arriba del Walk. Quizá también pueda persuadirse a Sean para que invierta y ayude a sacar a su ciudad de la puta mediocridad en la que lleva décadas sumida.

Shí Shimon, exishte un indishcutible potenshial invershor. Pero primero hemosh de deshacernosh de losh marginadosh que conshtituyen la clientela actual de eshepub.

Exashto, Shean. Eshta gente no tiene cabida en el nuevo Leish.

10. TERAPIA

Es como cuando la tal Avril me pregunta: «¿A ti qué es lo que te deprime?» y pienso: pues los Hibs, la lluvia y eso. Entonces pienso que no, porque cuando a los Hibs les va bien a veces me sigo deprimiendo, así que las dos cosas no siempre coinciden. Aunque por supuesto preferiría ver a los muchachos de verde esmeralda cumpliendo y esas cosas. Pero en realidad es una excusa; bueno, la lluvia puede que no, porque la lluvia siempre me pone triste. Cuando era más joven, pinchar un tema solía ayudar, pero ahora no puede ser, porque la mayor parte del vinilo viejo ha desaparecido, tío; lo vendí en las tiendas de segunda mano. ¡Ay, esa caminata por el Walk hasta Vynil Villains, y el montante recaudado invertido en pillar brown,[8] el prepararla y metérmela en vena! Hasta Zappa ha desaparecido, tío; me refiero a Frank Zappa, no a Zappa el gato y tal. Me esfuerzo tanto por mantenerme alejado de la brown, pero me gusta el speed y hay cantidad de pasta base rulando por aquí en estos momentos y cuando estás de bajón llegas a tener auténtica ansia de un poquito de brown para quitarle mordiente y eso.

La piba del grupo este, Avril, piensa que a todos los mendas presentes nos hace falta un proyecto, tío; algo para combatir el aburrimiento, para dar a nuestras apáticas existencias un poco de estructura y de dirección. La verdad es que no tengo nada que reprocharle al concepto como tal, tío; a todos nos hace falta, es sencillamente imprescindible. «La próxima vez que vengas, quiero que hayas pensado en algo que seas capaz de hacer», dice, tamborileando con el boli sobre esos dientes blancos como perlas.

Fuá, tío, esos piños me provocan unos malos pensamientos que te pasas, pero no debería pensar en Avs de esa forma, porque es buena chica y tal.

Aunque está bien pensar en algo un poco animado porque últimamente mis reflexiones han sido pura y espeluznantemente negras del todo y eso. El caso es que en lo que más he pensado es en dejar esta ciudad para los restos, como solía decir el Vic Godard del Johnny Thunders. Ahora ya es una obsesión, tío, sobre todo cuando me entra la depre. La primera vez que se me pasó por la cabeza fue en el trullo, mientras leía el libro aquel. En realidad nunca he sido un tío de letras, pero me puse a leer el Crimen y castigo, del gachó ruso ese.

El caso es, tío, que me costó un rato largo que me molara; descarao. Parece que toda la peña rusa esa tenga dos nombres, así que resultaba tope confuso. Es curioso, porque desde los tiempos de XA poli tax, aquí hay mogollón de gachos que no tienen nombre alguno, al menos oficialmente, así que vaya una cosa por la otra.

Pero ahí me teníais: metido en una celda con aquel viejo tocho de árbol muerto. Y con el tiempo acabó gustándome la tira. El caso es que me dio una idea para un chanchullo y tal. Un pasteleo para resolver todos los problemas; los que he causado,

digamos, a fuerza de ser yo mismo, supongo. Lo cierto es que en el mundo moderno existe una especie de selección natural y a decir verdad no es el tipo de movida en la que uno encaje. Los tíos como yo se han extinguido. No podemos adaptarnos, así que no podemos sobrevivir. Un poco como el tigre de dientes de sable. Pero lo curioso es que yo nunca entendí cómo pudo extinguirse esa especie, cuando había felinos menos macarras que sobrevivieron. A ver si me explico, que en una bulla limpia y eso te jugarías la guita a que el dientes de sable forraba a cualquier otro felino común y corriente, incluso a un tigre de los de andar por casa. Enviadme vuestras respuestas en una postal, tíos, justo por encima de la línea de puntos.

El caso es que conforme te vas haciendo mayor, la movida esta de las taras de personalidad te va minando cada vez más. Hubo una época en la que solía decirle a todos los maestros, jefes, peña del paro, tipos de la poll-tax y magistrados, cuando me decían que era un deficiente: «Eh, tranqui, tíos, yo soy yo y punto, sólo que estoy metido en una movida diferente de la vuestra, ¿vale?». Pero ahora tengo que reconocer que a lo mejor esos pavos me tenían coscado. Cuanto más mayor te haces más sustancial la somanta que te llevas. Los golpes hacen más mella. Es como lo del Mike Tyson ese con el boxeo, ¿sabes? Cada vez que te pones las pilas para volver al cuadrilátero, falta un cachito más. Así que la vuelves a cagar. Psí, es que no estoy hecho para la vida moderna y punto pelota, tío. A veces la movida va de tranqui, y acto seguido me entra un pánico total y vuelvo a las viejas andadas. ¿Qué le voy a hacer?

Somos mogollón los que tenemos defectos, tío. Los míos son el jaco, el jaco y el jaco. Sólo que es una pena que una misma persona tenga que pagar tantas veces por un solo defecto. Claro que también soy un chori, pero si dejara los picos en serio, entonces puede que dejara de chorizar, o al menos me cortaría un poco.

La verdad es que no creo que la movida esta de la terapia me haga mucho bien. A ver, que cada vez que hablo con los notas estos aún siento el tirón del caballo, tío. Nunca desaparece. Podemos racionalizarlo y analizarlo, pero en cuanto sales de la habitación, piensas en pillar. Una vez salí de una reunión e iba caminando aturdido, y antes de saber dónde estaba, aporreaba la puerta de Seeker. Desperté de mi inercia y ahí estaba, llamando a la puerta azul. Salí pitando de naja calle abajo antes de que nadie abriera.

Pero lo del grupo me hace ilusión. Como que está bien eso de que alguien agradable te escuche. Y la tal Avril es una tía maja y eso. Y tampoco es tan pija. Te preguntas si ella misma habrá pasado por todo esto o si no son más que rollos universitarios. No es que quiera poner a parir el rollo universitario, porque si yo me hubiera hecho con un título a lo mejor ahora no estaría metido en todo este lío. Pero cada gachó y gachí ha pasado o pasará por algo grande y malo en su vida; es una enfermedad terminal que no tiene escapatoria. Pero que ninguna, tío.

La fauna de por aquí va desde los asilvestrados tope hostiles a los que son demasiado tímidos para maullar siquiera. Una de las tías, Judy se llama, sí que es rara. Se pega siglos sin decir ni pío, pero cuando empieza, no para de largar. Y son como rollos totalmente personales, cosas de las que yo nunca sería capaz de hablar en público.

Como ahora, tío. Me resulta de lo más bochornoso y me entran ganas de taparme la cara con las manos, como hace mi chavalín cuando se siente tímido. «Y yo era virgen y después de haber hecho el amor me metió un chute de jaco. Esa fue mi primera vez…», dice la tal Judy, completamente en serio.

«Pues para mí que era un cabrón», suelta Joey Parke. Parkie es el mejor amigo que tengo en este sitio, pero menudo tío. Desbocado, tío, es peor todavía que moí. Se le da bien no pegarle al tema, pero no puede permitirse ni el menor desliz, cosa que yo sí he podido hacer de tanto en tanto. A ver, que ese se echa una copita de vino con su chica durante una agradable cena a la luz de las velas, un traguito nada más, y dos semanas más tarde te lo encuentras en un antro craquero dale que te pego.

Pero la tal Judy está pero que bien mosqueada con el nano. «¡Tú no le conoces! ¡No sabes lo maravilloso que es! ¡No te atrevas a decir nada sobre él!».

Judy no es una tía que tenga mal aspecto, además, pero se nota que las drogas la han convertido en bruja antes de tiempo. Utilizamos el polvo blanco para echarte una maldición brujeril, muñeca. Perdona.

No es como Avril, la piba al mando. Es una tía delgadita con un cabello rubio platino resplandeciente en coleta y unos ojos como intensos pero no espitosos y tal, como cargados de energía pero no perturbados, si pillas por donde voy. Y a Avs no le gusta que levanten la voz. Esta tía siempre dice que se puede lidiar con el conflicto de forma positiva. Y cuando lo piensas tiene razón, además, pero supongo que sólo tratándose de según qué peña y tal. A ver si me explico, que no podrías lograr que tipos como Franco Begbie o Nelly Hunter o Alee Doyle o Lexo Setterington o algunos de los tíos que conocí en el trullo, como Chizzie o Hammy o Cracked Craigy dijeran: «Eh, tío, ¿por qué no lidiamos de manera positiva con este asunto conflictivo?». No funcionaría, tío, es que no funcionaría. No lo digo con ánimo de faltar a esa clase de tíos, pero ellos tienen su propia forma de hacer las cosas y tal. Pero Avs es lo bastante enrollada para manejar a los de la cuerda de Joey y Judy. «Creo que deberíamos tomarnos un descanso», dice. «¿Cómo lo veis los demás?».

Judy asiente con gesto triste y Joey Parke se encoge de hombros. Una gachí fornida —Monica se llama— no dice nada, se limita a chuparse el pelo y morderse el dedo. Tiene unos brazos tipo jamoneros, ¿sabes?, y no es que tenga que avergonzarse ni nada de eso. Le sonrío a Avs y digo: «Por mí, de cine. Me vendría bien un café y un poco de fumeque y tal. El chute de cafeína, tío, eso va a misa, ¿qué no?».

Avs me devuelve la sonrisa y noto un pequeño revuelo en el pecho, porque es

chachi que una chavala te sonría. Y esa sensación de dicha no dura mucho, cuando me doy cuenta de que hace mucho tiempo que no hago sonreír a mi Alison así.

11. «… FEA…»

«Pero qué horror», digo, mofándome de mi imagen en el espejo. Observo primero mi cuerpo desnudo y después el de la modelo de la revista, levantándola e intentando calcular mentalmente las proporciones en relación con mi talla, comparando las formas y las curvas. Ni de coña es tan perfecto el mío como el suyo. Mis pechos son demasiado pequeños. Jamás saldré en la revista porque no soy carne de revista. No me parezco a ella.

NO ME PAREZCO UNA PUTA MIERDA A ELLA.

Lo más horrible que puede decirme un hombre es que tengo un cuerpo estupendo. Porque no quiero tener un buen cuerpo, un cuerpo estupendo, precioso, bello. Quiero tener un cuerpo lo bastante bueno para salir en las revistas y si lo tuviera saldría; si no salgo es porque no lo tengo. Se me está corriendo el rímel por las lágrimas; ¿y por qué lloro? Porque así no voy a ninguna parte, por eso.

NO SALGO EN LAS REVISTAS.

Y me dicen que tengo un cuerpo estupendo porque quieren follar conmigo, porque les excito. Pero si una de las chicas de esa revista quisiera tirárselos, ni me mirarían. De modo que aquí estoy y sé lo que estoy haciendo, sé que estoy luchando sin parar contra las imágenes negativas de perfección con las que me bombardean unos medios con los que estoy totalmente obsesionada. Y sé que cuantos más hombres se sientan estimulados por mí, más necesito compararme con otras.

Arranco la página de la revista y hago una bola con ella.

Debería estar en la biblioteca estudiando o preparando el trabajo en lugar de pasar la mitad de mi tiempo en los almacenes W. H. Smith’s ojeando desvergonzadamente este estante: Elle, Cosmo, New Woman, Vanity Fair, mirándolas todas; también las de los hombres, GQ Loaded, Maxim: me quedo boquiabierta ante todos esos cuerpos; escudriñando con empecinamiento su perfección aerografiada hasta que uno de ellos, sólo uno, me provoca una sensación de espantoso asco hacia mí misma que me dice que yo jamás seré así, que jamás tendré ese aspecto. Sí, claro, soy consciente a un nivel cognitivo, intelectual, de que esas imágenes son composiciones, que están retocadas, aerografiadas, que la foto definitiva es el resultado del empleo de maquillaje por parte del fotógrafo, mucha iluminación favorable y el derroche de carrete tras carrete de película. Y soy consciente de que la modelo, actriz o estrella del pop es una zorra hecha polvo y neurótica igualita que yo, que se caga y se mea en las bragas, a la que le salen erupciones de granos repletos de pus por efecto del estrés, que tiene halitosis crónica de tantas veces que ha regurgitado el contenido de sus tripas, que carece de mucosas nasales por toda la coca que ha esnifado para poder seguir ahí y que desprende una oscura y estancada descarga mensual. Sí. Pero la conciencia intelectual no basta, porque lo «real» ya no es lo «fáctico». El

conocimiento real es emocional y reside en las sensaciones, y las sensaciones reales las engendran la imagen aerografiada, el eslogan y el videoclip.

NO SOY UNA FRACASADA.

Ya ha pasado casi un cuarto de siglo, el mejor cuarto, y no he hecho nada, nada, nada…

NO SOY UNA PUTA FRACASADA.

Soy la bellísima Nicola Fuller-Smith, con la que cualquier hombre en su sano juicio querría acostarse, porque mi belleza complementaría la más excelsa imagen de sí que podría tener.

Y ahora pienso en Rab, en ese disco de color castaño-ámbar en su ojo, y en cómo lo deseo cuando sonríe y en que él no me desea, joder, ¿quién se creerá que es?, debería sentirse complacido de que una preciosa chica más joven que él quiera…, no, una CHICA FEA, FEA, FEA, UNA PUTA REPULSIVA QUE TE CAGAS…

La puerta. Me pongo la bata y voy a donde dejé mi trabajo, abandonado sobre la mesa del cuarto de estar, mientras unas llaves giran en la cerradura.

Es Lauren.

La pequeña, estúpida, menuda y bella Lauren, que tiene SEIS AÑOS menos que yo y que bajo esa ropa idiota y esas gafas tan bobas es una puta diosecilla de la carne y ni siquiera se da cuenta, al igual que la mayoría de los hombres que tiene a su alrededor, igualmente ciegos y estúpidos.

Esos seis años. Lo que daría la vieja fea de Nicola Fuller-Smith incluso por uno o dos de esos seis años que ella, la tonta del culo de Lauren Putamierda, desperdiciará sin haberse dado cuenta siquiera de que los tuvo.

Bee-Bee-Vejez, apártate de mí, joder.

«Hola, Nikki», dice entusiasta. «Encontré un texto estupendo en la biblioteca y…». Me mira por primera vez. «¿Qué te pasa?».

«No logro cogerle el tranquillo a este puto trabajo para McClymont», le digo. Ella se da cuenta de que mi libro y mis papeles están en el lugar exacto donde han estado durante la última semana o así. También ve las revistas sobre la mesa.

«Hay un nuevo sitio web de cine estupendo, con algunas críticas alucinantes, muy analíticas sin ser demasiado presuntuosas, si pillas por donde voy…», balbucea, pero sabe que no me interesa.

«¿Has visto a Dianne?», le pregunto.

Lauren me mira con expresión dolida. «La última vez que la vi estaba en la biblioteca trabajando en su tesis. Está muy centrada», dice con un arrullo de admiración. Así que ahora tiene una nueva hermana mayor y yo tengo que aguantar a dos empollonas. Empieza a hablar, titubea y después sigue adelante de todos modos: «A ver, entonces, ¿cuál es el gran problema que tienes con el trabajo para McClymont? Antes eras capaz de hacerlos en un periquete».

Así que le cuento exactamente cuál es el problema. «El gran problema no es ni de comprensión ni de intelecto. Es de vocación; estoy haciendo una mierda que no me apetece hacer. La única forma de que estuviera satisfecha sería saliendo ahí, en la portada de las revistas», le digo, golpeando la mesita de café con el ejemplar de Elle, tirando al suelo unos papeles de fumar y algo de tabaco. «Y eso no va a suceder mientras siga haciendo trabajos sobre la emigración escocesa del siglo diecisiete para McClymont».

«Pero es contraproducente», dice Lauren arrastrando la voz. «Supongamos que salieras en la portada de la re…».

Lo dice tan imprevisto que lo único que pienso es: ¿cuándo cuándo cuándo cuándo cuándo? «¿De veras piensas que podría salir?». Pero ella no me contesta, no responde con lo que quiero y necesito saber. En lugar de eso, me suelta rollos que lo único que van a producirme es dolor, amargura y aburrimiento, porque harán que me enfrente a las verdades que tenemos que evitar a toda costa para poder sobrevivir en este mundo… «Te sentirías bien durante un tiempo y a la semana siguiente serías mayor y una chica más joven estaría ahí. ¿Cómo te sentirías entonces?».

Mientras la miro, a la vez que me recorre una frialdad de insecto, me entran ganas de gritar:

NO SALGO EN LAS REVISTAS. NO SALGO EN TELEVISIÓN. JAMÁS LO HARÉ HASTA QUE NO SEA UNA GORDA FRACASADA DE MIERDA HUMILLADA POR UN MARIDO GORDO FRACASADO DE MIERDA EN UN REALITY SHOW PARA DIVERSIÓN EMBOBADA DE OTROS GORDOS FRACASADOS IGUAL QUE YO. ¿ES ESE TU «FEMINISMO»? ¿ES ESE? PORQUE ESO ES LO QUE NOS ESPERA A MÍ Y A UN SINFÍN DE MUJERES EN EL MEJOR DE LOS CASOS A MENOS QUE TOMEMOS EL CONTROL DE VERDAD.

Pero en lugar de eso recobro la compostura y le digo: «Me sentiría estupendamente porque al menos habría estado ahí. Al menos habría logrado algo. De eso se trata. Quiero estar allí. Quiero interpretar, cantar y bailar. Yo. Quiero que vean que he vivido. Que Nikki Fuller-Smith ha vivido, joder».

Lauren me mira con expresión muy preocupada, como una madre mira a un crío que le dice «Hoy no me apetece ir al colegio…»: «Pero si tú vives…».

Pero ahora estoy despotricando, soltando chorradas estúpidas y, no obstante, del tipo en cuyo seno siempre ha de hallarse la verdad pura y dura. «Y después de hacer porno casero, quiero hacer porno de verdad, y después quiero producir o dirigir. Ser quien manda. Yo. Una mujer. Y te diré una cosa ahora mismo, el único negocio del mundo en el que tienes ese control en algún grado que valga la pena es el de la pornografía».

«Chorradas», dice Lauren mientras sacude la cabeza.

«De chorradas nada», le digo con firmeza. ¿Qué sabrá ella de pornografía? No la ha visto, nunca ha estudiado cómo se produce, nunca ha sido una obrera del sexo y ni

siquiera ha visitado nunca un sitio web porno. «No lo entiendes», le digo.

Lauren recoge los papelillos y el tabaco y los vuelve a dejar sobre la mesa. «Hablas como si fueras otra persona, probablemente ese amigo de Rab», dice haciendo un mohín.

«No seas idiota. Y si te refieres a Terry, aún no me lo he follado siquiera», le digo, sintiéndome mal por hacerle semejante revelación.

«He ahí la palabra clave: aún».

«No sé si lo haré. Ni siquiera me pone», salto irritada. Hablo demasiado. Lauren lo sabe todo acerca de mí, casi todo, y yo no sé nada acerca de ella. Pero ella tiene sus secretillos y, por su bien, espero que sean interesantes. Lanzándome una mirada apenada, cambia el tono de su voz. «No sé por qué te sientes tan mal contigo misma, Nikki. Eres la chica…, perdón, la mujer más bonita que he conocido nunca».

«Ya, pues díselo al tío con el que acabo de hacer el ridículo», le espeto, pero empiezo a sentirme estupendamente por dentro. Es mi respuesta a la adulación: adopto un aire desdeñoso, pero experimento ese tirón nauseabundo en los músculos del rostro, involuntario, que me controla, y después el subidón en el estómago que se extiende a las extremidades de mis brazos y mis piernas. Para eso soy una incauta total.

«¿Y quién es él?», casi chilla Lauren, preocupada, mientras se toca la montura de las gafas.

«Ah, sólo un tío, ya sabes cómo son las cosas», sonrío, sabiendo muy bien que no lo sabe y ella está a punto de decir algo cuando escuchamos la llave de Dianne girando en la cerradura.

12. ZARES Y HUNOS

El grupo se ha convertido en la sopa boba, tío. Ahora es la principal fuente de sustento social que recibe el hijo de la señora Murphy. Estar tirao en el catre con Ali y sentir cómo me rehuye cuando la toco es un mal rollo, tío, un mal rollo total. Eso sí, supongo que me la está devolviendo por todas las veces que era yo el que estaba ahí tirao, demasiado colgado para hacer el amor, mirando el techo, o hecho una bola en posición fetal, saturando el catre de sudor cada vez que el horror del síndrome de abstinencia daba un paso al frente. Ahora suelo ser yo el que se queda tirao en la cama como una tabla de surf, alterado y dándole vueltas a la cabeza, incapaz de quedarme dormido de verdad hasta que ella ha llevado al chiquillo al colegio.

Las últimas semanas hemos llevado existencias separadas, tío. ¿Cuándo empezó todo? ¿En la fiesta de Monny? Es curioso, siempre empieza como una pequeña sesioncilla, luego acaba prolongándose una semana, y entonces se da uno cuenta de que las vidas de los dos transcurren como en el mismo espacio pero en universos paralelos durante la hostia de tiempo. Así que lo que me toca es el grupo, hacer un esfuerzo y tal, por Ali y por el chavalín, ¿sabes?

Después del café, Avril vuelve a reunimos. La verdad es que esta habitación no me gusta; está en un antiguo edificio escolar, y tiene esos asientos incómodos que son como los que hay en el paro: asientos de plástico rojo y armazón negro. Tienes que estar limpio para sentarte en ellos; sencillamente no es posible si estás alterado por drogas o con el mono. Avs está junto a la gran pizarra de plástico que reposa sobre tres patas de aluminio. Escribe con rotulador azul:

SUEÑOS

Después dice que los sueños son importantes, y que es como si renunciáramos a ellos demasiado pronto. Cuando lo piensas, así es. Pero la movida esa de los astronautas; el rollo ese de ser los primeros en llegar a Marte, del que solíamos hablar yo y mi viejo amigo Rents cuando éramos enanos: nunca fue una opción seria, tío. El espacio interior era mejor opción: requería menos entrenamiento.

Rents. Menudo tío. Me entregó mi parte, en plan legal.

Avril nos cuenta que tendríamos que estar dispuestos a satisfacer nuestras fantasías más a menudo. Joey Parke le contesta con algo así como: «¡Si hacemos eso nos encerrarán, hostias!». Se vuelve hacia mí. «¡Satisfacer nuestras fantasías, eh Spud!». Yo me río, y Monica, la que se muerde los nudillos, muerde con un poco más de fuerza.

Así que entonces Avs nos pregunta a los del grupo qué tipo de trabajo nos gustaría, en un mundo ideal y tal, si fuéramos capaces de hacer cualquier cosa. El caso es que yo estaba un pelín desnucao. No suelo estar así en el grupo, es sólo que el

otro día pasé un pequeño shock en casa y no podía dejar de pensar en ello. Necesitaba algo de caballo ya. Pero por respeto lo mezclé con un poco de coca, de manera que no se notara que no participaba, un poco por el bien del grupo, digamos. Pero ahora no habla nadie, tío, de forma que arrimo el hombro para decir que a mí me habría gustado ser representante.

«¿Qué, representante de fútbol? Esos ganan mucho dinero», dice Avril.

Joey Parke menea la cabeza. «Son unos parásitos. Se llevan el dinero del deporte».

«Nah, nah, nah», les explico. «Pensaba más bien en ser representante de todas las rubias esas que salen en la tele; Ulrika Jonsson, Zoé Ball, Denise Van Outen, Gail Porter y demás». Entonces lo pienso y digo: «Pero los tipos como Sick Boy y tal, un viejo amigo mío, se me adelantarían. Ese tipo de trabajo se lo dan a esa clase de tíos, y no lo digo por faltar y tal».

Sick Boy. Menudo elemento.

Avril escucha como con paciencia y tal, pero se nota que no le impresiona mucho. Parkie empieza a dar la brasa con que quiere trabajar de Zar de la Droga. Eso hace que unos cuantos empiecen a poner a parir ese curro y al tío que lo hace, y en fin, tal y como lo veo yo, me parece que se están pasando.

Así que salgo en defensa del nota y tal: «Nah, tío, a mí me parece una idea estupenda, porque hoy en día la calidad de algunas partidas de caballo es una mierda. Ya va siendo hora de que el gobierno haga algo respecto a eso en lugar de estar siempre encarcelando a la gente. Es lo que opina mi menda, coleguitas, lo que opina mi menda».

A un tío llamado Alfie le asoma una sonrisa bobalicona y después vuelve la cara. Entonces veo a Parkie riéndose y sacudiendo la cabeza. Va y suelta: «Que no, Spud, que has cogido el rábano por las hojas, tío. Se supone que ese tío se encarga de impedir que te drogues».

Eso me da que pensar, y empiezo a tenerle lástima al nota ese, porque he ahí un gachó al que le va a costar cumplir con su trabajo. A ver, que sabiendo lo difícil que es no tomarlas yo, no veas lo difícil que tiene que ser impedir que lo hagan todos los demás. Vaya una tarea ingrata que le ha caído al pobre tío. Lo que no entiendo es por qué tienen que darle ese curro a un ruso cuando en Escocia hay mogollón de peña que podría hacerlo.

Así que están dale que te pego con el tema este. Lo raro de este grupo es que pasamos más tiempo hablando de drogas que metiéndonoslas. A veces, cuando estás limpio, eso hace que te apetezcan un huevo, como si te las recordaran cuando no estabas pensando en ellas, ¿sabes? Pero lo del Zar de la Droga ruso ha hecho que volviera a acordarme del libro ese de Dostoievski y de mi póliza de seguros. Nos la sacamos cuando apareció el peque y yo estaba limpio y colocando enlosados.

Entonces se acabó lo de las losas, tío, nos dieron el finiquito a todos. Pero cuando desvalijé esa casa y me encerraron, recuerdo que un tío de Perth me pasó el libro del nota ruso ese, Crimen y castigo. Siempre hay un ejemplar circulando por el maco, pero nunca antes me había tomado la molestia, al no ser un gran lector que digamos. Pero este me gustó, y consiguió que me pusiera a pensar a tope en la póliza aquella.

En el libro, el gachó se carga a la vieja bruja prestamista a la que odia todo el mundo. Ahora, si yo me liquidara a mí mismo sería un suicidio total, y por eso no sueltan guita. Pero ¿y si me mataran, si me asesinaran, digamos que por obra de terceros? Claro, entonces lo del rollo del seguro hay que hacerlo; por Ali y por el chavalín. Por ahí es por donde hay que tirar. Lo mío es crónico total, tío, así que si lo piensas, tiene sentido dejar la función. Los adoro a muerte, pero afrontémoslo, tío, soy un lastre enorme. Incapaz de ganar dinero, incapaz de dejar las drogas en paz, e incapaz de no traer mis penas de vuelta a casa, al seno familiar. A esa chica la estoy matando lentamente, tío; pronto será ella la que vuelva a picarse y entonces nos quitarán al pequeño Andy. Nah, no pienso permitirlo. Así que tiene que ser lo del seguro, tío. Me abro. Dejo la función, encargándome de dejarles el porvenir asegurado a Ali y a Andy. Es como en el rollo ese de Family Fortunes, en el que le preguntan a los gachós lo que quieren, a elegir entre digamos 20000 libras esterlinas de dinero del seguro o un yonqui hecho polvo, indigente, y sin oficio, con una adicción de la hostia que no hay manera de quitársela. Para alguien en su sano juicio no es una elección demasiado difícil. Así que ha llegado el momento de abrirse, pero hay que hacerlo a la perfección.

El palo tan gordo que llevaba ayer me llegó cuando andaba por el queo tras el bolso de Ali en busca de algo de guita, y por error me encontré un diario. Bueno, pues no lo pude resistir, tío, tuve que echar un vistazo. A ver, que ya sé que estuvo mal, tope mal, pero como no nos hablábamos tenía que asomarme un poco a su estado de ánimo. Gran error, tío, la ignorancia era un estado de dicha total. Lo que me afectó un tanto fue lo que había escrito: era como si le hablase al peque.

> No sé dónde está tu papá. Ha vuelto a fallarnos, amigo, y vuelvo a ser yo la que tiene que ser fuerte. Tu papá puede cagarla, pero yo no. Simplemente porque alguien tiene que ser fuerte y a mí se me da un poquito mejor que al estúpido y atolondrado de tu papá. Ojalá fuera un auténtico hijo de puta, porque eso me lo pondría más fácil. Resulta más difícil cuando es el hombre más bueno que nunca hayas conocido, y no dejes que nadie te diga lo contrario. Pero no puedo ser su mamá y la tuya al mismo tiempo. No puedo porque no tengo fuerzas suficientes. Si las tuviera lo haría, a pesar de que sé que me tomaría por una pardilla. Aun así, si tuviera fuerzas suficientes, lo haría. Pero no las tengo y me veo obligada a anteponerte a ti. Por la sencilla razón de que eres muy pequeño.

Me llegó al alma, tío. Lo leí una vez, y luego otra, y tengo que reconocer que se me escaparon una o dos lágrimas, no sólo por mí, sino por la tronca autora. Todo ese amor viajando en dirección equivocada. Recuerdo que cuando era más joven es taba loco, loco, loco que te cagas por esa chavala, pero pensé: apuntas un poco alto, tío.

Una tía que está entre los seis primeros de Primera División no va a emparejarse con un jornalero de la Segunda. Pero la Copa Yonqui puede resultar una gran niveladora y hay que tener en cuenta los azares del sorteo. Así que una vez íbamos caminando a casa juntos después de una sesión, totalmente follaos, cuando simplemente ocurrió. Pienso en lo que ocho años conmigo le han hecho. Nah, tengo que dejarla marchar y dejar la función, y dejarle una buena indemnización.

Tengo que hacerlo, tío.

Así que después de la movida terapéutica, arrastro los pies Walk arriba, tratando de coger un ritmo enérgico antes de que comiencen los calambres y los sudores y empiece a irme de la olla. Intento animarme pensando en rubias y en libros y pienso en la rubia inteligente esa, la de la voz grave que se supone que es la paja predilecta de los intelectuales. Con ella sí que podrías hablar de novelas rusas, ya lo creo. Hablando de ese mismo tema, acaban de abrir una pequeña librería y cruzo la calle para echarle un vistazo por dentro. El problema es que no ando muy fino de sincronización y un buga mosqueado casi me da, pegándole al claxon a tope mientras pasa a toda hostia calle abajo. Me pega un susto de muerte, de esos que el esqueleto se te sale de la piel y baila una pequeña jiga antes de volver a meterse.

Pero estoy a salvo. La tienda despide ese olor a cerrado que tienen las librerías de viejo, aunque también hay novedades. Hay un viejo gordo con canas y gafas que no le quita cliso de encima al hijo de la señora Murphy. Sólo estoy mirando, y veo uno sobre la historia de Leith. Son todo libros viejos, pero oye, ¡supongo que la historia consiste en eso! Echo una mirada a la última sección, que trata sobre el Leith contemporáneo, y no salen más que los Royal Yacht Brittania y todo ese rollo; ni siquiera dice nada acerca del YLT.[9] Algún pibe tendría que escribir la verdadera historia del célebre y venerable puerto, y hablar con la peña que se movía por allí: como los tipos que trabajaban en el muelle, en los astilleros y las aduanas, los que bebían en los garitos y andaban con los Teddy Boys, los Young Leith Team, los Capital City Service,[10] hasta llegar al momento presente, con todos los chavalillos esos que van con anillos en los dedos, los críos raperos y hip-hoperos como mi coleguita Curtís, el tartaja.

Vuelvo a poner los libros en su sitio, y salgo a la calle otra vez, prosiguiendo calle arriba, rumbo a la bella Edina. Entonces, al otro lado de la calle, junto al cajero de la esquina, veo a un tío que me resulta familiar, y es el primo Dode, un nativo de Glasgow y tal. Allá que voy derechito, esta vez atento al tráfico.

«Dode…».

«Qué tal, Spud», dice. Primero parpadea con un gesto de desaprobación y a continuación se le ilumina la mirada. «¿Supongo que querrás un préstamo?».

Tal y como te lo cuento, el weedgie lo dijo, tío, ¡y yo no lo podía creer! ¡Sin que se lo pidiera, tal cual! Dios bendiga a esos capullos de hunos[11] de Glasgow. Un tío

de puta madre, Dode. Es como un poco bajo y fornido, con el pelo tirando a canoso, y no para de largar acerca de lo de puta madre que está Glasgow, pero bueno, es evidente que el tío es de allí, colega. «Eh, no sé cuándo podré arreglar cuentas contigo, macho…».

«¡Eh! ¡Qué estás hablando conmigo!», dice Dode señalándose, y cruzamos la calle para meternos en el Oíd Salt. «Acabo de entrar a cambiarme el número de PIN. En mi banco te dejan hacerlo», me explica Dode, «personalizado y tal, para que te acuerdes mejor. Seguro que en el tuyo no te dejan», me dice, dándose aires.

Yo lo pienso un poco. «Eh, la verdad es que yo paso de bancos, tío. Una vez me enviaron a un barrio a hacer el enlosado y tal, y nos obligaban a tener una cuenta. Yo voy y digo: que no, macho, que yo no soy uno de esos gachós a los que les va el rollo bancario; a mí pagadme en metálico y en paz, pero se limitaron a decirme: lo sentimos, tío, es una movida totalmente moderna y eso, ¿sabes?».

Dode asiente y está a punto de decir algo, pero yo piso a fondo, que a los weedgies no hay que dejarles empezar, porque por enrollaos que sean, en cuanto les sale el punto «qué tal, chavalote, cómo te va, por cierto», ¿cómo te lo diría?, podrían estar en la selección escocesa de palique. Si eligiéramos un equipo de palique para representar al país, se puede tener la absoluta certeza de que al menos ocho o nueve de los once titulares.

13. PUTAS DE AMSTERDAM, 1.ª PARTE

Es bueno este DJ; se nota por el número de ñipados que se disputan el espacio en torno a la cabina para verle, y por lo relajado que se encuentra frente a este público de aspecto cuasi meditabundo que está a la espera de que suceda algo, sin que la mayoría de ellos tenga la menor idea de que, en efecto, algo sucede.

Dicho y hecho; pone ese tema y explotan, atónitos ante la ferocidad de su reacción, y se dan cuenta súbitamente de que lleva más de media hora jugando con ellos, vacilándoles. Mientras estallan los vítores, suelta una sonrisa picara y astuta que chisporrotea por toda la pista.

Por toda la pista de mi club, aquí en el Herengracht, «el canal de los caballeros» del viejo Amsterdam. Le doy sorbos a mi vodka con Coca-Cola desde el mirador en la sombra al fondo del local, consciente de que debería estar ocupándome del tío este, tendiéndole la mano de la amistad y de la hospitalidad como hago con todos los DJs visitantes, incluso los que me parecen unos gilipollas. Pero que se ocupe Martin de este tío; yo me voy a mantener al margen, pues es de mi ciudad natal y le conozco. No tengo nada en contra de la gente de mi ciudad natal; es sólo que no me gusta encontrármelos por aquí.

Veo a Katrin, dándome la espalda, luciendo ese vestido azul oscuro que se ciñe a su delgado cuerpo y le llega hasta el cuello, y esa mata de cabello rubio cortado a navaja que le brota de la cabeza: está de pie, con Miz y una adolescente porno de lo más follable con la que ha ligado. No logro discernir de qué humor está Katrin; espero que se haya tomado una pastilla. Le rodeo la cintura con el brazo, pero me desmoralizo al sentir cómo se contrae ante mi contacto. No obstante, me esfuerzo. «¿Buena noche, no?», le grito al oído.

Ella vuelve la cabeza hacia mí y dice en un lúgubre acento alemán: «Quiero volver a casa…».

Miz me lee los ojos y me lanza una mirada de comprensión.

Me alejo de ellos, y me acerco a la oficina, donde veo a Martin metido allí con Sian y una chavala brummie[12] que anda con ellos últimamente. Están preparando rayas de coca, ya listas y dispuestas sobre la mesa de pino. Martin me tiende un billete de cincuenta guilders mientras me fijo en los ansiosos e incitantes ojos de plato de las chicas. «Nah, paso», le digo.

Martin les hace un gesto con la cabeza a las chavalas, lanza una papelina sobre el escritorio y me conduce a la pequeña antesala donde guardamos la fotocopiadora y las conversaciones clandestinas. «¿Estás bien?».

«Sí…, es Katrin…, ya sabes cómo está el patio».

El rostro de Martin se arruga bajo su canoso cabello castaño y muestra sus grandes dientes en señal de alerta espídica. «Ya sabes cuál es mi consejo, colega…».

«Ya…».

«Perdona, Mark, pero es una bruja amargada y está consiguiendo que tú acabes igual», me dice una vez más, señalando a renglón seguido la puerta de la oficina. «Tendrías que estar pasándotelo en grande. Tragos, tías y drogas. A ver, fíjate en Miz», dice sacudiendo la cabeza. «Es mayor que cualquiera de nosotros dos. Sólo se vive una vez, colega».

Martin y yo somos socios en lo del club y somos iguales en muchísimos aspectos, pero la diferencia es que yo nunca podré ser tan frívolo como él. Cuando yo me junto con alguien, creo en aguantar el tirón. Incluso cuando ya no queda nada por aguantar. Pero lo hace con buena intención, así que dejo que me dé la lata un rato antes de volver a la pista.

Y me encuentro buscando a Katrin, caminando distraídamente hasta la parte delantera de la casa. Por alguna razón levanto la vista y el DJ, el tío de Edimburgo, se me queda mirando durante un instante; nos ofrecemos una discreta sonrisa de reconocimiento mutuo mientras en mi pecho se despierta una sensación de inquietud. Después me vuelvo y veo a Katrin junto a la barra.

14. CHANCHULLO N.° 18737

Toda esa gente que no tiene cabida en el nuevo Leith está aquí durante mi primer día al timón. Un montón de viejos apestosos y de capullines tecnotartán hip-hoperos con anillos raperos en todos los putos dedos. ¡Uno de esos pequeños caraduras llega incluso a llamarme Sick Boy! Pues bien, sabed, insolentes cabritillos, que las únicas drogas con las que se traficará aquí serán aquellas que lleven el sello Simon Williamson de calidad. Sobre todo desde que ayer tuve la buena suerte de encontrarme con un viejo socio llamado Seeker, y ahora tengo los bolsillos rebosantes de pastillas y papelinas de perico.

Y la vieja Moira tendrá que desaparecer: una maruja gordinflona con gafas de la Seguridad Social de estilo retro evoca en demasía el Leith de antaño para el tipo de régimen que piensa implantar el hijo de la señora Williamson. Demasiado setentera, Mo. La policía estilista: ni na, ni na, ni na… Ahora está atendiendo a uno de los capullines, o, más bien, intentándolo. «Cucu-cu-cuatro pi-pi-pi-pintas de ce-ce-ce…», le dice el chaval ante las risitas de sus colegas, mientras se le contorsiona la cara hasta parecer que imita a una víctima de un infarto, en tanto que Moira está ahí parada, boquiabierta de vergüenza ajena.

Quizá haya que hacer algunos cambios. ¿Alex McLeish?[13]

Bueno, creo que así es, Simon. Cuando llegué aquí, el club estaba todo patas arriba. Me di cuenta enseguida del potencial que tenía, pero tuvimos que desprendernos de cierto lastre antes de estar maduros para atraer inversiones.

Ese es el proceso, Alex.

La especialidad de Moira es la vertiente catering del negocio. Aquí preparamos comidas, putos papeos de tres platos por algo así como noventa peniques por cabeza para los pensionistas. Me irrita lo que eso no supone para los márgenes de beneficio: si quisiera servir comida socializada me habría metido en el voluntariado del Comidas sobre Ruedas ese, a darles de jalar a los discapacitados y ancianos. Qué duda cabe, estas comidas de bar son escandalosamente baratas: estoy subvencionando la supervivencia de todos esos viejos parásitos.

Uno de esos viejos plantígrados se me acerca arrastrando los pies, con unos ojos azules un tanto amenazadores incrustados en una piel cristalina amarilla y roja, de lo más alegres para un hijo de puta tan viejo. El cabrón apesta tanto a meados que se diría que sale de uno de esos vídeos de lluvia dorada. A lo mejor los viejos cabrones les dan a los deportes acuáticos en el centro ese al que van. «Pescado o pastel de carne picada con papas, pescado o pastel de carne picada con papas…», brama, «¿el pescado está fresco?».

«Tan fresco que tuve que darle un par de bofetones para que se comportara», bromeo con una sonrisa y un guiño.

Resulta evidente que mis esfuerzos por hacerme el anfitrión jocoso están condenados de antemano con esta puta galería de rancios fracasados. Me mira con su carita de Scots terrier entornada en un gesto beligerante. «¿Qué lleva, masa o pan rallado?».

«Masa», informo al fastidioso vejestorio con cansina resignación.

«A mí me gusta más con pan rallado», suelta él, su expresión gruñona crispándose en una llorona mueca circense mientras vuelve la mirada hacia el rincón. «Y Tam, Alee, Mabel y Ginty te dirán lo mismo, ¿no es así?», les grita, solicitando algunos cabeceos entusiastas por parte de otros despojos humanos de su cuerda.

«Le ruego que acepte mis humildes disculpas», digo, mordiéndome la lengua, esforzándome por conservar un aire de cordialidad superficial.

«Esa masa, ¿está crujiente? Quiero decir, ¿no estará toda blandurria, verdad?».

Estoy haciendo un esfuerzo supremo con este carcamal tocahuevos. «Más crujiente que un billete de veinte libras nuevo», le digo.

«Hum, la de tiempo que hace que yo no veo un billete de veinte libras nuevo», gruñe el viejo cascarrabias. «Y los guisantes, ¿son de lata o de la huerta?».

«¡Si no son de la huerta yo no quiero!», grita la maruja con cara de famélica que se llama Mabel.

La mujer del capitán se llamaba Mabel, por Dios, y era capaz… de darle a la tripulación su polvo diario sobre la mesa de la cocina.

De lata o de la huerta. He ahí un tema de reflexión para un hombre de empresa. Si Matt Colville pudiera verme en este momento, ser testigo de semejante humillación, le compensaría por unos cinco polvos de los que me eché con su mujer. Los temas candentes del día, vaya que sí. De lata o de la huerta. No lo sé. No me importa. Ganas me dan de responderle a gritos: los únicos pises[14] rancios que hay aquí son los que hay en tus putas bragas sarnosas, cielo.

Me vuelvo hacia Moira la Escoria y dejo que lo resuelva todo ella. Se está formando una especie de cola delante del bar. ¡Joder! Diviso una figura familiar, ahí de pie, entre tembleques y escalofríos, y limpio los vasos con ahínco, tratando de rehuir esos ojos enormes como faros, pero esos reflectores de la necesidad me enfocan sin tregua. Sé cómo se sienten las tías cuando dicen «me desnudaba con los ojos» porque en este caso podría decirse «me desnudaba la cuenta corriente con los ojos».

Al final ya no puedo no mirar. «Spud», sonrío. «Cuánto tiempo sin verte… ¿Cómo te va? Ya hace unos años».

«Perfectamente, eh…, bien», tartamudea. El señor Murphy está hecho una versión más marchita y diezmada de lo que yo recordaba, si es que eso es posible. De hecho, tiene el aspecto de un escuálido gato recién fallecido que un zorro urbano acabase de desenterrar de su lugar de eterno descanso en el jardín. Sus ojos presentan

esa amalgama turulata de un hombre que se ha metido demasiadas anfetas y barbitúricos para que las diferentes áreas que conforman su cerebro jamás se pongan de acuerdo respecto a qué hora del día es. Es una puta carcasa de ser humano, rancia y andrajosa, drogopropulsada de un piso cochambroso o un pub de mala muerte al siguiente antro de corrupción de idéntico género en busca de su próxima ingesta tóxica.

«Excelente. ¿Y cómo está Ali?», indago, preguntándome si seguirán arrejuntados. A veces pienso en ella. De un modo extraño, siempre sentí que de alguna forma acabaríamos juntos, una vez que nos hubiésemos quitado de encima todos nuestros malos rollos. Siempre fue la mujer para mí, aunque supongo que eso lo pienso de todas. Pero que ella y él estén juntos: eso no está nada, pero que nada bien.

Si tiene dos dedos de frente le habrá mandado a hacer gárgaras hace años, aunque no parece que vaya a tener la deferencia de responderme. Ni siquiera me dice: «¿Y tú qué haces trabajando detrás de una barra aquí en Leith, Simon?». Su silueta retorcida y egoísta es incapaz de impartir ese nivel de curiosidad elemental siquiera, no digamos una bienvenida sincera, joder. «Mira, ya sabes lo que te voy a pedir, tronco», carraspea.

«Hasta que no me lo pidas, no», sonrío de la forma más condescendiente y gélida que me es posible, que en este caso particular a mí me parece mogollón que te pasas.

Murphy tiene el morrazo de ponerme a mí una cara de traición y de dolor: una de esas miradas que dice ah-conque-esas-tenemos-ahora. A continuación inspira profundamente, con un sonido extraño y lento, mientras el aire pugna por inflar sus raquíticos y escuálidos pulmones, reducidos a semejante grado de ineficacia por ¿qué?: ¿la bronquitis, las neumonías, la tuberculosis, el tabaco, el crack, el sida? «No te lo pediría, pero estoy fatal. Fatal de la muerte».

Le echo una mirada de arriba abajo y decido que no se equivoca. Después sostengo el vaso limpio a contraluz. Le informo de manera tajante, a la vez que busco posibles manchas: «Un kilómetro más arriba. Al otro lado de la calle».

«¿El qué?», suelta él, boquiabierto como un pececito de colores, que es lo que parece, enmarcado como está por las luces amarillas del pub.

«El Departamento de Asistencia Social del Ayuntamiento de Edimburgo», le informo. «Esto, por si no te habías enterado, es un pub. Quizá te hayas equivocado de lugar. Aquí sólo tenemos licencia para vender licores intoxicantes». Le transmito esta información con toda la oficiosidad de rigor, mientras cojo otro vaso.

Casi me arrepentí de mis palabras cuando Spud me lanzó una mirada de incredulidad durante un segundo, dejó que el dolor le calara y después se largó discretamente, en silencio y abatido. Afortunadamente, el acceso de vergüenza se vio instantáneamente reemplazado por una oleada de orgullo y de ali vio al constatar que otro caso perdido desaparecía a rastras de mi vida.

Sí, nos conocíamos desde hace mucho, pero aquellos eran otros tiempos.

Entra una pequeña multitud, y a continuación, horrorizado, veo unos trajes del Scottish Office asomar la cabeza por la puerta y arrugar la nariz antes de batirse apresuradamente en retirada. Recién llegados en potencia con carteras a rebosar expulsados por emperrados y vetustos sacos de escoria con calderilla y jóvenes capullos que parecen consumir todo tipo de drogas en exceso —con excepción, claro está, del alcohol con cuya venta intento ganarme la vida en este bar—. Va a ser un primer turno muy largo. Pongo manos a la obra con creciente desaliento, pensando en el cálido paraíso de los incautos de la buena de Paula.

Por fin, veo una cara amiga entrar en el pub, bajo una erupción de rizos más cortos de lo acostumbrado y sobre una percha mucho más delgada de lo que hubiese creído. La última vez que vi a este hombre, quedé convencido de que encaminaba firmemente sus pasos rumbo al Infierno de la Gordura. Es como si hubiera visto los indicios y hubiese encontrado a tiempo la vía de acceso a la carretera de circunvalación, y ahora vuelve a circular por la autopista que lleva al Paraíso de la Esbeltez. Se trata ni más ni menos que del más célebre de los ex vendedores de aguas carbonatadas que jamás diera esta buena ciudad, «Juice» Terry Lawson, de los Elegidos Selectos de Saughton. Esto queda un poco lejos de su territorio, pero no por ello me alegro menos de verle. Me saluda efusivamente y me fijo en que su atuendo también ha cambiado para mejor: chaqueta de cuero de aspecto caro, top Lacoste estilo Queen's Park FC de aros blancos y negros, aunque el efecto general quede un tanto estropeado por lo que parecen ser unos vaqueros Calvin Klein y unos zapatos Timberland. Tomo nota para comentárselo en otro momento. Le invito a una copa y charlamos acerca de los tiempos pasados. Terry me cuenta en qué anda últimamente y he de reconocer que suena interesante…

«A las tías les va la marcha que te cagas. No lo creerás, grabamos las escenas en vídeo y luego las exhibimos. Hemos empezado a colocar algunos por correo en las revistas guarras. Al principio eran bastante cutres, pero estamos mejorando, progresando y tal, porque tengo un amigo que es bastante colega de unos de un centro social de Niddrie que tienen un estudio de edición como está mandado para vídeos digitales. No es más que el comienzo; uno de los chicos quiere diseñar una página web, y después introducir los detalles de las tarjetas de crédito y dejar que la gente se baje lo que quiera. A la mierda todo el rollo de los negocios, es el porno lo que ha hecho de Internet lo que es».

«Suena estupendo», asiento, mientras le pongo otra. «Estás al cabo de la calle, Terry, colega».

«Sí, y además yo soy el prota. Ya me conoces, siempre me han ido las tías, y también ganarme unos boniatos sin pringar demasiado. Además, hay mucha jovencita con talento que está por la labor; es la sal de la vida», dice, sonriendo con gran

entusiasmo.

«Ideal para ti, Terry», observo, pensando que sólo era cuestión de tiempo que Terry, incluso a su manera cochambrosa, se introdujera en el negocio.

Terry pide otra ronda y entonces decido que Mo puede apañárselas, de forma que me traslado al lado más cómodo de la barra, no sin antes hacerme con dos grandes brandys con Coca-Cola para nosotros. Terry empieza enseguida dale que te pego con lo estupendo que resulta que vuelva a estar por aquí, y que con mis contactos en el negocio tendríamos que intentar montar algo juntos. Por supuesto, veo venir el sablazo desde unos cincuenta metros de distancia. «Pero verás, colega», dice mientras se le ensanchan los ojos, «el caso es que creo que puede que nos echen del otro local, así que podría venirme bien un pequeño encierro aquí».

Esto podría resultar interesante. Pienso en esa gran habitación de arriba. Tiene barra, pero ahora no la utilizamos para nada. «No hay nada malo en probar y ver qué pasa, ¿eh, Terry?», sonrío.

«Eh, ¿qué tal si hacemos una prueba esta noche?», me pregunta con cautela.

Lo medito durante un periquete, y a continuación asiento lentamente. «Donde esté el presente…», le digo con una sonrisa.

Terry me da una palmada en el hombro. «Sick Boy, es guay que te cagas tenerte de vuelta. Eres una grata inyección de energía positiva, colega. En esta ciudad hay demasiados gruñones que te cortan el rollo; no hacen nada de nada y después se vuelven y se ponen a gimotear cuando algún otro prueba suerte. Pero tú no, colega, ¡tú estás por la labor!». Y marcándose un pequeño twist, salta al suelo, enciende el móvil y empieza a llamar.

Cuando llega la hora del cierre, me esfuerzo muy mucho para sacar por la puerta a los capullines congregados alrededor de la gramola. «¡DAMAS Y CABALLEROS, VAYAN ACABANDO LAS CONSUMICIONES, POR FAVOR!», chillo desde la otra punta del bar, enviando a algunos viejales a arrastrar los pies entre la noche. Terry sigue cotorreando por el móvil. El problema son los capullines estos. Ese sacomierda entro metido —le llaman Philip—, un pequeño hijo de puta de lo más cabrón con los dedos llenos de anillos raperos, se ha coscado de que nos traemos algo entre manos. Y Curtís, su amiguete tartamudo y con cara de corto; vi a Murphy hablando con él al salir. Dios los cría, vaya que sí.

Abro la puerta lateral y les hago un gesto con la cabeza. Mientras van recogiendo para marcharse, el tal Philip me pregunta: «¿Es que no va a haber un encierro, Sick Boy?», con esos ojillos estrechos encendidos y el diente de oro brillando. «Sólo que te oí hablando del tema con Juice Terry», dice con una sonrisa, todo gallito y avasallador.

«Nah, es una puta reunión de francmasones, colega», le cuento, sacando su figura delgaducha a la calle de un empujón mientras su amiguito bobo sale tras él y los

demás hacen otro tanto.

«Pensaba que iba a haber un encierro», sonríe otro cachorrillo insolente.

Hago caso omiso del gilipollas, pero le echo un guiño a una tía de lo más mono que le sigue. Ella me mira inexpresivamente como respuesta antes de sonreír levemente al salir. Pelín demasiado jovencita para mí. Le hago un gesto a Mo, que desenchufa la gramola, mientras yo cierro la puerta y me retiro a la barra para servirnos otro par de brandys a Terry y a mí. Unos minutos después se oye un golpe, del que hago caso omiso, y después el redoble futbolero di-di, di-di-di, di-di-di-di, di-di.

Terry cierra el móvil. «Esos son los nuestros», dice.

Abro la puerta y veo a un tío al que reconozco vagamente y que me mosquea un tanto, puesto que estoy seguro de que es un antiguo hincha de los Hibs; claro que en Edimburgo casi todo dios entre los veinticinco y los treinta y cinco es un antiguo hincha de los Hibs. Hay otro par de rostros que conozco a medias pero con los que soy incapaz de asociar nombre alguno.

Las tías resultan mucho más impresionantes: tres auténticas muñequitas, una más corpulenta y guarrona, y una monada de gafas que no parece que acabe de encajar. Una de las muñecas resulta particularmente apetecible. Cabello castaño claro, ojos cuasi-orientales con unas cejas bien depiladas y cuidadas y una boca pequeña pero de labios carnosos. Que me jodan, bajo esa ropa de aspecto caro hay un cuerpo en plena forma. La muñequita Numero Duo es un poco más joven y aunque no va tan elegantemente ataviada, está a un millón de años luz de ser infollable. La tercera es una rubia follable. Los dos capullines, Philip y Curtis, siguen por allí merodeando, quedándose con la concurrencia al igual que yo, sobre todo con las espectaculares curvas de la muñeca Numero Uno, sus largos cabellos castaños y su elegancia sensual y arrogante. Esta, en particular, diríase que está muy por encima del nivel de Terry. «¿Qué clase de francmasón es ella, eh?», suelta el gilipollitas desvergonzado de Philip.

«Logia sesenta y nueve», les cuchicheo, dándoles con la puerta en las narices otra vez, mientras Terry les da la bienvenida a todos efusivamente.

Me vuelvo hacia mis nuevos invitados. «Bien, señores, tendremos que subir, de modo que si quieren ir pasando por la puerta que tienen a su izquierda…», les explico. «Mo, no te olvides de cerrar después de salir, cariño».

Moira levanta la vista durante unos breves instantes, mientras trata de descifrar lo que sucede, y a continuación se dirige a la oficina y coge su abrigo. Yo sigo al grupo escaleras arriba. En efecto, podría resultar interesante.

15. PUTAS DE AMSTERDAM, 2.ª PARTE

Katrin era mi novia, una alemana de Hannover. La conocí una noche en el Luxury, mi club, hará unos cinco años. No recuerdo demasiado bien los detalles. Tengo la memoria hecha una mierda; demasiadas drogas. Dejé el jaco cuando me instalé en Amsterdam. Pero incluso los éxtasis y la cocaína te hacen agujeros en el cerebro con el paso de los años y te privan de tus recuerdos, de tu pasado. En lo que a mí respecta, no hay problema, incluso me conviene.

Aprendí paulatinamente a respetar estas drogas, a emplearlas con moderación. Durante la adolescencia o en plena juventud se puede ser indiscriminado, ya que uno tiene poca noción de la propia mortalidad. Por supuesto, eso no quiere decir necesariamente que uno vaya a sobrevivir a esa etapa.

Pero cuando andas por la treintena la cosa cambia. De pronto, sabes que en algún momento vas a morir, y en las resacas y los bajones se percibe en qué medida las drogas contribuyen a ese proceso; agotando los recursos espirituales, mentales y físicos, alimentando la apatía con la misma frecuencia con que alimentan la emoción. Se convirtió en un problema matemático en el que uno jugaba con las variables: unidades de droga consumidas, edad, constitución y ganas de quedar hecho polvo.

Alguna gente se desentiende directamente. Unos pocos continúan sin parar hasta el fin del camino, resignándose a la noción de la vida como un gran intento de suicidio a plazos. Yo decidí seguir con el mismo tipo de vida, saliendo, desparramando, pero bajo control. Luego, tras una semana muy mala, lo mandé todo al carajo, me inscribí en un gimnasio y me apunté a kárate.

Esta mañana tenía que salir del piso. Se ha enrarecido el ambiente con Katrin. Con las broncas puedo manejarme, pero los silencios me desgastan y la mordacidad de sus pullas me aturde y me escuece más que el directo de un boxeador. Así que cogí la bolsa de deporte y fui a donde voy siempre que me siento así.

Ahora tengo los brazos metidos en las asas de las poleas y completamente extendidos delante del pecho. Inspiro hondo, abriéndolos hasta formar una rígida cruz. Hoy he aumentado la carga y noto la quemazón en los músculos, antes tan enclenques, ahora rocosos a tope…, ante mis ojos bailotean puntos orgásmicos rojos…, y diecinueve…, oigo el rumor de la sangre rugiéndome en los oídos…, los pulmones me estallan como si de un reventón en el carril rápido de la autopista se tratara…, y veinte…

… y treinta repeticiones más tarde paro y noto el sudor de la frente escociéndome los ojos; me paso la lengua por los labios para sentir el sabor de la sal. Después repito el número, dándole idéntico tratamiento a otro aparato. Después treinta minutos en la cinta, pasando de los 10 a los 14 km/h.

Ya en el vestuario, me quito la vieja sudadera gris, el pantalón corto y los

calzoncillos, y me meto bajo la ducha, empezando con agua caliente, después tibia, y después la voy enfriando hasta que sale helada que te cagas y ahí me quedo, sintiendo cómo mi sistema se va recargando por dentro. Salgo y casi me derrumbo cuando empiezo a respirar de forma espasmódica, pero después estoy de puta madre, estoy entero otra vez y con calor, relajado y alerta mientras me voy vistiendo lentamente.

Veo a un par de otros tíos que vienen con regularidad. Nunca conversamos, sólo asentimos, con un gesto de severa aprobación de nuestra mutua presencia. Hombres demasiado ocupados, demasiado centrados, para perder el tiempo con charlas intrascendentes. Hombres con una misión que cumplir. Hombres irreemplazables; únicos en su género y ubicados en el centro mismo del universo.

O eso nos gusta pensar.

16.«… OLVÍDATE DE LA FÁBRICA DE ALFILERES DE ADAM SMITH…»

Ha sido un día atareado en la sauna. He dado un par de masajes que terminaron en pajas, pero le dije a un repulsivo sosias del líder sindical Arthur Scargill que le follaran (amablemente) cuando me pidió que se la chupara.

Bobby, de pie ante mí, con ese jersey de golfista estirado de forma inverosímil sobre su abultado abdomen, me da un toque. «Mira, Nikki, eres popular entre los parro…, entre los clientes y tal. El caso es que a veces tendrías que hacer un poquito más. Quiero decir, ese tipo con el que tuviste el tropiezo era Gordon Johnson. Es un hombre muy conocido en esta ciudad, un cliente especial, ya me entiendes», me explica mientras yo me quedo pasmada por el pelo que vierten sus fosas nasales y la forma tan incongruentemente amanerada que tiene de sostener un cigarrillo.

«¿Qué es lo que intentas decirme, Bobby?».

«Me dolería horrores perderte, cariño, pero si no rematas la faena, no me vales».

Siento un acceso de náusea y cojo las toallas y las meto en el cesto de la ropa.

«¿Me has oído?».

Me vuelvo para mirarle. «Te he oído».

«Vale».

Voy a buscar mi abrigo con Jayne y nos vamos al centro. Pienso en la falta que me hace este empleo y en hasta dónde estoy dispuesta a llegar para conservarlo. Es lo que tiene el trabajo sexual, siempre acaba reduciéndose a las fórmulas más elementales. Si de veras quieres saber cómo funciona el capitalismo, olvídate de la fábrica de alfileres de Adam Smith, este es el sitio que hay que estudiar. Jayne quiere comprarse un par de zapatos nuevos en una tienda que está por Waverley Market, pero yo tengo que ir a encontrarme con los demás en un pub del South Side.

Están todos presentes, y me sorprende que Lauren haya venido aquí con Rab. Es una sorpresa enorme. Pensé que estaría encantada de pasar la noche en casa con Dianne, que habría saltado de alegría ante la oportunidad de quedarse levantada bebiendo vino y dándose un festín de media noche compuesto de tentempiés congelados con su nueva hermana favorita.

Pensé que yo había quedado relegada al papel de tiíta chiflada, estrambótica y promiscua. Me da la impresión de que Lauren está aquí porque ha asumido la responsabilidad de «rescatarme» de una vida disipada. Qué aburrido. El tío del pub dijo que ni hablar de quedarse después de echar el cierre, así que Terry ha querido investigar el sitio este. Después nos llama al móvil y bajamos en un par de taxis. Me asombra que Lauren haya decidido unirse a nosotros, pero Rab le ha asegurado que él no se quitaba la ropa y que no es obligatorio follar.

El nuevo local es un bar de aspecto aún más sórdido en Leith. Mientras nosotros

entramos, de nuevo por una puerta lateral, sale un grupo de jóvenes de pésima complexión, y hacen algún que otro comentario soez. Lauren se irrita. Dentro del pub, nos presentan a un tipo con un moreno de rayos UVA, con el pelo engominado y peinado hacia atrás. Con esas cejas oscuras e inclinadas y esa boca malvada y retorcida, se parece un poco a una versión algo más cruel de Steven Seagal. Nos conduce por las escaleras a otra habitación que tiene una barra que recorre toda una pared y varias mesas y sillas.

Huele a húmedo y a cerrado, como si hiciera tiempo que no se utiliza. «Este ángel se llama Nikki», dice Terry, recorriéndome la espalda de arriba abajo con las manos. Cuando me quedo mirándole, protesta: «Sólo estaba buscando las alas, muñeca, no puedo creer que no estén…». A continuación se vuelve hacia Lauren y dice: «… Y este bombón se llama Lauren. Mi viejo amigo Simon», dice Terry, dándole una efusiva palmada en la espalda al doble de Steven Seagal. También le presenta al tal Simon a Rab, Gina, Mel, Úrsula, Craig y Ronnie.

El tío este, Simon, abre el pestillo de la persiana del bar y nos tiende a todos la mano uno tras otro. Su apretón es fuerte y acogedor y parece de una sinceridad tan completa que tiene que ser puro cuento. Jamás había visto nada semejante antes. «Muchas gracias por haberos acercado hasta aquí», dice. «Me alegra mucho veros. Estoy tomando whisky de malta. Es uno de mis vicios. Estaría encantado de que todos me acompañarais», dice, sirviendo un poco de Glenmorangie en unos vasos. «Mis excusas por lo desordenado que está esto», explica. «Hace muy poco que me he hecho cargo y esta habitación se empleaba para almacenar… Bueno, será mejor que no entre en el tema de lo que se almacenaba aquí», dice riéndose entre dientes mientras mira a Terry, quien responde con una sonrisa cómplice, «pero hemos hecho limpieza».

«Para mí no, gracias», dice Lauren.

«Venga, muñeca, échate un traguito», le insiste Terry.

«Terry», dice Simon con gesto serio, «esto no es el puto ejército. A menos que la lengua inglesa haya sido alterada, por lo general la palabra “no” significa “no”». Mirando a Lauren, le pregunta con aire solemne: «¿Hay alguna otra cosa que pueda ofrecerte?». Acto seguido, junta las manos con una palmada y se las acerca al pecho, los codos apuntando hacia fuera. Tiene los ojos abiertos y una expresión escrutadora y torvamente sincera.

«No quiero nada, gracias», dice Lauren fríamente, manteniéndose firme, aunque estoy segura de ver asomar en sus labios una leve sonrisa.

Las copas van cayendo y pronto estamos todos absortos en la charla. Gina sigue un tanto indecisa respecto a mí, aunque debe de estar acostumbrándose a mi presencia ya que las miradas rencorosas han remitido un tanto. Los demás están amistosos, en particular Melanie. Me ha estado hablando de su hijito y de una historia

de terror acerca de las deudas que le dejó el tío con el que estaba. Empezamos a escuchar una conversación de Simon (o «Sick Boy», como Terry a menudo se refiere a él, lo cual le produce la misma reacción que si alguien arañase una pizarra con las uñas) con Rab. Se están emborrachando con el whisky y hablan de rodar una película porno.

«Si necesitas un productor, yo soy el tío que buscas. Trabajé en el negocio en Londres», explica el tal Simon. «Vídeos, clubs de lap-dancing. Se puede ganar mucho dinero».

Rab asiente con la cabeza continuamente, para mayor angustia de Lauren. Ha cambiado de parecer respecto a beber y está trasegando vodkas dobles y dándole caladas a los porros de skunk que van circulando. «Cierto, el porno siempre tiene mejor aspecto en vídeo», afirma Rab, «bueno, al menos el porno duro. Se pierde la pretensión artística. Es como las grabaciones en vídeo y las películas en celuloide».

«Así es», dice Simon. «Me encantaría producir una película porno como mandan los cánones. En plan vieja escuela, en celuloide, una provocación erótica, pero con escenas de sexo hardcore ampliadas, rodadas en vídeo e insertadas en ella. Tengo entendido que para la película esa de Human Traffic, utilizaron vídeo digital, súper 16 y 32 mm».

Rab está ebrio debido al whisky y a la idea en cuestión. «Claro, durante el proceso de edición puedes hacer cualquier cosa, cuando se clasifica la película. Pero lo que hace falta realizar no es un vídeo de pajillero tirado que se vea fatal, sino una película pornográfica en condiciones, con un guión estupendo, un presupuesto decente y una producción esmerada. Una que ingrese en el canon de grandes películas del género».

Lauren mira a Rab con dureza, con expresión escandalizada. «¡Grandes películas del género! ¿Qué grandes películas? Si son todas un montón de basura lucrativa, que apela a los instintos más abyectos de…», mira a su alrededor y topa con la mirada lasciva de Terry, «… la gente».

Terry menea la cabeza y dice algo acerca de las Spice Girls, o algo por el estilo, porque yo voy un poco bolinga y el skunk este es letal. La gente parece dar vueltas a mi alrededor y sólo soy capaz de centrarme en ellos mediante un esfuerzo de voluntad desgarrador.

Rab se mantiene firme ante Lauren, con voz resonante: «Existen grandes películas del género pornográfico. Garganta profunda, El diablo y la señorita Jones…, algunas de las cosas de Russ Meyer, son clásicos y más innovadoras y feministas que mierdas pretenciosas como… ¡El piano!».

Este último comentario ha sido un golpe bajo, e incluso a pesar de mi vista nublada veo que a Lauren le ha dolido casi físicamente. Casi se dobla, y durante una fracción de segundo me preocupa que vaya a desmayarse. «No puedes decir…, no

puedes decir que esa bazofia barata y sórdida…, no puedes…». Mira a Rab, casi suplicante: «… Sencillamente no puedes…».

«A la mierda el hablar de cine, hagámoslo», se mofa Rab. Lauren mira a este tío cargado de whisky como si se hubiera convertido en un monstruo que la ha traicionado. «Llevo dos años sin hacer otra cosa que escuchar palabrería», añade. «Mi novia va a tener un crío. ¿Y yo qué he hecho? ¡Quiero hacer algo!».

Yo me encuentro asintiendo entre la neblina, deseando gritar «¡Sí!», pero Terry se me adelanta, rugiendo: «¡Así se habla, Birrell!», mientras le sacude un trompazo en la espalda. «¡Hay que probar suerte!». A continuación nos mira a todos y dice con grandilocuencia: «La cuestión no es por qué habríamos de hacerlo, sino qué otra cosa deberíamos hacer, cojones».

Mientras Craig asiente de forma crispada y Ursula y Ronnie sonríen de oreja a oreja, Simon canturrea para corroborar lo dicho: «¡Ya lo creo, Terry!». Señalando a su amigo, sostiene: «Este hombre es un puto genio. Siempre lo ha sido, siempre lo será. Y punto pelota», nos canturrea. Después se vuelve hacia Terry y dice, con genuina reverencia: «Divino, Terry, divino».

Está borracho, por supuesto, como lo estamos todos. Pero no son sólo el alcohol y el porro lo que hacen que me sienta ebria; es la conversación, la compañía, la idea de la película.

Me encanta, quiero formar parte de ello, y no me importa lo que piense nadie. Un acceso de euforia se levanta y amaina cuando caigo en la cuenta: esta es la verdadera razón por la que acabé en Edimburgo. Es el karma, es el destino. «Quiero ser una estrella porno. Quiero que los hombres se masturben ante mis imágenes por todo el mundo, ¡hombres de cuya existencia ni siquiera estoy enterada!», digo entre dientes, directamente a la cara de la pobre Lauren, deshaciéndome en una risotada fumada y brujeril.

«Pero te estarías convirtiendo en mercancía, en objeto; ¡no puedes hacerlo, Nikki, no puedes!», chilla.

«No es cierto», le dice Simon. «Los actores convencionales son más putas que las estrellas del porno», insiste. «El hecho de dejar que alguien utilice tu cuerpo o las imágenes de él que tú creas, no es nada. La verdadera prostitución consiste en dejar que utilicen tus emociones. ¡Esas jamás deben prostituirse!», dice con impresionante grandilocuencia.

Lauren parece a punto de ponerse a gritar, como si intentara recobrar el aliento. Se lleva la mano al pecho mientras la sensación de malestar hace que se le arrugue la cara. «No, no, porque…».

«Cálmate, Lauren, joder. Lo único que pasa es que nos hemos sobrao un poco con el skunk y el whisky», dice Rab, cogiéndola del brazo con suavidad. «Vamos a rodar una película. Vale, es porno. ¿Y qué? El caso es hacerlo, mostrarle al mundo que

somos capaces».

La miro y le digo: «Soy yo quien controla la producción de mi propia imagen. La zorra que imaginan y construyen mentalmente, el papel que interpreto en la pantalla, esa persona será mi creación y no guardará semejanza alguna con mi verdadero yo», le digo.

«No puedes…», jadea ella, al borde de las lágrimas.

«Sí que puedo».

«Pero…».

«Lauren, eres una mojigata y tienes unos puntos de vista de lo más anticuados».

Exasperada y colérica, se levanta de forma vacilante, lanzándose hacia la ventana, aferrándose al alféizar y asomándose a la calle. Hay unas cuantas cejas enarcadas ante la brusquedad de su salida, pero la mayoría estamos demasiado a gusto bebiendo y charlando para fijarnos o para que nos moleste. Rab se acerca a ella y empieza a hablarle. Asiente de forma apaciguadora y después se acerca y me dice: «Voy a acompañarla a casa en taxi. ¿Quieres venir?».

«No, voy a quedarme aquí un rato», le digo, mirando a Terry y Simon e intercambiando sonrisas perversas.

«Está alterada y bastante hecha polvo por el skunk; alguien debería hacerle compañía, no vaya a ser que le dé la pálida», dice Rab.

Terry vuelve a darle a Rab una palmada en la espalda, esta vez con fuerza suficiente para que todos notemos la intención punitiva latente bajo la camaradería. «Hostia puta, Birrell, métele el rabo a esa putilla, a ver si así se deshiela».

Rab mira a Terry con acero frío en la mirada. «Tengo que volver a casa con Charlene».

Terry se encoge de hombros como diciendo: tú te lo pierdes. «Por lo que se ve, tendré que volver a ser yo quien lo resuelva», dice con una sonrisa. «Terapeuta sexual Lawson. Puramente como servicio profesional y tal. A ver qué te parece esto Rab: tú la arropas y yo me paso por ahí luego», dice riéndose.

Rab me echa una mirada un poco más larga, pero yo paso de ir a casa a sentarme y justificarme ante esa pequeña moralista lesbiana de tapadillo. Quiero la tajada que me corresponde. Llevo toda la vida tras ella y este año cumplo un cuarto de siglo. ¿Cuánto tiempo me queda antes de perder mi belleza? La gente no para de hablar de Madonna, pero ella es la excepción. Son las Britneys, las Steps, las Billies, las Atomic Kittens y las SClub Sevens las que cuentan y todas ellas son unas putas crías en comparación conmigo. Lo quiero ahora, lo necesito ahora, porque el mañana no existe. Si eres mujer y eres bella, posees el único recurso perecedero que vale la pena: eso es lo que te dicen a gritos en las revistas, en la tele, en las pantallas de cine. JODER, EN TODAS PARTES: ¡BELLEZA IGUAL A JUVENTUD, HAZLO AHORA! «Que Dianne se quede con ella», le digo a Rab. A continuación me vuelvo hacia los demás. «¡Yo

quiero marcha!», grito.

«¡Tú sí que sabes!», dice Terry, mientras me abraza con auténtico y delirante júbilo. Ahora la cabeza me da vueltas; Simon baja por las escaleras con un Rab de aspecto crispado y una Lauren temblorosa para dejarles salir.

Craig está montando la cámara, una simple lente DVC sobre un trípode, mientras Terry y Mel empiezan a morrearse.

Ursula ha caído de rodillas a los pies de Ronnie y le está desabrochando la bragueta. Mientras Simon sube por las escaleras, pienso que debería hacer algo ahora, pero al ponerme en pie, siento algo en el pecho y empiezo a respirar agitadamente.

Noto que alguien, creo que es Gina, me ayuda a llegar al retrete, pero la habitación me da vueltas y oigo risas y gemidos y a Terry diciendo: «Aficionados»; quiero poner mis pensamientos en orden pero oigo a Gina gritando: «¡Vete a tomar por culo, Terry, no se encuentra bien!», y tiemblo y me estremezco y lo último que escucho es la voz de Simon haciendo un estentóreo brindis: «Por el éxito, queridos amigos. Va a hacerse realidad. ¡Sucederá! Tenemos el equipo, obtendremos la pasta. ¡Sencillamente, soy incapaz de ver nubarrones en el horizonte!».

17. A LA CALLE

Anoche no dormí una mierda. Ni putas ganas que tenía. Me quedé despierto mirando las paredes, pensando: mañana por la mañana me voy a tomar por culo de aquí. Mantuve toda la noche despierto al capullo de Donald con mis historias. Será la última oportunidad que tenga este capullo de escuchar a alguien decir algo sensato porque probablemente le meterán en la celda a algún chiflado. Así no hay forma de conversar. Le dije al muy capullo: disfrútalo mientras puedas, cacho cabrón, porque como te encierren con algún puto triste la jodiste, y te aburrirás que te cagas.

«Cierto, Franco», me suelta sin más. Le cuento toda la puta pesca: que si todas las tías a las que me follaré y todos los sobraos que se van a llevar lo suyo. Pero eso sí: seré discreto que te cagas, porque aquí no pienso volver, eso está más claro que la hostia, aunque más de uno va a pasar más de una noche en vela cuando se entere de que vuelvo a estar en circulación.

Lo curioso es que pensé que la noche se haría interminable, pero no, pasó volando que te cagas. Tuve que despertar al capullo de Donald a bofetadas un par de veces cuando el jodido maleducado se quedó roque. El capullo tuvo suerte de que estuviera contento por salir o se habría llevado algo mucho peor que un puto bofetón; ya te digo, joder. Me da igual que esté cansado o no, tener modales no le cuesta una puta mierda a nadie. Pero el no tenerlos: pues eso le ha salido caro a más de uno; ya te digo, joder.

Entra el boqueras con los putos desayunos. Le suelto: «El mío ya te lo puedes llevar. Dentro de dos horas estaré en la cafetería de enfrente».

«Pensé que a lo mejor te apetecía algo, Frank», sale él.

Yo me lo quedo mirando. «Nah, no quiero una puta mierda».

El capullo del boqueras, McKecknie, se encoge de hombros y se va a tomar por culo dejando un solo desayuno para Donald.

«Joder, Franco, tío», suelta Donald, «¡tendrías que haberle dicho que lo querías, así me hubiera tomado yo los dos!».

«Cierra el pico, gordo cabrón», le digo. «Además, te vendría bien adelgazar».

Lo curioso es que en cuanto el capullo empezó a comer, me entró un hambre que te cagas. «Dame un trocito de salchicha, so capullo», le suelto.

El cabrón me mira como si no pensara dármelo, joder. En mi último día aquí, encima. Me acerco de un salto, la cojo de su bandeja y empiezo a jalármela.

«¡Hala, Franco, tío! ¡Vete a la mierda!».

«Cierra la puta boca, so cabrón», le digo, colocando la otra salchicha y después el huevo frito dentro del bollo. «Si no eres capaz de hacer nada de buen grado, entonces aparecerá algún cabrón que te obligará a hacerlo por las malas».

Así es la vida, tanto aquí dentro como fuera. Que cooperas: estupendo; que no: te

parten la boca. Ahora el muy capullo está ahí sentado con una cara como un culo bien calentado.

Para animar un poco al cara larga este, le cuento unas cuantas películas acerca de todos los polvos que pienso echar y todas las borracheras que pienso cogerme en el Sunny Leith, porque el pobre hijo de puta se enterará de todo cuando me haya largado. No está hecho para la vida carcelaria; dos putos intentos de suicidio lleva, y eso sólo desde que comparte celda conmigo, así que a saber cómo coño sería antes.

Mcllhone, el boqui que me va a soltar, ha venido a buscarme. Le digo hasta la vista a Donald, y Mcllhone le cierra la puerta en las narices al muy capullín. Es la última vez que oiré ese puto ruido. Me entrega mis cosas y me hace salir por una puerta y después por otra. El corazón me late que te cagas y veo el mundo exterior al final de un pasillo, dos puertas más allá, con el vis a vis en medio. Entramos en el pasillo donde están la sala de espera y la recepción. Respiro profundamente cuando una vieja maruja abre la puerta para entrar, dejando pasar todo ese aire fresco. Firmo por mis cosas y salgo por la puta puerta. Mcllhone me acompaña a cada paso del recorrido; ni que tuviera intención de darle esquinazo y volver al puto trullo. Me suelta: «Ya está, Franco. Listo».

Yo me limito a mirar directamente al frente.

«Te mantendremos la celda calentita. Pronto nos veremos».

Los boquis siempre dicen eso y los presos siempre se encogen de hombros y sueltan: no volveré; luego los boquis se mofan y te echan una mirada que dice: sí que volverás, tonto del culo.

Pero yo no. Lo tengo ensayado. Y estaba deseando que fuera el cabrón de Mcllhone el que me dejara salir. Me vuelvo hacia él y le digo en voz baja, para que nadie más me oiga: «Ahora estoy en la calle. Igual que tu señora. A lo mejor vuelvo después de cortarle la puta cabeza, eh. 12 Beecham Crescent. Dos críos, además, eh».

Veo cómo al capullo se le enrojece un poco la cara y cómo empiezan a humedecérsele los ojos. Va a decir algo, pero sus labios gomosos están como monguis.

Me vuelvo y me largo.

A la calle.

2. Porno

18. PORNO MARICÓN

Una de las cosas que pienso hacer es encontrar al cabrón asqueroso que no paraba de mandarme el puto porno para maricones de mierda cuando estaba dentro. Me echaron seis meses de condena más cuando inflé a un sobrao que se rió cuando dije: «Lexo y yo somos compañeros».

Hablaba de la puta tienda que teníamos a medias.

Así que ahí es donde hago mi primera escala. Algo se cuece, porque ese pedazo de cabrón dejó de venir a verme al puto trullo hace siglos. Tal cual. Sin una puta explicación. Así que pillo un autobús hasta Leith, pero cuando me bajo, ¡veo que la puta tienda ni siquiera está ahí! A ver, estar está, pero cambiada que te cagas. Convertida en una especie de café gilipollas.

Pero le veo, sentado tras el mostrador leyendo el puto periódico. Es imposible no ver al grandullón este, hay que ver el tamaño que tiene. El sitio está vacío que te cagas; una maruja y dos tontos del culo tomando el desayuno. Lexo, sirviendo comida en un café como una nena. Levanta la vista y me guipa, y un poco más y no reacciona. «¡Qué tal, Frank!».

«Bien», suelto yo. Echo un vistazo alrededor del garito, todo mesitas y garabatos en plan chinky[15] en las paredes y putos dragones de habas y tal. «¿De qué va todo esto?».

«Lo convertí en un café. Lo de los muebles de segunda no da pasta. Por las noches se convierte en un café Thai. A los nuevos modernos de Leith que hay entre la población estudiantil les mola», sonríe pagado de sí mismo.

¿Un puto café tie?[16] ¿De qué cojones habla este capullo? «¿Eh?».

«En realidad lo lleva Tina, mi novia. Se sacó una diplomatura en catering. Pensó que el sitio funcionaría mejor como café».

«Así que no te va mal», le digo más o menos acusadoramente, mirando alrededor, dejándole ver que no estoy demasiado contento.

Se ve que el cabrón está a punto de poner las cartas sobre la mesa. Baja la voz y sin alterarse me hace un gesto con la cabeza para que le acompañe a la parte de atrás. Ahora me mira a los ojos. «Ya, tuve que ponerme las pilas. Se acabó lo de traficar. La pías me apretaba demasiado las clavijas. Ahora esto es de Tina», vuelve a decir, y a continuación suelta: «Por supuesto, nos ocuparemos de ti, colega».

Yo sigo mirándole, con la espalda apoyada contra la pared y después echando un vistazo en dirección a la cocina. Noto cómo se crispa un poco, como si le preocupara que vaya a saltar ahora mismo. El cabronazo este se lo tiene muy creído, pero tener unas manos del tamaño de unas palas no vale una puta mierda cuando llevas un bardeo metido en las tripas. Se nota cómo se le van los ojos hasta la cocina, donde acaban de estar los míos. Así que le digo las cosas claras al grandullón: «Hace tiempo

que no vienes a verme a la cárcel, ¿no?», le suelto.

Él se limita a quedarse mirándome con esa sonrisilla que tiene. Se nota que en realidad no me soporta; por debajo de la fachada se ve que lo único que quiere es patearme por todo Leith Walk.

Pues que lo intente, joder. «Y te diré otra cosa: la mitad de la vieja tienda era mía, conque la mitad de esto también es mío», le digo al capullo, asomándome al café y recorriendo mi nueva inversión con la mirada.

Se nota que al muy capullo le hierve la sangre, pero sigue obsequiándome con toda la mierda del día. «La verdad es que no te veo poniendo té y bollos, Frank, pero ya llegaremos a algún arreglo. Me aseguraré de que no te falte de nada, socio, ya lo sabes».

«Cierto», salgo yo, «y ahora mismo necesito algo de pasta que te cagas», le digo al grandullón.

«Ningún problema, colega», sale él, y se pone a contar billetes de a veinte.

La cabeza me da vueltas, me hago la picha un lío. Me entrega algo de pasta, pero al mismo tiempo me viene con chorradas. «Escucha, Franco, tengo oído que Larry Wylie todavía anda por ahí con Donny Laing», me dice.

Levanto la cabeza disparada y le miro a los ojos. «¿Sí?».

«Sí. ¿No fuiste tú el que los asoció?». Lexo pone esa sonrisilla inocente y después me echa una especie de mirada severa y un gesto de asentimiento, como si intentara decir que se están quedando conmigo.

Y mientras yo trato de despejar qué hostias quiere decirme, qué cojones pasa y quién coño se está quedando con quien, va y me suelta: «Y nunca adivinarías quién lleva el Port Sunshine ahora. Ese viejo amigo tuyo; Sick Boy, le llamaban».

Ahora empiezo a tener una puta migraña de campeonato, como las que me daban en la puta cárcel… Siento como si la puta cabeza me fuera a estallar. Todo ha cambiado que te cagas… Lexo con un café… Sick Boy con un pub… Larry Wylie trabajando para Donny… Tengo que salir de aquí, tomar el aire y encontrar un poco de tiempo para pensar, joder…

Y el grandullón sin dejar de largar. «Esta tarde voy a ir al banco, Frank, a conseguirte un fajo en condiciones para que vayas tirando. Hasta que podamos arreglar algo más a largo plazo y tal. Estás en casa de tu madre, ¿no?».

«Sí…», suelto yo, con la cabeza zumbándome, sin saber en realidad adonde cojones voy, «supongo…».

«Pues me dejaré caer por allí esta noche. Pegaremos la hebra como está mandado. ¿Vale?», me suelta, y yo me limito a asentir como un tonto del culo, con las sienes estallándome mientras entra un viejo que quiere una napolitana de bacon y una taza de té, y ahora aparece una tía con bata detrás de él; Lexo le hace un gesto y ella atiende al viejo hijo de puta. Lexo saca un boli y un cuadernillo y garabatea un puto

número. Menea uno de esos teléfonos modernos en mis narices, sin cables y eso. «Este es mi número de móvil, Frank».

«Vale…», le suelto, «ahora todo dios tiene uno. Me hará falta uno que te cagas. Consíguemelo», le suelto.

«Veré lo que puedo hacer, Frank. De todos modos», dice, mirando a la chavala esta, «te dejo que sigas con lo tuyo».

«Vale…, luego nos vemos», le suelto, contento de volver a salir a tomar el aire fresco. El olor a grasa de ahí dentro estaba a punto de hacerme potar. Aún no puedo creer cómo ha cambiado todo; nuestra tienda de muebles. Voy a una farmacia que hay al lado y la chica me da unas pastillas de Nurofen Plus. Me tomo dos con una botella de agua y subo por el Walk durante un rato. Son de puta madre además, porque al cabo de unos veinte minutos el dolor de cabeza ha desaparecido. A ver, es extraño, porque aún lo noto, pero el caso es que ya no duele. Vuelvo sobre mis pasos para asomarme al café y veo que el capullo de Lexo discute con su chorba; ya no se le ve tan engreído. Desde luego, la mitad de esa puta tienda es mía, y si quiere quedarse con mi parte, más vale que me indemnice como está mandao, joder.

Ahora veo al capullo sentado en una de las mesas que están junto a la ventana, venga a tramar. Pues yo también estoy tramando, cabronazo. Subo a zancadas por el Walk, escrutando los putos caretos de los transeúntes, tratando de encontrar a alguien al que reconozca. Pero ¿aquí qué pasa? Dos asquerosos con dreadlocks, blancos además, paseando por aquí como si este fuera su barrio, y después un capullo con pinta de maricón que sale de una tienda con un perrito y se mete en un cochazo que te cagas. ¿Quiénes son estos putos cabrones? De Leith no son. ¿Dónde está la gente de verdad? Echo una mirada a mi agenda y me paro en una cabina; marco el número de Larry Wylie. Parece que es de uno de esos teléfonos portátiles tan faruteros. Más vale que Lexo me consiga uno…

«Franco», me suelta Larry, tan tranquilo, como si el espabiladillo estuviera esperando mi llamada. «¿Llamas desde la cárcel?».

«No, llamo desde el puto Walk», le cuento.

Entonces se queda callado un rato, y le oigo preguntar: «¿Cuándo saliste?».

«Eso da igual. ¿Dónde estás?».

«Trabajando en Wester Hailes, Frank», me suelta Larry.

Empiezo a pensar al respecto. Aún no puedo enfrentarme a la vieja, que me pondrá la cabeza como un bombo. «Vale, nos vemos dentro de media hora en el Hailes Hotel. Subo volando en un tequi ahora mismo».

«Eh…, estoy trabajando para Donny, Frank. Puede que a él…».

«Fui yo el que te puso en contacto con Donny para empezar», le cuento al capullo. «Te veré en el Hailes dentro de una hora. Voy a ir a dejar las cosas en casa de mi madre, y después subo a toda leche en tequi».

«Eh, vale. Nos vemos entonces».

Cuelgo con rabia, pensando que este puto gilipollas se lo contará de inmediato a Donny Laing, encantado que te cagas de ser el portador de las malas noticias. Anda que no conozco yo a ese capullo. Así que bajo a casa de mi madre y ella se pone a llorar y a montar un alboroto que te cagas acerca de lo mucho que se alegra de volver a verme y toda esa mierda. «Ya», le suelto. Ha engordado un huevo. Se nota más aquí, en su propia casa, de lo que se notaba cuando venía a visitarme a la cárcel.

«Y tendré que contárselo a Elspeth y a Joe».

«Ya. ¿No estarás preparando algo de papeo?».

Se pone las manos en las caderas. «Claro, hijo, estarás muerto de hambre. Te haría algo de sopa, pero dentro de nada me voy al bingo y, bueno, suelo quedar con Maisie y Daphne en el Persevere para echar una copichuela antes…». Baja el tono de voz. «Pero puedes ir al chippy.[17] ¡Seguro que te apetece volver a comer un fish and chips en condiciones!».

«Ya, claro», salgo yo. Pienso que al menos me lo puedo ir comiendo de camino a ver a Larry.

Así que salgo, pillo el fish and chips y paro un tequi. El cabrón me echa una mirada de sobrao, como si no le hiciera demasiada gracia que coma en la parte trasera de su puto taxi, pero le sostengo la mirada y se caga patas abajo del todo.

Así que llego al Hailes y Larry saca las copas. Está con un par de tíos a los que les hace una seña y se desvanecen hacia una esquina. Así que estoy de palique con Larry, poniéndome al día. Larry es un colega de puta madre, me da igual lo que diga de él quien sea. Al menos el cabrón venía a verme a la puta cárcel. Pero puede llegar a ser un cabrón muy cuco y quería ver en qué andaban él y Donny, vaya que sí. Pero tengo que ir con cuidado y no embolingarme demasiado, con el fajo de Lexo quemándome un agujero en el bolsillo. La mirada de Larry me dice que a lo mejor los putos trapos que llevo puestos están un poco fuera de onda. A este cabrón le encanta embolingarse, pero quiere dejar cerrados unos negocios antes.

Apuramos las copas y bajamos por la vieja senda que atraviesa el barrio, la que no paraban de decir que iba a ser la nueva Princes Street cuando la construyeron. Ahora no es más que un sendero de hormigón que lleva del centro comercial hasta los pisos, con dos montículos de hierba a cada lado. ¿Construir una nueva Princes Street en una barriada? Y yo que lo vea, joder.

A Larry se le ve más furtivo que nunca. Mira a unas chavalillas que saltan a la comba delante de uno de los bloques. «A ver si me acuerdo de bajar por aquí dentro de unos años», dice con una sonrisa.

Las chavalillas están cantando: Mystic Meg me dijo a mí, quien iba a ser mi novio… y el puto Larry se dice a sí mismo: «W-Y-L-I-E», deletreando su propio nombre.

«Vete a tomar por culo, so guarro», suelto yo.

«Sólo era una broma, Frank», dice con una sonrisa.

«No me gusta esa clase de bromas», le digo. Más vale que el cabrón esté de broma. Larry siempre se comporta con mucha alegría, pero por debajo de la fachada es un cabrón implacable. Al menos hasta que se le atraviesa la polla en el camino. Se peleó con los Doyle cuando dejó embarazada a una de sus hermanas. Por eso se alegró tanto de juntarse conmigo y con Donny. Me habla de la tía a la que vamos a visitar. «El capullo de Brian Ledgerwood se ausentó sin previo aviso. Desapareció por completo, eh. Dejó a su tía y a su crío con las deudas. Deudas de juego y tal».

«Eso es una sobrada», salgo yo.

«Ya», dice Larry, «yo lo siento por la chavala. Está bien buena, además. Pero los negocios son los negocios. ¿Qué le vas a hacer? Eso sí, me han dicho que no se corta un pelo. Melanie», dice con un retintín cariñoso y meloso. «Se supone que se la está tirando el Terry Lawson ese. ¿Te acuerdas de él?».

«Sí…», suelto yo, pero me cuesta ponerle cara al nombre mientras Larry llama a la puerta.

La tal Melanie sale a abrir, y vaya si tiene un polvo. Larry se queda impresionado que te cagas. Ella está ahí de pie, con el pelo mojado, como si acabara de lavárselo, cayéndole en tirabuzones sobre los putos hombros. Lleva puesto un jersey verde de cuello de pico y unos vaqueros que parece que se los hubiera puesto sólo para abrir la puerta. No lleva sujetador y se nota que Larry se ha dado cuenta y probablemente se esté preguntando si llevará bragas. «Mira, ya te lo he dicho. Las deudas de Brian no tienen nada que ver conmigo».

«¿Puedo pasar para que lo hablemos?», suelta él. Ahora pienso que sí que me acuerdo de Terry Lawson; a él y a mí nos detuvieron juntos hace siglos cuando éramos dos chavalines y tal. En el fútbol.

La tal Melanie se cruza de brazos. «No hay nada que hablar. Tendréis que preguntarle a Brian».

«Lo haríamos si supiéramos dónde está», suelta Larry, con esa puta sonrisa que tiene.

«Yo no sé dónde está», le dice ella.

Justamente entonces aparece otra chavala joven, más o menos de la misma edad, bastante menuda, de pelo negro, empujando un carrito con un crío dentro. Nos ve y se para. «¿Qué pasa, Mel?», pregunta.

«Los cobradores han venido a buscar el dinero que les debe Brian», sale ella.

La chavalilla del pelo negro se vuelve hacia mí. «Brian la dejó con las deudas y se llevó parte de su dinero. Ella no le ha visto, esa es la verdad. No tiene nada que ver con ella».

Así que me encojo de hombros y le digo a la chica que yo no soy un puto

cobrador y que sólo estoy aquí con Larry porque me lo encontré por la calle. Me fijo en que lleva una pequeña contusión amarillenta debajo del ojo. Le pregunto cómo se hace llamar y me dice que Kate, y largamos sin parar mientras Larry le suelta el puto rollo a la otra. «Esas son las reglas del juego, muñeca. Ya te lo hemos dicho. El contrato estipula, igual que con los gastos de comunidad, que es el domicilio, no el individuo, quien incurre en una deuda por préstamo».

La Melanie esta está jiñada pero intenta no mostrarlo. La tal Kate me mira con ojos suplicantes, como si quisiera que le detuviera. El nene de Melanie aparece y se le cae el juguete; ella se agacha a recogerlo y pilla al guarro ese mirándole el culo. Pero hay que decir en honor a la verdad que le echa una mirada asesina a Larry.

«¡Eh, eh! ¿A qué viene esa mirada?», suelta Larry. «Yo estoy de tu parte, muñeca».

«Ya. Por supuesto», sale ella, pero se capta el puto miedo en su tono de voz.

La pequeña Kate sigue mirándome y yo pensando: no me importaría nada entrarle a saco a este cacho, hace ya tanto…, y Larry… es un puto matón y el cabrón empieza a tocarme los huevos. «Mira», salgo yo, «esta no es forma de resolver este asunto, Larry».

«Es crudo, ya lo sé», dice Larry en plan tranquilizador, bajando el tono de voz, como si hubiera visto su oportunidad. «Escucha…, no te prometo nada, pero hablaré con el jefe a ver si puede concederte un poquito más de tiempo», dice con una sonrisa.

La Melanie esta mira al capullo y fuerza una sonrisa y unas gracias a regañadientes. «Ya sé que no eres tú, sólo estás haciendo tu trabajo…».

Larry le sostiene la mirada un segundo, y dice a continuación: «Pero ahora escucha, me estaba preguntando si podríamos salir a tomar una copita y discutirlo de forma más civilizada, por ejemplo esta noche».

«No, gracias», le dice ella.

Yo entro a saco. «¿Y tú qué, Kate? ¡Consíguete una canguro para el crío!».

«No puedo», sonríe ella, «estoy pelada».

Yo me limito a guiñarle el ojo y le digo: «Y yo estoy chapado a la antigua y no me gusta que las chicas paguen por nada. ¿Te va bien a las ocho?».

«Bueno, sí…, pero…».

«¿Dónde vives?».

«Aquí mismo, en el piso de abajo».

«Te recogeré a las ocho», le suelto. Entonces me vuelvo hacia Larry. «Venga, vámonos…». Y le cojo del brazo y me lo llevo.

Estamos bajando por las escaleras y él venga a lloriquear. «¡Hostia puta, Franco, si no me hubieras sacado a rastras la tía habría salido!».

Se lo digo claro. «A la chica no le interesas, capullo apestoso. ¡Y qué me dices de

lo mío con la Kate esa!».

«Ya, esas tías son presas fáciles, siempre están peladas y les va cualquier tío que tenga un fajo».

«Ya, pero tú no les vas nada, cacho cabrón», le digo. El capullo no está demasiado contento, pero no puede decir una puta mierda. Se nota que se le ha pasado el calentón y que el cabrón se está cagando patas abajo pensando en lo que va a decirle a Donny.

Ese es su problema, joder. Sólo llevo unas cuantas horas fuera del trullo y ya estoy a punto de mojar. ¡Con una jovencita de lo más apetecible además! El puto récord del mundo, hostias. ¡Cómo pienso recuperar el tiempo perdido!

19. COLEGAS

Sick Boy está venga a sorberse la nariz; a este pavo le chorrea más la napia que a mí, ¿sabes? Parece un arroyo, tío, por la forma en que gotea, haciendo un meandro que le llega al labio superior. De tanto en tanto saca un Kleenex, pero de nada sirve, la tocha del pavo sigue igualita que un arroyo. ¿Y qué más hacen los arroyos? Manar, tío, manar sin cesar, ¿sabes? Lo cual no me molesta, bueno, normalmente no, pero ahora sí, porque Ali está escuchando toda su bazofia. Está totalmente pendiente de cada palabra suya, ¿sabes? Fue idea suya venir al Port Sunshine a verle, no mía. A lo mejor fui idiota por entrar aquí el otro día, y a lo mejor estuve un poco brusco con el pavo, pero tenía los nervios hechos trizas y sin duda él ha pasado por eso suficientes veces como para saberlo y mostrar algo de compasión por un viejo compañero de fatigas. Pero no, ese tío siempre ha ido a su bola. Se lo tiene tan creído que no sé para qué necesita meterse farlopa y eso. Ahora está largando sobre películas y el negocio y toda esa mierda. El caso es que como a ella le impresiona y el pasado sigue ahí, me siento…

… celoso…, inútil…, las dos cosas tío, las dos.

Y el muchacho no ha cambiado mucho en realidad, tío; no, no, no, el pavo no ha cambiado en absoluto, porque está dando la brasa con su tema favorito otra vez: él, él, él y todos sus grandes planes y proyectos.

Nos da un respiro cuando el bar se abarrota y la pobre vieja, luchando por arreglárselas sola, grita: «¡Simon!». Después de hacerle caso omiso dos veces seguidas, por fin se pone en pie y se acerca a echarle una mano a desgana. Nada más llegar Sick Boy a la barra, Alison me suelta: «Es estupendo volver a ver a Simon», y empieza a largar acerca de la vieja pandilla, acerca de Kelly y Mark y Tommy; pobre Tommy, tío.

«Es verdad, Ali, echo muchísimo de menos a Tommy», le digo, y me entran unas ganas totales de hablar de Tommy, porque a veces es como si el tío hubiera caído en el olvido y eso no está bien. Ves, a veces, cuando intento hablar de él, la gente se pone de lo más borde y me acusa de ser morboso, pero no es eso, sólo quiero recordar al chaval, ¿sabes?

Ali ha ido a la peluquería hoy; lleva el pelo más corto pero con el flequillo todavía largo. La verdad es que me gustaba más como estaba antes, pero no quiero decir nada. Con las chavalas, cuando ya estás al borde del precipicio, una declaración de ese género puede inclinar la balanza, pero descarao. «Es verdad», dice ella, encendiendo un pitillo. «Tommy era un encanto de tío». A continuación se vuelve hacia mí, exhala y capto la escarcha en la mirada de mi chica: «Pero era un picota».

Así que me quedo ahí sentado, tío, incapaz de decir una puta mierda, ¿sabes? Tendría que haber dicho que en realidad Tommy no era demasiado picota, sólo tuvo

mala suerte, porque los demás, todos los demás, nos metíamos mucho más, pero ahora no puedo decirlo porque él ha vuelto junto a nosotros y eso, con más bebidas, y no se habla otra vez más que de él. De Sick Boy.

No hace más que darme vueltas en la cabeza una y otra vez: LONDRES PELÍCULAS… EL NEGOCIO… OCIO… OPORTUNIDADES EMPRESARIALES…

Y soy incapaz de resistirlo, tío, sentado aquí hecho polvo, escuchando esta mierda, y me entra una pizca de maldad en estado puro y le suelto sin más: «¿Así que, eh, no te fueron demasiado bien las cosas en Londres y tal?». Sick Boy se pone tieso, con el espinazo rígido por la coca, y se queda sentado mirándome como si acabara de decirle que su madre italiana le chupa el rabo a los polis. Vaya, que el pavo me mira con auténtico odio, pero sin decir nada, limitándose a hacerlo de forma fija y fría, ¿sabes?

Me pone nervioso, y como que tengo que volver a hablar. «No, tío, es sólo que pensé que con eso de que volvías por aquí y eso…».

De repente se le crispa la expresión. Sick Boy y yo solíamos tomarnos el pelo, pero éramos muy amigos. Ahora sólo nos tomamos el pelo. «Dejemos una cosa clara, Spu… Daniel. Vine aquí en busca de oportunidades: hacer películas, llevar un bar… Esto», dice barriendo el espacio con la mano de esa forma desdeñosa tan suya, «no es más que el principio».

«La verdad es que yo no diría que llevar un pub de mala muerte en Leith y hacer proyecciones de porno casero sea lo que se dice una oportunidad de triunfar a lo grande, tío».

«Tú no empieces, joder». Sacude la cabeza. «Eres un puto fracasado, colega. ¡Mírate!». Se vuelve hacia Ali. «¡Mírale! Lo siento Ali, pero las cosas como son».

Ali le mira con expresión seria. «Simon, se supone que todos somos amigos».

Ahora el gachó hace lo que mejor se le da, transferir las culpas, justificarse a sí mismo y menospreciar a los demás al mismo tiempo. «Mira, Ali, vuelvo aquí y lo único que me llega es la energía negativa que emiten los fracasados», nos cuenta, «y yo ya no soy capaz de funcionar de esa forma. Todo lo que digo lo acogen con un jarro de agua fría. ¿Amigos? Lo que espero de los llamados amigos es que me animen», resopla. Acto seguido me señala, como acusando: «¿Te ha contado que entró aquí el otro día? La primera vez que le veía en siglos».

Ali sacude la cabeza y me mira directamente a los ojos.

«Iba a hacerlo…», trato de explicarle, pero el Pavo Chungo alza la voz para ahogarme.

«¿Cómo me recibe? Ni siquiera con un “hola, Simon, qué tal, mucho tiempo sin verte”», le dice a ella, haciéndose el ofendido. «Nah, él no. ¡Intentó sablearme directamente y sin rodeos, sin siquiera soltar un “hola, qué tal” antes!».

Alison se echa el flequillo hacia atrás y me mira. «¿Es eso cierto, Danny?».

Bueno, pues entonces es igual que una de esas horribles escenas cuando estás follao y chungo y ves cómo sucede antes de que pase. Tal cual, tío. Como que me veo a mí mismo ponerme en pie, tembloroso y espasmódico como en una de esas antiguas pelis en blanco y negro en las que los fotogramas están todos mal empalmaos. Veo cómo la boca se me mueve y el dedo le señala casi un segundo antes de que suceda. Entonces, sí, estoy de pie y señalando al mamón con el dedo y diciéndole: «¡Tú nunca has sido mi colega, un colega de verdad, como lo fue Rents!».

La expresión de Sick Boy se contorsiona hasta formar una mueca y adelanta la mandíbula inferior, un poco como el cajón de una caja registradora. «¡De qué cojones hablas! ¡Ese cabrón nos dio el palo!».

«¡A mí no!», le grito, señalándome a mí mismo.

Sick Boy se queda callado, sumido en un silencio auténticamente letal, pero sin dejar de mirarme fijamente en ningún momento. Ay, la hostia, ahora sí que la he hecho buena. Me he ido de la lengua. Y Alison también me mira. Los dos, tío; dos pares de ojos enormes clamando traición, «Así que», dice con aspereza, «tú estabas conchabado con él», dice mirando a Ali, que baja la cabeza y se queda mirando al suelo. A Ali se le da estupendamente guardar secretos pero mentir se le da fatal.

No quiero que la enfoque con esos faros acusadores suyos, así que descubro el pastel. «Nah, yo no sabía nada del tema, y eso lo juro por la vida de Ali y de Andy».

La mirada del Pavo Chungo es más intensa que nunca, pero sabe que no miento. Aunque sepa que hay más.

Voy cantando, mientras rasco con las uñas el posavasos empapado. «Pero más tarde recibí un dinero que alguien me envió por correo. Sólo mi parte, nada más». Los enormes ojos de Sick Boy me traspasan, y sé ahora mismo que el mero intento de mentir sería inútil porque este pavo lo sabría de inmediato. «Llevaba matasellos de Londres, y llegó unas tres semanas después de que volviera por aquí arriba. No había ninguna nota. Nunca he vuelto a verle ni he tenido noticias suyas desde entonces, pero sabía que fue él quien envió la pasta; no podía haber sido otro», le cuento. A continuación tengo una salida un poco fanfarrona: «¡Mark me entregó la parte que me correspondía!».

«¿Todo?», pregunta, los ojos saliéndose de las órbitas.

«Hasta el último penique, tío», le cuento con cierto regocijo, y a continuación vuelvo a acomodarme en la silla, porque estoy hecho polvo. Ali me lanza una mirada acusadora, y sólo puedo encogerme de hombros, y ella vuelve a bajar la cabeza.

Se notan las vueltas que está dando la olla de Sick Boy. Pienso que el interior del tarro de este pavo tiene que ser como uno de esos cacharros llenos de bolas que usan para la lotería o el sorteo de la Copa de Escocia. Parece dolido de verdad, no sólo de mentirijillas, pero de repente sonríe, y su mueca imita la del logotipo que el gachó lleva en el niki azul de Lacoste. «¿Sí? Pues poco partido le sacaste. Te pusiste las

pilas de verdad, ¿eh? Supiste invertir el dinero muy bien».

Ali levanta la cabeza y me mira. «Ese dinero, cuando compraste esas cosas para el crío…, ¿todo ese dinero salió de Mark Renton?».

No suelto prenda.

Mirando su vaso de whisky, Sick Boy lo levanta y lo apura, y a continuación empieza a tamborilear con los dedos sobre el vaso vacío posado en la mesa. «Sí, eso es, tú quédate ahí sentado en un pasmo», me dice con sorna. «No haces nada y nunca lo harás», me dice.

No lo puedo remediar; se lo espeto sin más; le digo que sí que hago cosas, que estoy escribiendo una historia de Leith.

Sick Boy empieza a cachondearse. «Eso tiene que ser fascinante que te cagas», grita a voz en cuello para que le oiga todo el bar; se vuelven unas cuantas cabezas.

Ahora Ali también me mira como si fuera tonto. «¿De qué hablas, Danny?», pregunta. Tengo que alejarme, tengo que salir de aquí. Me pongo en pie y me dispongo a largarme. «¿Conque energía negativa, eh? Esta te la recordaré, ¿vale? Bueno, nos vemos».

Sick Boy enarca las cejas pero Ali me sigue hasta la puerta y salimos a la calle. «¿Adonde vas?», pregunta, cruzándose de brazos.

«Tengo que ir a la reunión», le digo. Hace rasca y ella tiene frío; tiembla pese a llevar puesta la rebeca esa color azul marino.

«Danny…», empieza ella, frotando la cremallera de mi chaqueta entre el pulgar y el índice, «voy a volver adentro a hablar con Simon».

Yo me limito a mirarla con expresión de incredulidad.

«Está disgustado, Danny. Si dice algo de ese dinero y acaba llegando a oídos de gente como Segundo Premio…», y entonces vacila un poquitín, «… o Frank Begbie…».

«Sí, claro, vete a ver a Simon. No podemos darle un disgusto, ¿verdad?», salto yo, pero hostia que sí, me quedo con lo que acaba de decir. En Londres estábamos yo, Rents, Sick Boy, Segundo Premio y Begbie, y Rents nos tango a tope. Pero a mí me indemnizó. Evidentemente nunca hizo lo propio con Sick Boy, pero con los demás no sé. A Begbie es probable que no, porque se fue del bolo, mató al tío aquel, Donnelly, y le entalegaron, aunque el tal Donnelly también fuera un venao de cuidao, todo hay que decirlo.

«Más vale que no llegues tarde», dice ella, besándome en la frente; acto seguido, se da la vuelta y desaparece tras la puerta.

Desaparece.

De forma que eso fue lo que lo desencadenó y eso; iba a tope de emoción y de inquietud, pero cuando fui a la reunión se lo conté todo acerca de la historia de Leith esa. El caso es, tío, que la chavala esa, Avril, estaba contentísima, ¿sabes?, contenta

que te cagas. Hizo que valiera la pena y tal, sólo ver la sonrisa en el rostro de la piba. De forma que ahora ya la he hecho, me he ido del pico y he creado unas expectativas en torno a mi menda como literato. Un nota en alza, un distinguido historiador local, uno de los que cortan el bacalao.

Pero yo no soy así. Al tío ese de la tele, el que no para de largar acerca de las civilizaciones de la antigüedad y todo eso, no acabo de verle diciendo: Eh, tronco, más vale que no pierda de vista al gachó este de Leith, el novato este. Si no me pongo las pilas, este mamón se pondrá a merodear por mis pirámides, y venga a darle a la húmeda con todos los notas egipcios aquellos. Nah, como que no lo veo muy claro.

Pero tengo que intentarlo, ¿sabes?, probar a ver, y a lo mejor demostrarle a Ali que valgo más de lo que ella cree. A lo mejor se lo demuestro a todos.

Cuando conocí a Ali, ella era una chavala un tanto misteriosa y maravillosa, con esa estupenda tez morena, el cabello largo, oscuro y ondulado y unos grandes piños nacarados. Siempre fue una piba un poco intensa pero a veces era como si llevara un vampiro invisible pegado al cuello que le iba chupando la energía.

Nunca se fijó demasiado en mí y eso. Siempre le gustó él. Entonces me acuerdo de un día en que me sonrió y el corazón me estalló en mil pedazos. Cuando nos juntamos pensé que no era más que una historia de tiraos, tío, y que en cuanto nos pusiéramos un poco las pilas, ella querría dejarlo. Pero entonces llegó el crío y como que se quedó. Probablemente sea eso, tío, el peque; lo más seguro es que esa sea la razón de que se haya quedado tanto tiempo.

Pero ahora vuelve a ser la Ali de entonces, con el vampiro chupándole la sangre. Y adivina quién es el vampiro: soy yo, tío. Yo.

Después de la movida con el grupo me pregunto si Ali seguirá estando al lado, en el Port Sunshine. Pero nah, ahora mismo no soportaría ver a Sick Boy otra vez. En lugar de eso, cambio de dirección en sentido contrario y me dirijo al centro, donde me topo con el primo Dode, que sale del Old Salt, y subimos a su piso en Montgomery Street a fumar un poco de maría. Es un queo bastante guapo además; las habitaciones un pelín tirando a diminutas y tal; es más casa de vecinos que piso en condiciones. Lo tiene todo muy bien decorado además, salvo por esa gran foto de los hunos de cuando la época Souness, enmarcada y colocada sobre el hogar. Hay un bonito sofá de cuero sobre el que me derrumbo sin más preámbulos.

El primo Dode me cae bien, aunque es cierto que tiene tendencia a hablar como un descosido, y después de un par de porros y una cerveza le cuento mis problemas con las mujeres.

«No te preocupes, compañero, Omnia vincit amor: el amor todo lo puede. Si os queréis el uno al otro, las cosas se resolverán; si no, es hora de dejarlo. Y punto», dice Dode.

Yo le digo que no es tan fácil. «Verás, hay un tío que antes era buen colega mío, y

ella y él estuvieron mucho tiempo liados, y ahora ha vuelto a la ciudad, vuelve a estar en activo y tal, tío, ¿sabes? El tío estuvo un poco engreído, así que dije unas cuantas cosas, le conté algo que no debí contarle, ¿sabes?». «Veritas odium parit», dice Dode con ademán de sabio. «La verdad engendra odio», apostilla para que yo me entere.

Es una locura total que intente escribir un libro cuando soy incapaz de escribir mi nombre, y ahí está el primo Dode, que es como una especie de erudito latinista, y encima weedgie. Nunca piensa uno que los weedgies tengan colegios, pero así debe ser, y por lo que se ve son mejores que los nuestros. Así que le suelto al primo Dode: «¿Cómo es que sabes tanto acerca de tantas cosas, Dode, como el latín y tal?».

Me lo va explicando todo mientras lío otro porro. «Soy un autodidacta de familia humilde que prometía, Spud. Vosotros procedéis de una tradición distinta de los protestantes como nosotros y eso. No estoy diciendo que no puedas ser igual que yo; poder, puedes. Sólo que a la gente como tú os cuesta más trabajo porque no forma parte de vuestra cultura. Verás, Spud, nosotros estamos firmemente enraizados en la tradición calvinista de la educación escocesa protestante de la clase obrera. Esa es la razón de que yo sea ingeniero por oficio».

En este punto no sigo al pavo del todo. «Pero trabajas como vigilante, ¿no?».

Dode sacude la cabeza desdeñosamente, como si no fuera más que un pequeño detalle. «Eso es algo temporal; hasta que vuelva a irme para Oriente Medio y consiga otro contrato. Ves, el rollo este de la vigilancia me mantiene ocupado. No quiero faltarte, colega, a ti te lo puedo decir porque tienes madera. Pero ves, es cuestión de que el diablo creó el trabajo. Otia dant vitia. Esa es la diferencia entre un protestante emprendedor y un papista irresponsable. Nosotros trabajamos en lo que sea con tal de no perder la práctica y mantener la disciplina, hasta que aparezca la siguiente gran oportunidad. Ni de coña voy a quedarme aquí sentado derrochando todo ese dinero de Omán».

Empiezo a preguntarme cuánto tendrá guardado el pavo este en esa cuenta que tiene en el Clydesdale Bank.

20. CHANCHULLO N.° 18738

Estuvo bien volver a ver a la encantadora Alison, a pesar de que el altercado con ese condenado yonqui fracasado y hecho polvo que va a la zaga me alterase. Se puso bastante picajoso además, el capullín jacoso y esmirriado. Joder, tendría que haberle arrojado a la calle con el resto de los desechos para que lo recogieran los basureros y lo incineraran.

Las cosas o mejoran o empeoran, y pienso en Spud; lo peor ya ha pasado. Pero no, las cosas empeoran que te cagas. Entra él.

«¡Sick Boy! ¡Dueño de un puto bar! ¡Tú, llevando un pub en Leith! ¡Sabía que no serías capaz de mantenerte alejado de este puto lugar!».

El tipo lleva una chaqueta bomber de color marrón pasada de moda, viejas zapatillas Nike y lo que parece ser una camisa de rayas de la gama Paul and Shark inquietantemente arcaica. Por supuesto, el efecto de conjunto dice «taleguero» a grito pelado. Quizá lleve una pizca de color plateado en las sienes y un par de cicatrices extra en el careto, pero el cabrón parece estar en excelentes condiciones. Apenas ha envejecido; es como si hubiera ido a una puta clínica de adelgazamiento en lugar de a una cárcel. Probablemente haya estado haciendo pesas veinticuatro horas al día, siete días a la semana. Hasta el toque plateado parece irreal, como si algún maquillador de plato se lo hubiese puesto allí para hacerle parecer más viejo. Joder, me he quedado literalmente sin habla.

«¡Jamás pensé que vería este puto día! ¡Ya te dije que volverías, cacho capullo!», vuelve a decir, demostrándome que su obsesión por las repeticiones tediosas sigue tan intacta, quizá incluso haya aumentado, incubada como ha estado durante todo este tiempo en esa trena-invernadero. ¡Imagínate compartir celda con eso! Yo me arriesgaba antes en la galería de los bujarrones.

Mis mandíbulas están soldadas y rechinan lentamente. Y no es sólo el perico que me metí antes de entrar Murphy el Pitufo. Fuerzo una sonrisa y me encuentro la lengua. «Franco. ¿Qué tal?».

Con su genuino estilo de antaño, el cabrón nunca responde a una pregunta cuando tiene varias de las suyas por hacer. «¿Dónde coño vives?».

«A la vuelta de la esquina», farfullo con vaguedad.

Durante un segundo fija en mí esa mirada capaz de arrancar la pintura de las paredes, pero esa es toda la información que pienso darle a este cabrón. A continuación sus ojos se posan sobre el grifo antes de volver sobre mí.

«¿Una lager, Franco?», digo haciendo una mueca.

«Pensaba que nunca me lo ibas a preguntar, cacho cabrón», dice, y se vuelve hacia otro puto fracasado que ha venido con él. A este psicópata en particular no le conozco. «Si el capullo puede permitirse llevar un pub, podrá permitirse invitar a su

viejo colega Franco a pillarse un puto pedo. La de palos que habremos dado este cabrón y yo, ¿eh, Sick Boy?».

«Sí…», digo con una sonrisa forzada, levantando el vaso hasta la espita, mientras intento calcular cuántas copas gratuitas me gorroneará por semana y lo que eso supondrá para los ya míseros márgenes de beneficio que a este tugurio le viene justo producir. Estoy venga a largar con Franco, arrojándole con naturalidad información y nombres que trastornen su mente enferma. Se ve cómo giran las ruedas dentadas, mientras él se queda cada vez más consternado. Hay nombres y planes rudimentarios pugnando por entrar en el carril derecho, como el tráfico de la autopista enfrentado a un filtro de urgencia que se avecina. Por supuesto, dejo al margen un apelativo en particular. Caigo en la cuenta de que la reaparición de Franco me perturba y me estimula extrañamente al mismo tiempo, mientras intento hacer un balance rudimentario de oportunidades y riesgos. Intento mantener una actitud de estudiada neutralidad, escuchando sus chorradas en un silencio adusto y mordaz. No faltarán espíritus mucho menos ambivalentes respecto al retorno de Begbie.

El otro vivales me mira con una sonrisa de oreja a oreja. Se diría una versión más delgada y menos saludable de Franco; un cuerpo forjado por el acero carcelario, sí, pero luego cincelado por las drogas y el alcohol. Sus ojos son hendiduras feroces y psicóticas que danzan alrededor del alma de uno en busca de cosas buenas que triturar o elementos malos con los que identificarse. Pelo corto poblando un cráneo curtido que podrías pasarte todo el día golpeando sin lograr otra cosa que romperte los dedos. «¿Así que tú eres Sick Boy, entonces?».

Me limito a mirarle mientras tiro la cerveza. La expresión de mi rostro es la de esa disposición descaradamente insincera e incitante en la que se deja pendiente en el aire un «¿Y?» silencioso, y en esta batalla de voluntades quiero que este tarado añada algo más. Pero estoy perdiendo el control; lo único que me ofrece es una sonrisa de tunante mientras el efecto de la coca se agota y pienso en la papela que hay en el bolsillo de mi chaqueta, colgada en la oficina.

Menos mal; él deshace el punto muerto. «Llámame Larry, colega. Larry Wylie», me dice de forma abigarrada y como midiéndome. Estrecho la mano que me brinda con cierta renuencia. Ya veo la licencia yéndose por la taza del water con venaos como estos frecuentando el local. «Tengo entendido que estuvimos metiendo el rabo en el mismo sitio», dice, mientras una sonrisa malvada y calculadora le surca esa jeta insidiosa.

¿Qué cojones pretenderá decirme este capullo?

El tal Larry debe de estar percatándose de mi desconcierto, pues me pone al tanto. «Louise», me dice. «Louise Malcolmson. Me contó que intentaste ponerla a hacer la calle, cacho guarro».

Humm. Un viaje por el túnel del tiempo. «¿Sí?», digo mientras miro primero a la

espita y después a él. Odio el trabajo de los bares. No tengo paciencia para tirar pintas. Menos mal que estos gilipollas descarriados no han pedido Guinness. Sí, en definitiva, ese rostro me resulta familiar; pertenece a una de esas presencias vagamente malignas en la esquina de alguno de esos garitos que visitabas para pillar o para pasar el bajón.

«Salud, colega», dice sonriéndome. «Lo sé, porque yo también lo intenté».

Begbie me mira a mí y después a Larry y otra vez a mí. «Pareja de guarros», dice con auténtico asco. Y de repente me veo sumido en un viejo temor por primera vez desde que entró en el local. Somos más viejos y hace siglos que no le veo, pero Franco sigue siendo Franco. Basta con mirar a este mentecato para saber que jamás va a llegar a ninguna parte; este mamón sencillamente no está hecho para la opción matrimonial ni la vida doméstica. Para nuestro pequeño Pordiosero las únicas opciones son la muerte o la perpetua, no sin antes llevarse por delante a todo el que pueda. Desde luego, el tipo sigue siendo francamente increíble.

Larry levanta las palmas en un suave gesto de protesta, como pidiendo comprensión. «Pero es que soy así, Franco», dice sonriendo, y después vuelve a mirarme a mí. «Así funcionan las cosas, colega. Una vez que me he tirado a una tía de todas las formas posibles, lo único que queda es tratar de recuperar algo del dinero que te costó en Bacardíes chuleándola. Si no que te diga este, ¿eh, colega?».

Este capullo se piensa que soy igual que él. Falso. Yo: Simon David Williamson, hombre de negocios, empresario. Tú: ceporro, matón de barrio que no va a ninguna parte. Asiento, pero me guardo la sonrisa para mis adentros, ya que este cabrón tiene aspecto de ser alguien a quien no conviene enfadar. Un magnífico compinche para Franco, cortado por el mismo patrón. Deberían casarse ahora mismo, porque nunca encontrarán a nadie más apropiado. Como Begbie, no es precisamente un genio de la aeronáutica pero desprende astucia de hiena callejera por todos los poros y sabe cuándo le están tratando con condescendencia a más de cien metros de distancia. Así que miro a Franco y hago un gesto con la cabeza en dirección a los pequeños cagarros engalanados con ropa deportiva y anillos raperos sentados en la mesa que hay junto a la gramola. «¿Qué rollo llevan esos, Franco?».

Sus ojos hambrientos salen como flechas al grupo de jovenzanos, extrayendo el oxígeno del aire al instante. «Esos capullines utilizan este garito. Mucho trapicheo. Vienen algunos listillos», explica. «Pero si alguien va de listillo contigo, me lo dices a mí. Algunos no olvidamos a los colegas», añade con aire de superioridad.

Y una puta mierda, colegas.

Pienso en Spud, subvencionado de extranjis por ese ladrón pelirrojo de Renton. Cabrones. Me pregunto si Francois estará al tanto de este arreglo tan conveniente, señor Murphy. Ay, Danny boy,[18] las gaitas, las gaitas podrían desde luego sonar por ti muy pronto. Sonando fuertes que te cagas. En efecto, casi puedo oírlas en este

momento. Y la melodía que interpretan me suena muy mucho a una marcha fúnebre por un pequeño yonqui de Leith. Vaya que sí, esta hay que guardarla para más adelante.

Ahora mismo no tiene sentido alguno jugar más cartas de las necesarias con este mamón. «Se agradece, Frank. Estoy un poco al margen de la movida de Leith, ¿sabes?, por haber pasado tanto tiempo en Londres y tal», le explico, mientras guipo a otra partida de jovenzuelos entrando en el bar. Capto su atención antes de que Moira, que está leyendo una novela rosa, se ponga en pie entre chirridos. «Unos putos clientes. Ya pegaremos la hebra en condiciones luego, eh», medio le digo, medio le imploro al Pordiosero.

«Vale», dice Franco, y él y el tal Larry se sientan en la esquina, junto a la tragaperras.

Los jovencitos piden y trasiegan unas cuantas cervezas en la barra. Escucho su cháchara acerca de pillar, de llamar a fulano y a mengano. Me fijo en que Franco y Larry se marchan, lo cual hace que estos mamoncetes estén de mejor humor y levanten más la voz. El capullo de Begbie ni siquiera acerca los putos vasos vacíos hasta la barra. ¿Se habrá creído que estoy aquí para servir a un puto plebeyo como él?

Salgo a coger los vasos, pensando en las golosinas que me ha pasado Seeker y que ahora están escondidas arriba, en la caja que hay en el cajón de la oficina. Evidentemente, guardaré el perico para uso propio. Mientras coloco los vasos como una puta sirvienta, abordo al más bocazas de los capullines, el tal Philip. «¿Todo bien, colega?».

«Sí», dice con suspicacia. Su colega más alto y más ancho, Pepito Paleto, ¿cómo se llama?, Curtis, el que parece ser el blanco de todas las pullas, se aproxima. Como los demás, lleva un puñao de anillos de oro en las manos. Me concentro sobre esa gran veta de color meado. «Qué anillos raperos más guapos, chavales», comento.

El espesoide en cuestión va y dice: «Sí, llevo ci-ci-cinco, y quiero ponerme tres m-m-más, para poder llevar uno en cada de-de-de-de-de…».

Está ahí de pie, boquiabierto y parpadeando, tratando de soltarlo; me entran ganas de volver a la barra y limpiar unos vasos o poner Bohemian Rapsody en la gramola antes de que acabe de escupirlo.

«… de-dedo y tal».

«Eso tendrá que venirte de perillas cuando subas por el Walk. Evitará que te raspes los nudillos contra el pavimento», sonrío.

El muy tontolculo me mira boquiabierto. «Eh…, ya…», dice, completamente desconcertado, mientras sus colegas empiezan a reírse a mandíbula batiente.

«Pero mira estos», se jacta el mamón de Philip, mostrándome un juego completo. Eso es lo más cerca que quiero llegar a estar de ellos. Este capullín es de un chulo que te cagas, y tiene el brillo del hijoputa malo en la mirada. Está incómodamente cerca

de mí, de modo que casi tiene la visera de su gorra de béisbol metida en mi cara. Está ataviado con esa ropa deportiva cara pero de mal gusto que goza de popularidad entre tantos de los gilipollitas hip-hoperos estos.

Le hago un gesto de que se arrime un poco a la esquina donde está la gramola. «Espero que no estéis trapicheando con pastillas», le cuchicheo a este cretino.

«Nah», dice con una beligerante sacudida de su cocorota.

Bajo la voz. «En tal caso, ¿te interesaría pillar unas?».

«¿Me tomas el pelo?», suelta, apretando los labios y frunciendo el ceño.

«No».

«Pues… sí».

«Tengo palomas, a cinco libras».

«Guay».

El capullín reúne el dinero y yo le sirvo veinte palomas. Después de eso, aquello parece una feria. Tengo que darle un toque a Seeker para que me envíe más. Por supuesto, no honra el bar con su presencia, sino que envía a un mensajero con pinta de hurón en su lugar. Coloco 140, y queda una hora antes de echar el cierre. Entonces los capullines se van a tomar por saco a los clubs, dejando el pub vacío salvo por un par de viejos borrachines jadeantes en el rincón jugando al dominó. Saco seis pastillas de mi mochila y las meto en una bolsa de plástico.

Miro a Moira, que ha estado fregando y ahora vuelve a leer su novela rosa. «Mo, ¿te importaría hacerte cargo durante media hora? Tengo que salir a un recado».

«Tranquilo, hijo», gruñe la servicial gallina vieja, sacando levemente la cabeza del gran romance.

Me voy paseando hasta la comisaría de policía de Leith. Pensando en esa vieja y grandiosa frase, la policía de Leith nos ha dado permiso para retirarnos, me aproximo a un polizonte, bajo, gordo y poco elegante que está tras el mostrador. De él se desprende el rancio olor de la transpiración como un delantero picajoso de un molesto defensa central. Este muchacho tiene aspecto de estar pudriéndose en vida; hay escamas de piel eczemosa temblándole en el cuello, sostenidos únicamente por un sudor aceitoso y tóxico. Vaya, que resulta grato ver a un policía en condiciones. El agente Kebab me pregunta a regañadientes qué puede hacer por mí.

Le planto las seis pastillas sobre el mostrador.

Ahora sí que se aprecia cierta energía y concentración en esos ojillos furtivos. «¿Qué es esto? ¿De dónde las ha sacado?».

«Acabo de hacerme cargo de la licencia del Port Sunshine. Vienen a beber muchos jovencitos allí. Bien, eso no me importa, son los que dejan el dinero. Pero vi a un par de ellos comportándose de forma sospechosa, así que les seguí hasta el water. Estaban en el mismo cubículo. Abrí la puerta de un empujón; el cierre está roto y lo tengo que arreglar; como acabo de decirle, acabo de hacerme cargo del bar. De

todos modos, les quité estas pastillas y les prohibí la entrada».

«Ya veo…, ya veo…», dice el agente Kebab, paseando la mirada de las pastillas a mí y de vuelta otra vez.

«Por mi parte, no sé mucho de estas cosas, pero podría tratarse de las pastillas fantasy de las que hablan los periódicos».

«Éxtasis…».

Este muchacho sabe distinguir entre el éxtasis y el eczema, lo cual resulta muy oportuno. «Lo que sea», digo yo, rebosante de la impaciencia del empresario-y-contribuyente. «La cuestión es que no quiero prohibirles la entrada de forma permanente si son inocentes, pero ni de coña va a haber nadie traficando con drogas en mi pub. Lo que quiero que haga usted es hacer pruebas y que me cuente si se trata de drogas ilegales. Si es así, le llamaré como un rayo si esa escoria vuelve a poner los pies en mi bar alguna vez».

El agente Kebab parece impresionado por mi vigilancia, y no obstante molesto por el fastidio que le va a suponer. Es como si ambas fuerzas le impulsaran en direcciones opuestas y se tambalease in situ, tratando de determinar en qué dirección dar el salto y perdiendo más piel en el proceso. «Bien, caballero, si quiere dejarnos sus datos personales, enviaremos esto al laboratorio para que hagan las pruebas. A mí me parecen pastillas de éxtasis. Por desgracia, en estos tiempos que corren la mayoría de jóvenes las toman».

Sacudo la cabeza con gesto severo, sintiéndome como un oficial de grado superior de los de Policías de barrio. «Eso será en cualquier parte menos en mi pub, agente».

«El Port Sunshine tenía cierta reputación en ese sentido», explica el policía.

«Probablemente eso explique por qué me lo traspasaron a tan buen precio. Pues bien, ¡nuestros amigos traficantes van a descubrir que esa reputación está a punto de cambiar!», le confío. El poli intenta poner una expresión alentadora, pero quizá haya exagerado un poco, hasta el punto de que ahora piensa que soy uno de esos «apatrulladores de barrio», que a la larga sólo le acarreará más agobios.

«Hmm», dice él, «pero si hay algún problema, caballero, póngase directamente en contacto con nosotros. Para eso estamos».

Asiento con un gesto de adusto agradecimiento y me dirijo al pub.

Cuando llego allí, Juice Terry está apoyado en la barra, obsequiando a la vieja Mo con algún cuento y ella se carcajea a unos niveles peligrosamente próximos al de hacerse pis encima. Su enorme rebuzno resuena contra las paredes, lo cual hace que por un instante me plantee comprobar si el edificio tiene seguro.

El bueno de Juice está en plena forma, vaya que sí. Se vuelve hacia mí. «Sick Boy, digo Si, estaba pensando que tendrías que venirte con nosotros a Amsterdam para la despedida de soltero de Rab este fin de semana. A comprobar la oferta del

barrio chino».

Ni de coña. «Me encantaría, Terry, pero no puedo dejar esto desatendido», le digo mientras les voceo a los fiambres de la esquina que esta es la última ronda. Ni uno solo de esos viejos cabrones quiere otra cerveza, se limitan a desfilar hacia la noche como los espectros en que pronto se convertirán.

No pienso ir a Amsterdam con una partida de mamones. Regla número uno: rodéate socialmente de chochos, evitando a los grupos de «colegas» a cualquier precio. Después de cerrar el bar, Terry insiste en que vaya con él a un club del centro donde su adlátere DJ, el N-Sign ese, está pinchando. Bueno, N-Sign es bastante conocido y debe de estar forrao, así que después de cerrar no tengo inconveniente en acompañarle. Nos metemos en un taxi, y después pasamos por delante de las masas que hacen cola en un cagadero del Cowgate, sin problema alguno, mientras Terry les hace gestos y guiños a los de seguridad. Uno de ellos, Dexy, es un viejo conocido, y charlo un rato con él.

Al tratarse de Edimburgo y no de la elitista urbe de Londres, no hay barra de VIPs, de modo que tenemos que ir de pobres con la puta plebe. El tal N-Sign está en la barra y hay bastantes jovenzuelos y chicas haciendo alharacas en torno a él. Nos hace un gesto a Terry y a mí y subimos a la oficina del club con algunos tíos más, donde están preparando unas rayas. También hay algunas cajas de cerveza que vienen muy bien.

Terry ha hecho todas las presentaciones; de todos modos, conozco vagamente a N-Sign; es un viejo colega de Juice de Longstone o Broomhouse o Stenhouse o algún sitio así. Algún sitio predominantemente Jambo. Es curioso, últimamente la verdad es que no me importan demasiado los Hibs, pero mi aversión por los Hearts no decae ni por un segundo.

Terry les está contando todo sobre la noche que pasamos. «Montamos una macrosesión en el local de Sick Boy. Había una puta estudiante que va a la uni con Rab Birrell», dice mientras frunce los labios y se vuelve hacia mí: «¿Cómo estaba?».

Resulta preocupante lo deslenguado que es, sobre todo cuando va de coca, pero el entusiasmo con que interpreta su número es contagioso. «Como un queso», admito.

«Pero no pudieron con el skunk. Primero, a la gafotillas le da la pálida, y después a la que estaba follable de verdad, la Nikki esa, le da un síncope y todo. El guarro este se la llevó a su casa y se la cepilló», dice señalándome con un gesto de la cabeza.

Yo niego con la cabeza. «Qué coño me la voy a cepillar. Gina se la llevó a los retretes y después la llevamos a mi casa y la acostamos. Fui un perfecto caballero y me porté mejor que nunca, al menos con ella. A Gina sí que me la follé cuando fuimos a su casa».

«¡Ya, y después seguro que volviste y te cepillaste a Nikki también, cacho cabrón!».

«Nooo…, tenía que levantarme temprano para recoger una entrega así que volví derechito al pub por la mañana. Cuando llegué al piso, Nikki se había marchado. Y aunque hubiese estado ahí, me habría comportado como un caballero modélico».

«¿Y esperas que me lo crea?».

«Así es como fue, Tel», sonrío. «Con algunas tías tienes que disputar un partido de larga duración. No me interesa follarme a un cadáver que no para de potar».

«Desde luego, fue una lástima que te cagas», maldice Terry, «porque la pequeña ya tenía ganas», le dice al tal N-Sign, o Cari, como le llama él. «Oye, Cari, tendrías que bajar al pub y traerte algunos de los chochitos de tu club contigo. Siempre nos hace falta sangre fresca», dice Terry tomándole el pelo.

Pero el DJ este es legal. Nos estamos poniendo un poco curdas mientras compartimos una papelina y él me dice algo que me acelera el pulso aún más que la raya recién sacada del pedrusco que acabo de meterme. «Estuve en Amsterdam la semana pasada. Vi al tío que lleva el club ese que hay allí. En tiempos era colega tuyo. Renton. Me dijeron que habíais reñido. ¿Os habéis vuelto a ver alguna vez?».

¿Qué me está diciendo? ¿Renton? ¿RENTON? ¡EL PUTO RENTON!

Pienso para mí: hombre, a lo mejor sí me vendría bien acercarme a Amsterdam. Comprobar el mundo del porno. ¿Por qué no? Un poco de R&R. ¡Y también podría recuperar cierto dinerito que se me debe!

Renton.

«Sí, ahora ya hemos hecho las paces», le miento. «¿Cómo dices que se llama su club?», pregunto con naturalidad.

«Luxury», dice inocentemente Cari N-Sign Ewart mientras el corazón me late con fuerza.

«Ese», asiento, «ese es. El Luxury».

Ya le daré yo lujo a ese traicionero capullo pelirrojo.

21. PUTAS DE AMSTERDAM, 3.ª PARTE

Hoy el canal tiene un tono verdoso; no consigo discernir si es el reflejo de los árboles sobre la superficie del agua, o algún vertido radiactivo. El capullo gordo y barbudo del cobertizo donde están los botes está sentado, en camiseta, fumándose una pipa con aire satisfecho. Sería un buen reclamo para la venta de fumeque. En Londres estaría preocupado, cagándose patas abajo pensando en que alguien estaría tratando de quitarle lo suyo. Aquí, sin embargo, se la refanfinfla. En algún punto del camino, los británicos pasaron de ser los cabrones que se enteraban de la movida a los mayores gilipollas de Europa.

Me asomo a la habitación, y Katrin lleva un camisón corto de color azul, de seda de imitación; está sentada en el sofá de cuero marrón limándose las uñas. Tiene el labio inferior ligeramente fruncido, y el ceño con una expresión de irritación concentrada. Antes era capaz de quedarme sentado mirándola durante horas mientras hacía ese tipo de cosas. De apreciar el simple hecho de que ella estuviera ahí. Ahora nos irritamos el uno al otro. Ahora me resulta de un estúpido que te cagas. «Entonces, ¿tienes los setecientos guilders esos para el alquiler?».

Katrin indica la mesa con gesto despreocupado. «En el bolso», me dice, antes de ponerse en pie y quitarse el salto de cama con un ademán un tanto teatral para dirigirse a la ducha. Titubeo un instante, observando la salida de su delgada y pálida blancura, lo cual me resulta curiosamente excitante y ligeramente escalofriante a la vez.

Observo su bolso, allí colocado sobre la gran mesa de roble. El ojo centelleante que forma el cierre me lanza un guiño, como retándome. Lo de revolver en el bolso de una mujer tiene no sé qué que… En mis tiempos yonquis, daba palos en casas, en tiendas y le daba palizas a la gente para conseguir lo que necesitaba, pero el tabú más fuerte de todos, el que más daño hacía saltarse, era el bolso de mi madre. Resulta más fácil meterle los dedos en el coño a una desconocida que meterlos en el bolso de una a la que conoces.

Con todo, es irrefutable que sigue haciendo falta tener un techo encima de la cabeza; lo abro con un chasquido y voy extrayendo los billetes. Puedo oír a Katrin cantando en la ducha o intentándolo al menos. Los alemanes son incapaces de cantar una puta nota, igual que los holandeses; como todos los europeos, a decir verdad. Lo que sí sabe hacer es reventarme la cabeza. Desde luego, pincharme implacablemente, echarme broncas atroces, tener enfurruñamientos tormentosos: todo eso Katrin sabe hacerlo con garbo y salero. Pero su baza más fuerte son las amargas intervenciones que en ocasiones puntean sus silencios sepulcrales. Nuestro pisito con vistas al canal ha desarrollado un ambiente altamente propicio para la paranoia.

Martin tiene razón. Es hora de hacer borrón y cuenta nueva.

22. PISOS GRANDES QUE TE CAGAS

Te fijas en los putos árboles estos, los que las pasan canutas a la sombra que arrojan los pisos grandes que te cagas. Desnutridos es lo que están, esa es la puta palabra, como los críos, como los putos viejos, que andan de forma tan acobardada y afligida, cagándose al cruzarse con un grupo de jovencitos en las puertas del centro comercial.

Pero yo estoy pasando por ahí ahora y estoy mirando a los jovencitos y oigo cómo bajan la voz que te cagas porque, desde luego, mirándoles estoy. Pero un tiburón no se molesta en perseguir pececitos porque eso no le va a quitar el hambre, joder. Ya, pero esos capullines ya huelen el miedo y se les pone cara de espanto porque se trata del suyo, joder.

Algún cabrón va a recibir… la cabeza me va a estallar… ni siquiera el puto Nurofen da resultado…

Así que pienso en cuando empezó, esta mañana, temprano a tope, antes de ir a la puta casa de mi madre. Todo empezó en casa de Kate, cuando estábamos los dos en la cama. Tenía una pinta tan chachi cuando me desperté y la vi. Le di excusas las dos últimas veces; le dije que iba bolinga. Pero ahora, después de todo ese tiempo, me miraba que te cagas, como si me pasara algo, joder. Como si fuera uno de esos cabrones asquerosos que salen en la mierda de revistas que el hijoputa de los huevos ese me enviaba al trullo.

Pero a mí lo que me gusta son las tías, joder; son las tías las que me van. Lo único que hacía cuando estaba encerrado era cascármela pensando en tías y ahora que estoy fuera y tengo una tía que me gusta, ni siquiera puedo…

EL CABRÓN QUE ME ENVIABA ESA PUTA MIERDA.

Yo no soy un puto bujarrón asqueroso de mierda…

NO SE ME LEVANTA, JODER.

Y si ella hubiera dicho eso, si hubiera dicho: «¿Qué coño te pasa?», igual me habría dado. Pero va y dice: «¿Soy yo? ¿Es que no te gusto?». Así que le cuento toda la puta historia, que si la cárcel, y cómo lo primero que quería hacer al salir era echar un puto polvo, y cómo no se me levanta.

Y ella se limitó a acurrucarse contra mí, mientras yo estaba tenso que te cagas, y volvió a hablarme del cabrón con el que estaba, el tío que le zurraba, que le puso el ojo que llevaba cuando la vi por primera vez. Y yo pensando: joder, tengo que salir de aquí, porque me va a reventar la cabeza. Así que le dije que me iba a casa de mi madre.

Al entrar en el centro comercial me pongo a respirar de la forma esa. Aquí me siento como un puto preso; atrapado por la puta necesidad de coger a algún capullo y meterle. Es como una puta adicción… Quizá no sea más que el hecho de estar aquí fuera, en el exterior. Joder, es como si no fuera mi lugar, como si no encajara. Mi

madre, mi hermano Joe, mi hermana Elspeth. Mis colegas: Lexo, Larry, Sick Boy, Malky. Sí, claro, todos se alegran de verte que te cagas, pero es como si sólo toleraran mi presencia durante un rato. Después desaparecen que te cagas. Sí, claro, son todos muy amables, pero tienen cosas que hacer, siempre tienen putas cosas que hacer. ¿Y qué cojones tienen que hacer? Todo menos lo que antes solíamos hacer juntos, joder, eso es. Luego hablaremos más tranquilamente. Y por dentro me pone furioso, hace que sienta esa puta adicción con mucha más fuerza, esa necesidad de hacerle daño a algún capullo. ¿Cuándo cojones es luego? Y Lexo. ¿En qué cojones andaba ese cabrón, con la tía esa y su puto restaurante chino-café de postín? ¡Un puto chino en Leith! ¡Hay mogollón de putos chinos en Leith! Un restaurante de postín, me suelta. Pues en Leith ni dios va a salir a cenar con corbata para ir a un puto chino, y menos cuando de día es un puto café sarnoso.

Claro, Lexo en casa de mi madre, metiéndome ese sobre en la puta mano. Dos de los grandes. Comprándome. Y claro, lo cogí porque me hacía falta el puto dinero, pero si Lexo se cree que él y la guarrilla esa con la que está se me van a quitar de encima es que piensa con el puto culo. Se va a enterar.

Pero hay un cabrón, una puta cara que me arde en la memoria más nítidamente que cualquier otro.

Renton.

Renton había sido mi amigo. Mi mejor amigo. Desde la escuela. Y se había sobrado que te cagas. Todo ha sido culpa de Renton. Toda esta puta rabia. Y nunca acabará hasta que se la haya devuelto a ese cabrón. Por su puta culpa acabé en la puta cárcel. El tal Donnelly se puso chulo, pero no le habría metido un palizón tan grande si no hubiera estado fuera de mí por el palo que me habían dado. Le dejé en ese puto aparcamiento en un charco de su propia sangre, y le dejé el destornillador afilado en la mano, moribundo. Después fui a casa y me hundí otro destornillador, una vez en las putas tripas y otra en las costillas. Después me puse un vendaje y fui tambaleándome hasta urgencias. Eso me valió una condena por homicidio en vez de por asesinato. Si no hubiera tenido antecedentes y no me hubieran empurado dos veces por lesiones graves con ensañamiento mientras estaba dentro, habría salido hace años. Es de puto descojono, y todo se reduce a ese puto ladrón de Renton.

Sí, tenía que salir, alejarme de Kate, porque de lo contrario no me habría hecho responsable de lo que hiciera. Su ex novio era un cabrón; la zurraba y eso es pasarse de la raya. Hay algunas tías que se merecen unos guantazos que te cagas, chicas que no se quedan satisfechas hasta que alguien les cierra la boca con el puño. Pero Kate no, ella no es así, fue una sobrada tratar de esa forma a una chavala como ella. Pero la cabeza me palpitaba, era como si estuviera a punto de saltar, así que salí que te cagas.

Pero después, en casa de mi madre, le eché un vistazo a un montón de ropa vieja: un par de bolsas llenas de jodidos efectos personales. Encontré una jodida foto vieja:

yo y el cabrón de Renton en Liverpool, en el asqueroso hipódromo Grand National. La tuve en la mano tanto tiempo que me parecía ver que la sonrisa de ese cabrón se agrandaba. Y vi que la jodida sonrisa seguía agrandándose y que sus orejas de asesino de dibujos animados me apuntaban desde su cabeza. Confiar en un cabrón como ese…

Las tripas me empezaron a fabricar ácido que te cagas, la cabeza me zumbaba, y era como si a mi cuerpo le empezaran a dar espasmos que te cagas. Sabía que podía limitarme a quedarme mirando el puto cuadro, y matarme así, mantener la mirada fija en el cuadro hasta que explotara que te cagas. Claro, la sangre hirviéndome y reventándome las putas venas por la presión y luego que me sacaran en camilla con la sangre saliéndome a chorro de las orejas y las narices. Pero le aguanté la mirada, para demostrar que era más fuerte que aquel cabrón, y después casi me desmayo antes de tirar la toalla, y me quedé sentado en el sofá respirando con dificultad y con el corazón latiéndome a toda hostia.

Mi madre entró en la habitación y me vio agitado que te cagas. Me suelta: «¿Qué pasa, hijo?».

Yo no suelto palabra.

Entonces me suelta: «¿Cuándo piensas ir a casa de June a ver a los críos?».

«Dentro de poco», le digo yo. «Primero tengo que atender algunos negocios».

La escuché venga a hablar al fondo, cotorreando consigo misma sin parar, de esa forma en la que en realidad no quiere ni espera que le contestes algo, como si cantara una puta canción o algo así. Maneja algunos nombres nuevos como si yo tuviera que saber de quién coño habla.

Así que ahora he vuelto a subir a Wester Hailes y voy a llevar a Kate por ahí. Así que subimos al centro en un taxi. Le paso unos billetes para pagar al chófer cuando llegamos a la puerta de uno de los clubs, porque reconozco a un viejo colega del fútbol, Mark, trabajando de segurata, y me acerco a hablar con él.

Así que estoy largando que te cagas con Mark en mitad de la calle y me vuelvo y la veo pagar y al taxi largarse. Entonces se le acerca un cabrón y le suelta: «¿Qué, has salido a hacer la calle, puta guarra de mierda?», le sisea como si de una puta víbora se tratase, levantándole la mano mientras ella se encoge.

«Davie, no», suplica ella con una especie de alarido agudo que te cagas y se ve por la gran sonrisa de satisfacción que lleva él en la cara que eso ya se lo había escuchado otras veces. Supe inmediatamente quién era. Mark, el portero, da un paso pero le detengo. Entonces me acerco caminando despacio hasta ese cabrón, porque saboreo que te cagas cada puto paso de este puto viajecito. Ahora el muy cabrón tiene a Kate cogida de la muñeca, y me ve aproximarme a ellos con naturalidad y a grandes zancadas.

«¿Tú qué coño quieres? ¡¿Tú también quieres recibir, cacho cabrón?! Tú

también…», me grita pero cada vez está más desesperado. Se da cuenta de inmediato de que el ruido sólo molesta a los aficionados y veo cómo las ganas de pelea ya le abandonan. Se da cuenta de inmediato de que está jodido; ¡llevaba los huevos por corbata mucho antes de estar yo a cinco pasos de él! Las gruesas venas que se veían a través de ese cuello delgadísimo, la garganta poniéndosele colorada como un puto sarpullido. Y yo relajado que te cagas.

Le eché al capullo la sonrisa al ralentí y la mirada fija que te cagas; dejé que se cociera agradablemente durante un par de segundos antes de poner fin a sus sufrimientos y partirle la napia con un meneíto de la cabeza. Un puñetazo lo derriba y lo tira sobre los adoquines, y por el bien de Kate, porque hay muchos capullos alrededor, sólo le pateé tres veces: una en la cabeza, otra en la cara y otra más en la rabadilla. Me agacho y le cuchicheo al cagao este: «La próxima vez que te vea, te mato».

Él deja escapar algo a mitad de camino entre una puta súplica y un gemido.

Le digo a Kate que ese tío no volverá a molestarla nunca más. Pero no nos quedamos mucho tiempo en el club porque quería volver a casa pronto. Nos metemos en la cama y me la tiro a saco toda la noche. ¡Me dice que nunca ha visto nada igual! Estoy tumbado en la cama con ella, con las ideas dándome vueltas y después parándose en punto muerto, y veo su cara guay y pienso: joder, esta chavala podría ser mi salvación.

23. CHANCHULLO N.° 18739

Nos encontramos en el centro de un gran montón de mierda: yo y él, Simon y Mark, Sick Boy y Rent Boy, aquí en Amsterdam. Lejos del mundanal ruido. Le saqué la ubicación del Luxury a N-Sign, y él y yo, junto con Terry, Rab Birrell y su hermano, el ex boxeador, nos separamos de los demás con mucha rapidez. Algunos de los viejos rostros futboleros que nos acompañan tienen una pinta bastante chunga. Lexo, por ejemplo, es un viejo colega de Begbie; hace que las cosas se pongan de lo más interesante. Del que no me despegaré es sobre todo de Terry; en tanto que hombre obsesivamente mujeriego, siempre es bueno tenerle a la zaga de uno. Sus métodos de ligue son relativamente poco sofisticados, pero no afloja y eso da resultados.

Encontramos el club de Renton y le pregunto al tío que hay en la puerta si está. Al oír que se marchó hace cosa de media hora, pongo cara de pena, y el tío, con acento cockney, dice que estará alcahueteando por los clubs y que pruebe a ver en el Trance Buddah. Lo dice de esa forma exasperantemente afectuosa que viene a significar algo así como «El bueno de Mark, ya sabes cómo es». I know orlroight, yewfarking wenkah, but you obviously don't.[19] Así que es evidente que el cabrón aún es capaz de resultar convincente y engañar al personal. Pero eso resume la horterez de Renton: montar una noche de club y después largarse a la de otro.

Mierda. Llevo a la cuadrilla de vuelta al barrio chino. Juice suelta un gruñido: «¿Qué tiene de malo ese sitio, pues, Sicky?».

El soplapollas de los tirabuzones, no contento con llamarme «Sick Boy» en lugar de Simon delante de los desconocidos, ha ido más allá y lo ha abreviado dejándolo en «Sicky», lo cual me da más asco aún. Guardo silencio acerca de lo mucho que me desagrada, esperando que se le pase. Si le muestras tus debilidades a uno de la cuerda de Lawson las explotará sin piedad. Es casi lo que más me gusta de él.

Renton. Aquí en Amsterdam. Me pregunto cómo cojones será ahora. Qué modificaciones ha realizado sobre sí mismo a lo largo de los años. Uno tiene que desentrañar quién es y quién no es. Es nuestra misión en la vida. Está lo que uno deja atrás cuando se marcha y lo que uno lleva siempre consigo. Y yo voy de éxtasis, tratando de desentrañar qué es lo que yo lle vo conmigo, a donde quiera que vaya, sea cual sea el estado en el que llegue a encontrarme. Entramos en el tal Trance Buddah, en el barrio chino. Es una pista de baile, espacio de chill-out y bar de club del montón que reúne a los lugareños, los turistas y los expatriados británicos. Por supuesto, tengo a Renton como objetivo prioritario, pero Terry y yo estamos en alerta chochil instintiva y nos separamos de la chusma. A Ewart le paran dos tías y empieza a derrochar encanto, y Big Birrell, el boxeador, y Rab permanecen a su vera. Le compro un par de pastillas a un holandés que me promete que son fantásticas. Qué coño. No estoy de humor para el perico, me pasaría toda la noche en los putos

servicios. Quiero darme un revolcón con una holandesa, por eso de la piel delicada y todo eso, pero Terry se ha liado a conversar con dos tías inglesas y yo les invito a una copa; estamos sentados junto a ellas en un rincón tranquilo. La música empieza a tocarme los huevos; es el tecno disco de instituto de recinto ferial holandés y me está sacando de quicio. Otro motivo para odiar a Renton: tener que soportar esto.

Estoy con la tía esta, Catherine de Rochdale (cabello rubio de bote que le llega hasta los hombros, una peca extrañamente fascinante en la barbilla), y me cuenta que el tecno no es lo suyo, es demasiado machacón para su gusto. Cuando habla, observo sus oscuros ojos pintados, pienso «Rochdale» y mis reflexiones discurren grosso modo, muy grosso modo, de esta guisa: Gracie Fields de Rochdale cantando Sally, Salleee, orgullo del callejón mientras me follo a Catherine en un callejón.

A continuación, ciñéndome al tema de Rochdale, Mike Harding cantando «The Rochdale Cowboy» y me imagino a Catherine como la vaquera de Rochdale, preguntándome cómo le sentará la postura reverse cowgirl, el clásico plano porno inventado para mostrar la penetración genital ante la cámara. Lo que digo en voz alta, sin embargo, es esto: «¿Así que Catherine de Rochdale, eh?». Juice Terry, que está con una tía que creo que es amiga de Catherine, acurrucada junto a él, toma nota del comentario y me lanza una mirada telepática que es como si me hubiera leído el pensamiento por completo y es que, en efecto, estas pastillas no están mal.

Me satisface quedarme aquí en el chill-out, pues soy incapaz de bailar al son del tecno monótono. Esa mierda es como correr en la maratón londinense. Bum-bum-bum. ¿Dónde está el funky, dónde está el soul? ¿Dónde están los trapos? Música Jambo. A estos holandeses tarados y peña de vacaciones parece que les vuelva locos, sin embargo; cada perro a su propio vómito.

Hay un tío pasado a tope, haciendo una extraña rutina step con dos tías y otro tío, y tiene algo que me resulta familiar. Lo conozco. Lleva un sombrero de lo más bobo que le tapa los ojos, pero reconozco su forma de moverse: absorto en la mezcla del DJ, pero mirando de vez en cuando a la pista para lanzar los brazos al aire en señal de reconocimiento al ver a algún cabrón que está en el club. Son esa energía indiferente, esos movimientos lánguidos totalmente reñidos con la enérgica entrega. No importa lo implicado que parezca, hay una parte de ese hijo de puta que siempre permanece en el exterior, asimilándolo todo.

No hay una puta mierda que se le escape a ese cabrón.

Era un tío con el que había hablado de muchas tonterías en el pasado. Como que nosotros seríamos distintos. Como que él no era un picota del Fort que había abandonado la universidad y yo no era un cabrón malicioso que le comía el tarro a cualquier pobre zorrilla que había tenido una infancia difícil y que fuera lo bastante boba como para tragarse tanto un cuento lamentable como una polla sudorosa.

Era mi viejo colega Mark.

Era Rents.

Era el cabrón que me dio el palo, el cabrón que tenía una cuenta pendiente conmigo.

Y no puedo, no, no quiero quitarle la vista de encima. Sentado aquí en la penumbra, en un pequeño nicho con mi panda, Catherine, Terry y, ¿cómo se llama la otra? Lo que sea, yo me limito a observar su evolución sobre la pista de baile. Después de un rato, noto que se prepara para marcharse con una gente. Y yo salgo detrás de él, llevando de la mano a Catherine, y ella que si su amiga, y yo le sello los labios con un beso, mirando para ver desaparecer las espaldas de Renton, volviéndome para hacerle un gesto libidinoso con la cabeza a Terry; su sonrisa carnal me hace sentir lástima por la chica con la que está y su esfínter. Mientras salimos para recoger los abrigos, me morreo un ratito con Catherine y me doy cuenta de que pese a ser joven y tener un rostro bonito, es una torda corpulenta que te cagas. La ropa negra debería haberla delatado, pero esos muslos jamoneros…

No nos preocupemos.

Estamos fuera y veo que Rents está algo más adelante, él y una tía rubia delgaducha de pelo corto con otra pareja. Chico-chica, chico-chica, como dice Danny Kaye en Navidades blancas. Qué agradable. Qué civilizado, como acostumbran a repetir mecánicamente como papagayos los miembros de la clase media de Islington. Les das a los muy capullos una copa de vino y enciendes el hogar, y dicen: «Esto es tan civilizado». Cortan unos putos trozos de chapata con un cuchillo y sueltan: «¿Verdad que es civilizado?».

Y a ti te entran ganas de soltarles: no, tonto del culo, no lo es en absoluto, porque la civilización es algo que va más allá de servir el vino y cortar el pan y de lo que tú estás hablando en realidad es simplemente de ocio y esparcimiento.

Ahora lo está haciendo Catherine, mientras seguimos a la partida de Renton por las calles adoquinadas adyacentes al canal. Me cuenta que aquí son tan ci-vi-li-za-dos, y se cobija en mi costado. Civilízame, bambino, civiliza a este salvaje muchachito italo-caledonio de Leith. Puede que la mirada de Catherine esté pendiente de las farolas de sodio reflejadas por los adoquines y las tranquilas aguas del canal, pero la mía está pendiente del ladrón y sólo del ladrón, y si tuviera un tercer ojo en mitad de la frente, también él estaría pendiente del ladrón.

Casi puedo escucharle y me pregunto lo que estará diciendo. Aquí Rent Boy es libre de permitirse todas sus pretensiones, sin que aparezca alguien tipo Begbie diciendo: «Ya, un puto yonqui del Fort». Poniéndole en su sitio: un sitio muy, muy pequeño. En efecto, casi me identifico con el ladrón, veo la necesidad que tenía de hacer aquello, de evitar nadar en aquella charca de energía negativa hasta que los brazos ya no pueden más y te hundes como el resto de los pobres cabrones. Pero hacérmelo a mí, a mí, y surtir a ese fracasado inútil de Murphy, vaya, eso es algo que

echa abajo cualquier argumento.

La cháchara de Catherine se convierte en una extraña banda sonora que sirve de fondo a mis reflexiones, que se van haciendo más lúgubres por minutos. Es como si alguien hubiese trasplantado la música de Sonrisas y lágrimas a una copia de Taxi Driver.

Cruzan un puente estrecho por una de las calles adyacentes al canal y bajan por la calle, que se llama Brouwersgracht, y entran en el portal número 178. Las luces se encienden a la altura del segundo piso y yo conduzco a Catherine al otro lado del puente para tener mejor perspectiva. Ella sigue dale que te pego con la «li-be-ra-li-za-ción» y «cómo engendra una actitud distinta». No les quito la vista de encima, les veo bailar junto a la ventana, calentitos, y aquí estoy yo, en el cortante aire frío, y de repente pienso: ¿por qué no acercarme sin más, llamar al timbre y que flipe ese cabrón? Pero no, porque ahora estoy saboreando la asechanza, por eso. Esa sensación de poder que me produce saber que yo sé dónde está él, pero él no tiene ni la menor noción respecto a mi presencia. Jamás hay que obrar con precipitación, sino tras pensar y deliberar. Y lo más importante, que cuando me encuentre cara a cara con ese cabrón no iré de éxtasis, iré de coca de la máxima pureza.

Necesita que lo metan en cintura; ya llegará el momento. Sé dónde vive el ladrón: 178 Brouwersgracht. Pero primero hay que darle a Catherine la experiencia SDW.

«Eres muy hermosa, Catherine», le digo de repente, así de sopetón, interrumpiendo sus pensamientos.

Ella se queda sorprendida. «No…», dice vacilante.

«Quiero hacer el amor contigo», le digo de forma efusiva, pero con lo que a mí se me antoja gran profundidad.

Los ojos de Catherine se han convertido en pozos negros y relucientes de amor en los que uno querría, en los que uno ansiaría con absoluta desesperación, ahogarse. «Eres tan dulce, Simon», dice riéndose. «¿Sabes?, por un momento pensé que te aburrías conmigo, era como si no me estuvieras escuchando».

«No, era la pastilla, tu aspecto…, es que me hizo sentir…, ya sabes…, como si estuviera un poco en trance. Pero durante todo ese tiempo escuché tu voz, sentí tu calor en mi costado y mi corazón revoloteaba como una mariposa en medio de una brisa de aire primaveral, cálido y fresco…, suena pretencioso, lo sé…».

«No, no, suena de maravilla…».

«… sólo quería aferrarme al momento porque era tan perfecto, pero entonces pensé, no, eso es muy egoísta, Simon. Compártelo. Compártelo con la chica que hizo que ocurriera…».

«Eres tan encantador…».

Le aprieto la mano y la conduzco de vuelta a su hotel, no sin antes comprobar que es de más nivel que el mío.

Te vas a enterar que te cagas, gordi.

Por la mañana, lo primero en lo que pienso es en el escaqueo. Conforme uno se hace mayor se vuelve un arte casi tan importante como la propia seducción. Lejos quedan los amargos y tensos tiempos en que uno se ponía la ropa y quería huir físicamente, o lo hacía efectivamente. Catherine está a mi lado, durmiendo como un elefante tumbado por un dardo de una escopeta de safari. Es una marmota. Es bueno estar con una chavala que duerme bien. Le deja a uno tantas más horas libres durante el día para ser uno mismo. Redacto una nota.

Catherine:

Lo de anoche fue maravilloso para mí. ¿Podríamos vernos esta noche en el Stone's Café a las nueve?

¡Por favor, acude!

Con cariño,

Simon XXXXX

P. D.: Estabas tan hermosa mientras dormías que no tuve valor para despertarte.

Vuelvo al hotel. No hay rastro de Terry, pero Rab Birrell está levantado con algunos de sus amigos. Me cae bastante bien el tal Birrell. Es demasiado enrrollao como para preguntarme dónde he estado. Cuando has estado rodeado de tarados que no hacen más que cachondearse durante media vida, acabas por apreciar a aquellos hombres que poseen la virtud de la discreción tranquila.

Me hago con unos bollos, y algo de queso y de jamón y un café del buffet del desayuno y me uno a ellos. «¿Qué tal, muchachos? ¿Sanos y salvos?».

«Sí», dice Rab, así como su colega grandullón Lexo Setterington. Tengo que tener cuidado con lo que digo delante de ese cabrón, pues es amigo de Begbie. Pero tiene un poquito más de nivel que ese puto lunático. Conoce el percal, y sabe de dónde sopla el viento. ¡Un café tailandés en Leith, joder!

Es bueno saber, sin embargo, que estos presuntos amigos del alma no se pueden ver. «Me dejó en la estacada con facturas por pagar y bienes por valor de algunos cientos de libras de trastos viejos y muebles agusanados. Tendría que matar a ese cabrón arrogante…», se ríe.

En este punto me reservo la opinión, respondiendo con un «Mmm…» evasivo, porque a su manera este cabrón es tan nocivo como Begbie.

«Lo que pasa con Franco es que nunca olvida», dice Lexo. «Si vas a ir contra él tendrás que ponerle a dormir para los restos. De lo contrario, siempre volvería a por

más. El caso es que el mamón acabará por llevarse su merecido, si le abandonas a sus propias fuerzas el tiempo suficiente. Alguien se hartará de él y se cargará a Begbie por la puta cara, ahorrándole a uno que yo me sé un par de los grandes localizables», dice con una sonrisa maliciosa. Me doy cuenta de que Lexo lleva toda la noche por ahí y de que sigue bastante bebido, porque me coge del hombro con fuerza y me cuchichea al oído: «Nah. Hay que ser lo bastante implacable como para no dejarse llevar por la propia inclinación a la violencia por la violencia. Eso hay que dejárselo a los fracasados como Begbie». Me suelta, sonriéndome y mirándome a los ojos detenidamente. De nuevo, me esfuerzo por responder con los ruidos apropiados, a lo que él responde agregando: «Por supuesto, de vez en cuando puede entrarte el gusanillo…».

Dicho esto, la conversación deriva hacia la dirección previsiblemente deprimente de los méritos relativos de las hinchadas del Feyernoord y el Utrecht. Al parecer Billy Birrell, el hermano boxeador de Rab y N-Sign Ewart han ligado y no están por la excursión matonil. Muy sensato. No puedo quedarme aquí escuchando a venaos que van de coca despotricar acerca de a quién van a matar; eso lo tengo en Leith siempre que quiera oírlo. Apuro el café y salgo a la calle.

Al final, encuentro una tienda de bicis y alquilo un cascajo negro; paso pedaleando frente al piso del ladrón. Enfrente de su queo, del otro lado del canal, hay un café con ventanales enormes en el que me fijé anoche. Encadeno la bici y me siento en la ventana de este bar espacioso y ventilado con parqué de color marrón y paredes amarillas, tomando café verkerd. Los árboles tapan la vista de su ventana, pero puedo ver la puerta principal y observar todas sus idas y venidas.

He robado, atracado y chorizado todo lo que no estuviera atornillado al suelo, y también lo han hecho la mayoría de mis colegas, aquí y en Londres. A mi modo de ver, eso no nos convierte en ladrones. Un ladrón es alguien que roba a los suyos. Yo no haría eso, Terry tampoco. Ni siquiera el puto piojoso de Murphy lo haría…, bueno…, eso no es del todo cierto. No nos olvidemos de Coventry City. Pero de lo que se trata es de devolvérsela a Renton con intereses.

24. PUTAS DE AMSTERDAM, 4.ª PARTE

Acabo de salir de la ducha y aquí estoy, de pie, observando cómo Katrin observa el mundo. Tiene abiertas de par en par las enormes puertas de cristal que dominan nuestro cuarto de estar y está apoyada en la barandilla que asoma al canal. Veo adonde dirige la mirada, siguiendo la estrecha calle de enfrente que llega hasta abajo del todo, haciendo intersección con varios canales Jordaan más. Casi hipnotizado por su quietud, me acerco a ella con sigilo y por la espalda, ya que no quiero molestarla. Por encima de su hombro veo a un ciclista solitario desapareciendo calle abajo; su silueta da un saltito al tropezarse con un badén. Tiene un no sé qué familiar; quizá pase por aquí a menudo. Veo las vigas superiores de los edificios, las que dejan asomando para meter muebles en las estrechas viviendas; se miran unas a otras como hileras de fusileros de dos ejércitos en un pulso.

Ese aire fresco debe de estar enfriándole las piernas desnudas. ¿Qué es lo que quiere? Sea lo que sea, así no puede seguir. Noto los rayos del sol en la cara, en la cara de ambos, y pienso que quizá así es como debe de ser.

Intentamos hablar, pero hallar las palabras es como excavar en busca de agua en un desierto. Volver con naturalidad a un trato humano después de haber arrastrado nuestra relación por el sendero de la muerte lleva cada vez más tiempo. Ahora nuestra única comunión son nuestras peleas sin motivo. Beso el dorso de su fino cuello, con una dolorosa sensación de culpa y de compasión, con tierna rabia. No hay reacción. Me aparto y me voy al dormitorio a vestirme.

Cuando vuelvo, ella sigue exactamente en el mismo lugar. Le digo que voy a salir un rato y topo con el mismo silencio. Me dirijo calle abajo hacia la Herengracht, recorriéndola hasta llegar al Leidseplein; atravieso paseando el Vondelpark, por alguna razón con los nervios a flor de piel, pese a no haber tomado drogas. No obstante, me siento bastante paranoico. Martin siempre dice que la lógica de meterse drogas es que aunque seas totalmente normal, aun así habrá semanas en las que te sientas hecho polvo y paranoico; al menos si le pegas al alcohol y las drogas tienes una razón para sentirte así, en lugar de quedarte por ahí sentado convencido de que podrías ser un enfermo mental. La paranoia no acecha ni remotamente tan fuerte en Amsterdam como en Edimburgo, pero aun así me siento como si todo quisque me estuviera mirando, como si algún chalado me acechara.

Después de un rato subo al club y abro la oficina. Comprobar emilios en domingo, porque no soportas estar sentado en la misma habitación que tu novia: seguro que la vida no puede ser mucho más triste. Tanto daría que estuviera en Londres.

Empiezo a hacer otras cosas; resolver papeleos, facturas, correspondencia, hacer llamadas telefónicas y toda esa mierda. Entonces me llevo un susto, un susto grande

que te cagas. Estoy sentado, mirando el libro de caja, revisando unos extractos de cuenta del ABN-AMRO. El holandés leído aún me da problemas. No importa lo bien que se te dé el hablado, el reconocimiento visual de la letra impresa te puede tumbar. Ken quiere decir saber. Escoto-neerlandés. Di loch.

Rekening nummer.

Reconocimiento, sí.

Se oye un golpe en la puerta y compruebo ansiosamente que Martin no se ha dejado ninguna papelina de coca fuera, debajo de los fajos de papel, pero no, estarán todas en la caja fuerte que hay a mis espaldas. Me levanto y abro la puerta, pensando que probablemente será Nils o Martin, cuando el cabrón este me lanza hacia dentro de un empujón. De inmediato me asalta la idea, y el cuerpo se pone en tensión: JODER, AQUÍ ME ESTÁN ROBANDO… antes de evaporarse al ver ante mí una silueta familiar y ajena a la vez.

Tardo un segundo en caer por entero en la cuenta. Es como si mi cerebro no fuera del todo capaz de procesar los datos sensoriales que le envían mis ojos.

Porque justo delante de mí está Sick Boy. Simon David Williamson.

Sick Boy.

«Rents», dice en tono frío y acusador.

«Si… Simon…, ¿qué cojones?…, no puedo ere…».

«Renton. Tenemos unas cuentas pendientes. Quiero mi dinero», ladra él, con los ojos hinchados como las pelotas de un terrier Jack Russell cuando ve a una perra en celo, escudriñando la oficina. «¿Dónde está mi puto dinero?».

Yo me limito a mirarle, en plan zombi, sin saber muy bien qué cojones decirle. Lo único que soy capaz de pensar es que ha engordado, aunque curiosamente no le quede mal.

«Mi puto dinero, Renton», me gruñe a la cara dando un paso hacia mí, y puedo notar el calor y la baba que desprende.

«Sick…, eh, Simon, te… te lo daré», le digo. Parece ser lo único que soy capaz de decir.

«Cinco de los putos grandes, Renton», dice, y me coge de la camiseta a la altura del pecho.

«¿Eh?», pregunto, un tanto empanado, bajando la vista sobre su mano, posada en mi pecho como si este fuera una mierda de perro.

En respuesta, se digna aflojar un poco su presa. «Lo he calculado. Intereses más compensación por el estrés psíquico que me has causado».

Me encojo dubitativamente de hombros ante esto último, con una especie de torpe rebeldía. En su momento fue un problemón, pero ahora parece muy poca cosa, sólo un par de gilipollas involucrados en un estúpido negocio yonqui. Ahora caigo en la cuenta de que tras algunos años de andar ojo avizor, me he vuelto muy

despreocupado, incluso indiferente, con repecto a todo aquel asunto. La paranoia sólo reaparece durante las esporádicas y furtivas visitas familiares a Escocia, y en realidad el único que me preocupa es Begbie. Que yo sepa, sigue cumpliendo condena por homicidio. En su momento, sólo medité por un momento cómo todo aquel asunto afectaría a Sick Boy. Lo extraño es que tenía intención de compensarle a él y a Segundo Premio, y supongo que incluso a Begbie, como hice con Spud, pero de algún modo nunca llegué a ponerme a ello. Nah, nunca pensé en el impacto que podría haber tenido sobre él, pero tengo la impresión de que me lo va a contar.

Sick Boy me suelta y empieza a largar, recorriendo toda la oficina de arriba abajo, dándose de palmetazos en la frente. «¡Después tuve que lidiar con Begbie! ¡Se pensaba que yo estaba conchabado contigo! Perdí un puto diente», escupe, deteniéndose de repente, y señalando con gesto acusador un hueco de su boca marfileña ocupado por un diente de oro.

«¿Qué ha sido de Begbie…, de Spud…, de Segun…?».

Sick Boy me responde bruscamente, balanceándose sobre los talones: «¡Olvídate de esos capullos! ¡Es de mí quien estamos hablando! ¡De mí!», dice, golpeándose el pecho con el puño cerrado. Entonces se le ensanchan los ojos y el tono de su voz baja hasta quedarse en un dulce gemido. «Se suponía que yo era tu mejor amigo. ¿Por qué, Mark?», suplica. «¿Por qué?».

Tengo que sonreír ante su interpretación. No lo puedo remediar; el cabrón no ha cambiado ni un pelo, pero esto le revienta que te cagas; se abalanza sobre mí y vamos a parar al suelo con él encima de mí. ¡NO SE TE OCURRA REÍRTE DE MÍ, RENTON!, me grita a la cara.

Eso me ha dolido. Me he hecho daño en la espalda, y lucho por recobrar el aliento con este gordo cabrón encima de mí. En efecto, ha engordado y estoy inmovilizado debajo de él. La mirada de Sick Boy está llena de furia y levanta el puño. La imagen de Sick Boy dándome un palizón por lo del dinero me resulta ligeramente ridícula. Imposible no, pero sí absurda. Nunca le gustó la violencia. Pero la gente cambia. A veces se vuelven más desesperados con la edad, sobre todo cuando piensan que se les ha escapado el último tren. Y quizá este no sea el Sick Boy al que yo conocía. Ocho o nueve años son mucho tiempo. El gusto por la violencia no tiene por qué diferenciarse del gusto por cualquier otra cosa: hay quien llega a adquirirlo en un momento posterior de la vida. Yo mismo lo he hecho, de forma controlada, a lo largo de cuatro años de entrenamiento en kárate.

Pero independientemente de eso, siempre pensé que podría con Sick Boy. Recuerdo haberle dado una paliza en el colegio, detrás del almacén de Fyfe's, junto al Water of Leith. No fue una pelea de verdad, sólo una pelea a gorrazos entre dos no-peleadores, pero yo resistí más rato y fui más despiadado. Yo gané la batalla pero él ganó la guerra, como de costumbre, pues siguió haciéndome chantaje emocional a

cuenta de aquellos años después. Utilizaba la rutina del mejor amigo: me enfocaba con esos faros que tiene y me hacía sentir como un borracho maltratador. Ahora, con mis conocimientos de kárate Shotokan, sé que podría inmovilizarle fácilmente. Pero soy yo quien no hace nada, y pienso en la fuerza tan paralizante que puede llegar a ser el sentimiento de culpa, y en el vigor que puede llegar a infundir la indignación justificada. Quiero salir de esta sin tener que hacerle daño.

Ahora él está listo para partirme la cara; yo lo pienso y me río. Sick Boy también.

«¿Tú de qué te ríes?», dice con evidente enojo, pero a pesar de ello sin dejar de sonreír.

Le miro a la cara. Se le ve un poco más mofletudo, pero en realidad sigue en buena forma. Además va bien maqueado. «Has engordado», le suelto.

«Y tú también», dice con una mueca de dolor, ofendido. «Tú más que yo».

«Lo mío es músculo. Nunca pensé que llegarías a ser un gordo cabrón».

Él se mira la tripa y la encoge. «Lo mío también es puto músculo», dice.

Ahora espero que vea lo ridículo que es todo esto. Y lo es. Podemos solucionarlo, llegar a algún tipo de arreglo. Sigo espantado, pero no sorprendido, y curiosamente me alegro de verle. Siempre pensé que volveríamos a encontrarnos. «Simon, pongámonos en pie. Los dos sabemos que no vas a pegarme».

Él me mira, sonríe, vuelve a formar un puño y veo las estrellas cuando me golpea en toda la cara.

25. EDINBURGH ROOMS

Los Edinburgh Rooms de la Biblioteca Central, tío: están como llenos de cosas sobre, bueno, Edimburgo. A ver, eso es lógico, así debe ser y eso. A ver, no esperarías encontrarte cosas acerca de Hamburgo o, eh…, Boston en los Edinburgh Rooms. Pero el caso es que también hay cosas sobre Leith, mogollón de cosas, cosas que por derecho tendrían que estar en la Biblioteca Pública de Leith, allá en Ferry Road, tío. Que vale que sí, a ver, que Leith está clasificado como parte de Edimburgo por los gachos del ayuntamiento, aunque por mucha de la basca del viejo puerto, no. Pero por otra parte, yo me acuerdo de la época en que había octavillas acerca de toda la descentralización esa en la que se supone que cree el ayuntamiento. Así que ¿por qué tiene un pavo de Leith como yo que hacer todo el camino hasta Edina sólo para enterarse de los rollos de Leith? ¿A qué viene esa larga marcha hasta el puente George IV en vez de un saltito rápido al lado hasta Ferry Road? ¿Me explico?

Eso sí, resulta un paseíto agradable bajo este sol de marzo empanao. Aunque en la High Street haga un poquito de frío. No he estado por aquí desde el festival y echo de menos a todas las nenas guays que te sonríen y te pasan volantes para sus espectáculos. Aunque queda de lo más mamón esa manera que tienen de convertir una afirmación en pregunta. Te sueltan: «¿Representamos un espectáculo dentro del festival?». «¿Está al lado del Pleasance?». «¿La crítica fue estupenda?». Y te entran ganas de decir: espera un segundo gatita de guay, porque si quieres hacer eso, y convertir una afirmación en pregunta, lo único que tienes que hacer es añadirle «sabes» al final. ¿Sabes?

Pero, por supuesto, siempre acababa cogiendo los volantes de todas formas, porque no es cuestión de que uno de mi cuerda le diga nada a unas chavalas pijas que han ido a la universidad y tal a estudiar arte dramático de primera y eso, ¿sabes? Aunque ese siempre ha sido mi problema, tío, la confianza. El gran dilema siempre ha sido que, en demasiadas ocasiones, estar libre de drogas equivale a estar libre de confianza. Ahora mismo la confianza no anda baja, pero anda, ¿cuál es el término que usa la peña? Precaria, tío, precaria. Y lo primero en lo que me fijé cuando llegué aquí fue en un pub que hay enfrente de la Biblioteca Central llamado Scruffy Murphy's.[20] Uno de esos pubs de ambiente irlandés que no se parecen en nada a los pubs de verdad que hay en Irlanda, ¿sabes? Sólo son para empresarios, yupis y estudiantes ricos. Mirarlo hace que me sienta tenso y avergonzado por dentro. Si el mundo fuera justo, los pavos que llevan ese bar deberían pagarle daños y perjuicios emocionales a la gente como yo, tío. A ver, que yo no oía otra cosa cuando iba al colegio, siempre me decían «Scruffy Murphy, Scruffy Murphy». Y todo por el viejo apellido procedente de Erin y los trapos baratos debido a las adversas circunstancias económicas y a la miseria endémica del domicilio de los Murphy en Tennent Strasser

y Prince Regent Strasser. Así que es como lo contrario de bueno, tío, lo contrario total de bueno.

Sólo ver el rótulo de ese pub, digamos, me sitúa en desventaja total antes de que hayan dado la salida siquiera, ¿sabes? Así que cuando entro en la biblioteca estoy cabizbajo, pensando para mis adentros: «¿Cómo va a escribir nunca un libro el zarrapastroso de Murphy?», y entrar en el garito resultó raro, raro, raro. R-A-R-O por ambas partes, tío. Desde luego: fue entrar por esas grandes puertas de madera y sentir cómo el corazón me hacía bum, bum, bum. Me sentía como si estuviera allanando el local, tío, como si algún pavo me hubiera metido un montón de nitrato de amilo por la tocha. Me sentí mareado, ¿sabes?, como si fuera a desmayarme o algo así, a caerme redondo ahí mismo. Es una sensación parecida a cuando estás bajo el agua en la piscina o montado en un avión, como con un montón de ruido amortiguado en los oídos. Así que temblaba tío, temblaba a tope. Y cuando se acercó el segurata de uniforme, casi me entra el pánico. Pensé: ahora es cuando me parten la boca; hala, tío, ya me han trincado, y ni he hecho nada ni tampoco iba a hacerlo, sólo mirar unos libros y tal…

«¿Puedo ayudarle?», me pregunta el tío.

Así que pienso: no he hecho nada malo, sólo estoy dentro del local. Ni siquiera he hecho nada, no, nada. Pero digo algo así como: «Eh…, eh…, eh…, sólo me preguntaba si…, si no tienen inconveniente y tal…, si podría…, eh…, echar una miradita en la habitación donde está todo lo que hay sobre Edimburgo…, ver los libros y tal».

Y como que me daba cuenta de que el tío este sabe lo que soy: chori, yonqui, barriobajero, hijo del gueto, celtinegro de tercera generación, taño; es como si lo supiera, ¿sabes, tío?, porque este chaval es un masón Jambo, un gachó de club de rotarios, a ver, que eso se nota, por el uniforme y eso…, por los botones relucientes, tío…

«Bajando las escaleras», dice el tío, y me deja entrar sin más. ¡Como si tal cosa! ¡El tío me deja entrar! Los Edinburgh Rooms. La Biblioteca Central. ¡El puente George IV!

¡Guay!

Así que bajo por la enorme escalinata de mármol y ahí está el letrero: «The Edinburgh Rooms». Así que ahora aquí me tienes, tope contento, tío, como un erudito total. Pero cuando entro, ¿sabes?, es enorme, tío, enorme, y hay mogollón de gente sentada leyendo en los pupitres esos, como si estuvieran otra vez en primaria. No se oye ni respirar y es como si todos me estuvieran mirando, tío. ¿Y qué ven los pavos esos? Un yonqui que igual ha venido a mangar unos libros para venderlos y pillar mandanga.

Así que pienso: no, no, no, tío; tranqui. Inocente hasta que se demuestre lo

contrario. Limítate a hacer lo que dice Avs, la del grupo, intenta descolgarte del rollo del auto-sabotaje. Cuenta hasta cinco cuando te entre el estrés. Un, dos, tres…, ¿qué estará mirando la marujona esa de las gafas…? Cuatro, cinco. Y la cosa mejoró, tío, porque a partir de entonces apartaron la vista a tope, ¿sabes?

Y tampoco es que ahí dentro haya gran cosa que valga la pena mangar. A ver, que algunos de esos libros podrían ser valiosos para un coleccionista, pero no son la clase de bienes que podrías colocar en el Vine Bar, todos esos libros de contabilidad, ¿es así como los llaman, tío, libros de contabilidad? Y todos esos microfilms y ese tipo de cosas, ¿sabes?

De todos modos, voy haciendo mis pesquisas entre los libros esos y dicen que Leith y Edimburgo se unificaron en 1920, después de una especie de referéndum. Sería como la votación esa de «Sí a la autonomía», pal parlamento y tal, cuando habló el pueblo y ahí quedó eso. Me acuerdo de ver el Scotsman, y los notas esos decían: «nah, tío, vota no», pero la peña les salió con: «lo sentimos, basca, no pillamos lo que decís en vuestro periódico, así que a ver si sacamos un sí como una casa». Democracia, tío, democracia. A un gato no se le puede convencer para que elija Félix cuando le están ofreciendo Whiskas.

El caso es que los de Leith rechazaron la unificación por una mayoría de cuatro a uno. ¡Cuatro a uno, tío, pero aun así la movida se llevó a cabo! Yo me acuerdo a medias de que todos los yayos solían hablar de eso cuando éramos ñajos. Ahora los vejestorios esos están bajo tierra, así que ¿quién le va a contar a todo el mundo lo que hicieron contra el pueblo, contra la democracia, en tiempos de Maricastaña? ¡Qué llamen al hijo de la señora Murphy! ¡Sí señor, toda la fauna del pasado que reposa en el Stephen King Pet Semetary[21] ya puede dormir tranquila, porque aquí estoy yo! De modo que ese parece un buen punto de partida para mí, 1920: la gran traición, tío.

En efecto, todo empieza a tomar forma en mi cabeza. El problema es que olvidé que para escribir un libro necesitas cosas como papel y bolígrafo. Así que doy un salto al lado, a Bauermeister’s, y chorizo un bloc y un boli. Estoy en un estado de actividad febril y apenas puedo esperar a volver a ese pupitre en el que estaba sentado y ponerme a tomar notas en serio. Eso es, tío, una historia de Leith desde la unificación hasta el presente. Arrancar en 1920, y quizá remontarme un poco, y después otra vez hacia delante, como en todas esas biografías de futbolistas.

¿Sabes?

Por ejemplo, capítulo primero: «No podía creerlo cuando levanté hacia el cielo aquella Copa de Europa, tío. El Alex Ferguson ese se acercó de un bote y me dijo: “Eh, tío, eso te convierte en inmortal, ¿sabes?” No es que recordara gran cosa acerca del gol de la victoria o del partido, ya que había estado en un tugurio craquero toda la noche hasta una media hora antes del comienzo del partido cuando cogí el taxi para llegar al estadio…». Ya te puedes imaginar el guión, tío.

Después viene el siguiente capítulo: «Pero nuestra historia comienza en realidad en el estadio San Siro de Milán. De hecho, hemos de remontarnos hasta una humilde casa de vecinos de Rat Street, The Gorbals, en Glasgow, donde debuté como decimoséptimo hijo de Jimmy y Senga McWeedgie. Se trataba de un barrio muy unido y nunca me faltó de nada…, blah, blah, blah». Ya conoces el percal.

Así que eso es, empezar por ahí e ir remontándome. Estoy que echo humo, macho, ¡echo humo a toda máquina!

Entonces veo que tienen los periódicos de esa época, el Scotsman y el Evening News y todo eso. Ahora bien, a pesar de que los redactaban todos esos pavos Tories pastosos, puede que aún tengan alguna cosilla, como noticias locales y tal, que podría venirme bien. El caso es que están todos en microfilm, y tengo que rellenar un formulario para acceder a ellos. Luego hay un aparato grandísimo, como una especie de tele vieja, y tienes que hacerlos pasar por el aparato, ¿sabes? Bueno, pues todo esto no me mola nada y tal. Tío, en una biblioteca se supone que sólo tiene que tener libros y eso, y a mí nadie me dijo nada de aparatos y tal.

Así que el tío me pasa los microfilms, y estoy listo para empezar, pero cuando veo el cacharro televisivo ese empiezo a pensar: no, no, no, porque no soy tan técnico y me preocupa un tanto romperlo. Le pediría ayuda a alguno de los encargados, pero sé que pensarían que soy corto y tal, ¿sabes?

Nah, no puedo manejar eso, ni hablar; no, así que dejo el material sobre el pupitre y salgo por la puerta, subo la escalinata, encantado de largarme con el corazón haciendo pumba, pumba, pumba. Pero cuando estoy fuera, oigo todas esas voces en la cabeza; todas riéndose, diciéndome que no soy nada, una nulidad, un cero a la izquierda, y veo el rótulo ese de Scruffy Murphy y me duele, tío, me duele tanto que necesito quitarme el dolor. Así que encamino mis pasos a donde Seeker, donde sé que me haré con algo, algo que sé que no me hará sentirme como Scruffy Murphy.

26. «… MONSTRUOS SEXUALES…»

Aquella noche me llevó a su casa y me acostó. Me desperté completamente vestida bajo el edredón. Tuve unos breves quebraderos de cabeza paranoicos cuando pensé en el ridículo que había hecho y luego en las cosas que Terry podría haber llegado a hacer con esa cámara de vídeo. Pero tengo la convicción y la impresión de que no sucedió nada porque Gina se ocupó de mí. Gina y Simon. Cuando me levanté de la cama, el piso estaba vacío. Era una pequeña vivienda de una casa de vecinos cuyo salón estaba dominado por un tresillo de cuero y un suelo de parquet con alfombras de aspecto caro. El papel pintado es una espantosa cascada de azucenas color naranja. Encima del hogar hay un grabado de una mujer desnuda con el perfil de Freud superpuesto, con un pie que dice: «En qué piensan los hombres». Me sorprende lo inmaculadamente recogida que está la casa.

Entré en la cocina, pequeña y con armarios empotrados, donde hallé una nota sobre una de las encimeras.

> *N:*
>
> *Nos pareció que estabas un poco desmejorada, así que Gina y yo te trajimos aquí. Estoy en su casa, y después me voy derechito a trabajar. Tómate lo que quieras: té, café, tostadas, cereales, huevos y demás. Dame un toque al 07779 441 007 (móvil) y quedamos un rato de estos.*
>
> *Cuídate,*
>
> *Simon Williamson*

Le llamé para darle las gracias, pero no quedamos, ya que se iba a Amsterdam con Rab y Terry. Quise ponerme en con tacto con Gina para darle las gracias pero nadie parece saber cuál es su número.

Así que ahora echo de menos a mis chicos nuevos: Rab, Terry y, sin duda, Simon también. A Simon sobre todo. Casi desearía haberme ido a Amsterdam con ellos. Pero sigo divirtiéndome con mis chicas, puesto que Lauren está de mejor humor a raíz de la ausencia de los monstruos sexuales corruptores de Leith, y Dianne, aunque anda bastante ocupada con su tesis, está por la labor de echar unas risas y unos tragos.

Hablando de monstruos del sexo: el martes por la tarde nos topamos con uno, uno de verdad. Hacía un día sorprendentemente bueno y las tres estábamos sentadas al aire libre, en el Pear Tree, tomando una cerveza, cuando se nos aproxima un tiparraco sórdido y se sienta a nuestra mesa. «Buenas tardes, chicas», dijo, posando su pinta en el extremo del banco. Eso es lo malo que tiene el Pear Tree, el patio se llena enseguida y los bancos son tan largos que muchas veces acabas sentada al lado de

alguien con el que no te apetece estar. «No os importa que me siente aquí, ¿verdad?», preguntó, áspero y arrogante. Tenía una expresión dura, una cara de hurón, pelo ralo entre rubio y panocha, y llevaba una camiseta sin mangas que dejaba ver unos brazos abundantemente tatuados. No era sólo que su piel fuera mortalmente pálida en plena racha de buen tiempo; tenía, en mi opinión, lo que Rab describió una vez, señalando a un conocido suyo en el bar, como «el tufo de la cárcel».

«Este es un país libre», dijo Dianne perezosamente, lanzándole una mirada somera y antes de volverse hacia mí otra vez. «Llevo unas ocho mil palabras en estos momentos».

«Estupendo. ¿Cuántas decías que necesitabas?».

«Veinte mil. Si consigo planificar las secciones estoy a salvo. Es sólo que no quiero incrustar palabras y después tener que quitar la mayor parte de ellas porque me he salido por la tan gente. Tengo que estructurarlo bien», explicó, levantando su vaso y echando un trago.

Oímos una voz ronca a nuestro lado. «¿Así que sois estudiantes?».

Me volví cansinamente hacia el tipo, por ser la que más cerca de él se encontraba. «Sí», le dije. Lauren, sentada enfrente, enrojeció y empezó a poner mala cara. Dianne tamborileaba sobre la mesa con los dedos, impaciente.

«Entonces, ¿qué es lo que estudiáis?», preguntó el tipo con voz cazallosa, con los ojos nublados y una expresión a la vez violenta y relajada por el alcohol.

«¿Todas estudiamos cosas distintas?», le dije, esperando que con eso quedara satisfecho.

Por supuesto, no fue así. Detectó inmediatamente mi acento. «¿Tú de dónde eres?», preguntó, señalándome con el dedo.

«De Reading».

El tipo bufó, y a continuación me sonrió y se volvió hacia las otras. Empecé a sentirme realmente incómoda. «¿Y vosotras qué? ¿También sois inglesas?».

«No», dijo Dianne. Lauren permaneció callada.

«Me llamo Chizzie, por cierto», dijo tendiéndonos una mano grande y sudorosa.

Yo la estreché con reticencia, turbada por la fuerza de su apretón, y Lauren también lo hizo, pero Dianne la despreció.

«Ah, conque esas tenemos, ¿eh?», dijo el tal Chizzie. «No importa», sonrió. «Dos de tres no está mal, ¿eh, chicas? Hoy estoy de suerte, en compañía de unas damas tan hermosas».

«No estás en nuestra compañía», le dijo Dianne. «Nosotras sí estamos en compañía unas de otras».

En vistas de cómo reaccionó aquel tiparraco, igual habría dado que no hubiera dicho nada. Se embarcó en su propia película y la boca se le torció lujuriosamente mientras nos miraba de arriba abajo. «¿Tenéis todas novio, entonces? Seguro que sí.

Seguro que todas tenéis pareja, ¿eh?».

«No creo que eso sea asunto tuyo», dijo Lauren, con voz firme pero apagada y aguda. Miré a aquel bravucón y después la miré a ella, notando la diferencia de tamaño entre ellos, y empecé a enfadarme.

«¡Uy, eso quiere decir que no!».

Dianne se volvió y le miró directamente a los ojos. «Da igual que tengamos o no. Aunque pudiéramos elegir entre un millón de pollas, puedes tener la certeza de que la tuya no estaría entre ellas. Y aun en el caso de que hubiera escasez crónica, no esperes una llamada nuestra».

Un gesto ligeramente amenazador asomó en los ojos del tipo aquel. Era un chalao. Yo pensé: Dianne debería cerrar la boca. «Con una boca como esa, podrías tener problemas, cielo», dijo, y después añadió en voz baja: «Grandes problemas».

«¡Vete a tomar por culo!», saltó Dianne. «¡Limítate a dejarnos en paz de una puta vez y siéntate en otro lado! ¿Vale?».

El tipo miraba fijamente su hermoso y desenvuelto perfil con su enorme, estúpida, lasciva y fea cabezota. «Una pandilla de putas tortilleras», dijo arrastrando la voz. Yo le habría dicho lo mismo que Dianne si se hubiera tratado de alguien como Colin, pero este tipo parecía un zumbao peligroso y perturbado. Me daba cuenta de que Lauren estaba realmente asustada y supongo que yo también lo estaba.

Dianne no, porque se puso en pie y fue derecha hacia él. «¡Venga, tú, te estoy diciendo que te vayas a tomar por culo ya! ¡Venga, largo!».

Él se puso en pie, pero ella lo miró fijamente, con la mirada encendida, hasta que apartó la vista; por un momento pensé que iba a golpearla, pero unos tíos que había en otra mesa gritaron no sé qué y una de las chicas del bar, que estaba recogiendo vasos, se aproximó y preguntó qué problema había.

El tío prorrumpió en una sonrisa fría. «No hay ningún problema», dijo, levantando su pinta, apurándola y alejándose. «¡Putas lesbianas!», nos gritó.

«Qué va, somos ninfómanas y nos morimos de las ganas, ¡pero hasta nosotras tenemos unos mínimos!», le gritó Dianne a su vez. «¡MIENTRAS HAYA PERROS EN LA CALLE Y CERDOS EN LAS GRANJAS TU COCHINA COLA COSTROSA DE MARIQUITA NO NOS HACE NINGUNA FALTA, TÍO! ¡VETE ACOSTUMBRÁNDOTE!».

El majaron se dio la vuelta súbitamente; parecía absolutamente incandescente de furor; acto seguido se volvió y se marchó, humillado por la risa procedente de las mesas que había a nuestro alrededor.

Yo me quedé sentada, muda de asombro ante la actuación de Dianne. Lauren temblaba todavía, casi al borde de las lágrimas. «Era un maníaco, un violador, ¿por qué tienen que ser así?, ¿por qué tienen que ser así los hombres?».

«Sólo necesitaba echar un polvo, el triste hijo de puta», dijo Dianne, encendiendo un cigarrillo, «pero como dije, no seré yo. De verdad, alguna gente debería

meneársela antes de atreverse a salir a la calle», dijo con una sonrisa maliciosa, dándole a Lauren un abrazo solidario. «No te preocupes por ese gilipollas, cariño», dijo ella. «Voy a por unas copas más».

Nos embolingamos y nos dirigimos a casa. He de reconocer que me sentía un poco nerviosa durante el trayecto por si volvíamos a encontrarnos al majaron ese. Creo que Lauren también, pero me da la impresión de que Dianne habría estado encantada. Fue más tarde, aquella misma noche, cuando Lauren se fue a sobar, cuando dejé que me hiciera la primera entrevista, que grabó. «Hombres agresivos como el que nos encontramos hoy», dijo ella, «¿te has topado con muchos? En la sauna, quiero decir».

«La sauna es un sitio muy seguro donde trabajar», le conté. «Ahí no se andan con tonterías. Quiero decir, yo…». Me encogí de hombros y decidí decirle la verdad sin rodeos: «Bueno, me limito a hacer pajas. Nunca haría la calle. Los clientes de la sauna tienen dinero. Si no quieres hacer lo que te piden, encontrarán a otra que lo haga. Por supuesto, hay algún rarito que puede llegar a obsesionarse, que quiere demostrar el poder que tiene sobre ti y no acepta un no como respuesta…».

Dianne se llevó el bolígrafo a la boca y se bajó las gafas de lectura sobre la punta de la nariz. «¿Qué haces en esos casos?».

Le conté, y fue la primera persona a la que se lo conté, lo que pasó aquella vez el año pasado. Desvelarlo resultó inquietante y catártico al mismo tiempo. «Un tío me esperaba, empezó a seguirme a casa. Nunca hizo nada, sólo empezó a seguirme. Cuando volvía a aparecer por la sauna, siempre preguntaba por mí. Decía que habíamos nacido para estar juntos y todas esas historias que dan tanto miedo. Se lo conté a Bobby, que le echó y le prohibió volver. Fuera continuaba siguiéndome por ahí. Supongo que por eso empecé a salir con Colín; por el factor disuasión», le conté, dándome cuenta de que me lo estaba explicando a mí misma por primera vez. «Por sorprendente que parezca, dio resultado. Vio que tenía novio, así que me dejó en paz».

Al día siguiente me quedé toda la mañana en la cama, trabajé un poco e hice unas compras, y después les preparé un guiso a las chicas. Luego llamé a casa. Contestó mi madre y cuchicheó unos saludos ratoniles que apenas pude descifrar antes de oír un clic, el sonido de la línea de la parte de arriba de la casa. «¡Princesa!», bramó una voz, y otro clic me indicó que mamá había colgado. «¿Qué tal en la gélida Jockoland?»[22]

«Bastante calentita, a decir verdad, papá. ¿Podrías volver a pasarme a mamá un minuto?».

«¡No! ¡Desde luego que no! Está en la cocina haciendo de abnegada esposa y preparándome la cena, ja ja ja…, ya sabes cómo es», dijo alegremente, «feliz en sus dominios. De todas formas, ¿cómo va ese prohibitivo curso universitario tuyo?

¡Sigues dispuesta a sacar todo matrículas, ja ja ja!».

«Sí, va bien».

«¿Cuándo vas a venir a casa a vernos, entonces? ¿Vendrás para Semana Santa?».

«No, tengo turnos aquí en el restaurante. Puede que vaya algún fin de semana… Lamento que el curso sea caro, pero lo estoy disfrutando y me va bien».

«Ja ja ja, no me duele el gasto, tesoro; por ti lo que sea, ya sabes. Cuando seas una productora o directora de cine famosa y estés en Hollywood, ya me resarcirás. O me consigues un papel como galán con Michelle Pfeiffer, eso sí que me iría ideal. Bueno, ¿y en qué más andas?».

Haciéndoles pajas a los vejestorios en una sauna…

«En nada, lo de siempre».

«¡Dilapidando la pasta que tanto sudor me cuesta ganar en juergas, seguro! ¡Si sabré yo cómo sois los estudiantes!».

«Bueno, puede que un poco. ¿Qué tal está Will?».

El tono de voz de mi padre pasa a ser un tanto distante e impaciente. «Bien, muy bien. Creo. Ojalá…».

«¿Sí?».

«Ojalá tuviera algunos amigos normales, en vez de los casos perdidos que parece que colecciona. Ese mariquita con el que anda ahora; le dije que si no se anda con cuidado acabará criando idéntica fama…».

El ritual de la llamada semanal a mi padre, y fui yo quien lo inició. Eso demuestra lo desesperadamente necesitada de compañía que estoy. Lauren ha vuelto a casa, a Stirling, a pasar un largo fin de semana. Dianne sigue en la biblioteca la mayor parte del tiempo, trabajando día y noche en su tesis. Anoche me llevó a casa de su familia en una parte de la ciudad que no conozco, y tomamos una copa con su madre y su padre, que son una gente realmente legal y enrollada. Hasta fumamos un poco de hierba.

Así que hoy me he quedado por la uni de puro aburrimiento, esperando con cierta expectación el regreso de los chicos de Amsterdam. Chris me cuenta que está organizando una producción teatral para el festival y me pregunta si me gustaría tomar parte. Pero sé lo que en realidad quiere decir. Es majo, pero me he follado a muchos tíos como él en el pasado; el sexo está bien durante un mes, y luego se amortigua rápidamente salvo que se convierta en pasaporte hacia otra cosa; ¿qué? ¿Estatus, beneficios económicos, amor, intriga, sadomasoquismo, orgías? Así que le digo que no me interesa, que estoy demasiado ocupada. Ocupada yendo por ahí con unos extraños tipos locales, algunos de los cuales ya están entraditos en años. Rab, el cabrón que me dio calabazas. Simon, que parece quererlo todo y que parece imaginarse que sólo es cuestión de tiempo que lo consiga. Y Juice Terry, contento con las cosas como están. ¿Y por qué no? Se lo folla todo y tiene pasta suficiente para

despilfarrar en copas. Eso le convierte en una potencia formidable, puesto que ya está viviendo un sueño para el que lleva toda la vida preparándose. No hay necesidad alguna de amortiguar su sordidez ni de subir el listón, no; lo único que quiere es follar, beber y vacilar.

Terry pasaba tanto tiempo en el viejo puerto de Leith, que yo solía decirles en broma a Dianne y a Lauren que era como el Mister Price de Mansfield Park, «una vez en el astillero, empezó a contar con algún encuentro feliz con Fanny». Esto fue algo que empezamos a hacer después de darme cuenta de que Terry se refería continuamente a todas las mujeres como «Fanny».[23] Así que por el piso empezamos a llamarnos «Fanny» unas a otras y a citar pasajes de esa novela.

Ahora estoy sola, limándome las uñas y suena el teléfono. Pensé que podría ser mi madre, llamando para charlar mientras papá está en el trabajo, pero me llevo la sorpresa, aunque no desagradable, de que es Rab desde Amsterdam. Al principio pienso que no se trata sólo de que me echa de menos, sino que lamenta no haberse acostado conmigo cuando tuvo la oportunidad. Desde que se ha metido en todo el rollo este de la despedida de soltero, lleva las hormonas revueltas y lamenta no haber aprovechado su oportunidad. Yo también lo lamento, pero no pienso desaprovechar la mía. Ahora quiere ser Terry o Simon durante unas semanas, horas o minutos, antes de que aparezca su crío o dé el sí.

Yo me lo monto de tranqui, preguntando por Simon y Terry.

Durante un par de compases se produce un gélido silencio antes de que hable. «La verdad es que casi no les he visto. Terry se pasa todo el día de putas, y la noche entrándole a las tías en los clubs. Sick Boy probablemente estará haciendo lo mismo. Eso y tratando de montar chanchullos. No para de rajar acerca de sus contactos en el negocio y todo eso, y después de un rato te saca de tus casillas».

Sick Boy: vanidoso, egoísta y cruel. Y ese es su lado bueno.

Pero creo que fue Wilde quien dijo que las mujeres aprecian la crueldad redomada más que cualquier otra cosa, y en ocasiones me inclino a creerlo. Creo que Rab también lo cree.

«Sick Boy me tiene fascinada. Lauren tenía razón; dijo que te sorbe el seso sin que te des cuenta», digo con añoranza, sin olvidar que estoy hablando por teléfono con Rab, pero haciendo como que lo he olvidado.

«Así que te gusta», dice él, de un modo que a mí me parece de lo más mezquino y malicioso.

Noto cómo se tensa mi mandíbula. No hay nada peor que un hombre que no quiere follar contigo cuando tiene la oportunidad y después se raya cuando te planteas follar con otro. «No he dicho que me gustara; he dicho que me fascina».

«Es una escoria. Es un chulo. Terry no es más que un idiota, pero Sick Boy es un cabrón maquinador», carraspea Rab con una amargura que nunca antes le había

escuchado. Sólo entonces me doy cuenta de que está un poco bebido o fumado o ambas cosas.

Esto resulta extraño. Antes se llevaban bien. «Recuerda que estás trabajando en una película junto a él».

«¿Cómo olvidarlo?», dice Rab con desdén.

Rab parece haberse convertido en Colin: posesivo, controlador, desaprobador y hostil, y eso que ni siquiera hemos follado aún. ¿Por qué parece que tengo este efecto sobre los hombres, el de sacarles lo peor? Pues no pienso aguantarlo. «Y estáis pasando juntos vuestra despedida de muchachitos solteros en Amsterdam. Búscate una puta, Rab, entra en ambiente si quieres echar un polvo antes de casarte. Conmigo ya tuviste tu oportunidad».

Rab permanece en silencio un ratito y dice a continuación: «Estás como una chota», tratando de aparentar despreocupación, pero se le nota en el tono de voz que sabe que se ha comportado incorrectamente, que ha estado poco decoroso, y para alguien tan orgulloso como él eso es algo terrible. No engaña a nadie, me desea, pero llega usted demasiado tarde, señor Birrell.

«Vale», dice, rompiendo el silencio, «hoy estás de un humor un poco raro. De todos modos, el motivo por el que llamaba era para hablar con Lauren. ¿Está aquí?».

Algo se estrella en mi pecho. Lauren. ¿Qué? «No», digo con voz temblorosa, «se ha ido a Stirling. ¿Para qué quieres hablar con ella?».

«Ah, no importa. La llamaré a casa de su madre. Le dije que comprobaría si mi viejo tenía un software que convertía las cosas que tiene en el Apple Mac que tiene en casa a Windows. De todos modos, lo tiene y estará encantado de instalárselo. Es sólo que ella decía que era bastante urgente, porque tenía cosas en el Mac que necesitaba… ¿Nikki?».

«Estoy aquí. Que disfrutes del resto de tu despedida, Rab».

«Gracias. Nos vemos», dice él antes de colgar.

Ya veo por qué a Terry le saca tanto de sus casillas. Al principio no lo veía, pero ahora sí.

27. DOLOR DE CABEZA

Me duele la cabeza que te cagas. Puta migraña. Pienso demasiado, ese es mi problema, aunque alguno de los tontos del culo que hay por aquí no lo entendería. Demasiadas cosas en la cabeza. Es lo que pasa cuando se tienen putos sesos; te hacen pensar demasiado, joder, te hacen pensar en todos los putos sobraos a los que les tendrían que partir la puta cara. Y encima hay mogollón. Joputas acojonaos; siempre riéndose a tus espaldas, claro. Lo sé y me doy cuenta. Ellos creen que no te enteras, pero por supuesto que te enteras, joder. Lo sabes. Siempre lo sabes que te cagas, por supuestísimo que sí.

Necesito un poco de Nurofen, joder. Espero que Kate vuelva pronto de casa de su madre con ese crío llorón que tiene, porque un polvo siempre ayuda a cortar el puto dolor de cabeza. Es cierto: cuando vacías la tubería es como si te hicieran un puto masaje en el cerebro. No entiendo a todos esos capullos que dicen: «Ahora no, tengo jaqueca», como en las putas películas y tal. Ves, para mí es entonces cuando más necesitas echar un puto polvo. Si todo dios echara un polvo cuando tuviera jaqueca, el mundo tendría menos problemas.

Se oye ruido en la puerta; será ella.

Pero espera un minuto, joder. Qué coño va a ser ella.

Algún cabrón intenta entrar a robar…, claro, como estaba sentado con las luces apagadas por el dolor de cabeza, ¡se habrán pensado que no hay nadie en casa! ¡Pues vaya si lo hay, joder!

¡Arranca el partido!

Me tiro del sofá al suelo rodando, como uno de esos capullos tipo Bruce Willis o Schwarzenegger, y salgo a gatas, poniéndome de pie contra la pared de detrás del cuarto de estar. Si saben lo que se hacen vendrán por aquí primero, en vez de subir las escaleras. La puerta se abre de golpe; los cabrones la han forzado. Ya están dentro. No sé cuántos, no muchos a juzgar por el ruido que hacen. Pero no importa cuántos entren, coño, porque de aquí no sale ni uno.

Guapo…, guapo que te cagas… Me quedo detrás de la puerta esperando a los muy cabrones. Entra un cabroncete, con un bate de béisbol en la mano, el joputa de mierda. Una desilusión que te cagas. Cierro la puerta a sus espaldas. «¿Buscabas algo, capullo?».

El capullín se vuelve y empieza a blandir el bate delante de mí, pero fijo que se ha cagado a la primera. «¡Quita de ahí! ¡Déjame salir!», grita. ¡Conozco a este capullín! ¡Lo he visto en el pub, en el pub de Sick Boy! El también me conoce, y los ojos se le ensanchan más. «No sabía que era tu casa, tío, ya me marcho…».

Y que lo digas que el capullín no lo sabía. «Venga, pues», le digo con una sonrisa. Le indico la puerta. «Ahí está. ¡¿A qué cojones esperas?!».

«Quita de en medio…, no quiero problemas…».

Dejo de sonreír. «Ya los tienes, quieras o no», le digo. «Así que dame ese puto bate ya. No me obligues a quitártelo. Por tu propio bien, no me obligues a hacerlo».

El capullín está ahí temblando que te cagas, y empiezan a llorarle los ojos. Puta maricona. Baja el bate y yo le cojo por la muñeca y se lo quito; entonces le cojo por la garganta con la otra mano. «Pero ¿por qué no me sacudiste, so mamón? ¿Eh? ¡Acojonao de mierda!».

«Yo no…, no sabía que…».

Le suelto para coger el bate con las dos manos. «Esto es lo que tenías que haber hecho», y empiezo a sacudirle con él.

Levanta los brazos y el bate se estrella contra su muñeca; suelta un grito como un perro cuando lo atropellan, y yo sacudiéndole que te cagas, pensando en lo que habría hecho él si Kate y el puto crío hubieran estado aquí.

Paro al ver sangre en la puta moqueta de Kate. El capullín está tirado hecho un puto ovillo, y chillando como un puto crío. «¡CÁLLATE!», le grito. Estas paredes son como de papel y algún capullo llamará a la puta policía.

Encuentro un viejo trapo de cocina y se lo pongo en la cabeza al capullo, donde se le ha abierto, y vuelvo a ponerle la gorra de béisbol, eso detendrá la puta hemorragia un poco. Después le obligo a sacarse todo lo que lleva en los bolsillos y le doy cosas de la cocina para que limpie la alfombra. Aquí no hay más que puta calderilla, unas llaves y una bolsita de pastillas.

«¿Son éxtasis?».

«Sí…», dice mientras restriega que te cagas, mirando alrededor con expresión preocupada.

«¿No llevas nada de farlopa?».

«… No…».

Compruebo las putas cerraduras. Las ha forzado por los golpes que le ha dado a la puerta con el hombro, pero el marco no se ha rajado, y mejor para él por la cuenta que le trae. Vuelvo a ponerlas en su sitio. Aunque están sueltas que te cagas y habrá que cambiarlas.

Vuelvo a donde el capullín este sigue fregando. «Más vale que salgan esas manchas de sangre. Como ella me monte barrila por haberle manchado la moqueta de sangre, me encargaré de que por lo menos merezca la pena haberla manchado, y ya os enseñaré yo lo que es sangre».

«Vale…, vale…, ya salen…», suelta él.

Averiguo que el capullo se llama Philip Muir y que es de Lochend. Miro la alfombra. No lo ha hecho nada mal. «Venga, tú te vienes conmigo un rato», le digo.

El capullín está demasiado asustado para decir nada. Llegamos a la puta furgona, abro la puerta del copiloto y se sube. Doy la vuelta hasta mi asiento y me subo,

sabiendo que está demasiado cagao para salir de naja. «Tú haces de copiloto, colega, que sabes adonde vamos».

«¿Eh…?».

«Vamos a tu casa».

Pongo la radio y conducimos hasta Lochend. Esta furgona está jodida, está en las últimas. Están poniendo esa canción tan guapa de Slade, «Mama We're All Crazy Now», y empiezo a cantarla. «Los Slade son guapos que te cagas», le digo al capullín.

Paramos junto al puto queo. «¿Aquí es donde viven tus padres?».

«Sí».

«¿No hay nadie?». «No…, pero volverán enseguida».

«Entonces más vale que nos demos caña, hala».

Así que entramos y compruebo lo que hay. Hay una tele bien guapa, de esas de pantalla plana, y con vídeo, uno de esos nuevos de compact disc pero con imágenes, un puto VDU o como coño lo llamen. También hay un estéreo nuevo, uno de esos con mogollón de altavoces. «Venga, bobochorra, empieza a cargar», le digo al cabrito este.

El chaval sigue cagándose y yo estoy ojo avizor por los entrometidos que pueda haber por la calle. Si algún cabrón se va de la lengua, el marrón se lo come él, eso lo sabe. Subimos a la furgona y llevamos el material a casa de Kate. Lo guapo es que hay un compact de Rod Stewart con todos sus éxitos. Ese me lo metí en el bolsillo nada más verlo.

Cuando volvemos, ella está en casa con el crío. «Frank…, la cerradura…», dice, señalando los tornillos, que vuelven a estar en el puto suelo. «No hice más que meter la llave y cayeron directamente al suelo…». Ve al capullín, de pie detrás de mí. Él se está cagando otra vez a cuenta de la puta cerradura, y más le vale, joder.

«Vale», suelto yo, y salimos y volvemos cogiendo un extremo de la tele cada uno.

Ella lleva al crío en brazos. «La cerradura… Frank, ¿qué pasa? ¿Qué es todo esto?». Mira el televisor.

«Este coleguita mío», le digo, explicándole la historia que me había inventado por el camino de vuelta en la furgona, «es un buen samaritano que te cagas, ¿eh, amiguete? Fueron a parar a sus manos unos bártulos, así que le dije tráetelos aquí. Están mejor que tus cosas viejas».

«Pero la cerradura…».

«Ya, joder, pero es que te lo dije, Kate. Recuerda que te dije: esa cerradura hay que arreglarla. Se lo pediré a mi amigo Stevo, que es cerrajero; él la arreglará. ¡Pero mira esto! Un maldito DVD nuevo. Ahora tendrás que canjear todos esos vídeos viejos».

«Eres muy amable», dice ella. «Gracias, Frank…».

«No es a mí a quien tienes que darle las gracias, sino a Philip, ¿eh, amigo?».

Kate mira al cagao. Menudo ojo lleva. «Gracias, Philip…, pero ¿qué te ha pasado en la cara?».

Interrumpo. «Es una historia larga que te cagas», le digo. «Lo que pasa es que Philip me debía unos cuantos favores, así que cuando consiguió un estéreo y una tele nuevas para su queo, me llama por teléfono y me suelta: puedes quedarte con los viejos si quieres. Así que pensé: será un montón de chatarra, ¿sabes?, ¡pero el capullín me dice que sólo tienen dieciocho meses!».

«¿Estás seguro, Philip? Parecen carísimos…».

«Ya sabes cómo son los jóvenes, pa ellos todo tiene que ser la última moda. ¡Pa ellos eso es como la puta Edad de Piedra! Claro, Philip pensó en mí primero, pero algún otro sobrao pensó que se lo debía a él e intentó pegarle la mordida al capullín este. Así que», digo cogiendo el bate de béisbol, «fuimos a tener una charlita con el cabrón y le aclaramos las cosas, ¿eh, Philip?».

El capullín suelta una sonrisa boba.

Kate está enchufando y montando la tele. «¡Tiene una imagen estupenda!». Está como una puta cría en Navidad. «Fíjate», le dice al crío, «¡Boby sus amigos!».

«Para ti sólo lo mejor, nena».

El capullín no dice una puta mierda; suerte tiene de estar vivo. Se me ocurre que un teleñeco embobao como este podría serme útil. Me lo llevo fuera. «Vale, ya puedes irte, pero mañana por la mañana a las once tienes que venir a verme al Café del Sol, al final de Leith Walk».

«¿Para qué?», pregunta, todo asustado otra vez.

«Para un trabajo. Los capullines como tú os metéis en demasiados líos si no trabajáis. El ocio es la madre de todos los vicios, ¿no? Recuerda, en Leith a las once. Si llego tarde, pregunta por Lexo. Y no te metas en líos, porque ahora trabajas para mí. Recuerda, mañana en el café».

El mamoncete ha dejado de temblar pero sigue poniendo una cara de despiste que te cagas. «¿Voy a cobrar un sueldo?».

«Sí. Seguirás con vida. Ese será tu puto sueldo», le cuchicheo. «Aunque te diré una cosa», le suelto al ver que lleva anillos raperos en casi todos los dedos, «bonitos anillos, colega. Quítatelos».

«Hala, tío, los anillos no, por favor, tío…».

«Quítatelos», le suelto.

El capullín empieza a tirar de ellos. «No consigo sacármelos…».

Saco la navaja. «Vale, ya te los quito yo», le digo.

Es curioso, pero después de eso salieron sin ningún problema.

El capullín me los entrega, todo triste, y yo me los echo al bolsillo, menos uno que le doy a él. «Hoy has hecho un buen trabajo. Sigue haciendo buenos trabajos y

los recuperarás como pago. Sóbrate o cágala y eres hombre muerto. Mañana en el café», le digo, y vuelvo adentro y cierro la puerta.

Le doy un toque a Stevo con el móvil, diciéndole que es una urgencia.

Kate va y dice: «¡El estéreo es cojonudo, Frank! ¡No me lo puedo creer! ¡Qué chaval tan majo!».

«Cierto, es buen tipo. Va a trabajar conmigo. Hay que cuidar de los enanos. Si no tienen algo que hacer, se meten en líos. Si no que me lo digan a mí», le cuento.

«Eso está bien, ayudar al chavalín. En el fondo eres un buenazo, ¿a que sí?».

Me siento de lo más raro cuando dice eso, como bien, pero al mismo tiempo pienso: si así es como habla, no me extraña que al último tío con el que estuvo se le fuera la mano. Pero me alegra que esté contenta. «Es como dice el cabrón del político ese: si tienes un puto negocio tienes que ayudar a todos los demás. ¿Entiendes lo que quiero decir? Ponte la chaqueta, vamos a salir. Unos tragos y un chino, ¿qué no?».

«El crío…».

«Deja al puto crío en casa de tu madre. Venga, date vidilla. Llevo todo el día currando que te cagas. Unos tragos y un chino, hala. Tengo derecho a tomarme una puta cerveza para relajarme. Tú déjale en casa de tu madre y yo esperaré a que Stevo venga y arregle la puerta. No le costará nada, y si no, le dejo las llaves y que las meta en el buzón cuando termine. Nos vemos en casa de tu madre dentro de un rato, ¿vale?».

Kate se arregla y se cambia y vuelve a meter al crío en el cochecito.

Dejo la tele vieja en el pasillo y conecto la corriente a la nueva para ver Inside Scottish Football en la Sky. Es curioso, el dolor de cabeza me ha desaparecido y ni siquiera he tenido que echar un puto polvo.

28. CHANCHULLO N.° 18740

Qué extraña la forma en que resultan las cosas. Begbie, Spud y ahora Renton, todos presentes en mi vida de nuevo, todos de regreso al escenario principal del cautivador drama encarnado en Simon David Williamson. Llamar a los dos primeros lamentables fracasados sería un insulto crónico a esa estirpe en todas partes. Pero Renton: dirigiendo un club en Amsterdam. Jamás habría imaginado que tuviera el tesón necesario.

Por supuesto, el ladrón hijo de puta está muy lejos de alegrarse de verme. Le dije al onanista de mierda que no dejaría que se alejara de mi vista hasta que reuniese la pasta que ahora se encuentra en mi cartera. Estamos en un café con terraza en el Prisengracht y él se acaricia la nariz inflamada con suavidad. «No puedo creer que me pegaras un puñetazo», gimotea. «Siempre decías que la violencia era para los fracasados».

Me quedo ahí sentado y sacudo lentamente la cabeza ante el muy capullo. Tengo ganas de darle otro. «Nunca había tenido un amigo que me diera el palo antes», le cuento, «y tampoco sé cómo tienes la osadía, la pura y simple desfachatez, de intentar hacerme sentir culpable. No sólo me diste un palo que te cagas», escupo con un gruñido en voz grave, mientras siento crecer la indignación al golpear la mesa, alzando la voz y provocando una mirada de extrañeza por parte de los dos americanos obesos que tenemos al lado, «¡sino que encima indemnizaste a Spud! ¡El yonqui cabrón ni siquiera me lo dijo hasta años después! ¡Aun así, sólo se le escapó cuando iba hecho polvo!».

Renton se lleva el expreso a los labios. Sopla y toma un sorbo. «He dicho que lo sentía. Lo lamenté, si eso te sirve de consuelo. Pensé en indemnizarte, y tenía intención de hacerlo, pero ya sabes cómo es la pasta, uno la malgasta sin darse cuenta. Supongo que pensé que lo olvidarías…».

Le lanzo una mirada furibunda. ¿Con quién cojones se creerá que habla? ¿En qué planeta vivirá este capullo? En el planeta Leith, puta década de los ochenta, me jugaría algo.

«… bueno, puede que olvidarlo no, pero ya sabes…». Acto seguido se encoge de hombros. «La verdad es que fui un poco egoísta. Tenía que alejarme como fuera, Simon, alejarme de Leith, de toda aquella mierda yonqui».

«¿Y yo no, verdad? Desde luego que fuiste egoísta, amigo», digo, golpeando la mesa de nuevo. «Un poco egoísta, dice. El eufemismo del puto siglo».

Oigo a los americanos decir algo en una lengua que suena a escandinava, y entonces me doy cuenta de que en realidad son suecos o daneses. Es curioso, con aquella ropa almidonada se les veía un pelín más gordos y estúpidos de la cuenta para ser otra cosa que shermans[24] de mediana edad. Renton se cala la gorra de béisbol

para sacarse el sol de los ojos. Parece un poco cansado. Cuando se ha sido drogata…, salvo que uno sea Simon David Williamson, y en virtud de ello, trascienda instantáneamente toda esa mierda. «Más o menos pensé que indemnizaría primero a Spud», dice, jugueteando con la taza de café. «Pensé: Sick B… Simon es un buscavidas, un tipo emprendedor. Saldrá adelante, siempre caerá de pie».

No suelto prenda, pero vuelvo la cabeza ostentosamente y observo el descenso de un barco por el canal. Un capullo zarrapastroso que va en el barco nos ve, hace sonar una bocina y saluda con la mano. «¡Eh, Mark! ¿Qué tal estás?».

«¡Muy bien, Ricardo, disfrutando del sol, colega!», grita Rents devolviéndole el saludo.

El puto Rent Boy, uno de los pilares de la comunidad cloggie.[25] Olvida que yo le he visto con el síndrome de abstinencia, chillando de necesidad; desgarrando una cartera robada como un depredador famélico devorando a un mamífero pequeño pero insuficiente.

Ahora me cuenta su historia, que encuentro interesante, aunque intento fingir indiferencia. «La primera razón por la que vine aquí era porque era el único lugar que conocía…», empieza. Pongo los ojos en blanco y dice: «… bueno, aparte de Londres y Essex, donde habíamos trabajado en los ferries que cruzan el canal. Pero así es como se me ocurrió la idea de venir aquí, como solíamos hacer cuando terminábamos nuestro turno en los barcos, ¿te acuerdas?».

«Sí…», asiento con vago recuerdo. No sé si el sitio habrá cambiado. Resulta difícil recordar cómo coño era antes, con todas las drogas que nos metíamos.

«Es curioso, una parte de mí pensaba que te resultaría fácil encontrarme aquí. Pensé que alguien que estuviera aquí de vacaciones se encontraría conmigo; que sería el primer lugar en el que se te ocurriría mirar», dice con una sonrisa.

Maldigo mi propia estupidez. A ninguno de nosotros se le ocurrió pensar en Amsterdam. Quién coño sabrá por qué. Yo siempre pensé que algún conocido o yo mismo nos lo encontraríamos en Londres, o quizá en Glasgow. «Fue el primer lugar que se nos ocurrió», miento, «y vinimos unas cuantas veces. Simplemente has tenido suerte», le cuento, «hasta ahora».

«Así que supongo que les darás a los demás mis datos», dice él.

«Y una mierda», gruño despectivamente. «¿Crees que me importa alguien como Begbie? Que ese cabezahueca recupere su propio botín; ese psicópata y yo no tenemos nada que ver».

Renton medita un ratito al respecto, y después prosigue con su relato. «Es curioso, cuando llegué aquí al principio, me alojaba en un hotel junto al canal», dice, señalando el Prinsengracht. «Después encontré una habitación en el Pjip, que es como el Brixton de Amsterdam», explica, «al sur de guirilandia. Me desenganché y empecé a salir con una peña. Me hice muy colega de un tío llamado Martin, que

formaba parte de una pandilla que llevaba un sistema de sonido en Nottingham. Empezamos a organizar noches de club y fiestas, sólo para hacer unas risas. A los dos nos iba el house y aquí todo era techno. Queríamos introducirnos en aquella ortodoxia europea. El Luxury, lo llamamos. Nuestras veladas se hicieron bastante populares; entonces un chaval llamado Nils nos pidió que hiciéramos una velada mensual en su club, y a continuación cada quincena, y después cada semana. Luego tuvimos que trasladarnos a un local más grande».

Renton es consciente de que empieza a sonar un poco petulante y se disculpa a medias. «A ver, que me gano bien la vida, pero siempre estamos a dos o tres malas noches del desastre. De todos modos nos importa un carajo: cuando se haya acabado, se acabó. No quiero llevar un club sólo porque sí».

«Así que, en resumidas cuentas», digo mientras el pecho se me llena de desprecio, «estás montado en el dólar y a tus colegas no les das nada. Unos míseros miles de nada».

Renton protesta de un modo tan débil que sólo acentúa su culpabilidad. «Te dije cómo estaban las cosas. Había hecho una especie de borrón y cuenta nueva con respecto a mi vida anterior. Y no estoy montado en el dólar, una vez que pagamos a todo el mundo después de una noche de club, hacemos dos partes. Ni siquiera teníamos una cuenta de la empresa hasta hace un par de años. Sólo nos la pusimos cuando una noche nos dieron el palo. Caminaba por ahí con miles de libras en los bolsillos todos los sábados por la noche. Pero sí, vivo bien. Mi piso está aquí arriba, en el Brouwersgracht», dice, ahora sí, con un tono decididamente pagado de sí mismo.

¿Qué fue de la inquietud? Sería aburrido que te cagas hacer una noche de club durante tanto tiempo. «Así que llevas ocho años dirigiendo el mismo garito», acuso.

«En realidad no es el mismo club, ha cambiado mucho. Ahora llevamos grandes festivales como el Dance Valley y el Queen’s Day aquí, y el Love Parade en Berlín. Recorremos toda Europa y Estados Unidos, Ibiza, el festival dance de Miami. Martin es la fachada pública de Luxury, para la prensa musical y tal; yo me quedo en segundo plano…, por razones obvias».

«Ya, como yo, Begbie, Segundo Premio y Spu… Ah, claro, Spud no, a ese capullo le surtiste, ¿no es así?», vuelvo a acusarle. «¿Qué tal está Spud?», pregunta el Agente Naranja.

Asiento un ratito, como tomándole la medida, dejando que un lustre de desprecio satisfecho disimule la expresión de mi careto. «Jodido», le cuento. «Ah, por cierto, estaba limpio hasta que llegó tu fajo. Después se gastó todo el puto mogollón en jaco. Ahora lleva el mismo camino que Tommy, Matty y toda esa peña», le informo con ademán elegante.

Chúpate la culpa asociada a esa, jeta de traidor.

La pálida piel de Rents sigue sin ruborizarse pero se le enternecen un poco los ojos. «¿Ha dado positivo?».

«Sí», le informo, «y no cabe duda de que tú contribuiste decisivamente para que así fuera. Bien hecho», digo haciendo un brindis.

«¿Estás seguro?».

No tengo ni idea del estado en que se encuentra el sistema inmunológico de Don Piojoso. Si no tiene el sida, desde luego merece tenerlo. «Más que positivo: seropositivo».

Rents piensa un rato al respecto y dice a continuación: «Qué pena».

No puedo resistirme, así que le cuento, cargando las tintas: «Ali también. Estaban juntos, ¿sabes? Tuvieron un chavalín y todo. El contribuyente británico debería darte las gracias», bromeo, «por eliminar las cargas de la sociedad».

Renton parece un poco afectado por esta última. Mentirijillas, por supuesto, aunque no, desde luego no me sorprendería que Murphy tuviera el sida, dado el estado del muy capullo. Esto, sin embargo, no es más que un adelanto por el sufrimiento que le espera a Rent Boy. Ha recobrado un poco la compostura, y ahora incluso intenta aparentar una naturalidad lamentable. «Qué deprimente. Es bueno estar aquí», sonríe, mirando a los estrechos edificios en declive que hay alrededor, como si fueran borrachos tambaleantes sosteniéndose los unos a los otros. «Que le den por culo a Leith. Vámonos al barrio chino a tomar unas cervezas», sugiere.

Nos acercamos y pasamos un buen día de pedo. Nos ponemos cómodos en la terraza de un café y veo que mis trolas le han hecho mella, aunque la cerveza haya vuelto a exaltarle un tanto. «Intento ir tirando y joder al menor número posible de gente con ello», dice presuntuosamente mientras observamos a un grupo de tumultuosos muchachos ingleses pasar delante de nosotros dando brincos.

Eso será cuando las ranas críen pelo.

«Sí, lo reconozco, es difícil. En efecto, son nuestro recurso más importante», digo, y él me mira con sincera confusión, así que me explayo. «Siendo nosotros hombres con ambiciones, o sea, la única gente que cuenta en estos tiempos».

Renton está a punto de protestar, pero lo piensa mejor, se ríe, me da una palmada en la espalda y me doy perversa cuenta de que en algún punto casi hemos vuelto a quedar como amigos.

Esa noche opto por sobar en el sofá de Renton, en lugar de volver a la locura del hotel. Al parecer, los viejos colegas cashies[26] de Rab querían forrar a todo dios ayer por la noche; era como si de repente hubieran descubierto que se acercaba la hora de volver a casa y que no habían hecho más que fumar chocolate y follar, sin acordarse de zumbar a nadie. Hay planes para bajar a Utrecht hoy a montar una bronca con unos cloggies tontos del culo. A la mierda, yo me quedo aquí con Renton.

Renton vive con una pava alemana, Katrin, una chavala hosca y delgaducha, una

nazi sin tetas, de hecho el tipo que parece que siempre le ha ido a Renton. Con pinta de chico. Siempre pensé que era un homosexual de tapadillo pero sin huevos para llegar a las últimas consecuencias, así que se folla a chicas con aspecto de chavalines. Probablemente por el culo, lo que ofrece la estrechez satisfactoria para el hombre de polla pequeña.

La pava esta, Katrin, quizá tenga un polvo. Quizá. Las pavas delgaduchas y sin tetas suelen ser bastante guarronas; es una compensación por carecer del relleno que a los muchachos tanto nos gusta. Esta gélida arpía teutona apenas pronunció una palabra, ni reaccionó siquiera ante mis esfuerzos por mostrarme coqueto y cortés. ¿Cómo coño pudo la magnífica Italia hacer causa común con estos capullos pseudosajones durante la Segunda Bullanga Mundial? Pero sí, probablemente le echaría un polvo, aunque no fuera más que para jorobar a Rents. Es extraño; él ahí sentado, en forma, casi con aspecto europeo. Sigue estando delgado, pero no repugnantemente. Hay un poco de carne en ese viejo cráneo pelirrojo. Tiene el pelo un poco ralo y con leves entradas; la calvicie es una maldición para muchos pubirrojos.

La mejor forma de ir adelantando es darle falsas esperanzas, dejándole que deposite algo de confianza en mí. Y, después, ¡zas! Y sé quién lo hará. Porque esto no es una cuestión de dinero, es cuestión de traición. Así que voy entusiasmándome al son de esta música mientras nos disponemos a ir a tomar otra cerveza. «En lo que a Begbie se refiere, en Leith quedaste como un héroe al darle el palo a ese cabrón», le cuento. Por supuesto, esto es una mentira descarada. Begbie es un hijo de puta, pero a nadie le gusta un estafador.

Pero Renton lo sabe. No es estúpido; de hecho, ese es el problema, el Judas panocha es todo menos estúpido. Los párpados se le siguen bajando de aquella forma tan cínica de antaño cuando no cree o no está de acuerdo con lo que oye. «No estoy tan seguro de eso», dice. «Begbie tenía muchos colegas venaos. La clase de tíos que lincharían a cualquiera por diversión. Yo les he dado motivos de sobra».

Cuan cierto, ladronzuelo. Me pregunto cómo reaccionaría Lexo Setterington, el antiguo «socio» de Begbie, domiciliado en mi hotel, a menos de un kilómetro de aquí, si supiera que Rents está en la ciudad. ¿Se sentiría inclinado a administrar justicia en representación de su cuate? Psí, estuvo poniendo a Begbie a parir, pero eso, por supuesto, no significa nada para venaos como él. Cuando menos llamaría por teléfono a su amiguete Francois, que vendría inmediatamente en el siguiente vuelo. Desde luego, ese cabrón sobrao tiene un aire travieso. Le produciría un deleite absoluto contarle al Pordiosero que conoce la dirección de Rents.

Me tienta, pero no. Quiero ser yo el que dé esa buena noticia en particular. Renton tiene un club, un piso, una novia. No irá a ninguna parte muy deprisa, sobre todo si cree que aquí está seguro. «Puede que así sea», digo con brusquedad; cambiando de

tono, añado: «Pero deberías volver a Edimburgo a ver a los viejos», y eso me recuerda que apenas he visto a los míos desde que volví.

Renton se encoge de hombros. «Lo he hecho unas cuantas veces. De tapadillo y tal».

«Nunca me enteré…», digo, fastidiado de que el cabrón pudiera ir y venir sin que yo supiera nada al respecto.

El capullo pelirrojo se ríe estrepitosamente ante esa. «No pensé que querrías verme».

«Uy, pues claro que habría querido verte», le aseguro al muy hijo de puta.

«Eso quería decir», dice él, añadiendo a continuación y levantando la mirada con gesto esperanzado: «Tengo entendido que Begbie sigue en el talego».

«Sí. Aún le quedan unos cuantos años», falseo de la forma más inexpresiva de la que soy capaz. Y me da la impresión de que lo he hecho bien.

«En ese caso, es posible que me acerque», sonríe Renton.

Muy bien. Deja que el cabrón se la juegue. Ahora empiezo a divertirme.

Más tarde quedo para vernos con Rab y Terry, medio pensando que Renton podría sernos útil, habida cuenta de su música y sus contactos en Amsterdam. Cuando le cuento lo que nos traemos entre manos, parece bastante interesado. De modo que ahí estamos: Rab, Terry, Billy y Rents tomando una cerveza, fumando canutos y largando en el Hill Street Blues Café del Warmoestraat. Terry y Billy recuerdan vagamente a Rents de mucho tiempo atrás: de la discoteca Clouds, del fútbol, de toda la pesca. Sin embargo, Terry sigue mirándole como si no estuviera muy convencido. Y con motivo: nadie se fía de un estafador que se la juega a los suyos y está más claro que el agua que se llevará su merecido.

Rab Birrell, que (sensato él) se desentendió de la excursión a Utrecht, estimando que las bocas reventadas, las narices rotas y los ojos morados no quedan bien en las fotografías de boda, nos está explicando algo en el café. Parece un poco encabronado con Terry y conmigo por algún motivo, probablemente porque le hemos dejado con sus colegas futboleros la mayor parte del tiempo, y creo que ellos querían una reunión de antiguos alumnos mientras que a Rab le apetecía algo más sosegado. De todos modos, el chaval sabe un montón y adelanta una propuesta, que Terry no ve muy clara. «Sigo sin ver por qué tenemos que rodarla aquí», le dice a Rab.

Rab me mira a mí, todo tenso y serio. «Te olvidas de la poli. Esta clase de largometrajes…», dice, vacilando y enrojeciendo levemente cuando Terry frunce los labios y agita las muñecas. «Vale, Terry, el tipo de peli que intentamos hacer es ilegal de acuerdo con la LPA».

«De acuerdo, capullo estudiante de mierda», interrumpe Juice Terry, «cuéntanos qué es la LPA».

Rab carraspea y mira a Billy y después a Rents, como si solicitara apoyo. «La Ley

de Publicaciones Obscenas, la legislación que rige lo que intentamos hacer».

Renton no dice nada; lleva puesta esa expresión inescrutable suya. Renton. ¿Quién es? ¿Qué es? Un traidor, un delator, un cabrón, un esquirol, un egoísta egotista, todo aquello que cualquier oriundo de la clase obrera ha de ser para salir adelante en el nuevo orden mundial capitalista. Y le envidio. De verdad, envidio que te cagas al muy hijo de puta porque lo cierto es que no le importa un carajo nadie más que él mismo. Yo intento ser como él pero el ímpetu, el irreprimible y apasionado ímpetu italo-escocés arde en mi pecho con demasiada fuerza. Le miro ahí sentado, observándolo todo meticulosamente desde la barrera, y siento cómo mis manos aferran el respaldo de la silla de rabia mientras los nudillos palidecen.

«Eso, que tenemos que tener mucho ojo con la policía», concluye Rab con nerviosismo.

Le miro y sacudo la cabeza con virulencia. «Hay modos y maneras de sortear a la policía. Olvidas una cosa: los polis no son más que delincuentes cuyo desarrollo se ha visto retardado».

Rab no parece muy convencido. Renton interrumpe. «Sick Boy…, eh, Simon está en lo cierto. La gente aprende a delinquir porque se cría en el seno de una cultura de la delincuencia. La mayoría de polis empiezan siendo contrarios a la delincuencia, de manera que les cuesta más alcanzar al grueso del pelotón. Pero puesto que se ven inmersos a fondo en esa cultura de la delincuencia a través de su trabajo, no tardan en ponerse al día. En estos tiempos, el mejor sitio para un malhechor es el Cuerpo. Así descubre lo que funciona y lo que no». Se nota que a Birrell esto le pone cachondo; es como si hubiera encontrado un alma gemela. Terry tiene razón: el muy cabrón discutiría si la luna está hecha de queso verde si le das la oportunidad. Así que interrumpo antes de que él y Rents se embarquen en una polémica. «No quiero celebrar un puto debate. Sólo digo que la policía me la dejéis a mí. Me estoy ocupando perfectamente de ello. Estoy a la espera de una noticia alentadora cualquier día de estos. Pensándolo bien, voy a darles un toque ahora mismo».

Así que salgo del bar e intento obtener una señal en el móvil verde. Se supone que tendría que funcionar en Europa, pero qué coño va a funcionar en Europa. Estoy tentado de arrojar este juguete para mentes estrechas al canal. En lugar de eso, me lo meto en el bolsillo y me acerco al tabac, donde compro una tarjeta telefónica y llamo a casa desde una cabina. Noto cómo me invade, sin motivo alguno, un ansia sexual agradable y retorcido, así que llamo a Interflora y le envío una docena de rosas rojas a Nikki y lo mismo para su amiga gafotas, Lauren, aún más excitado al pensar en cómo le sentará. «Sin recado», le digo a la mujer que me atiende.

Después llamo a la fuerza pública de Leith. «Hola. Me llamo Simon Williamson. Soy el propietario del Port Sunshine. Quisiera conocer los resultados de la prueba de las pastillas confiscadas», explico, sacándome del bolsillo un papelito que me dio el

agente Kebab. «Mi número de referencia es el cero siete seis dos…».

Tras una larga espera se oye una voz contrita al otro extremo de la línea. «Lo siento, caballero, el laboratorio tiene un poco de trabajo atrasado…».

«Muy bien», salto con impaciencia, y con aire de contribuyente insatisfecho cuelgo el teléfono. Lo primero que haré cuando vuelva será escribirle al jefe superior y quejarme de esto que te cagas.

29. «… UNA DOCENA DE ROSAS…»

Lauren y yo recibimos un envío impactante; una docena de rosas cada una, de color rojo sangre y tallos verde oscuro, remitidas de forma anónima, con sólo nuestros nombres en la tarjeta. Lauren está totalmente flipada; piensa que ha sido alguien de la universidad. Estamos un poco resacosas; anoche salimos de copas, ya que ella había regresado del seno familiar en Stirling.

Dianne sale al recibidor y queda impresionada por nuestros ramos. «Sois unas chicas con suerte», dice con una expresión llorica de pega y un gimoteo: «¡Dónde está el mío! ¡Dónde está mi puto príncipe!».

Mi codestinataria pone mala cara y enseña los dientes mientras examina las flores como si hubiera un artefacto explosivo oculto entre ellas. «¡Los de la tienda sabrán quién las envió! Voy a llamar y averiguarlo», dice quejumbrosa. «¡Esto es acoso!».

«Venga ya», dice Dianne, «lo del borrachín aquel la semana pasada en el Pear Tree sí que era acoso. ¡Esto es romanticismo! Considérate afortunada, nena».

El suceso dota al resto del día de una intriga que me permite soportar un par de aburridas clases antes de llegar a casa y vestirme para el turno en la sauna. Quiero cambiarle un turno a Jayne y ella está de acuerdo, pero no encuentro a Bobby para confirmarlo. Sin duda estará en una de las salas de vaporización, venga a sudar con sus amigotes. Es jueves noche, que por algún motivo es noche de gangsters. Se desprende la misma cantidad de oro que de sudor de los numerosos cuerpos sólidos y ligeramente obesos. Es curioso, pero las noches de los lunes a los miércoles suele tratarse de empresarios, los viernes sobre todo chavales dándose un capricho y los sábados futbolistas, pero esta noche es la noche del hampa.

Al terminar mi turno, me fijo en que se nos han acabado las toallas y me asomo a la habitación de masajes de al lado. Jayne está aporreando una enorme pila de carne que hay en la mesa; está de color cangrejo a cuenta de los excesos de la sala de vaporización transformado en verde lima por las luces del suelo de pino. El rostro de Jayne está iluminado desde abajo y veo la sonrisa de su boca pero no sus ojos mientras señalo con un gesto de cabeza el montón de toallas blancas, siempre de un blanco virginal, antes de agarrar unas cuantas y retirarme mientras la masa temblorosa gruñe bajo el asalto de los cantos de sus manos. Al salir oigo que suena algo así como «Más fuerte…, no tengas miedo de hacerlo más fuerte…, nunca tengas miedo de hacerlo más fuerte…». Estoy ligeramente molesta al darme cuenta de que es un tío que normalmente pide estar conmigo. No me preocupo. Por fin veo a Bobby y cambio el turno. Bobby está con un tío que se llama Jimmy, un cliente cuyo nombre completo desconozco y que me pregunta si alguna vez me he planteado hacer de acompañante. Mi expresión es un tanto dubitativa, pero dice: «No, es sólo que tú serías excelente para un colega mío. Está bien pagado, y además te dan de beber y de

cenar…», sonríe.

«A mí lo que me preocupa son los postres», digo sonriéndole a mi vez, «la parte donde te dan lo tuyo».

Jimmy sacude la cabeza con brío. «No, no hay nada de eso. A este tío le gusta ir acompañado, eso es todo; simplemente le gusta ir con una chica hermosa del brazo. Ese es el trato. Cualquier cosa que negociéis por separado…, bueno, eso es cosa vuestra. Es un político, del extranjero».

«¿Por qué me lo preguntas a mí?».

Suelta una risotada campechana, enseñando hasta el último empaste. «Pues, primero, porque eres su tipo y, segundo, porque siempre vas bien arreglada, en lo que a ropa se refiere. Apuesto a que eres la clase de chica que tiene unos cuantos vestidos de los que quitan el hipo en el armario», dice, pasando a exhibir una sonrisa de burro. «Piénsalo».

«Vale, lo haré», le digo, y me largo a casa, sin tomarme una copa antes por primera vez en bastante tiempo. Voy a mi habitación y hago unos cuantos ejercicios intensivos de estiramiento y de respiración. Después me voy a la cama y duermo mejor de lo que he dormido en meses.

Me levanto por la mañana con cierto entusiasmo y, cosa poco habitual, me adelanto tanto a Lauren como a Dianne para ducharme, antes de pasar un siglo decidiendo qué ponerme. ¿Por qué tanta emoción? Bueno, voy a Leith y estoy más que contenta de que los chicos hayan vuelto. Resulta extraño, pero es indudable que los últimos días se echaba en falta algo.

Cuando llego al pub, me doy cuenta de qué es lo que era. Sick Boy, o Simon, como debería de llamarle, durante el breve período que siguió a su partida a Amsterdam, ha pasado para mí de ser un pasatiempo a ser el plato principal. Medio pensaba que a quien esperaba ansiosamente era a Rab, pero cuando vi a Simon con zapatos negros brillantes, pantalones negros y una sudadera verde, no pude sino pensar: un momento, aquí se cuece algo. Llevaba barba de varios días y aquel severo cabello peinado hacia atrás al estilo Steven Seagal se había visto sustituido por un corte de pelo con cuerpo, casi suave y sedoso que le ablandaba. Los ojos le chispeaban y saltaban de un miembro de la concurrencia a otro, al parecer deteniéndose en mí.

Estaba tan guapo que tuve dudas instantáneas acerca de mi propio aspecto. Tras un largo debate conmigo misma, me había decidido por unos pantalones de algodón blanco, unas zapatillas blancas y negras y una chaqueta azul corta que, al cerrar la cremallera, acentuaba mi escote en el top de cuello de pico azul claro.

Miro a Rab y ahora lo único que veo es un hombre convencionalmente apuesto, pero desprovisto de cualquier carisma. Esa cualidad, por el contrario, Simon la derrocha a raudales. La forma que tiene de descansar el codo sobre la larga barra

mate y la barbilla sobre la articulación de la mano y la muñeca, dejando que sus dedos acaricien la barba de varios días del cuello, hace que piense: quiero que sean mis dedos los que hagan eso.

Algo ha pasado. Simon trata con prepotencia a todo el mundo; a Terry le hace gracia y Rab está meditabundo. Sólo quedan un par de meses para su boda, pero decidió hacer la despedida pronto por si acaso le drogaban y le subían a un mercancías con destino a Varsovia o algo semejante. Miro a Simon sin parar, pero no me da indicio alguno de que sea él el hombre de las rosas.

Melanie llega un poco tarde y se sienta a mi lado. Pillo a Simon lanzando una mirada irritada a su reloj. Al parecer, Rab y él discuten constantemente acerca de la película. Hay otro nombre que aflora una y otra vez, un misterioso personaje llamado Rents, de Amsterdam.

Simon levanta las manos en el aire ante Rab en un gesto burlón de rendición. «Vale, vale, hay que rodar esta película en Amsterdam, por motivos legales, o más bien lograr que parezca que se ha rodado en Amsterdam. Aunque imagino que podremos rodar los interiores en el pub», argumenta. «Quiero decir, lo único que necesitamos son unos planos de exteriores, de tranvías y canales y hostias de esas. Nadie lo notará».

«Ya, supongo», admite Rab, quien parece estreñido de preocupación.

«Estupendo, démosle carpetazo a este tema», dice pomposamente Simon, y a continuación me mira directamente y sien to cómo mi pecho se abre y se encogen mis entrañas en res puesta a esa sonrisa deslumbrante. Le devuelvo una sonrisa hermética. Simon vuelve a acariciarse distraídamente la barba. Decido que quiero afeitarle a navaja, enjabonarle y observar to das las emociones de sus ojazos negros mientras recorro lentamente su rostro con la hoja…

Mis reflexiones se dispersan, pues es difícil no concentrarme exclusivamente en Simon, pero ahora dice: «Terry, se supone que tú ibas a escribir el guión, ¿cómo va?».

Lo único que pienso yo es: cómo me gustaría follar contigo, señor Simon Sick Boy Williamson, envolverte y sacarte hasta la última gota, agotarte, exprimirte para que nunca más vuelvas a desear a otra mujer…

«Que te cagas, pero no he dejado nada por escrito. Lo llevo todo aquí», dice Terry con una amplia sonrisa, tocándose la cabeza y sonriéndome como si fuera yo quien hubiera hecho la pregunta, como si los demás ni siquiera estuviesen en la habitación. Terry. La clase de tío que en realidad no es muy deseable, pero con el que echarías un polvo, sólo por el entusiasmo que le pone a todo. Quizá haya sido él el florista fantasma. «Terry, llevas el sexo en la cabeza, eso lo sabemos. Lo que necesitamos es que lo pongas en un guión».

«Entiendo lo que quieres decir, preciosa», sonríe, recorriendo con la mano su cabello rizado, «pero la verdad es que dejar las cosas por escrito no es lo mío. Lo que

quizá haga es hablar frente a una grabadora y que luego alguien lo pase a máquina», añade, mirándome con gesto esperanzado.

«De modo que lo que estás diciendo es que no h as hecho una puta mierda», le dice Rab en tono desafiante, mirando a todo el mundo en derredor.

Yo le echo una mirada furtiva a Melanie, quien se encoge de hombros, indiferente. Ronnie sonríe maliciosamente, Úrsula se está comiendo un Pot Noodle y Craig pone una cara como si tuviese una úlcera de estómago. Entonces Terry saca tímidamente un par de folios A4. Su letra la describiría yo como constituida menos por trazos delgados e inseguros que como sin constituir.

«¿Entonces para qué has dicho que no habías hecho nada?», pregunta Rab, cogiendo los papeles y echándoles un vistazo.

«Escribir no es lo mío, Birrell», dice Terry encogiéndose de hombros, pero bastante avergonzado. Rab menea la cabeza mientras me los pasa a mí.

Leo un poco y resulta tan hilarantemente inepto que tengo que compartirlo con los demás. «¡Terry, esto son bobadas! Escuchad: "El tío se la mete por el culo a la tía. La tía le come el chichi a la otra tía". ¡Es espantoso!».

Los hombros de Terry vuelven a alzarse y de nuevo se pasa una mano por esa mata de rizos.

«Pelín minimalista, señor Lawson», bufa Rab, recogiendo de nuevo los papeles y agitándolos delante de su cara. «Esto es una mierda, Terry, no un guión. Aquí no hay una historia, sólo folladas», se ríe, pasándoselos a Simon, que los escruta sin inmutarse.

«Eso es lo que queremos, Birrell; es una película porno», dice Terry a la defensiva.

Rab hace una mueca y se recuesta en la silla. «Claro, eso es lo que quieren todos los borrachines esos a los que les enseñas tus fragmentos de porno casero. Creí que se suponía que íbamos a hacer una película de verdad. A ver, que ni siquiera está redactado como un guión cinematográfico», dice, sacudiendo el aire con un manotazo desdeñoso.

«Puede que ahora no lo parezca, Birrell, pero si consigues que los actores le metan vidilla…, como solía hacer el tío ese de la tele, Jason King», dice Terry, inspirado repentinamente. «Mogollón de insinuaciones y todo eso. El rollo ese de los intercambios de pareja de los sesenta se lleva mucho ahora, hay que darle ese tipo de toque».

Durante este intercambio, los demás, con aspecto aburrido y distraído, no han dicho absolutamente nada. Simon deposita los papeles de Terry delante de él, sobre la mesa, se reclina en la silla y comienza a tamborilear con los dedos sobre el brazo de la misma. «Como alguien con experiencia en este negocio, permitidme que intervenga», dice de esa forma grandilocuente con la que uno no sabe si está siendo

pomposo o irónico. «Rab, ¿por qué no coges el guión de Terry y lo entretejes con un argumento?».

«Le hace una falta que te cagas», dice Rab.

«Bueno, claro, no se suponía que fuera una tesis universitaria, Birrell», declara Terry en voz alta.

«Bien», dice Simon, bostezando y estirándose como un gato, mientras los ojos le brillan en la penumbra. «Creo que necesitas un poco de ayuda, Terry». Se vuelve hacia los demás y nos propone: «Creo que lo mejor sería que Rab y Nikki tomaran las ideas básicas de Terry y les dieran un formato de guión. Muy elemental, limitándose a desglosarlas en escenas, lugares de filmación… El motivo por el que os digo esto es que vosotros sois los estudiantes de cinematografía, habéis visto guiones», nos dice sonriéndonos a ambos tan generosamente que me imagino que incluso Rab se siente halagado.

Pero no es con Rab con quien quiero trabajar, Simon, es contigo.

En este punto interrumpe Terry. «Eh, no queremos que haya demasiados…, eh, estudiantes de por medio, dicho sea sin ánimo de ofender, eh. ¿Qué tal si nos lo curráramos tú y yo, Nikki?», dice con gesto expectante, y añade: «Quiero decir, podríamos probar algunas posturas y eso. Asegurarnos de que todo funciona de verdad».

«Ah, yo creo que todo saldrá bien, Terry», le digo precipitadamente. Miro a Simon, pensando que nosotros sí que podríamos probar algunas posturas, pero le está diciendo algo al oído a Mel y ella sonríe. Ojalá mirara hacia aquí.

«Creo que sería más fácil que lo hiciéramos Nikki y yo, por aquello de que de todas formas nos vemos en la universidad y tal», dice Rab mirándome.

Lo cierto es que preferiría que fuera Simon y estoy tentada de ponerme traviesa, pero asiento, porque pienso: ¿fue Rab el que envió las flores al fin y al cabo? Pero ¿por qué a Lauren? «Vale», digo en voz baja, «eso me cuadra».

Terry se enfurruña un poco por esto y mira a lo lejos, donde la barra.

«Muy bien. Siempre y cuando contenga nuestra secuencia de narrativa pornográfica; mamadas, hetero, chica con chica, anal y corridas», expone Simon, añadiendo, «también abundante rollo sado y todas las situaciones imaginativas prefabricadas que se os ocurran».

Terry se anima un poco, retomando interés a medida que Simon va al grano sexual. «El gran problema que tenemos es el sexo anal». Simon se vuelve hacia mí y Mel. «O, más bien, el gran problema que tenéis las tías».

La frialdad de su mirada, acompañada de la palabra en cuestión, hace que se me hielen las entrañas. «Eso yo no lo hago».

Mel también sacude la cabeza y habla por vez primera hoy. «Yo no lo hago ni de coña». Pilla a Terry mirándola y se pone un poco tímida mientras le da una patadita

en el pie. «¡Pero en pantalla no, Terry!».

Simon hace una mueca. «Mmmm…, tendremos que hablarlo. Veréis, creo que en estos tiempos es fundamental. A ver, personalmente, no me pone demasiado, pero vivimos en una sociedad anal».

Rab pone los ojos en blanco y Terry asiente en un gesto de apoyo categórico.

«A ver, pensadlo», continúa Simon, «por una parte están los paletos reaccionarios de los pueblos perdidos de Estados Unidos contándonos que unos alienígenas han venido desde otra galaxia sólo para meterles una sonda en sus sudorosos ojetes…, el porno moderno, los Zanes, los Black, ahora incluye todo el circo ese de la penetración triple. Mirad los vídeos de Ben Dover. A las tías jóvenes y macizas siempre se la meten por el culo ahora».

«Esos vídeos son cojonudos», añade Terry doctamente. Simon asiente en un gesto de impaciente conformidad. «La cuestión es que en los viejos tiempos si en un vídeo se follaban a una tía por el culo, tenía todas las de ser una vieja llena de estrías, rebosante de celulitis y lista para el desguace. Ahora todo eso ha cambiado. Para cualquier tía joven que se tome en serio lo de ser una estrella del porno es casi obligatorio dejársela meter por la bombonera».

«Para mí no», digo en voz baja, y sólo Simon lo ha oído pero opta por hacer como que no. Así que amplío el volumen de mi voz y de mis inquietudes. «Muchas mujeres no hacen sexo anal. Algunas sólo hacen escenas de chica con chica. No estamos haciendo una asquerosa peli porno para hombres. Pensaba que íbamos a intentar ser innovadores, con temas y diálogos no sexistas. ¿Qué pasó con todo eso? ¿Ha quedado destruido por un obsceno fin de semana de cachondeo adolescente en Amsterdam?».

«No. Estamos siendo innovadores», insiste Simon, «pero tenemos que cubrir todas las bases y eso incluye el sexo anal. No es real, Nikki, sólo es una interpretación».

No, sí es real. Tiene que serlo. Cuando te follan te follan, y es una de las pocas cosas que quedan en nuestras vidas que es real, que no es un montaje.

«Cierto», dice Rab, convertido inadvertidamente en el títere de Simon, «tenemos que recordar que se trata de una puesta en escena del sexo, no de sexo real, y que sólo es un número de feria. A ver, ¿en la vida real quién tiene penetraciones triples en su vida sexual?».

«Sólo tú y las mariconas universitarias de tus colegas», dice Terry.

Rab le hace caso omiso y continúa, ansioso porque no se le malinterprete. «Creemos una historia de verdad con gente de verdad, comportándose como si mantuviesen relaciones verdaderas. El rollo anal no sirve más que para desviar la atención, si las chicas no quieren hacerlo, entonces no hay problema».

«No», dice Simon sacudiendo la cabeza. «Verás, Rab, se debe a lo que sentimos

respecto a nuestros ojetes. Como especie ahora creemos que si el alma está localizada en alguna parte de nuestro cuerpo, es en el culo. Ahí es donde todo va a parar. Encaja. Por eso estamos obesionados con chistes anales, sexo anal, pasatiempos anales…, el ojete, no el cerebro ni el espacio, es la última frontera. Eso es lo que nos convierte en revolucionarios».

Pero yo no quiero hacerlo, así que levanto las cejas y miro a Mel y Ursula en busca de apoyo. «Te lo vuelvo a decir, no me gusta. Lo he probado una vez. Me resulta doloroso, remoto, frío e incómodo. Me gusta follar, no recostarme como un monstruo de circo jadeante esperando a ver cuánta polla me cabe en el ojete».

«A lo mejor sólo necesitas acostumbrarte. A algunas tías con experiencia les va mogollón», dice Terry.

«No quiero que me pongan el puto ojete como el Eurotúnel. No quiero ser una aguafiestas». Terry me guiña el ojo expresivamente. «Es que no es lo mío. No tengo nada en contra, sólo que yo no quiero hacerlo».

«A mí no es que me moleste hacerlo, pero es que no quiero que la gente lo sepa», dice Melanie. «A ver, que algunas cosas no se las quiere una enseñar a todo el mundo. Hace falta tener un poco de intimidad».

«Un rollo del tipo no-soy-esa-clase-de-chica», se ríe Terry.

«A ti puede que no te importe, Terry, pero para las tías es distinto».

«No debería serlo, no en esta era del feminismo y tal». Acto seguido, se vuelve hacia Rab. «O de posfeminismo, debería decir. Ves, Birrell, a veces sí que escucho tus chorradas».

«Cuánto me alegro».

Simon junta las manos con una palmada. «Pensad en las Baccara. En este negocio a nadie le gusta una tía que canta “Sorry, I’m a Lady”. Lo que queremos escuchar es “Yes, Sir I Can Boogie”.»

«De acuerdo, Simon», sonrío, «pero necesitamos una canción convincente».

Abre la cartera. «La canción es esta», me dice, mostrando un fajo de billetes. Después coge un póster de cine. «Y esta. Aquí estamos en primera línea de todo. Pensémoslo. A ver, ¿de dónde procede toda esta obsesión anal?».

«Ah, sí, es perfecta para el tipo de sociedad en que vivimos, absorta en sí misma, con la cabeza metida en el culo», comento.

«No, cariño, procede toda ella del porno. Estos cabrones son los auténticos pioneros. La pornografía estornuda y al día siguiente la cultura popular anda resfriada. La gente quiere sexo, violencia, comida, animales domésticos, bricolaje y humillación. Démoselo todo. Fijaos en la telehumillación, mirad los periódicos y revistas, fijaos en el sistema de clases, en los celos, en la amargura que rezuma nuestra cultura: en Gran Bretaña queremos ver cómo le dan por culo a la gente», dice, y por un instante, al cruzarse en el camino de un rayo de sol que sale de un hueco que

hay entre las casas de enfrente, tiene el aspecto de uno de los alienígenas de Encuentros en la tercera fase. «De todos modos, seguiremos con esta discusión más tarde».

Terry echa una mirada picara y dice: «Pues te diré una cosa, más vale que cuentes con Gina para el casting. No pondrá ninguna pega a que le taladren el recto».

«Ni hablar, Terry, ella vale para el porno casero, pero no tiene madera de estrella cinematográfica. Déjame a mí el tema del casting. El otro día me encontré con un tío al que conozco desde hace mogollón, Mikey Forrester. Dirige una sauna. Algunas de las tías que trabajan para él están potentes. El casting no presentará ningún problema. No necesitamos a Gina», dice Simon, diríase que temblando al mentarla.

Terry se encoge de hombros. «Bueno, eso es cosa tuya, colega, pero me ha dicho que te diga que como no salga en la película te infla a hostias», informa a Simon con una sonrisilla alegre. Melanie asiente y lo confirma. «Cierto, yo que tú no le vacilaría, porque es dura que te cagas. Lo hará, además».

Simon, Sick Boy, se golpea la frente, exasperado. «Magnífico. Me acosa una vieja pelleja y mis protagonistas femeninas no quieren hacer sexo anal. Pues puedes decirle a la Novia de Begbie que se vaya a tomar por culo».

«Se lo dices tú», sonríe Terry.

Al disolverse la reunión, remoloneo un poco y le digo a Simon: «En lo del reclutamiento… quizá yo pueda ayudar. Preguntarle a algunas amigas si les interesa. Chicas enteradas por decirlo de algún modo».

Simon asiente lentamente.

«Tengo que irme, pero te llamaré luego», digo al ver a Rab mirando mientras me espera; estoy segura de ver una pizca de celos en su mirada.

30. PAQUETES

Volví a pasarme un pelín con el caballo, con un poco que le pillé a Seeker. Ali me dijo: si alguna vez estás hecho polvo no vengas a casa; no pienso aguantar eso con Andy de por medio. Lo cual me parece válido, así que no lo hice. La mayor parte de la semana la pasé en una serie de sofás; el de Monny, el de mi madre, el de Parkie, lo que no es muy legal por eso de que él también se está esforzando por darle la vuelta a la situación. El pobre tío no necesita tenerme a mí tiritando y temblando en su careto. Ahora eso es lo peor, una pequeña recaída y lo pagas carísimo. Ahora es cuando la abstinencia se nota de verdad, incluso después del chutecillo ocasional. Es como si el cuerpo se acordara de todo lo que has hecho en el pasado y te soltara: «Perdona, chavalote, pero toma castaña».

Así que llego a casa arrastrándome por primera vez en varios días. Andy estará en el colegio y espero que Ali esté fuera. Sí, el queo está vacío, así que me siento en ese gran sillón desvencijado y pongo mi cinta de Alabama 3 y la acompaño con la voz. Veo a mi amigo Zappa, el gato, el único tío que nunca me juzga. Miro unas cosas que fui y pillé el otro día en la biblioteca de Leith, y tomo algunas notas. Entré sólo para librarme de la lluvia, pero acabé tomando notas acerca de la historia. Recordé que el lema de Leith es «persevera», y eso es exactamente lo que tengo que hacer. Enciendo la tele, con el sonido quitado, y les echo un poco de agua a las plantas, esperando que Zappa no haya vuelto a desenterrar la yuca grandullona.

Pero hoy está escrito que va a ser un día de locos, un día chungo. Porque suena el timbre y cuando salgo a abrir me quedo totalmente patitieso, tío. Es el felino asilvestrado en persona, ahí de pie, delante de mí. Pienso en cuándo habrá salido de la trena, y después el corazón se me hunde en el pecho y pienso uy-uy-uy, ¿qué habrá estado diciendo Sick Boy? Apenas puedo hablar durante un instante; después él sonríe y recupero el habla. «Franco, eh, qué bueno verte, tío. ¿Cuándo saliste?».

«Llevo fuera dos putas semanas», suelta él, pasando por delante de mí y entrando en el piso, mientras yo compruebo que esos tacones con refuerzo metálico no rayan el barniz del suelo de madera. Ali se subiría por las paredes, porque el casero es un gachó de lo más borde. «No perdí un puto minuto, me ligué a una tía en cosa de horas. Follando por Escocia, cacho cabrón», me cuenta. «¿Y tú en qué cojones andas?», suelta, amargándosele de pronto la expresión. «¿No te estarás metiendo jaco, verdad?».

Vaya, cuando ves el ojo de este tigre mirándote, tío, más vale no vacilar demasiado.

«Eh, en realidad no, tío, pero como que un día es un día, alabado sea el Señor, ¿sabes? No me he metido en siglos».

«Más vale que no, joder, porque yo ya estoy hasta los huevos de yonquis. ¿Te

apetece una raya de coca?».

«Eh… Eh…». No sabía qué decir, tío. Aunque lo cierto es que nunca lo sé.

Begbie lo toma por un sí y saca una papelina. Vierte una cantidad generosa, y aunque yo no sea farlopero, creo que tengo que hacerlo por puro protocolo, tío. Hay que respetarlo, ¿no? Y una rayita no hace daño.

Franco empieza a hacer rayas. «Me dijeron que pasaste un tiempo en Perth», dice. «Vaya mierda de trullo. Te eché de menos, tonto del culo», me suelta, con una sonrisita, lo que yo interpreto en términos de que el tío me echó de menos a mí y no a mí en el trullo.

De modo que ¿qué puede uno decir? «Eh, yo también te eché de menos, Franco, tío, pero tienes buen aspecto, se te ve cachas y tal, todo hay que decirlo, tío».

Se palpa una rocosa pared abdominal. «Ya, me lo curré en el trullo, no como algunos. Ahora está reportándome beneficios, joder que sí», dice, agachándose para meterse una raya enorme. «Me he liado con una tía joven, estamos en Wester Hailes, pero nos vamos a pillar un piso en Lorne Street. Que le den a quedarnos por ahí. Pero encima está buena», dice, trazando una silueta con forma de reloj de arena con las manos. «Aunque tiene un crío y tal. Estuvo con algún capullo que se pasó de listo, así que le partí la puta boca. Suerte tuvo el cabrón de que eso fuera lo único que le hice. Estaba en casa de mi madre, pero paso que te cagas, lo único que hace es estar dale que te pego con que si nuestra Elspeth y el capullo con el que sale, joder», suelta Franco, bien puesto de nieve y escupiendo sílabas como un fusil de asalto AK-47, tío.

Le pego al bacalao y esnifo y echo la cabeza hacia atrás. Me pongo en pie, frotándome la nariz. «Ya… ¿Cómo están los críos?».

«Fui a verlos el otro día, eh. Están bien, pero esa cabrona de June me pone de los nervios, eh. ¿Para qué cojones me liaría yo nunca con eso? Ni siquiera tenía un polvo decente, debía estar de psiquiatra, eh».

«¿Te has sacado, eh, la cárcel del cuerpo ya?».

Begbie está espitoso de nieve y me mira como si fuera a arrancarme la cabeza. «¿Qué cojones quieres decir con eso? ¿Eh?».

«Eh, sólo que a mí me costó mucho tiempo volver a pillarle el tranquillo a las cosas y sólo estuve encerrado cinco minutos en comparación contigo, tío», le digo. Pero el Pordiosero está lanzado y ahora habla de la cárcel y resulta muy, muy inquietante, porque yo como que pienso en Rent Boy, y en la pasta que me devolvió y en cómo se lo largué a Sick Boy, ¿y qué pasará si se lo piensa decir al Pordiosero?

Franco está preparando más cocaína y a mí aún me da vueltas la cabeza por la de antes. Larga durante un rato acerca de los cabrones retorcidos que había en la cárcel, y luego se queda mirándome con esos ojos de malo, malísimo, y me suelta: «Oye, Spud, cuando estaba en la cárcel, ¿sabes?…, recibí un paquete».

¡Será que Renton también le surtió a él! «Ya, tío. ¡Yo también recibí uno! Era de

Mark…».

Begbie se para en seco y me mira directamente al alma, tío. «¿Recibiste un puto paquete de Renton, a tu nombre?».

Los oídos me zumban y no sé qué decir, así que se lo espeto sin más. «Bueno, Franco, el caso es que no sé seguro si era de Rent Boy y tal. Quiero decir, apareció en el buzón de forma anónima y tal. Pero pensé que habría sido él y tal».

Totalmente fuera de sí, Franco estrella un puño contra la palma de la otra mano y empieza a caminar de arriba abajo. Las campanas de alarma están ahora en plena actividad, tío. ¿Cómo puede ponerse así si le han surtido con pasta? «¡Eso es, Spud! ¡Si es lo que yo pensaba, joder! ¡Sólo ese chorizo de mierda, ese puto yonqui asqueroso, enviaría a nuestro nombre paquetes de puta pornografía bujarra, con putos maricones follando unos con otros! ¡Nos lo está refrotando por la cara, Spud! ¡CABRÓN!», ruge Franco, y sacude la mesa, derribando un cenicero de vidrio, que afortunadamente no se rompe.

Pornografía gay…, qué cojones… «Ya, eso estaría muy en la línea de Rent Boy y tal», digo yo, tratando de descifrar lo que pasa, contento de no haber largado acerca de la guita.

«Solía imaginar que todos y cada uno de los cabrones asquerosos a los que curré en la cárcel eran el puto Renton», escupe este felino asilvestrado. A continuación prepara otras dos rayas. Tras esnifarse una de ellas, suelta: «Vi a Sick Boy en su puto pub nuevo, ¡el puto Port Sunshine! Vaya, ese cabrón sí que se lo ha montado a lo grande, ¿eh? Claro que ahora ya no le puedes decir nada; tiene la cabeza ocupada con el próximo chanchullo».

«Si lo sabré yo», asiento, agachándome sobre esa raya, aunque el corazón aún me lata a toda prisa y aún esté sudando a cuenta de la primera.

«Ya, y vi a Segundo Premio en Scrubbers Close, con todos los sin techo esos».

«Oí que el tío había dejado el Christopher Reeve»,[27] jadeo, mientras el bacalao me mete una hostia digna de un tren.

Begbie se recuesta en mi sillón. «Ya, hasta que le dije cuatro frescas. Me lo llevé a rastras al EH1, en la Milla Real. No quería tomar una puta copa, así que le deslicé un par de chupitos de vodka en la puta gaseosa», dice con una especie de risotada pausada y sin alegría. «Ahora ya ha vuelto a beber», suelta. «Tiene que divertirse, joder. ¿Cantarle himnos a unos putos borrachines y leer la puta Biblia todo el día? ¡Pero de qué van! Así que me porté como un buen samaritano y le salvé de una vida de puto aburrimiento. Te lavan el cerebro que te cagas, los putos cabrones de la misión esa. Ya les daré yo cristianismo a esos cabrones…».

Pienso en ello, y en lo bien que se lo había montado Segundo Premio para volver a encarrilar las cosas. «Pero los médicos le dijeron que no podía beber, Franco», digo mientras me paso el dedo por la garganta y simulo un estertor de asfixia, «o

sanseacabó».

«A mí también me salió con toda esa puta mierda, que si el médico esto y el médico lo otro, pero se lo dije claro al muy capullo: lo que cuenta es la puta calidad de vida. Más vale un año en condiciones de ir a por todas que cincuenta yendo por la vida de triste. Que le den por culo a acabar como todos esos viejos cabrones del Port Sunshine. Le dije que se hiciera un puto transplante de hígado; borrón y cuenta nueva, joder».

Así que tengo que aguantar todo esto durante siglos, tío, y me siento aliviado cuando el Pordiosero se marcha, porque puede llegar a ser un poco peñazo escuchar todo ese rollo suyo de la violencia. Siempre te preocupa asentir con la cabeza cuando deberías sacudirla, y todo eso. A pesar de que vaya como una moto con el perico este, me aguanto y le doy al menda tiempo para alejarse, y después salgo a la calle bajo la llovizna, programando los controles de los pinreles para la Biblioteca Central, en el puente George IV. Persevera.

La cabeza aún me va a cien cuando llego a los Edinburgh Rooms, y observo a una chica mientras enciende el microfichas ese. «Eh…, disculpa, ¿podrías echarme una mano con esto? Nunca lo he hecho antes y tal», le suelto, señalando una máquina que está libre.

Sólo se me queda mirando un segundo antes de soltar: «Claro», y enseñarme cómo cargarla. El caso es que era sencillísimo, tío; me sentí un tontaina total. ¡Pero ya he arrancado! Pronto me encuentro leyendo acerca de la gran traición de 1920, cuando Leith fue absorbido por Edimburgo en contra de la voluntad del pueblo. ¡Fue entonces cuando empezaron todos los problemas, tío! Cuatro votos a favor por uno en contra, tío, cuatro a favor por uno en contra.

Cuando vuelvo a bajar por el centro en dirección al soleado puerto, el tiempo ha cambiado y empieza a llover con mucha fuerza. No llevo pasta pal billete de autobús así que toca subirse el cuello y apretar el paso. En el centro St. James hay unos jovencillos merodeando; veo que mi amiguete Curtis es uno de ellos. «¿Todo bien, colega?», le suelto; el subidón de la coca ya ha amainado bastante.

«Muy bien, Sp-Sp-Spud», suelta él. El gachó está un poco nervioso a cuenta del tartamudeo, pero si te lo haces de tranqui y no le agobias, enseguida pilla el ritmo adecuado y la comunicación mana como un arroyo, tío. Charlamos un rato antes de que me largue y atraviese los grandes almacenes John Lewis para salir a Picardy Place, enganchando con el Walk y pegándome al lateral para tratar de mantenerme a resguardo de la lluvia.

Al cruzar la frontera de Pilrig para entrar en el ya-no-tan-soleado barrio de Leith, veo a Sick Boy por la calle, y parece de mejor humor. Pensé que haría como que no me había visto pero nah, tío, el menda como que se disculpa, o se aproxima todo lo que es capaz a una disculpa. «Spud. Eh…, olvidemos lo del otro día, tío», dice.

Es evidente que no le ha dado el chivatazo a Franco, pese a que el Generalísimo ha estado en su pub, así que me inspira mejores sentimientos. «Ya, lo siento, Simon. Gracias por, eh, no comentárselo a Franco y tal».

«Que le den por culo a ese cabrón», dice, sacudiendo la cabeza. «Me temo que tengo demasiadas cosas en las que pensar como para preocuparme de los de su ralea». A continuación me hace una señal de que entremos en el pub, el Shrub Bar. «Vamos a tomarnos una cerveza hasta que deje de caer la puta lluvia», dice.

«Guay, pero…, eh, tendrás que invitarme, colega, estoy pelao», le confieso.

Sick Boy exhala con fuerza, pero entra de todos modos, así que le sigo. El primer gachó al que veo allí dentro es al menda del primo Dode, de pie en la barra y como enjaretado con unos memos. Dode está montando el numerito del weedgie en Edimburgo: mejores equipos de fútbol, mejor sistema de transportes, mejores pubs, clubs, taxis más baratos, gente más cariñosa, todo el rollo weedgie de siempre, tío. Y probablemente tenga razón además, pero el menda no deja de estar en Edimburgo.

Cuando se va al tigre, Sick Boy le mira por la espalda con severidad y dice: «¿Quién cojones es ese gilipollas?» mi Así que se lo cuento todo acerca del primo, y le digo que ojalá me supiera el PIN de Dode, porque si lo supiera, le habría levantado la tarjeta del bolsillo, porque en esa cuenta tiene un pastón. «Ya, no para de soltar aquello de que en el Clydesdale Bank puedes elegir el que tú quieras».

Cuando Dode vuelve sacamos otra ronda y nos sentamos. ¡Pero entonces pasa algo tope desquiciao! El gachó se quita la chaqueta, y Sick Boy y yo nos quedamos mirándonos el uno al otro. ¡Allí está, tío, justo delante de nuestras narices! Se veía el tatuaje del león con la leyenda «Siempre dispuestos» en un brazo, y el rey Guillermo a caballo en el otro. En efecto, y justo debajo del caballo, en un pergamino tatuado, lleva el número de PIN, de forma que nunca se le olvide: 1690.[28]

31. «… TENER CERCENADA UNA NALGA…»

Menuda factoría, nuestro piso en Tollcross. Hay porros de hachís y tazas de café circulando constantemente. Rab y yo estamos trabajando en el guión. Dianne está al lado, metida en las notas para su tesis, disfrutando de nuestras risitas a medida que vamos picando el uno junto al otro en el ordenador. De vez en cuando echa un vistazo a la pantalla y nos brinda ronroneos de aprobación y alguna que otra sugerencia valiosa. En un rincón, Lauren, que también está haciendo un trabajo, intenta avergonzarnos para que nos unamos a ella y hagamos el trabajo del curso. Evidentemente intrigada, se niega sin embargo a echarle un vistazo a nuestro guión. Rab y yo no paramos de vacilarle cuchicheando cosas como «mamada» y «por el culo» entre risitas, mientras Lauren se pone colorada, murmurando «Fellini» o «Powell y Pressburger». Dianne acaba por abandonar y recoge sus cosas. «Me voy, ya no aguanto más», dice.

Lauren nos mira con irritación. «¿A ti también te están molestando?».

«No», dice Dianne con expresión arrepentida, «es que cada vez que echo una miradita me pongo cachonda. Si oís unos ruidos de motor y unos jadeos saliendo de mi habitación sabréis lo que estoy haciendo».

Lauren hace un mohín de abatimiento, mordiéndose el labio inferior. Si tanto le molesta, ¿por qué no se va también a su habitación? Para cuando hemos terminado e impreso el borrador, de unas sesenta páginas, su curiosidad puede más que ella y se acerca. Mira el título y aprieta el mando página abajo, leyendo con creciente incredulidad y aversión. «Esto es horrible…, es asqueroso…, es obsceno… y ni siquiera de una forma chula. No tiene el más mínimo mérito. ¡Es una mierda! No puedo creer que hayáis sido capaces de escribir una porquería tan degradante y oportunista…», profiere. «¡Y tienes previsto hacer estas cosas con gente, con desconocidos, vas a dejar que te las hagan!».

Casi me siento en la obligación de decirle que todo menos el sexo anal, pero en lugar de eso me pongo de lo más altiva, y replico con una cita que me aprendí de memoria por si se presentaba una ocasión semejante. «Querría saber qué es peor, si ser cien veces violada por piratas negros, tener cercenada una nalga, padecer una carrera de baquetas en Bulgaria, ser azotado y ahorcado en un auto de fe, ser disecado, remar en una galera, pasar, en fin, todas las miserias que hemos pasado», digo mirando a Rab, quien se suma al unísono, «¿o vivir aquí sin hacer nada?».

Lauren menea la cabeza. «¿Qué bazofia me estás contando ahora?».

Rab interviene. «Es Voltaire, en Cándido», explica. «Me sorprende que no lo sepas, Lauren», le dice a nuestra chica, que se estremece de nerviosismo y enciende un cigarrillo. «¿Qué fue lo que contestó Cándido?», dice Rab alzando un dedo y nuevamente declaramos a la vez: «¡He ahí una gran pregunta!».

Lauren sigue retorciéndose en la silla, sin saber dónde meterse, con expresión iracunda, como si le estuviéramos tomando deliberadamente el pelo, cuando no se trata más que de las vibraciones del guión.

«Bonitas flores», dice Rab, como tratando de apaciguar el ambiente, mirando mis rosas. «Vi otro ramo de flores frescas en la basura». Sonríe con descaro. «¿De qué va el rollo?».

Lauren le lanza una mirada, pero yo capto lo inocuo del comentario, lo que me hace pensar de inmediato que fue Sick… Simon. Desde luego, podemos descartar a Rab de nuestra línea de investigación.

Nos quedamos levantados hasta que abren los comercios, repasando el borrador y haciendo enmiendas. Si Rab y yo estábamos cansados y nerviosos respecto a bajarlo a Leith y enseñárselo a los demás, salimos del piso muy animados por los comentarios de Lauren. Fuimos a una copistería e hicimos que imprimieran y encuadernaran varias copias. Sólo al sentarnos en un café para desayunar me di verdadera cuenta, entre la euforia por haber terminado y la fatiga, de lo disgustada que se había quedado Lauren. En un repentino acceso de culpa, pregunto: «¿Crees que deberíamos subir a ver cómo está?». «Nah, eso sólo empeoraría las cosas. Dale un poco de tiempo», opina Rab.

Y eso me viene bien; desde luego no quiero volver. Porque me lo estoy pasando bien aquí con Rab. Disfrutando de los fuertes cafés solos, del zumo de tomate, los bagels, del hecho de que estamos aquí sentados con un guión sobre la mesa. Un guión que hemos realizado nosotros, celebrando que hemos logrado algo, Rab y yo; nos sentamos y lo hicimos. Y siento una gran intimidad con él, y pienso que quizá quiero que tengamos más momentos como este. Pero no se trata de algo sexual, como mi creciente obsesión por Simon; a decir verdad, en cierto modo resulta extrañamente asexual. «¿Qué crees que diría tu novia si supiera que te has pasado toda la noche en vela escribiendo pornografía con otra mujer?».

Rab se lo toma como lo que es. Toma distancia emocional respecto a mí, obviando la pregunta y sirviendo más café. Durante un rato se produce un silencio, y entonces él está a punto de decir algo, se lo piensa mejor, pagamos a medias, salimos del café y subimos a un autobús con destino a Leith.

Le imagino durante el camino hasta Leith; entonces llegamos al pub y ahí está. Simon Williamson. Los demás van llegando y van pasando. Úrsula, vestida con un chándal que a una chica británica le quedaría horrible pero que de algún modo a ella le queda molón. Craig y Ronnie, los gemelos siameses; se me ilumina la cara al ver a Gina por primera vez desde que me ayudó. Me acerco y le pongo la mano en el hombro. «Muchísimas gracias por ayudarme aquella vez», le canturreo suavemente.

«Me vomitaste encima de la camiseta», dice ásperamente, y por un instante me asusto, pero su agresividad es superficial y sonríe. «No fue más que una palidilla. A

todos nos pasa».

Entonces entra Melanie, abierta y amistosa, abrazándome como si fuéramos amigas que no nos hubiésemos visto en muchísimo tiempo. Me voy animando cuando les entregamos a todos una copia. «Recordad», les explico, «esto sólo es un borrador muy elemental. Se agradecerá todo tipo de comentarios».

Por lo menos el título capta su interés. Todos se ríen por lo bajo al leer en la página del título:

SIETE POLVOS PARA SIETE HERMANOS

Explico rápidamente el argumento. «La historia, más o menos, es esta: hay siete mozos en una plataforma petrolífera. Uno de ellos, Joe, cruza una apuesta con otro, Tommy, por la que se establece que cada uno de los siete “hermanos” tiene que acostarse con una chica mientras estén de permiso de fin de semana en tierra firme. Pero no sólo tienen que follar, sino que es preciso que sean satisfechas las conocidas predilecciones sexuales de cada uno. Por desgracia, dos de ellos quieren realizar otras actividades, de índole cultural y deportiva, y un tercero es virgen sin remedio. De manera que la apuesta está a favor de Tommy. Pero Joe tiene unas aliadas, Melinda y Suzy, que dirigen un burdel de alto standing, y que se las ingenian para dar con los siete polvos que metan a esos latosos hermanos en cintura de una vez por todas».

Simon asiente con entusiasmo, y se da una palmada en el muslo. «Suena bien. Suena pero que muy bien, joder».

Mientras los demás leen, Rab y yo optamos por bajar las escaleras y tomar una copa en el pub desierto y cerrado al público. Pasamos media hora charlando acerca del guión y de la universidad antes de volver a subir. Cuando abrimos la puerta, están todos sentados en silencio, anonadados. Por un momento pienso «no, por favor», pero después me doy cuenta de que nos miran con asombro.

De pronto, la risotada de Melanie extrae todo el aire de la habitación. Arroja el manuscrito sobre la mesa, incapaz de contenerse. «Es una pasada que te cagas», me dice con una sonrisa, llevándose la mano a la boca. «Estáis como un par de cabras».

Entonces interrumpe Terry, mirando a Rab. «Ya, no está mal, pero escucha, Birrell, esto no es un puto proyecto universitario. Tienes que correrte a base de acariciarte el rabo, no la barbilla. La vida real es así, colega».

Rab le lanza una mirada cargada de impaciencia. «Léelo, joder, Lawson. Son siete hermanos en una plataforma, hostias, terminan el turno y necesitan conocer a siete tías».

Simon mira de forma hostil a Terry, y a continuación se vuelve hacia nosotros con la mirada vidriosa y con aspecto de estar verdaderamente emocionado. «Esto es una puta genialidad, señores y señoras», dice, levantándose y tomando a Rab por el hombro y besándome en la mejilla antes de apoyarse en la barra y estirarse para servir

unos JD enormes. «Aquí habéis metido toda la pesca. Me han encantado las escenas de sado y azotes. ¡Pero qué picantes!».

«Ya», le explico, totalmente eufórica, pero intentando mantener cierta serenidad ante sus comentarios, mientras que el cansancio guarro de la noche en vela empieza a dejarse sentir, «ya sabes, el mercado británico. ¿Es un fetiche muy británico? ¿Sus raíces culturales se encuentran en los colegios de pago y la cultura del Estado-nodriza?».

Rab asiente con entusiasmo. «También pone de manifiesto nuestra herencia de porno blando y la naturaleza represiva de nuestra cultura censora», dice, y de repente aumentan nuestras pretensiones. «No entiendo cómo Lauren pudo decir que no tenía ningún valor artístico».

«Déjate de arte, Birrell, a mí lo que me gustó es el trozo acerca del tío que está obsesionado con las mamadas», dice Terry guiñando un ojo y dejando que su labio inferior acaricie el superior.

Simon asiente con lentitud, y con un gesto adusto de satisfacción, con el entusiasmo de un verdugo, dice: «Ahora tenemos que hacer el casting».

«Yo quiero interpretar a todos los hermanos», dice Terry. «Ahora eso se puede hacer con efectos y cortes. Sólo hacen falta un par de pelucas distintas, unos disfraces, como gafas y tal…».

Todos nos reímos, pero con los nervios a flor de piel, pues sabemos que Terry habla absolutamente en serio. Simon menea la cabeza. «Nah, todos tenemos que interpretar algún papel, o cuando menos todos los tíos capaces de empalmarse delante de una cámara, claro está».

«Conmigo no habrá ningún problema», dice Terry, y se da una palmadita en el paquete con expresión satisfecha. A continuación se vuelve hacia Rab. «¡Te veo muy callado, Birrell! ¿No te apetece un papel pequeñín, ya que para uno grande no darías la talla?».

«Vete a tomar por culo, Terry», dice Rab con una sonrisa afectada, «es lo bastante grande, aunque media docena de nabos de medio metro aún andarían sobrados de espacio en tu puta boca».

«Sigue soñando, Birrell», se burla Terry.

«Niños, por favor», dice Simon con grandilocuencia, «quizá haya escapado a vuestra atención, pero hay damas presentes. Sólo porque vayamos a realizar una película pornográ…, eh, una película para adultos, eso no quiere decir que personalmente tengamos que ser unos ordinarios. Guardaos las guarrerías en la cabeza, y no las pongáis sobre la mesa».

Rab y yo estamos entusiasmados por nuestro logro. Mientras nos disponemos a marcharnos para subir a la uni y comprobar los resultados de nuestros trabajos, Simon se me acerca y me cuchichea al oído: «Toda mi vida has sido un espejismo, y

ahora eres de verdad».

Sí, fue quien envió las flores.

Vamos en el autobús de camino al centro y Rab no para de largar acerca de la película y del cine en general, pero tengo la cabeza en otra parte. Ya no puedo verle ni oírle; no puedo pensar más que en Simon. Toda mi vida has sido un espejismo, y ahora eres de verdad.

Soy de verdad para él, pero nuestra vida no lo es. Esto no es la vida real. Esto es el mundo del espectáculo. Cuando llego a la universidad, veo que McClymont me ha puesto un cincuenta y cinco. No es gran cosa, pero es un aprobado. Hay algunas notas semiilegibles.

> *Un buen trabajo, que queda deslucido por la irritante costumbre de adoptar la bastarda ortografía americana de nuestra lengua. Colour no se escribe color. No obstante, hace usted algunas observaciones pertinentes, pero no descuide la influencia de los emigrantes escoceses en la ciencia y la medicina no todo se limitó a la política, la filosofía, la enseñanza, la ingeniería y la arquitectura.*

Un aprobado. Ahora puedo olvidarme de esa parte del curso y de ese viejo y repulsivo hijo de puta para siempre.

32. CHANCHULLO N.° 18741

Me asomo a la zona verde de detrás, donde hay una maruja tendiendo la colada. Unas nubes espesas y turbias pasan rápidamente sobre las cimas de las casas de vecinos que afean el hermoso cielo de color azul pálido. La maruja levanta la vista y con un gesto de abatimiento y desaprobación se da cuenta de que van a caer chuzos de punta y le pega una patada al cesto para descargar su frustración.

Fue fácil hacer el casting de la película: Craig y Úrsula harán las escenas de sado; Terry, como follador clave, se la meterá por el culo a Mel. Ronnie será el boxeador al que lo que le pone es observar a Nikki y a Melanie montárselo (y no será el único) y yo seré el que quiere una orgía. Convenceré a Mikey Forrester para que haga la escena de la mamada con una de sus putillas. Lo único que nos falta es otro hermano para la escena de sexo hetero, y puede que mire a ver si Rab está por la labor, o incluso Renton, aunque me haga falta un semental más joven para el papel del joven a desvirgar.

El problema de esta película, para hacerla como queremos, es el dinero. Estoy decidido a que no sea una chapuza. Les mostraré a todos que se equivocaban al descartar a SDW como elemento a tener en cuenta, como rival serio en este negocio. Pero a lo barato no puede hacerse, porque eso es lo que esperan. No tengo acceso a la clase de dinero que esos niñatos se pulen en cualquier chorrada. Pero Spud y su bobo amiguito de culebrón me han dado una idea, y he estado haciendo unos sondeos. Podría llegar a dar frutos. Por supuesto, además de su mísero plan tengo en mente otro mucho más elaborado que conlleva, por necesidad, la exclusión de Daniel Murphy.

¿Alex McLeish?

Es todo cuestión de cantera, Simon, y admiro al equipo que has reunido, en especial a la Nikki esa. Menudo talento. Murphy, por otra parte, bueno, el muchacho vale para una suplencia, pero no creo que tenga la profesionalidad necesaria para formar parte de la selección.

Gracias, Alex. Comparto ese punto de vista por completo: Murphy es un fichaje puramente provisional. Y he aceptado un consejo que me dio él mismo, y estoy dando una batida por el continente en busca de nuevos fichajes, de acuerdo con la normativa Bosman. Por supuesto, quizá resulte difícil tentar al favorito de la vieja guardia Mark Renton para que regrese a Leith. Pero daré comienzo a mi misión de cazatalentos más cerca de mi hogar. Un tal Paul Keramalandous, de la Agencia Links, una compañía de publicidad yuppie que está en Queen Charlotte Street y que se supone que es la personificación del «nuevo Leith», ha dejado algunos mensajes en el pub. En los mensajes se dice que Keramalandous está interesado en el Foro Empresarial Contra la Droga de Leith. Noto esa tensión y ese salivar de la boca que me dicen que voy por

buen camino y le llamo. Resulta ser una conversación fructífera; el tío me dice que las demás empresas se han puesto en contacto con él, y propone una cita la semana que viene para una reunión inaugural en los Assembly Rooms. Me pregunta si se me ocurre alguien a quien quisiera «llevar a la mesa». Pienso en la escasez de contactos legales que tengo aquí. ¿A quién coño podría llevar? ¿A Lexo, con su café de cucharillas grasientas convertido en café Thai? ¿A Mikey Forrester, con su sauna y sus putas sarnosas? Ni hablar. Este chanchullo es mío y sólo mío. Le insinúo a Paul que quizá sea mejor mantener cierto control: yo, él y algunos de los nombres que me menciona.

«Cuadra perfectamente», me suelta tranquilamente al aparato, «al menos hasta que nos hayamos puesto en marcha. No vaya a ser que nos metamos en una situación de esas con demasiada gente en la cocina».

Hago los ruidos apropiados, cuelgo y anoto la fecha potencial, que está por confirmar, en mi agenda. Confío en que tendré a este mamón comiéndose el contenido de mi culo con servil agradecimiento en cosa de nada. Animado por este éxito, decido ir a por todas y pescar al pubirrojo.

Inicio mi ofensiva del encanto llamando a Renton otra vez y contándole lo del chollo este, o al menos cuanto quiero que sepa de él. Mientras hablo por teléfono, resulta difícil sobrellevar su silencio; hay un punto en el que llega a hacerse insoportable. Quiero ver esa cara, esos ojos astutos y calculadores, la forma en que son capaces de metamorfosearse rápidamente en una cara de niño bueno cuando cree que le están calando. «Entonces, ¿cómo lo ves?».

Parece bastante impresionado. «Tiene posibilidades», dice, con lo que parece cauto entusiasmo.

«Vaya que sí, irán de cabeza».

«Ya, los weedgies son bastante previsibles», opina Rents. «Quiero decir, tanto en el Reino Unido como en la República de Irlanda todo quisque lleva décadas esperando que desaparezcan esos seis condados de marras, mientras que estos gilipollas siguen haciendo una imitación en pantomima de los peores mamones de allí».

«Sí, de acuerdo, no son nada originales, especialmente los hunos. A su peña le ponen el mismo nombre que los del West Ham a la suya, copian la canción del Millwall… Cabe apostar con bastante seguridad que la mayoría estarán con el Royal Bank of Scotland, aunque tendrá que haber unos cuantos en el Clydesdale».

«¿Exactamente qué es lo que estás planeando?».

«Como te dije, sólo necesito un par de cuentas en el extranjero. Ven y únete a mí, Mark», le insto. Después trago con fuerza. «Te necesito. Me debes una. ¿Estás conmigo?».

Hay sólo una ligera vacilación. «Sí. ¿Cuándo podrías volver por aquí? Para que

podamos entrar en materia y repasar los detalles, y tal».

«Puedo volver el viernes», le digo, tratando de que no parezca que tengo muchas ganas.

«Entonces nos vemos el viernes», dice él.

Claro que me vas a ver, Renton, puto chorizo hijo de la gran puta.

Justo después de colgar el teléfono, suena el móvil verde —el que sólo le doy a los tíos— y es Franco. «Me he pillado un móvil, ¿qué no?», me cuenta. «Guay que te cagas. Esta noche tenemos timba con Malky McCarron, Larry y eso. Nelly también ha venido de Manchester, cacho cabrón».

«Qué putada, tengo que currar», le digo con falsa desilusión, aliviado por quedar al margen de la masonería de ese psicópata, conocida como la timba de Begbie. Dejarme sacar la pasta por unos venaos bolingas no se ajusta a mi concepto de lo que es una noche divertida.

Pero resulta muy interesante que Begbie llamara justo después de que yo hablara con Renton. Creo que eso significa que están hechos el uno para el otro.

33. LAVANDO

Ali sólo se ha acercado una vez, con el crío, y la verdad es que aún no hemos tenido oportunidad de hablar. No obstante, me encuentro sorprendentemente animado, tío, porque la investigación va bien y estoy desenganchado. Ali se mostró…, eh…, bastante escéptica, porque ha recorrido tope de veces esta ruta, pero se lo hace de legal; creo que me concede el beneficio de la duda. Otra cosa buena es que Sick Boy y yo volvemos a ser más o menos colegas. Luego le veré, porque estamos montando un pequeño chanchullo.

He estado en el queo de mi hermanita, Roisin, quien, para ser francos como el señor Begbie, es la clase de tía con la que nunca he hecho buenas migas. Es diez años más joven que yo, llegará a alguna parte, y la verdad es que el estilo de vida tradicional del clan Murphy nunca ha gozado de su beneplácito y tal. Pero su novio es un nota bastante enrollao, y está fuera, currando en España, así que me ha dejado su abono de temporada para Easter Road. La verdad es que hace siglos que no voy a un partido, tío, pero los chicos de verde se están enrollando. El Alee McLeish ese me recuerda a Rents y también al nota aquel de Policías de Nueva York. ¿Cómo se llamaba? ¿Robinson Crusoe? No, pero algo parecido. Claro está que podría tratarse del color de su pelaje. Pero ahora tenemos al francés al fondo y al negrata en medio campo. Así que a lo mejor me trago el partido casero contra el Dunfermline; para combatir el aburrimiento, tío, es lo más mortal que hay, siempre. El aburrimiento y la ansiedad. El primero hace que salga en busca de speed. Después me pongo ansioso y es entonces cuando hace su aparición estelar el Salisbury Crag[29] de toda la vida.

Pero el rollo con mi hermanita es frígido, ya lo creo, tío. A ver, que estuvimos de inquilinos en el mismo útero durante nueve meses y todo eso, pero supongo que cuando lo dejamos nos plantamos en épocas distintas, tío. De manera que en cuanto me meto la libreta de abonos en el bolsillo, me despido de casa de Rosh.

Por el camino oigo gritos y chillidos en la escalera. Al llegar a la siguiente planta, veo que es June, la ex de Franco, con los dos mocosos Begbie; uno de ellos grita mientras el mayor recibe una zurra por parte de June, que parece haber perdido los papeles de mala manera. «¡Vi cómo le pegabas! ¡No lo niegues, joder! ¡¿Qué es lo que te tengo dicho, Sean?!».

El mocoso Begbie permanece ahí de pie, encajando golpes, combándose como una marioneta temblorosa, pero en realidad le da igual. Este cachorrito es como un hip-hop asilvestrado que no para, meneándose para absorber el impacto de los golpes. El pequeño de la carnada parece asustadísimo y ahora está totalmente silencioso.

«¡Eh, eh!», grito yo. «¡Hola, June!».

«Spud», dice ella, y de pronto rompe a llorar, sacudiendo la cabeza; como si se derrumbara del todo, ¿sabes?

Se trata de una situación bastante marciana en la que encontrarse. A ver, que yo ni siquiera sabía que viviera en esta escalera. «Eh… ¿estás bien?…», suelto yo, y cojo las bolsas de la compra, fijándome en que una de ellas lleva rota el asa.

«Sí…, gracias, Spud, son estos dos», solloza, señalando con la cabeza a los pequeños gachos.

«Así son los chicos, eh», sonrío. El pequeñín me regala una sonrisita asustadiza, pero el cachorro mayor de la carnada de Begbie me mira de un modo que resulta espeluznante, incluso para tratarse de un cachorrito tan pequeño. ¡Sí, señor, no hay duda de que ese es el Hijo de Franco, hay que reconocerlo! June mete la llave en la cerradura y abre. Los críos entran a todo correr, mientras el grande grita algo acerca de Sky Sports. June les observa, un equipo de demolición. Después se vuelve hacia mí y suelta: «Te pediría que pasaras a tomar una taza de té, Spud, pero está todo hecho un asco».

No es lo único, tío. June tiene un aspecto cutre currao. Por el modo en que lo dice, es como si necesitara hablar con alguien. Ya sé que he quedado para verme con Sick Boy y el Primo Dode en el pub, pero a mí tampoco me vendría mal un poco de palique. Y no le saco nada a Ali ni a Rosh, que en realidad se moría de ganas de verme desaparecer. «Peor que el nuestro no puede estar», le cuento. Y June me mira, como si le estuviera dando vueltas y después pensara: de acuerdo.

Cuando entro en la casa, está hecha un asco de ropa y juguetes de los críos. Hay un montón de platos en la pila que parecen llevar años ahí. Apenas encuentro sitio en la encimera para dejar las bolsas.

June está temblando; le ofrezco un pitillo y se lo enciendo. Pone la tetera y no encuentra tazas limpias. Intenta fregar una, tratando de extraer un poco de Squeezy de la botella, pero lo único que sale es un ruido de pedo. Se acerca a una de las bolsas y saca una botella nueva, pero no consigue sacarle el tapón con esas manos temblorosas. Rompe a llorar, no unas lagrimillas, sino unos sollozos en condiciones. «Lo siento…, son los nervios, todo ha salido mal…, mira cómo está todo. Son los críos…, dan tanta guerra…, no tengo el apoyo de nadie, a ver, que Frank acaba de salir pero sólo ha venido a verlos una vez, ¡ni siquiera los ha sacado por ahí! Lleva diez minutos fuera de la cárcel y ya lleva camisas y ropa nueva y joyas…, los anillos esos…, no puedo más, Spud…, no puedo más…».

Observo el montón de platos. «A ver qué te parece, te echo una mano con eso; vamos a darle una pasada a la cocina. Hará que te sientas mejor, tía, cuando hayan desaparecido, porque cuando te sientes como una mierda, como si no te quedara nada de energía y ves un montón de platos en el fregadero, es lo peor de lo peor, tía, lo último, como si todas tus fuerzas se fueran por el desagüe, tía, ya está. De modo que un problema compartido es un problema reducido a la mitad y todo eso, June, tía».

«Nah, déjalo…».

«¡Eh! ¡Venga!». Me pongo un delantal. «¡Venga, tía, a por ellos!».

June protesta mientras yo le doy caña a los platos, pero lo hace con poco entusiasmo, y parece animarse cuando empezamos a adelantar un poco, y en un santiamén ha desaparecido, tío, el problema ha desaparecido y todo vuelve a estar claro y a ser posible. Sólo hay que despejar la mente y hacerlo, tío, hacerlo. ¿Sabes? Como lo mío con la escritura, tío, ¡te pones ahí y lo haces!

Pero cuando llego al pub, llego tarde para Sick Boy; el gachó está ya a uno o dos kilómetros de verle la gracia a la cosa. El Primo Dode le está dando la lata; me mira y me planta el reloj delante de la cara.

34. CHANCHULLO N.° 18742

Estoy en este pub de mala muerte del Walk esperando a que un yonqui hecho polvo me rescate de este aburrido weedgie de pelo prematuramente canoso, rasgos toscos y ojos en estado de beligerancia permanente que normalmente sólo se ven en las cabras de Gorgie Farm. Bienvenido de nuevo a Escocia, vaya que sí. Este capullo del Primo Dode, insignificante ente pseudosajón, noreuropeo, filisteo y culogordo huno de mierda; este troglodita mutante procedente de una barriada de la costa occidental, tiene la santa cachaza de soltarme latinajos; latinajos a mí, un varón renacentista de estirpe mediterránea y jacobea. Me trae una copa y alza la suya. «Urbi et orbi», dice.

«Salud, similia similibus curantur», le digo con una sonrisa mordaz.

Las pupilas del Primo Dode se dilatan como agujeros negros que absorben todo lo que hay a su alrededor. «Ese no lo conozco, ¿qué quiere decir?», me suelta, más que impresionado: a decir verdad, emocionado que te cagas.

Vaya, yo no sabía lo que quería decir el suyo, pero ni de coña lo reconocería ante un esquivajabones de mierda. «Un clavo saca otro clavo», le digo con un guiño. «Me parecía apropiado, dadas las circunstancias».

El Primo Dode vuelve la cabeza hacia un lado y me mira con entusiasmo. «Eres un tipo inteligente, se nota. Me alegra conocer a alguien que está en mi misma longitud de onda», dice, sacudiendo la cabeza y con una expresión afligida en el careto. «Eso es lo que pasa, que no llego a conocer a demasiada gente que esté en mi misma longitud de onda».

«Ya me lo imagino», digo con un gesto de asentimiento y una cara de póquer, quedándome por completo con el mendrugo mascachicles este.

«A ver, que tu amigo Spud es un tipo encantador, pero como que no es tan agudo. Pero tú tienes lo que hay que tener aquí arriba», dice tamborileando sobre su propia cabeza con el dedo índice. «Spud decía que estabas metido en la producción de películas y eso».

Qué extraño que Murphy se haya dignado darme tan buena prensa. No porno, sino cine nada menos. Eso hace que contemple por un momento la noción sentimental de que quizá haya estado un poco duro con mi amiguete de los dedos largos. «Bueno, Dode, qué remedio. ¿Cómo dicen? Ars longa, vita brevis».

«El arte es largo, la vida corta; es uno de mis favoritos», asiente con una gran sonrisa que le divide el rostro en dos partes.

Por fin aparece el amigo Morfi, con aspecto de estar un poco espitoso además. Mientras el weedgie follarratas se marcha al cagadero, proclamo mi intenso disgusto. «¿Dónde cojones estabas? Aquí no seguimos los horarios del País de Nunca Jamás. ¡He tenido que escuchar a ese aburrido mamonazo largar sin parar!».

Pero parece contento que te cagas consigo mismo. «No lo he podido remediar, tío,

me topé con June y tal. Tenía que ayudarla a lavar; alguien tenía que hacerlo, ¿sabes?».

«Sí, claro», observo con conocimiento de causa. Debería haberlo supuesto. Ese es Spud: incapaz de resistir forma alguna de tentación, aunque yo tendría que estar desesperado antes de fumarme unas piedras con June. Es curioso, pero no lo hubiera esperado de ella, sobre todo teniendo críos de por medio, pero supongo que ahora todo el mundo le pega, y para ser justos con ella, tiene pillado el punto de puta craquera hecha polvo y rendida a más no poder. «¿Y cómo anda June?», pregunto, sin saber por qué. A ver, que no es que me importe especialmente.

Spud frunce los labios y sopla, haciendo un vulgar ruido de pedorreta que suena demasiado fuerte y que podría habernos puesto en evidencia de haber tenido lugar en un establecimiento hostelero de categoría. «A decir verdad, no tiene muy buena pinta, tío», dice mientras el tal Primo Dode emerge de los servicios y saca otra ronda.

«Apuesto a que sí, y todos sabemos por qué».

Dode levanta un vaso de rubia y lo hace chocar con el de Spud. «¡Qué tal, Spud! ¡Esta noche nos vamos de juerga!». Después repite esta estúpida operación conmigo, y fuerzo una sonrisa cordial.

Como quiera que cada vez estoy más ansioso de cualquier distracción que me aparte de mi compañía actual, le dedico a la joven camarera una sonrisa deslumbrante, de esas que en mi juventud la hubiesen hecho llevarse involuntariamente la mano al pelo para arreglárselo. Ahora lo único que obtengo es una fría mueca en señal de reciprocidad.

De modo que nos pateamos varios bares y acabamos en el centro, llegando finalmente al City Café de Blair Street, uno de mis viejos antros predilectos. Me fijo en las mesas de billar, un aditamento nuevo desde que estuve aquí por última vez. Tendrán que deshacerse de ellas. Atraen a demasiados bobalicones. Ya que de eso hablamos, empiezo a estar seriamente hasta los huevos de la perorata incesante del Primo Dode este, hasta el punto de quedar encantado de ver entrar a Mikey Forrester con una puta evidentemente desquiciada pero de aspecto sexy siguiendo su estela.

Voy a ser Míster Popular en el City Café por haber incrementado a tope la calidad media de la clientela. En estos momentos llevo a remolque al mayor yonqui piojoso jamás salido de Leith, un huno weedgie y ahora al sarnoso de Forrester. Si alguna vez hubo escoria disfrazada de mercancía de calidad, es esta. Pienso: ¿qué pasa, es que de pronto me he convertido en un área vedada al jabón? El personal de la barra tendrá que llamar a los de Rentokil cuando llegue la hora del cierre.

«Ese es Mikey Forrester», le indico a Dode. «Es socio en un par de saunas y lleva una cuadrilla de putitas que están de vicio y la chupan para ganarse el jornal. Es el truco más viejo del mundo: las aficiona al jaco y después las pone a trabajar en el departamento de relaciones púbicas para pagarlo, si me captas». Dode se vuelve y

asiente, echándole a Mikey un discreto vistazo de reojo, teñido de una ligera desaprobación rematada con un toque de envidia.

«Ya, eh, Seeker también hace eso», dice Spud, con esa mirada de adolescente problemático, boquiabierta y lasciva, que sigue adherida a su cara como la mierda al cuello de una botella a pesar de todos los años transcurridos.

Sacudo la cabeza. «Pero Seeker sólo se las tira, es la única manera de que un desastre con patas como él pueda echar un Nat King»,[30] explico. Me permito experimentar un poquitín de desasosiego ante esta puesta a parir mientras me echo mano al bolsillo para palpar la botella de éxtasis líquido que el propio Seeker me proporcionó esta tarde. Otro sujeto que no deja de tener su utilidad, si bien es cierto que en una dimensión muy restringida. Atraigo a Spud hacia mí para cuchichearle al oído, fijándome en que lo tiene taponado por un pegote de cera de color marrón. Se me arruga la nariz de asco ante el olor rancio y mohoso que despide: «Tengo que hablar con Mikey acerca de unos negocios». Le incrusto un billete de veinte en la mano. «Tú entretén a nuestro amigo de Villaguarros».

«Disculpadme un momento, muchachos, sólo voy a acercarme a saludar por aquello de los viejos tiempos», le explico a Dode, y me encamino hacia donde está Forrester. Forrester es la clase de tipo que a nadie le gusta en realidad, pero con el que parece que todo el mundo acabe haciendo negocios. Me dedica una sonrisa y su dentadura me recuerda el distrito Bingham de esta ciudad: sustancialmente remozado desde la última vez que lo vi. Me sorprende que Mikey haya optado por unas elegantes fundas de efecto natural en lugar de inclinarse por el oro. Luce un moreno de rayos UVA y se ha afeitado ese ralo cabello canoso a lo bola de billar. Los trapos azul plateados que lleva parecen de calidad. Lo único que le delata como ex alma gemela de Murphy son los zapatos, de cuero prohibitivo, pero sin lustrar y —elemento crucial— los calcetines de deporte blancos que las madres de todos los zumbaos llevan desde los primeros años ochenta regalándoles por lotes en Navidad.

«Eh, Simon, ¿cómo te va?».

Le agradezco que haya decidido llamarme Simon en lugar de Sick Boy y le correspondo. «Viento en popa, Michael, viento en popa». Me vuelvo, sonriéndole a su acompañante. «¿Es esta la encantadora joven de la que me hablabas?».

«Una de ellas», dice con una sonrisa maliciosa y suelta: «Wanda, te presento a Sick…, eh, Simon Williamson. Es el tipo del que te hablé, acaba de volver de Londres».

Esta tía está muy bien; delgada, pulcra y con un aspecto moreno tan, bueno, tan latino que debería ir acompañada de una de las frases del Primo Dode. Tiene ese primer arrebol del puterío yonqui, cuando tienen un aspecto espléndido, justo antes de que se produzca el gran bajón. Entonces tendrá que pegarle a la pipa para levantarse y seguir trabajando; entonces perderá su atractivo y Mikey o algún otro la

relegará de la sauna a la calle o a un antro craquero. Ay, Don Dinero, qué previsibles son tus movimientos. «¿Tú eres el de las películas?», pregunta con la mirada perdida, mostrando el porte lúgubre y levemente arrogante del picota, con el que llevo topándome en todas las demás transacciones sociales desde que tenía unos dieciséis años.

«Encantado de conocerte, cielo», sonrío, envolviendo su mano con la mía y plantándole un beso en la mejilla.

Tú me vales, nena.

De modo que Mikey y yo llegamos rápidamente a un acuerdo para el casting. Me gusta la tal Wanda; a pesar de que depende por entero de Mikey, no tiene reservas en mostrar el desprecio que siente por él. Lo cual, en realidad, sólo hace que a él le resulte tanto más placentero aumentar cada vez más su poder sobre ella. Pero tiene orgullo, aunque el jaco la despojará de los últimos vestigios de este antes de acabar con su atractivo, ecuación que se traduce en ganancias para Mikey.

Así que estamos listos, y me dirijo a donde están Spud y Dode; este último está aleccionando al primero, en voz alta, acerca de las mujeres. «Es lo único que se puede hacer con las mujeres, amarlas», arguye beodamente. «¿Tengo o no tengo razón, Simon? ¡Díselo!».

«No andas desencaminado, George», sonrío.

«Amarlas y tener el valor y la fortaleza suficientes para amarlas. Fortes fortuna adjuvat…, la fortuna favorece a los valientes. ¿Tengo o no tengo razón, Simon? ¿Tengo razón o no?».

Spud intenta terciar, ahorrándome por suerte la molestia de intentar articular una afirmación entusiasta en beneficio de este puto zoquete follarratas. «Ya, pero a veces…».

El Primo Dode le corta con un gesto de la mano que casi le tira la pinta de las manos a otro tío. Yo le hago un gesto en señal de leve disculpa. «Ni peros, ni a veces. Si se quejan, dales más amor. Si después de eso siguen quejándose, más amor todavía», proclama estridentemente.

«Tienes toda la razón, George. Creo firmemente que la capacidad del hombre para dar amor excede con mucho la capacidad de la mujer para recibirlo. Por eso dominamos el mundo, es así de sencillo», explico de modo tajante.

Dode me mira boquiabierto, con los ojos en blanco, como una máquina tragaperras que se acerca poco a poco al premio gordo. «¡Spud, este hombre es un puto genio!».

Este muchacho, el Primo Dode, es uno de esos típicos weedgies que se emborrachan enseguida, poniéndose como cubas después de un par de tragos. Luego, en vez de comportarse con decencia y perder el conocimiento, parecen mantenerse en ese estado durante siglos; dando tumbos, reiterando el mismo mensaje obsesivo y

trivial, pero con una insolencia cada vez mayor. «Gracias, George», digo con un gesto de asentimiento. «Pero debo decir que empiezo a estar un poco harto de bares. Veréis, para mí es como no salir del trabajo; y además, esto está lleno de gachós», digo haciendo un gesto en la dirección de Forrester, «con los que no me apetece particularmente estar. Compremos un lote de bebida y vayámonos a alguna otra parte».

«¡Eso!», ruge Dode, «¡volvamos todos a mi casa! Tengo una cinta absolutamente brutal que quiero que escuchéis. Uno de mis colegas toca en un grupo… Son los mejores. ¡Los mejores, os digo!».

«Fantástico», sonrío mientras hago rechinar los dientes. «¿Te importa que telefonee para ver si conseguimos algo de compañía, femenina claro está?». Agito el móvil rojo.

«¿Qué si me importa? ¡Qué si me importa! ¡Qué tío! ¡Qué tío!», exclama Dode para que le oigan todos los bebedores arracimados a nuestro alrededor, mientras los erizados pelos de mi nuca tratan de escabullirse del bar de vergüenza. Hay quien se sentiría halagado por semejante alabanza; yo no. Creo firmemente que una buena referencia por parte de un cretino estúpido es mucho más dañina para la reputación de uno que una condena procedente de las filas más enrolladas de los entendidos.

Nos dirigimos hacia la puerta, yo en cabeza y pasando apresuradamente entre el gentío; sólo me detengo para sonreírle a una chica de rostro agraciado que lleva un ceñido traje verde de dos piezas, pero rematado en una horrible permanente cutre. Después se produce un punto muerto involuntario mientras rodeo a dos abotargadas treinta y tantos que han abandonado definitivamente las dietas y decidido que el resto de su vida consistirá en vodkas, Red Bull y comer para evocar épocas más felices. Después viro bruscamente para evitar a una pandilla de jovencitos empanaos de ojos furtivos que se abren paso hacia la barra.

Dode sigue cantándole mis alabanzas a Spud cuando nos internamos en la noche. Me estremezco. No es por el frío ni por las drogas. Es porque siento las alturas, las simas y la magnitud de mi engaño y la alabanza del Primo Dode midiendo sus monstruosos pero exquisitos parámetros. Joder, qué bien sienta estar vivo.

35. DINERO PIN

Volvemos al queo del Dode con unas bebidas. Sick Boy ha comprado una botella de absenta y todo, lo que me parece un poco chungo, ya que quien queremos que se ponga palla es Dode, no todos. Sick Boy mira con repugnancia la foto de los hunos en la pared y yo me dejo caer en plancha en el gran sofá de cuero. Eso se llama descansar los pies, ya lo creo. El Primo George parece encantado ante la perspectiva de que se presenten unas pibitas sexys, y si soy perfectamente sincero, quizá no fuera la cosa peor del mundo. Aunque, ¿sabes?, creo que Sick Boy sólo lo dijo para asegurarse de que volviéramos a casa.

Aunque no se lo digáis al Primo, pues esas no son las palabras que ese nota de la costa occidental quiere escuchar. «¿Dónde están las tías esas, Simon? ¿Les va la marcha…?».

«Que te cagas», asiente Sick Boy. «Están dotadas de un excelente espíritu deportivo. Hacen porno casero y todo», cacarea el pavo más chungo del corral mientras Dode pone los ojos en blanco y frunce los labios. El Pavo Chungo me hace un gesto de asentimiento, y a continuación se lleva la mano a la boca en un movimiento de bla, bla, bla, mientras empieza a llenar los vasos de absenta.

«Eh», empiezo yo, a modo de distracción, «cuéntanos, Dode, ¿cómo es que te llaman Primo Dode?», mientras observo cómo Sick Boy le echa disimuladamente éxtasis líquido en el vaso a Dode. La verdad es que a mí no me van estas cosas, tío. Dicen que si le echas demasiado a un gachó se le puede parar el corazón como si tal cosa, tío, como si tal cosa. Aunque parece que Sick Boy sabe lo que se hace; es como si lo midiese cuidadosamente a ojo.

Dode está más que contento de relatar la historia y complacer mi curiosidad. «La historia que hay detrás es que un amigo mío, allá en Glasgow, que se llama Bobby, llama “primo” a todo el mundo». Sick Boy le pasa su copa. «El tío habla así desde que éramos criajos en el Drum», dice, echando un trago. «Después unos cuantos parroquianos del centro, durante las noches de marcha, que no estaban al loro, no paraban de oírle hablar del Primo Dode…, así que terminé quedándome con el mote», suelta, dándole sorbos a su vaso.

Muy pronto los ojos de Dode empiezan a cerrarse y ni siquiera se da cuenta cuando el Pavo Chungo quita la cinta del grupo ese de amigos suyos y la cambia por una de los Chemical Brothers. «Porno casero…», dice arrastrando la voz, y se arrellana en el sofá mientras se le cierran los párpados, y acto seguido está K. O.

Yo y Sick Boy vamos directamente a por los bolsillos del gachó, y pensé que me sentiría mal, porque en realidad Dode no es mal tío. Pero nah, tío, el viejo gen del chorizo entra en acción y me entra el subidón y registro al pavo a más no poder, pero Sick Boy suelta: «A la mierda, déjalo», indicando el fajo de billetes que le he sacado

del bolsillo.

Y tiene razón, tío; me estaba volviendo un poco codicioso, pensando que el tío no notaría la desaparición de unos cuantos billetes en un fajo tan robusto. Aunque sé lo que quiere Sick Boy, la tarjeta del Clydesdale, que hallamos y confiscamos.

Bajamos las escaleras hasta el cajero a las 11.57 de la noche e introducimos el número, ninguno de los dos sorprendidos lo más mínimo al ver que funciona, retirando 500 libras esterlinas, y volviendo a hacer exactamente lo mismo a las 12.01. «Cómo son los weedgies, ¿eh?», se carcajea un poco Sick Boy, añadiendo afectuosamente: «Capullos empanaos».

«Ya, y que sigan así», le digo yo.

«Desde luego», dice Sick Boy, entregándome la mitad del fajo, pero deteniéndose un poquito antes de desrizármelo en el cazo. «Nada de jaco, colega. Le compras un regalito a tu señora, ¿eh?».

«Ya, claro», le digo. Ahora el nota incluso pretende decirme cómo gastar la guita, tío, y eso no es legal. Pero sienta bien, como en los viejos tiempos, Sick Boy y yo, chanchulleando que te cagas, y eso me recuerda que en aquel entonces éramos buenos, tío. Eramos los mejores. Bueno, puede que no tanto como algunos tíos de los que me acuerdo, claro está. Ahora me siento fatal del todo por el Primo Dode porque en realidad no es mal tío, hasta es casi colega, pero lo hecho, hecho está, ¿sabes? Y no debería darse tantos aires y tal, con ese rollo de la supremacía protestante y tal. Si vas de prepotente alguien te pondrá en tu sitio. Sick Boy también debería tenerlo en cuenta; ¡pero oye, tío, ahora empiezo a hablar como Franco!

Pero volvemos al piso de Dode y volvemos a meterle la tarjeta dentro de la cartera y la cartera en el bolsillo. Sick Boy prepara un café solo; deja que se enfríe y después obliga a Dode a bebérselo a sorbitos. La cafeína le reanima y estira las piernas, golpeando la mesita del café y derribando algunas de las copas.

«¡Tranqui, tronco, tranqui!».

«Te quedaste K. O., Dode», se ríe Sick Boy mientras nuestro weedgie favorito, totalmente desconcertado, se incorpora y se frota los ojos.

«Ya…», dice Dode mientras empieza a orientarse. «La absenta esa es la hostia, por cierto», gruñe, y mira el reloj que hay en la repisa de la chimenea. «Joder, tempus fugit, ya lo creo».

«Típico esquivajabones», dice Pavus Vomitus, que es como mi nuevo nombre en latín para ese Pavo Chungo, «¡para el palique ya tienen aguante, pero cuando se trata de poner manos a la obra son incapaces de aguantar el ritmo de los muchachos de Leith!».

Dode se incorpora dando bandazos y llega tambaleándose hasta el lote de bebidas con gesto desafiante. «¿Queréis ver lo que es beber? ¡Os voy a enseñar yo lo que es beber!» ~ Yo y el Pavo Más Chungo intercambiamos una miradita rápida, esperando

que Dode vuelva a perder el conocimiento antes de quedarse sin dinero.

36. CHANCHULLO N.° 18743

El estrépito de los pesados barriles de aluminio sobre el suelo de piedra. La ruidosa camaradería de la cuadrilla de repartidores de la fábrica de cerveza a medida que sacan otro del camión, lo depositan sobre el colchón y lo dejan rodar por la rampa de madera; el tío que está al final dejando que la protección amortigüe la caída antes de recogerlo y amontonarlo. Pero esos trancazos, esas voces atronadoras.

La cabeza me duele que te cagas. Recuerdo con cierto terror que acepté acudir a casa de mi madre esta noche para una cena familiar. No sé qué me alteraría más en estas condiciones, si sus complacientes mimos o la indiferencia del viejo, que en ocasiones se torna en hostilidad con todas las letras. Aquella Navidad, hace años, cuando me acorraló en la cocina y me cuchicheó con malicia de borracho: «Ya sé de qué pie cojeas, cabrón», y recuerdo que me sentí confundido y atemorizado. ¿Qué había hecho que él hubiese descubierto? Me di cuenta más tarde, por supuesto, de que no se trataba de algo concreto; sólo proyectaba su propio aborrecimiento hacia sí mismo, diciendo que me entendía, que comprendía mi naturaleza porque participaba de ella. La diferencia crucial que se le pasó por alto, sin embargo, es que él es un fracasado y yo no.

Pero tengo la cabeza a punto de estallar. La sesioncilla de anoche: menudo numerito por el que pasar por sólo quinientos boniatos de la guita de un weedgie. Por supuesto, el señor Murphy está encantado con su parte de nuestras ganancias ilícitas, pero para mí todo el asunto no fue más que un ensayo.

Puede que Spud haya dado la talla en un encuentro de Copa doméstico devaluado, pero eso no significa que se le deba tener en cuenta para los compromisos europeos. ¿Alex?

A cada cual lo suyo, Simon, y yo me inclino por traer de Europa al tal Renton. Es un jugador caprichoso pero a este nivel a veces hay que correr esos riesgos. Alex Ferguson lo demostró con Eric Cantona. Pero pienso en serio que Murphy se encontraría fuera de su elemento. Aunque sigue gustándome la perspectiva de la tal Nicola Fuller-Smith.

No podría estar más de acuerdo contigo, Alex. Ambos sabemos reconocer el talento cuando lo vemos.

Pero esta puta resaca me está matando; tiemblo mientras los chicos de la fábrica de cerveza canturrean alegremente y Moira me grita: «¡Arriba hace falta más Becks!».

Esta no es la vida que tenía planeada. Me afano, subiendo por la escalera entre tembleques con una caja, luego con dos, y comienzo a abastecer metódicamente las neveras del bar. Más tarde, me rindo a los nervios y enciendo un cigarrillo en la oficina. Es más fácil dejar el jaco que el fumeque. Aun así, llega el correo y trae

mejores noticias en forma de carta, ¡y procede de la oficina del jefe de policía!

Policía de Lothian Al servicio de la comunidad

12 de marzo

Su ref: SDW

Nuestra ref: RL/CC

Estimado señor Williamson:

Re: Foro de Empresarios de Leith Contra la Droga Muchas gracias por su carta del día 4 de este mes. Hace mucho tiempo que vengo sosteniendo que la guerra contra las drogas sólo podrá ganarse con el apoyo del público amante de la ley. Puesto que gran parte del tráfico de droga tiene lugar en los pubs y clubs, los dueños de locales vigilantes como usted están en primera línea en esta batalla y estoy encantado de ver a alguien dar la cara y declarar su establecimiento zona libre de drogas. Suyo,

R. K. Lester

Jefe de Policía de la Región de Lothian

Todavía queda una hora larga antes de la hora de abrir, así que me llevo la carta Walk arriba a la tienda de los marcos para que le pongan un hermoso revestimiento acabado en oro. Después vuelvo y la coloco en el lugar de honor, detrás de la barra. De hecho, representa un certificado para traficar, ya que ningún poli al acecho va a trincarme dejando en evidencia al jefazo. Ahora me dejarán en paz, y eso es lo único que quiero, lo único que le pide uno a la vida: que le dejen tranquilo para que pueda dedicarse plenamente a incordiar a los demás. En otras palabras, ser un miembro genuino y de pleno derecho de la clase capitalista.

La máquina de rayos UVA que encargué llega por fin. No quiero cuerpos blancos como la leche en el plato. Me meto dentro durante media hora para probarla.

Literalmente desbordante de energía, salgo y llamo desde una cabina a los del Evening News, sujetándome la nariz mientras hablo. «Hay un tío en Leith, eh, en el Port Sunshine Tavern, eh, intentando montar la campaña Los Empresarios de Leith dicen No a las Drogas. Tiene una carta del jefe de policía respaldándole, eh».

¡Pero qué cachondos se ponen ante la sola mención del nombre del jefe! En menos de una hora envían a un gilipollas imbécil lleno de granos acompañado por un

fotógrafo, justo cuando mis primeros clientes, el viejo Ed y su peña, entran en tromba a inspeccionar la pizarra para ver cuál es el menú del día (pastel de carne picada con puré de patatas). Los de la prensa toman algunas instantáneas y hacen algunas preguntas mientras yo me arrellano y les suelto el rollo. Le cuento al tío que el estofado de patata y cebolla de Mo es tan célebre en Leith como lo fue en Weatherfield el guiso de Betty Turpin. El pequeñajo parece estupefacto, pero creo que también está satisfecho con lo que ha sacado.

El día no ha empezado demasiado mal, y soy quinientas libras más rico. Por supuesto, eso es una bagatela respecto a lo que nos hace falta para producir una peli de polvos con una producción esmerada, como está mandado, pero ahora hay un chanchullo más grande asomando en el horizonte. La pornografía es el género cinematográfico en el que he decidido trabajar, pero no me quedaré ahí por mucho tiempo. Mostraré la gran napia de la familia sionista. Preparo triunfalmente una enorme raya de blanca y hace diana, aunque tengo que salir corriendo en busca de Kleenex para taponar una vía de aguas nasales.

Resulta extraño que una sesión de priva con Spud Murphy y un puto huno weedgie pueda servir de tanta inspiración. Ese perico es de primera, ha tumbado a la resaca en cero coma tres. Suena el teléfono y lo coge Moira, enseñándome el auricular levantado desde el otro extremo de la barra. La vieja esta vale su abundante manteca en oro. Cierto, podría buscarme una joven estudiante follable, quizá alguien como Nikki, para alegrarme un poco la vista y la polla, pero de ningún modo sería capaz de llevar el local como la vieja pelleja esta. «Es para ti», me suelta.

Espero que se trate de algún chocho de primera, incluso rezo para que sea Nikki, pero no, es el puto Spud, que quiere salir a un club y gastar la guita del pobre esquivajabones de Dode, como si él y yo volviésemos a ser grandes colegas.

«Lo siento, colega, ahora estoy demasiado ocupado», le informo sin demora.

«Eh, ¿qué tal el jueves entonces?».

«El jueves no puede ser. ¿Qué tal jamás? ¿Te va bien jamás?», pregunto de forma cortante, soltando acto seguido: «¡Excelente!», ante el silencio atónito del otro lado de la línea antes de colgar de golpe. A continuación descuelgo el auricular y llamo a alguien que puede resultarme útil, a saber, mi viejo colega Skreel, en Possil, y le pido que me investigue a alguien.

A temprana edad decidí que los demás eran objetos a los que mover, a posicionar, por así decirlo, para lograr el resultado del que yo obtuviese una óptima satisfacción. También descubrí que era mejor emplear la seducción que las amenazas, y que el amor y el afecto funcionaban mejor que la violencia. Con los primeros, lo único que hay que hacer es retirarlos o amenazar con hacerlo. Por supuesto, alguna gente te jode los esquemas. Por lo general, los amigos y amantes. Mi mejor amigo se dio el piro con mi dinero. Renton. Otro que me jodió fue el viejo de mi mujer.

Se la pienso devolver a ambos. Pero ahora mismo con quien quiero hablar es con Skreel, mi viejo amiguete weedgie. En efecto, ya iba siendo hora de que nos pusiéramos al día, ahora que vuelvo a estar permanentemente del lado norte de la frontera. Saludo, hago las bromas de rigor, y después voy al grano. Skreel no acaba de creerse lo que le pido: «¿Quieres que encuentre a una chica que curre dónde?».

«En la taquilla del estadio de Ibrox», repito pacientemente. «Preferiblemente tímida, vulnerable, bastante inocente, quizá una que viva en casa con sus padres. No importa el aspecto que tenga».

Esto último suscita aún más suspicacia por su parte. «¿Qué cojones estás tramando, Williamson?».

«¿Podrás hacerlo?».

«Descuida», salta con rotundidad. «¿Alguna otra cosa?».

«Un gafotas que viva con su mamá…».

«¡Eso está chupado!».

«… pero que trabaje en una de las principales sucursales del Clydesdale Bank en Glasgow».

Skreel vuelve a pedirme que repita la petición, y empieza a reírse por el auricular. «¿Ahora haces de casamentero?».

«En cierto modo», le cuento. «Llámame Cupido», bromeo antes de despedirme y rebuscar en el bolsillo para acariciar esa tranquilizadora pápela de farlopa.

37.«… UN POLVO POLÍTICAMENTE CORRECTO…»

Lauren se ha agarrado el mosqueo padre conmigo y no la encuentro por ninguna parte. Quizá haya vuelto a Stirling. Mirando las cosas por el lado bueno, eso demuestra que le importo, claro está. Dianne se muestra muy relajada al respecto, trabajando en su proyecto. Tamborileando con el lápiz sobre los dientes, reflexiona: «Lauren es una muchachita muy intensa, pero todavía es muy joven, y pronto se tomará las cosas más tranquilamente».

«Cuanto antes llegue ese día, mejor», le digo. «Hace que me sienta como una puta de mierda…». Al soltar esa palabra, me quedo totalmente cortada: pienso en lo que acordé ayer con Bobby y su amigo Jimmy. En adonde voy a ir esta noche. En la sauna es distinto, los extras son cosa tuya, aunque se espera que cuando menos hagas pajas, que es lo más lejos que yo estoy dispuesta a llegar —las torpes prolongaciones de mi pésima técnica masajística—. Necesito el empleo y necesito el dinero, sobre todo ahora que se avecinan las vacaciones de Semana Santa. Pero eso de salir y subir a la habitación de hotel de alguien, supone traspasar un umbral que dije que no traspasaría. Sólo se trata de unas copas y una cena, dijo Jimmy. Cualquier cosa que negociéis por separado…, bueno, eso es cosa vuestra.

Me dispongo a ir de punta en blanco, con mi vestido rojinegro debajo del abrigo de Versace. Intento salir antes de que Dianne me vea, pero lo hace y emite un silbido de admiración. «¿Tenemos una cita tórrida, eh?».

Sonrío tan enigmáticamente como puedo.

«Qué suerte tienes, so guarra», se ríe Dianne.

Salgo a la calle, poco acostumbrada a deambular con tacones altos, y paro un taxi. Me detengo a unos cincuenta metros del lujoso New Town Hotel; no me gusta llegar a los sitios de modo abrupto, sino saborear mi llegada e ir captando todos los detalles. Tiene una grandiosa y vetusta fachada georgiana, pero por dentro lo han destrozado; es todo ultramoderno. La zona de la recepción tiene unas ventanas enormes que llegan casi hasta el suelo. Las puertas automáticas se abren y un portero con frac me saluda con una leve reverencia. Noto los taconazos que voy dando por el suelo de mármol mientras me dirijo al bar.

No quiero que se note que busco a alguien, que es lo que estoy haciendo, por si me preguntan a quién, porque no lo sé. ¿Qué aspecto tendrá un político vasco? En situaciones como esta nunca sé mantener la calma. El camarero del bar me ha visto antes, lo sé, quizá en la sauna, y ejecuta un tenso gesto de asentimiento. Le respondo con una cálida sonrisa, sintiendo que me sube un sofoco como el que me daría si me hubiese bebido un whisky doble demasiado rápidamente. No, es mucho peor que eso, me siento completamente desnuda, o como una puta que hace la calle con una minifalda ceñida y un par de botas de esas que llegan hasta el muslo. El montaje ese

del servicio de escoltas funciona bien, sin embargo; los hombres que utilizan este hotel no quieren perturbar a su clientela. Si no fuera más que una meretriz freelance ya me habrían sacado por la oreja, probablemente con un par de polis aguardándome.

Mi cliente es un destacado político nacionalista vasco, que ha venido, al menos en apariencia, a ver cómo funciona el Parlamento escocés. Me dijeron que llevaría un traje azul. En el bar hay dos hombres vestidos con traje azul y los dos me miran. Uno tiene pelo blanco y está moreno, el otro cabello oscuro y tez aceitunada. Espero que se trate del más joven y moreno, pero supongo que será el otro.

Entonces, de pronto, noto un toquecito en el brazo. Me doy la vuelta y veo a un español casi estereotipado vestido con un traje azul, azul celeste, que hace juego con sus ojos. Tendrá ya cincuenta años pero bien llevados. «¿Tú eres Nikki?», pregunta expectante.

«Sí», digo mientras me besa la cara por ambos lados. «Tú debes ser Severiano».

«Tenemos un amigo común», sonríe, mostrando una hilera de dientes con fundas.

«¿Y cómo se llama?», pregunto, sintiéndome como si estuviera en el plato de una película de James Bond.

«Jim, tú le conoces…».

«Ah, sí, Jim».

Me preocupaba que intentase llevarme arriba en ese mismo momento, pero pide consumiciones y me dice en tono confidencial: «Eres muy hermosa. Una hermosa chica escocesa…».

«A decir verdad, soy inglesa», preciso.

«Ah», dice con evidente desilusión.

Por supuesto, él es vasco. Ahora tengo que ser un polvo políticamente correcto. «Aunque desciendo de escoceses e irlandeses».

«Sí, tienes rasgos celtas», dice con tono de aprobación. Tres hurras por Miss Argentina. Charlamos un poco y apuramos nuestras copas; a continuación salimos y subimos en el taxi que nos espera, efectuando el corto trayecto hasta el otro extremo del New Town, que costaría quince minutos andando, quizá veinte con tacones. Mantengo una sonrisa de sacarina frente a un comentario de desenfrenada aprobación. «Hermosa Nikki…, tan hermosa…».

Cenamos en un restaurante que está considerado como el lugar de moda. Yo empiezo con un surtido de marisco que incluye sepia, cangrejo, langosta y gambas, aderezado con una imaginativa salsa de hierbas con limón. El plato principal es un cordero asado estilo nouvelle cuisine con espinacas y un surtido de verduras, y para postre disfruto de una naranja caramelizada con un rico helado por encima. Todo ello regado con Dom Perignon, un Chardonnay afrutado pero bastante potente y dos copiosos brandys. Excusándome, lo vomito todo en los lavabos y me cepillo los dientes a continuación, trago un poco de leche de magnesia y hago unas gárgaras con

un enjuague bucal. La comida estaba excelente, pero nunca digiero nada más allá de las siete. Entonces Severiano llama a un taxi y regresamos al hotel.

Estoy un poco nerviosa y bastante achispada por la bebida al llegar a la habitación, así que enciendo el televisor, donde un programa de noticias o un documental muestra escenas estereotipadas de una hambruna en África. Severiano saca el vino de regalo del cubo del hielo y sirve dos copas. Se quita los zapatos y se acomoda sobre la cama, apoyado en las almohadas; me sonríe: su sonrisa se halla a mitad de camino entre la de un muchachito simpático y la de un viejo y sórdido pervertido. En ella se aprecia aquello que fue y aquello en lo que se convertirá en breve. «Siéntate a mi lado, Nikki», dice, dando unas palmaditas al espacio vacío que hay a su lado.

Durante una fracción de segundo casi estoy tentada de obedecer, pero me pongo en vena laboral. «Te haré un masaje y te aliviaré con la mano. Es cuanto hago».

Me mira con expresión triste; sus grandes ojos latinos parecen llenarse de lágrimas. «Si no queda otro remedio…», dice, comenzando a desabrocharse acto seguido. Su polla salta como un cachorro entusiasmado. ¿Y qué es lo que les pasa a los cachorros entusiasmados?

Bien, pues me pongo a acariciarle, pero entonces se presenta ese viejo problema: sencillamente no se me dan bien las pajas. Me lo estoy comiendo con los ojos, disfrutando de mi poder sobre él. Sus ardientes ojos contrastan con el hielo de los de Simon, el hielo, como dicen en ese anuncio, que me encantaría derretir, pero siento que se me cansa la muñeca de tanta repetición y que para mí no resulta lo bastante estimulante. No, me aburre que te cagas. Lo cual se contagia; su aspecto pasa a ser de frustración, desilusión e incluso irritación. Sin embargo, me gusta la forma en que esa fruta asoma por ese prepucio inverosímilmente largo y decido que quiero darme un festín con él.

Le miro, me relamo y le digo: «Normalmente no hago esto, pero…».

Este vasco está encantado con el plus que le ofrezco. «Oh, Nikki… Nikki, nena…».

Negocio rápidamente un precio muy bueno, sacando partido de mi favorable posición negociadora, y me la meto en la boca, asegurándome de generar suficiente saliva antes, como barrera ante cualquier acritud. Como tiene un prepucio grande las posibilidades de que su polla sepa asquerosa durante los primeros lametones son elevadas. No obstante, durante mi contacto inicial su sabor es fresco y fuerte, lo cual me hace pensar en las cebollas españolas, pero eso podría ser sólo una asociación etnocéntrica. Quizá no se me dé muy bien hacer pajas pero desde luego sé hacer una mamada: incluso de niña siempre fui del género oral, en plan chupemos-a-ver-qué-tal.

Me doy cuenta de cuándo está a punto de correrse, así que aparto de mí su

renuente pito, y él gimotea y ruega y suplica pero no estoy dispuesta a acoger su descarga. Ahora está desquiciado y mi cuerpo queda paralizado por un espasmo de temor cuando me agarra y pienso durante un par de segundos que voy a ser violada e intento determinar qué clase de violencia defensiva podría emplear. Entonces caigo en que lo único que está haciendo es frotarse contra mí como un perro, con su cálido aliento en mi oído, murmurando algo frenético en español mientras se corre sobre mi vestido.

No ha sido una violación pero tampoco ha sido consensuado, y me siento degradada. Le aparto con ira y él se desmorona sobre la cama, ahora lleno de remordimiento y disculpándose profusamente. «Ay, Nikki, cuánto lo siento…, perdóname por favor…» y se vuelve hacia su chaqueta para sacar los billetes y asegurarse de que eso sea exactamente lo que hago, mientras yo me dirijo al cuarto de baño lleno de espejos y busco una toalla, la humedezco y limpio sus secreciones.

Después está bastante encantador, sigue desbordando disculpas; me tranquilizo y acabamos el vino. Me emborracho un poco y me pregunta si puede sacarme unas Polaroids en sostén y bragas. Le suelto la rutina de la estudiante pobre y él saca más pasta. Me quito el vestido y seco la zona húmeda con el secador mientras él prepara la cámara.

Hace que pose, y me alegro de llevar puesto el wonderbra, pues saca un par de instantáneas. Me doy cuenta de que luzco un aspecto bastante cruel y desdeñoso en la primera, así que pruebo con una sonrisa de oreja a oreja para la segunda. Me preocupan mis huesudas rodillas en las fotos, y estoy segura de que he empezado a echar barriga. Animándome ante su entusiasmo y mi propia paranoia ante el deterioro, monto un numerito, exhibiendo un poco de agilidad gimnástica. Grave error, porque Severiano vuelve a mostrarse cariñoso y salta de la cama para intentar besarme. Ahora estoy preocupada, consciente de mi semidesnudez y por tanto más vulnerable. Echándome hacia atrás, levanto la palma de una mano, lo cual, acompañado de una mirada glacial, parece enfriar sus ardores.

«Perdóname, Nikki», me suplica, «soy un cerdo…».

Vuelvo a ponerme el vestido, meto el dinero en el bolso y me despido de forma elegante y dulce, dejándole en la habitación.

Me dirijo por el pasillo hasta el ascensor, experimentando una enloquecida mezcolanza de envilecimiento y de euforia, emociones ambas que parecen pugnar por la supremacía. Me fuerzo conscientemente a pensar en el dinero, y lo fácil que ha sido el trabajo, lo cual hace que me sienta mejor.

Llega el ascensor y dentro hay un joven portero con mal cutis y un carrito lleno de equipaje. Me hace un gesto seco y yo me apretujo, fijándome en el sarpullido que le cruza la mandíbula. Pero no se trata de acné, ya que sólo lo tiene en un lado de la cara. Me doy cuenta de que debe de haberse peleado o haberse rozado la cara contra

la pared o el pavimento en estado de ebriedad. Mientras descendemos me echa una sonrisa de culpabilidad y por mi parte yo le dedico lo que considero una sonrisa similar. Las puertas del ascensor se abren y salgo, con la cabeza dándome vueltas todavía, confusa. Sólo quiero salir del hotel, escapar del lugar del crimen.

De manera que voy camino de la salida cruzando el vestíbulo y logro distinguir, a través de la puerta de cristal que tengo delante, el pavimento que hay en el exterior, que refulge a causa de las farolas y la lluvia. Entonces se abre de repente y quedo horrorizada y sobresaltada al reconocer, para mi gran inquietud, quién está entrando en el hotel. Es mi puto tutor, McClymont, y camina directamente hacia mí, mientras su rostro se deforma hasta esbozar una sonrisa al reconocerme.

Santo cielo.

Su cara se arruga como un periódico hecho una bola y sus ojos se llenan con una expresión de sórdido desprecio. «Señorita Fuller-Smith…». Esa voz, áspera a la par que suave, penetra raspando mi conciencia.

Santo cielo. Noto acelerarse los latidos de mi corazón y el sonido de mis zapatos contra el suelo resulta ensordecedor. Una sensación abrumadora se apodera de mí; es como si todos los ojos del vestíbulo del hotel estuviesen posados sobre mí y McClymont, como si nos estuviesen enmarcando en el centro de un cuadro. «Hola, yo…», intento empezar, pero él me mira de forma extraña, como si conociese todos los secretos de mi alma. Me mira de arriba abajo y en la mirada de este profesor decididamente lujurioso se aprecia un destello férreo. «Tómese una copa conmigo», dice indicando la barra con un gesto de la cabeza, más a modo de orden que de ruego.

Sencillamente no sé qué decir. «No puedo…, eh…».

McClymont sacude lentamente la cabeza. «Me sentiría muy contrariado si no lo hiciese, Nicola», dice poniendo los ojos en blanco, y yo capto la indirecta. Por supuesto, ya he entregado mi último trabajo, pero aun así algo me fuerza a obedecer. Mi asistencia a clase ha sido escasa y aún podría suspenderme en esa área. Si no aguanto, mi padre me cortará la asignación y se acabó. Efectúo el humillante cambio de sentido y le sigo hasta la barra; el camarero me mira con frialdad mientras McClymont me pregunta qué quiero beber.

De modo que estoy sentada en la barra con este imbécil viejo verde y antes de que pueda tomar ventaja preguntándole qué hace aquí, él me hace la misma pregunta primero. «Esperaba a mi novio», le cuento, llevándome un vaso de whisky de malta a los labios. Esto es cosa de Simon, y es evidente que McClymont aprueba mi elección. «Pero me llamó por el móvil para decirme que había sufrido un retraso».

«Qué lástima», dice McClymont.

«¿Y usted? ¿Es este uno de los lugares que frecuenta?», pregunto.

McClymont se pone un poco rígido; resulta obvio que me considera su alumna, mujer, más joven que él o las tres cosas a la vez, y que por tanto es él quien debería

estar haciendo las preguntas. «Fui a una reunión de la Caledonian Society», dice pomposamente, «y durante el camino de vuelta a casa me pilló el chaparrón y decidí parar aquí a tomar una copa. ¿Vive usted cerca de aquí?», pregunta.

«No, en Tollcross, yo… Eh…». Me estremezco al ver entrar en el bar por el rabillo del ojo a Severiano, el varón vasco, con otro tipo trajeado. Me vuelvo, pero el tipo del traje, no el vasco, se acerca directamente a nosotros. «¡Angus!», grita, y McClymont se vuelve y sonríe al reconocerle. A continuación se fija en mí y enarca las cejas. «¿Y quién es esta encantadora joven?».

«Esta es la señorita Nicola Fuller-Smith, Rory, una estudiante de la universidad. Nicola, este es Rory McMaster, diputado del parlamento escocés».

Estrecho la mano de este cuarentón aburrido con aspecto de aficionado al rugby.

«¿Por qué no os unís a nosotros?», dice, señalando al vasco, que me mira con una mueca retorcida.

Intento protestar, pero McClymont ha cogido nuestras bebidas de la barra y las lleva a la mesa. Intento lanzarle una tensa sonrisa de disculpa al vasco, que me mira ásperamente, como si le hubiesen metido en una encerrona. Tomo asiento en una postura tan casta como permite el vestido. Me siento más impotente y objetivada aquí de lo que podría sentirme jamás follando con un desconocido frente a una lente DVC. «Este es el señor Enrico de Silva, del parlamento regional vasco en Bilbao», dice McMaster. «Angus McClymont y Nicola… eh, Fuller-Smith, ¿no es así?».

«Sí», sonrío tímidamente, sintiendo cómo me encojo en mi silla. Enrico; a mí me dijo que se llamaba Severiano. Me lanza una mirada de acongojada connivencia. «Esta señorita es su compañera, ¿no?», le pregunta a McClymont, con cierta inquietud.

McClymont se sonroja un poquito y a continuación deja que una sonrisa cruce su rostro antes de reírse: «No, no, la señorita Fuller-Smith es una de mis alumnas». «¿Y qué es lo que estudia?», pregunta Enrico, Severiano, alias «el Vasco».

Una sensación de indignación se abre paso en mi interior. Joder, no es por nada, pero estoy presente. «Estudio cine. Pero una de mis optativas son los estudios escoceses. Es una asignatura muy interesante, saben», sonrío con pena, pensando en cómo hace sólo unos minutos tenía el pene de ese hombre en la boca.

Me disculpo y me levanto para ir al lavabo, consciente de que mientras me marcho sus ojos estarán posados en mi culo, de que hablarán de mí, pero no lo puedo remediar, necesito espacio para pensar. Me siento indefensa y no sé a quién llamar por el móvil. Casi llamo a Colin a su casa —así estoy de desesperada— pero me decido por Simon. «Me encuentro en un aprieto incómodo, Simon. Estoy en el Royal Stuart Hotel, en el NewTown. ¿Puedes ayudarme, por favor?».

Simon se muestra bastante frío e irritable, y se produce un silencio de cierta duración, pero finalmente dice: «Supongo que Mo podrá apañarse sola durante un

rato. Estaré ahí enseguida», carraspea antes de colgar.

¿Enseguida? ¿Qué coño querrá decir eso? Me retoco el maquillaje, me cepillo el pelo y vuelvo a salir.

Cuando regreso a la mesa, los tres hombres se hallan sentados en lujuriosa complicidad. Han estado hablando de mí, lo sé. McClymont, en particular, está bastante bebido. Realiza una prolija e intrincada declaración acerca de algo, creo que la importancia de Escocia en el seno del Reino Unido, que termina así: «… y eso es exactamente lo que nuestros amigos ingleses no tienen en cuenta».

Lo que me revienta no es tanto su comentario como la mirada cáustica que no aparta de mí. «No le sigo. ¿Está usted haciendo una afirmación nacionalista o unionista?».

«Sólo una afirmación de carácter general», dice, arrugando los ojos.

Alargo la mano para coger mi vaso de whisky. «Es curioso, pero siempre pensé que “North Britons” era un término empleado con ironía, con sarcasmo, por los nacionalistas en Escocia. Me sorprendió descubrir que fue acuñado por unionistas que querían ser aceptados como parte del Reino Unido», digo, mirando a mi vasco y al diputado del parlamento escocés. «Así que era un término que connotaba una aspiración, puesto que ningún inglés se ha referido ni probablemente se refiera jamás a sí mismo como un “South Briton”. De modo muy parecido a aquel en que “Salve Britannia” fue escrito por un escocés. Era una solicitud de pertenencia que jamás podrá hacerse efectiva», digo sacudiendo la cabeza con tristeza.

«Exactamente», dice el miembro del parlamento escocés, «por eso creemos que…».

Sigo mirando a McClymont mientras hago caso omiso del político. «Pero, por otra parte, resulta un poco triste que Escocia aún no haya obtenido su independencia de la Unión. Ha pasado mucho tiempo. Quiero decir, fijémonos en los logros de los irlandeses».

McClymont parece muy enfadado y comienza a decir algo, pero veo a Simon entrando en el vestíbulo del hotel y le saludo con la mano. Está elegante con esa chaqueta de sport y ese top de escote redondo, pero se le ve más moreno que antes. Sí, resulta obvio que ha estado tomando rayos UVA. «Ah, Nikki, nena…, siento llegar tarde, cariño», dice, inclinándose y besándome. «¿Lista para mover el esqueleto?», pregunta, mirando a continuación a los otros hombres por vez primera. Su expresión es la de un gato mimado al que no le han dejado más que las sobras, renuente pero afilada como un bisturí, y estrecha enérgicamente la mano de cada uno de ellos. Está lleno de imperiosa grandilocuencia, con la situación completamente controlada. «Simon Williamson», espeta abruptamente, y a continuación, relajándose un poco, sondea: «Confío en que mi novia haya estado en buenas manos».

Los otros miran al vasco y prorrumpen en nerviosas sonrisas de culpabilidad. Se

encuentran desasosegados en su presencia; les ha intimidado casi sin proponérselo. Pero yo me siento horrible, humillada y, por vez primera en mucho tiempo, por primera vez desde la primera paja, me siento igual que una puta. Simon me ayuda a ponerme el abrigo y estoy contentísima de salir de ahí.

Nos metemos en el coche y caigo en la cuenta de que estoy llorando, pero la sensación de prostitución ha sido fugaz y ha desaparecido ya. Sé que mis lágrimas son falsas porque quiero que Simon me lleve a casa y a la cama. Quiero que piense que se está aprovechando de mí, cuando soy yo quien le desea y le desea esta misma noche. Pero a Simon no le impresionan las lágrimas. «¿Qué es lo que te pasa?», pregunta impertérrito mientras reduce la marcha al llegar a Lothian Road.

«Me vi envuelta en una situación que me hizo flipar un poco», le cuento.

Simon lo medita un poco y después dice con voz cansina: «Cosas que pasan», aunque, por el tono de su voz, es evidente que no a él. Aparcamos en la puerta de mi casa y miramos el cielo. Está despejado y hay montones de estrellas. Nunca había visto tantas, aquí en la ciudad no. Una vez Colin me llevó por la costa este, a una casita cerca de Coldingham, y todo el cielo era un hervidero de estrellas. Simon levanta la vista y dice: «El cielo estrellado sobre mi cabeza y la ley moral en mi interior».

«Kant…», digo con una mezcla de admiración y de consternación, preguntándome qué habrá querido decir con lo de la ley moral. ¿Sabrá lo que he estado haciendo? Pero se vuelve rápidamente; parece vagamente ofendido. No dice nada pero en su mirada hay una expresión alentadora. «Empleaste mi cita preferida de mi filósofo favorito», le explico, «Kant».

«Ah…, también es una de mis preferidas», dice, mientras su rostro prorrumpe en una sonrisa.

«¿Estudiaste filosofía? ¿Estudiaste a Kant?», le pregunto.

«Un poco», asiente. A continuación me explica: «La vieja tradición escocesa del joven prometedor de orígenes humildes. Como sabrás, se llega desde Smith y Hume a europensadores como Kant por esa vieja ruta jock central».

Hay en su tono de voz una presunción que hace que me encoja un poco, ya que me recuerda a McClymont. Es tal el deseo que tengo de no pensar así acerca de él que me aventuro: «Sube a tomar un café o a beber un vino conmigo».

Simon echa una ojeada a su reloj. «Un café sería lo mejor», dice.

Subimos las escaleras y yo vuelvo a agradecerle su intervención, esperando que me pregunte por el tema, pero él le quita importancia. Ya en el pasillo el corazón se me para, pues se cuela un rayo de luz por debajo de la puerta del cuarto de estar. «Dianne o Lauren deben estar quemándose las cejas», le explico en voz baja, acompañándole hasta mi habitación. Se sienta en la silla y acto seguido, al ver mi estante de compact discs, se levanta e inspecciona la colección, con una expresión

que permanece inescrutable.

Voy a hacer un poco de café y vuelvo al dormitorio con dos tazas humeantes. Cuando llego allí, él está sentado en la cama leyendo un libro de poesía escocesa moderna, uno de los libros de texto para la clase de McClymont. Deposito las tazas sobre la alfombra y me siento a su lado. Él deja el libro y me sonríe.

Quiero comérmelo, pero en esos ojos hay algo duro y frío como el granito que hace que lo postergue. Me atraviesan, sondean mis entrañas. De pronto se llenan de un increíble calor que habría sido inconcebible hace sólo un segundo. El resplandor que despiden es tan fuerte que me quedo pasmada; me siento informe, sin magnitud ni densidad. Lo único de lo que tengo conciencia es del deseo que experimento por él. Entonces le oigo decir algo, una frase en un idioma extranjero, antes de que sus manos estrechen suavemente mi rostro. Se entretiene un poco, empapándose de mí con esos ojazos de color ébano; a continuación me besa: en la frente, después en ambas mejillas, cada uno de sus besos fuerte y suave a la vez, explotando con precisión, enviando datos emocionantes al ahora nebuloso centro de mi ser.

Soy consciente de que mi cuerpo y mi mente se escinden; noto la fuerza de la separación vibrando en aparente concierto con el radiador de la calefacción central que está a nuestro lado. Mientras él acaricia mi espalda pienso en las rosas rojas, en los pétalos cerrados abriéndose y me dejo caer sobre la cama. Es en este momento cuando se apodera de mí una repentina fuerza de voluntad y pienso: me está cambiando, yo también tengo que alterarle, y mi brazo rodea su cabeza, tiro de él hacia mí y le beso con tanta fuerza que nuestros dientes entrechocan. Después beso y lamo sus ojos, su nariz, saboreando el reguero salado que va de las aletas nasales hasta el labio superior, y después las mejillas y la boca otra vez. Mis manos sueltan su cabeza para desplazarse a su torso y tiro hacia arriba de su top pero él no levanta los brazos para ayudarme mientras me desliza el vestido de los hombros. Pero no muevo los brazos, porque le estoy clavando suavemente las uñas en la musculosa carne de su espalda, de modo que se produce un impasse; él tampoco logra sacarme el vestido. Entonces consigue, de algún modo, como un carterista maestro, abrir el cierre de mi sujetador a través del vestido. Desplazándose hacia mi delantera, aparta el vestido y el sujetador con una violencia que hace que suelte su espalda, porque si no lo hago, los breteles de mi vestido se desgarrarían. Acto seguido libera mis pechos y todo se ralentiza mientras los acaricia, tocándolos con un reverencial asombro, como un niño al que le hubiesen confiado el cuidado de una mascota suave y peluda.

Una vez más me mira profundamente a los ojos, y con una expresión sincera, casi triste, dice: «Parece que tendrá que ser ahora».

Entonces él se pone en pie y se quita el top mientras yo bajo las piernas de la cama, me incorporo y me quito primero el vestido y después las bragas. Siento un calor tan palpitante entre las piernas que casi espero que los pelos de mi pubis estén

en llamas. Levanto la mirada y Simon se ha quitado los pantalones y los calzoncillos Calvin Klein blancos; durante una fracción de segundo estoy atónita porque es como si no tuviera pene. ¡Ha desaparecido! Durante ese breve instante casi pienso que está castrado, y medito como una loca que eso, ¡qué no tiene polla!, explicaría su reticencia a hacer el amor. De pronto me doy cuenta de que sí tiene, ay sí, desde luego que tiene; sólo que desde mi ángulo visual la polla me apunta directamente, como una pistola cargada. Y la quiero. Quiero sentirla dentro ahora. No quiero tener que decirle que podemos hacer el amor más tarde; más tarde te la puedo chupar, tú me lo puedes comer, masturbarme, explorarme del modo que quieras, pero, por favor, quitémonos esto de encima, fóllame ahora mismo, en este mismo instante, porque me estoy abrasando. Pero él se limita a mirarme a los ojos y asentir, joder, el tío me hace un gesto de asentimiento, como si adivinara todo lo que estoy pensando. Ahora está encima y dentro de mí, llenándome, prolongándome, empujando hasta llegar a mi mismo centro. Jadeo, me ajusto y él se pone más duro, pero me doy la vuelta y nos convertimos en una masa que se retuerce, se dobla y se agita, y no sé quién la ralentiza pero volvemos a saborearlo, y después la velocidad de nuestro amor se infla como una fuerza autónoma y nos aporreamos el uno contra el otro en una puta guerra de uno contra uno que parece de todos contra todos.

Durante un segundo siento como si hubiera derrotado a ambos, a él y a mí; y quiero más, más de lo que él podría dar jamás, más de lo que nadie podría dar jamás. Entonces la fuerza se acumula como algo que se hubiese desencadenado en mi interior y huyese antes de agarrarme y arrastrarme consigo. Llego al orgasmo en explosiones sucesivas y furiosas, y sólo al remitir este me doy cuenta de que he estado chillando con fuerza, y pienso: espero que ni Lauren ni Dianne estén en casa ya que parecería exhibicionista y ridículamente teatral. Simon lo interpreta como permiso para hacer lo que necesita hacer; me aparta el pelo de la cara y aprieta mi rostro contra el suyo, obligándome a mirarle a los ojos mientras se corre con tal intensidad que su orgasmo prolonga el mío. Después me aprieta contra su pecho y al captar fugazmente su mirada estoy casi segura de ver una lágrima. Sin embargo, no deja que me mueva para comprobarlo y salir de dudas; me sujeta con fuerza y, de todos modos, estoy totalmente agotada. Yacemos entre las ruinas de la cama empapada en sudor y lo único que pienso, mientras me quedo dormida con su sudor, su olor y el olor a frito ya viejo del sexo en las fosas nasales, es en lo bien que sienta que la follen a una como es debido.

38. CHANCHULLO N.° 18744

Ha sido una agradable sorpresa, como es habitual tratándose de una llamada al móvil blanco. Por supuesto, el revolcón con Nikki fue excelente, pero estaba por medio el síndrome del primer polvo: por bueno que sea, siempre hay un elemento de compulsión que uno no puede dejar de encontrar desagradable. Más tarde, cuando me disponía a marcharme, me preguntó si estaba jugando con ella. Como comentario era más juguetón que serio, o quizá su brevedad estuviese destinada a ocultar algo de más peso a la vez que servía de indicador. No importa, porque es igual que en cualquier otro deporte: los más dotados saben que uno siempre se concentra más en el propio juego que en el del adversario. Así que sonreí enigmáticamente y no le respondí. Que les den a los progres que no paran de parlotear acerca de la «sinceridad» en las relaciones: vaya un aburrimiento tan colosal. No: las relaciones son una cuestión de poder y ahora es el momento de dejar enfriar las cosas con ella. Se vendrá abajo antes que yo, lo sé, y ese será un momento dulce. Le digo que he cambiado de teléfono y le doy el número del móvil rojo. El mejor momento es ese: cuando borras el número del móvil blanco y lo metes en el rojo.

Fue una bien rara cuando me pilló mirando las estrellas en la puerta de su casa. Le solté aquella cita de una canción de Nick Cave y pensé que me estaba llamando cabrón.[31] No me di cuenta que se refería a Kant el filósofo. Incluso llamé a Renton para cerciorarme. Él opina que Cave levantó esa línea palabra por palabra de un libro de Kant. ¿En qué clase de mundo estamos cuando tus letristas favoritos te decepcionan con unos plagios tan chapuceros?

Sí, el revolcón fue excelente. Su grado de forma física, potencia y flexibilidad es impresionante y eso significa que tendré que controlarme el peso y seguir haciendo visitas al gimnasio. Pero el subidón que me proporciona no es nada en comparación con el que me pega al entrar en la papelería Barr's al principio de Leith Walk y comprar la primera edición del News. La noticia sale en la página seis con una foto del menda y otra del jefe de policía Roy Lester, un tipo sorprendentemente joven con un bigote que hace que parezca un extra de los Village People. Me acerco al lado, al Bar de Mac, para tomarme una Beck's mientras leo con avidez:

LA CRUZADA ANTIDROGA DE UN
PROPIETARIO DE PUB EN LEITH
Barry Day

El propietario de un pub en Leith le ha declarado la guerra a los implacables traficantes de drogas asesinas como el éxtasis, el speed, la marihuana y la heroína. Simon Williamson, vecino de Leith y nuevo

propietario del Port Sunshine Tavern de Leith, se sintió asqueado cuando descubrió a dos jóvenes tomando pastillas en su bar. «Pensaba que lo había visto todo, pero aquello me dejó pasmado. Lo que ya me superó fue la falta de pudor y el descaro con que lo hacían. La llamada cultura de la droga está en todas partes. Hay que detenerla. He visto de cerca la capacidad que tiene de destrozar la vida de la gente. Propongo algo más que una campaña, propongo una cruzada moral. Ya va siendo hora de que los empresarios obremos en consonancia con lo que pensamos». El señor Williamson regresó a su Leith natal hace poco tras una temporada en Londres. «La verdad es que me dan pena muchos de los jóvenes de ahora, que no tienen otras oportunidades que las que ofrece una vida al margen de la ley. A fin de cuentas, soy un ser humano. Pero llega un momento en que hay que decir basta y quitarse los guantes de seda. Hay demasiada gente sentada en habitaciones sombrías compadeciéndose de sí misma…».

Excelentes noticias para un tal Simon David Williamson. La fotografía presenta a un Williamson de aspecto muy serio en la barra, con el subtítulo: La amenaza de la droga: Simon Williamson teme por la juventud de Edimburgo. Pero lo mejor de todo es el editorial que acompaña al periódico:

Leith puede enorgullecerse de tener un empresario local con principios, Simon Williamson, cuya nueva iniciativa marca el comienzo de una lucha de base contra la plaga que ha infestado nuestra comunidad. Aunque tales problemas sean internacionales y en modo alguno se limiten a Edimburgo, las iniciativas locales pueden desempeñar un papel decisivo en su erradicación. El señor Williamson encarna el nuevo Leith, progresista y orientado hacia el futuro, pero al mismo tiempo en posesión de un sentido de la responsabilidad hacia la gente de «toda la vida», en particular los jovencitos víctimas de los malvados traficantes, cuyo único objetivo es destrozar y destruir vidas jóvenes. Los granujas deberían tener presente, no obstante, que el lema de Leith es «Persevera» y que eso es exactamente lo que está haciendo Simon Willianison. El News apoya sin reservas su campaña.

Maravilloso. Apuro la copa y vuelvo al piso, donde me preparo una enorme raya para celebrarlo. Mi campaña. Adoran a los esforzados. Me remonto a Malcolm McLaren y los Pistols. Pues bien, Malcolm, ese viejo y desgastado manual tuyo está a punto de ser modernizado.

Decido coger un taxi hasta casa de mi madre. Cuando llego allí, está absolutamente encantada. «¡Estoy tan orgullosa de ti! ¡Mi Simon! ¡En el Evening

News! ¡Con todo lo que tuve que pasar con las drogas esas!».

«Ha llegado la hora de las compensaciones, mamá», le explico, «sé que en el pasado no he sido lo que se dice un angelito, pero ha llegado la hora de enmendarse».

Echándole miradas de pertinaz suficiencia a mi viejo, cita del periódico. «¡Todo por los jóvenes! ¡Sabía que acabaría yendo por el buen camino! ¡Lo sabía!», le canturrea triunfalmente a mi padre, a quien no parece convencerle lo más mínimo su entusiasmo mientras permanece sentado, impasible, observando las carreras. Siempre las tiene puestas, aunque ahora ya no apueste nunca.

De modo que por qué no restregárselo por la cara al viejo cabrón. «También tengo nueva novia, mamá, y esta es un poco especial», le cuento mientras me da otro abrazo. «Ay, hijo…, ¿has oído eso, Davie?».

«Hmm», gruñe el viejo bribón, levantando la vista para mirarme con escepticismo. Los poseedores de un abono de los Bellacos Trotamundos siempre reconocerán un rostro conocido en la Tribuna de los Sinvergüenzas. No importa, pater, Simon David Williamson sigue estando capacitado para cumplir. David John Williamson, por otra parte, es un nombre del pasado, hecho polvo y amargado que no ha logrado otra cosa que darle a una mujer santa y buena una vida infernal durante años.

Me acuerdo que cuando era niño le admiraba muchísimo y, seamos justos, era cariñoso conmigo. Me llevaba a todas partes, incluso a casa de sus amiguitas. Solía sobornarme para que no se lo contase a mi madre. Cierto, en aquel entonces siempre me trataba bien. Los otros chavales solían decirme: «Ojalá mi padre fuera más como el tuyo». Pero de repente, en cuanto llegué a la pubertad y empecé a interesarme por los chochos, se acabó.

Era un competidor al que había que evitar y minar en todo momento. No le sirvió de mucho, de todas formas, porque para entonces ya iba de un lado para otro. «¿Has escogido algún ganador imaginario, papá?», le pregunto.

«Uno o dos», dice a regañadientes; sólo se esfuerza por mostrarse cortés porque ella está en la habitación. Si estuviéramos solos, se limitaría a dejar el periódico, mirarme fijamente y gruñir: «¿Qué es lo que has venido a buscar aquí?». Esa sería toda la puta bienvenida que me brindaría.

Mi madre sigue dale que te pego con mi chica especial, y de pronto me doy cuenta de que en realidad no estoy seguro respecto de quién hablaba, sólo que necesito una en mi vida. ¿Quiero decir Nikki, tras la aventura de anoche, o Alison, que va a venir a trabajar al bar, o será la weedgie regordeta en quien pienso? Probablemente. Parece que no pueda ver más allá del chanchullo. Si este sale bien, será la obra de un genio. Quienquiera que se convierta en mi nueva dama, lo va a tener crudo con mamá. «Siempre y cuando cuide de mi chiquitín y no intente llevarse a mi bambino», ronronea amenazadora ante la ramera invisible.

No me quedo demasiado tiempo; a fin de cuentas, tengo que dirigir un bar. Pero apenas he salido por la puerta cuando suena el móvil verde; es Skreel, que tiene información que darme. «Ya me he ocupado del tema», me cuenta.

Le expreso rápidamente mi eterna gratitud y, a continuación, sin perder un instante, llamo al bar, dejando a Mo y a nuestra nueva empleada, la encantadora Alison, que se las apañen, mascullando algo acerca de una conferencia del sector hostelero que se me olvidó mencionar. Me voy directamente a Waverley y me subo al tren con destino a Glasgow. Llevo el guión conmigo y repaso el orden de rodaje de las escenas. Primero haremos las escenas de sexo, limitándonos a rodar montones de ellas. Empezaremos con la orgía y de ahí nos remontaremos hacia atrás. Cuando me bajo en Villajabonosa, tengo una erección que queda chafada de inmediato (y gracias a Dios) cuando veo a Skreel esperándome en el andén. Parece lo que es, un hombre tan arrasado por el jaco que siempre tendrá ese porte traumatizado y esos ojos de alucinado. Esa es la gran diferencia, ese aspecto de intensa ruina que separa a los ex adictos de clase obrera de sus homólogos de clase media. Es la suma del caballo más la cultura de la pobreza y la carencia total de cualquier otra experiencia o expectativa. Eso sí, Skreel lo lleva mejor de lo que incluso el más optimista de los cabrones podría haber esperado. La fatal sobredosis de su amigo Garbo con mandanga de gran calidad debió espabilar mucho su mente. Ahora está limpio, bueno, tan limpio como pueda estarlo un esquivajabones. Pregunta por Renton, lo cual me consterna, y también por el viejo y célebre piojoso de la costa este. «¿Qué tal Spud, cómo le va?».

Sacudo la cabeza en un juicio sombrío acerca de un hombre que otrora fuera amigo pero a quien ahora podría describírsele como conocido apenas tolerado. No, eso es incorrecto, se parece más a un puto adversario. En mi opinión, Murphy debería venir a vivir aquí, no es más que un weedgie desplazado. «La verdad es que no ha avanzado mucho, Skreel. Puedes darle un consejo a alguien pero… A ver, que yo llevo años haciendo todo lo que puedo con él…». Hago una pausa, meditando acerca de este engaño, pero bueno, supongo que lo hice dentro de mi nivel de competencia, «todos lo hemos hecho», añado piadosamente.

Ahora Skreel lleva el pelo largo para ocultar esas orejotas que parecen puertas de taxi abiertas. La nuez se le menea detrás de una perilla rala y raída. «Lástima, es un tío majísimo». «Spud es Spud», sonrío, casi saboreando la defunción del idiota mientras pienso en cómo yo y Alison… No, olvida eso. Lesley. Tengo una extraña y persistente sensación en el pecho y no puedo dejar de preguntar. «Lesley… ¿Todavía anda por aquí?».

Skreel me echa una mirada dubitativa. «Sí, pero no vayas a joderla».

Me sorprende que siga viva. Creo que la última vez que la vi fue en Edimburgo, poco después de que muriera la pequeña Dawn. Después oí que estaba en Glasgow, que andaba por ahí con Skreel y Garbo. Después oí que se había metido una

sobredosis. Supuse que había acabado igual qué Garbo. «¿Sigue enganchada?».

«Nah, déjala en paz. Está limpia y en orden. Casada, con un crío».

«Me gustaría volver a verla, por los viejos tiempos».

«No sé dónde para. La vi una vez en el Buchanan Centre. Ahora anda por el buen camino y se ha puesto las pilas», insiste. Se nota que quiere mantenerme alejado de Lesley, pero no importa, porque tenemos cosas más importantes de las que ocuparnos.

Además, aquí el representante de SDW no le ha fallado, desde luego. Entramos en el Clydesdale y el chaval al que señala detrás de la ventanilla parece perfecto: una percha obesa de porte indolente, unos ojos apagados, casi sedados, sentado tras unas gafas a lo Elvis Costello. Cuando esa zorra calentorra le tire los tejos, la sangre fluirá del cerebro a la entrepierna y estará a su entera disposición. Desde luego, Nikki hará que hable en idiomas que ni conoce, lleno de gratitud mientras le limpia el retrete con su cepillo de dientes. En efecto, este es mi chico. O más bien el de ella.

Me debe una por sacarla del lío aquel con los tres tipos trajeados anoche. Tenían aspecto de querer metérsela los tres a la vez. Estaba un poco desconcertada; ella, tan guay, pija y sexy. Este trabajo exige agallas y espero que sea tan lanzada como creo.

En cuanto a mí, apenas puedo esperar para empezar con la chica de mis sueños. Me siento tan Terry-Thomas-en-transatlántico-con-viuda-acaudalada,[32] que me toco debajo de la nariz para asegurarme de que no me haya crecido un bigotón. Mi chanchullo, mi película, mi ambiente.

39. «… CUESTIÓN DE TETAS…»

Lauren ha regresado de Stirling. Me pregunto qué habrá ocurrido en el hogar paterno para producirle una inyección tan vigorosa de espíritu de convivencia. Casi se disculpa conmigo por ser una entrometida a la vez que sostiene, por supuesto, que me equivoco. Afortunadamente, suena el teléfono y es Terry, que nos invita a tomar un almuerzo líquido. Quiero ir, ya que dentro de dos días tenemos un compromiso para filmar escenas de sexo, así que quizá sea buena idea llegar a conocerle mejor. Tuve que convencer a Lauren un poco, ya que quería celebrar nuestro hermanamiento recién descubierto fumando un porro y riéndonos con el telediario antes de acudir a la clase de esta tarde. No obstante, insistí, e incluso logré que se pusiera un poco de rímel y de lápiz de labios, y nos dirigimos al centro.

Justo cuando me dispongo a salir, suena el teléfono otra vez; ahora es mi padre. Me siento culpable por mis actividades de la otra noche en el hotel mientras él está dale que te pego con Will; sigue negándose por completo a aceptar que un hijo suyo pueda ser maricón. ¿Cuál es la diferencia entre sus dos hijos? Ambos chupan pollas, pero su hija lo hace para ganarse la vida. Apenas puedo esperar a colgar y salir.

El Business Bar es uno de esos lugares que está a mitad de camino entre un club y un pub, con una cabina de DJ y unas torres en una esquina. Está a tope porque corre el rumor de que N-Sign va a hacer un bolo aquí; al parecer es un viejo amigo del hermano de Rab, Billy, y de Juice Terry. Terry nos presenta a Billy, que está bastante bueno. De hecho, cuando miro a Rab, me da la impresión de que es una versión desleída de su hermano. Billy sonríe y estrecha nuestras manos con un ademán que resulta bastante caballeroso y un tanto anticuado sin resultar en absoluto afectado. Se le ve tan en forma y tan saludable, que confieso que me produce una inmediata reacción hormonal, pero vuelve a meterse detrás de la barra, demasiado ocupado como para que se pueda flirtear con él.

Terry intenta ligar con Lauren, quien se encuentra muy incómoda. Llega un momento en que le dice que mantenga las manos quietas. «Perdona, muñeca», dice Terry levantando las manos hacia el cielo, «pero es que soy un gachó de tipo táctil, eh».

Ella arruga la cara y se marcha al excusado para tomarse un descanso. Terry se vuelve hacia mí y dice tranquilamente: «Habla con ella. ¡Pero qué neuras le dan! Si alguna vez hubo una tía necesitada de una buena ración de polla… Lo que yo te diga».

«A decir verdad, estaba un poco más tranqui antes de que empezaras», le tomo el pelo, pero me resulta muy difícil discrepar con él. Si alguien estuviera follándose a Lauren, ella estaría en deuda con él, porque efectivamente la tranquilizaría un poco. Dispone de demasiado tiempo y lo único que hace es frustrarse, ponerse ansiosa y

preocuparse por chorradas. Las chorradas de los demás.

«¿Ese que está en la mesa de la esquina no es Mattias Jack?», le pregunta Rab a Terry.

«¡Sí!… Perdón, ¡ja! Billy me contó que la semana pasada estuvieron aquí Russell Latapy y Dwight Yorke. Donde hay futbolistas hay chochos», sonríe Terry. «Pero qué me dices de estas dos, Rab, ¿acaso no son un par de sueños?». Ahora rodea mi cintura con un brazo y extiende el otro, como invitando a Lauren, que ya se aproxima, a sumarse. Sin embargo, ella se mantiene a distancia de él y mira el reloj. «Me voy a clase».

Rab y yo captamos la indirecta. Apuramos nuestras copas, dejando a Terry bebiendo alegremente con Billy en la barra. Al salir, sonrío: «Nos vemos el jueves».

«No veo llegar el momento», grita con entusiasmo Terry.

«Disculpad por toda esa mierda», dice Rab mientras subimos por el North Bridge pasando por delante del nuevo Scotsman Hotel.

Aunque hace un día soleado, hay un viento fuerte y ruidoso que me está desarreglando completamente el pelo. «Ha sido divertido. Deja de disculparte por tus amigos, Rab; sé cómo es Terry y me parece cojonudo», le digo, atusándome el cabello y tratando de colocármelo detrás de las orejas. Veo cómo Lauren, que está dándole bocados a un KitKat, hace acopio de valor y arruga la cara ante el viento, maldiciendo y parpadeando rápidamente al metérsele en el ojo una partícula de polvo. Pienso en que ahora toca el seminario de Bergman y casi estoy tentada de no ir, ya que en esta asignatura estoy adelantando. Me aguanto y me siento culpable por aburrirme, mientras que Rab y Lauren están totalmente absortos. Después no me apetece quedarme por ahí; Rab se larga y Lauren y yo volvemos a casa, donde Dianne ha preparado algo de pasta.

La comida está estupenda, excelente a decir verdad, pero casi me atraganto al verla a ella en la televisión. La sensacional medallista británica, como la llama Sue Barker, Carolyn Pavitt. Y Carolyn luce una sonrisa dentuda y un pelo teñido de rubio, que se está dejando crecer un poco. Está de lo más cursilona pero con un toque sutil de dinamismo que a John Parrot y a un futbolista invitado les pone los dientes largos. Espero que el equipo de Ally McCoist zumbe a esa tiparraca tonta y tetiplana y la dejen en evidencia como la imbécil que es. ¿«A Question of Sport»? ¿Qué coño sabrá ella de deportes? Debería llamarse cuestión de tetas. ¿Y las tuyas dónde están, eh, guapa?

Entonces vuelvo a mirar. Tiene tetas. La miro horrorizada y boquiabierta y me doy cuenta: ¡se las ha operado! La arpía sin tetas, medallista olímpica en gimnasia antídoto de la lujuria, además del rubio de bote y las fundas dentales, se ha puesto unos implantes de pecho en preparación para una nueva carrera en los medios.

Joder, yo conozco a esa puta tiparraca embustera e hipócrita…

Esta noche Dianne se marcha a casa de sus padres. Lauren y yo nos quedamos en casa a ver más televisión. Un programa cultural en el que un grupo de intelectuales discute el fenómeno de las novelistas japonesas semiadolescentes le pone de mal humor. Muestran una selección de fotografías de sobrecubierta en las que se ve a chicas jóvenes y guapas en imágenes casi de porno blando. «Pero ¿saben escribir?», pregunta uno de los entendidos. Un Profesor de Cultura Popular, completamente en serio, ladra con impaciencia: «No veo que eso tenga la menor importancia».

¡A Lauren eso le enfurece mucho! Fumamos algo de costo y nos entra la gusa. Yo me como otro plato de pasta y Lauren abre una botella de vino tinto. Sólo he tomado una segunda ración pequeña pero decido que ha sido una comida demasiado pesada y, pensando en la Polaroid que me sacó Severiano/Enrico, voy al retrete y la vomito, cepillándome los dientes y tragando un poco de leche de magnesia para calmarme las paredes estomacales.

Cuando regreso, observo comer a Lauren con envidia; para ser una chica tan menuda come muchísimo. Ella es como les gustaría ser a todas esas chicas del mundo del espectáculo que dicen que no son anoréxicas y que comen como caballos. No obstante, sabemos que mienten. Pero nuestra Lauren no. Siempre anda mordisqueando algo. El tinto no tarda en desaparecer y abrimos una botella de blanco. Es una noche relajante y resulta como en los viejos tiempos, yo y ella, solas, una noche de chicas en casa. Entonces llaman a la puerta y Lauren se incorpora del susto y a continuación pone mala cara. «No abras», me pide. Me encojo de hombros, pero la llamada es persistente.

Me levanto.

«Ay, Nikki, no…», suplica Lauren.

«Quizá sea Dianne; podría haberse dejado las llaves o algo».

Abro la puerta y no es Dianne, claro está, es Simon y sonríe de oreja a oreja. Tiene un aspecto tan deslumbrante, está tan para comérselo, que tengo que dejarle pasar aunque sé que está jugando conmigo. Cuando entra en el cuarto de estar a Lauren se le cae el alma a los pies. «Olí la pasta», dice con una amplia sonrisa, mirando su plato casi vacío. «Es el espagueti que llevo dentro», dice radiante.

«Si quieres, hay. Ha sobrado bastante», le digo mientras veo cómo Lauren mira para el otro lado.

«Gracias, pero ya he comido», dice, y se da una palmadita en el estómago mientras posa su mirada en Lauren. «Bonito top», le dice. «¿Dónde lo compraste?».

Ella le mira, y por un momento pienso que va a decir: «¿Y a ti qué coño te importa?», pero farfulla: «Bah, sólo es de Next». Se levanta y lleva su plato a la cocina; después la oigo ir directa al cuarto de baño y me pregunto si era esa la reacción que Simon pretendía provocar con su comentario.

Como para confirmarlo, enarca las cejas y baja la voz. «A esa chica le hace falta

arreglarse de qué manera», canturrea en un suave e impaciente tono de conspirador. «Aunque es una chica muy guapa. Eso se nota, incluso por debajo de toda esa ropa tan horrible que lleva. No será lesbiana, ¿verdad?».

«No lo creo», le cuento, casi riéndome.

«Lástima», dice meditabundo, con una sensación de remordimiento casi palpable.

Entonces sí que se me escapa una carcajada, pero él permanece impasible, así que especulo: «Cuando veo a Lauren, siempre me acuerdo del primer capítulo de Middlemarch, de George Eliot».

«Refréscame la memoria», solicita Simon, y añade: «Soy un tipo bastante leído, pero no se me dan demasiado bien las alusiones».

«La señorita Brodie poseía ese tipo de belleza que los vestidos más sencillos parecen poner de relieve, y su perfil, su figura y su porte se revestían de mayor dignidad en razón de la sencillez de sus trajes», cito.

Simon parece darle algunas vueltas a esto y decidir a continuación que no le impresiona. Eso hace que me sienta mal y que me odie a mí misma por ello. Debería mandarle a tomar por culo. ¿Por qué se me ha hecho tan importante de pronto el beneplácito de este hombre de dudoso carácter?

«Escucha, Nikki, tengo una propuesta que hacerte», dice en tono solemne.

Ahora la cabeza empieza a darme vueltas. ¿A qué se refiere? No le doy importancia. «Lo sé todo acerca de esa clase de propuestas», le informo. «Me tomé una copa con Terry. A la hora de cenar. No creo que resista hasta el jueves».

«Ya, es un gran día», dice él, meditabundo, «pero no, esto no tiene nada que ver. Me gustaría que me ayudases en la, eh, faceta financiera de las cosas. Es una cuestión estrictamente empresarial».

¿Estrictamente empresarial? ¿Después de lo de la otra noche? ¿Qué pretende decirme? Y entonces empieza a hablarme de este extraño plan suyo que suena tan emocionante, tan intrigante, que no me queda otro remedio que aceptar.

Sick Boy, qué duda cabe.

Sé que intenta jugar conmigo, con lo de las flores y todo eso, pero eso es exactamente lo que yo intento hacer con él. Toda la intimidad, toda la ternura de la otra noche, han desaparecido. Ahora sólo soy una socia, una estrella del porno. Estoy atravesando un campo minado y lo sé pero no puedo detenerme. Está bien, Sick Boy, jugaré a este juego durante todo el tiempo que tú quieras. «Hoy he conocido al hermano de Rab, Billy. Parece simpático», le digo, a la espera de alguna reacción.

Simon enarca una ceja. «Business Birrell», dice. «Es curioso, no supe que era hermano de Rab hasta la despedida de soltero. Se nota el parecido. Tuve un pequeño roce con él hace años, cuando acababa de abrir el Business Bar. Estaba allí con Terry, que iba vestido con mono de currante. Nos embolingamos un poco. Le dije a Business: “El boxeo es un deporte un poco burgués, ¿no?” Pretendía mostrarme

irónico, pero creo que no se percató. De todos modos, nos prohibió la entrada», se ríe, al parecer con más desdén que celos por el hermano de Rab.

«Es un buen local el que tiene ahí abajo», sostengo.

«Sí, pero él no es más que el testaferro. El Business Bar es propiedad de los elementos con pasta que están detrás de Billy Birrell», brama con amargura. «Él no es más que un camarero de relumbrón. Si no me crees, pregúntaselo a Terry». Puede que Simon no esté celoso de Billy pero desde luego lo está de su bar. Hay que reconocer que tiene un poco más de categoría que el Port Sunshine.

«Escucha, Nikki…», empieza Simon, «respecto a la otra noche…, me gustaría salir contigo alguna vez como mandan los cánones. El viernes me voy a Amsterdam a ver a mi viejo amigo Renton, por algo que tiene que ver con la mierda esta de la financiación. El jueves rodamos, así que después tocará borrachera. ¿Qué tienes que hacer mañana?».

«Nada», digo demasiado apresuradamente y Con gañas de añadir «follar contigo» pero absteniéndome. Debo mantener la calma. «Bueno…, tenía pensado ir a la piscina municipal. Después de terminar mi turno en la sauna».

«¡Estupendo! Me encanta ese sitio, además, uso el gimnasio. Podemos quedar allí y después te llevo a cenar. ¿De acuerdo?».

Estoy más que de acuerdo. El corazón me late a mil por hora porque ahora lo tengo pillado. Es mío, y eso significa que, bueno…, ¿qué significa? Significa que es mi película, mi cuadrilla, mi dinero: lo significa todo.

Después de eso no se queda mucho rato, y Lauren reaparece, enormemente aliviada por su partida. «¿Qué quería?», pregunta.

«Ah, sólo me estaba dando algunos detalles acerca de la película», digo mientras me fijo en cómo arruga el rostro.

«Ese tío se adora a sí mismo, ¿verdad?».

«Desde luego. Cuando quiere meneársela, primero reserva habitación en un hotel», le digo.

Por primera vez en mucho tiempo las dos nos reímos al unísono y estrepitosamente.

Bueno, aún no le conozco tan bien, pero albergo fuertes sospechas de que para Simon la autoestima nunca ha sido excesivo problema. Pero ahora se trata de él y yo; inevitable e inexorablemente.

40. CHANCHULLO N.° 18745

La comida en Sweet Melindas, en Marchmont, estuvo de muerte. Nos encontramos en la piscina municipal; Nikki estaba tan arrebatadora con aquel bikini rojo que pensé que me daba un ataque. Temeroso de perder el autocontrol, me lancé a nadar y ella igualó entusiasmada mis dieciséis largos, que vienen a ser unos treinta en una piscina normal. Después nos fuimos en taxi hasta el restaurante. Ella, más que preciosa, estaba casi etérea, tan radiante a causa del ejercicio, que apenas pude mantener la vista en el taxímetro. Creo que Nikki se sintió un poco molesta de que la llevase a un restaurante de barrio en lugar de a uno céntrico, pero eso cambió en cuanto vio el ambiente, el servicio y ante todo el marisco que ofrecen. Yo disfruté de un calamar frito con mayonesa de Pernod y cebolletas, mientras que Nikki enloquecía con unas vieiras gigantes fritas con salsa de chiles dulces y crema fresca. Elegí un buen Chablis para acompañarlo todo, y abundantes pedazos de ese magnífico pan artesano.

No puedo pensar otra cosa que en llevarla a casa; la imagen de ese cuerpo perfectamente tonificado bajo un bikini rojo me achicharra los sesos hasta el punto de que me resulta difícil hablar e incluso pensar en chanchullos. Y ella no se corta en tomar la iniciativa. En el asiento trasero del taxi, me abre la bragueta y mete una mano dentro mientras me devora el rostro con desconcertante ferocidad. Hay un punto en el que el dolor que me producen sus dientes al morderme el labio inferior es tan severo que casi chillo y la aparto.

Paramos y pagamos al taxista; todavía llevo la bragueta abierta, y al entrar en la escalera, ella empieza a desabrocharme el cinturón. Yo le saco la rebeca por encima de la cabeza y le levanto el top para quitarle el sostén. Nos despedazamos el uno al otro en la escalera y la puerta que hay frente a la mía se abre y un tipo medio pedófilo que vive con su madre se asoma tras ella y la cierra de golpe. Saco las llaves y abro la puerta del piso mientras Nikki se baja los tejanos negros de piel vuelta y mis pantalones caen al suelo al pasar adentro, y cierro la puerta de una patada. Le quito los vaqueros y le saco esas bragas blancas de encaje y le chuperreteo el coño, que sabe ligeramente al cloro de la piscina, disfrutando de las exploraciones de mi lengua, y después chupando su clítoris con fuerza. Noto sus uñas clavándose en mi cuello, después en un lado de la cara; me cuesta respirar, pero ella me empuja hacia atrás y se mueve; no abandono ese dulce chochete pero ella se retuerce para alcanzar mi polla. La ataca con la lengua, y le da golpecitos precisos y eléctricos, rodeándola después con la boca. Este impasse se prolonga durante algún tiempo, hasta que instintivamente rompemos el contacto, nuestras miradas se encuentran y las cosas se tornan lánguidas y lentas como en un desastre automovilístico. Nuestras manos están por todas partes, como reflejos de las caricias pacientes, casi clínicas, del otro. Noto todos y cada uno de los músculos, tendones y ligamentos bajo su piel, suave como el

plumón, y siento cómo ella me explora con aspereza, como si separase lentamente mis carnes del hueso.

La cosa se calienta y ella me inmoviliza con la tremenda fuerza que tiene en esos muslos de apariencia tan engañosamente menudos. Ha cogido el extremo de mi polla y lo restriega contra su felpudo, y a continuación se la mete poco a poco. Follamos lentamente hasta llegar ambos al orgasmo. Después nos tambaleamos hasta la cama y nos tumbamos sobre el edredón. Me estiro y saco del cajón una papela de coca. Al principio, ella se muestra reacia, pero preparo un par y, colocándola boca abajo, seco el huequecito de la espalda en la base de la columna vertebral con el extremo del edredón. Casi atragantándome ante el precioso culo que tengo delante, echo una raya sobre ese recoveco que hay al final de su espinazo y esnifo. Mi dedo se posa entre sus nalgas, sobre ese ojete que parece un mohín del revés, lo que hace que se tense un poco, lanzándose a continuación dentro de su vagina empapada. Entonces, cuando el subidón de la coca me atraviesa como el tren de Norwich cuando pasa por la estación de Hackney Downs, vuelvo a metérsela y ella se pone de rodillas, sacudiéndose y empujando contra mí. «Esnífala…», jadeo, señalando la raya que hay en la mesita de noche.

«No… me… meto… esa… mierda…», suspira, mientras se retuerce hacia atrás como una serpiente, ensartándose sobre mi polla con un poderío feroz y un control magnífico.

«¡Qué te la metas, joder!», grito, y ella me mira con una retorcida mirada lasciva y dice: «Ay, Simon…» y se estira para coger el billete y esnifa mientras me la follo, ralentizándome para que pueda pasar la aspiradora, después de lo cual voy a por ella tan fuerte como puedo con las manos alrededor de su estrecha cintura; la serpiente sinuosa se ha puesto rígida y somos como las dos partes de un pistón y gritamos al unísono al corrernos.

Follamos un par de veces más durante la noche. Al sonar la alarma, me levanté y preparé una tortilla de patatas y un café italiano. Después del desayuno volvimos a follar otra vez. Nikki se fue a la universidad y yo me metí una raya, me tomé otro exprés doble, puse algo de ropa y de artículos de tocador en la bolsa para el Dam, me la eché al hombro y me fui a trabajar, lánguido y exultante.

No hay nada como entrar en ese puto sitio para cortarte el rollo. Tengo problemas, e intento determinar si son cuestión de personal o culinarios. De todo un poco, ya que parece que hay una gallina vieja al borde de la explosión. «¿Otra vez a Amsterdam? ¡Si acabas de estar! No hay derecho, Simon, no hay derecho», dice Mo, mientras limpia la barra.

«Moira, sé que he estado un poco exigente últimamente, pero hemos traído a Alison para aportarte ayuda extra. Se trata de una reunión de negocios tres crucial», le cuento, dejando a la vieja sargenta refunfuñando para sus adentros.

Al llegar al aeropuerto hace un frío espantoso. Como era de esperar, retrasan mi vuelo y ya casi es de noche cuando me encuentro con Rents en su piso. Se respira cierto ambientillo Chez Rents; las cosas están muy tirantes entre él y la tal Katrin, cosa que yo no alivio (afortunadamente) al regalarle a ella unos perfumes Calvin Klein que compré en el duty-free. No está mal para un chocho de tercera división. «Para ti, Katrin», sonrío, sosteniendo la mirada pero topando sólo con acero teutón por su parte. La pequeña Kraut[33] esta podría tener un polvo notable, sin duda. Tras un par de compases, la mirada fija se suaviza y hasta se la ve un tanto coqueta. «Vaya, muchas grraaacias…», dice, arrastrando las palabras.

Por supuesto, todo esto lo hago para mosquear a Renton, pero si le molesta, no me da la satisfacción de mostrarlo. Salimos para el Café Thysen mientras el onanista pelirrojo llama por el móvil a algún amiguete suyo que quiere que conozca. Al parecer, el tipo trabaja en la distribución de porno por aquí. Pues sí, este hijo de puta resulta útil. La idea que hemos parido consiste en abrir dos cuentas bancarias en Zurich, en diferentes bancos, una para un fondo general cinematográfico y la otra para producción. Las instrucciones para el primer banco son que en cuanto la cuenta general sobrepase las 5000 libras, cualquier dinero excedente sea transferido a la cuenta de producción del banco número dúo. «Los bancos suizos no hacen preguntas», explica Renton, «y al utilizar dos, eso significa que el dinero es prácticamente ilocalizable. Aquí los emplean todos los que están metidos en el porno, y también alguna de la gente de los clubs verdaderamente grandes».

«Excelente, Rents. Hagámoslo», le digo. Seguimos largando, pero después de un rato parece distraído, y yo sé por qué. «¿La encantadora Katrin no piensa unirse a nosotros para tomar una copa, Mark?», digo con una sonrisa mientras cruzamos un puente empinado para llegar hasta el pub de la esquina.

Él farfulla algo a modo de respuesta al llegar al bar.

Es un bar precioso además, un viejo brown bar holandés, con suelo y paneles de madera y unas enormes ventanas que dejan pasar la luz, cada vez más escasa. Me detengo a admirar el panorama, de modo que sea Renton quien tenga que sacar la primera ronda. Las costumbres arraigadas son difíciles de corregir. «Mak ik twee beer», le dice a la sonriente camarera.

Después de un rato, aparece su amigo, un holandés llamado Peter Muhren, al que se refiere como «Miz». Al parecer, Miz es distribuidor de lo que él prefiere denominar «erotismo para adultos». El aspecto de este sujeto hace pensar que la palabra «sórdido» se inventó pensando en él. Es delgado, con pelo negro y corto, un rostro marchito, agudos ojos de roedor y una barba sucia y rala. No perderé de vista a este cabrón insidioso. Mientras nos lleva al barrio chino, parlotea por los codos: «Tengo una pequeña oficina en Neuizuids Voorburgwall. Distribuyo vídeos desde ahí, desde mi propia compañía de producción, cosas de amigos, importaciones europeas y

americanas incluyendo gonzo[34] y porno casero si está bien hecho. Si las tías están potentes, la imagen es buena y el sexo imaginativo o lo bastante entusiasta, entonces lo cojo», dice, tirando de una anilla. Enteradillo asqueroso de mierda.

Nos dirigimos al barrio chino y subimos por una estrecha escalera hasta llegar a su oficina. Al fondo hay una habitación separada por una mampara de vidrio con una enorme suite para editar vídeos, un par de monitores y una consola. Se diría que gran parte del trabajo de Miz transcurre aquí. Me explica que importa mogollón de DVDs americanos y los edita en plan pirata, recortando y pegando las escenas para hacer nuevas películas. «Es todo cuestión de edición», dice con aire indiferente, «eso y el embalado. Utilizo el programa de autoedición de un amigo».

Miz intenta hacerse pasar por un pez gordo, pero yo ya he visto toda esta mierda en Londres. Impresiona bastante en lo que se refiere a la pasta que mueve, pero no supone un reto demasiado grande. Al cabo de un rato me aburre y sugiero que levantemos la sesión para tomar otra cerveza.

Salimos, pasando junto a los escaparates de neón rojo de las putas. Ahora empiezo a recordar cosas acerca de este lugar. «¿Te acuerdas de la primera vez que vinimos aquí, Rents, cuando teníamos dieciséis años?». Me vuelvo hacia Miz. «Cada uno tenía un turno con un putón asqueroso. Lo echamos a suertes y a Rents le tocó entrar el primero; yo me quedé esperando fuera. Cuando me tocó a mí, la tía me dice: “Espero que aguantes más que tu amigo. Terminó enseguida, pero después me preguntó si podía quedarse aquí sentado un rato, así que le preparé un café”. Así que cuando salgo yo un par de horas más tarde, dejándola más jodida que si le hubiese pasado por encima un tren bala japonés…». Me río mientras el viejo pubis-rojo bufa algo acerca de ser tan rápido como un tren bala japonés. Pero sigo adelante, ahogando su penosa acotación. «Le digo a este gilipollas: “¿Qué? ¿Estaba bueno el café?”».

Acabamos en un club. Rents entra como Pedro por su casa, venga a saludar con inclinaciones de cabeza a todo dios, como si tuviera la polla al menos doce centímetros más grande que la cosilla flaca y pálida que asomaba entre esos ridículos pelos púbicos coloraos en las fotos que solíamos hacer por la parte de atrás de las cristaleras de las paradas de autobús. Me produce una extraña sensación volver a estar con él. Sienta horripilantemente bien, no hay nada de esa nostalgia triste y lamentable, y el hecho de que sigamos desconfiando el uno del otro le da a toda la empresa un puntazo que te cagas.

Meneo un poco el esqueleto y bebo un par de cervezas, pero me lo tomo con calma. Al cabo de un rato, Rents me lleva a una esquina, y como en los viejos tiempos, su punto débil sigue siendo, pese a toda su estoica capacidad de observación, que cuando alcanza una masa crítica de alcohol, es incapaz de dejar de hablar. Parece peor que nunca, mientras me cuenta cómo ahora casi no bebe y que rara vez se mete pirulos. Afortunadamente para él, uno mismo suele estar demasiado

bolinga para acordarse de lo que dijo. Pero esta vez no, Rent Boy. «Las cosas no están funcionando con Katrin», me cuenta. «Tengo claro que voy a volver por una temporadita. Me gusta este chanchullo, incluso es posible que funcione…». Vacila por un instante. «Begbie sigue en el trullo, ¿verdad?».

«Aún le quedan unos cuantos años, según me cuentan».

«¿Por homicidio? Vete a tomar por culo», se mofa Renton.

Sacudo lentamente la cabeza. «Franco no ha sido lo que se dice un preso modélico. El muy capullo le ha dado la del pulpo a unos cuantos en el talego. Y a un par de boquis también. Han tirado la llave por la taza del water», digo barriendo el aire con el dorso de mi mano.

«Estupendo. Entonces probaré a ver».

Buenas noticias para Simone de Bourgeois, o traducido, Simon el burgués inminente. Después la noche se anima un poco, pues Miz nos suministra algo de coca que le han pasado unas mariconas marroquíes, una de las cuales me lanza sonrisas tontonas, como si su viscoso culo pudiera interesarme. Me voy al water con el bacalao y me meto una raya por cada aleta.

Después de una discusión acerca de drogas y razas en la que Renton me acusa a mí de hacer una observación racista, vamos a sentarnos con Miz. «A mí no me montes el numerito antirracista, Renton, que ese guión es mío. No tengo ni un pelo de racista», le digo. Me fijo en que Miz está conversando con una chica con una nariz gigantesca. Parece empezar en mitad de su frente y acabar justo encima de la barbilla donde reside una hermosa boquita. Joder, parece tan… Quiero hacerle el amor de forma tan crucial, no hablar con Renton, que ahora me farfulla al oído algo acerca de la cocaína.

Y la tía de la encantadora y enorme tocha ha desaparecido; me vuelvo hacía Miz y le pregunto quién es, y él me dice que sólo es una amiga, y yo le digo: «¿Tiene novio? Encuéntrala. Dile que me gusta. Dile que me la quiero follar».

Miz pone una expresión seria y dolida: «Eh, tío, estás hablando de una buena amiga mía».

Me disculpo de forma transparentemente falsa, y como él carece de todo sentido de la ironía, acepta la disculpa a regañadientes. Me levanto para ir a buscar a la chica en la barra, pero en lugar de eso acabo hablando con Jill de Bristol. No sé si sabe leer, escribir o conducir un tractor, pero tiene pinta de poder empujar como un estibador. A la postre queda demostrado que tenía razón, ya que pasamos la mayor parte de la noche haciendo eso mismo alegremente en su habitación de hotel. Llamo a Rents por el móvil y me suelta un malhumorado «¿Dónde te metiste?».

Le informo de que conocí a una encantadora jovencita, en tanto que él puede volver a casa con su tía majarona y disfrutar de la única clase de jodienda que ha conocido jamás: la mental. Sustituyamos a Katrin por… ¿cómo se llamaba aquella tía

chiflada con la que salía antaño? Hazel. En efecto, cuanto más cambian las cosas, más sigue todo igual.

La tal Jill es una calentona, una tía totalmente carente de pretensiones que hace lo que hacen las tías carentes de pretensiones cuando están de vacaciones, y menos mal, hostias. A la mañana siguiente, cumplimos con las acartonadas formalidades del intercambio de números de teléfono.

Estoy un poco molesto por no tener tiempo de gorronearle un desayuno a su hotel, ya que he de regresar al piso de Renton y recoger mi bolsa de deporte. Al llegar allí casi espero hallar a Rents en un agradable cuarteto con Miz y los marroquíes, pero es Katrin quien abre la puerta en bata y me deja pasar. «Simahn…», dice de esa forma tan tenebrosamente teatral.

Renton está levantado, cubierto sobre el sofá con una bata de felpa de color naranja, haciendo zapping como de costumbre. Todo un bombardeo de zanahorias. «Mark, mi móvil se ha quedado sin saldo, ¿me dejas el tuyo? Sólo necesito enviarle un mensaje al yogurcito caliente este».

Se levanta y se saca el teléfono del bolsillo de la chaqueta.

Tecleo el texto:

Hola guapton. Q ganas tengo dvolver a dart x culo. Spro q l cárcel no t lo haya aflojado dmasiado. Pronto volverá a ser mió. Tu viejo compinx.

Saco la libreta de direcciones y tecleo el número de Franco. Mensaje enviado. Llámame Cupido.

Me despido apresuradamente y me voy a la estación, donde pillo el tren que lleva al aeropuerto justo a tiempo. En el tren sudo al pensar que Renton haya podido llevarse algo de valor, y compruebo el contenido de la bolsa. Mi magnífico jersey Ronald Morteson sigue ahí. Más importante, ¿habrá visto algo que me delate? Sé cómo piensa, lo habrá mirado todo con lupa. No, parece que todo sigue ahí.

Me bajo del avión, me meto en un taxi y me voy al pub. Rab está allí con un par de sus amigos estudiantes y montones de aparatos. Betacams, DVs, cámaras de ocho milímetros, un monitor, cacharros de sonido y de luz. Me presenta a los estudiantes como Vince y Grant y yo les dejo subir a la parte de arriba.

Tenemos un plato minimalista: un montón de colchones encima del suelo. Mientras instalan el equipo y empiezan a aparecer los protas, el ambiente se pone tope emocionante. El corazón se me para cuando aparece Nikki bailando, acercándose sigilosamente y ronroneando: «¿Qué tal por Amsterdam?».

«Excelente, luego te cuento», le digo con una sonrisa, volviéndome para saludar con la mano a Melanie al verla entrar. Mi protagonista secundaria es una chica muy sexy —en el mismo sentido en que en ocasiones una cena de fish and chips puede ser exactamente lo que uno desea— pero no es haute cuisine para nada. Debería ser

hermosa, pero las circunstancias económicas y sociales han hecho que se conduzca de un modo distinto al de Nikki. Cuando me pongo a pensar de esta forma, doy gracias al Señor por tener una madre italiana.

Mi reparto, mi equipo de rodaje. Menudo hatajo. Aparte de Mel, Gina y Nikki, están Jayne, su amiga puta-de-sauna y la sueca (o noruega) Úrsula, que no es tan agraciada como su nombre sugiere, pero que es una máquina de follar total. También está Wanda, la puta de Mikey, que parece un poco trastornada con esos ojos de picota, sentada en una esquina con las piernas cruzadas. Estamos presentes mi menda, Terry y sus amigos folladores Ronnie y Craig. A Rab y a sus amiguitos estudiantes se les ve un poco incómodos.

Durante el ensayo se hace patente que voy a tener problemas con Terry y su peña. Las partes de sexo no se les dan mal, práctica no les falta, pero no comprenden la diferencia entre follar para la cámara y hacer una peli porno. Además, como actores son atroces. Incluso los diálogos más rudimentarios —y son de un rudimentario que te cagas patas abajo— los pifian sin excepción. Mi idea es ir incrementando su confianza empezando por aquello que son capaces de hacer. Así que primero rodaremos las escenas de sexo, empezando por la orgía, que es la escena final, pero que les animará, y que debería contribuir a engendrar cierto espíritu de compañerismo.

Son tantos los problemas fundamentales. A Melanie le he asignado el papel de una adolescente, que debería ajustarse más o menos a la edad que tiene. Pero observo sus brazos, donde lleva tatuados los nombres «Brian» y «Kevin». «Melanie, se supone que eres una virgen inocente. Hay que tapar esos tatuajes».

Ella levanta la mirada entre una humareda de Embassy Regal, y después echa una risita con Nikki. Gina mira a su alrededor como si quisiera follar con todas las personas que hay en la habitación, y después despedazarlas y devorarlas. Muy lanzada. Lástima que sea un callo.

Doy una palmada para recabar atención. «Muy bien, amigos. Venga, niños, venga. ¡Escuchad! Hoy es el primer día del resto de vuestras vidas. Lo que habéis hecho hasta ahora es porno casero. Ahora estamos haciendo una película para adultos como mandan los cánones. Así que la capacidad para ponerse manos a la obra, parar y volver a empezar es crucial. ¿Os habéis aprendido todos vuestros diálogos?».

«Sí», dice Nikki arrastrando la voz.

«Supongo», se cachondea Melanie.

Terry se encoge de hombros de un modo que me indica que el cabrón no se ha aprendido una puta mierda. Siento cómo los ojos se me ponen en blanco y mi cabeza escudriña el techo en busca de inspiración. Menos mal que hemos empezado por la parte del folleteo.

Melanie y Terry están deseosos de poner manos a la obra. Se quitan la ropa con

naturalidad y los amigos de Rab se ocupan del equipo. La verdad es que resulta raro observar a Juice Terry en pelota picada, mientras Rab me enseña el plano a través del monitor de la Betacam. Enciendo una de las grabadoras de vídeo digital y les encuadro para cogerles a ambos en el fotograma. Grant refunfuña un poco a cuenta de la iluminación, que provoca reflejos perturbadores, y Vince nos dice que está ajustando el volumen idóneo de grabación. «¡Acción! Venga, Tez, deja ese felpudo bien reluciente», le digo, y no es que necesite que le den ánimos, porque va directo hacia ella, trabajándola con los dedos y con la lengua. Yo me centro lentamente en ellos, con mi ojo invasor sobre esa lengua chuperreteante y esa húmeda raja. A ella, sin embargo, se la ve un poco acartonada, así que corto. «Pareces un poco tensa, Melanie, cariño», comento.

«Es que con todo el mundo mirando no consigo relajarme y disfrutar», protesta ella. «No es como en el pub cuando lo hacemos todos a la vez».

«Pues tendrás que hacerlo. Así es el negocio del porno, cielo», le digo. Observo a Nikki mirándoles, desvergonzada y depredadora, esa lengüecita afilada lamiendo partículas de sal de cornamenta de esos labios levemente crueles, y noto cierta inspiración. Soy capaz de leer en una hembra como en un libro abierto, y ella está que arde por entrar en danza. «A ver, una nueva regla en el plato. U os quitáis la ropa u os vais abajo a tomar por culo», digo, desabrochándome el cinturón.

Rab, de pie detrás del trípode, parece avergonzado. Mira a Nikki y después a Gina, que ya se está quitando la camiseta. Nikki también empieza a quitarse la suya y me detengo durante un segundo para admirar el movimiento con el que se la pasa por encima de la cabeza. Joder, esta tía está súper en forma. De un modo bastante saludable, deportivo, en plan monitora de educación física, Nikki le dice al equipo de rodaje:

«Venga, chicos», mientras se quita el sostén y exhibe esas tetas morenas, firmes como rocas, que envían una poderosa señal de radar a mi entrepierna. Se desabrocha la falda y a continuación se baja las bragas y se las quita, dejando a la vista un chorrete recién afeitado.

«Nik-ki…», digo involuntariamente, de un modo que recuerda a Ben Dover en sus vídeos, con ese matiz de aprecio absolutamente esencial.

«Lista para entrar en acción», dice, con un mohín y un ronroneo.

Hostia puta, esta es la tía que tendría que haber conocido hace años. Habríamos dominado el mundo. Todavía lo haremos.

Concéntrate, Simon. Me refugio detrás del objetivo, tratando de pasar de golpe a la disposición de ánimo «técnica».

Ahora son las tetazas de Gina las que andan dando botes por todas partes y los ojos de Terry se salen de sus órbitas. A veces me consterna esa preferencia tan sórdida que tiene por la cantidad en detrimento de la calidad.

El pobre Rab todavía está cagado, pero se nota que quiere quedarse. «Yo sólo me ocupo de la parte creativa…, mi prometida va a tener un niño…, no quiero hacer esto…, ¡quiero ser cineasta, no una puta estrella del porno!».

«Bueno, el equipo de rodaje que haga lo que quiera, pero yo pienso ambientarme», anuncio, quitándome la camiseta y echando un vistazo al espejo de la pared. La tripa no tiene demasiada mala pinta, el gimnasio y la dieta empiezan a hacerse notar. Engordo con facilidad, pero adelgazo igual de fácilmente. Sólo hace falta cierto ajuste fino del régimen; nada de fritos, espirituosos en lugar de cerveza, gimnasio tres veces por semana en vez de una sola, caminar en lugar de coger el buga, coca sí, hierba no, y sí, volver a fumar. Resultado: los kilos salen volando.

Wanda levanta la mirada del suelo y anuncia con un deje yonqui que los tíos más sexys son los que siguen vestidos, lo cual nos desconcierta a mí y al resto de protas. «¿Ves, Rab? Tienes tirón entre las putas yonquis», dice Terry, y Wanda le hace un corte de mangas desganado.

Mi táctica ha dado resultado, de todas formas, porque pronto Terry y Melanie van a tope y yo me pongo cachondo. Entonces Nikki se me acerca y me dice: «Creo que me gustaría sentarme en tu regazo».

Estoy a punto de responderle con un «lárgate, estoy dirigiendo», pero lo que sale de mi boca en un jadeo casi inaudible es: «Vale», mientras esas deliciosas nalgas descienden graciosamente sobre mis muslos. Siento cómo se me endereza la polla y se acomoda en el hueco de su espalda mientras observamos a Terry y Melanie en acción. Tengo que mantener la concentración, recordar que estoy en la silla del director. «Túmbate, Terry; siéntate sobre ella, Melanie…». Disciplina.

Mel le está chupando el rabo a Terry, dándole lametones a la punta, chupándolo a lo largo, y después de un rato, Terry la tumba sobre el respaldo de la gran silla acolchada…, Nikki se retuerce un poco, acoplándose más contra mí…

La disciplina saciará mi hambre…

Los codos de Mel están apoyados sobre la silla y Terry se la ha metido por detrás. El pelo de Nikki cae en cascada sobre su espalda, su olor a melocotón entra y sale de mis fosas…, amenazando con aturdir mis sentidos…

La disciplina calmará mi sed…

Ahora Terry la está sacando y yo escupo algunas palabras de ánimo mientras mi mano descansa distraídamente sobre el muslo de Nikki, en esa piel suave, perfecta y sedosa…

La disciplina me hará más fuerte…

Terry vuelve a meterla y ahora él y Mel follan como dos resortes; Mel marca el ritmo, golpeando hacia atrás contra su rabo como si tratara de engullirlo. Terry luce esa expresión distraída y autosatisfecha que a los hombres se les pone cuando disfrutan del sexo, como si no fuera nada del otro jueves. Esa especie de acotamiento

del terreno para evitar correrse cuando se está con una tía que mola o con un feto, sólo que en ese caso es para que se te mantenga tiesa. De todas formas, por lo que se refiere a lo fundamental, es lo mismo.

… si antes no me mata…

Decido cortar en ese punto. «¡Corten! ¡Para, Terry! ¡PARA!».

«Qué cojones…», rezonga Terry.

«Vale, Mel, Terry, quiero que probéis con la reverse cowgirl, el plano clásico imprescindible para una película porno».

Terry me mira y gimotea: «Así no se puede echar un buen polvo».

«No se trata de que eches un buen polvo, Terry, se trata de que parezca que echas un buen polvo. ¡Piensa en la guita! ¡Piensa en el arte!».

Echo una mirada fugaz alrededor para ver que los demás, con excepción de Rab y el equipo de rodaje, están sobándose unos a otros. Gina me mira con una sonrisita de depredadora en el rostro. Me pregunta: «¿Cuándo nos toca a nosotros?». «Ya te lo diré», digo con un gesto de la cabeza, con la plena intención, ya en este momento, de que la mayoría de sus escenas no sobrevivan al proceso de edición.

Melanie tiene una buena percha para la posición Juan Pablo II (como los del oficio denominamos a la reverse cowgirl o RC); menuda y ágil, pero con algo de fuerza. Terry se limita a permanecer tumbado, con esa tranca que gasta cabalgada por Melanie. La coge de la cintura con las manos mientras altera el ritmo y penetra un poco más y ella le mira con el ceño fruncido. «Así se hace, Terry, gánate el sustento. ¡Follala! Mel, intenta mantener la mirada sobre la cámara. No dejes de mirar a la cámara. Fóllate a Terry, pero ama al objetivo. Terry no es más que un puto atrezzo, un apéndice de tu propio placer. Tú eres la estrella, nena, tú eres la estrella…». Nikki ha echado las manos detrás de su espalda y ha rodeado mi mástil con una mano. «Tú eres preciosa, eres la protagonista de este espectáculo».

Aparto suavemente a Nikki y a continuación, poniéndome en pie y tomándola de la mano, grito: «¡Corten!». Entonces le explico a Nikki: «Quiero verte allí, chupándosela a Terry. Terry, lo estás haciendo estupendamente. Ahora cómele el coño a Mel mientras Nikki te la chupa».

«¡Pero quiero correrme!», gimotea mientras Ursula se le acerca con unas toallas, y pone mala cara antes de aproximarse a ellas para limpiarse.

«Venga, Tel», le grito, «no seas tan ingrato, joder. He dicho que tú le comías el coño a Mel mientras Nikki te la chupaba. Tú sí que tienes una vida dura».

Resolvemos ese plano. Ver a Nikki chupársela a Terry hace que me sienta raro, sobre todo porque parece que le encanta. Me siento aliviado cuando termina y hacemos una pausa para comer, o al menos lo hacen los demás. Rab y yo repasamos lo que hay filmado en el monitor. Tengo que llamar a los demás por el móvil porque no hacen más que quedarse sentados en el puto pub. Nikki parece haber estado

bebiendo; probablemente lo necesite para darse valor. Es curioso, pero empiezo a sentirme de esa forma incómoda y posesiva respecto a ella. No m e gusta la idea de Lawson follándosela en celuloide. Y lo peor está por llegar.

Gina sigue quejándose. «Yo, Ursula, Ronnie y Craig aún no hemos hecho nada».

«Metemos a cada uno por turno, hasta llegar al clímax», vuelvo a contarle. «¡Paciencia!». Pongo a Terry y a Mel a bombear de nuevo. «Ahora prueba con su culo, Terry», digo. «Venga, Lawson, a ver un poco de acción anal…».

En realidad no hace falta que le motive: es como animar a Drácula a ir a por la yugular. Terry se quita de encima a Mel, la tumba y coloca sus piernas sobre sus hombros. Escupe con ferocidad, introduciéndole el lapo en el ojete, y a continuación la mete poco a poco. Le hago un gesto a Nikki, y cada uno coge una de las nalgas de Mel y las separa mientras Terry empuja. Le he indicado a Rab que vigile la posición de las cámaras para que tengamos un primer plano de la acción culera y otro de la cara de Mel para que podamos ir de uno a otro al editar.

A Melanie le rechinan los dientes y hace muecas (toma de rigor para los yonquis del poder misóginos que quieren ver «sufrir a la zorra»), pero al encontrarse a gusto y hallar el espacio para alojarle, pone esa expresión distraída (toma de rigor para las yupis románticas perezosas y transgresoras que han tenido un día muy duro en la oficina y sólo quieren arrellanarse en el sillón y gozar de una relajante porculización). Es importantísimo que las expresiones cubran todas las bases emocionales. En esencia, el porno es eso, un proceso social y emocional. Cualquiera puede hacer interacción genital… Nikki me besa con fuerza en los labios y baja hasta mi polla, y veo a Rab de pie junto a la barra y a Gina mirándole y después poniendo cara de enojo, y Craig le chupa los pezones a Wanda mientras yo pienso que ninguno de ellos me controlará jamás…, y entonces me doy cuenta de que falta algo. «¡Corten!», grito, mientras Nikki empieza a chuparme la polla.

«¿Qué?». Terry sigue bombeando. «¡Estás de broma, joder!».

Nikki se saca mi polla de la boca y me mira.

«No, Terry, no, venga. Tenemos que hacerlo en la posición cowgirl. RCA. Reverse cowgirl anal».

«Joder…», dice este, pero la saca.

Nikki mira a Terry y después a Mel. «¿Qué tal?», pregunta. Mel parece bastante satisfecha. «Al principio duele, pero luego le coges el tranquillo. Terry lo hace muy bien, siempre la mete directamente. Algunos chicos no saben cómo hacerlo, machacan ese trocito de piel, el perineo, y hacen que duela mucho y se queda en carne viva. Terry sabe meterla directamente», dice.

Terry se encoge orgullosamente de hombros. «Experiencia, eso es todo».

«Las noches de Saughton, ¿eh, Tel?», bromeo; Rab Birrell se ríe y Gina también: una tía que lleva escrito en grandes letras «Destino: cárcel de mujeres de Cortón

Vale» por todas partes. Entusiasmándome con el tema, canto la melodía de Summer Nights de Grease: «But ah-ha, those Saughton nights… tell me more… tell me more…».

Las risas proliferan y hasta Terry se apunta.

Nikki, sin embargo, parece estar con un ánimo serio y formal, cogiendo la batuta y mudando de piel, ansiosa por pasar a otras cosas. «Escucha, Mel», dice Nikki. «¿Sabes, lo que me pareció verdaderamente hermoso, lo que realmente me puso cachonda? ¿Fue cuando Terry te escupió sobre el culo? ¿Y luego te lo introdujo en el culo? ¿Me dejarías que te lo hiciera yo?».

«Vale, si quieres», sonríe Mel.

A Terry le da igual, pero yo estoy eufórico. En efecto, aquí la estrella es Nikki. La chica tiene madera. ¿Alex McLeish?

Los depredadores empezarán a dar vueltas a su alrededor salvo que la comprometamos pronto, Simon. Piensa en Agathe, Latapy…[35]

Creo que es algo que tiene que pasar, Alex. No te preo cupes, me lo estoy currando. Entre bastidores pasan muchas cosas.

Pero ahora mismo vuelvo a mi puesto de entrenador al recordarle a Terry que esto es un deporte de equipo y que tenemos que mantener la disciplina y la forma física. «Recuerda, Terry, no te corras con Mel. Tienes que sacarla, meneártela y correrte en su cara. Recuerda la narrativa pornográfica, la sucesión de secuencias: mamadas, caricias, comidas, folladas, distintas posiciones, anal, doble penetración y, finalmente, tomas de corridas. Recuerda la vieja rutina del campo de entrenamiento».

Terry pone una cara un poco dubitativa ante todo esto. «No me mola follarme a una tía sin vaciarle la tubería dentro».

«Recuerda, Terry, esto no es sexo. Esto es una interpretación, es una puesta en escena. No importa que lo disfrutes o no…».

«Claro que lo disfruto, es la sal de la vida», dice.

«… porque tú y yo no somos más que pollas. Es todo lo que somos. Las tías mandan».

Al fondo, Ronnie y Ursula repasan una rutina y Craig se folla a Wanda, que está ahí tumbada como un cadáver. Ellos no son más que el decorado, pues yo estoy preparando la acción principal aquí en la proa.

«Estoy listo», dice Terry empalmándose, mientras Rab observa con expresión inescrutable. Ese capullo de Grant está retrasando las cosas con las luces. Acto seguido, estamos listos para empezar. Le hace un gesto a Rab y Vince anuncia que estamos grabando con sonido.

«¡ACCIÓN!».

Así que empezamos a rodar; Nikki escupe con energía sobre el ojete de Melanie. Gina le chupa el rabo a Terry y Mel, en plan cangrejo, está lista para acomodarse

encima de ella. Entonces, justo cuando baja, se abre la puerta y entra Moira.

«Simon…, oh…», traga con fuerza, los ojos saliéndosele de las órbitas, «… es…, eh…, ha venido aquel hombre del Sunday Mail. Han traído un fotógrafo…». Se da la vuelta y sale, cerrando de un portazo.

El puto Sunday Mail… fotógrafo… qué cojo… recuerdo vagamente que esta noche tengo una reunión del Foro de Empresarios de Leith Contra la Droga, pero para eso aún falta un buen rato…

Acto seguido escucho un grito terrible a mis espaldas. Me vuelvo y veo que Mel ha resbalado, y que ha caído encima de Terry con todo su peso.

«¡AAGGHHH! ¡CABRONAAA!», aulla Terry, agonizante.

Melanie se levanta y dice: «Ay, Terry, de verdad que lo siento, se cerró la puerta y me entró el susto y me resbalé…».

Se trata de la polla de Terry; da la impresión de que se la ha roto. Está estrujada y se le ha puesto negra, morada y roja. Está gritando y Nikki telefonea a una ambulancia con el móvil mientras yo pienso: el puto Sunday Mail… ¿Qué cojones vamos a hacer si se le ha jodido la polla? Joder, es el prota masculino… «Rab, hazte cargo, acompaña a Terry al hospital…».

«Pero que…».

«¡Tenemos a la puta prensa abajo!».

Cuando llego allí, veo a un saco de escoria sensacionalista joven y ávido que uno puede imaginarse haciendo el mismo trabajo con un cochino impermeable de aquí a veinte años. «Tony Ross», dice tendiéndome la mano. Yo estoy cagado a cuenta de la presencia del fotógrafo y miro a Mo, que me hace señas de perplejidad. «Hemos venido por lo del Foro de Empresarios de Leith Contra la Droga. Estamos preparando un artículo para el periódico».

«Ah…, qué oportuno. Precisamente estaba a punto de salir para la primera reunión, cerca de los Assembly Halls. Vengan conmigo», les ruego, ansioso por sacarles de aquí.

«Necesitamos tomar unas fotos del bar», dice el cámara con un mohín.

«Pueden tomarlas en cualquier momento. Vengan a los Assembly Rooms y conocerán a los principales animadores», le explico al plumilla mientras salgo por la puerta, obligándole a él y al aturullado cámara a seguirme.

Pero Moira también me acosa, haciéndome señas con la mano para que vuelva. «Simon», me espeta, «¿qué es lo que está pasando?».

«Es una cuestión de primeros auxilios, Mo. Terry no se encuentra bien. ¡Toma el mando!».

Mientras bajo por Constitution Street con los periodistas detrás, me doy cuenta de que voy a llegar demasiado pronto a la reunión pero le digo al tío que está en la puerta de los Assembly Rooms: «Qué mal rollo, pensé que eran las siete y media». El

tal Tony Ross sugiere que volvamos al Port Sunshine, pero yo le conduzco a Nobles. Eso me da la oportunidad de soltarle el rollazo acerca del proyecto antidroga, pero estoy un poco distraído; me preocupa la polla de Terry y los retrasos que pueda ocasionarnos. Me disculpo, salgo fuera y llamo a Rab por el móvil verde. La cosa no pinta bien.

Después me llevo a Ross y al fotógrafo de vuelta a los Assembly Rooms de Leith para la sesión inaugural de nuestro Foro de Empresarios de Leith Contra la Droga. Paul Keramalandous es el hombre fundamental con el que asociarse: un publicitario yupi que promociona el alcohol para los magnates empresariales de la droga que intentan mantener la cuota de mercado de sus productos.

Paul destaca entre los demás. El resto de integrantes de este Foro Empresarial de Leith Contra la Droga son los clásicos ciudadanos consternados, es decir, mamones que no tienen ni puta idea, que no han tenido ni tendrán jamás experiencia alguna de lo que son las drogas ni conocerán siquiera a alguien que la tenga. Hay un par de tenderos de Leith de toda la vida, pero la mayoría representa a los incipientes negocios de mínimo riesgo. Hay un tío del consejo municipal, un alcohólico de cara colorada al que se le acabó el fuelle hace veinte años y que asiste erre que erre a reuniones fúnebres a las que nadie más quiere ir.

Ross hace algunas preguntas, su amiguete saca unas fotos, pero pronto se aburren y se marchan, cosa que no les reprocho en absoluto. Hay cierta pericia en la mesa, pero procede de aproximadamente tres de las cabezas presentes; los demás no llegan ni a cortos de entendederas. Al menos tienen la sensatez de guardar silencio, lo cual asegura que la discusión progrese inteligentemente. Decidimos solicitar un fajo de pasta destinado por algún departamento gubernamental u organismo semiautónomo a fines de educación local y elegimos un comité para administrar los dineros y llevar los negocios del grupo. Ya he hecho bastantes buenas migas con mi amigo de origen mediterráneo Keramalandous, y secundo su candidatura a presidente, sintiéndome seguro de que él me corresponderá en lo que respecta al papel que yo prefiero. Desde luego, tendré mucho gusto en ser el Gordon Brown de este Tony Blair y adopto un ademán de escocés adusto y prudente en lo fiscal. «Es una tarea ingrata, pero no me importa ser tesorero», le digo al rebaño de rostros reprimidos que hay alrededor de la mesa. Joder, si esta cuadrilla representa a la crema del empresariado de Leith, entonces el puerto debería estar muy preocupado en lo que se refiere a la estabilidad de su supuesta regeneración. «Me explicaré, estoy plenamente convencido de que debería ser alguien que se dedique al manejo de dinero. Creo que tratándose de dinero público es importante no sólo que todo sea legítimo, sino que se vea que es legítimo».

Por toda la mesa se producen montones de cabeceos entusiastas.

«Muy sensato. Yo propongo a Simon como tesorero», dice Paul.

Moción secundada y aprobada. Tras una reunión interminable y aburrida, me

llevo a Paul al Nobles Bar a tomar una copa, y así logro dar esquinazo al tipo del municipio, que se quedó coleando por ahí esperando que le invitaran. Los chupitos caen que da gusto y nos embolingamos un poco. «Ese jersey», me pregunta, «¿no es un Ronald Morteson?».

«Desde luego que sí», asiento con orgullo y energía, «pero ojo: pura lana de oveja de las Shetland, no de Fair Isle». Tras la barra hay una tía joven y de aspecto atractivo y le dedico una sonrisa de las de flash. «A ti no te he visto antes por aquí».

«No, empecé la semana pasada», me cuenta.

Entablamos un poco de charla cachonda, y Paul se suma con entusiasmo sin darse cuenta de que todo esto lo hago por él. A diferencia de cuando era adolescente y veinteañero, ahora sólo hago el esfuerzo de ligar en serio si parece probable un evidente logro financiero además de sexual.

En el Noble's la hora de cerrar llega demasiado pronto, así que tras confirmar que a Paul le van tanto la priva como los chochos, me lo llevo al Port Sunshine y abro la parte de arriba para tomar una última copa nosotros dos solos. «Aquella tía del pub estaba de impresión. Creo que podrías tener posibilidades con ella, colega».

«Voy a enseñarte algo mejor», le digo. Paul enarca involuntariamente las cejas, lo que le delata como adicto al sexo total. Estupendo. Me largo a la oficina y enciendo el sistema de vídeo de seguridad del pub, asegurándome que dentro haya una cinta virgen. Después encuentro una de las cintas que hemos rodado hoy y me la llevo, poniéndola en el aparato de vídeo que hay debajo de la tele del bar.

El precioso culo de Nikki inunda la pantalla y nos apartamos para observar cómo le chupa el rabo a Terry, mientras él está tumbado lamiéndole el coño a Mel, y ella está situada a horcajadas sobre él. Llega un momento en que esos rizos parecen fusionarse con los pelos del pubis cuando ella se recuesta. «Esto es increíble…», jadea Paul, «¿esto lo hacéis aquí?».

«Sí, estamos haciendo una peli con todas las de la ley», digo, mientras la cámara muestra una toma en primer plano de Nikki metiéndose el rabo de Terry en la boca, y sus ávidos ojos devoran el alma del espectador con tanta seguridad como su boca devora la polla. Es una profesional que te cagas, una verdadera estrella. Esa fue una buena toma. «Esa tía está buena, ¿eh?».

Paul le da un sorbo a su chupito, mientras los ojos se le salen de las órbitas como si fuera un perro mariposa al que se lo estuviera follando un Rottweiler. La voz se le pone débil y tenue. «Sí…, ¿quién es?», dice con voz ronca.

«Se llama Nikki. Ya la conocerás. Es una buena amiga, una chica maja, educada y tal. Estudia en la uni, en la de verdad, la de Edimburgo, no en Hairy Twat[36] o alguna de esas universidades de hogar y manualidades que montaron durante los ochenta».

Se le caen los párpados y se le esboza una sonrisilla en el rostro. «¿Hace…, eh, quiero decir…, hace otras cosas?».

«Seguro que si es para ti podría convencerla».

«Estaría muy agradecido», dice, levantando una ceja hacia el cielo.

Empiezo a preparar rayas de blanca, sólo para ver lo que dice este cabrón. «¡La hora de la farlopa!».

Paul me mira con esa expresión asustada e incómoda que tienen las tías jóvenes en las películas del género gonzo justo cuando caen en la cuenta de que se la van a meter por el culo por vez primera y que en potencia el mundo entero lo verá vía vídeo digital e Internet y que eso no era exactamente lo que ellas tenían en mente. «¿Crees que deberíamos? Eh…, ¿quizá, eh, no sea lo que se dice apropiado dadas las circunstancias?».

Y aquí me tenéis soltándole la rutina del «pero si te encanta». Si este capullo no es un farlopero entonces yo soy el asesor de estilo del señor Daniel Murphy. «Venga, Paul», sonrío mientras corto, «no me salgas con chorradas. Somos hombres de negocios, tipos de mundo. No es como si fuéramos barriobajeros. Sabemos lo que hay, sabemos no pasarnos de la raya, y sí, el juego de palabras ha sido deliberado», sonrío.

«Bueno…, supongo que una discretita», sonríe, y levanta una ceja meditabunda.

«Claro que sí, Paul. Como he dicho, no somos unos marginados, y veo bastantes de ellos por aquí, colega, créeme. Nosotros sabemos cuándo tomar precauciones. No es más que por el gustirrinín, por Dios Santo».

Me esnifo un rayote estupendo, y a continuación Paul se encoge de hombros y hace otro tanto. Y son rayas grandes, más autopistas que patitas de calamar. Pensé que el onanista se fijaría en la cámara de seguridad filmándole, pero es evidente que no ha sido así. «Ah…, buen bacalao…», suelta Paul, y mueve las manos por todas partes y larga que te cagas, «mi jefe, en la agencia, consigue la suya directamente de la piedra. Un tío vuela de Botafogo a Madrid y después a aquí. Directamente de su culo, metida en un sello de cera. Jamás he probado nada igual…, pero esta es excelente…».

Sin duda que lo es, compadre. Y ahora, misión cumplida. Decido poner fin a la noche con una prisa casi indecente. «Bueno, Paul, tendrás que disculparme, machote», le digo, acompañándole a la puerta. «Tengo ciertas cosas que hacer».

«A mí me apetece seguir un poco más…, llevo un colocón».

«Tendrá que ser por tu cuenta, Paul, yo he quedado con una amiguita», sonrío, y Paul asiente con otra sonrisa pero sin poder ocultar su desilusión al quedarse un poco tirado. Le acompaño a la calle y le estrecho la mano; este pobre hijo de puta va como una moto. Para un taxi y desaparece. Habría dejado quedarse a Paul pero mostró sus cartas demasiado pronto. Mi viejo solía citar a menudo aquella frase de una de las películas de Cagney: «Al mamón no hay que darle nunca cuartel», y resultó ser el mejor consejo que me dio jamás. Qué duda cabe que obrar así es cruel. Si dejas que

se vayan de rositas, no aprenderán jamás. De manera que en el futuro, alguien aún más despiadado se la jugará de forma aún más dañina. Quien bien te quiere te hará llorar, como dijo Shaky. ¿O fue Nick Lowe?

Paul. Vaya primo. ¿Presentarle eso a Nikki, a mi Nikki? Debía de estar de broma. Los chochos como ella están cotizadísimos y el precio es demasiado prohibitivo para un sujeto tan lamentable como él.

Llevo todo el día pensando en ella. Algunas tías te comen el tarro por lo difícil que resulta determinar qué es exactamente lo que te pone de ellas. Ella es así; preciosa, sí, pero capaz de mostrarte una faceta distinta cada vez. Lentillas o gafas. Pelo largo y suelto o recogido en coletas o trenzas o en moño. Ropa de diseño cara y de vampiresa o informal y deportiva. Pose y lenguaje corporal cálidos y después distantes. Sabe exactamente qué teclas pulsar en los hombres y lo hace sin pensarlo siquiera. Sí, esa es mi chica.

41. LEITH NO MORIRÁ JAMÁS

Sábado por la mañana, tío, y Ali sigue durmiendo, así que me subo a la biblioteca. Llevo mejor lo de los picos porque me ha dado muy fuerte por lo del libro este, pero entre ella y yo las cosas siguen sin pintar muy bien y tal. Estoy seguro de que alguien anda envenenándola contra mí. No sé si será su hermana o, cosa más probable, Sick Boy, ahora que trabaja en el pub ese. El muy cuco me utilizó pal chanchullo aquel con el Primo Dode. Después ya no quiso saber nada conmigo. Al menos no se ha ido de la lengua con Franco acerca de la pasta de Renton, y probablemente no lo haga porque los dos sabemos cosas que pueden comprometer al otro.

Y Por lo menos, no tener amigos me ha dado la oportunidad de ir adelantando en mi libro sobre Leith. Los sábados son un día muy malo para las tentaciones, con tanta peña y tanta droga circulando por la calle, así que llego al centro y me dirijo a los Edinburgh Rooms. El rollo ese de las microfichas es una marcianada. Tanta información, tanta historia, aun estando escrita de forma selectiva por los que cortan el bacalao para largar sus cuentos, en un solo rollo de película. Pero para mí que si tiras del hilo se pueden ir sacando otras historias.

Leith, 1926: la huelga general. Lees todo eso y lo que entonces dijeron todos y ves las cosas en las que creía antes el Partido Laborista. En la libertad pal menda de la calle. Ahora el rollo es «echemos a los Tories» o «mantengamos fuera a los Tories», que no es más que una forma simpática de decir «mantenednos a nosotros en el poder, tíos, porque estamos muy a gusto en él». Eso sí, tomo mogollón de notas, y el tiempo pasa volando.

Cuando vuelvo a bajar al puerto, algo se cuece. Entro en el piso dando brincos con mis apuntes bajo el brazo, todo lleno de alegría. Andy lleva puesta su elástica de los juveniles de los Hibs cuando juegan fuera y luego veo a Ali, ahí de pie con un par de bolsas cargadas. Y sí, desde luego parece que hoy juegan fuera de casa. «¿Dónde has estado?», pregunta ella.

«Eh, en la biblioteca y tal, con lo del libro de la historia de Leith. Investigando, ¿sabes?».

Me mira como si no me creyera y me dan ganas de sentarla y enseñárselo, pero la expresión de su rostro indica tensión y sensación de culpa. «Nos vamos a casa de mi hermana. Últimamente las cosas están…». Mira a Andy, que está zurrando a Darth Vader con un Luke Skywalker de plástico, y baja la voz, «… ya me entiendes, Danny. Iba a dejarte una nota. Necesito un poco de espacio para pensar».

Ay, no, no, no, no, no. «¿Para cuánto tiempo y tal? ¿Cuánto?».

«No lo sé. Unos días», dice encogiéndose de hombros y dándole una calada a un pitillo. Normalmente nunca fuma en presencia de Andy. Lleva puestos unos grandes pendientes de aro dorados y una chaqueta blanca y tiene una pinta superbuena, tío,

superbuena.

«No me he estado poniendo», le digo. «No llevo nada en los bolsillos», digo, haciendo el gesto de vaciármelos. «A ver, que llevo siglos sin ponerme, sólo que me ha dado muy fuerte por lo del libro».

Ella sacude lentamente la cabeza y recoge la bolsa. No voy a sacarle nada, no está dispuesta a hablar.

«¿Qué es lo que tienes que pensar?», pregunto. Después voy y le suelto: «Tienes que pensar en él, ¿eh? Es eso, ¿eh?». Levanto un poco la voz y después me tranquilizo porque no quiero montar una escenita delante del chico. No se merece algo así.

«No hay ninguna historia con él, Danny, independientemente de lo que tú pienses. El problema somos tú y yo. Tampoco hay mucha historia entre tú y yo, ¿verdad que no? Tus amigos, tu grupo y ahora tu libro».

Ahora me toca a mí no decir palabra. El enano levanta la vista para mirarme y fuerzo una sonrisa.

«Si me necesitas, ya sabes dónde estoy», dice, adelantándose un paso y dándome un beso en la mejilla. Quiero estrecharla entre mis brazos y decirle que no se vaya, decirle que la quiero y que quiero que se quede para siempre.

Pero no digo palabra porque sencillamente no puedo; sencillamente no puedo. Antes de poder sacarme las palabras de la boca, ¡y tengo tantas ganas de decirlas!, las ranas criarían pelo. Es como si… como si fuera físicamente incapaz de hacerlo, tío.

«Demuéstrame que eres capaz de arreglártelas solo, Danny», me cuchichea mientras me aprieta la mano, «demuéstrame que eres capaz de ponerte las pilas».

Y el pequeño Andy me mira y sonríe y dice: «Hasta luego, papá».

Y se han ido, tío, se han ido del todo.

Me asomo a la ventana y les veo bajar por la calle hacia Junction Street. Me desplomo en una silla. Zappa, el gato, se sube de un salto al brazo, y casi me cago del susto. Le acaricio la piel y empiezo a llorar, con unos sollozos secos y sin lágrimas, como si padeciese una especie de ataque. Llega un momento en que apenas puedo respirar. A continuación me pongo un poco las pilas. «Ahora sólo quedamos tú y yo, macho», le digo al gato. «Para ti es más fácil, Zappa, tío, los gatos no os complicáis emocionalmente. Veis a una minina en el tejado y hala, si te he visto no me acuerdo», le digo al tío, asomándome a esos punzantes ojos verdes. «Aunque tú estás retirado de la circulación, tío», le suelto, riéndome, «a ver, que siento lo de las pelotas y tal; la verdad es que fue una sobrada, pero es por tu propio bien, tío, ¿sabes? Aunque me sentí mal cuando te llevé a que te las cortaran».

El gato abre la boca y maúlla, así que me levanto a ver qué hay para papear. No hay gran cosa ni pal homo sapiens ni pal felino; la despensa está bastante desprovista. El viejo cajón de las cagadas también está que da asco, y se nos ha acabado la arena

absorbente. «Gracias, tío», le digo a Zappa, «me has ayudado. En vez de estar aquí sentado sintiendo lástima de mí mismo, gracias a ti me veo obligado a salir en busca de papeo para gatos y arena absorbente. A enfrentarme al mundo y eso. Me iré para Kirkgate y a lo mejor te traigo un poco de nébeda de esa y todo, tío, para que te coloques».

Sí, la angustia me corroe, así que no puedo estarme quieto. Salgo a la calle y llego a Kirkgate y hago la compra en el Kwik Save, saliendo junto a la estatua de la reina Victoria al fondo del Walk. Por aquí hay mucho bullicio porque para ser marzo hace un día sorprendentemente agradable. Hay chavalines por ahí, jugando al hip-hop con estéreos. Hay marujas y críos masticando chuches. Mogollón de peña politiquera ha montado tenderetes, animando a comprar la prensa revolucionaria y tal. Aunque es curioso, tío: todos los gachos politizados estos parecen provenir de hogares pijis, estudiantes y tal. No es que lo critique, pero me pongo a pensar que tendrían que ser los de mi cuerda los que agitasen en pro del cambio, cuando lo único que hacemos es drogamos. No como en tiempos de la huelga general y tal. ¿Qué nos ha pasado?

Veo a Joey Parke bajando por la calle y capto su atención. «¿Qué tal, Spud? ¿Cómo te va? ¿Piensas ir a la reunión del grupo el lunes?».

«Sí…», le digo. No sabía que hubiéramos quedado pal lunes.

Y se lo suelto todo al pobre Parkie, tío, le cuento que Ali se ha marchado, que se ha ido con Andy a casa de su hermana.

«Lástima, colega. Pero volverá, ¿no?».

«Dice que es sólo para unos días, que necesita aclararse las ideas. Quiere ver si soy capaz de arreglármelas solo. Menudo palo, ¿sabes, tío? Está trabajando en el pub, en el pub de Sick Boy, encima. El caso es, tío, que si me las arreglo bien solo, entonces ella dirá “está bien” y me dejará. Si la cago, entonces dirá “mira cómo anda ese gandul” y me dejará. Las cosas están muy negras y tal».

Parkie tiene cosas que hacer así que le subo la arena a Zappa y le preparo algo de papeo y un cagadero limpio. Envuelvo la mierda de gato y los meados en un periódico y los meto en una bolsa de plástico. Le suministro la mandanga gatuna, observando cómo araña el paquetito que he dejado en el suelo y después corre en círculo y da volteretas, y pienso que a mí no me vendría mal un poco de ese tema, tío.

Así que estoy solo en casa y totalmente desesperado por tener compañía. Empiezo a pensar que quizá el arte pueda salvar la situación, así que saco los apuntes que he tomado del libro de historia, y vuelvo a repasarlos. Mi letra no es muy buena que digamos, ¿sabes?, así que me cuesta un rato leerlo todo. Entonces llaman a la puerta y pienso que quizá sea ella, que ha vuelto al pensar «nah, es una tontería, Danny Boy, no puedo hacerlo, te quiero», así que abro todo emocionado y no, no es Ali.

Es lo menos parecido a Ali que quepa imaginar. Es Franco.

«¿Qué tal, Spud? Me he venido a largar un rato, ¿vale?».

Pensé que me apetecía tener compañía, cualquiera, pero en realidad lo que quise decir era casi cualquiera. La verdad es que las batallitas talegueras nunca me hicieron demasiada gracia ni cuando yo mismo estuve encerrado. En casa ya son una pesadilla total. Así que intento —y con Franco resulta difícil— hablar de otros temas, como de mi libro sobre la historia de Leith. Así que se lo cuento. Le digo que debería entrevistar a gente como él acerca de Leith. Pero es como si, digamos, hubiera metido la pata al decírselo, porque Franco no está nada contento. «¿Qué cojones quieres decir? ¿Te estás quedando conmigo?».

¡Eh, eh, eh, asilvestrado! «No, Franco, tío, no, sólo que quiero que el libro trate acerca del Leith de verdad, ¿sabes?, acerca de algunos de los personajes de verdad. Como tú, tío. En Leith a ti te conoce todo el mundo».

Franco se pone tieso en su asiento, pero afortunadamente creo que ha decidido que ahora está contento.

Y yo intento transmitirle mi punto de vista con pies de plomo. «Porque todo está cambiando, tío. En una punta tienes el Scottish Office y en la otra el nuevo Parlamento. Aburguesamiento, tío, así lo llama la basca intelectual. Dentro de diez años ya no quedarán gachos como tú y yo aquí abajo. Fíjate en el Tommy Younger’s, tío: ahora es un café-bar. Se llama Jayne’s. ¡Acuérdate de las noches y madrugadas que hemos pasado allí!».

Franco asiente, y sé que le estoy tocando los cojones, pero es como si estuviera nervioso, y cuando me pongo nervioso no hago más que hablar, tío, no puedo parar… Cuando estás tímido no sueltas prenda, cuando estás nervioso no haces más que largar. «Es como lo de los dientes de sable, tío. Ahora en el centro sólo quieren basca con guita; fíjate en lo que están haciendo con Dumbiedykes, por ejemplo. Nos quieren meter a todos en barrios lo más alejados posible del centro, Franco, te lo digo yo, tío».

«Vete a tomar por culo; yo no pienso ir a ningún barrio de mierda en las afueras», me cuenta. «Estuve un tiempo en Wester Hailes cuando nos arrejuntamos ella y yo. No había más que un puto pub, hostias. Pero ¿de qué coño van?».

«Ah, pues muy pronto el viejo Leith habrá desaparecido, Franco. Fíjate en Tollcross, tío. Ahora es un distrito financiero. Fíjate en el South Side: un asentamiento estudiantil. Stockbridge, el viejo Stockeree, hace siglos que se convirtió en yupilandia. Pronto nosotros y los de Gorgie-Dalry seremos las únicas zonas del casco urbano que queden para la basca de clase obrera, tío, y eso sólo porque tienen equipos de fútbol. Joder, menos mal que se quedaron por el centro».

«Yo no pertenezco a la puta clase obrera», dice señalándose a sí mismo, «soy un puto empresario», me suelta, levantando la voz.

«Pero Franco, lo que digo es…».

«¿Te enteras de una puta vez?».

Esto es como un camino ya trillado un montón de veces. Y si hay algo que he aprendido es cómo dar marcha atrás ante este tipo de situaciones. «Sí, claro, tío, claro», digo levantando los cazos en un gesto de rendición.

Parece que esto aplaca un tanto al Pordiosero, pero lo cierto es que es un gachó de lo más rebotado y susceptible, de eso no hay duda. «Te diré otra cosa de gratis: Leith no morirá jamás», me suelta.

Pero el menda no capta la onda que llevo. «Leith puede que no, tío, pero Leith tal y como lo hemos conocido nosotros, sí», le digo, pero no pienso llegar más lejos porque conozco el percal. El suelta: «eso no sucederá», y yo digo: «sí sucederá, tío, ya está muriendo, cómo no va a suceder», y él dirá: «porque lo digo yo, hostias» y sanseacabó.

Franco prepara dos grandes rayas de coca; me acuerdo de la promesa que le hice a Ali, pero bueno, dije que no tocaría el tema, y para mí eso quiere decir el jaco; también dije que no tocaría la pasta base, pero de farlopa nadie dijo nada, tío. Además, se trata de Franco, así que en realidad no puede uno negarse.

Vamos como motos; nos bajamos a tomar una cerveza; mantengo a Begbie alejado del Port Sunshine, lo cual resulta fácil porque él siempre bebe en el Nicol's. Franco recibe un mensaje de texto en el móvil. Se queda ahí mirándolo con expresión de incredulidad. «¿Qué pasa, Franco, tío?».

«¡ALGÚN CABRÓN QUE SE ESTÁ SOBRANDO!», chilla, y un par de chicas que iban empujando sendos carritos de bebé casi se cagan del susto.

«¿Qué pasa?».

«Un puto mensaje de texto… No dice de quién es…». Al menda no le hace ninguna gracia, está venga a toquetear los botones del teléfono. Nos metemos en el pub y sigue enredando con el aparato cuando vuelvo con las bebidas que me ha servido Charlie. El móvil de Begbie vuelve a sonar y él contesta, esta vez muy reservado. «¿Quién llama?».

Se produce una pausa y se relaja, menos mal. «Vale, Malky. Guay».

Lo apaga y me dice: «Timba en casa de Mikey Forrester. Con Norrie Hutton, Malky McCarron y tal. Vamos a comprar un lote de priva».

Le cuento que estoy sin un guil, lo cual no es cierto, pero una timba con Begbie significa que no dejas de jugar hasta que te haya dejado pelado, independientemente del tiempo que le cueste hacerlo. Así que no me mola. «Pues vente a echar un trago namás, cacho cabrón», me suelta.

Pues bueno, en realidad no puedes negarte, así que pasamos por la licorería, y Begbie sigue con que si Mark Renton y las ganas que tiene de matarlo. A mí no me gusta su estado de ánimo, tío, y tampoco me van demasiado los tipos como Malky, Norrie y Mikey Forrester. Están sentados en torno a la mesa y hay mogollón de farla circulando, y botellas de JD y latas de cerveza. Tras perder treinta libras yo me retiro.

«Puedes encargarte de pinchar, Spud», me suelta Begbie, pero en realidad no puedes poner lo que te apetece, porque siempre te está diciendo pon esto o pon lo otro. «Pon a Rod Stewart, cacho cabrón…, every day ah spend me tahmm… drinkin wahnn, feelinfahnnn…».

«Creo que de Rod Stewart no tengo nada», suelta Mikey. «Antes tenía, pero cuando ella me dejó se llevó montones de discos míos».

Franco se le queda mirando. «¡Pues que te los devuelva la muy cabrona! No se puede montar una timba sin Rod Stewart. En una timba lo que se hace es eso: embolingarse y tararear a Rod Stewart. ¡Es lo más, cacho cabrón!».

«¿Has visto esas fotos de Rod Stewart en el interior del compact ese?», suelta Norrie. «Sale vestido de tía; en una de ellas parece una vieja zorra. ¡Y en una sale vestido de maricón!».

Me acuerdo muy bien de esas fotos; Rod Stewart llevaba el pelo peinado hacia atrás con gomina, bigote y unas gafas. Pero no suelto prenda, porque veo venir la reacción de Franco.

«¿Qué coño me estás diciendo, Norrie?».

«El elepé este, el elepé de los Greatest Hits. Hay una foto en la que sale vestido de tía y otra en la que sale vestido de maricón».

Begbie se estremece. «¡Qué quieres decir con eso de vestido de maricón! ¿Crees que Rod Stewart es un puto maricón? ¿El puto Rod Stewart? ¿Es eso lo que crees?».

«No sé si será maricón o no», se ríe Norrie.

Malky también capta los signos premonitorios. «Venga, Frank, das tú».

Mikey dice: «Rod Stewart no es maricón. Se folló a la Britt Ekland esa. ¿La visteis en la peli esa que rodaron en las Highlands con el tío aquel, Callan?».

Pero Franco ya no escucha. Le dice a Norrie: «Pues si piensas que Rod Stewart es maricón, fijo que piensas que al que le guste Rod Stewart también es maricón».

«Nah, yo…, yo…».

Demasiado tarde, tío; aparto la vista pero oigo un impacto y unos gritos, y cuando me vuelvo no puedo ver la cara de Norrie, es como si llevara puesta una máscara negra.

Pero no es más que una capucha de sangre, porque Franco acaba de coger y romperle la botella de Jack en la cabeza.

«Hala, Franco, tío, en esa botella todavía quedaban varios chupitos», protesta Mikey, mientras Franco se levanta y se dirige hacia la puerta. Malky ayuda a Norrie a llegar al cuarto de baño. Yo me limito a seguir a Franco por la puerta y las escaleras. «Ese puto espabilao y sus comentarios tocahuevos», suelta, mirándome directamente a mí, pero yo no le miro a él; me limito a pensar: vamos al Nicol's a tomar una pinta, tranquilizarle, y después para casa jalando millas. Tan mala compañía no interesa, tío, tan mala no.

42. «… DESGARRO DE PENE…»

Pobre Terry, aquello pintaba pero que muy mal. Llamamos a una ambulancia y le llevaron directamente al hospital, donde le examinaron y le dijeron que había sufrido un desgarro de pene. Era grave, puesto que se lo llevaron directamente de la sala de urgencias a un pabellón. «Si responde bien», dijo el médico, «no debería haber ningún problema. Funcionará perfectamente. No obstante, siempre pueden surgir complicaciones, aunque es un poco pronto para plantearnos la amputación».

«Qué…», dijo Terry, absolutamente aterrado, cayendo en la cuenta de que no cedían plazas de cama a menos que se tratara de una urgencia de verdad.

El médico le miró con gesto grave. «Eso sólo en la peor de las eventualidades, señor Lawson. Pero no puedo dejar de subrayar la gravedad del caso».

«¡Ya sé que es grave! ¡Lo sé, joder! ¡Se trata de mi polla!».

«De modo que tiene que reposar y evitar cualquier esfuerzo. La medicación que le hemos administrado debería impedir que sufra una erección involuntaria mientras los tejidos, con suerte, van recuperándose. Se trata de uno de los peores desgarros que he visto».

«Pero sólo estábamos…».

«Se trata de algo mucho más frecuente de lo que usted cree», le dice el médico.

Suena el móvil de Rab; es Simon. Dice que está muy apesadumbrado, pero evidentemente es más por el problema que supone para la película que por el que pueda suponer para Terry. Incluso a Rab y a mí nos cuesta bromear al respecto. Finalmente, se vuelve hacia mí y dice: «Siempre pensé que la polla de Terry le traería problemas; en el barrio todo el mundo lo decía. ¡Aunque nunca pensamos que sería él el que le trajera problemas a ella!».

Pero no conseguimos encontrarle la gracia a la situación. Gina, Ursula, Craig, Ronnie y Melanie están anonadados de incredulidad, y ahora que la realidad empieza a hacer mella, Mel se siente fatal. «No lo pude evitar…».

«Ha sido un accidente», le digo, acariciándole la espalda. Los beso a todos y me voy a casa, donde les cuento la historia a Lauren y a Dianne. Dianne se lleva una mano a la boca y en la carita de Lauren apenas puede ocultarse el regocijo. Ha preparado una lasaña vegetariana y nos sentamos a comer.

«De modo que eso ha dado al traste con tus planes de hacer cine porno», dice Lauren, sirviéndose una copa de vino blanco.

Casi da lástima bajarle los humos, se la ve tan feliz. «Qué va, cariño, el espectáculo debe continuar».

«Pero…». Lauren parece realmente deshecha por la noticia.

«Simon está decidido, el rodaje seguirá adelante. Encontrará a un sustituto».

Ahora Lauren estalla de ira. «Te están explotando. ¡Cómo puedes hacerlo! ¡Te

están utilizando!».

Dianne se mete un tenedor lleno de comida en la boca y me mira con expresión tensa. Traga con fuerza y se encoge de hombros sin alterarse. «Lauren, esto no tiene nada que ver contigo. Haz el favor de tranquilizarte».

Esto empieza a volverme loca. Tengo que conseguir que comprenda su propia neurosis. «Estoy harta de estudiar cine cuando tengo la oportunidad de hacerlo. ¿Por qué te desquicia tanto?».

«¡Es pornografía, Nikki! ¡Te están utilizando!».

Exhalo lentamente. «¿A ti qué te importa? No soy una estúpida, soy yo quien decide».

Me mira con una furia serena y calma en los ojos. «Eres mi amiga. No sé lo que te han hecho pero no pienso dejar que se salgan con la suya. Lo que estás haciendo va en contra de tu propio sexo. ¡Estás contribuyendo a esclavizar y oprimir a las mujeres en todas partes! ¡Dianne, tú te dedicas a estudiarlo! Cuéntaselo», le ruega.

Dianne coge el tenedor de madera y se echa un poco más de ensalada en el plato, «Es un pelín más complicado que eso, Lauren. Voy descubriendo muchas cosas a medida que voy adelantando. No creo que la pornografía de por sí sea el verdadero problema. Creo que reside en nuestra forma de consumir».

«No…, ¡no lo es, porque los que mandan siempre son hombres!».

Dianne hace un gesto de asentimiento, como si Lauren hubiese demostrado tener razón. «Sí, pero probablemente eso sea menos cierto en el negocio del porno que en cualquier otro. ¿Qué me dices de las películas de chicas-con-chicas filmadas por y para mujeres? ¿En qué parte de tu paradigma encajarían?», pregunta.

«Es falsa conciencia», gimotea Lauren.

Estoy demasiado ocupada para debatir, incluso si tuviera ganas. «Eres un muermo, Lauren», le digo, levantándome de la mesa y recogiendo mi bolsa de deporte. «Dejad los platos, chicas, ya los haré yo cuando vuelva», prometo. Ando un pelín escasa de tiempo.

«¿Adonde vas?», pregunta Lauren.

«A casa de mi amiga a practicar unos diálogos», le digo, dejando que la triste y frígida zorrilla se atragante con sus inhibiciones.

Lauren se pone en pie, pero Dianne la agarra de la muñeca y la obliga a sentarse, hablándole como si fuera la cría en la que con toda evidencia se ha convertido. «¡Lauren! ¡Ya está bien! Siéntate y come. ¡Por favor!».

Puedo oír unas voces al marcharme y bajar las escaleras hasta la fría calle. Cojo el autobús hasta casa de Melanie en Wester Hailes. Me cuesta siglos localizar su piso. Cuando llegué allí, ella acababa de acostar a su hijo. Practicamos los diálogos, y después practicamos un poquito de la acción también, y acabé quedándome a pasar la noche.

A la mañana siguiente esperamos a que venga su madre antes de coger el autobús 32 hasta Leith. Para cuando llegamos al pub la fina lluvia que cae nos ha empapado. Los folladores parecen un tanto disgustados y me doy cuenta de que no hay una sola cámara a la vista. En su lugar, hay un hombre alto y enjuto de unos treinta y cinco años, con cabellos rizados, patillas y ojos penetrantes, sentado en una silla.

«Este es Derek Connolly», me explica Simon. «Derek es actor profesional y va a ser nuestro entrenador. Quizá le hayáis visto en la tele haciendo de villano escocés en The Bill, Casualty, Emmerdale o Taggart.»[37]

«En realidad, en Taggart hice de abogado», dice Derek a la defensiva.

Empezamos con unos ejercicios de interpretación de roles, y después trabajamos con el guión. Si le frustran nuestros esfuerzos interpretativos, no lo deja traslucir. Hace que me arrepienta de no haber hecho algo más en los grupos de teatro universitario. Todo se aprovecha.

Después, me dirijo al piso de Simon con él y le digo que estuve practicando con Mel. «Tendría que haberla invitado a subir», dice él.

Pero no, lo siento. Lo quiero todo para mí.

43. CHANCHULLO N.° 18746

Aunque ya estemos en primavera sigue haciendo rasquilla y no me resulta fácil despegarme de Nikki. A lo que hay que añadir que empieza a horrorizarme tener que verme las caras con Mo y Ali en el pub. Decido postergar el encuentro llevándola primero a desayunar y luego al estudio de edición en Niddrie, donde grabo unas cuantas copias de Paul pasándoselo bien.

«¿Qué es todo esto?».

«Ah, sólo un poco de actividad extracurricular», le cuento, mientras llamo al publicista de Leith por el móvil verde. Nikki me anuncia que tiene que asistir a clase y que me llamará luego. La observo mientras se prepara para marcharse; su culo se mueve con elegancia enfundado en esa falda larga. Es curioso, pero en los tiempos que corren por nuestra asquerosa cultura marimachorra, hay muy pocas mujeres que tengan el garbo necesario para llevar una falda como es debido, así que uno se fija en las que lo tienen. Se pone el largo abrigo con capucha, se sube la cremallera y veo su sonrisa deslumbrante incluso bajo esa capucha con ribetes de piel mientras se despide con un gesto de la mano y sale.

Le digo a Paul que nos veamos con urgencia, a mediodía en el Shore Bar junto a Water of Leith. Llegamos allí exactamente al mismo tiempo. Paul parece estar nervioso, pero no tanto como pronto lo estará. Le pongo delante una factura, un talonario y una pluma. «Vale, Paul, si eres tan amable de contrafirmar todo esto».

«Pues sí que te veo con ganas», dice, colocándose las gafas —evidentemente hipermétrope—, y a continuación examina la factura y el talonario. «¿Es que no puede esperar?…, ¿qué?…, este es el dinero para el vídeo didáctico… ¿Adonde va a parar? Yo no he visto estas facturas. ¿Qué es esto de Bananazzurri Films?».

Echo una mirada en torno al bar de techo alto y paneles de madera con enormes ventanas. «Es mi productora de cine. Así llamada en honor a los pisos Banana que hay a la vuelta de la esquina, donde me crié y con una alusión ingeniosa a mis raíces italianas».

«Pero… ¿por qué?».

«Bueno», le explico, «Sean Connery llamó Fountainbridge Films a su productora en honor al lugar donde se crió. Me parecía de un guachi que te cagas hacer otro tanto».

«Pero ¿qué tiene que ver esto con el proyecto educativo de Empresarios de Leith Contra la Droga?».

«Nada en absoluto. Es para financiar una película titulada Siete polvos para siete hermanos. Existen ciertos gastos de puesta en marcha. Es una película para adultos, o pornográfica, si lo prefieres».

«Pero… pero… ¡esto qué cojones es! ¡No puedes hacer algo así! ¡Ni hablar!».

Paul se pone en pie, como si fuera a soltarme un soplamocos. Con esto no contaba.

«Mira, devolveré el dinero a su sitio en cuanto ponga orden en el resto de mis finanzas», le explico para apaciguarle. «Los negocios son así. A veces tienes que robar a Peter para pagar a Paul, o al revés», sonrío, pensando en el pornógrafo holandés Peter Muhren, alias Miz.

Paul se levanta y empieza a caminar hacia la puerta. Se detiene y me señala con el dedo. «Estás loco si esperas que firme eso. Y voy a decirte una cosa ahora mismo: ¡pienso ir al comité y a la policía y contarles lo granuja que eres!».

Está levantando bastante la voz. Afortunadamente, el bar sigue vacío. «Resulta curioso», le cuento, «yo que pensaba que eras un tipo que sabía de dónde sopla el viento. Veo que me equivocaba». Saco una copia del vídeo. «Puede que a tu jefe le interese esto, colega. Destrúyela si quieres, tengo más copias. No sólo para él; hay una para el News y otra para el capullo ese del ayuntamiento. Sales tú metiéndote una raya de farlopa y hablando del bacalao que consigue tu jefe».

«Bromeas…», dice lentamente, mirándome fijamente. A continuación percibo un escalofrío en su mirada.

«Resumiendo: no», le digo, entregándole la cinta. «Llévatela si no me crees. Llévatela de todas formas. Y ahora siéntate».

Parece que lo sopese durante un segundo o dos. Después se deja caer en su asiento, obediente y chafado, mientras se acerca una chavala con dos grandes tazones de cappuccino. En el Shore saben hacer un cappuccino. Tengo el triste presentimiento de que el de Paul se va a desaprovechar, ya que tiene la cabeza en otra parte; a decir verdad, es probable que ya esté preparando sus papilas para el sabor del rancho carcelario. Esto va mucho, pero que muchísimo más allá de la peor de sus pesadillas. Pero no quiero que ande por ahí amuermado y depre, porque la gente lo notará y acabará por delatarse. «No andes fustigándote. No eres el primer capullo que se lo tiene más creído de la cuenta y acaba enculado», le digo, mientras pienso en Renton, «ni serás el último. Considéralo como una experiencia educativa. Nunca te fíes de un arrabalero con un fajo», le digo con un guiño cómplice, «porque es inevitable que proceda del bolsillo de un primo. El primo eres tú», le digo, señalándole. «Pero saldrás fortalecido de esta, te lo garantizo».

«¿Qué derecho tienes a hacerme esto a mí?», suplica.

«Acabas de responder a tu propia pregunta, colega. Piénsalo. Y, ahora, ten la amabilidad de irte a tomar por culo, que tengo negocios que atender. Entiéndeme, antes tómate el cappuccino. Aquí los hacen estupendos».

Pero no, lo deja, y yo pienso en cómo intento reducir el consumo de las drogas del milenio: la cafeína y la cocaína. No obstante, mientras se marcha tambaleándose, deshecho, y se mete en su coche para volver a su chalé en las afueras, con la carrera pendiente de un hilo, me tomo su café y, mientras permanezco sentado observando a

las gaviotas graznar, pienso: sí, Leith es donde está el mogollón. ¿Cómo pude aguantar tanto tiempo en un lugar tan sucio y tan gris como Londres?

Lo de Derek Connolly, el actor, ha supuesto una pequeña bonificación. A él y a su novia, Samantha, les apetece hacer el papel del hermano que quiere sexo convencional y al que seducen en el bed breakfast. Así que alquilamos un lugar costroso donde los Links. Rab se queja de que tiene trabajos que hacer para la universidad, pero tras un rato camelándole, consigo que baje con Vince, Grant, el vestuario y las cámaras DV. Hacemos un poco de rápido rodaje guerrillero de la secuencia de sexo convencional, incluida la parte de la seducción, y los resultados son muy buenos. Si contamos la orgía incompleta, ya me he «hecho» a dos de los siete hermanos.

Vuelvo a mi pub para interesarme por el estado de la tropa. Están bastante ocupados. Veo entrar por la puerta lateral a Begbie y al tal Larry, con el rostro dispuesto en modalidad depredador-killer, así que decido visitar a Terry antes de marcharme a Glasgow con Nikki. Mo está que se sube por las paredes por tener que volver a quedarse sola. Entra Ali con aspecto alborotado. Le digo a Moira que así son las cosas y que me voy a Glasgow a investigar las posibilidades de ampliación del negocio. «¿Expansión? ¿Glasgow? ¿Qué me dices?».

«Una cadena de pubs temáticos con Leith como motivo. Llevar la franquicia del Port Sunshine hacia el oeste y luego hacia el sur». Echo una mirada alrededor de esta pocilga en descomposición. «Exportar la marca», me río. «Notting Hill, Islington, Camden Town, el centro de Manchester, Leeds… ¡caerán como fichas de dominó!».

«No hay derecho, Simon», dice mientras sacude la cabeza, pero intento escabullirme antes de que Begbie y su compañero de aventuras anales me guipen. Demasiado tarde: me ha visto y ya está aquí.

«¿No vas a quedarte a echar unos putos tragos?», dice en tono más o menos imperativo.

«Me encantaría, Frank, pero tengo que visitar a un amiguete que está en el hospital antes de coger un tren para Glasgow. Llámame al móvil durante la semana y nos juntaremos a remojar el gaznate».

«Vale…, dame otra vez tu puto número».

Escupo el número del verde y Begbie lo introduce en su teléfono, fijándose ostensiblemente en que no es aquel del que procedía el mensaje de texto. «¿Este es el único puto móvil que tienes?».

«No, tengo otro para los negocios. ¿Por qué?», pregunto. En realidad tengo tres móviles, pero el de las tías sólo me compete a mí.

«Recibí un puto mensaje de texto de algún cabrón pasándose de listo. Parecía un número del extranjero. Cuando devolví la llamada, no funcionaba».

«¿Sí? Llamadas insultantes, ¿eh? El día menos pensado empezarán a acosarte,

Franco», bromeo.

«¿Y eso qué coño quiere decir?», dice Begbie con una mirada fulminante.

Siento que la sangre se me hiela; casi había olvidado la insondable profundidad de la paranoia de este hombre. «Es una broma, Frank, cálmate, colega, hostias», le digo para salir del paso, cerrando el puño y dándole un toque cómplice en el hombro.

Se produce una pausa de unos dos segundos que se diría que dura diez minutos, mientras veo abrirse un inmenso agujero negro en el que se vierte mi vida. Entonces, justo cuando pensaba que me había permitido una licencia excesiva, parece calmarse y hasta él mismo bromea: «A mí qué van a acosarme, más bien parece que todo quisque me esté rehuyendo que te cagas. Incluidos mis presuntos colegas, joder», dice, y ahora me mira con expresión dura pero expectante.

«Lo dicho, Frank, nos juntaremos a lo largo de la semana. Últimamente ando un poco liado, aprendiendo a llevar esto, pero pronto estaré libre», le cuento.

El tal Larry me mira con una sonrisa astuta y maliciosa. «He oído que también andabas liado con otras historias, colega».

Noto un pinchazo frío recorriéndome la columna mientras me pregunto quién habrá estado largando, pero asiento enigmáticamente y me largo, sonriéndole a Franco y a Larry. Antes de marcharme, me vuelvo hacia Mo. «Una cerveza para los chicos, Mo; invito yo. ¡Hasta luego, chavales!», canturreo, y cuando me pierdo de vista, subo por el Walk dando brincos, con las piernas más ligeras que las de un crío, encantado de haberme escabullido del mogollón del bar.

44. «… PLUSMARQUISTAS…»

Será la compañía que frecuento últimamente, pero empiezo a pensar como los nativos. La vida me sonríe; hace un cálido día primaveral, así que mis andares rebosan vitalidad y acojo los silbidos de unos obreros de la construcción con un desprecio altanero e indiferente, sintiéndome como una sucia zorra, cotizada y arrogante. Ahora que se acabó el trabajo del curso, puedo hacerlo de pleno corazón. Voy al hospital, a ver a Terry, atravesando calles cada vez más atestadas de turistas. Pobre Terry.

La atmósfera tiene un puntito frío y fresco, pero con un jersey puesto no resulta desagradable. Me doy cuenta de que en realidad estoy disfrutando con la película. Sorprendentemente, no tanto por el sexo. Estoy por la labor, pero nunca es tan bueno como espero. Se parece demasiado al trabajo, a interpretar para la cámara, y debido a ello a menudo resulta aburrido e incómodo. A veces una se siente como uno de esos plusmarquistas, del tipo cien personas dentro de un mini, y los «corten» y «acción» de Simon parecen ir más allá de lo que requiere la película, como si fuera su forma de ejercer poder sobre nosotros. Pero lo principal es formar parte de algo, estar donde se cuecen las cosas; es lo que hace que te sientas viva.

Ayer rodamos una de las escenas que prometía ser más difíciles, la del castillo, en Tantallon, North Berwick. Simon le encargó a un amigo carpintero que fabricara un cepo de mentirijillas. Hizo que Ronnie se pusiera las gafas y que Ursula se vistiera de punta en blanco, con una falda corta y una camiseta blancas que realzaban al máximo su cabello rubio y su moreno de rayos UVA. A primera hora de la mañana filmamos a Ronnie subiendo a un autobús turístico, mientras ella le seguía.

Después nos dirigimos a la estación de autobuses. El autobús que iba a North Berwick estaba casi vacío. Filmamos a Ronnie sentado en el interior con unas gafas, un cuaderno y una cámara que le proporcionaban el aspecto de un cretino. Rab iba fuera, en la parte trasera de una furgoneta que conducía Craig, filmando los exteriores.

Dentro del autobús, filmamos a Ursula diciéndole a Ronnie: «¿Te importa si me siento aquí? Soy sueca».

Ronnie es el que más partido ha sacado de las clases de interpretación y Derek dice que tiene un talento innato. «En absoluto», explica él. «Estoy explorando castillos antiguos».

Después rodamos la escena del cepo, donde él la ve y ella le explica que se ha quedado atrapada. Entonces es cuando él no puede resistirse a metérsela por detrás. Así es como el tercer hermano muerde el polvo.

Al llegar a la sala, me fijo en que las discusiones entre Rab y Terry no han cesado sólo porque Terry tenga que guardar cama. Creo que Rab disfruta en secreto con el

apuro en que está metido Terry, aunque el propio Terry ya parezca encontrarse más animado. El armarito de al lado de su cama está lleno de fruta, que está claro que no va a consumir, y toda clase de alimentos enlatados y cartones de comida para llevar. Alrededor de sus caderas se aprecia bajo la ropa de cama una especie de marco para proteger su pene lesionado. «Fascinante. ¿Es de yeso? ¿Está entablillada o qué?».

«Nah, sólo es una especie de vendaje».

Simon entra como Pedro por su casa, mirando en torno al hospital como si fuera una propiedad que acabara de adquirir. Aquí dentro hace calor y se ha quitado el jersey, pero sin atárselo a la cintura al modo convencional, sino alrededor del cuello, como un jugador de criquet encopetado. Me sonríe y luego se vuelve hacia el paciente: «¿Qué tal te están tratando, Terry?».

«Hay unas enfermeras que están de toma pan y moja, pero me están matando. Cada vez que me empalmo es la muerte».

«Creía que te habían dado un medicamento para evitar que se te pusiera dura y eso», especula Rab.

«Puede que dé resultado con tipos como tú, Birrell, pero a mí no hay forma de impedir que se me ponga dura. El médico también está preocupado, me dice: tienes que dejar de empalmarte o no se te va a curar».

Simon le mira con gesto apenado mientras despacha las malas nuevas. «No podemos retrasar el rodaje en este momento, Terry. Tendremos que encontrar a un sustituto. Lo siento, colega».

«Nunca encontraréis a nadie capaz de reemplazarme», nos dice Terry con toda naturalidad, más allá de la arrogancia, como si se tratara para él de una valoración completamente imparcial.

«Bueno, el rodaje va muy bien», dice Simon, mostrándose entusiasmado. «Ayer Ronnie y Ursula estuvieron acojonantes, y Derek y su novia lo hicieron estupendamente en el ascensor».

Terry mira fijamente a Simon, con la evidente determinación de bajarle los humos. «Por cierto, Sicky, ¿por qué llevas el jersey sobre los hombros como un maricón?».

Respondiendo con una mirada de gélida irritación, Simon frota la lana entre el pulgar y el índice. «Este es un jersey Ronald Morteson. Si supieras lo más mínimo de ropa, entonces comprenderías lo que eso significa y por qué prefiero llevarlo de esta forma. De todos modos», dice, mirándome primero a mí y luego a Terry, «me alegra que estés bien y que te estés recuperando. Nikki, tenemos negocios que atender».

«Desde luego que sí», sonrío.

Y Rab fulmina a Simon con la mirada, muerto de ganas de preguntar adonde vamos, pero se le escapa la ocasión cuando nos marchamos juntos y nos dirigimos al centro, hasta la estación y el tren de Glasgow.

Ya en el tren, Simon me instruye acerca de nuestra presa, y todo parece emocionante, pero a la vez extrañamente preocupante que estemos invirtiendo tanto esfuerzo en localizar a este tío. Mientras le describe, visualizo a nuestro hombre. Simon, con su economía expresiva, hecha sin ironía, me hace sentir como si perteneciésemos al MI5. «Un tipo solitario, que vive en el hogar familiar, entusiasta de los trenes en miniatura, ligeramente obeso. Existe una nueva generación cuyos padres intentan retenerles en casa, consciente o inconscientemente, despojándoles de todo atractivo para el sexo opuesto a fuerza de obligarles a alimentarse de forma inverosímilmente copiosa y frecuente. En el caso que nos ocupa, el sujeto en cuestión también tiene un cutis bastante malo, por culpa de ese galopante acné tipo años setenta que la dieta y los productos contemporáneos para el cuidado de la piel prácticamente han erradicado. En la tele aún se ve algún que otro futbolista del este de Europa con esa clase de palidez, pero aquí en Occidente resulta muy infrecuente, incluso en Glasgow. Nuestro muchacho debe de ser un tradicionalista. Lo que necesitamos que nos consiga es una lista de clientes; nombres, direcciones y números de cuenta. Sólo un listado, o mejor aún en disquete».

«¿Y si no le gusto?», le pregunto.

«Si no le gustas es un mariconazo, así de simple. Y si ese es el caso, yo iré a por él», dice, mostrando una sonrisa. «Puedo hacer de reinona si hace falta», sonríe saludablemente, «me refiero a la parte del flirteo, claro está», dice mientras tuerce el gesto con una expresión asqueada, «no al sexo».

«De todos modos, lo que estás diciendo es bazofia, yo no le gusto a todos los varones heterosexuales», digo sacudiendo la cabeza.

«Por supuesto que sí, en caso contrario son gays o quieren engañarse o…».

«¿O qué?».

Arruga el rostro hasta exhibir una sonrisa aún más amplia. Veo formarse las patas de gallo. Pero lo cierto es que tiene aspecto italiano; es un rostro con muchísima personalidad. «Deja de hurgar».

«¿O qué?», insisto.

«O no quiere mezclar los negocios con el placer».

«A ti eso no te detuvo», sonrío yo.

Simon pone una expresión exageradamente triste. «A eso iba. Me veo incapaz de resistirme a ti y a él le pasará lo mismo, toma buena nota de lo que te digo». A continuación me dice en voz baja: «Creo en ti, Nikki».

Sé cuál es la intencionalidad de sus palabras y tienen el efecto deseado. Estoy deseosa de poner manos a la obra. Y nos bajamos del tren y encontramos el pub y le veo, solo en la barra, el hombre de mis pequeñas y sudorosas pesadillas de persecución. Simon asiente y a continuación se esfuma, mientras yo me trago el orgullo y hago mi jugada.

45. EASY RIDER

Digamos que llevo la cabeza bien jodida; más que nada porque salí puesto de Lou Reed[38] y me metí unas gelatinas para bajar; así que no pensaba con claridad cuando me llamó Chizzie el Bicharraco. Nunca ha sido un tipo que me mereciera una gran opinión; lo cierto es que es malo, pero como que se me pegó en la cárcel. No sabía que hubiera salido. El caso es que estaba desesperado por tener algo de compañía y a Chizzie le habían pasado el nombre de un caballo —un chivatazo de un colega suyo llamado Marcel— que nunca falla. Así que Benny el de Slateford acepta la apuesta y nosotros volvemos al garito para observar a nuestro hombre, el forastero que tiene las apuestas en su contra por 8 a 1, Snow Black, triscar hasta la línea de llegada de Haydock en la carrera de las 14.45.

No lo podía creer, tío. Desde el principio nuestro hombre va en cabeza. Cuando ya va por la mitad corre en solitario. Un par de los otros caballitos recortan un poco la distancia durante la recta final, pero nuestro hombre va que vuela, a tope. A decir verdad, es la carrera más desigual que he visto jamás. No es que nos quejemos ni nada por el estilo, tío. Lejos de ello. Nosotros en plan: «¡¡¡SIIIIÍ!!!!» y nos damos un enorme abrazo debajo de la tele que hay en el bar y de repente me quedo paralizado durante un segundo pensando en quién más habrá estado entre esos brazos y en cómo se sentirían. Me aparto con la excusa de ir a la barra y traer más bebidas para celebrarlo. En el bolsillo, mientras escarbo en busca de los billetes, encuentro más gelatinas.

Cuando volvemos donde el corredor de apuestas, la expresión del rostro de Benny le delata. «Buen chivatazo, ¿eh?», refunfuña.

«Ya lo creo, compadre», sonrío yo.

«Hay que mantener los ojos y oídos abiertos», dice Chizzie con una sonrisa maliciosa. «Cuestión de suerte, chaval. Unas veces se gana y otras se pierde».

Y la sensación es la mejor que se puede tener, tío, porque me he llevado cuatro de los putos grandes y Chizzie ocho y medio. ¡Cuatro de los grandes! ¡Voy a llevar a Ali y a Andy de vacaciones! ¡A Disneylandia, a París! ¡De puta madre, Marcel, y dicho sea de paso, también de puta madre, Chizzie, por compartir el dato conmigo!

Volvemos al bar y nos echamos unas cuantas cervezas para celebrarlo; después decidimos bajar al centro. Quiero deshacerme del amigo Chisholm cuanto antes, pero el gachó se ha portado conmigo y estoy en deuda con él, así que lo suyo sería hacerle compañía durante un rato. Estamos esperando un taxi o incluso un bus, pero no hay tu tía; en lo que se refiere a los vehículos de motor pal transporte de pasajeros la cosa está Scottish, tío, Scottish Football Association[39] total. Entonces Chizzie se pierde de vista por donde el parking de la fábrica de cerveza S&N. Pensé que sólo había ido a echar una meada, pero al cabo de un ratito se arrima un Ford Sierra azul y quién

está al volante sino el bicharraco felino que responde al nombre de Gary Chisholm.

«Su carruaje, chaval», dice Chizzie, con el diente de oro brillándole como el colmillo de un tigre.

«Eh, vale…», suelto yo mientras me subo… Y supongo, tío, que como los políticos dicen que estamos en una sociedad sin clases,[40] da igual de quién sea el coche que cojas. To pa tos, ¿no?

«Hay que bajar al centro y pillar cacho para la medianoche, so cabrón», me suelta, y prorrumpe en una risa aguda y extraña capaz de arrancarle a uno la piel a tiras.

Dejamos el buga en Johnston Terrace y nos vamos dando unos brincos hasta la Milla Real, donde subimos a la parte de arriba de Deacon Brodie's. Saludamos con un gesto de la cabeza unas cuantas caras recién salidas de los juzgados. Al cabo de un rato la cerveza me mata, y es que ahora ya no la aguanto muy bien; siempre he sido un menda más de cualquier otra droga.

Chizzie empieza a hablar de viejos conocidos: talegueros, listillos y demás. No es la clase de conversación que me mole, tío, porque es como si siempre se acordara de los elementos más tocaos. Voy al servicio y pienso en el dinero que llevo en el bolsillo, tío, que con este dinero podría enrollarme a tope con una tía, y por alguna razón compro un paquete de gomas de la máquina y me lo echo al bolsillo. Noto las gelatinas, y me queman en los pantalones, tío. Esas van a bajar por el gaznate pronto.

Cuando vuelvo a salir veo que Chizzie está pensando en parecidos términos, y eso me pone nervioso. «Me muero de ganas de echar un puto polvo, ¿no?», me cuenta. Entonces se explica: «Es buena hora para los chochos, entre las cuatro y las seis. Es cuando te encuentras con esas guarras hechas polvo que llevan toda la tarde de pedo y ya no saben ni dónde están. Pues vale, Chizzie está al acecho».

Y ahora mismo no hace falta mirar muy lejos. En la barra hay una tía pelirroja. Lleva unos leotardos blancos abombados que han perdido elasticidad y que se diría que llevan dentro una cagada. Va totalmente pedo, tío, como para no acercarse, pero hostias, Chizzie va directo hacia ella. La invita a una copa, le dice algo y viene a sentarse con nosotros. «¿Todo bien, colega?», me pregunta. «Me llamo Cass», dice. Hostia puta, esta tía es medio borrachina. Se ríe ruidosamente, y acerca su rostro al mío, posando brevemente la mano sobre mis pelotas antes de aferrarme el muslo. Su rostro abotargado y enrojecido está justo al lado del mío y tiene los dientes amarillentos y podridos. Claro está que yo tengo unos dientes de mierda y, si lo pienso, mi rostro probablemente esté igual que el suyo por la bebida, porque Chizzie también está más colorao que un semáforo en rojo. Aunque a mí no se me enrojece el careto cuando bebo, porque a mí lo que me pasa es que se me va el color hasta quedarme tope blanco. La chica se lo ha currado un poco, porque lleva mogollón de sombra de ojos y lápiz de labios, y nos pregunta cuál es nuestro signo del zodíaco y

todas esas cosas de tías.

Pero apesta, tío; se ha cagado encima de verdad.

Tengo bastante cara de sueño porque en estos tiempos no soy lo que se dice un tipo que le pegue mucho al alcohol. Esa cerveza espesa y fangosa, tío. Pero Chizzie se hace cargo y nos saca del pub y volvemos a subir por Johnston Terrace y nos metemos de nuevo en el coche chorizado. Chizzie casi se estrella contra un buga aparcado al salir en marcha atrás, pero lo arregla y salimos por los adoquines hacia Holyrood Park mientras empieza a caer la noche.

La tía esta es como muy chunga y tal. Jura como una camionera y ahora nos muestra su pubis pelirrojo y trata de echársenos encima desde el asiento de atrás, como colocándose entre los dos. Chizzie jura porque está encima del cambio de marchas y no puede acceder a él y durante un ratito armamos bastante barullo yendo cuesta abajo. «¡Echadle un vistazo a esto, cabrones! ¿Quién quiere echar un polvo, pues?» brama. A ver, que yo hace siglos que no echo uno con Ali, pero habría que estar como un cencerro para acercarse a esta tía.

Chizzie se ríe y casi estrella el buga contra las grandes puertas negras de Holyrood Park, pero gira justo a tiempo y logramos entrar. Aparca y bajamos del coche. Miro hacia la gran colina donde está Arthur’s Seat. A nuestras espaldas hay mogollón de obras. Alguna movida gubernamental para votar, el Parlamento y todo ese rollo. Al irse el sol empieza a refrescar un poco.

«¿Adonde vamos?», dice ella de vez en cuando, arrastrando la voz, mientras seguimos a Chizzie hasta la parte de atrás de las obras. Nos colocamos detrás de una gran valla, lejos de la carretera y mirando hacia la colina. No hay nadie alrededor, aunque por encima de la pared aún hay obreros haciendo horas extra, aunque no pueden vernos.

«A buscar algún sitio guapo para meternos marcha», dice Chizzie guiñándole un ojo. Ahora ya oscurece. Encuentro una gelatina en el bolsillo y me la echo al coleto de puros nervios, tío, de puros nervios.

«Ya va siendo hora de darte lo tuyo, nena», se ríe Chizzie, y el mamón se desabrocha la cremallera sin más y se saca la polla, una cosa gruesa y como de goma; las pollas de los demás son tope feas, tío. «Eh, tú, venga», le dice a la tía, con un tono de voz realmente amenazante, «amórrate a esta».

La majarona esta parece un poco perpleja, como si se diera cuenta de qué va todo esto por vez primera. Pero entonces se encoge enérgicamente de hombros, se arrodilla y empieza a chuparle el pito a Chizzie. Chizzie se queda ahí de pie con cara de aburrimiento. Después de un minuto más o menos, suelta: «Vaya una puta mierda. Ni siquiera sabes cómo hacerlo», dice. Después me mira a mí y con una sonrisa malévola me suelta: «Voy a tener que enseñarle a esta guarra bobalicona de aquí cómo mamar una polla, Spud».

Para, la coge del pelo y la lleva a rastras hasta un palé de ladrillos sin abrir. «Vale…, ya voy…, ya voy, joder», chilla ella, mientras le golpea la muñeca.

Chizzie se está pasando de la raya. «¡Tranqui, Chizzie! ¡Hostia puta!», grito, pero la gelatina empieza a hacer efecto y es como si la voz se me fuera apagando.

«Cierra la puta boca», suelta Chizzie, haciendo caso omiso, y ella le mira con gesto iracundo. Él la obliga a volver a ponerse de rodillas junto a los ladrillos. «Ponte de pie ahí encima, Spud», dice. Ahora ya voy bastante pasao así que me subo encima de los ladrillos sin más.

«Vale», suelta Chizzie, «sácate el puto rabo».

«¡Sí, claro! Vete a… too…», digo arrastrando la voz mientras la cúpula Dynamic Earth sale de mi ángulo visual… Entonces empiezo a troncharme de la risa.

«¡Venga, puto acojonado!», me grita la majarona, y la expresión de su rostro es espantosa, tío, como si fuera yo el que la hubiera tirado del pelo cuando en realidad no le hice nada.

«Nah…, no es eso», suelto yo, «sólo intento ir de colegas, digamos…».

Chizzie se ríe y grita: «¡Venga, cacho cabrón! Sólo pretendo dejarle algo claro a la puta guarrona esta…».

La tía está como ida y yo estoy a punto de irme. «Raymond me dijo: podrás recuperar a la cría», musita la tía, borracha y en su propio mundo, como yo…

«Venga, tú, so cabrón», suelta Chizzie mientras observo la extraña expresión de su cara y empiezo a reírme como un chavalín antontolinao mientras él me desabrocha la bragueta y me saca el pito. No siento nada, pero Chizzie me tiene cogido por el rabo. ¡Chizzie! Baja la vista para mirar a la chavala. «¿Sabes las tías y las mamadas?», me dice a mí. «En la vida he conocido a una que supiera hacerlo bien». Después vuelve a dirigirse a ella: «Tú presta atención porque esta es la mejor educación que vas a recibir jamás», le suelta, antes de volverse de nuevo hacia mí. «Así son las putas tías. Siempre piensas que las tías sabrán cocinar por tu madre, pero aunque se las apañen con los platos sencillos, nunca pueden acercarse a nada que requiera imaginación o… sutileza. ¿Cómo es posible que los mejores cocineros, los de la tele y tal, sean tíos? Con las mamadas pasa lo mismo. La mayoría sólo se atiborran la boca de polla y a chupar, subiendo y bajando, como si intentaran convertir su boca en un cono. Cuando estuve en la galería de los pederastas un tío me enseñó cómo se hacía…, primero recorres toda la polla con la lengua…», y me agarra la polla y empieza a lamerla…, «en el caso de Spud no lleva demasiado tiempo…, ja ja ja».

La Dynamic Earth…, ahí dentro se tiene que estar guay.

«Qué jeta tienes, cabrón», jadeo mientras su fría lengua recorre sutilmente mi hipersensible piel peneana… Chizzie parece el presentador de un programa de educación infantil o de cocina o algo así… El lugar da vueltas a mi alrededor y se

está haciendo de noche…

«¡Hazlo, guarra!», le espeta Chizzie, y durante un instante creo que me lo dice a mí, pero es a la tía, y ella empieza a seguir sus instrucciones, metiéndose el extremo de su polla en la boca.

«Mejor…, mejor», suelta él, «después tienes que darle golpecitos con la lengua al capullo… Me estoy empalmando pero qué bien, chaval…».

Yo también, pero no siento nada. Pero nada…

Y oigo a Chizzie y pienso en el tío que ganó el Oscar, cuando dijo «soy el rey del mundo» sólo porque había hecho una película pal cine que era un poco larga, porque la vi el verano pasado y tal, y pienso en Sick Boy y me juego algo a que él hace algo así delante del espejo, que suelta algo así como «soy el rey del mundo»… y Chizzie continúa, «… entonces empiezas a metértela en la boca, suavemente…, así, suave…, requiere un poco de sutileza, joder…, no es un concurso para ver cuánta polla te cabe en la boca…, no pares de mover la lengua…, sácala por toda la extensión de la polla…, mejor…, mejjoor…».

«Joder, Chizzie, tío», jadeo yo, mientras siento náuseas al mirar el espantoso rostro de Chizzie alrededor de mi polla. Si alguna vez hubo un rostro que no querrías imaginar alrededor de tu polla es ese, y me doy cuenta por primera vez de lo que está pasando aquí y la saco…

Echa chispas por los ojos y me lanza una mirada iracunda; después mira a la chavala bolinga que sigue chupándole la polla. «¡Has visto!», dice victoriosamente. «Al cabrón le estaba dando marcha… Guau…».

«Es que me iba a caer de los ladrillos… los ladrillos…», le dije.

Pero ahora lo veo todo a través de una especie de neblina de gachas acuosas mientras Chizzie aferra la cabeza de la chavala con violencia. «Ahora es el momento de acelerar el ritmo, ahora es el momento de chupar…, chupa…, ¡CHUPA, SO PUTA!». Y le folla violentamente la boca, forzándola hasta la garganta y montando un numerito de comentarista deportivo: «¡Y Chizzie está ya en la recta final, le está dando lo suyo a la muy guarra!; Chizzie cruza la meta… ¡¡¡¡UUAAAAAA!!!!!».

Aferra su melena pelirroja como en un cepo, empuja su pelvis contra su cara y la retira acto seguido, dejando a la chavala haciendo arcadas con su lefa y asfixiándose, tosiendo y frotándose la boca. Él le hace un gesto con la cabeza. «La felicito, acaba usted de graduarse en la Academia de Sexo de Chizzie».

Eso no ha estado bien, tío, no, no, no, así que me acerco tambaleándome y me arrodillo al lado de la chavala esta. «No pasa nada y tal», le digo, reconfortándola, y es como si nos hiciera falta a los dos, tío, a ambos, ¿sabes? Y de repente me dice: «Venga, los dos, ahora los dos, hijos de puta», y empieza a sobarme la entrepierna, y no me empalmo, así que empiezo a besarla en la boca y le suelto: «Vale…, vale…», y le saco los leotardos y las bragas. Tiro de ellos para desprender esa bola de mierda

seca que parece una pelota de golf de color marrón, y después le meto el dedo en el coño y me empalmo. Me cuesta un poco sacar la goma del paquete y ponérmela en la polla pero tengo que hacerlo…, tengo que hacerlo…, tengo que hacerlo…, ella desprende glóbulos coagulados de mucosa de coño pegajosa y maloliente, ¿sabes?, y la polla me entra fácil. Mientras sucede todo esto oigo al tiparraco de Chizzie burlarse y mofarse y ella gruñirle como respuesta; yo me siento como si en realidad no estuviera. Como que empujo durante un rato, pero es una mierda, no es como pensé que sería. Mira que soy cretino por imaginar siquiera que sería como con Ali, y estoy enfadado, tío, enfadado conmigo mismo y ella grita, como medio burlándose, soltándome: «¡Venga, tú! ¡Más fuerte, joder! ¡¿Es eso todo lo que tienes?!». Y yo sigo empujando hasta soltar el chorromoco dentro de la goma que me envuelve…

Me quito de encima e intento subirme los pantalones con el condón todavía puesto. Ahora Chizzie va a por ella, la coge y la empuja hasta ponerla boca abajo y carraspea hasta sacarse unas flemas de la garganta mientras ella dice: «¿Qué cojones…?», pero él se baja unos mocos de la parte de atrás de la nariz y prepara un cóctel dentro de la boca. Después lo vierte sobre su ojete encostrado de mierda. Chizzie sólo es positivo en el sentido médico de la expresión, pero sólo en ese contexto, porque en la vida real es un gachó de lo más negativo, ¿sabes?, así que no se toma la molestia de ponerse una goma. Doy más o menos por supuesto que sabe o piensa que ella también lo es, pero lo más probable es que no le importe, porque se la está follando con dureza por el culo. Se supone que no hay que hacerlo así, se supone que hay que empezar despacio…, no es que Ali y yo hagamos eso ni hagamos nada ahora…, pero ella se limita a gemir y llorar lagrimitas, igual que una ballena embarrancada que sencillamente no consigue llegar al agua.

Cuando termina, se quita de encima y se limpia la polla cubierta de mierda en una parte limpia de sus leotardos blancos.

Ella se vuelve, con el rostro enrojecido y los mocos saliéndosele de la nariz, y le grita «¡Puto cabrón!» mientras se pone los leotardos.

«¡Cierra la puta boca!», salta Chizzie, soltándole un puñetazo en la cara. Se oye un crujido y yo me quedo tenso y paralizado, incluso a pesar de las gelatinas y la bebida, como si me hubiera golpeado a mí. Después ella suelta un chillido agudo cuando él le pega una patada que casi le pone la teta del revés.

Entonces me encuentro la voz porque eso es muy fuerte, tío. «Eh, ya vale, joder, Chizzie…», digo. «Eso es pasarse de la raya».

«Ya le diré yo lo que es pasarse de la raya, chaval», dice señalándola, mientras ella llora silenciosamente y se masajea la teta. «¡Guarras asquerosas que tendrían que darse un puto baño! ¡Vale, pues toma, aquí tienes un puto baño!».

Entonces empieza a meársele en el pelo, con una orina sucia y como rancia, tío. Y ella ni se mueve ni nada; se limita a quedarse ahí llorando. Tiene un aspecto tan

lamentable, tío, tan mísero, que no parece un ser humano, y yo me pregunto, ¿será así como me ve la gente a mí cuando estoy hecho polvo de verdad y tal? Un corredor solitario, vestido de blanco de arriba abajo, pasa junto a nosotros, mira y se da la vuelta rápidamente sin interrumpir la marcha. Puedo oír a los tipos de la obra gritándose los unos a los otros. Desde luego, Chizzie es un tiparraco espantoso, todo el mundo lo sabe. Cualquiera que hiciera lo que hizo él… Pero Chizzie cumplió condena por aquello. Pagó su deuda a la sociedad y todo eso. Pero ¿qué pensarán cuando me ven a mí con él?

Y caigo de golpe, tío; caigo de golpe en que yo también soy un hijo de puta espantoso. Pero es como si a mí me faltara la… malicia, tío, la malicia para mostrarme como… enrevesado al respecto. Como la de la mayoría de la gente de este mundo, mi maldad es una especie de maldad pasiva, una especie de maldad por omisión, por no hacer nada porque en realidad nadie me importa lo suficiente como para intervenir, salvo que se trate de gente a la que conozca de verdad. ¿Por qué no puede importarme todo el mundo como la gente a la que conozco? Chizzie… pues es un majaron peligroso con el que ir de colegueo, pero en la cárcel se portó como un amigo y me llamó con lo del chivatazo y eso algo querrá decir… porque voy a llevar a Andy y Ali a Disneylandia y todo volverá a ir a las mil maravillas y en realidad será todo gracias a Chizzie…

Nos largamos, Chizzie y yo, cruzando el parque a la altura de la salida de Abbeyhill para ir a otro pub. Dejamos a la chavala boba con su miseria y su degradación; me vuelvo para mirarla, porque ella está donde yo voy, tío, lo sé, en cuanto Ali me mande a paseo se acabó, fin de trayecto…, y en realidad ya lo ha hecho, así que a lo mejor…, pero nah, porque tengo dinero y volveré con ella como está mandado y está el libro sobre Leith y vamos a ir a Disneylandia, tío…

Andamos tambaleándonos un rato y entramos en un pub. Más o menos le digo a Chizzie que se pasó de la raya y él se vuelve y me dice: «No tengas compasión con esas capullas. Ese es tu problema, Spud, eres demasiado amable con la peña. Los tipos como tú pensáis que si a todo quisque le cayeran bien los putos refugiados y tal, entonces todo saldría bien, pero no es así como funcionan las cosas. ¿Sabes por qué, chaval?». Su rostro está a escasos centímetros del mío, pero apenas puedo centrar la vista en él. «¿Sabes por qué? Porque se quedan contigo, por eso. Fíjate bien en lo que te digo».

Voy medio achispado, totalmente pasado y con un fajo en el bolsillo. Pero hay algo en el rostro de Chizzie que me enoja. En realidad no tiene nada que ver con lo que ha dicho o lo que le ha hecho a esa mujer ni nada de eso. Más o menos resuelvo el enigma: es esa forma que tiene de enarcar las cejas y quedarse mirándote y luego echar la cabeza, hacia atrás. Sé que le voy a pegar un puñetazo a este tipo como un par de minutos largos antes de hacerlo. Ese par de minutos los empleo en vacilarle, de

manera que tanto él como yo sepamos más o menos lo que se avecina.

Entonces le lanzo una sin más y creo que he fallado porque no he sentido nada ni en la mano ni en el brazo, pero veo que le sale sangre por la nariz y oigo gritos por todo el bar.

Chizzie se lleva la mano a la cara después de mi golpe, y después se incorpora, coge el vaso y vacía la cerveza. Yo también me incorporo, y él me ha lanzado un golpe y ha fallado y el camarero nos grita. Chizzie deja el vaso pero está chillando: «¡VENGA, EN LA CALLE!».

Y voy saliendo pero me paro a pensar; yo no salgo a la calle con Chizzie ni de coña, tío, así que me paro en la puerta y dejo que salga él primero. Cuando lo hace cierro la puerta del pub a sus espaldas y echo el cerrojo. Chizzie trata de abrirla a patadas, para volver a entrar e ir a por mí, pero los dos camareros salen, abren la puerta y le gritan que se vaya a tomar por culo. Chizzie trata de entrar pero el tío le agarra, así que Chizzie le suelta un puñetazo. El tío y Chizzie se pegan y el otro tío me agarra a mí y me echa. Así que ahora somos Chizzie y yo contra los del pub, lo cual resulta como bastante fácil para los gachos del pub porque yo voy borracho y de gelatinas y Chizzie va borracho y además yo no sé pelear. Así que nos llevamos una pequeña soba y ellos vuelven adentro, dejándonos maltrechos y gimiendo en plena calle.

Caminamos por la calle alejados el uno del otro, gritando e insultándonos, y luego hacemos las paces más o menos e intentamos seguir bebiendo. Pero no quieren servirnos en ningún pub, salvo en una cloaca donde dejan entrar a cualquiera, sin que importe lo pedo y lo magullado y lo ensangrentado que vaya; al cabo de un rato pierdo el conocimiento, y cuando me despierto me doy cuenta de que Chizzie ya no está. Me levanto, me acerco a la puerta y aparezco en alguna parte de Abbeyhill sin poder hacer otra cosa que seguir adelante.

«¡ALISON! A-LI-SOON…», oigo gritar mientras los críos pequeños que están jugando en la calle de Abbeyhill Colonies me miran cautelosamente y tal, y me resbalo y me caigo unos cuantos peldaños abajo y me levanto ayudándome con el barandal. Vuelvo a escuchar el grito y por primera vez caigo en la cuenta de que sale de mí.

Llego tambaleándome hasta Rossie Place, pasando por delante de las enormes casas de vecinos rojas de camino a Easter Road y sigo gritando. Es como si tuviera dos cerebros: uno que piensa y otro que grita.

Pasan dos chavalas con camisetas de los Hibs y una de ellas me suelta: «Cierra el pico, so zumbao».

«Me voy a Disneylandia», les digo.

«Pues para mí que ya estás allí, macho», me contesta una de ellas.

46. CHANCHULLO N.° 18747

Nikki es una diosa. La he estado observando; sabe cómo manejar a la gente, hacer que se sienta especial. Por ejemplo, no te pregunta si te apetece un pitillo, sino que dice: «¿Te apetece compartir un cigarrillo conmigo?». O: «¿Tomamos un poco de vino juntos?» y siempre tinto, nunca blanco. Eso es lo que diferencia a una tía con clase de una mala puta de Fife o Essex con una permanente barata y sus pedorretas de vino blanco. «¿Preparo un poco de té para los dos?». O: «Me encantaría escuchar a los Beatles contigo. "Norwegian Wood" estaría estupendo». O: «¿Por qué no vamos a mirar ropa nueva?».

En nuestro chanchullo financiero, a ella le va mejor que a mí, y yo empiezo a preocuparme por mi falta de progresos. Al menos el rodaje va mejor, aunque anoche tuve el dudoso honor de filmar a Mikey Forrester mientras Wanda le hacía una mamada en los ascensores de Martello Court. Brian Cullen, un viejo amigo de Leith, se encarga de la seguridad de la torre más alta de Edimburgo; me refiero a Martello Court, claro está, no al esmirriado rabo de Mikey. Así y todo, ya tenemos satisfecho al hermano número cuatro.

El chanchullo me tiene preocupado, pero afortunadamente mis plegarias se ven atendidas cuando suena el teléfono y es Skreel. «¿Qué tal, chavalote?», me dice, mientras yo reprimo un estornudo para no expulsar la enorme raya de farlopa que acabo de esnifar. Últimamente, la mayor parte de la mierda parece que se me deposite en las fosas y en las sienes. Cuando me sueno la tocha, veo que hay más en el pañuelo que en mis pulmones. Hace que quiera lavarme los mocos. Tengo la nariz hecha polvo; necesito la pipa.

«Skreel. En ti pensaba precisamente, compadre. Justamente le decía a este amiguete mío: Skreel, mi amigo de Glasgow, es un tío. Nunca me falla. ¿Alguna novedad pues, colega? ¿Eh?».

«¿Qué cojones te has metido, Sick Boy?».

«¿Tan obvio resulta?», me cachondeo. «Así es la farlopa. Me he confabulado con Satanás para realizar un viaje hecho polvo, lento y caro al infierno».

«No lo sabes tú bien. De todas formas, la chavala que te interesa se llama Shirley Duncan. Es una tía gordita que vive con su madre en Govanhill. No tiene novio. Es tímida. Ella y sus amigas suelen beber en el All Bar One los viernes después de trabajar. Estará allí esta noche».

Pero qué ser humano es este natural de Glasgow. «Te veré en Sammy Dow's a las seis».

«Dicho y hecho, chavalote».

Voy ataviado con una chaqueta Armani y unos pantalones de sport con el jersey de lana virgen Ronald Morteson debajo. Los zapatos son Gucci. Desgraciadamente,

no encuentro un par de calcetines decentes en mi cajón, de modo que me veo obligado a ponerme unos calcetines de deporte Adidas blancos con su asqueroso efecto felpa. Tengo que deshacerme de ellos y encontrar una Sock Shop en Waverley antes de subirme al tren o la habré cagado.

Me compro un par de azulmarinos finos y pienso en guardar los Adidas para Skreel, pero quizá se lo tome a mal. Justo antes de subir al tren, compruebo los mensajes de mi móvil. Renton me dice que está en Escocia. El capullo está paranoico a tope. Ni siquiera quiere contarme dónde se queda, presumiblemente en caso de que le descubra el pastel a alguno de los socios de Francois. Pronto lo averiguaré.

Llamo a Malmaison, en Glasgow, pensando que si hago reservas en algún lugar prohibitivo, me entrará el doble de ganas de ligar.

Me bajo del tren y me meto en Sammy's; Skreel está de pie en la barra. Me doy cuenta de que hará unos cuatro años que no nos vemos. Intento no hacer una mueca cuando me presenta como Sick Boy a otro par de granujas weedgies presentes. «Este es Sick Boy, el hombre es de Edimburgo», se ríe Skreel, «sé que suena un poco contradictorio, pero ya veis las vueltas que dala vida».

Weedgies. Si les quitaras los cuchillos y les enseñaras higiene íntima, serían unas mascotas excelentes. Pero Skreel es quien lleva la batuta y ha cumplido el trato, así que en este momento estoy perfectamente dispuesto a tragarme mi orgullo y dejar que haga los vaciles de rigor, como preparación psicológica para el atracón de humildad que me espera luego. «De todos modos, ¿dónde está la chavalilla esa?», digo en voz baja mientras empiezo a cantar, como en unos dibujos animados que vi una vez, creo que era Catnip, de Hermán Catnip: Fm in de moood forluff…[41]

«No quiero saber nada del chanchullo que te traes entre manos, cabrón», sonríe Skreel, lo cual significa desde luego que sí quiere saber. El sobre que le deslizo en el bolsillo le hace callar.

«Algún día te lo contaré, pero ahora mismo no», le digo de una forma tan descarnadamente fría como irrevocable.

Salimos y cruzamos George Square entre la llovizna gris hasta llegar a Merchant City, como denominan irrisoriamente los weedgies a esta parte remodelada de su queo. Un poli para a un borrachín por beber y le dice que esconda la lata. Vaya chorrada. Si Glasgow tuviese serias intenciones de poner en marcha un programa de tolerancia cero con los borrachines, tendrían que meter a toda la población de la ciudad en camiones de ganado y transportarles a todos a las Highlands.

Se lo cuento a Skreel, y me dice que si no fuera su colega me apuñalaría.

Le digo que no esperaba otra cosa.

Se trata del clásico All Bar One; podría estar en cualquier parte. Y la falta de personalidad de tales lugares parece extraerle a sus clientes la poca que puedan tener ellos. Es un salón de exposición Ikea donde la gente va a emborracharse con los

colegas cuando cierra la oficina, con la esperanza de encontrar a alguien que esté lo bastante pedo o desesperado como para llevárselos a casa y follárselos. Veo-veo: un mar de horribles permanentes cutres; más de las que verías en Arndale Centre un sábado.

Nos acercamos a la barra y Skreel me señala a Shirley Duncan, abandonándome con un garboso «Que tengas suerte».

Hola, nena. Habría adivinado que era ella de inmediato. Está con otras dos tías, una de las cuales no está mal y la otra es un poco feto. Pero la mía, mi Shirley, está un pelín más que obesa. Si hay algo en lo que estoy de acuerdo con Renton es en lo repulsivo de la grasa. No hay forma de hacerla presentable: es una deformidad socialmente asfixiante, que sugiere glotonería y falta de autocontrol y, seamos sinceros, enfermedad mental. En las mujeres, claro está: en los hombres puede ser indicio de cierta personalidad y joie de vivre.

Yo diría que está en los últimos coletazos de la adolescencia o que tiene veintipocos (otra cosa que tiene la grasa: cuanta más hay, menos importa la edad) y que la viste una madre dominante. «El vestido de retrasada estilo años cincuenta que compré de rebajas en el súper te sienta estupendamente, chiquilla». Me quedo en la barra sorbiendo un JD con Coca-Cola y espero a que su amiga el feto se acerque. Le lanzo una sonrisa y ella hace otro tanto, apartándose el flequillo de la cara con una expresión postiza de coquetería. Pero esta starlette no engaña a nadie: está desesperada por los centímetros de rabo auténtico que cuentan en el casting de la siguiente fase de este estupendo juego titulado «Estoy vivo, en serio», al que ahora jugamos todos.

«¿Siempre hay tanto bullicio por aquí los viernes a estas horas?», le pregunto mientras Sting canta algo acerca de ser un inglés en Nueva York.

«Y que lo digas, Glasgow es así», dice. «¿Y tú de dónde eres?».

Ay, qué trabajo tan fácil este. Si sólo se tratase de ella en lugar de Gordi la Grotesca. «De Edimburgo nomás, estoy aquí por negocios, pero pensé que me tomaría una copa antes de volver. ¿Acabas de salir de trabajar?».

«Sí, hace un ratito».

Me presento a la chica esta, que se llama Estelle. Se ofrece a invitarme a una copa. Insisto en ser yo quien la invite a ella. Me cuenta que tiene amigas, así que en cuanto caballero de Edimburgo que soy, pago yo la ronda.

La chavala está impresionada, ¿y acaso no queda claro el porqué? «¿No es ese un jersey Ronald Morteson?», pregunta, apreciando la calidad de la lana. Me limito a sonreír en ambigua confirmación. «¡Eso me había parecido!». Me echa esa mirada acogedora y calculadora que uno nunca ve en las mujeres de Edimburgo o Londres salvo que tengan el doble de su edad. Soy un parroquiano de Leith en territorio esquivajabones, oh, oh…

Mientras me acerco con las copas, compruebo que van todas bastante bolingas, incluida Shirley Duncan. Estelle me mira y se vuelve hacia Marilyn, la otra tía presente. «Tiene ganas de echarle el guante a un maromo», se ríe, tosiendo un poco de su bebida.

«¿Te ha bajado por donde no es?», sonrío, captando la mirada de Shirley Duncan, y recibiendo una mirada traumatizada en respuesta. Qué duda cabe, es la más fea de las tres.

«Qué raro, a ti siempre se te "mete" por el agujero que no es», se ríe Marilyn, mientras Estelle la empuja suavemente con el codo. Trato de refrenar mi instinto natural y tirarle los tejos a la tal Marilyn; incluso Estelle podría valer en caso de urgencia, pero los negocios son los negocios.

Shirley parece avergonzada; desde luego, es la que no pega en este grupito. «¿En qué trabajas, Simon?», pregunta tímidamente.

«Ah, Relaciones Públicas. Sobre todo publicidad. Me mudé hace poco de Londres a Edimburgo para preparar unos proyectos aquí».

«¿Con qué tipo de clientela trabajas?».

«Cine, televisión, ese tipo de cosas», le cuento. Continúo platicando y aparecen más copas y veo las manchas de sus tres rostros cada vez más grandes y más rojas a medida que el alcohol calienta el sistema, iluminándolas como faros, mientras las hormonas se disparan por todos lados. En efecto, es como un neón de Las Vegas que dice: POLLA, POR FAVOR.

Y es que sé que a la puta Estelle esta podría ponerla a ganarse el sustento en horizontal en seis meses allá en King's Cross si le diese el tratamiento completo. Vaya, que hay algunas nenas que desprenden averías, algunas donde sabes que papi malo o papastro han dejado cicatrices psíquicas incurables, y que aunque estén aletargadas como un eccema social durante una temporada, aguardan la ocasión de entrar en erupción. Está presente en la mirada, es ese aspecto asolado y herido que se manifiesta en la necesidad de entregar un amor destructivo a una fuerza maligna y seguir entregándolo hasta que les consuma. Toda la existencia de las chicas como esta se halla marcada de forma subterránea por los malos tratos, y no nos engañemos: han sido programadas para localizar a su siguiente maltratador de forma tan implacable como el depredador las busca a ellas.

La noche se extiende hasta Klatty's y yo me mantengo alejado de Estelle y Marilyn, sin dejar a Shirley Duncan tranquila, para el absoluto asombro de todas ellas. Es gorda y fresca y me siento como una combinación de pederasta y de asistente social; pronto acabamos besándonos y largándonos hacia Malmaison. Ella dice: «Esto sólo lo he hecho antes una vez…».

Al meternos en la cama, me rechinan los dientes y pienso en el chanchullo. Se me pone dura que te cagas y mis manos recorren sus gruesos pechos, subiendo y bajando

por esos fofos muslos y a lo ancho de ese paisaje lunar de culo que tiene. En cuanto se la meto, se dispara. Por razones de control, opto por no descargar dentro de la goma sino que doy un gruñido falso y dejo que mi cuerpo mantenga un rígido estiramiento con un golpe de pelvis retrasado para simular la eyaculación.

Reparo en que es la primera vez que finjo un orgasmo. Resulta bastante satisfactorio.

Cuando entra la luz de la mañana, la extensión de mi sacrificio se hace visible, lo cual me provoca náuseas. Entonces ella se levanta de la cama diciendo: «Tengo que marcharme, esta mañana trabajo».

«¿Qué?», pregunto, un tanto preocupado. «¿Es que trabajas cuando los Rangers no juegan en casa?».

«No, es que no trabajo en Ibrox. Lo dejé la semana pasada. Ahora trabajo en una agencia de viajes».

«Que no…».

«Lo de anoche fue precioso, Simon. ¡Te llamaré! Tengo qué salir pitando», y sale por la puerta y ahí me quedo, ¡violado por una gorda apestosa gracias a la incompetencia de ese capullo de Skreel!

Me tomo el desayuno del hotel y me dirijo, asqueado de mí mismo, hacia Queen Street, y llamo a Skreel al móvil. Proclama su inocencia, pero sé que el esquivajabones este me la ha jugado. «Yo no lo sabía, chavalote. Da igual, queda con ella y podrá decirte si alguien más trabaja allí».

«Ummff». Apago el móvil; espero que a Nikki le haya ido mejor que a mí.

47. «… LA PAPA UBICUA…»

Estoy dolorida y agotada. Mel y yo tuvimos que hacer la escena del cuadrilátero con Craig. Al menos no me lo tuve que follar después. Habían cambiado el guión; eso fue lo primero en que nos fijamos cuando nos encontramos en el club de boxeo de Leith aquella fría mañana. Rab estaba montando la cámara y se me acercó. «No deberías hacerlo, no está en nuestro guión».

No contesto, pero abordo a Simon. «¿A qué viene esto?». Jimmy saca un consolador de dieciocho pulgadas con una cabeza de pene en cada extremo y con las medidas en pulgadas a lo largo.

«Ya», dice indicándole a Mel que se acerque, «pensé que hacía falta más tensión entre las chicas antes de la gran escena de amor lésbico. Era todo demasiado blando, demasiado en plan hermanas, demasiado agradable. Pensé que funcionaría mejor si los personajes tenían un poco de aliciente. Ambas quieren tener la exclusiva sobre la polla de Tam, ¿me explico?».

Yo miro a Mel y ella me acaricia el brazo. «Todo saldrá bien».

Pero no es una escena fácil de rodar. Melanie y yo estamos a cuatro patas en el ring y con el consolador entre nosotras. Tenemos que recular la una contra la otra y la que haya conseguido meterse más consolador cuando se toquen nuestras nalgas es la ganadora y folla con Craig. Lo peor es el modo en que Simon lo ha organizado; ha traído a gente del pub donde solían ver las viejas pelis porno caseras de Terry para que vitoree.

Es una sensación diferente. Por primera vez desde que me embarqué en esto, me siento utilizada, deshumanizada, como un objeto, y con esos espantosos hombres del pub rodeando el ring con los rostros contorsionados, aullando y chillando. Hay un punto en que noto cómo me bajan las lágrimas por las mejillas. Las palabras de ánimo de Simon, «Venga, Nikki, venga, nena…, eres la mejor…, eres tan sexy…», me irritan que te cagas y hacen que me sienta peor. Siento que me seco y me tenso. Rezo para que se calle de una vez. Independientemente de lo que diga, escucho sin parar otras palabras en su cabeza: en Gran Bretaña nos gusta ver cómo le dan por culo a la gente. Tras innumerables repeticiones de tomas, Mel y yo nos derrumbamos la una en brazos de la otra. Me siento dolorida, en carne viva y anulada. «Tomaos un descanso, chicas. Tenemos suficiente material de primera para editar», dice Simon.

En tanto «ganadora», Mel repasa su numerito con Craig. Simon me pone la mano en el hombro. Me produce náuseas. «No me toques», le digo, apartándosela. Cuando Mel y yo terminamos marchamos las dos juntas a los Botanic Gardens, donde liamos unos porros y observamos a hombres de todas las edades pasar por delante de nosotras, tratando de decidir si son consumidores de pornografía o no. Entonces jugamos a slips o bóxers, a adivinar si la tienen de caballo o de hámster, tratando de

juzgar la calidad del contenido de los calzoncillos. Y nos ponemos más escandalosas y más ciegas, más burlonas y más ásperas y, al lograr así cierto grado de venganza desviada, así nos sanamos.

Más tarde, Simon aparece en el piso. «Lo hiciste muy bien, Nikki, era una escena tremendamente exigente».

«Me hizo daño», le digo lacónicamente, «me dejó dolorida».

Simon me mira como si él mismo fuera a estallar en lágrimas. «Lo siento…, no sabía que sería así…, la culpa es de la cuadrilla esa que se apuntó, de esos capullos del pub de Terry…». Me derrumbo en sus brazos. «Lo hiciste muy bien, Nikki, pero jamás te volveré a hacer pasar por algo así».

«¿Me lo prometes?», le pregunto mientras levanto la vista, encantada con la sensación de sus brazos rodeándome, sintiéndome muy pequeña.

«Te lo prometo», dice.

«De todos modos», le digo, «supongo que con esto ya tenemos satisfecho al hermano número cinco».

«¿Y qué hay de lo otro?», pregunta Simon. Le explico que todo está controlado.

Porque sabía que llamaría. A la salida del trabajo, me llevó a comer a un sitio llamado La Papa Ubicua. Insistí en que fuera allí porque me gustaba cómo sonaba. Parece que Simon, Terry y el resto de los de Edimburgo desprecien a Glasgow y a sus habitantes, pero yo he estado allí de marcha un par de veces con gente de la universidad y, en tanto que observadora imparcial, opino que tiene mejor ambiente, y que resulta más cordial y vital que Edimburgo.

La Papa fue nuestra segunda cita. Durante la primera, en O'Neill's, le di jabón sin problemas y le pregunté si le apetecía ir a algún otro sitio. Fuimos a un pub más pequeño y más tranquilo; y a él se le veía bastante asombrado.

Al final de la velada, el pobre cabrón iba a tres palmos del suelo mientras me acompañaba a Queen Street para coger el último tren. Al dejar que me morrease en el andén, sentí su erección contra mi cuerpo. Fui una dama demasiado comme il faut para mentarlo.

Me subí al tren y le dije adiós con la mano tan ceremoniosamente como pude. Mientras veía cómo su silueta iba perdiéndose de vista, empecé a imaginármelo más delgado, con unas gafas más elegantes o incluso con lentillas y pensé… no.

Así que nuestra próxima cita es en el Chip, donde le suelto mi discursito. Simon me dice que debería ir de tranqui, pero no sabe lo perdidamente enamorado que está el tal Alan. «Lo único que quiero es un listado de todos los clientes de tu oficina, Alan. No sabrán que la conseguí yo. Quiero vendérsela a una compañía de marketing. Con los números de cuenta».

«Ve… ve… veré lo que puedo hacer».

Me voy al retrete y llamo a Simon por el móvil para contarle la buena nueva.

«No, Nikki, hazte la remilgada, anticípate a sus pegas». «¡Pero si está loco por mí! ¡Está por la labor!».

«Puede que esté por la labor ahora mismo, pero para que saliera bien tendrías que estar a su lado veinticuatro horas al día, siete días por semana. ¿Te mola la idea?».

«No, pero…».

«Ahora todo parece perfecto, pero cuando esté solo en la cama tras haberse matado a pajas pensando en ti, y la amargura y el asco que sienta por sí mismo hagan mella, empezarán a acosarle las dudas».

Quizá Simon no tenga un conocimiento exhaustivo de la naturaleza humana, pero desde luego comprende su lado más frágil. Aquello sonaba convincente. Pero ¿quién sería capaz de dejar de hacer lo que le pide su fantasía masturbatoria? ¿Qué hombre sería capaz de cortocircuitar algo semejante?

Pero Simon estaba en lo cierto. Alan ya se lo estaba pensando dos veces. Cuando yo estaba presente, todo iba a la perfección, pero cuando le dejaba solo parecía recuperar rápidamente la sensatez. Cuando volví me dijo que podía conseguir los nombres y direcciones, pero que los números de cuenta podrían meterle en un follón enorme. ¿Para qué necesitaba los números de cuenta para marketing?

¿Qué podía decir? «Quiero vendérselos a un hacker para que se introduzca en el sistema y limpie las cuentas».

«¡No! ¡Eso no puede ser!».

«Estoy de broma», dije, riéndome de él.

Me miró con nerviosismo y se rió a su vez.

«No conozco ningún código de autorización. O firma. Sólo le ahorra tiempo a la compañía a la hora de confeccionar su base de datos. Quieren escanear todos los detalles posibles de futuros clientes cuanto antes, eso es todo». Cojo una patata de mi bol. «Estupendas estas papas», le digo, consolada por saber que aquí las patatas fritas son muy buenas.

48. PUTAS DE AMSTERDAM, 5.ª PARTE

Edimburgo está como lo recordaba: frío y húmedo, a pesar de que se supone que ya hemos dejado atrás el invierno. Le pido al taxista que me lleve al piso de mi amigo Gavin Temperley, en Stockbridge. Temps fue uno de mis pocos colegas que nunca tocó el caballo, así que fue el único con el que permanecí en contacto. Nunca soportó a la gente de la calaña de Begbie.

Cuando llego allí una chica de veintitantos que está de muy buen ver se está marchando. Temps parece esquivo. Es evidente que han discutido. «Eh, disculpa por no presentarte», dice mientras nos metemos. «Esa era Sarah. Eh, ahora mismo no soy el número uno en su lista de éxitos».

Pensé para mis adentros: joder, yo me conformaría con estar en algún puesto de la lista.

Dejo mi equipaje en el suelo y Gav y yo bajamos al pub; después nos vamos a comer un curry. Es un indio bueno y barato, en el que abundan las parejas, pero también grupos de chicos borrachos. En el Dam hay un par de indios que están bien, pero allí no existe la cultura del curry. Cuando ves al grupo de zumbaos ruidosos y borrachos que hay a un par de mesas de la nuestra, piensas que quizá sea mejor así. Afortunadamente, yo estoy sentado dándoles la espalda, así que puedo disfrutar del brinjal bhaji y del madras de gambas mejor que Gav, que tiene que aguantar sus payasadas ruidosas y tediosas. Al cabo de un rato vamos demasiado bolingas para fijarnos en ellos. Hasta que bajo a los servicios a echar una meada.

Al salir del servicio el corazón se me para y casi se me sale por la boca. Un venao, con los puños cerrados, baja corriendo por las escaleras directamente hacia mí. Me quedo paralizado. Hostia puta…, es él…, le haré un placaje y lo estrellaré contra el suelo, cayendo sobre su pierna y… No.

Sólo es otro mamón abriéndose paso agresivamente, pero no le guardo rencor. A decir verdad, a este sociópata en particular me gustaría darle un beso sólo por no ser Begbie. Gracias, puto descerebrao.

«¿Qué? ¿Querías una foto?», pregunta al pasar por delante de mí.

«Perdona, tío, por un segundo pensé que eras un conocido», le explico.

El chalao farfulla algo y a continuación se mete en el tigre. Durante un instante pienso en entrar a por él, pero me paro en seco. Si hay una cosa con la que Raymond, mi instructor de karate shotokan, me machacó, era que lo más importante que se podía aprender acerca de las artes marciales era cuándo no emplearlas.

Después del papeo, Gav y yo volvemos a su casa y nos quedamos levantados hasta tarde, bebiendo, contando batallitas, hablando de la vida y poniéndonos al día en general. Hay algo en su actitud que me entristece. Me resulta espantoso sentirme así respecto a él y no me estoy mostrando condescendiente porque el tío me cae muy

bien, pero es como si se hubiese topado cara a cara con sus limitaciones sin haber aprendido a apreciar lo que tiene. Me dice que sigue en el mismo lugar del escalafón del Departamento de Empleo y que de ahí no va a pasar. Le han denegado el ascenso tantas veces que ha dejado de presentar solicitudes. Cree que le tienen fichado como bebedor. «Es curioso, cuando empecé a trabajar allí, era poco menos que obligatorio beber. Si tenías fama de pasar mucho tiempo en el pub eso demostraba lo sociable que eras, que podías establecer contactos. Ahora te etiquetan como borrachín. Sarah… quiere que lo mande todo al carajo y me vaya de viaje con ella, a la India y todo eso», dice sacudiendo la cabeza.

«Adelante», le digo, con la voz cargada de apremio.

Me mira como si le hubiera sugerido dedicarse a la pederastia. «Que lo sugiera ella, vale, Mark; tiene veinticuatro años, no treinta y cinco. Hay una gran diferencia».

«Vete a la mierda, Gavin. Si no lo haces, lo lamentarás durante el resto de tu vida. Si no lo haces, la perderás a ella y seguirás en esa puta oficina dentro de veinte años, el borrachín tembloroso, el capullo tristón al que nadie quiere parecerse. Y no esperes nada mejor, te pueden mandar a hacer puñetas de todas formas, por cualquier chorrada».

La mirada de Gavin se hunde y se vidria y de repente capto lo humillante y profanador que debe sonarle mi perorata de beodo. Antes uno podía hablar así, hacer trizas a la gente por el trabajo, pero ahora se han puesto todos a la defensiva al respecto y como somos mayores parece que haya más en juego. «No sé», dice de forma cansina, llevándose el vaso a la boca, «a veces pienso que soy un tipo de costumbres demasiado arraigadas. Que hasta aquí hemos llegado», declara, mirando en torno a la habitación, bien decorada y bien amueblada. Es un excelente piso Victoriano de Edimburgo; mirador, gran hoguera de mármol, suelo de madera, alfombras, muebles antiguos o reproducciones, paredes de colores pastel. Está todo inmaculado, y uno se da cuenta de que la hipoteca del sitio este es la verdadera razón por la que quiere quedarse. «Creo que se me ha escapado el tren», declara, con la alegría de un condenado a muerte.

«Nah, adelante», le insto. «Puedes alquilar este lugar», le digo. «Aún estará aquí cuando vuelvas».

«Ya veremos», sonríe, pero creo que ambos sabemos que no lo hará, estúpido capullo de mierda.

Gav se da cuenta del desprecio que me inspira y dice: «Para ti es fácil, Mark; yo no soy como tú», dice casi suplicante.

Estoy tentado de decirle, ¿por qué cojones es fácil para mí? Lo lleva todo en la cabeza. Y sin embargo tengo que tener en cuenta que es mi anfitrión y mi amigo, así que me conformo con decir: «Tú verás, colega, el único que puede vivir su vida eres tú; tú sabrás lo que más te conviene».

Al meditar acerca de esta propuesta se le ve aún más lúgubre.

Al día siguiente decido salir y dar una vuelta. Me pongo un sombrero para tapar mi característico cabello pelirrojo y las gafas que sólo uso para ver los partidos de fútbol o ir al cine. Espero que esto, junto a nueve años más de edad y una mayor corpulencia, resulten un disfraz adecuado. En cualquier caso, me mantengo bien alejado de Leith, el lugar donde es más probable que me tope con socios de Begbie que me conocen personalmente. Que Seeker todavía vive al principio del Walk y, como un estúpido, me dirijo allí, a mi segundo encuentro deprimente.

La hilera inferior de dientes de Seeker está sujeta con un aparato de alambres metálico. Su siniestra sonrisa resulta peor que nunca, como el Tiburón aquel de la era Bond de Roger Moore. Gav Temperley me dijo que una cuadrilla, de Fife o de Glasgow, según con quien hables, vino por aquí e intentó dejarle sin dientes. Me alegro de que fracasaran, su sonrisa letal era una obra de arte. Temps dijo que Seeker se había vengado de forma espeluznante de la mayoría de los implicados, uno por uno. Puede que sea un farol. Lo cierto es que es la única persona con la que podría dejarme ver que quizá me sirviese como póliza de seguros ante la vieja cuadrilla de Begbie. Quizá.

Seeker me trata como si nunca me hubiese marchado e inmediatamente intenta venderme caballo; parece sorprendido cuando rechazo la oferta. Mientras estamos sentados en su casa, muy pronto me quedo atónito ante mi propia idiotez por haber venido aquí. En realidad Seeker y yo nunca fuimos amigos; siempre fue una estricta cuestión de negocios. Él no tenía amigos; sólo un bloque de hielo donde tendría que haber estado el corazón. Me sorprende también el escaso miedo físico que Seeker, aunque siga teniendo aspecto de fuerte y duro, me inspira ahora, y me pregunto si también sería ese el caso tratándose de Begbie. Lo que resulta aterrador de Seeker es su depravación serena y carente de alegría. Saca de debajo del colchón lo que parece la cubierta de una caja de Monopoly boca arriba. No acabo de creer lo que veo en ella; unos cuantos condones usados, llenos, pero colocados ahí estratégicamente.

«El trabajo de esta semana», sonríe con esa lenta mirada fija de calavera, apartándose el pelo largo de la cara. «Esta era una chavalilla que me traje a casa del Puré», me dice fríamente, señalando uno de ellos. Parecen soldados caídos en el campo de batalla; un holocausto. No me habría gustado estar en la habitación cuando los fabricó.

La verdad es que nunca sé responder ante este tipo de circunstancias. Veo un volante David Holmes de el Vaults que tiene en la pared. «Apuesto a que aquella fue una buena noche», comento mientras lo señalo.

Seeker me hace caso omiso, señalando otro condón. «Esta era una estudiante del Substantial, una inglesa», continúa. Y durante un instante tengo la impresión de que en realidad son mujeres, derretidas y reducidas hasta convertirse en una tira de goma

rosada por una especie de láser que sale de la polla de Seeker. «Esta de aquí», dice indicando uno de color marrón, «era una tía a la que conocí una noche en el Windsor. Se la metí de todas las maneras por todos los agujeros», me cuenta antes de espetarme la secuencia estándar: boca, coño y culo.

Me imaginé a Seeker encima de alguna tía atontolinada, mientras él le daba por culo y a ella le rechinaban los dientes de dolor con una implacable banda sonora compuesta por las advertencias de los padres y de los amigos acerca de las malas compañías como trasfondo de su dolor y su incomodidad. Incluso es posible que después tratase de acurrucarse junto al muy cabrón, a fin de convencerse a sí misma de que había sido elección suya, una colusión auténtica, no algo muy afín a la violación. A lo mejor se limitó a salir cagando leches lo antes posible.

Los ojos de Seeker, inexpresivos e inertes como dos cascaras de huevo, saltan a otro condón. «Esta era una sucia putilla a la que me follé a tope…».

Se le conocía ampliamente por intentar que las tías se picaran. Mikey Forrester y él les daban jaco y luego se las follaban mientras estaban idas. Les encantaba conseguir que las tías se engancharan para después follárselas a cambio de chutes. Miro a Seeker y medito acerca de cómo la gente permite que la maldad se apodere de ellos, y estreche y defina sus posibilidades a cambio de tan parca recompensa. ¿Qué saca él de todo ello? Metérsela a un cadáver.

Así que ahora esta es mi banda: un funcionario hecho polvo y un viejo conocido que trapichea con caballo y con el que Begbie apenas tuvo trato. Apenas veo llegar el momento de largarme. Llamo a mi madre y a mi padre, que ahora viven en Dunbar y quedo para ir a verles. Mientras salgo, Seeker me suelta: «Oye, si cambias de opinión y quieres una papela…».

«Vale», digo con un gesto de asentimiento.

Salgo y miro el Walk abajo; Leith me tienta y me repele simultáneamente. Es como estar junto a un precipicio y sentirse obligado a llegar hasta el borde, pero estando al mismo tiempo aterrorizado. Pienso en un bollo con huevo frito y una taza de té en el Canasta, o una pinta de Guinness en el Central. Placeres sencillos. Pero no, me vuelvo en dirección contraria. Edimburgo también tiene pubs y cafés.

Llamo a Sick Boy, que todavía anda detrás de mi domicilio edimburgués, pero ni de coña pienso confiárselo, y no quiero buscarle complicaciones a Gav. Le pregunto qué tal van las cosas; está animado con lo de la película y los adelantos con el chanchullo. Después me comunica una noticia preocupante acerca de Terry Lawson. «¿Piensas ir a verle esta tarde?», pregunto.

Me espeta lacónicamente al oído vía las ondas: «Me encantaría pero he quedado para jugar al pádel en el Jack Kane. Birrell va a ir», dice, y me canta el número de Rab Birrell. Me cayó bien Rab cuando le conocí en Amsterdam. Conocí vagamente a su hermano muchos años atrás; era un buen tío y también un buen boxeador. Llamo a

Rab y repite el relato de lo que le sucedió a Terry. Rab va a ir a visitarle así que quedamos en el pub Doctor's; está con dos tías de aspecto arrebatador, que me presenta como Mel y Nikki.

Sé quiénes son de inmediato, y es evidente que ellas también saben unas cuantas cosas de mí. «Así que tú eres el famoso Rents del que tanto hemos oído hablar», dice Nikki con una sonrisa descarada, con unos dientes como perlas y unos grandes y hermosos ojos que me absorben. Noto una sacudida en el alma y un chisporroteo eléctrico cuando me toca la muñeca. Después coge su paquete de tabaco y dice: «Ven a fumarte un cigarrillo conmigo».

«Dejé el tabaco hace años», le digo.

«¿Es que no tienes vicios?», dice ella en plan provocador.

Me encojo de hombros tan enigmáticamente como puedo y a continuación me explayo: «Bueno, ya sabes que soy un viejo amigo de Simon».

Nikki aparta su larga cabellera castaña del rostro, echa la cabeza hacia atrás y se ríe. Tiene ese acento levemente nasal del sur suburbano de Inglaterra, sin el retintín de los pijos ni la sonoridad de la clase trabajadora. Es una mujer tan asombrosamente atractiva que lo anodino de su voz casi ofende. «Simon. Vaya elemento. Entonces, ¿vas a trabajar en la película?».

«Voy a intentarlo», sonrío.

«Mark va a encargarse de las finanzas y de la distribución. Tiene muchos contactos en Amsterdam», explica Rab.

«Guay», dice Melanie con un maravilloso acento de clase trabajadora de Edimburgo, capaz de arrancar la pintura de las paredes.

Saco otra ronda. Siento envidia de Sick Boy, Terry, Rab y cualquiera que esté metido en un rollo de folleteo con estas dos y decido ingresar en este club cuanto antes. No me cabe la más mínima duda de que Sick Boy se está follando a una de ellas o a las dos.

Pero es hora de visitas, así que nos acercamos al hospital y subimos al pabellón. «¿Qué tal, Mark?», dice efusivamente Terry. «¿Qué tal por el Dam?».

«No está mal, Terry. Putada lo del aparato y tal», digo, acompañándole en el sentimiento. Terry es otro tío del que me acuerdo de hace muchísimo; siempre fue un tío pintoresco.

«Pues sí…, aunque son cosas que pasan, eh. Hay que mantenerla fofa, lo cual no es tan fácil con todas las enfermeras macizas que hay por aquí».

«Bueno, Terry, tienes que pensar a largo plazo», le exhorto, indicando con un gesto de la cabeza a las chicas, que están inmersas en su propia conversación. «Te va a hacer falta».

«Joder, ya lo creo, es la sal de la vida. Un futuro sin sexo…». Sacude la cabeza con verdadero temor; en efecto, es una idea horrorosa.

Soy consciente de que Mel y Nikki han estado venga a reírse por lo bajo, conspirando. Desprenden un aire travieso. De pronto apartan las cortinas que rodean la cama de Terry. Para mi asombro, Nikki se saca las tetas y Mel hace otro tanto, y empiezan a besarse lentamente y a fondo, al mismo tiempo que se acarician mutuamente los pechos. Yo estoy anonadado, tratando de que la escena me cuadre con el Edimburgo que dejé atrás.

«No…, parad…», chilla Terry débilmente; se le deben de estar saltando los puntos mientras la erección se levanta bajo su jaula. «PARAD DE UNA PUTA VEZ…».

«¿Cómo se pide?», pregunta Mel.

«Por favor…, no bromeo…», gimotea, tapándose los ojos con la mano.

Al final desisten, muertas de la risa, dejándole escupiendo de agonía. Tras aquello abreviamos, y Terry está ansioso de que nos vayamos.

«¿Vienes a echar un trago, Mark?», sugiere Mel mientras encontramos la salida del pabellón.

«Sí, vamos a echar unos whiskies», ronronea Nikki. He conocido a mogollón de chavalas como ella en los clubs: coquetas y desprendiendo una sexualidad contundente. Durante un rato te bulle en los oídos y te hace sentir especial, antes de darte cuenta de que se comportan así con todo el mundo. Pero no necesito que me insistan. Me apetece tener compañía, aunque tengo una sensación chunga en las tripas y el peristaltismo está en camino. «Tengo que ir al lavabo». Me había olvidado de la cultura del indio y de las pintas de lager de aquí.

Me excuso y encuentro el WC masculino. Es un lavabo grande; letrina, una hilera de pilas y seis cabinas-cagadero con separadores de aluminio. Me voy de cabeza a la jaula más próxima a la pared, bajándome de un tirón los pantalones y los gayumbos antes de comenzar a vaciar los contenidos de mis tripas. Vaya alivio. Mientras comienzo a limpiarme el culo, oigo a alguien entrar en el tigre y meterse a continuación en la jaula de al lado.

Mientras se acomoda y yo termino de limpiarme el ojete, escucho una maldición seguida de un golpe con los nudillos en la pared metálica. La voz me resulta familiar. «Eh, colega, en esta jaula de mierda no hay puto papel higiénico. ¿Me piensas pasar un poco por debajo o qué?».

A punto estoy de decir claro y compartir una queja acerca del pobre mantenimiento del cagadero cuando un rostro se asoma a mi memoria y la sangre se me hiela en las venas. Pero no puede ser. Aquí no. No puede ser, joder.

Miro por debajo del espacio que hay abierto donde termina el separador; un hueco de unos veinticinco centímetros. Un bonito par de zapatos negros. Pero llevan refuerzo metálico en el talón y la puntera. Y los calcetines.

Los calcetines son blancos.

Aparto instintivamente del borde mis propios pies envueltos en zapatillas de

deporte mientras la voz grita, amenazadora: «¡Qué es para hoy, hostias!».

Temblando, saco algo de papel del dispositivo y lo deslizo lentamente por debajo de la puerta.

«Vale», farfulla en tono gruñón la voz.

Mientras me subo la rabera y los pantalones respondo: «No hay de qué», poniendo la voz más pija posible, y sudando la gota gorda de puro terror en todo momento. Salgo rápidamente, sin lavarme las manos.

Veo a Rab, Nikki y Melanie esperándome junto a la máquina expendedora de refrescos, pero me vuelvo en dirección contraria y me largo por un pasillo, temblando. Tengo que largarme. Debería permanecer frío y observar a una prudente distancia quién sale por esa puerta, para estar seguro de una cosa o de la otra en lugar de experimentar esta tortura psíquica, pero no, necesito alejarme de este puto hospital tanto como sea posible. Ese cabrón es real. Está vivo. Está en la calle.

49. «SOLO EN CASA 2»

Era la puta June al teléfono, diciendo que me acercara porque Sean le había hecho daño a Michael. Pensé para mis adentros que a lo mejor ese capullín empanao de Michael aprende así a no ser tan nenaza, hostias. «Ahora no me jodas», le digo. Si ella cuidara de los críos como está mandado no se meterían en putos líos.

Y ahora ya tengo a la otra diciendo: «¿Qué pasa, Frank?».

Tapo el auricular con la mano. «La puta June. Que si los críos se han peleado. Se supone que eso tienen que hacer los chicos, joder», digo yo. Quito la mano.

«¡Joder, Frank, haz el favor de venir!». Sigue chillándome por teléfono con esa puta voz de pito. «¡Hay sangre por todas partes!».

Cuelgo de golpe y me pongo la chaqueta.

«Se suponía que íbamos a salir», suelta Kate, mirándome con cara de amargada.

«¡Mi puto hijo se está desangrando, tonta del culo!», le digo, saliendo en tromba, pensando que se merece una galla en los morros por ser tan insensible, hostias. Igual hasta se lleva una y todo. Empieza a tocarme las pelotas. Cómo son las tías. Sí, claro, al principio de maravilla: que si la luna de miel, pero nunca dura, ¿verdad que no?

La furgona está jodida así que salgo al Walk y el primer capullo al que veo por la calle es Malky saliendo del corredor de apuestas. Y ya se sabe adónde va después de salir de ahí: al puto bar. Certeza de acero inoxidable. No le he visto desde que tuve que darle el botellazo aquel al espabilao de Norrie cuando estuvimos jugando a los naipes. «¡Hola, Franco! ¿Te da tiempo a echar un trago?».

Tendría que najar, pero tengo una sed que me asfixio. «Pero tendrá que ser rapidita, Malky. Estoy metido en una puta crisis doméstica; una puta capulla dándome la brasa por teléfono y la otra dándome la brasa en casa. Se estaba mejor en la puta cárcel».

«A mí me lo vas a contar», suelta Malky.

Un tío legal, Malky. Es curioso; pensar en Norrie me recuerda la vez que le rompí la cabeza a Malky hace siglos por una discusión acerca de algo que echaban por la tele en casa de Goags Nisbet. ¿Qué era que no me acuerdo?… Tenis. No recuerdo quién jugaba, pero era el puto torneo de Wimbledon. Pues sí, le rompí una botella de jerez en la cabeza. Pero ahora ya está todo olvidado, porque todo quisque iba ajumao y son cosas que pasan. Sí, Malky es legal. Saca dos pintas de lager y me cuenta acerca de un tonto del culo de Lochend que se llama Saybo.

«El capullo este de Saybo llevaba una navaja automática en el bolsillo. El zumbao se metió en una bronca con la peña de Denny Sutherland y algún capullo fue a darle una patada en las partes; falló y golpeó el bolsillo que llevaba la navaja. Accionó el mecanismo —era uno de esos cacharros de muelle grande— y se le metió directamente en los huevos».

Intento pensar en la vez aquella que le sacudí con la botella a Malky. ¿Fue por el tenis o por el squash? Era uno de esos juegos con putas raquetas. Él estaba de parte de uno y yo del otro… Quién sabe, lo veo todo borroso.

Malky me cuenta que Nelly se ha mudado de Manchester para quedarse aquí, y que se ha quitado los tatuajes del careto con la puta técnica quirúrgica esa. No me extraña, el capullo estaba hecho un puto desbarajuste: una isla desierta en la frente, una serpiente en una mejilla y un ancla en la otra. Puto gilipollas: eso te convierte en presa fácil en una rueda de reconocimiento. El capullo siempre se creyó el no va más. Pues estará bien que vuelva a estar aquí, siempre y cuando no empiece a creerse alguien que no es.

Después de un par de tragos me acerco por allí y la veo al pie de la escalera, discutiendo con una vacaburra que se da media vuelta y se mete dentro cuando ve que me acerco. «¡Dónde has estado! ¡Estoy esperando un taxi!», me dice.

«Negocios», le suelto, mirando a Michael. El cabrito se sostiene un trozo de sábana contra la barbilla. Está empapado en sangre.

Miro a Sean y me acerco a él; da un paso atrás y se encoge. «¡Qué cojones has hecho!».

Ella se entromete. «¡Podría haberle cortado el cuello! ¡Podría haberle atravesado una vena!».

«Pero ¿qué cojones pasó?».

A ella se le salen los ojos de las putas órbitas, como si fuera puesta de algo. «Cogió un trozo de alambre y lo ató a ambos extremos de la puerta, tensado, justo a la altura del cuello de Michael. Después le gritó para que viniera, diciéndole que salía ET en la tele; ya sabes, el anuncio ese en que chuta un penalti para los Hibs contra los Hearts. Michael aparece todo emocionado. Por suerte, se equivocó al medir, y no se topó con el cable a la altura del cuello. ¡Si lo hubiera hecho le podría haber cortado limpiamente la cabeza!».

Pienso: pero si eso está guay, porque, tal como veo yo las cosas, demuestra una iniciativa que te cagas. Cuando éramos críos, yo y Joe nos hacíamos ese tipo de cosas el uno al otro. Al menos demuestra que está dispuesto a hacer cosas en vez de quedarse sentado jugando a videojuegos todo el rato como hacen algunos críos hoy en día. Miro a Sean.

«Lo vi en Solo en casa 2», me dice.

Yo me limito a mirar a esa puta capulla estúpida de June con las manos en las caderas. «Ves, la puta culpa la tienes tú», le digo, «por dejarles ver esos putos vídeos».

«¿Cómo va a ser mi puta…?».

«Por enseñarles putos vídeos que le meten ideas violentas en la cabeza a los críos», salto yo, pero no pienso discutir con ella, aquí en la puta calle no. Porque si lo

hago, se llevará una paliza y eso fue lo que acabó con nosotros para empezar, que la puta guarra esta me vacilara de tal manera que tenía que acabar inflándola a hostias. Aparece el taxi. «Le llevaré a que le den unos puntos, tú vete a tomar por culo», le digo a ella. Porque no quiero que me vean por ahí con este desastre. La gente podría pensar que todavía salimos juntos. Uno no guarda los huesos viejos del pollo de la semana pasada para hacer caldo cuando puede comerse un McDonald's nuevecito; es lo que siempre digo yo.

Pues sí que tiene las putas pintas esas de puta craquera, y como esté metiéndose delante de mis putos críos…, pero nah, ni siquiera sabe lo que son las piedras, es sólo que tiene las putas pintas de hecha polvo.

Cojo a Michael, y nos largamos a toda prisa, dejándoles a ellos en la calle. El cabrito todavía lleva apretado contra sí el trozo de sábana. Pero es una sobrada que Sean le haya hecho eso. «¿Se mete mucho contigo?», le pregunto.

«Sí…», dice Michael, con los ojos húmedos como los de una nena.

Este capullín necesita oír unas putas palabras sabias pero ya o llevará una vida de puto sufrimiento de mayor. No hay cosa más segura. Y ella no va a molestarse; nah, ella no. Se limitará a esperar a que vuelva a pasar algo malo y después venga a soltar putas lágrimas de cocodrilo. «Vale, pues no vayas a llorar por eso, Michael. Con tu tío Joe yo era el pequeño, y me trataba igual de mal. Tienes que aprender a hacerte valer, joder. Tú coge un puto bate de béisbol y ábrele la cabeza; espera a que esté dormido y en la cama y tal. Así aprenderá. Funcionó con Joe, sólo que en mi caso le di con un ladrillo. Eso es lo que tienes que hacer. Puede que sea más fuerte que tú, pero más fuerte que un ladrillo en los morros no es».

Se nota que el capullín se lo está pensando.

«Y da gracias de tenerme a mí para contártelo, porque cuando yo tenía tu edad y éramos yo y tu tío Joe, nunca vino ningún capullo a aclararme las cosas, tuve que averiguarlo yo solo. Al cabrón de mi padre se la traía floja».

El capullín se retuerce en el asiento y pone cara de bobo. «¿Ahora qué te pasa?», le pregunto.

«En el colegio nos dijeron que no dijéramos palabrotas. La señorita Blake dice que está feo».

La señorita Blake dice que está feo. Joder, no me extraña que Sean intentara ponerle las pilas a este capullín. «Ya sé yo lo que le hace falta a la señorita Blake», le digo. «Los maestros no tienen ni puta idea, hazme caso», digo señalándome. «Si yo le hubiera hecho caso a algún puto maestro no habría llegado a nada en la vida».

El chaval lo piensa, anda que no se nota. Ha salido a mí, el capullín, un pensador profundo que te cagas. Llegamos al hospital, a Urgencias, y viene la enfermera y hace esta estimación idiota: «Eso necesitará unos puntos».

«Ya», suelto yo, «eso lo sé. ¿Se los vas a poner o qué?».

«Sí, si toma usted asiento le llamaremos», suelta ella.

Entonces tenemos que esperar siglos. Vaya un montón de puta mierda. En el tiempo que te cuesta hacer una puta estimación, podrías poner los puntos. Aquí se me está acabando la paciencia y a punto estoy de llevarme al cabrito este a casa y hacerle un apaño allí cuando nos llaman. La de putas preguntas que hacen; ni que pensaran que he sido yo el que se lo ha hecho. A punto estoy de perder la calma, pero me aguanto para asegurarme de que no chote a Sean, ni siquiera por error.

Cuando por fin terminamos le digo en voz baja: «Y tampoco se te ocurra chotar a Sean en el puto colegio, a la señorita Blake esa o como coño se llame, ¿vale? Acuérdate, diles que te caíste».

«Vale, papá».

«Tú déjate de vales y que no se te olvide lo que te acabo de decir».

Le digo que espere aquí mientras voy al tigre a echar un pitillo. En estos tiempos ni siquiera te dejan echar un puto cigarro en ninguna parte.

Me cuesta siglos encontrarlo; acabo teniendo que subir un tramo entero de escaleras. Para cuando llego además necesito echar una puta cagada. Seguro que la puta farlopa esa estaba cortada con algún laxante de mierda. A algún cabrón le voy a tener que tocar la cara. Me meto en una de las cabinas y me bajo los gayumbos antes de darme cuenta de que en este tigre no hay papel. Se supone que hay que mantenerlos limpios y son putos hervideros de infecciones. No es de extrañar que todo quisque que está con la Seguridad Social esté cayendo como las putas moscas. Suerte que hay algún otro capullo cagando en la cabina de al lado. «Eh, colega», digo llamando a la pared de aluminio, «en esta jaula de mierda no hay puto papel higiénico. ¿Me piensas pasar un poco por debajo o qué?».

Durante un rato sólo hay silencio.

«¡Qué es para hoy, hostias!», grito.

Bajo la puerta aparece un poco de papel. Ya era puta hora, además.

«Vale», suelto yo, y empiezo a limpiarme el culo.

«No hay de qué», dice el tío con un acento como pijo. Probablemente uno de esos médicos que andan toqueteando a todo dios, pagados de sí mismos. Oigo cerrarse una puerta y luego la otra. El puto guarro ni siquiera se ha lavado las manos. ¡Y estamos en un puto hospital!

Suerte que tuvo el cochino hijo de puta de no estar allí cuando salí. Me doy una buena friega en las manos, que yo no soy un guarro cabrón como otros. ¿Sabes?, como fuera ese cabrón el que le puso los puntos a mi crío con las manos guarrindongas…

50. «… PESCADO AL HORNO…»

Mark es un tío curioso. Me pregunto si le avergonzaríamos al enseñarle las tetas al pobre Terry. Le esperamos a la salida de los lavabos, pero desapareció sin venir a echar un trago ni despedirse siquiera. «Puede que se cagara encima», dijo Mel riéndose, «¡y tuviera que ir a casa a cambiarse!».

Así que nos tomamos un par y me fui a casa a esperar mi llamada desde Glasgow, y preparé un pescado al horno mientras hablaba con Dianne. Ha estado entrevistando a las chicas de la sauna, Jayne, Freída y Natalie.

Dianne está contenta con la forma en que están saliendo las cosas. «De verdad que te agradezco que me pusieras en contacto con esas chicas, Nikki. Ahora tengo suficiente gente para un grupo válido estadísticamente, lo que le da a mis tests cierta credibilidad científica».

Es una chica lista y trabajadora a tope. A veces la envidio. «Dominarás el mundo, cielo», le digo. Me voy a la cocina y lleno una lata de agua; pongo una cinta de Polly Harvey. Empiezo a regar las plantas, una o dos de las cuales parecen un poco abandonadas.

Oigo sonar mi móvil en el cuarto de estar y le doy un grito a Dianne para que conteste. Parece estar escuchando a alguien durante un rato antes de soltar: «Lo siento, creo que te has equivocado de persona. Yo soy Dianne, la compañera de piso de Nikki».

Me pasa el teléfono; es Alan. Estaba tan desesperado y tan suplicante que ni siquiera sabía distinguir un acento inglés de un acento de Edimburgo. Pienso en él, trabajando en el banco ese, esperando a que le den el reloj de oro.

«Nikki…, quiero que nos volvamos a ver…, tenemos que hablar», dice con voz quejumbrosa, mientras voy a mi habitación. Pobre Alan. La sabiduría de la juventud desposada con el dinamismo y la energía de la senectud. Una combinación muy propia del mundo de la banca, pero poco solvente. Por lo menos para él.

Siempre lo mismo: tenemos que hablar.

«¿Nikki?», suplica, dolorido.

«Alan», le contesto, indicándole que sí, sigo aquí, pero probablemente por poco tiempo a menos que deje de hacerme perder el tiempo.

«He estado pensando…», dice con premura.

«¿Acerca de mí? ¿De nosotros?».

«Sí, claro. Acerca de lo que dijiste…».

No me acuerdo lo que le dije. Qué clase de estúpidas y extravagantes promesas le hice. Quiero lo que él tiene y lo quiero ahora. «Escucha, ¿qué llevas puesto, shorts o slips?».

«¿Qué quieres decir?», protesta. «¿Qué clase de pregunta es esa? ¡Estoy en el

trabajo!».

«¿En el trabajo no llevas ropa interior?».

«Sí, pero…».

«¿Quieres saber lo que llevo puesto yo?».

Se produce una pausa, seguida de un largo «Qué…».

Casi noto su cálido aliento en mi oído, el pobre chaval. Hombres; son tan… perros. Esa es la palabra exacta. A nosotras nos llaman zorras, o perras, pero no es más que una proyección, porque eso es exactamente lo que son ellos; forma parte de su naturaleza: bestias salivantes, fácilmente excitables, indignos animales de manada. No es de extrañar que al perro lo llamen el mejor amigo del hombre. «No es lencería sexy, sino unas braguitas de algodón blanco descoloridas con un par de agujeros y un elástico deshilachado. El motivo es que soy una estudiante pelada. Estoy pelada porque tú no me quieres dar un simple listado con los nombres y números de cuenta de los clientes de tu oficina. No tengo sus números de PIN, no pienso darles el palo. Sólo quiero vendérselos a la compañía de marketing esa. Me pagan cincuenta peniques por nombre. Eso serían quinientas libras por mil nombres».

«Nuestra oficina tiene más de tres mil clientes…».

«Cariño, eso son quince mil libras, lo suficiente para pagar todas mis deudas. Y tendría tanto gusto en recompensar semejante muestra de iniciativa…».

«Pero si me pillan…», dice, dejando escapar una lenta exhalación. El constante estado de sufrimiento de Alan desacredita por completo la noción de bendita ignorancia.

«No lo harán, cariño», le digo. «Eres un chico con demasiados recursos».

«Te veré mañana a las seis. Tendré las listas».

«Eres un ángel. Ahora tengo que dejarte, tengo una cazuela en el horno. ¡Hasta mañana, cariño!».

Cuelgo y me voy a la cocina y hasta el fogón. Dianne levanta la vista de la pila de libros que hay sobre la mesa. «¿Problemas de hombres?».

«Problemas no dan ninguno, pobres criaturillas», digo con presunción, «ninguno en absoluto», digo con un golpe de caderas y agarrándome la entrepierna. «El poder del chichi todo lo puede».

«Ya», dice Dianne, tamborileándose los dientes con el boli. «Eso es lo más triste que he descubierto durante mis investigaciones. Todas esas chicas con las que he hablado, todas, tienen ese poder, todo ese poderío de teta, culo y coño, y lo venden muy barato. Prácticamente lo regalan. Ahí está la puta tragedia, nena», dice, casi como una advertencia.

Suena el fijo y salta el contestador; lleva un rato discernir a quién pertenece la voz. «Hola, Nikki, Rab me dio tu número. Quería disculparme por desaparecer de la forma en que lo hice ayer. Resulta un poco, eh, violento…». Entonces me doy cuenta

de que es Mark Renton y descuelgo.

«Pero Mark, no te preocupes por eso, cielo», digo, ahogando una risa mientras Dianne me mira con expresión burlona, «ya nos lo imaginamos. ¿Mencionaste algo acerca del curry, no es cierto? ¿Y ahora qué haces?».

«¿Ahora mismo? Nada. El tío en cuya casa me quedo ha salido con su novia, así que estoy viendo la tele».

«¿Tú sólito?».

«Sí. ¿Tú qué haces? ¿Te apetece echar un trago?».

No estoy segura de si me apetece o no, ni de si me apetece Mark. «Eh, no estoy de humor para pubs, pero acércate a tomar un vino y un poco de maría si te apetece», le digo. No, no es mi tipo, pero sabe mucho acerca de Simon, que desde luego sí lo es.

Así que Mark aparece como una hora más tarde; me sorprende, aunque no me horroriza, descubrir que él y Dianne se conocen desde hace mucho. Edimburgo es así a veces: el mayor pueblo de Escocia. Así que nos quedamos todos levantados un rato fumando maría, mientras yo intento llevar la conversación hacia el tema de Simon, pero resulta evidente que Mark y Dianne están absortos el uno en el otro. Siento que sobro absolutamente. Finalmente, Mark sugiere que bajemos a Bennett’s o al IB.

«Vale, guay», dice Dianne. Qué raro; nunca deja su trabajo así como así, y esta noche tenía prevista otra sesión con su tesis.

«Yo paso de salir», les digo. «Pensé que tú tenías trabajo que hacer», digo riéndome.

«No es urgente», dice Dianne, sonriendo entre dientes. Mientras Mark sale a echar una rápida meada, yo le hago una mueca.

«¿Qué?», pregunta ella, con una leve sonrisa.

Cruzo los brazos en un gesto de folleteo. Ella pone los ojos en blanco de forma displicente pese a que se le nota una sonrisa tonta en los labios. Él vuelve y se marchan.

51. CHANCHULLLO N.° 18748

Renton sigue negándose a aventurarse por las inmediaciones del hermoso puerto de Leith. Lo cierto es que no puedo reprochárselo. Ni siquiera me quiere decir dónde se queda, aunque sé que ahora sus padres viven fuera de la ciudad.

Nikki me cuenta que ayer en el piso saltaron chispas entre Rents y su compañera de piso, Dianne. Al parecer, se supone que en tiempos se la folló. No la recuerdo, y no es que los ex rollos de Renton constituyan un mar de rostros de las rebajas de enero en Princes Street. Eso sí, siempre intentó mantener a sus chicas lejos de mí, cabe suponer que por si se las quitaba. Renton siempre tuvo tendencia a ser sorprendentemente intenso en sus relaciones, incluso a ser un necio enamoradizo y enfermo en ocasiones. Pero ¿qué clase de mujer tiene que ser ella para salir con un pelirrojo?

Skreel me buscó una cita con otra torda, llamada Tina, que me dio menos problemas que la primera y me proporcionó la lista de abonados para toda la temporada sin ningún reparo. Me dijo que era una partidaria secreta del Celtic. Es lo que pasa cuando se adopta una política de igualdad de oportunidades en el empleo.

Estoy en el pub, totalmente satisfecho, pese a no quitarle el ojo al grupo de hooligans que sigue reunido en torno a la gramola. El tal Philip está muy gallito últimamente; le he visto hablar con Begbie unas cuantas veces. Es evidente que piensa que él es el baranda, pero al menos me habla con un tono de voz más respetuoso ahora que sabe que Franco y yo estamos conectados de algún modo.

Ahora el tal Philip está orquestando una tomadura de pelo contra su adlátere alto y desgarbado, el memo Curtis, que tiene un defecto de habla y siempre parece ser el blanco de todos los chistes. Están fardando delante de las chicas que las acompañan, pero la verdad es que son gracias bastante insustanciales. «Es un puto maricón», dice el tío, y los hombros de otro cretino se estremecen como si padeciera alguna enfermedad nerviosa. ¿Acaso cuando teníamos esa edad nosotros éramos tan sosos y estábamos tan faltos de inspiración?

«¡No lo soy! ¡No s-s-soy ma-ma-maricón!», aulla el pobre Curtis antes de salir hacia los lavabos.

Philip me ve mirando en su dirección y se vuelve hacia las chavalillas y después de nuevo hacia mí. «Puede que no sea maricón, pero virgen sí. Aún no ha echado un polvo. Deberías hacértelo con él, Candice», le dice a una putilla descerebrada.

«Vete a la mierda», dice ella, mirándome con cara de vergüenza.

«Ah, la virginidad», sonrío, «no la menospreciéis. La mayoría de los verdaderos problemas en esta vida llegan después de perderla», les digo, pero con esta peña incluso las parrafadas de usar y tirar más simples y fáciles caen en saco roto.

Voy al tigre a mear y el tal Curtis está dentro, y es verdad, un tanto lento ya es. A

decir verdad, su presencia en la superficie de este planeta desmiente la noción anarquista de que no existen leyes buenas; nuestra legislación sobre incesto, por ejemplo, existe para prevenir que haya más gente como él dando tumbos por ahí. Es un mangui y hace buenas migas con Spud, cosa que no cuesta creer. Un aprendiz de Begbie y uno de Spud en la misma banda, gestándose bajo mi puto techo. Ese hijo de puta malo de Philip y el resto de sus colegas atormentan a Curtis a todas horas, por lo que se ve. Como solía hacer yo con Spud en el colegio y por el río y en los Links y por la vía férrea. Es curioso, pensar en ello hace que ahora me sienta casi culpable. El chaval está meando a mi lado y se vuelve con una sonrisa de idiota, con aspecto nervioso y tímido. Bajo la vista sin querer y entonces lo veo.

Lo veo.

El mayor capullo de toda la historia; y no me refiero al triste apéndice unido a él, sino a la polla.

Termino de orinar y contemplo mi propio pene, sacudiéndolo, guardándolo y abrochándome la bragueta. No soporto observarle a él hacer lo mismo. Joder, el rabo de este imbécil es más grande que el mío; joder, es más grande que el de nadie. Vaya un desperdicio. A continuación, mientras me acerco a la pila, pregunto con naturalidad: «¿Qué tal van las cosas, colega? Te llamas Curtis, ¿no?».

El chaval se vuelve hacia mí con una mirada huidiza. Se acerca a la pila de al lado, lleno de terror. «Bueno…», replica. «No está mal». Los ojos lagrimean y tiene un aliento terrible, como si hubiera estado chupándose su propia polla sin lavar —cosa que para él sería perfectamente viable, incluso con problemas de espalda— y llenándose las tripas de lefa enranciada por el alcohol de garrafón y las drogas cortadas. Es como uno de esos tigres químicos que hay en los raves o los conciertos que necesita que lo limpien ya. Pero yo estoy pensando en el activo de este jovencito. «Eres amigo de Spud, ¿no?», declaro y a continuación, sin aguardar su respuesta, añado: «Spud es buen amigo mío. Nos conocemos desde que éramos críos».

Curtis me mira para ver si le estoy vacilando. Y no quiero decir con eso que se enteraría si lo estuviera haciendo. Entonces dice: «Me cae bien Spud», añadiendo con amargura: «Es el único que no intenta tomarme el p-p-pelo…».

«Un tipo excelente…», asiento, y pienso en el tartamudeo del chaval y en la estrofa de aquella vieja canción antibélica: «La edad media del combatiente americano era de di-di-diecinueve años».

«Él entiende que a veces uno se siente tímido», dice enfurruñado el pequeño grandullón.

Un amigo de Spud. Dios, me imagino las conversaciones entre estos dos: «A veces me siento tope tímido». «Ya, yo también». «No te preocupes, tómate unas gelatinas». «Vale, guay».

Me tomo mi tiempo, asintiendo comprensivamente mientras me lavo las manos.

¡Jesús! Este tigre asqueroso necesita una limpieza, vaya que sí. ¿Pagamos o no a nuestras limpiadoras para que limpien? No, la vida sería demasiado sencilla, demasiado poco escocesa, si la gente cumpliese con las tareas para las que nacieron. ¿Y nuestro amigo Tímido, para hacer qué se supone que nació? «No tiene nada de malo ser tímido, colega, todos lo hemos sido alguna vez», miento. Pongo las manos debajo del secador. «Déjame que te invite a un trago», le digo con una sonrisa, sacudiéndome el agua sobrante.

El muchacho no parece entusiasmado por mi oferta. «Aquí no me voy a quedar», dice, señalando con ira más allá de la puerta, «¡no mientras esos me estén tomando el p-p-pelo!».

«A ver qué te parece, colega, yo me voy a bajar al Caley a tomar una birra. Necesito una pausa. Ven conmigo y me haces compañía».

«Vale», dice, y nos escabullimos por la puerta lateral hasta la calle. Hace un frío que te cagas, y está cayendo aguanieve. ¡Se supone que estamos en primavera, hostias! El ñajo este es, como suele decirse, todo rabo y costillas; es como si cada bocado de alimento que se metiera en el cuerpo lo engullese la polla esta. Si estuviera con una tía, probablemente se correría tanto que se deshidrataría de mala manera y tendría que pasar semanas en la UVI. Esa prominente nuez, esa piel cetrina y llena de granos…, desde luego estrella de cine no es. Pero en el mundo del porno, si es capaz de empalmarse a voluntad…

Nos introducimos en el cálido y acogedor Caley, con su chimenea; saco un par de pintas y de brandys mientras buscamos un rincón tranquilo. «Entonces, ¿por qué están estos colegas tuyos siempre encima de ti?».

«Porque soy un poco tímido… y por tar-tar-tartamudo…».

Considero este problema durante un rato y me cuesta mucho ocultar mi indiferencia antes de aventurarme: «¿Es tu tartamudez lo que hace que seas tímido o eres tímido por ser tartamudo?».

Nuestro amigo Curtis se encoge de hombros. «Fui a que me lo miraran, y me dijeron que sólo eran ne-nervios…».

«¿Qué es lo que te pone tan nervioso? No eres nada distinto al resto de tus amigos. No tienes dos cabezas ni nada por el estilo. Vais todos igual vestidos, tomáis las mismas drogas…».

El ñajo agacha la cabeza y es como si no pasara nada bajo la gorra de béisbol esa. A continuación dice en un susurro atormentado: «Pe-pe-pero… no cuando tú no lo has hecho y todos e-e-ellos sí…».

«La dimensión media del mamón escocés con anillos raperos era de di-di-diecinueve pulgadas».

No puedo decir nada al respecto. Me limito a asentir tan comprensivamente como puedo. Con creciente desasosiego, me doy cuenta de que en muchos casos estos

capullos no tienen siquiera la edad legal requerida para follar, no digamos ya beber. Gracias a Dios por el certificado de paz del jefe de policía Lester encima de la barra.

«El Philip se cree m-m-muy duro por andar por ahí con BB-Begbie. Antes era mi me-me-mejor amigo, encima. Puede que sea tímido con las chicas, pero no soy ma-ma-maricón. Danny…, Spud, entiende que puedes volverte tímido delante de las ti-tías que te gustan».

«¿Así que nunca has salido con ninguna de las chicas con las que tonteáis ahí dentro?».

La cara del capullín se pone roja como la remolacha. «No…, no… Eh…, no».

«Mejor para ellas. Las partirías en dos con ese cacharro que tienes», digo, gesticulando con la cabeza hacia su entrepierna. «No pude dejar de fijarme, colega. ¡Seguro que a ti te dieron el pecho! ¿Tienes sangre italiana?», pregunto.

«Nah…, escocesa, eh». A continuación me mira a mí como si yo fuera un bujarrón chungo.

En lo que a la guerra de sexos se refiere este capullo es un pacifista total. Mejor para las titis, porque con una herramienta como esa ya la habría ganado el solo sin ayuda de nadie.

«Seguro que alguna oportunidad habrás tenido», le insisto.

Ahora el tío sí que está aturullado; le lagrimean los ojos mientras farfulla y tartamudea una humillación del pasado. «Estuve con… con… una chica una vez y me dijo que la tenía demasiado grande y que era un bicho raro».

El pobre cabrón tuvo la mala suerte de que su primera oportunidad de follar fuera con una mema. «De eso nada, colega. El bicho raro era ella, la zorra modorra», digo sacudiendo la cabeza, dejándole las cosas claras. Ahora bien, tiene unos hombros encorvados, una mirada furtiva y nerviosa, un aliento que haría que cualquier mujer prefiriese morrearle el ojete y un tartamudeo horroroso. Me jugaría algo, además, que todo ello se debe a que alguna gnoma atontolinada sencillamente carecía de la sensatez de darse cuenta de que le había tocado la lotería. «Escucha, ¿conoces a Melanie?».

Los ojos del jovencito se iluminan un poco. «¿La que hace porno casero con vosotros en la parte de arriba del pub?».

«¡Joder! Se supone que eso no tendría que saberlo nadie», maldigo, inhalando bruscamente y luchando contra la tentación de preguntarle quién le habló de nuestro club. «Sí, esa», digo tranquilamente.

«Eh, sí, la he visto y tal».

«¿Te gusta?».

El gachó prorrumpe en una sonrisa pensativa. «Claro, le gusta a todo el mundo…, y la otra, la que habla tan bien…», dice con expresión anhelante.

A ver si le enseñamos a este capullín a caminar antes de que intente correr.

«Estupendo, porque a ella le gustas tú. Les gustas a las dos».

El pobre cabrito se ruboriza.

«Nah, lo sé de buena tinta».

«Nah…, m-me estás tomando el p-p-pelo…».

No hay suficientes horas en un día para llegar a algún lado con este chaval. «Escucha, amigo, yo soy medio italiano por parte de madre. ¿Eres católico?».

«Bueno, sí, pero nunca voy a la igle…».

Le silencio con un gesto de la mano. «No importa. Yo lo soy, y te juro por la vida de mi madre que a Melanie le gustas y que le gustaría darse un revolcón contigo en una de esas pelis pomos caseras», digo poniéndome en pie con cara de póquer mientras voy hasta la barra y pido otra ronda. Deja al capullo que se lo piense. Cuando vuelvo, está a punto de decir algo, pero como estoy pendiente del reloj, le corto. «Y además te pagan. Te pagan por tirarte a Melanie y a otras tías también. Y no sólo en una peli casera, sino en una peli porno con todas las de la ley. ¿Qué me dices?».

«Estás de bro-broma…».

«¿Tengo cara de estar de broma? Mi galán principal, Terry, está impedido y necesitamos sangre nueva. Tú eres el tipo indicado. ¿Qué te paguen por follarte a Mel? ¡Venga ya, colega!».

«A mí la que me gusta es Candice», lloriquea a la defensiva.

Otro puto romántico de tapadillo. Qué triste. La pequeña golfa del Sunshine de hace un rato. «Escucha, amigo, sé que te toman el pelo allí», digo señalando la calle, «pero no te tomarán el pelo cuando seas una estrella del porno que se folla a los chochos de primera. Piénsalo», le digo guiñándole el ojo y apurando la copa; dejo al capullín allí para que haga eso exactamente.

Cuando vuelvo al Sunshine, Spud está sentado en un rincón mientras Ali pasa de él. Al cabo de un rato se levanta e intenta darle un dinero y ella le dice que se marche. Él va hasta el culo y hecho un puto desastre. Lleva un auténtico look de maníaco del speed; cabello despeinado, con grasa suficiente para abastecer a todos los fish and chips de Leith; unos ojos con los párpados tan caídos que parecen permanentemente cerrados, cercos negros como arandelas a su alrededor, capilares inflamados, todo ello albergado en una piel fibrosa del color y la textura de una chapata vieja. ¡Vaya! ¡Hola, guapo! Aquí llega tu maridito, Ali, muñeca, guau, ¡qué buen partido! Te pierdo de vista durante unos cuantos años y mira lo que pasa. Ya no es que bajes el listón, es que te conviertes en una humorista del cagarse. Porque ningún chocho-chorras, desde Marti Caine pasando por French and Saunders hasta llegar a Caroline Aherne, arrancó jamás tantas carcajadas como tú cuando entraste en un bar con aquello colgado del brazo. Ahora él levanta el brazo e intuyo que mi presencia sólo echaría más leña al fuego, así que capto la atención de Ali y le indico que lo eche.

Veo a Curtis volver a entrar haciendo deliberadamente caso omiso a sus amigos, a uno de los cuales, el tal Philip, le aparta bruscamente el brazo amistoso con el que le rodea los hombros. En lugar de eso, se acerca a Spud para ayudarle a salir y emprender camino. Mi nuevo protagonista. ¡El nuevo Juice Terry!

Mo y Ali parecen poder arreglárselas, hasta el punto de que no parecen haberse fijado siquiera en mi escapada. Decido estirar mi suerte un poco más y me escurro por la puerta lateral, doblo la esquina y subo las escaleras hasta el piso. A punto estoy de poner un vídeo de Russ Meyer como fuente de inspiración cuando me veo por el rabillo del ojo en el espejo de la pared. Los pómulos se me antojan más prominentes. En efecto, estoy perdiendo un poco de peso.

Shimon, deja que te felishite por el éshito de eshta inishiativa shinematográfica.

Vaya, muchas grashias, Sean. La verdad esh que la pornografía nunca ha shido lo mío, pero shé apreciar una película hecha con ofishio, y ya no digamosh un buen culo.

Todo está saliendo a pedir de boca. Casi todo. Ahora me acuerdo de que Mo me dijo que Francis Begbie pasó antes por aquí y preguntó por mí.

Efectivamente, compruebo los mensajes que hay en el móvil verde y hay uno de texto que es de él, o «Frank», como gusta de firmar:

E D VRTE NSEGUIDA ACRCA D
ALGUIEN Q PRONTO DJARA D ESISTIR

Como si lo viera, «Frank». Puto gilipollas. Tiene que tratarse de Renton. Renton pronto dejará de «esistir». Hay otro mensaje de texto de Seeker. Si alguna vez se creó un sistema de comunicación a la medida de alguien, son los mensajes de texto para Seeker:

LISTO CUANDO QUIERAS

Drogas. Estupendo. Sólo me queda una pequeña cantidad. Saco la papela y preparo una raya de saludables dimensiones, que hace diana perfecta. Ahora sí que necesito un cigarrillo, y enciendo uno; gracias a la farlopa, el humo se me antoja limpio y fresco en contacto con mis pulmones.

Me miro al espejo en profundidad. «Escucha, Franco, ya iba siendo hora de que tú y yo tuviéramos un pequeño tete à tete, una sesioncilla para despejar malos rollos. Se trata de la obsesión esa que te traes con Renton. A ver, afrontémoslo, hay que reconocerlo, Franco, y seguro que sabrás apreciar mi franqueza: esto va mucho más allá de lo de aquella vez con la pasta. Pareces un amante despechado. Por supuesto, en Leith está en boca de todo el mundo. De acuerdo, asumamos que estás loco por él. Mientras hacías el amor con todos aquellos chicos en la cárcel, ¿te imaginabas que

era él? Siento que las cosas no funcionasen entre vosotros dos, tío. Es curioso, solía imaginar que tú eras el que daba y Rents el que recibía. Ahora, sin embargo, lo dudo mucho. Me doy cuenta de que la zorrilla lloriqueante y quejumbrosa del vestido sometida a la voluntad del Judas pelirrojo eres tú, agachado con lágrimas en los ojos mientras él te dice guarrerías y pone a punto tu culo engrasado, y que cuando te la mete, sonríes bobamente y maúllas como la asquerosa nenaza putona que…».

El timbre, Abro la puerta y allí está él. De pie delante de mí.

«Franco…, en ti estaba pensando…, pasa, colega», tartamudeo; parezco el jovencito Curtis, al que acabo de dejar.

Y por la reacción de sus ojos es como si este hijo de puta me leyera el cerebro. ¿Estaría hablando en voz muy alta?… Seguro que no… pero ¿y si tenía abierta la rendija del correo para echar un vistazo primero?… ¿Y si me ha oído hablar desde el pasillo…?

«El puto Renton…», bufa.

Ay, joder, Jesusito de mi vida, no me hagas esto, por favor… «¿Qué?», consigo ladrar.

Begbie se da cuenta de que algo no encaja. Me mira de forma desagradable y tanteadora y dice en voz baja: «Renton ha vuelto aquí, joder. Le han visto».

Y algo en mi cerebro, mientras me asomo a esa mirada fija de cinco kilómetros de profundidad y me quedo paralizado, alguna especie de esencia primordial, me dice a gritos: actúa, Simon, actúa. Actúa por Escocia; no, mejor por Italia. «¿Renton? ¿Dónde? ¡Dónde cojones está ese cabrón!». Y me asomo al infierno, a ese punto negro solitario que hay detrás de las pupilas de esos ojos enloquecidos, con una mirada llena de odio que siento que intenta apagar un alto horno con una pistola de agua de juguete. Espero que, como una cobra, me golpee, casi rezo para que lo haga: hostia puta, hazlo ya, líbrame de este tormento, porque incluso yendo de farlopa ya no puedo aguantar más.

Begbie me sostiene la mirada, y menos mal, su voz desciende hasta llegar a un bufido escasamente audible. «Esperaba que tú pudieras decírmelo, joder».

Me golpeo la frente con la palma, me vuelvo y empiezo a caminar de un lado a otro, remontándome a la agonía que Renton nos causó, que me causó. De pronto me paro y señalo a Franco, y sí, es un dedo acusador, porque fue la insensatez de este cabrón la que hizo que nos levantaran la bolsa; se supone que era él quien estaba a cargo de ella. «Si ese cabrón ha vuelto, quiero mi puto dinero…». A continuación pienso en cómo lo contemplará Begbie, y añado, volviendo a llevarme la palma a la frente: «¡Estoy tratando de rodar una puta película con un presupuesto de risa!».

Excelente argumento. Diríase que Franco está casi satisfecho con eso. Se le estrechan los ojos un poco más. «Tienes mi puto número de móvil. Si Renton se pone en contacto contigo, me llamas echando leches».

«Lo mismo te digo, Franco», le suelto, regodeándome ahora con la sensación de indignación, el perico mezclándose armoniosamente con ella, mientras experimento el poder y la pureza de mi desdén, la fuerza pura de mi descaro. «Y no toques a ese puto cabrón hasta que haya recuperado mi dinero más los daños y perjuicios; después haces con él lo que te dé la gana…, siempre y cuando yo tenga derecho a echar una mano, claro está».

Debo haberle parecido lo suficientemente acalorado, porque Begbie dice «Vale»; después se vuelve y empieza a salir.

Renton. No puedo creer que esté protegiendo a ese cabrón. Aunque no será por mucho tiempo. Las cuentas bancarias ya están listas. En cuanto la peli esté lista, cada uno a lo suyo.

Voy bajando las escaleras detrás de Franco; se vuelve y me pregunta: «¿Tú adónde cojones vas?».

«Eh…, otra vez al pub, acabo de salir y tengo que volver».

«Guay, así me pillo una cogorza», dice él.

De modo que el necio espécimen me sigue hasta allí y tengo que quedarme en la barra bebiendo con él. Hay un plus: me pasa una papela de farla, que al menos me ayudará a arreglármelas hasta que pueda pasarme por donde Seeker. Con todo, la situación dista mucho de ser ideal. Al menos Spud se ha ido, pero no antes de darle un disgusto a Alison, que evidentemente ha estado llorando. Ahora ese paddy[42] piojoso se dedica a minar la moral de mi plantilla.

Begbie sigue empantanado en la paranoia, porque no para de hablar de paquetes, lo cual hace que se me dispare el pulso, y que si Renton es un maricón retorcido, todo lo cual me suena a música celestial. ¡Ay, cómo deseo que Renton se tope con él! Sobre todo para saciar mi curiosidad y ver hasta dónde llega Franco. Sorprendentemente, me pregunta por la película.

«Bueno», le suelto, quitándole importancia, «en realidad sólo es un poco de diversión, Frank».

«Las estrellas del porno esas, los gachos, quiero decir, ¿hay como…, a ver, tienen que tenerla de un tamaño estipulado?».

«En realidad no; entiéndeme, cuanto más grande mejor, evidentemente», le digo.

Franco se agarra la cojonera en plan orangután, cosa que me revuelve el estómago. «¡Entonces yo valdría!».

«Sí, pero lo más importante es la capacidad de quedarse empalmado. Muchos tíos con pollas grandes son incapaces de empalmarse delante de la cámara cuando llega el momento de la verdad. La capacidad de quedarse empalmado es lo principal, por eso Terry era tan bueno…», digo antes de que se me acabe el gas, cuando me doy cuenta de que Franco me mira con una expresión colérica llena de odio. «¿Te encuentras bien, Frank?».

«Sí…, es que cuando pienso en ese cabrón de Renton…», dice, apurando la bebida y lanzándose a despotricar, venga a hablar de si sus críos, y de cómo June no los cuida como es debido. «Si vieras la pinta que lleva, parece salida del campo de Belsen. Parece como si estuviera consumiéndose que te cagas…».

«Ya, Spud dijo que estaba fatal. Aunque es lo que tiene la pipa. A ver, que yo me meto bastante farlopa, Frank, pero te digo que la pipa te deja hecho polvo de verdad», le explico, saboreando el dejar a Murphy en la boca del lobo.

Begbie me mira con cara de espanto y los dedos que rodean el vaso palidecen. Respiro hondo, porque este capullo está a punto de explotar. «La pipa… crack… June… ¡¿CON MIS PUTOS CRÍOS?!».

Veo mi oportunidad y entro a matar. «Mira, Spud dijo que estuvo lavando con ella; sólo te lo cuento porque deberías saberlo, por lo de los críos y tal…».

«Vale», dice mirando a Alison, quien parece absolutamente desaliñada. «¡TU HOMBRE ES UN CABRÓN! ¡UN PUTO YONQUI INÚTIL DE MIERDA! ¡LOS SERVICIOS SOCIALES TENDRÍAN QUE QUITARTE AL PUTO CRÍO!».

Entonces Franco sale del bar en tromba mientras Alison se queda allí incrédula durante uno o dos segundos, y luego estalla en sollozos incontrolables, sólo para verse consolada por Mo. «¿Qué…?», dice entre borbotones, «¿qué coño dice?… ¿Qué es lo que ha hecho Danny?».

Tengo que hacerme cargo de la barra mientras ellas hacen el numerito del caso perdido. Estoy encantado de que el zoquete simiesco de Begbie se haya largado, pero menos de que lo haya hecho incapacitando a mi puta plantilla. Y el siguiente cliente en esta cinta transportadora de perdidos que pasa por ser una taberna no es otro que Paul, mi colega de Empresarios de Leith Contra la Droga, con cara de llevar el peso del mundo sobre sus hombros.

Le llevo a un rincón tranquilo del garito y lo primero que hace es gimotear acerca del dinero. «¡Se trata de mi pellejo, Simon!».

Se lo digo claro al capullo: «Más vale que te calles si no quieres que tu lamentable carrera se vaya a tomar por culo. ¡No pienso repetírtelo!». Una vez aclarado esto, adopto una actitud más conciliadora. «Mira, Paul, no te preocupes. Sencillamente no entiendes la economía general de los negocios. De mi industria. Lo recuperaremos», canturreo alegremente, deleitándome con el hecho de no perder la cabeza cuando eso es lo que hacen todos los que me rodean.

Qué criaturita tan excremental.

«Este sí que es un hombre que entiende de economía», digo con una sonrisa mientras el viejo Eddie entra en el bar arrastrando los pies y mirando a todo el mundo por encima del hombro. «Ed, ¿qué tal te van las cosas, viejo amigo?».

«No van mal», dice Eddie gimiendo.

«¡Excelente!», sonrío yo. «¿Qué te apetece tomar? Invita la casa, Ed», le cuento.

«Si invita la casa, una pinta de special y un Grouse grande.»[43]

Ni siquiera la desfachatez de este viejo borrachín es capaz de hacerme perder el ritmo hoy. «Certainment, Eduardo», sonrío, antes de gritarle a la Elena Francis de Leith: «Mo, ¿quieres hacer los honores, hermosa mía?». Señalo con la cabeza a un Paul destrozado, y me vuelvo otra vez hacia Ed. «Pues aquí estaba, poniendo al día a mi amigo Paul respecto a las mañas del mundo del comercio. ¿Tú en qué rama de la industria trabajabas, Eddie?».

«Era ballenero», me dice el viejo náufrago gruñón.

Un hombre de mar. Hola, marinero. ¿O debería decir «hola, ballenero»? «Ya; entonces, ¿llegaste a conocer a Bob Marley?»[44]

El viejo lobo de mar sacude vigorosamente la cabeza. «No había ningún Bob Marley en los barcos que salían de Granton. Al menos no cuando yo navegaba», nos cuenta Ed con gran sinceridad, echándose un buen trago del Grouse.

«Tu ronda, Paul», sonrío radiante, «y espero que incluyas otro chupito dorado para Ed. La forma en que tratamos a los mayores es indicio del grado de civilización de una sociedad, y aquí en Leith estamos a varios años luz por delante de toda la competencia en ese terreno. ¿Tengo razón o simplemente estoy en lo cierto, Ed?».

Eddie se limita a mirar agresivamente a Paul. «Tomaré un whisky, pero asegúrate de que sea Grouse», advierte al desconcertado publicista, como si estuviera haciéndole al pobre cabrón un gran favor.

Decido hacer caso omiso de este gimoteante mariquita yuppie y dejar a Mo y a Ali disfrutar del sabor de bitter seamen,[45] porque Juice Terry entra en el pub. «¡Tel! ¿Te han dado el alta?».

«Sí», sonríe. «Aunque todavía tengo que ir con cuidado y tomarme las pastillas esas, eh».

«Excelente. ¿Qué vas a tomar?».

Ahora me encuentro aún más animado. Pronto estará aquí toda la cuadrilla. ¿Alex?

De crucial importancia, Simon. Por desgracia, en estos tiempos no se gana nada con sólo los primeros once. Necesitamos unos cuarenta en pelota, todos sudando la camiseta.

«Ni siquiera puedo beber mientras tome las pastillas», se queja Terry, pasándose la mano por los rizos. El bigote de estrella porno que se dejó en plan broma ya no está.

«Caramba, Tel, qué pesadilla. No puedes follar, no puedes beber…», me río, señalando con la cabeza a los colegas de Ed, sentados en el rincón dando sorbos a sus medias pintas. «De todos modos, así te preparas para el siguiente turno, eh».

«Ya», dice con un gesto de arrepentimiento, mientras observo que el gilipollas de Paul, ahora muy consciente de que puedo hacerle el vacío tranquilamente durante

toda la noche, decide ser realista y sale cabizbajo con el rabo entre las piernas.

Para animar a Terry, le llevo a la oficina y preparo un par de patitas de calamar del gramo que me consiguió Begbie. Le cuento a Tezzo la visita de mi anterior colega Monsieur Francois Begbí. «Me vienen a la cabeza las palabras “ajo” y “picar”», digo, cortando las rayas finas con mi tarjeta e indicándole a Terry que se sirva, «pero no necesariamente en ese orden. Con todo, la farla a la que le estamos pegando es suya, así que el tío no deja de tener su utilidad».

Terry se ríe y se agacha para esnifar. «¿Qué si come ajos? Ese capullo se comería la cosecha entera», dice antes de meterse una.

Hago otro tanto y empiezo a largar acerca de mis planes para la película. Terry empieza a tener aspecto de encontrarse incómodo. «¿Estás bien, Tel?».

«Nah… es la polla… debe haber sido la coca, pero me empieza a doler cosa mala».

El pobre Terry se larga, casi doblado por la mitad. Es tan triste ver a un hombre antaño orgulloso castrado de esa forma. Como sigue retirado de la circulación, me preocupa la vida sexual de la pobre Melanie así que la llamo, pensando que estaría bien que conociera al joven Curtís.

52. PUTA CRAQUERA

Estoy furioso que te cagas. A esa cabrona la mato; una puta madre desnaturalizada es lo que es. Desde luego, se va a llevar lo suyo…, pero no podemos internar a los críos y si mi madre no se los quiere llevar…, entonces tendrá que ponerse las putas pilas porque Kate y yo no nos podemos hacer cargo… ¡PUTA ZORRA DE MIERDA!

Por culpa de ella hasta me pilla la puta lluvia; está cayendo una de órdago. Y hasta llevo agua en los zapatos por pisar un puto charco, como un desagüe cuando se atasca. Al llegar a casa me pongo la chaqueta enseguida y me quito los putos zapatos viejos y me pongo los Timberland nuevos. Kate me suelta: «¿Adonde vas, Frank?».

«A ver a la puta drogadicta que tiene a mis críos».

Puta lluvia, te vuelve majara. Todo quisque está venga a moquear por el frío, pero para mí que la mitad lo que tiene es la gripe colombiana de meterse demasiada blanca. Sick Boy es el peor, y yo no tengo nada en contra de unas rayitas, pero eso de lavar es para los tirados, ¡y no se hace delante de mis putos críos!

Así que llego allí y la miro y ella también me mira como si tuviera el puto morro de negarlo todo. Me limito a decirle a los críos: «Coged los abrigos, que os vais a casa de mi madre».

Ni de coña se vienen donde vivimos nosotros, joder. Ni de coña. Digo yo que mi madre querrá quedárselos en cuanto sepa lo que hay y vea el peligro que corren.

«¿Qué?… ¿Qué pasa?», suelta June.

«Tú, puta guarra de mierda, fuera de mi vista, ¿me oyes?», le advierto a la muy cabrona. «¡Se me está acabando la paciencia y no me hago responsable de lo que haga si abres esa bocaza de yonqui!».

Me conoce lo suficiente como para saber que no estoy bromeando y los ojos se le ensanchan y la cara se le pone más pálida que nunca. Mírala, hecha una puta ruina, ¿cómo no me di cuenta antes? Me pregunto cuánto tiempo llevará dándole. Los críos se están preparando y dicen: «¿Adonde vamos, papá?».

«A casa de la abuela. Al menos ella sabe criar niños», digo mirándola. «Y tampoco va por ahí liándose con yonquis».

«¿Qué quieres decir? ¿De qué me estás hablando?», tiene el descaro de soltarme la puta guarra.

«¿Me lo vas a negar? ¿Vas a negarme que Spud Murphy estuvo por aquí la semana pasada?».

«No…, pero no pasó nada. Y aunque hubiera pasado», suelta ella con un fulgor enloquecido en la mirada, «lo que haga yo no es asunto tuyo».

«¡¿Qué lavar delante de mis chicos no es asunto mío?!». Me vuelvo hacia ellos. «Vosotros, fuera. Esto es una conversación privada entre vuestra madre y yo. ¡Esperadme en la escalera! ¡Venga, largo!».

«Lavando…, sí…, pero…», suelta ella, «sólo necesitaba un poco de ayuda…».

Mientras los enanos salen desfilando, me vuelvo hacia ella.

«¡Ya te daré yo lavado! ¡LAVA ESTO!». Le sacudo en toda la jeta a la muy cabrona y la sangre le sale a chorros de la nariz. La cojo del pelo y está tan grasiento que tengo que envolverme la mano con él para mantenerlo bien agarrado. Ella grita mientras pongo el tapón y abro el grifo para llenar el fregadero. Le meto la cabeza dentro mientras se va llenando. «¡A VER SI LAVAS ESTO, SO CABRONA!».

Le saco la cabeza y echa agua y sangre por la nariz, y se retuerce como un pez que ha picado en el anzuelo. Escucho una voz y el enano de Michael está en el portal y me suelta: «¿Qué le estás haciendo a mamá, papá?».

«¡Vuelve a la puta escalera! ¡La estoy lavando porque le sangra la nariz! ¡Ahora, largo! ¡No te lo vuelvo a repetir!».

El capullín sale a escape y entonces vuelvo a hundirle la cabeza dentro del fregadero. «¡YA TE DARÉ YO LAVADOS, ASQUEROSA PUTA CRAQUERA DE MIERDA! ¡TE VOY A DAR UN LAVADO QUE TE CAGAS!».

Vuelvo a sacarle la cabeza, pero la puta guarra psicópata coge un cuchillito de los de cortar verduras del escurridero ¡y me mete con él! Lo llevo clavado entre las putas costillas.

La suelto y me sacude con un plato que se rompe sobre mi cabeza. Vuelvo a sacudirla y cae al suelo y empieza a gritar que te cagas, mientras me saco el cuchillo de entre las costillas. Hay puta sangre por todas partes. Le pego una patada y la dejo ahí abajo, hecha un ovillo; salgo a buscar a los críos, pero cuando llego al hueco de la escalera, la vieja cabrona de enfrente está en su portal rodeándolos con los brazos. «Venga, chicos», les digo, pero se quedan ahí de pie, así que agarro a Michael porque no tengo tiempo que perder aquí, y entonces la puta June se pone en pie y sale y le grita a la vieja: «¡LLAMA A LA POLICÍA! ¡INTENTA LLEVARSE A MIS CRÍOS!».

«¡Mamá!», suelta ese pelota de Michael; Sean tendría que haberle cortado la puta cabeza; igual ni siquiera es mío, con lo mariquita que ha salido; le doy con el dorso de la mano y ella le coge del brazo en la escalera y es como si el capullín estuviera atrapado en un tira y afloja. Él se pone a chillar así que suelto y los dos vuelven a caer sobre la escalera. La vieja vuelve a gritar y suben dos polis por la escalera y uno de ellos suelta: «¿Qué está pasando aquí?».

«Nada. Ocúpate de tus asuntos, joder», digo yo.

«¡Intenta llevarse a mis hijos!», chilla ella.

«¿Es eso cierto?», me pregunta el poli mayor.

«¡También son mis putos críos!», suelto yo.

La vieja de la escalera va y dice. «¡Golpeó a esa chica, yo le vi! ¡Y al pequeño, pobrecito!». Se vuelve hacia mí y dice: «¡Ese es más malo que arrancado!».

«¡Tú cierra la puta boca, vieja cabrona! ¡No tiene una puta mierda que ver

contigo!».

El poli mayor dice: «Caballero, si no sale a la calle, voy a detenerle y acusarle de alteración del orden público. ¡Si esta señora presenta cargos contra usted, tendrá serios problemas!».

Así que después de un gran concurso de gritos me voy, porque no tengo ganas de que me detengan a cuenta de esa cabrona. Y los polis mirándome como si fuera un puto pederasta. Aunque no tendría que haberle pegado a Michael; pero eso fue culpa de ella por volver a sacarme de quicio. Pues me iré a hablar con los de Bienestar Social y todo dios sabrá qué es ella, que ella es una asquerosa puta craquera que se mete drogas delante de mis putos críos…

Si quieren detener a algún capullo, que detengan al cabrón ese de Solo en casa 2. Ya sé que él también era sólo un crío cuando hizo esas películas, pero no entiendo cómo semejante cabrón puede vivir consigo mismo ahora.

53. «… INCLUSO EN ESTADO FLÁCCIDO SUPERA LOS TREINTA CENTÍMETROS…»

Subo al piso de Simon. Está hecho un asco, pero no me preocupa. De una zancada, lo abrazo y aprieto mis labios contra los suyos. Está tenso, inflexible. «Eh, tenemos visita», me dice. Pasamos al cuarto de estar y en el sofá de cuero hay un jovencito al que reconozco vagamente de haberlo visto en el pub de Simon. Una de esas presencias imprecisas y vagamente desagradables que una detecta por el rabillo del ojo. Ahora parece un muchacho normal: larguirucho, apestoso, con granos y nervioso. Le sonrío y noto cómo su rostro se enrojece vivamente mientras los ojos se le humedecen y la pobre monada aparta la vista.

Le miramos y me pregunto qué pasa aquí. Simon no suelta prenda. Después hay otra llamada a la puerta; voy a abrir y son Mel y Terry. Ella me besa y pasa adentro, dándole un abrazo a Simon y sentándose al lado del chico. «¿Todo bien, Curtis, amigo?».

«Eh-eh-sí», dice.

Terry sigue muy apagado. Se sienta en una silla que hay en un rincón.

«Este es Curtis», me dice Simon. «Va a unirse a nosotros como actor». Mientras el muchacho fuerza una endeble sonrisa, yo pienso que se trata de una especie de broma. Entonces Simon mira primero a Mel y después a mí, mientras explica: «A partir de este material tan poco prometedor quiero que ustedes, señoritas, forjen al joven semental más explosivo jamás salido de Leith. Bueno, el segundo más explosivo», dice con aire modesto y una reverencia burlona.

«Este chico da la talla», se ríe Mel, «ya me entiendes».

«Enséñale, Curt, no seas tímido», dice Simon, mientras se dirige a la cocina.

Los ojos de Curt vuelven a humedecerse y el rostro se le pone carmesí. «Venga, anoche me la enseñaste», dice Mel con una sonrisa maliciosa.

Yo le echo una mirada a ella mientras él se afloja nerviosamente el cinturón y a continuación se desabrocha la bragueta. Entonces empieza a sacarse la cosa esta de los pantalones y parece que no termine. Incluso en estado fláccido supera los treinta centímetros; le cuelga casi hasta las rodillas. Estoy sin habla. Lo que es más, el grosor… Nunca me he considerado una obsesa del tamaño, pero… Así que bienvenido a bordo. Con treinta y cinco centímetros, ¿cómo podría quedar al margen? Virgen (hasta que Melanie le echó el guante anoche, me jugaría algo), es casi un monstruo, pero es el hombre idóneo para nuestro espectáculo.

Simon le dice que se afeite el vello púbico para que parezca aún más grande, como hacen las estrellas porno de verdad.

Terry dice: «Fíjate en cómo lleva la cara afeitada. ¿Te fías de que sea capaz de afeitar alrededor de ese aparato?».

«Mira quién fue a hablar, Terry. ¿Sigues llevando los puntos puestos?».

Me pregunto cómo vamos a domarle de manera que sea capaz de actuar, aunque para mí que Mel lleva la delantera.

«Yo te ayudaré a afeitarte», dice Mel.

Ese lado de las cosas no va a resultar un problema. Simon me pide que vaya a la cocina. «Mel le desvirgó anoche, le está espabilando», confirma. «Vamos a tener que deconstruir a este chaval», dice, «y después reconstruirle a nuestra imagen y semejanza. Tenemos que hacer un numerito en plan Eliza Doolittle con este cabrón. No sólo las técnicas de folleteo. Cualquier cretino puede follar, y cualquier idiota con un compañero voluntarioso puede familiarizarse con las posiciones sexuales», dice echándole una furtiva mirada lateral por la puerta a Terry. «Dios, cómo nos aturdimos con nuestra afición al sexo. Pero espabilarle por completo, convertirle en un puto ser sensible. Ropa. Porte. Modales».

Asiento en señal de acuerdo, pero primero hay que atender ciertos negocios. Les decimos a los demás que nos vemos en el pub; Simon le entrega a Curtís una caja con envoltorio al salir por la puerta. «Es un regalo, ábrelo».

Curtís arranca el papel para descubrir la horrenda y chillona cabeza rubia de una muñeca hinchable. Simon dice: «Se llama Sylvie. Es para que practiques durante las noches solitarias, aunque no creo que en el futuro haya muchas. ¡Bienvenido a Siete polvos!».

El pobre Curtís no sabe muy bien qué hacer con Sylvie mientras bajan hacia el Port Sunshine. Simon me ruega que aguarde un poco, ya que tiene ganas de discutir los progresos de lo que él denomina «el chanchullo».

Teníamos dos listas, cada una en un disco diferente. El padre de Rab nos ayudó a hacerlos coincidir y meterlas en el mismo formato. Hay 182 abonados para toda la temporada de los Rangers que tienen cuentas en la sucursal de Merchant City del Clydesdale Bank. De esos, 137 tienen 1690 como número de PIN. No entiendo cómo Simon puede saberlo, y me lo explica pacientemente, como también hizo Mark, pero sigo sin entenderlo. A pesar del programa de Estudios Escoceses de McClymont, no he llegado ni de lejos a comprender la mentalidad ni la cultura escocesas. De ese número, 86 disponen de acceso a sus cuentas por Internet.

Lo importante es que la cantidad de dinero que hay en esas 86 cuentas oscila entre un descubierto de 3216 libras y un crédito de 42214. Simon explica que él y Mark se han introducido en el sistema bancario online del Clydesdale. Utilizando el número de PIN 1690, retiraron un total de 62412 libras de las cuentas más grandes, depositándolas en una cuenta general que abrieron en el Swiss Business Bank de Zurich, me informa, mientras prepara dos rayas de coca.

«Ya sabes que yo paso», le digo, sacando mis papelillos, mi maría y mi tabaco del bolso.

«Lo sé, lo sé. Las dos son para mí. Mi nariz tiene dos agujeros», me explica. «Por ahora, al menos. Dentro de tres días el grueso del dinero, descontando 5000 libras, será transferido a una cuenta de producción que hemos abierto en Suiza, en el Banque de Zurich, a nombre de Bananazurri Films».

«¿Así que ahora bajamos al pub a celebrarlo?».

«Nooo…», dice Simon, «los usufructuarios somos tú, yo y Rents. Somos los únicos que lo sabemos. No se te ocurra comentárselo a nadie», me advierte, «o todos iremos a la cárcel durante mucho tiempo. Guardaremos el dinero en esas cuentas; hay mucho más de lo que necesitamos para realizar nuestra película. Nos reuniremos con los demás más tarde. Ahora mismo, tú, yo y Rents vamos a celebrarlo en privado».

Estoy eufórica, emocionada y algo más que un poco asustada cuando me pregunto en qué nos habremos metido. Así que subimos a ver a Mark al restaurante Café Royal, donde los tres disfrutamos de unas ostras y unas botellas de Bollinger. Mark sirve el champán en las copas y me cuchichea: «Lo hiciste estupendamente».

«Vosotros dos también lo hicisteis muy bien», digo, aterrada, pero realmente preocupada a la vez por la magnitud de nuestro fraude. «Este es nuestro negocio, es algo estrictamente entre nosotros», imploro nerviosa, y Mark asiente seriamente en señal de acuerdo. «¿Significa eso que Dianne no debe saber nada?».

«Desde luego», contesta Mark con gesto grave. «Por este tipo de historias te encierran y luego tiran la llave por la taza del water. Pero escucha, ¿y Rab?», añade con repentina preocupación. «Debe saber algo, ya que sacó la información de los programas informáticos de su viejo».

«Rab es legal», dice Simon, «pero a veces puede ser un poco puritano y se cagaría patas abajo si estuviera enterado de las dimensiones del fraude. Él cree que sólo se trata de la tarjeta de crédito de algún pringao. Ya he arreglado cuentas con él por sus servicios. No volvamos a hablar de ello», sonríe; a continuación canturrea en tono jovial una extraña cancioncilla que nunca había oído antes:

On the green grassy slopes of the Boyne
Where the Orangemen with William did join
And they fought for our glorious delivery
On the green grassy slopes of the Boyne
Orangemen must be loyal and steady
For no matter what e're be tide
We must still mind our war-cry «no surrender!»
And remember that God's on our side…[46]

«Me encanta Escocia», dice Simon, bebiendo champán. «Hay tantos capullos desquiciados que creen en la mierda más absoluta. ¡Es tan fácil sacarles los cuartos! El montaje este Celtic-Rangers es el mejor chanchullo jamás inventado. No es una simple licencia para desplumar cretinos, sino una licencia para desplumar a sus hijos y a los hijos de sus hijos. La franquicia sigue y sigue; Murray, McCann; esos tíos ya

saben lo que se hacen, ya».

Mark me dedica una sonrisa y después se vuelve hacia Simon. «Ahora que somos todos tirando a ricos, entiendo que tu compromiso con la realización de esta película no flaquea, ¿verdad?».

«Ni un ápice», contesta Simon. «No es cuestión de dinero, Rents, ahora me doy cuenta de ello. Cualquier tonto del culo puede ganar dinero. Aquí se trata de crear algo que va a generar dinero. Es una cuestión de expresión, de autorrealización, de vivir, de enseñarle a unos ricos cabrones y mimados que se han pasado toda la vida nadando en la abundancia que cualquier cosa que puedan hacer ellos, nosotros podemos hacerla mejor».

«Mmm», dice Mark, «brindo por eso», y alza la copa una vez más.

Simon me mira sin decir nada pero frunce los labios con una expresión de sincera aflicción. A continuación me dice en tono de reprimenda: «Nada de gastar dinero a lo loco, Nikki, yo me encargaré de vigilar los fondos. Si te quedas sin blanca, me pides más».

No sé si me fío de Simon, y ni siquiera creo que él y Mark se fíen el uno del otro. Pero apenas me importan el dinero o los demás adornos. Me encanta esto. Me siento viva.

«De todos modos, si nos empapelan, no tienes más que poner los ojos en blanco ante el juez y decirle que fuiste engañada por dos malvados barriobajeros y saldrás en libertad mientras a Rents y a mí nos cuelgan, ¿no es así, Mark?».

«Descarado», dice, sirviendo más champán.

Después nos acercamos al Rick’s Bar, en Hannover Street. «¿No es ese Mattias Jack?», pregunta Simon, señalando a un tío que hay en un rincón.

«Es posible», considera Mark, pidiendo otra botella de champán.

Simon y yo volvemos a su piso en Leith y nos pasamos la noche follando como animales. Al día siguiente vuelvo a casa satisfactoriamente agotada, dolorida y en carne viva, y repaso mi trabajo del curso y cumplo con mi turno en la sauna. Cuando llego a casa después del turno, Mark está allí, hablando con Dianne. Me saluda lacónicamente y se marcha.

«¿Qué pasa pues?».

«Es un viejo amigo. Mañana volveremos a salir a tomar una copa».

«¿Sólo por los viejos tiempos, eh?».

Dianne sonríe de forma coqueta y enarca una ceja. Tiene como un arrebol que hace que me pregunte si ya se lo ha follado.

Más tarde, Simon, Rab y yo estamos en la cabina de edición en Niddrie, donde me había llevado antes. No sabía que en Edimburgo existieran lugares como este; de hecho, nunca he visto nada semejante. El tío que lleva Vid In The Nid es un viejo amigo de Rab de los tiempos en que iba al fútbol con una pandilla de hooligans.

Ahora muchos de ellos parecen haberse reconvertido en empresarios, y el tío este, Steve Bywaters, tiene más aspecto de asistente social que de ex macarra futbolero. Parecen tan unidos como los masones cuando de compartir capacidades y recursos se trata. «Lo tenemos todo, podemos hacerlo aquí», dice, con aspecto de cristiano fervoroso e intachable.

Mientras nos alejamos, Rab dice: «Estupendo, eh».

Sick Boy menea la cabeza. «Sí, pero podemos hacerlo en el Dam. La LPA, Rab, ¿ya no te acuerdas?».

«Desde luego», dice Rab, aunque sospecho que Simon tiene otro orden del día.

54. CHANCHULLO N.° 18749

El City Café está rebosante de gente preparándose para ir a los clubs, cuando Curtis y sus amiguitos entran y me piden que me una a ellos. Estamos sentados junto a unos que parecen estudiantes, enfrascados en sus aburridas teorías conspiratorias, debatiendo con emoción quién no ha muerto en realidad: Elvis, Jim Morrison, Lady Di. Demasiado engreídos con su sensación de inmortalidad juvenil como para creer que nadie deja la función de verdad. Atrapados en un mundo burgués de ensueño, exaltador de la vida y negador de la muerte.

Algunos de los chavales de barrio, como Philip, se burlan y se ríen de sus debilidades; saben que no son más que chorradas. Desde temprana edad han visto muertes suficientes en los barrios y las zonas deprimidas causadas por la epidemia del sida de los ochenta como para estar despojados de nociones tan inocentes. Es curioso, pero estoy seguro de que nuestra generación sentía lo mismo que los chavales de los suburbios. Pero ya no, y desde luego yo no: «Todos esos cabrones están muertos y bien muertos», le digo a uno de los estudiantes, y todos los chavales con anillos raperos se carcajean y se suman, vacilándoles que te cagas.

Mientras esto sucede, le llamo la atención a Curtis. «Fíjate en tus amigos, descojonándose de los estudiantes estos». Asiente lentamente con la cabeza. «Ahora, sitúate dentro de quince años: ¿quiénes van a tener las casas guays, el curro, el negocio, la pasta, los bugas, y quiénes van a estar pillados en una barriada viviendo del cheque del paro?».

«Ya…», asiente Curtis.

«¿Sabes por qué?».

«¿Porque ellos habrán ido a la universidad y tal?».

No está mal. «En parte, sí. ¿Alguna otra razón?».

«¿Porque tienen papas y mamas ricos que pueden proporcionarles la pasta para empezar? ¿Y contactos y demás?».

Este chico no es tan primo como yo pensaba. «Muy agudo, Curt, muy agudo. Pero si juntamos las dos cosas, ¿qué es lo que nos sale?».

«No sé».

«Expectativas. Tendrán todas esas cosas porque esperan tenerlas. ¿Qué otra cosa podrían esperar? Los de tu cuerda y la mía no esperamos esas cosas. Sabemos que tenemos que currar que te cagas para obtenerlas. Ahora bien, para mí, un hombre sobradamente culto pero con escasa formación, en realidad no hay por dónde acceder a esa vida. ¿Por qué crees que pierdo el tiempo en la economía negra de los márgenes de la sociedad? ¿Porque me gusta lo bohemio de los personajes que los habitan? ¿Porque los venaos, las putas, los yonquis y los traficantes son la clase de gente que me va? Ni de puta casualidad. Me he dedicado al proxenetismo, al latrocinio, al robo,

al fraude con tarjetas de crédito y al tráfico de drogas, no porque me guste, sino porque no puedo meter la cabeza en el mundo de los negocios legítimos a un nivel, con un estatus y una remuneración que yo considere acordes con mis conocimientos y mis habilidades. Soy una tragedia desastrosa, Curtis, una tragedia desastrosa. Pero eso puede cambiar y cambiará», explico mientras miro mi reloj, ya que es hora de reunimos con los demás. «Escucha», digo pegándole a mi bebida, «¿llegaste a sacarle algún partido a la muñeca hinchable aquella?».

«Eh, nah…», dice avergonzado. «Estaba jugando con ella y se me desinfló…».

«¡Qué a ti se te desinfló! ¡Joder, pensaba comprar una para mí pero visto lo visto, paso!», digo, riéndome ante la expresión de angustia de su careto.

Apuramos las consumiciones y nos dirigimos al garito de N-Sign para rodar unas secuencias de gente de marcha. Curtis baila con sus amigos mientras Rab rueda con la cámara. Después hace un travelling hasta donde se encuentra Nikki, que ha estado hablando con Mel, mientras se acerca a él. Baila delante de Curtis durante un ratito, y después le coge de la mano y le lleva a la oficina del club, que Carl ha tenido la gentileza de vaciar.

Después de cerrar el club, nos ponemos a trabajar en serio y nos disponemos a rodar una de nuestras escenas clave. Rab y sus amiguetes instalan el equipo en la oficina.

«¿De verdad crees que les gusto a N-N-Nikki y Mel?», pregunta Curtis.

«¿Qué quieres decir?».

«Bueno, a mí me parece que son amables conmigo porque se lo has dicho t-t-tú».

«No esperes que una tía no se ponga cachonda si la enfocas con esos clisos de cachorrillo, colega. Tú tienes el poder», le explico.

«P-p-pero si yo no les gu-gu-gusto a las chi-chi-chi…», dice mientras su rostro hace un tic de tarado, «… chi-chi-chicas».

«A las zorrillas empanadas, no. Pero ellas no son mujeres de mundo. Las tías que han ido más allá de Pilrig saben dejarse de chorradas e ir al grano, sobre todo si ya tienen un poco de rodaje», y canturreo el dehl-dehl-dehl-dehl-dehl-dehl-dehl, la estrofa inicial de ese clásico de Bowie. Aunque a Curtis le deja bastante frío. Mientras él se larga para echar otra meada nerviosa, me acerco a Nikki. «Intenta hacer que Curtis se sienta deseado, tiene la autoestima por los suelos».

Cuando vuelve del lavabo, Nikki se le acerca y la escucho decir: «Curtis, tengo unas ganas de follar contigo que no me aguanto».

El boquiabierto necio se limita a parpadear y enrojecer. «¿Y c-c-con eso qué quieres de-de-decir?».

No puedo remediarlo, me parto el culo de la risa. «¡Eres un genio del humor, Curtis! ¡Eso entra en el guión pero ya!». Y empiezo a garabatear que te cagas en mi copia.

Después de una charla para levantarles la moral a mis estrellas, Rab me indica con un gesto de la cabeza que estamos listos para rocanrolear.

«Bueno, familia, esta es la escena clave de la película. Aquí es donde “Joe” le gana la apuesta a “Tam”. Curtis, aquí es donde tu personaje, “Curt”, pierde la virginidad por vez primera en la película. Así que no te preocupes por estar nervioso, se supone que estás nervioso. Sólo quiero que los dos digáis lo que dijisteis antes. Así que, Nikki, tú le llevas a la oficina, cierras de golpe la puerta, te apoyas en ella y dices…».

«Me encantaría follar contigo…», dice Nikki arrastrando lujuriosamente la voz mientras mira a Curtis.

«¿Y tú que dices, Curtis?», digo con un gesto de la cabeza.

«¿Y c-c-con eso qué quieres de-de-decir…?».

«Cojonudo. Entonces tú le tumbas sobre la mesa, Nikki. Deja que Nikki lleve la iniciativa, Curtis. Venga, vamos a intentarlo».

Por supuesto, no es en modo alguno tan bueno como el original espontáneo, pero después de muchos intentos obtenemos un par de tomas utilizables. Ahora ya tenemos follados a los seis hermanos; el único problema es que la polla averiada de Terry aún no está lo bastante fuerte para un encule. No importa, tengo una idea.

55. PUTAS DE AMSTERDAM, 6.ª PARTE

Informé a Martin y a Nils de que necesitaba tomarme unas vacaciones del club. Le dije a Katrin que tenía que volver a casa a ver a mi familia un poco. Pero independientemente de lo que haya podido pensar que fuera necesario dado mi estado de ánimo, esto era lo que necesitaba. Apenas podía despegarme de ella. Dianne Coulston.

Hicimos el amor durante casi toda la noche en la cama de invitados de Gav. Deseándola, anhelándola, más allá del agotamiento, pero pronto volvía a estar excitado. La experiencia me dice que eso nada tiene que ver con el amor o la emoción; no es sino la reacción de dos cuerpos extraños en contacto el uno con el otro. Que se me pasará. Pero a la experiencia que le den.

Esta mañana, ella lleva puesta mi camiseta, y siempre sienta bien que una chica haga eso; estamos en la cocina preparando tostadas y café. Aparece Gav, listo para ir a trabajar. La ve, enarca las cejas y se escabulle. Le pego un grito, pues no quiero que se sienta como un extraño en su propia casa. «¡Gav! ¡Ven aquí!».

Regresa tímidamente. «Esta es Dianne», le cuento.

Dianne sonríe y le tiende la mano. Él se la estrecha y se toma un poco de té y unas tostadas conmigo y también con mi novia. Pero he estado pensando en Katrin y en qué decirle a Dianne. Sigo dándole vueltas cuando la dejo y me voy para el centro.

Cuando lo absolutamente normal resulta tan extraño, sabes que has estado llevando una vida hecha polvo. Estoy en Princes Street Gardens con mi cuñada Sharon y mi sobrina Marina, a la que nunca he visto antes. Es la primera vez en años que veo a Sharon. Creo que la última vez fue durante el funeral de mi hermano, cuando me la follé en el retrete, estando embarazada de Marina.

No sólo soy incapaz de conectar emocionalmente con la persona que era entonces; ni siquiera soy capaz de imaginarme cómo sería tal persona. Puede que me esté engañando, claro está, pero así es como me siento. ¿Aún sería esa persona si me hubiera quedado aquí? Probablemente no.

Sharon ha engordado. Su cuerpo ha sido recubierto por varias capas de grasa. La antigua Sharon, tetuda, voluptuosa, está ahora envuelta en varias capas de acolchado carnoso. No me planteo el aspecto que yo debo de tener para ella; ese es su problema, sólo estoy siendo sincero en lo que respecta a mi reacción negativa. En cuanto hablamos, me siento culpable por esta repugnancia a flor de piel. Es una mujer agradable. Estamos sentados en la plaza tomando café, mientras Marina da vueltas en la noria, saludándonos con la mano montada en un caballo de expresión siniestra.

«Lamento que las cosas no funcionaran entre tú y el tío con el que estabas», le digo.

«No, cortamos el año pasado», dice, encendiendo un Regal y ofreciéndome otro,

que rehúso. «Quería tener niños. Yo no quiero tener otro crío», explica antes de añadir: «Pero supongo que no sólo fue por eso».

Me quedo sentado asintiendo lentamente, con esa sensación de desconcierto e incomodidad que producen esos festivales de intimidad en los que la gente te lo cuenta todo acerca de sí mismos a las primeras de cambio. «Son cosas que pasan», digo encogiéndome de hombros.

«Y tú qué, ¿estás con alguien?».

«Bueno, resulta un poco complicado… La semana pasada me encontré con alguien», le explico, sintiendo cómo una extraña luminosidad invade mi cara y esbozo una sonrisa al pensar en ella, «alguien a quien conocía de aquí. Y también hay alguien en Holanda, pero ahora mismo las cosas están un poco inciertas. Miento, se acabó».

«El mismo Mark de siempre, ¿eh?».

Siempre fui un tipo más de relaciones estables que de polvos de una noche, sin que se me diera especialmente bien ninguna de las dos cosas. Pero cuando conoces a alguien, no importa cuántas veces la hayas cagado en el pasado, siempre piensas… sí. Estamos demasiado llenos de esperanza para pensar siquiera en las expectativas. «Mira…», digo, echando mano a mi bolsa y entregándole el sobre, «esto es para ti y para Marina».

«No lo quiero», dice ella apartándolo.

«No sabes lo que hay dentro».

«Me lo imagino. Es dinero, ¿no?».

«Sí. Cógelo».

«No».

La miro todo lo inquisitivamente que puedo. «Escucha, sé lo que todo el mundo dice de mí en Leith».

«Nadie habla de ti», dice ella de un modo que pretende ser reconfortante pero que de hecho te deja el ego bastante jodido. Seguro que…

«No procede del tráfico de drogas. Te lo aseguro. Sale de mi club», le explico, esforzándome por no hacer una mueca ante la ironía de lo que acabo de decir. Todo aquel que lleva un club de música dance debe su dinero, aunque sea de forma indirecta, a las drogas. «Yo no lo necesito. Quiero hacer algo… por mi sobrina. Por favor», le suplico, y a continuación me explayo acerca de la fuente de mi desasosiego. «Mi hermano y yo éramos como la noche y el día. Mamonazos los dos, pero cada uno a su manera». Sharon me responde con una sonrisa y yo le correspondo con una extraña sensación de afecto, mientras recuerdo el rostro de mi hermano, dando la cara por mí, deseando de repente haber sido menos duro con él. Menos belicoso, menos dogmático y todo eso. Pero es una chorrada. Fuiste lo que fuiste y eres lo que eres. Al carajo con esas chorradas del arrepentimiento. «Es

curioso, pero lo que echo de menos de él no es cómo nos llevábamos, sino la posibilidad de habernos llevado mejor. He cambiado en muchos aspectos. Creo que quizá también él lo hubiese hecho».

«Quizá», dice ella, dubitativa y reservada; no sé si se refiere a él, a mí o a ambos. Mira el sobre, lo palpa. «Debe de haber cientos aquí dentro».

«Ocho de los grandes», le digo.

Casi se le salen los ojos de las órbitas. «¡Ocho mil libras! ¡Mark!». Baja la voz y mira a nuestro alrededor, como si estuviésemos en una película de espías. «¡No puedes andar por ahí con todo este dinero encima! Podrían darte el palo o lo que fuera…».

«Entonces será mejor meterlo en el banco. Mira, no pienso irme con él, así que se quedará en esa mesa de allí si tú no lo coges». Ella está a punto de decir algo pero no la dejo hablar. «Mira, no lo haría si no pudiera permitírmelo. Tan cretino no soy».

Sharon mete el sobre en su bolso y me aprieta la mano mientras las lágrimas le brillan en los ojos. «No sé qué decir…».

Ese es el momento que aprovecho para irme. Le digo que llevaré a Marina a ver Toy Story mientras ella arregla las cosas en el banco y echa un vistazo por las tiendas. Mientras camino con la cría de la mano, me pregunto qué haría Begbie si me lo encontrara ahora. Seguro que no… Me pongo paraca perdido de que pueda acosar a la cría o a Sharon, así que nos metemos en un taxi y vamos hasta el Dominion, porque no acabo de ver a Franco por Morningside. Cuando acaba la película dejo a Marina en casa de Sharon.

Más tarde, mientras cruzo el puente George IV veo otra cara conocida, ¡pero no puede ser, saliendo de la biblioteca! Me acerco a hurtadillas y le agarro del hombro en plan poli. Casi se muere del susto antes de volverse y su mirada hostil se convierte en una sonrisa radiante.

«Mark… Mark, tío…, ¿cómo estás?».

Nos albergamos en un bar cercano para tomar un trago. Por una ironía del destino, se llama Scruffy Murphy’s, un viejo mote con el que todo el mundo le tomaba el pelo a Spud. No recuerdo cómo se llamaba antes. Mientras pido dos Guinness, me resulta difícil no pensar que Spud tiene una pinta tan desastrosa como siempre. Nos sentamos y me cuenta el proyecto este de una historia de Leith en el que está trabajando, que me deja ñipando. No porque suene interesante, que lo es, sino más bien por la noción misma de Spud metido en algo semejante. Pero habla de ello con gran entusiasmo antes de que nos pongamos a hablar de los viejos tiempos. «¿Qué tal está Swaney? No es posible que aún ande por ahí», le pregunto acerca de un viejo amigo.

«En Tailandia», dice Spud.

«Me tomas el pelo», contesto, estupefacto una vez más. Swaney siempre fantaseó

acerca de irse para allá, pero no logro comprender que acabara haciéndolo.

«Sí, el menda consiguió llegar», asiente Spud, y se diría que él también acaba de reparar en lo inverosímil que resulta. «Con una sola pierna, además».

Hablamos de Johnny Swan durante un rato, pero hay algo que de verdad quiero saber, y pregunto con toda la naturalidad de que soy capaz: «Dime, Spud, ¿ha salido Begbie de la cárcel?».

«Sí, lleva mogollón de tiempo fuera», me informa Spud mientras me invade una sensación de hundimiento. La cara se me queda aturdida y me pitan los oídos. Me resulta difícil centrarme en lo que me dice y la cabeza empieza a darme vueltas. «Lleva fuera desde después de Año Nuevo. El menda se pasó por mi casa el otro día y tal. Está más tocao que nunca», dice con expresión seria. «Aléjate de él, Mark, no sabe lo del dinero…».

Respondo con cara de póquer: «¿De qué dinero hablas?».

Spud me dedica una enorme, cálida y radiante sonrisa y me estrecha entre sus brazos en un exceso de entusiasmo. Para un tío flacucho su abrazo tiene fuerza. Cuando me suelta, lleva los ojos empañados. «Gracias, Mark», dice.

«No sé de qué me hablas», digo encogiéndome de hombros y permaneciendo en silencio. Aquello que no sepas, no podrán sacártelo a hostias. Ni siquiera le pregunto acerca del estado de su sistema inmunológico, del de Ali o del chaval. Sick Boy es un mentiroso compulsivo y ahora se le da mucho peor y resulta mucho menos divertido que antes. Echo un vistazo al reloj del pub. «… Escucha, colega, tengo que irme. Voy a ver a mi novia».

A Spud esto le entristece un poco y a continuación parece sopesar algo. «Oye, tron, ¿podrías, eh, hacerme un favor?».

«Sí, claro», asiento a regañadientes, tratando de adivinar la cuantía del sablazo.

«Es que Ali y yo…, eh, vamos a deshacernos del piso. Yo me quedo un tiempo en casa de un colega, pero él no puede hacerse cargo del felino. ¿Podrías quedártelo tú un tiempo?».

Me pregunto a qué felino se referirá, y entonces caigo en que habla de uno de verdad. Los detesto con todas mis fuerzas. «Lo siento, colega…, no soy de inclinaciones gatunas… y estoy en el piso de Gav».

«Ah…», dice, y tiene una expresión tan patética que tengo que tratar de hacer algo, así que llamo a Dianne y le pregunto si le apetecería cuidar de un gato durante unos días. A Dianne le parece bien y me cuenta que Nikki y Lauren estuvieron hablando de comprar un gato, así que para ellas sería un buen ensayo, para ver qué tal se les da. Me dice que hablará con ellas, lo que hace, e inmediatamente después me llama. «El gato ya tiene un nuevo hogar temporal», dice.

Spud está encantado con la noticia, y quedamos a una hora para subir al bicho a Tollcross. Mientras dejo a Spud para irme en esa dirección, monto en cólera pese a mi

estupefacción; la furia me devora las entrañas. Recobro la compostura y llamo a mi socio al móvil. «Simon, ¿cómo va todo?».

«¿Dónde estás?».

«Eso no importa. ¿Estás seguro de que Begbie sigue en la cárcel? Alguien me ha dicho que ha salido».

«¿Quién te ha dicho eso?», dice Sick Boy.

De común tan pedante y pretencioso, adopta un acento escoces cerrado y sincerote que no resulta nada convincente. «No te importa».

«Pues es un disparate. Que yo sepa, sigue enchironado».

Cabrón embustero. Apago el teléfono, bajo por el Grassmarket y subo por West Port hasta Tollcross, mientras toda suerte de pensamientos febriles recorren mi cabeza y horribles emociones me roen las entrañas.

56.«… CON ÉL A HOMBROS…»

Parece que he establecido un vínculo afectivo con Zappa, el gato que estamos cuidando. He empezado a hacer estiramientos felinos con él tras ver a alguien haciendo lo mismo la semana pasada en el Canal Cuatro. Subo treinta veces hasta la primera posición con él a hombros levantándome desde la posición en cuclillas. Paso a la segunda posición, sujetándolo por el estómago con una mano y por el pecho con la otra, efectuando treinta repeticiones a cada lado.

Lauren entra con cara de bastante sorpresa: «Nikki, ¿qué le estás haciendo a ese pobre gato?».

«Estiramientos felinos», le explico, preocupada de que vaya a pensar que ahora también me haya dado por el bestialismo. «Cuando una lleva una vida ajetreada, tiende a descuidar a sus mascotas, así que es un modo de mantenerse en forma y al mismo tiempo hacer vida social con tu gato. Además del elemento táctil y afectivo, haces ejercicio. Tendrías que probarlo», le digo, depositando al gato en el suelo.

Lauren sacude dubitativamente la cabeza, pero tengo prisa por marcharme, ya que vamos a rodar la última escena porno —en la que aparece Curtis como polla por poderes— con Terry y Mel. Bajo a Leith y me encuentro con ellos en el piso de Simon.

Curtis luce una sonrisa bobalicona. Se le puede entrenar en lo que a follar se refiere. Nos sigue a mí y a Melanie como un cachorrillo que implora que le den de comer o, en su caso, de follar. No, eso no es justo. Este chico quiere algo más. Busca amor, sentimiento de pertenencia, aceptación. De hecho, a su manera, llana, sincera y sin tapujos, nos recuerda a todos nuestras propias carencias. Desea sinceramente gustarnos. Incluso que le queramos. Por nuestra parte, nos burlamos de él, y en ocasiones nos quedamos justo en los lindes de la crueldad.

¿Por qué? ¿Es para deleitarnos con nuestro poder o, como podría argüir Lauren, porque odiamos lo que hacemos?

No, es lo que dije antes; él es una mera versión indigna de todos nosotros: un triste buscador que no ha encontrado lo que buscaba. Pero en lo que a él se refiere, el pequeño hijo de puta dispone de tiempo. Quizá eso influya en nuestro comportamiento, en nuestra actitud hacia él. Me imagino que aún le noto entre mis piernas cuando lo tuve dentro. Tengo un coño pequeño y estrecho y jamás creí que pudiera caberme eso. Una llega a sorprenderse a sí misma.

«¿Te gusta esto?», le pregunto, apretando mi cuello contra su cara.

«Sí, huele guay y tal».

«Me gustaría instruirte acerca de los perfumes, Curtis, y de tantas cosas más. Así, cuando esté vieja y marchita y tú sigas siendo un joven bien parecido que vaya por ahí desvirgando jovencitas a las que dobles en edad por doquier, como les gusta hacer

a todos los hombres maduros acaudalados, no me odiarás. Me recordarás con añoranza y me tratarás como a un ser humano».

Mel sonríe mientras bebe un vaso de vino tinto, quizá ignorante de hasta qué punto hablo en serio.

A Curtis, por su parte, le horroriza semejante idea. «¡Yo nunca te trataré mal!», dice casi chillando.

Esos jovencitos tan dulces y tan tiernos de corazón, ¡cómo crecen hasta convertirse en monstruos! Y, no obstante, con frecuencia tienden a mejorar de nuevo al madurar, y vuelven a ser amables y gentiles. Aunque nadie se lo contó a Sick Boy Simon.

Curtis es tan pupilo estrella de él como mío. Y no me gustan las lecciones que le está dando.

Rab y el equipo bajan y montan las cámaras. Pero Curtís es un amor. No quiere sodomizar a Mel. «Es asqueroso, no quiero hacerlo».

«Muy bien, Curtís», digo yo mientras Mel insiste: «A mí no me molesta, Curtís».

De repente, Simon dice: «Vale, dejémoslo de momento», mientras mira el reloj. «¡Venga, nos vamos al cine!». Me pregunto a qué estará jugando mientras Rab empieza a protestar, pero Simon nos saca de allí y nos mete en un taxi que nos lleva hasta la filmoteca, donde echan una serie de películas de Scorsese. Es De Niro, en Toro salvaje.

En el bar, ya finalizada la proyección, Curtís se vuelve hacia Simon, embelesado. «¡Cojonudo!».

Simon está a punto de decir algo cuando le corto. «¿Hay una razón por la que nos hayas traído aquí?».

Simon me hace caso omiso y le dice a Curtís: «Tú eres un actor, Curt. De Niro es un actor. ¿Crees que le apetecía engordar a tope y andar por ahí hecho una bola de sebo? ¿Crees que le apetecía que le metieran en el cuadrilátero?». Me echa una mirada. «No va con segundas. ¿Crees que se volvió hacia Scorsese durante el rodaje y le dijo "eso es asqueroso" o "eso duele" o "eso me resulta un poco frío, distante y explotador"? No. Porque es un actor», subraya, apostillando: «No lo digo por ti, Mel, tú no vas de diva».

Ahora me doy cuenta de que esto lo hace tanto por mí como por Curtis. Su manipulación resulta más evidente que la erección de Terry. «No somos actores, somos artistas pornográficos», le digo. «Tenemos que fijar nuestros pro…».

«No. Eso son chorradas de clase media. Ellos son los únicos que no se han enterado de que ahora la pornografía está dentro de la normalidad. Virgin vende películas porno. Greg Dark dirige videoclips de Britney Spears. Las revistas guarras y las revistas para hombres y las revistas para mujeres son iguales. Incluso la reprimida y censurada televisión británica nos provoca insinuándolo. En tanto que

consumidores, la gente joven no distingue entre el porno y el entretenimiento para adultos y el entretenimiento normal. Del mismo modo en que no lo hace entre el alcohol y las demás drogas. Si te pone, sí; si no, no. Así de claro».

«¿No te parece un poco paternalista decirle a Curtis lo que piensa la gente joven?», le digo, pero frente a las crudas certezas de Simon suena lamentable y falto de convicción.

«Lo cuento tal y como yo lo veo. Estoy tratando de dirigir una película».

«¿Así que para ti el consentimiento no significa nada?».

«El consentimiento es algo elástico. Tiene que serlo. Si no lo fuera, ¿cómo maduraríamos? Tiene que haber evolución, cambio de perspectivas con el tiempo, tiene que haber una elasticidad del consentimiento».

«En lo que se refiere a mi ojete no va a haber elasticidad, Simon. Acéptalo. Aprende a asumirlo».

«Nikki, no quiero insistir en el tema. Si no quieres hacer sexo anal, perfecto. Estás en tu derecho. Pero como director de esta película me reservo el derecho de decirle a uno de mis protagonistas profesionales lo mojigato y poco profesional que me parece su actitud», dice con una sonrisa.

Eso es lo que hace: colar lo que dice en serio como si lo dijera en broma. Cree que ha ganado la puta discusión pero no es así. «Mantenemos relaciones sexuales, no las simulamos. La cuestión clave en torno a la que gira cualquier actividad sexual es el consentimiento. Si no hay consentimiento se convierte en coacción o en violación. La primera pregunta es: ¿estoy dispuesta a ser violada para realizar una película? La respuesta es no. Puede que las demás sí. Es cosa suya», digo, y no puedo mirar a Mel. Sigo mirando directamente a Simon cuando le pregunto: «La segunda es: ¿estás dispuesto a convertirte en un violador con tal de realizar esta película?».

Me mira con unos ojos como platos. «No obligaré a nadie a hacer nada que no quiera hacer. Punto».

Casi le creo hasta que escucho lo que le dice a Curtis durante una perorata alimentada por la cocaína mientras volvemos en taxi a Leith y le grita a Rab por el móvil a la vez. «Se folla con la polla, pero el amor se hace con cuerpo y alma. La polla no es nada. Es más: la polla puede ser tu peor enemigo. ¿Por qué? Porque la polla necesita un agujero. Eso significa que la tía siempre es la que domina, siempre que la relación se mantenga sobre bases puramente físicas, es decir, sexuales. No importa lo grande que la tengas o lo bien que la manejes; es reemplazable. Hay miles, millones de pollas haciendo cola para ocupar el lugar de la tuya y cualquier chica guapa con dos dedos de frente lo sabe. Afortunadamente, la mayoría no se da cuenta de ello. No, la forma de recuperar el control de la relación es comiéndole el coco a la chica».

Dios mío, esto es una advertencia. No debería preocuparme por mi culo, sino por

mi cabeza.

Pero ahora el culo que me preocupa es el de Mel. Me siento tan protectora respecto a él como me sentiría respecto al mío. Me corto cuando me doy cuenta de que me estoy convirtiendo en Lauren. Mel está por la labor; hasta me ha dicho que le gusta. Así que volvemos al piso y volvemos a montar el equipo.

Simon se ha estado metiendo más coca y le oigo hablar con Curt mientras Melanie se cambia. «Curtis, macho, te empiezas a manejar bien con la herramienta esa que tienes. Respetas a las tías, vale, buen rollo, pero para esta escena necesitamos un poco más de caña. ¿Alguna vez has oído la frase "sufre, puta"?».

«No, pero es que a mí me gusta Melanie…».

Simon el Chungo sacude la cabeza. «Al principio ve suave, pero cuando se la hayas metido del todo, acelera. Les encanta el dolor. Lo soportan mejor que nosotros. Pueden tener críos, hostia puta».

«Por el culo no», le interrumpo.

Se da cuenta de que le he estado escuchando y se golpea la frente con la mano. «Estoy tratando de dirigir a Curt», me espeta, «¿te importaría dejar que haga mi trabajo, Nicola, cariño?».

«Conque "sufre, puta". ¿Es por ahí por donde te propones tirar, una mierda misógina como esa?».

«Nikki, por favor, déjame hacer mi trabajo. Terminemos la película; tengamos algo que debatir».

Por fortuna, sólo hace falta una toma de cada una de las posiciones de penetración anal: frontal con las piernas abiertas y reverse cowgirl anal. Después nos sentamos con Mel. «¿Cómo ha ido?», le pregunto.

«Me dolió, me dolió que te cagas», dice, frunciendo los labios y resoplando. «Pero a la vez me gustaba. Justo cuando pensabas que era insoportable te empezaba a gustar, y justo cuando empezaba a gustarte se volvía insoportable».

«Guau», dice Sick Boy pasándole el brazo alrededor. «Bien hecho, familia; ya tenemos follado al hermano final, Juice Terry. Voy a poneros a Terry y a ti a simular las posturas, Mel, y usaremos la polla de Curtís para los primeros planos de las penetraciones. Necesitamos algo más de material para la escena de la orgía, algunos planos de conjunto, pero ya tenemos a todos los hermanos. ¡A Siete polvos le falta un pelo de conejo para estar lista!».

57. CLARINETE

Fue estupendo volver a ver a Mark y estuvo guay que me animase un poco con lo del libro. Iba tan espitoso cuando llegué a casa, que aunque estaba un poco destrozado, saqué el manuscrito y repasé el último capítulo otra vez. Era como si Rents me hubiese inspirado, tío. La última parte va del jaco y del sida y tal, y de todos los gachos que fueron aniquilados; de los venaos totales y los mendas decentes, los tíos como Tommy.

Y después de revisarlo no lo podía creer, tío, porque ahí estaba, acabado. A ver, la ortografía no es gran cosa, pero eso lo pueden arreglar; no quiero que esté demasiado pulido, porque así no les dejas a los pobres tipos de la editorial nada que hacer cuando toque preparar la edición.

Me di cuenta de que casi había amanecido y quería bajarme a la oficina de Correos y enviarlo a la editorial esa, la que saca todas las movidas esas de historia de Escocia. Después iba a ver a Ali y contarle lo del dinero, contarle que íbamos a hacer reservas para Disneylandia, para el crío y tal, ¿sabes? El otro día lo intenté en el Port Sunshine pero estaba liada y yo iba pedo y no podía hablar como es debido. Quería que me marchara. Pensé que era demasiado tarde para irme a la cama e iba como una moto, así que puse la cinta de los Alabama y bailé un poco de solateras.

Luego me bajé a la papelería a buscar un gran sobre acolchado, y después derechito a la oficina de Correos. Le di un beso al paquete antes de echarlo al buzón.

¡De puta madre!

Pensé que lo mejor sería echar una cabezadita, ¡y después coger a Ali y a Andy cuando ella vaya a buscar al enano al colé y contarles las noticias de Disneylandia! ¡Y puede que no vayamos al de París, sino al de Florida! La verdad es que tomar el sol allí estaría guay, sobre todo en vista del tiempo de mierda que hace aquí. Terry Lawson me contó que estuvo allí y que molaba.

Entonces pienso: vale, ahora tengo derecho a una pequeña celebración, ¡porque ya está, ya he terminado el libro! ¡Sí! Todas mis deudas pagadas, el riñón cubierto, Ali, Andy y yo en Disneylandia dentro de nada. Sólo un par de cervecitas y tal. Así que pienso, ¿y dónde ir a celebrarlo? Porque en Leith hay que andarse con cuidado, tío, porque Leith no es Edimburgo para nada. Hay montones de pubs en Leith y encontrarás compañía, quieras o no, y puede que no sea la más indicada. Hay que tener cuidado con quién celebras.

Desde Junction Street doy la vuelta y subo por el Walk, pasado Mac’s Bar. Miro al otro lado de la calle, donde el Central Bar, y luego más arriba del Walk; sé que más allá están el Bridge Bar, EH6, el Crown, el Dolphin Lounge, el Spey, el Caledonian Bar, el Morrisons, el Dalmeny, el Lorne, el Vicky, el Alhambra, el Volley, el Balfour, el Walk Inn o Jayne’s, como se llama ahora, el Robbie’s, el Shrub, el Boundary Bar,

el Brunswick, el Red Lion, el Oíd Salt, el Windsor, el Joe Pearce's, el Elm…, y esos son los primeros que se me vienen a la cabeza, y sin salir del propio Walk, sin contar las bocacalles ni nada de eso. Así que no, tío, no, todos los garitos del Walk albergan la perspectiva de una sesión de priva de aupa. Lo mismo pasa con Duke Street y con Junction Street e incluso con las Constitution y Bernard strasser. De manera que me encamino hacia donde debería beber un literato de Leith: hacia el Shore, más moderno, tranquilo y yupi, tío.

Aquí abajo las cosas tienen otra pinta; está todo reurbanizado; ahora los muelles albergan bares y restaurantes elegantes en montones de almacenes reconvertidos por yupis. Decían en el periódico que expulsaron a las prostis de donde curraban a causa de las quejas de los residentes. A mí me parece una injusticia total, porque siempre han trabajado allí y esos notas saben cómo es un sitio antes de instalarse.

Me meto en un bar grande, como todo revestido con paneles de madera, y me pido una de esas Guinness frías. Me asomo al exterior, donde las gaviotas dan vueltas, y veo que ha entrado al puerto un crucero.

El caso es que estoy sentado ahí cuando aparece Curtís. «Me pareció verte entrar. Me di-di-dije…», y al pobre gachó se le pone cara de tarado y empieza a parpadear, «… Sp-Sp-Spud no entraría en este sitio».

Pues en fin, tío, cometí un gran error. Después de haberme puesto como una cuba con Rents anoche, aún llevo la priva dentro del cuerpo y después de unas pocas pintas empiezo a sentirme un poco bolinga. Curtis también está de celebración, porque ha estado en una especie de orgía con las chavalas de la película esta que está haciendo Sick Boy. No me gusta nada pensar que Ali trabaja en ese pub con ellos de por medio. A veces pienso que él podría intentar convencerla para que tomara parte, se involucrase en todo eso, y la sangre se me hiela. Porque es capaz de hacer que la gente haga cosas que normalmente no haría. Pero Ali no, tío, nah, mi Ali no. Y no tenía ninguna gana de acercarme al cole para verla a ella y a Andy apático y aturdido, así que le pillo un poco de speed a Curtis e intento ponerme las pilas.

Cuando llego al cole me siento guay, pero la mirada de Ali me dice enseguida que es uno de esos días en los que crees que te sientes bien pero en realidad estás destrozado. Lleva una chaqueta con capucha y forrada de piel que no he visto antes, y un jersey y leotardos y unas botas. Tiene una pinta guay. El chavalín está bien abrigado, con bufanda, gorro y todo eso.

«¿Qué quieres, Danny?».

«Hola, papá», me suelta el enano.

«¿Todo bien, compañero?», le suelto al chico y después le digo a Ali: «Tengo unas noticias guays. He conseguido algo de guita y quiero llevaros a Disneylandia…, a París…, ¡o a Florida si queréis! ¡Y he acabado el libro, ya se lo he enviado por correo a los mendas de la editorial! ¡Y ayer me encontré con Mark, con Rents y tal!

Ha estado viviendo en Amsterdam pero salimos y nos tomamos unas cervezas. Cree que es una idea guay, el libro y tal…».

Pero su expresión no cambia para nada, tío. «Danny…, ¿qué me estás contando?».

«Mira, vamos al café y lo hablamos», le digo, sonriéndole al chaval. «Un batido en Alfred’s, ¿eh, amigo?».

«Vale», me suelta, «pero en McDonald’s. Tienen mejores batidos».

«Nah, tío, que Alfred sólo usa lo mejor, los batidos de McDonald’s son todo azúcar, son malos para la salud, tío, son malignos. La globalización y todo eso, tío, es un rollo perverso…». Y me doy cuenta de que estoy despotricando y que Ali me fulmina con la mirada, «… pero podemos ir a McDonald’s si eso es lo que quieres y tal…».

«No», dice Ali fríamente.

«¡Hala, mamá!», suelta el chavalín.

«No», suelta ella, «tenemos demasiadas cosas que hacer. La tía Kath nos está esperando y yo tengo que trabajar esta noche», dice. Después se vuelve hacia mí y se aproxima mucho; por un momento pienso que va a besarme cuando me cuchichea al oído: «Vas hasta el puto culo. ¡Aléjate de mi hijo cuando vayas puesto!». Después se da la vuelta, coge a Andy de la mano y se marchan.

Él se vuelve y me saluda con la mano un par de veces, y yo fuerzo una sonrisa y le devuelvo el saludo, esperando a tope que no pueda ver las lágrimas que llevo en los ojos.

Vuelvo al Shore. Está a rebosar y hay un grupo de jazz tocando. Estoy hundido, tío, me han sacado la vida. Me pregunto qué sentido tiene tener pasta cuando la gente con la que quieres gastarla no quiere estar contigo. ¿Qué es lo que tengo con ellos de todos modos?

Nah, tío, está todo jodido.

Echo un vistazo al grupo, a la chavala que toca el clarinete; es realmente buena, le saca un sonido tan hermoso que casi te entran ganas de llorar, tío. Entonces veo al viejo que hay en la barra, con una enorme sonrisa en la cara. En ese momento me estremece una idea horrible: toda la gente que hay en este bar, todos, incluso Ali y Andy, pronto estará muerta. Dentro de diez o veinte o treinta o cuarenta o cincuenta o sesenta o los años que lleve. Toda esa gente hermosa, tío, y todos los raros y horribles y chalados, ya no estarán aquí, ni siquiera existirán. En cosa de nada, la verdad.

Y a ver, ¿todo eso de qué cojones va y tal?

Vuelvo a subir a casa desde el Shore. No sé qué hacer. No llevo mucho en casa cuando Franco me llama por teléfono para quedar en el Nicol’s esta noche. Dice que tiene que hablar conmigo acerca de June. Puede que Franco se haya fijado en que ella tampoco tiene demasiado buen aspecto. Puede que a fin de cuentas al menda le

importe. Me cuenta que Segundo Premio anda con él por ahí. Estará bien volver a verle y tal. «Estate ahí a las ocho. Ya te veré».

Así que estoy como pensándolo, aunque en este momento no valgo mucho como compañía y tal. Después suena otra llamada y es Chizzie el Bicharraco. Justo después de Franco además. A ver si va a tener algo que ver con los horarios carcelarios. Aunque a ese mal bicho de Chizzie lo he estado evitando. «Vaya pasada la otra semana, ¿eh? ¿No te apetece salir a tomar una copita, chaval?», me suelta.

«Nah, tío, me lo estoy tomando con calma, eh», le digo mientras pienso que en su compañía, al menos, no volveré a estar.

Se le pone una voz como nasal y asquerosa. «Vi a tu señora el otro día, chaval; era ella la que estaba trabajando detrás de la barra del Port Sunshine. Está bastante buena. Pero me dicen que habéis cortado, ¿no?».

Siento que se me hiela la sangre, tío. No puedo decir palabra.

«Estaba pensando en pedirle una cita algún día. Invitarla a cenar y eso. ¿Sé hacer que una tía se divierta o no? Otra cosa no sabré hacer, pero eso…».

El corazón me hace bum, bum, bum, tío, pero me río y me lo tomo a broma y después digo: «Eh, vale, saldré a tomarme una pinta. Me vendrá bien. Igual hasta volvemos a subir por el centro. Podríamos quedar en el pub Nicol’s, en Junction Street. Hay un par de tías buenas trabajando detrás de la barra. Dicen que a una le va el rollo y eso».

Él pica. «Así se habla, Murphy. ¿A qué hora?».

«A las ocho».

Pero yo no pienso ir a ese cagadero de Junction Street. No; yo me voy al Port Sunshine a ver cómo andan las cosas.

58. GOLPE DE SUERTE

He agarrado por la oreja a ese capullo de Segundo Premio, y he telefoneado a Spud Murphy porque quiero llegar al fondo de la mierda esta con June. Aquí hay alguien que se está columpiando o que quiere quedarse conmigo. Colegas. Nadie es tu colega, cuanto más viejo te haces más claro lo ves. Segundo Premio: jugando al billar, nervioso que te cagas, intentando tomarse un puto zumo de tomate como un maricón de mierda. Ya le daré yo zumo de tomate a ese capullo. Puto cabrón antisocial. «Todo ese rollo acerca del alcoholismo es un montón de mierda. Podrás con una puta pinta, no te va a matar. ¡Una pinta, joder!».

«No, no puedo beber, Frank, me lo dijo el médico», suelta con esa mirada de empanaos con el cerebro lavao que se les pone cuando se les iluminan los ojos con lo que ellos llaman la luz del Señor. ¡Y una polla, la luz del Señor!

Que le den a toda esta mierda. «¿Qué coño saben esos cabrones? Le dijeron a mi madre que dejara de fumar. Fuma sesenta al día. Me dice: "¿Qué voy a hacer, Frank? Necesito un pitillo para los nervios. Es lo único que funciona, las pastillas esas no valen nada". Me volví y le dije sin más: "Si dejas el tabaco, ya verás". Le daría un puto shock y eso la mataría. Le dije: "Lo que no está roto no hay por qué arreglarlo, hostias". Así que tú puedes con una puta pinta».

«No, no puedo…».

«Mira, voy a pedirte una puta pinta y no hay más que hablar», le digo, y me acerco a Charlie, tras la barra, y saco dos pintas de lager. Más vale que el muy capullo se la beba; no pienso tirar el puto dinero en priva para nada. Mientras vuelvo con las pintas veo que entra un tipo al bar, pero no es el puto Spud. Le indico a Segundo Premio que prepare las bolas del billar. «Vale, disponte a ser masacrado, cacho capullo».

Pienso en mi puta madre y en cómo intenté hacerle un favor. Y no es que a ella le suponga una pizca de diferencia. Mientras tenga el puto bingo. Si por mí fuera, cerraba esos garitos; son una puta pérdida de tiempo y de dinero. No como los caballos, que al menos aportan algo de diversión, joder.

De todos modos, Segundo Premio va a recibir ahora mismo. Le gano una partida y empezamos otra; estoy mirando la puerta y sigue sin haber ni rastro de Murphy. «No has tocao esa pinta, so cabrón», le suelto a Secks.

«Venga, Franco…, no puedo, tío…».

«¿No puedes o no quieres?», le suelto, mirándole directamente a los ojos. Entonces, por algún motivo, miro a mis espaldas, al tío que está en la barra, leyendo la sección de las carreras del Record. Me suena de algo. Le conozco del trullo o me han hablado de él. Era un puto pederasta. Me acordaba de todos esos cabrones, me aseguré de quedarme con sus caras. Todos intentaban evitarme, porque sabían que

quería mirarles a los putos ojos. ¿Qué era lo que había hecho este? ¿Fue él el que cogió al crío, el que violó a la chavalilla ciega, o el que le echó las zarpas al chavalín? Joder, no me acuerdo. Aquí lo único que importa es que la puta cosa esta, esta cosa que está aquí, es un puto pederasta. Veo al capullo allí sentado, en el mismo pub que Segundo Premio y yo, sentado allí tan tranquilo en la puta barra leyendo el puto Record.

Y Charlie en la barra, sirviéndole al cabrón su puta pinta como si fuera normal, y los viejos esos sentados en el rincón mirándome. Todo alegres sonrisas y tal, pero me miran del mismo modo que le miran a él. Lo único que ven es un tiparraco taleguero. Pues yo no soy como ese cabrón y nunca lo seré, joder. ¡Este cabrón, bebiendo aquí, a sus putas anchas! Caminando por la puta calle, merodeando por los colegios, acechando a los críos y siguiéndoles hasta casa…

Pues sí, allí estaba, poniéndose a gusto en su puto abrevadero, en mi puto pub. Un puto pederasta. ¡Quedándose conmigo! «Allí hay un puto pederasta», le digo a Segundo Premio, que está preparando las bolas, «un puto pederasta suelto», le digo.

Segundo Premio me mira como si ni siquiera fuera a hacer nada. Todo esa puta mierda del cristianismo y del perdón le tienen comido el tarro. Aquí todo dios ha perdido los papeles que te cagas. «El tío sólo ha venido a echar un trago, Frank, déjale en paz. Venga», dice, abriendo a toda prisa, como si supiera que voy a plantarme delante de él.

¿Qué coño le pasa a todo dios?

Y se me queda mirando fijamente y parpadeando como si hubiera visto la expresión de mis ojos, y luego baja la cabeza y suelta: «Tú llevas rayadas, Frank», pero no le escucho porque sigo mirando fijamente al cabrón este de la barra.

«Podría andar al acecho de algún crío. Puede que del mío, ¿no?», digo y ahora me acerco a la barra.

Segundo Premio se pone en plan quejica y suelta: «Franco…, venga…». Y coge la pinta intacta y dice: «Vamos a echar ese trago», pero ahora ya es demasiado tarde para esa mierda; sabe que no le estoy escuchando, y me acerco sin más y me sitúo justo al lado del pederasta cabrón.

«Seis, seis, seis. El número de la bestia», le cuchicheo suavemente al oído.

El tío se vuelve bruscamente. Tiene aspecto de sobrao, como si todo eso ya lo hubiera oído antes. Entonces le atravieso de parte a parte con la mirada, como si andará revolviendo en su alma, viendo todo el puto temor, pero veo algo más: la podredumbre que hay en ella, la puta, cochina y maloliente podredumbre de este cabrón. Pero es como si él pudiera ver lo mismo dentro de mí, como si compartiéramos algo, joder. Así que tengo que actuar antes de que los demás también lo vean, porque yo no soy igual que eso ni de coña.

Lo que veo en este cabrón…

Su imagen de sí, forjada toda ella en el trato brutal dispensado a los demás, se desmorona a su alrededor al encontrarse frente a mí, frente al tío al que conocía vagamente como Begbie. Sí, está aterrado, borracho de miedo y de dolor; sumido en unas náuseas perversas, deliciosas. Su mente y su cuerpo le gastan toda suerte de malas pasadas. Y este cabrón capta el efecto de su poder sobre otros al sentir el impacto de mi poder sobre él. Siente la absoluta liberación de la sumisión, de la completa y total capitulación frente a la voluntad de algún otro cabrón. Y se encuentra mucho más allá de la violencia, de la sexualidad, incluso; es una especie de amor, una autoadoración singular y jactanciosa que se encuentra incluso más allá del puto ego. Estoy encontrando algo…, estoy…

No…, no…, basta de estas mariconadas de mierda… Pero es de eso de lo que trata ser un tipo duro; es un viaje, una búsqueda autodestructiva que te cagas en pos de tus límites, porque esos putos límites siempre se presentan en forma de un tipo más duro aún. Un tipo grande, fuerte y duro que pueda darte lo que necesitas, que pueda instruirte, enseñarte tu lugar en la jerarquía, mostrarte dónde están tus parámetros. Chizzie…, así se llamaba el tío…, Chizzie.

No…, el cabrón está a punto de hablar, y no puedo dejar que hable. Siento cómo se me enarcan un poco las cejas, justo cuando dirijo el vaso hacia el cuello de este pederasta…, ¿cómo se llama?…, el capullo de Chizzie.

El capullo aúlla y se sujeta el cuello y la sangre sale a chorros por todo el bar. Debo haber alcanzado una vena o una arteria. El caso es que ni siquiera pretendía haberle hecho eso al cabrón, sólo fue un golpe afortunado. Esa suerte que tuvo, porque yo quería que la cosa fuera más lenta. Quería oírle chillar y suplicar y rogar, como probablemente hicieron los críos esos de los que abusó. Pero los únicos gritos que oigo salen de ese capullo empanao de Segundo Premio mientras la sangre del pederasta sale a chorros y uno de los viejos dice: «Santo cielo».

Me doy la vuelta y le sacudo a Secks en la puta mandíbula para que deje de lloriquear como una puta nena atontada. «¡Tú cierra la puta boca!».

Ahora el pederasta se tambalea junto a la barra y se cae mientras la sangre le bombea sobre el suelo de linóleo. Segundo Premio se ha colocado junto a la gramola, recitando una puta oración.

«Te has sobrado, Franco», suelta Charlie, «pederasta o no, este es mi puto pub».

Yo me limito a mirarle y a señalar con el dedo. El mamón de Segundo Premio sigue rezando. «Escuchad», le digo a Charlie y a los dos viejos, «ese cabrón es un pederasta. La próxima vez podría haberse tratado de tu crío o del mío», suelto, y el cabrón estira la pata y se muere y hay como una sensación de paz, y me siento como si fuera un puto santo o algo así. «Así que Charlie», le suelto, «dame diez minutos y después llamas a la policía. Fueron dos jovencitos los que se lo cargaron», le digo a todo dios. «Si alguien se chota… y encima a cuenta de un pederasta…, bueno, no

serán sólo ellos los que se enteren, sino todos los que les conocen. ¿Entendido?».

Charlie me suelta: «Nadie va a chotarse a cuenta de un puto pederasta, Franco. Sólo te digo que intento sacar adelante un puto negocio. Acuérdate, sólo hace cinco o seis años cuando Johnny Broughton le disparó a muerte al tío aquel en este mismo bar. ¿Cómo pinta eso para mí?».

«Lo sé, Charlie, pero no tiene remedio, joder. Yo te echaré una mano, eso lo sabes», le digo, acercándome hasta la puerta y echando el cerrojo. No quiero que Spud ni nadie más entre aquí ahora mismo.

Cojo un trapo de detrás de la barra y limpio el borde de la mesa, los tacos y las bolas. Vacío nuestras pintas y lavo los vasos. Me vuelvo hacia Segundo Premio. «Rab, nos vamos por la parte de atrás. Venga. Acuérdate, Charlie, diez minutos, y después llamas. Nosotros no hemos estado aquí, ¿vale?».

Les echo una mirada al par de viejos. Uno de ellos es Jimmy Doig y el otro Dickie Stewart. No dirán nada. Y Charlie está mosqueado por el puto follón con la poli pero no es un chota. «Yo dejaría el local bien limpio, Charlie», le suelto, «quiero decir, que ha estado un pederasta, ¿no? No se sabe lo que puede haber infectado», digo, volviéndome hacia los viejos. Uno de ellos está tranquilo, el otro está temblando. «¿Estáis bien?».

«Sí, Franco, sí, hijo, no te preocupes», dice el tranquilo, Jimmy Doig. El viejo Dickie tiembla un poco, pero consigue soltarlo: «Estoy bien, Frank, hijo».

Entonces nos largamos por la puerta de atrás; salimos por un corralillo que da a un callejón, asegurándonos de que no haya nadie en la calle ni mirando desde los pisos de arriba.

Una vez fuera, subimos hacia casa de Spud y espero que ese tardón esté aún en casa. Le digo a Segundo Premio que se vaya a tomar por culo al centro otra vez porque está temblando más que Shakin Stevens, el tío aquel que hacía esas imitaciones tan penosas de Elvis en Top of the Pops.

Spud está en la escalera, a punto de salir, muy preocupado de verme. «Eh, Franco…, perdona la tardanza, tío, me lié por teléfono con Ali…, intentando arreglar las cosas. Ahora mismo iba para Nicol’s».

«Yo ni siquiera he ido todavía. Acabo de estar por el centro con Segundo Premio; el cabrón no quería bajar a Leith, ¿sabes?», le suelto. «Decía que si no acabaría bebiendo otra vez».

Spud se limita a mirarme y dice: «Ah». Después me pregunta: «¿Querías que te contara algo… de June?».

«A la mierda, no es nada», le suelto, y luego le digo: «Mira, no puedo bajar contigo al Nicol’s. He tenido una pequeña discusión con la chorva y necesito volver para hablar con ella, pero antes tengo que pasarme por casa de mi hermano Joe».

«Vale…, eh, yo me voy a ir al Port Sunshine a tomarme una y ver a Ali y eso».

«Ya», suelto yo, «hay que ver cómo son las putas tías, ¿eh?». Y le dejo a pie de la escalera y me acerco a casa de Joe, esperando que esa puta entrometida que tiene por esposa no esté en casa mientras una puta ambulancia y dos coches de policía pasan ululando por el puto Walk.

3. Exhibición

59. PUTAS DE AMSTERDAM, 7.ª PARTE

Estoy de vuelta en Amsterdam, pero ya no me siento como si estuviera en casa. Me pregunto si será porque no estoy con Dianne o porque estoy con ese mentiroso cabrón de Sick Boy. En cualquier caso, sea lo que sea, el Dam ya no es el refugio que fuera en tiempos.

Me costó una burrada separarme de ella para subirme al avión con él. La forma que su amor tiene de quitarme todos mis miedos; incluso mi paranoia con Begbie disminuía peligrosamente. Por mí el cabrón podría haber estado acechándome con un hacha durante aquellos paseos arbolados junto a Colinton Dell; me habría dado igual. Cuando la conocí por primera vez no era más que una colegiala precoz que estaba en la onda, lo cual es mucho más de lo que yo era; yo no era más que un gilipollas. Pero ahora Dianne es una mujer, legal e inteligente, no la colgada de los raves que imaginaba que sería, sino elegante, leída y, por consiguiente, más sexy que nunca.

Dianne.

No soy tan bobo como para pensar que haya sido cosa del destino. Remontándome a aquel entonces, si soy sincero, no logro distinguirla de ninguna de las otras tías con las que salí. Es el ahora lo que me interesa. La forma que tiene de bajarse las gafas sobre la punta de la nariz y mirar por encima cuando he dicho algo que le parece dudoso. La forma en que yo la llamo «ojos de búho» y ella me llama «huevos coloraos» es un indicio terrible. Más aterrador aún resulta el hecho de que me guste. ¿Llevamos juntos el tiempo suficiente como para andar con esa clase de insensatas intimidades? Evidentemente.

La quiero y creo que ella siente lo mismo por mí; eso es lo que dice, y creo que es lo bastante sincera tanto para saber lo que siente como para no mentir acerca de esas cosas. No le puedes mentir a tu alma.

Le he dejado mensajes a Katrin preguntando cuándo sería el mejor momento para ir a recoger algunas cosas. No me ha contestado. Veo a Martin y nos acercamos al piso en Brouwersgracht y me cuelo. Cargamos algunas de mis cosas en su furgona; las guardaré en la oficina. El resto puede quedárselas ella. Al cargar la última caja me siento estupendamente, como si me hubiera salido con la mía por completo.

Sick Boy, al que he dejado en el hotel, ha estado atosigándome por el móvil. Llegamos al estudio de edición de Miz; él ya está ahí sentado repasando fragmentos con un tío puesto en técnica que se llama Jack y que es amigo de Miz. Sick Boy está utilizando las instalaciones de Miz y, no obstante, se comporta de forma completamente brusca y desagradable con él. Da vergüenza. Para salvar la situación, invito a comer a Miz. Eso parece hacer feliz a Sick Boy, sin embargo, cuando llega al Brown Bar que hemos elegido más tarde, su cara sigue delatándole.

Miz no ha hecho más que derrochar entusiasmo ante la película; no para de largar

acerca de que deberíamos darle una copia a su amigo Lars Lavish, el distribuidor de porno gonzo número uno. «Lars va a ir al Festival de Cine Adulto de Cannes», canturrea, «nos reuniremos con él».

Cuando cojo por banda a Simon en la barra, le pregunto: «¿Qué tienes contra Miz? ¿Prefieres editar el vídeo en Niddrie? Porque allí es donde acabaremos si no te pones las putas pilas».

«Ese saco de escoria me pone la piel de gallina», bufa. «Ni de coña tiene trato con una figura de primera como Lars Lavish…».

«No te está vacilando. Puede ayudarnos a lograr que nos exhiban en festivales porno de primera como el de Cannes».

«Sí, claro», dice Sick Boy entre dientes. «No necesito su ayuda para que proyecten mi película en ninguna parte. Y si se cree que va a andar pavoneándose a cuenta de Bananazurri puede irse a tomar por saco ahora mismo. Vale, por el momento le necesitamos, pero ese gilipollas holandés me toca los huevos y su farlopa no está muy allá. Con la suerte que tengo, podría ser el primer capullo al que empapelan por introducir un poco de perico en Amsterdam».

Al día siguiente le llamo temprano a su habitación, pero se ha ido. Como era de suponer, está en el estudio de edición, donde ahora se muestra de lo más lameculos con Miz. Deja muy claro que mis aportaciones no hacen falta, así que me largo a la oficina y empiezo a ocuparme de algunos asuntos del club. Le digo con renuencia a Martin que disuelvo la sociedad y que debería invitar a formar parte de ella a uno de nuestros otros asociados. Él se lo toma muy bien; me lo pone fácil. Es un tipo cojonudo.

Más tarde nos vemos en un club con Miz y Sick Boy, que ahora interpretan un repugnante numerito en plan «coleguitas de toda la vida». Al menos es mejor que lo que estaba pasando antes y me encuentro agradablemente relajado. De repente veo a Katrin de pie delante de mí. Estoy a punto de decir algo cuando me arroja la bebida al rostro y suelta una retahíla de maldiciones. Incluso intenta agredirme, pero sus amigos la contienen y se la llevan.

Estoy afectado, pero al capullo de Sick Boy le parece todo muy divertido. «Un cirio como mandan los cánones, eso ha sido, un cirio como mandan los cánones», canturrea alegremente con un acento nasal weedgie de cachondeo mientras se golpea los muslos con las manos.

Miro su rostro socarrón, recobro la compostura y pienso en la extraña relación que hemos mantenido, no menos misteriosa por haber estado separados durante años. Supongo que él era un poco como yo: ambos sabíamos que para los inquilinos de viviendas de protección oficial la decadencia es una costumbre de mala nota. Una costumbre ridícula, de hecho. La razón de ser de nuestra clase era sobrevivir, sin más. Al carajo: nuestra generación punk no sólo prosperó, sino que incluso tuvimos la

desfachatez de ir de desencantados por la vida. Desde una temprana edad, Sick Boy y yo fuimos almas gemelas retorcidas. El desprecio, las burlas, la ironía, los vaciles; habíamos edificado nuestro pequeño universo privado mucho antes de que aparecieran el alcohol o las drogas para ayudarnos a refinarlo y darnos permiso para habitarlo incondicionalmente. Nos pavoneábamos por ahí desprendiendo un cinismo tan arraigado, despectivo y profundo que creíamos que nadie podía captarnos: padres, hermanos, vecinos, maestros, colgaos, tipos duros o modernos. Pero en el Fort o los pisos Banana no resultaba fácil elaborar un repertorio de la decadencia. Las drogas eran la opción más fácil. Luego empezaron a pasar factura, a erosionar los sueños que antes habían alimentado, alentado y fortalecido, derrumbando la vida a la que nos permitieron acceder. Y todo se convirtió en algo demasiado parecido a un trabajo duro que te cagas, y el trabajo duro era algo que ambos nos esforzábamos por evitar. Ahora lo que me atemoriza no es la heroína, no son las drogas, sino esta extraña relación simbiótica que mantenemos. Me preocupa que sea portadora de una dinámica que nos retrotraiga directamente a la matanza, ahora más que nunca, después de lo que Spud me dijo de Franco.

Pero Sick Boy ha estado trabajando duro en la edición, qué duda cabe. Me ha permitido quitarme de encima un montón de mierda del club. «¿Tienes una copia a la que pueda echarle un vistazo?», le pregunto.

Hace rechinar lentamente los dientes. «Nooo…, más bien pienso que no. Voy a mantenerlo todo en secreto hasta que pueda mostrarle a todo el mundo una versión casi tan definitiva como sea posible».

«¿Ah, sí? ¿Y eso cuándo será?».

«Espero que para cuando volvamos, mañana por la mañana a primera hora, en Leith, en el pub».

Su pub en Leith; sólo porque el cabrón piensa que no estaré allí. «Entonces», pregunto, inclinándome hacia él, «¿a qué viene tanta necesidad de envolverlo todo en tanto misterio?». El capullo caradura sigue pomposo hasta el final. «Porque mientras tú has ido de señor Clubland y el bueno de Birrell estaba en casa jugando a la familia feliz, un pobre cabrón de mierda», dice señalándose a sí mismo, «estuvo sentado en un estudio de edición hasta que sus ojos ya no podían más montando esta película. Ni de coña me vas a montar un numerito en plan Antonio Gasset, para que luego se la enseñe a Birrell y me haga lo mismo, y después Nikki y por último Terry. No, a la mierda, prefiero llevarme todos los palos a la vez, gracias».

Es evidente que piensa que seré yo quien se lleve los palos si me topo con Begbie en Leith. Que se atreva el muy cabrón a tenderme una trampa.

60. «… UNA PELÍCULA DE SIMON DAVID WILLIAMSON…»

Noto un martilleo sordo y machacón tras uno de mis ojos. Estoy en la ducha, tratando de sacudirme otra resaca, deseando que de alguna manera los chorros de agua cayendo en cascada pudieran absorberse, interiorizarse. Que pudiera tener lugar una rehidratación instantánea. Cojo una botella de gel de baño y la aprieto para que el detergente viscoso y con sabor a hierbas sintéticas vaya a parar a la palma de mis manos; lo extiendo por el cuerpo, me preocupo por mi estómago, por si está perdiendo su tersura. Pienso en un tono de gimnasio. Descendiendo hasta el chichi, intento ser funcional, seria y eficiente. Intento no pensar en Simon: en sus oscuras cejas, en su esculpido rostro italiano, en su sonrisa de glaciar y en las dulces palabras que destilan esos labios de serpiente. Pero, sobre todo, en el pozo magnético que constituyen esos ojazos. Castaños, pero en apariencia negros, todo pupilas. En como nunca parecen encoger ni apartarse, ni siquiera cuando expresan desaprobación; simplemente pierden su lustre, dando paso a un tono mate de modo que ya no puedas ver tu reflejo en ellos. Como si no existieras, como si te sofocasen.

Intento concentrarme en la radio, colocada en el borde de la bañera. Un presentador lisonjero y demasiado efusivo le pregunta a una joven sobre sus discos favoritos y lo que esos temas significan para ella. Reconozco de inmediato los tonos lechosos, insípidos y gangosos de quien responde. Cuando menciona aquel disco, aquel disco de mierda, sé que es ella antes de oír a la presentadora nombrarla. «¡Jive Bunny y los Mastermixers, “Swing the Mood!” ¡Me encanta ese tema! Es que…, no sé…, ¿sabes cuando hay una canción cuando estás en una edad en la que todo parece posible…? Bueno, pues yo tenía catorce años y mi carrera como gimnasta empezaba a despegar de verdad…».

La puta Carolyn Pavitt.

Carolyn Pavitt y yo fuimos en tiempos, abrir comillas, «amigas del alma». Cerrar comillas. Era una etiqueta que nos ponían los demás; nuestros padres, nuestros maestros, nuestros pares, pero sobre todo nuestros entrenadores. Todo porque la pequeña Nikki y la pequeña Carolyn iban juntas a gimnasia. Pero aunque nos identificaran vía nuestra participación conjunta en aquel deporte, nunca vivimos aquella gran amistad nosotras mismas. En tanto niñas buenas se nos veía como espíritus afines. En realidad, desde el primer momento fuimos rivales a muerte.

Como gimnastas adolescentes competimos en serio. Al principio yo era mejor que la torpe de Carolyn, aunque el patito feo se convertía en cisne al tocar la colchoneta. El problema es que cuando la adolescencia nos cayó encima, a mí me tocaron las tetas y a ella los trofeos.

Y ahora me doy cuenta de que he puesto la ducha tan fría como puede ponerse, y

que ya no oigo la voz de la «británica Carolyn Pavitt». Lo único que noto es la virulenta frialdad, la pesadumbre, la sensación de náusea y creo que voy a desmayarme, pero salgo de la ducha jadeando. Apago la radio y me seco con la toalla mientras un arrebol cálido y compensatorio se extiende desde el centro de mi ser hasta los últimos extremos de mi piel. Qué cabrona eres, Carolyn Pavitt.

Voy a mi habitación y me visto, preguntándome qué jersey ponerme, si el de cachemira ceñido o el de angora informe. Pienso en que me hace falta ir al gimnasio, y me pongo este último. Me pregunto cuál habría escogido ella. Pero hoy no hay nada que pueda deprimirme durante mucho rato porque estoy rebosante de emoción. ¡Simon llamó ayer a altas horas de la noche diciéndome que estuviera en el pub a las nueve y media de esta mañana porque va a proyectar un extracto de la película! Pienso en Carolyn. ¡Puedes meterte tu medalla de bronce de la Commonwealth por el culo, arpía artrítica en ciernes!

Cuando llego a Leith, Simon está muy animado. Es evidente que ha estado esnifando cocaína. Me besa en la boca, guiñándome ávidamente un ojo al separarse de mí.

Rab también está aquí y hablamos del trabajo para el curso. Es de esperar que a él le haya ido mejor que a mí. Le cuento que creo que me han suspendido porque no trabajé lo suficiente. Charlamos de cosas intrascendentes, pero su mirada, un tanto severa y a la vez apenada, me intranquiliza. Me siento junto a Mel, Gina, Terry y Curtis. Aparece Mark Renton, con aspecto muy tenso y furtivo, y Simon grita: «¡El Chico de Alquiler por fin consigue llegar a Leith! ¡Deberíamos llamar al resto de la pandilla para irnos de pubs por el barrio!».

Mark le hace caso omiso, me hace un gesto con la cabeza e intercambia saludos con los demás. Simon se acerca a la barra y sirve unas copas mientras sigue metiéndose con Mark. «Me preguntaba cuándo reunirías el valor para asomar la cara por aquí. ¿Te habrás cogido un taxi hasta la misma puerta, eh?».

«Por nada del mundo me perdería el debut como director de mi viejo cuate», dice Mark medio en tono de burla, «sobre todo cuando me ha asegurado que no corro peligro».

Algo pasa, pero Simon se limita a responder a la evidente agresividad de Mark con una sonrisa cargada de significado. «A ver…, ¿quién falta?… Miguel dijo que vendría…». Se vuelve para ver entrar a Mikey Forrester, resplandeciente con un chándal sobrecogedoramente blanco y con oro por todas partes, seguido por Wanda. «¡Ah! ¡Hablando del ruin de Roma! ¡Miguel! ¡Llegas justo a tiempo, ven aquí! Vestido para matar, ¿eh?», dice con sarcasmo. Forrester no parece darse cuenta y de hecho parece eufórico hasta que detecta la presencia de Mark Renton. Se produce una pausa gélida y fea antes de que intercambien gestos de reconocimiento fríos y recalcitrantes. La única persona que parece totalmente ajena al ambiente glacial es

Simon. «Allá vamos, familia», ruge de modo triunfal mientras abre una caja de videocasetes y nos entrega una a cada uno.

A continuación Simon prepara unas rayas, pero todos menos Terry y Forrester rehúsan. «Así los pesos pesados tocamos a más», dice, con una mezcla de alivio y desprecio en la voz, pero no reaccionamos, ya que estamos examinando con incredulidad las carátulas de las cintas de vídeo.

Para mí la sensación de desilusión y traición es absolutamente repugnante que te cagas. Veo la carátula y el primer disparo de francotirador me llega al corazón. Mi cara con ese maquillaje; enorme, chillona y chabacana gracias al color de imprenta barato empleado. Lo que es más, ha utilizado la foto que prometió no utilizar, aquella en la que una teta se ve más pequeña que la otra. Parezco un travestí amanerado o la muñeca hinchable que le compró a Curtís; esa fotografía fea y estridente y las letras grandes: NIKKI FULLER-SMITH EN SIETE POLVOS PARA SIETE HERMANOS.

Lo que de verdad me saca de quicio, sin embargo, son los rótulos de crédito:

UNA PELÍCULA DE Simon DAVID WILLIAMSON
PRODUCIDA POR Simon DAVID WILLIAMSON
DIRIGIDA POR Simon DAVID WILLIAMSON
ESCRITA POR Simon DAVID WILLIAMSON JUNTO A
NIKKI FULLER-SMITH Y RAB BIRRELL

Es evidente que los demás se sienten igual que yo. «Ya vemos de qué va la película que te has montado», dice Rab, sacudiendo la cabeza y arrojando su copia a la caja de nuevo.

«No, él sí que la ha conseguido», digo yo, echando humo por las orejas y paseando la mirada desde la caja de los vídeos hasta Simon y otra vez de vuelta. Noto una sensación de opresión en el pecho y me estoy clavando las uñas en las palmas de las manos.

Qué fácil resulta ahora pensar en Simon, mi amante, como Sick Boy. Los murmullos de protesta se intensifican pero él hace oídos sordos, limitándose a silbar con indiferencia mientras saca otra casete de la caja. «¿Qué cojones tuviste tú que ver con el guión?», pregunta Rab con urgencia. «¿Qué fue de la producción esmerada de alto nivel en la presentación? Parece una mierda», dice, dándole una patada a la caja.

Si…, no, Sick Boy, no tiene la menor intención de disculparse. «Sois unos niños muy desagradecidos», se burla imperiosamente. «Podría haber puesto a Terry como codirector y a Renton como coproductor, pero sólo quieren vérselas con un único nombre, para cuestiones de contactos, para evitar que la parte financiera de la operación se salga de madre. Así el que carga con todo es este pobre idiota», dice señalándose a sí mismo con indignación, «¡y así es como me lo agradecéis!».

«¿Qué tuviste que ver tú con el guión?», vuelve a preguntar Rab en un tono lento

y sin que se le altere la voz, mirándome a mí.

«Necesitaba unos cambios. En tanto que director, productor y editor, estaba en mi derecho».

Terry le echa una mirada fugaz a Renton, que enarca las cejas. Terry echa la cabeza hacia atrás y sus ojos escudriñan el techo manchado de nicotina. Yo me desmorono por dentro, no tanto por la traición como por la forma tan arrogante y relajada que Simon tiene de tomársela. Está ahí de pie, con su camiseta negra, sus pantalones y sus zapatos, como un ángel del Averno, cruzado de brazos, mirándonos por encima del hombro como si los demás fuésemos un trozo de mierda que hubiese logrado desprenderse del zapato. Me he entregado a un absoluto hijo de puta.

Ahora estamos sentados en silencio, con un matiz de mayor aprensión, mientras Sick Boy, emocionado y como una moto, carga una de las cintas. Besa la carátula de la cinta de vídeo. «Lo hemos conseguido. Tenemos un producto. Vamos a vivir». Después se acerca a la ventana, se asoma a la bulliciosa calle de abajo y grita a pleno pulmón: «¿Lo habéis oído? ¡VAMOS A VIVIR!».

La observo, sentada junto a Mel y a Gina: la primera copia editada que vemos de nuestro trabajo. Empieza como esperábamos, con la escena de la televisión, donde Mel y yo nos lo montamos. No puedo evitar pensar en el buen aspecto que tiene mi cuerpo; ágil, moreno, flexible. ¡Me defiendo más que bien comparada con Mel, que es cinco años más joven que yo! Echo una mirada alrededor de la habitación para tratar de calibrar las reacciones. Ahora a Terry se le ve caradura y presumido, perdido en el porno. Curtis, Mel y Ronnie están a la expectativa, y Rab y Craig, incómodos. A Renton y a Forrester se les ve inescrutables. A Gina, torpemente excitada, casi tímida.

Después entramos en la cantina de la plataforma, donde los «hermanos» charlan acerca de su viaje a «Glasburgo». Parece un tributo torpe, propio de aficionados, a la escena inicial de Reservoir Dogs, pero de algún modo funciona. Mientras la cosa avanza sigue teniendo una pinta aceptable, aunque Simon farfulla no sé qué acerca de «clasificaciones» y «copias en condiciones». Pasamos a una escena en la que Simon y yo estamos en el tren y después follamos en lo que se supone que es el retrete del tren, pero que en realidad es el cagadero de aquí.

«Fuaa», suelta Terry. «Fíjate en ese puto culo…». Después se vuelve hacia mí y sonríe. «Perdona, Nik».

Le guiño un ojo como respuesta, porque empiezo a sentirme mejor. Es más o menos lo que nos esperábamos y, seamos justos con Simon, lo ha editado bastante bien. En conjunto, transcurre a un ritmo vivo, aunque la interpretación es pobre y en un par de ocasiones el tartamudeo de Curtis es evidente, y se ve que Rab no está impresionado con la calidad de la imagen. Pero algo tiene, sin embargo: cierta energía. Sólo cuando llevamos recorridas unas tres cuartas partes de la película me doy cuenta de que Mel está lívida de rabia. La oigo diciendo: «No…, no…, eso no

está bien», casi para sí misma. Me vuelvo y la veo sentada estupefacta mientras observamos cómo chupa la enorme polla de Curtis. Pero la está chupando después de que él acabe de darle por el culo. «¡Qué es esto!», chilla.

«¿Cómo dices?», dice Sick Boy.

«De la forma que lo has montado, parece que se la chupe después de que me la haya metido en el culo», le gruñe a Sick Boy.

Y ahora soy yo quien recibe el mismo trato editorial. Un primer plano de mi cara, después un plano de la polla de Curtis, que parece entrar y salir de mi ojete aunque se trate de otra toma del de Mel. «¡A mí nadie me dio por culo! ¡Qué coño es esto, Simon!».

«Eso», dice Curtis para apoyarme, «tú no querías hacerlo, ¿verdad?».

«Así es como está editado», dice Sick Boy. «Creatividad. Usamos tomas eliminadas de Mel cuando le daban por el culo y en el estudio de edición pudimos colorear la carne de sus nalgas para que parecieran las tuyas».

Me repito, fijándome en cómo sube mi tono de voz, dominada por un pánico horrible. «¡He dicho que a mí nadie me dio por culo! ¿Por qué había que ordenar las secuencias en ese orden? ¡Esa no soy yo! ¡Es Mel!».

Sick Boy sacude la cabeza. «Mira, fue una decisión de edición, una decisión creativa. Como actriz no querías que te dieran por el culo y así se hizo. ¿Acaso crees que a Ving Rhames le dio por culo aquel tío que interpretaba a Zed en Pulp Fiction?». «No, pero esta es una película porno…».

«Es una película», dice Simon. «Lo simulamos. Hicimos lo que hizo Tarantino con Ving Rhames porque Ving también lo simuló. ¿Crees que se volvió hacia Tarantino y le soltó: “Oooh, no quiero hacer esa escena porque a lo mejor la gente se piensa que soy mariquita”? ¡Y una mierda!».

«No», grito yo, «¡porque esto es diferente! ¡Es una película porno y en el porno lo que se espera es que los intérpretes no simulen, sino que realicen actos sexuales!».

«Pues mira, Nikki, seguimos los consejos de algunos experimentados pornógrafos que hay en Holanda y en el smoke.[47] Mark y yo pensamos…, bueno, ya sabes…».

Me vuelvo hacia Mark, que levanta las palmas. «A mí déjame al margen», le dice a Simon, «el gran jefe eres tú. Lo pone en la carátula», dice levantando y blandiendo una cinta de vídeo. Ahora Rab interviene iracundo de nuestra parte, señalando a Simon y diciendo: «No es justo, Simon. Teníamos un acuerdo. Has traicionado a las chicas».

Mel está a punto de venirse abajo, ahí sentada, aferrada al respaldo de la silla. «Hace que parezcamos unas putas guarras. ¡Yo no conozco a ninguna chica que le chuparía la polla a un tío después de habérsela metido en el culo!».

Terry la mira con gesto imperturbable. «Haberlas, haylas, te lo aseguro», sostiene.

Eso parece turbarla. «Vale, ¡pero no en vídeo, Terry, no ante los ojos del mundo

entero!».

Simon hunde las manos en los bolsillos de sus pantalones de cuero negro para evitar gesticular con ellos. «Mira, la gente sabe que las cosas no son así en la secuencia real. Saben que una vez que te has follado a alguien por el culo, te lavas el rabo antes de metérselo en la boca o en el coño».

«Pero no es así como aparecía en el puto guión», dice Mel, levantándose y chillando: «¡Nos has engañado, joder!».

Sick Boy se saca las manos de los bolsillos. «¡Nadie ha engañado a nadie!», grita, golpeándose la frente con la palma de la mano. «La edición es un proceso creativo, un arte diseñado para llevar al máximo la experiencia erótica. ¡Estuve en el estudio de edición durante cuatro días y cuatro noches, con los ojos escociéndome, y esta es la recompensa de mierda que recibo! ¡Sois unos fascistas!».

Ahora se gritan el uno al otro. «¡Viscoso cabrón de mierda!», ruge Mel. Gina dice: «Calmaos», pero despide alegría por la desgracia ajena.

«¡Cierra el pico, puta prima donna!», le contesta Simon a Mel, y ahora exhibe una fealdad que nunca pensé que podía llegar a adquirir. Ya no es el tipo empresario enrollado que yo imaginaba, sino un repugnante y grosero matón de tres al cuarto.

Pero Mel no se achanta porque ella también se ha convertido en otra persona y da un paso al frente gritando al mismo tiempo: «¡CABRONAZO INSIDIOSO!».

Están vociferando a escasa distancia el uno del otro y no puedo soportar, el volumen de los chillidos de ambos y lo cómodos que se encuentran funcionando a este nivel. Es como las pesadillas infantiles en las que tus padres se transformaban en caricaturas demoníacas de sí mismos.

Gina sujeta a Mel y Rab apacigua a Sick Boy, que se da golpes en la frente o, más bien, cabezazos contra la palma de su mano. Terry mira a Mark con gesto de hartazgo. Mikey Forrester dice unas cuantas tonterías en apoyo de Simon y después le dice a Mark algo de que si es un pordiosero o de ir a ver a unos pordioseros. Mark salta iracundo: «Ese siempre fue tu estilo, chota cabrón de mierda…». Mikey le grita algo a Mark acerca de robar a los suyos y yo me estremezco pensando que pueda referirse a nuestro chanchullo 1690. Ahora todos gritan, se señalan con el dedo y se dan empujones. No puedo con esto. Me largo; bajo las escaleras hasta llegar al bar y salgo a la calle. Respiro profundamente el aire primaveral, fétido y lleno de gases de los tubos de escape, mientras subo por Leith Walk como un vendaval con la intención de poner tanta distancia entre ellos y yo como sea posible. No creo que nadie me haya visto marcharme.

Me dirijo hacia el centro, caminando dificultosamente entre un viento fuerte y tan frío que escuece, pensando en lo aburridos que son los tiempos que vivimos. Esa es nuestra tragedia: nadie, salvo explotadores destructivos como Sick Boy o sosos oportunistas como Carolyn Pavitt, posee auténtica pasión. Todos los demás están

demasiado hundidos en la mierda y la mediocridad que les rodea por todas partes. Durante los ochenta la palabra clave era «yo» y en los noventa «lo último», en el nuevo milenio es «aparentar». Todo tiene que ser difuso y con su correspondiente coartada. Antes la enjundia era importante; luego el estilo lo fue todo. Ahora todo consiste en simularlo. Yo pensaba que eran auténticos: Simon y los demás.

Como un puño de hierro que me golpease en pleno pecho, caigo en la cuenta de que en esta aldea global de comunicaciones en la que ahora vivimos, de un modo u otro mi padre me va a ver recibiendo un enculamiento que en realidad no se produjo. Odio la idea del sexo anal; en tanto mujer, es una negación de tu feminidad. Pero, sobre todo, odio ser una impostora. Mi familia. Me imagino a los chicos de la universidad, a las nulidades amargadas e inmaduras a las que he rechazado, todos cascándosela ante mi imagen en sus habitaciones amuebladas. Otros pensarán que lo saben todo acerca de mí, todo acerca de mi sexualidad a partir de esa imagen. McClymont, en cuanto su mujer se haya ido a la cama, se quedará levantado con el mando a distancia y un whisky, meneándosela ante la imagen de mí recibiendo un encule. «Tome asiento, señorita Fuller-Smith. O quizá prefiera permanecer de pie…, ja, ja, ja». Colin lo verá; quizá hasta se acerque por el piso. «Nikki, he visto el vídeo. Ahora lo comprendo todo, por qué cortaste conmigo. Era una llamada de atención que no vi…, es evidente que estás dolida y confusa…».

Pasa un coche a toda velocidad y un chaparrón de nieve fangosa me golpea el costado, escurriéndose poco a poco hasta llegar a mis botas. Cuando llego a casa estoy abatida; Lauren está allí; de hecho, se acaba de levantar y todavía lleva puesta la bata. Llevo una copia del vídeo y me siento en el sofá a su lado. «Dame un pitillo», casi le suplico.

Ella se vuelve y ve las lágrimas en mis ojos. «¿Qué pasa, cariño?».

Le arrojo el vídeo al regazo. Empiezan los sollozos convulsivos y me derrumbo ante ella mientras me abraza. Ahora lloro con fuerza, pero es como si lo hiciera otra persona; lo único que hago es notar su calor y su olor a fresco a través de mis cavidades nasales burbujeantes y llenas de mocos. «No te preocupes, Nikki, todo se arreglará», dice arrullándome.

Quiero estar más cerca de su calor, quiero que su calor me arrope, quiero encontrarme en el centro de esa llama, que me proteja, lejos de todo lo que pudiera herirme. La estrecho más, con tanta fuerza que escucho un leve chillido salir involuntariamente de ella. Quiero que sea… Levanto la cabeza para besarla. Quiero que sea libre, no la persona reprimida que siempre exhibe, quiero que se estire y que se doble…, pero cuando bajo mi mano hasta su vientre plano y empiezo a acariciarlo, se tensa y me aparta. «No, Nikki, por favor, no hagas eso».

Mi cuerpo se tensa tanto como el suyo. Es como si ambas acabáramos de meternos una raya de coca de la fuerte. «Lo siento, pensaba que es lo que querías.

Pensé que era lo que siempre habías querido».

Lauren sacude la cabeza con una mirada de incomprensión y de espanto. «¿De verdad creías que era bollera? ¿Qué me gustabas? ¿Por qué? ¿Por qué no puedes aceptar que puedas gustarle a la gente, que incluso puedan quererte sin por ello querer follar contigo? ¿Tan baja tienes la autoestima?».

¿Es eso? No lo sé, pero sí sé que no pienso aguantarle esto a ella. ¿Quién se habrá creído que es? ¿Quién coño se creen que son? Carolyn Pavitt en A Question of Sport, Sick Boy Simon pavoneándose como si fuera un magnate del mundo cinematográfico… Y ahora Lauren, la moralista de Lauren, venga a provocar hasta conseguir lo que cree que quiere y luego sale corriendo que te cagas. «Lauren, tienes diecinueve años. Has leído los libros equivocados y hablado con la gente equivocada. Compórtate como si tuvieras diecinueve años. No intentes ser tu madre. No está bien».

«A mí no me vengas diciendo lo que está bien después de lo que acabas de intentar hacer conmigo», me replica con ademán incólume, toda ella arrogancia en su castidad.

Como endeble respuesta, sólo se me ocurre decir algo descerebrado. «¿De modo que lo que estás diciendo es que el sexo entre mujeres no está bien?, ¿es eso?».

«No seas idiota, joder. Tú no eres lesbiana y yo tampoco. No me hagas jueguecitos idiotas», dice.

«Pues me gustas un poco», digo tímidamente, y ahora me siento como si Lauren fuera la hermana mayor y yo la virgencita tontona.

«Pues tú a mí no. Compórtate y folla con alguien que quiera follar contigo, a ser posible sin que haya dinero de por medio por ninguna de las dos partes», se burla, poniéndose en pie y dirigiéndose hacia la ventana.

Ahora noto un golpeteo sordo en el pecho. «¡Tú lo que necesitas es echar un polvo!», le digo, levantándome y saliendo disparada hacia el dormitorio justo cuando Dianne entra por la puerta principal. Se ha cortado el pelo al estilo paje. Le sienta bien.

«Hola, Nikki», dice con una sonrisa, luchando con las llaves, el bolso y algunas carpetas, mientras frunce los labios con pícaro deleite ante lo que evidentemente acaba de escuchar.

En ese momento se oye la voz de Lauren chillándome a voz en grito: «¡Sí, ya veo lo bien que te ha sentado tanta polla!».

Dianne enarca las cejas. «¡Uy! ¿Acabo de perderme algo?».

Consigo esbozar una débil sonrisa en su dirección mientras me dirijo a mi habitación, donde me derrumbo en la cama. No pienso volver a hacer porno y tampoco pienso volver jamás a esa puta sauna.

61. RECHAZO

Estoy más allá del dolor; es como si todo mi cuerpo tuviera un dolor de muelas. Porque el tío al que se cargaron era Chizzie. Lo ponía en el periódico. Y además yo sé quién se lo cargó. Peor todavía, sé quién lo organizó todo: el inútil sin-amigos, sin-tía, sin-nada del señor Murphy. Porque no puedo darle la espalda. El señor Murphy, con la señora Murphy y el niño Murphy, simplemente ha dejado de existir, tío. Ahora vuelvo a ser Spud, el solitario, el fracasado.

Ahora Ali ya no quiere hablar conmigo, tío; ni siquiera me deja ver a Andy. Las cosas han ido de mal en peor, tío. La otra noche bajé al Port Sunshine para volver a explicarle las cosas, esta vez totalmente limpio. Pensé que le gustaría volver a oír hablar de la pasta y de lo que tenía planeado hacer con ella, pero lo único que dijo fue: «Ahora mismo no quiero ir a ninguna parte contigo, Danny, y no quiero que mi hijo vaya a ninguna parte gracias a dinero salido de las drogas».

«No es dinero de drogas…, es…» y veo a Sick Boy y a Juice Terry salir por la puerta trasera con un montón de vídeos y largarse, «lo he sacado trabajando».

«¿Ah, sí? ¿Qué clase de trabajo? Esto es trabajo, Danny», dice ella, mirando alrededor; es la hora de abrir, entra un tío y ella le atiende. «Y te agradecería que no vinieras aquí cuando estoy tratando de cumplir con él».

Así que ahí me tenéis, de vuelta en casa, metido en este queo solitario otra vez. Pienso en un menda trajeado al que le escuché decir en Bernard Street hoy: «El ordenador me ha fallado. Lo he perdido todo».

Me siento como ese gachó y su ordenador, tío. Y la casa está un poco hecha un asco y tal, la verdad sea dicha. Estando solo uno se deprime a tope. Necesito recuperar a Zappa; pensé que no sabría cuidarlo, pero ahora mismo necesito compañía, y telefoneo a Rents otra vez, pero es como si llevara apagado el móvil.

No he ido más allá del Port Sunshine desde que me enteré de lo de Chizzie. A ver, que pensé que a lo mejor había bulla, pero nunca pensé que pudiera pasar algo así. Quiero que me lo cuenten, pero no Begbie, a ese elemento no lo quiero volver a ver; quiero intentar encontrar a Segundo Premio. Pero no, tío, no voy a andar por Leith con Franco circulando por ahí. Chizzie…, ¿qué le he hecho a Chizzie?

Triste, tío, muy triste.

De pronto se hace un pequeño rayo de luz y me tiro de cabeza hacia él. Llega el correo y es una carta, no una factura; eso se ve enseguida.

Era de la editorial porque llevaba un grabado en el que decía «Scotvar Publishing». ¡Así que pienso que eso querrá decir que lo van a hacer, que van a publicar la historia de Leith! ¡Eheh-ey! ¡Espera a que lo vea Ali! ¡Eso la hará pensar en Disneylandia! ¡Entraré en el pub y exhibiré la carta, sobre todo cuando esté Sick Boy! ¡Sí, tío, sí, sí! Pronto saldré en la tele hablando de él y tal. Igual hasta me pagan

un anticipo; fua, tío, pienso que será mejor abrir el sobre con mucho cuidado, no vaya a haber un cheque dentro. Lo miro al trasluz, pero es demasiado grueso para ver nada. Así que lo abro. No hay ningún cheque, pero de todos modos no los enviarían juntos. El asunto ese de los honorarios hay que negociarlo más adelante, ¿sabes?

Scotvar Publishing

13 Kailyard Grove, Edinburgh EH3 6NH

Tel: 0131 987 5674 Fax: 0131 987 3432

Página Web: www.scotsvar.co.uk

Su referencia: Nuestra

ref: AJH/MC

1 de abril

Estimado señor Murphy:

RE: Historia de Leith

Gracias por su manuscrito, que acabo de leer. Desgraciadamente, no es precisamente lo que estamos buscando en este momento y, tras algunas deliberaciones, hemos decidido no publicarlo.

Sinceramente,

Alan Johnson-Hogg

NIF: 671 0987 276. Registered Directors: Alan Johnson-Hogg, Kirsty Johnson-Hogg, Conrad Donaldson, abogado.

Chungo, tío. Me quedo ahí sentado y tal, estupefacto; me siento en carne viva y hueco por dentro. Es como cuando una tía que te gusta te da calabazas; no es que eso me haya pasado desde hace mucho, desde que estoy con Ali y tal, pero es como cuando una tía te mola desde hace siglos y vas y le dices, eh, vale, qué tal, digamos, tú y yo y tal, eh…, y ella: nastis. Ni hablar. Que te den.

El rechazo, tío.

Entonces vuelvo a echarle un vistazo. Ahora pienso: pero ¿era un rechazo? Quiero decir, el tío dice que les llevó algún tiempo decidirse en contra, «tras algunas deliberaciones», lo cual significa que se lo pensaron, tío. Después dicen que no les interesa «en este momento», y para mí que eso puede leerse en el sentido de que les

podría interesar de fijo dentro de unas semanas o puede que un par de meses. Una vez que haya cambiado la situación del mercado y todo eso.

Así que me acerco al teléfono y llamo al tío. «¿Está por ahí un tal Alan Johnson-Hogg?».

Una voz de mujer, que no es de pija en realidad, sino más de tipo pija de pega, me suelta: «¿Quién llama?».

«Eh, soy un escritor por el que se ha interesado y estoy, eh, respondiendo a su correspondencia…, ¿sabes?».

Bueno, pues se produce una pequeña pausa y entonces sale una voz pija de verdad y suelta: «Aquí Johnson-Hogg. ¿En qué puedo ayudarle?».

La basca pija me pone tope nervioso si me paro a pensarlo pero me digo: nah, y entro a saco. «Eh, hola, tío, me llamo Murphy, Danny Murphy, pero me llaman Spud, ¿sabes? Te envié un manuscrito y tal. Es sólo que no estoy seguro del significado de la carta. ¿Me pillas?».

«Ah, sí… ¿la Historia de Leith, no es así?».

«Sí…, ya sé que pensarás que soy bobo, pero intentaba desentrañar lo que querías decir en esa carta tuya, tío».

«Vaya, pues creía haber sido bastante explícito».

«Si me permites, no estoy de acuerdo, colega. Porque dices que no te interesa “en este momento”. Para mí eso quiere decir que a lo mejor te interesa más adelante. Así que, ¿cuándo crees que te podría interesar?».

Se oye como un carraspeo y a continuación el tío habla. «Disculpe si le he parecido ambiguo, señor Murphy. Para ser más franco, le diré que es una obra bastante inmadura y la verdad es que no tiene usted todavía un nivel que permita publicarle…».

«¿Qué quieres decir, tío?».

«Bueno, la gramática…, la ortografía…».

«Ya, pero ¿no se supone que de eso os ocupáis vosotros?».

«… y ya no digamos el tema, que no es apropiado para nosotros».

«Pero habéis publicado libros de historia de Leith otras veces…», digo, y noto cómo se me agudiza el tono de voz, porque no es justo, no lo es, no es justo, nada es justo…

«Esas eran obras serias realizadas por escritores disciplinados», salta el tío, «esto es una apología mal redactada de la cultura del gamberreo y de gente que no ha logrado nada digno de nota en la comunidad local».

«¿Quién dice que…?».

«Lo siento, señor Murphy, su libro es muy malo y tengo cosas que hacer. Buenos días».

Y el gachó me cuelga sin más. Todas esas semanas, todos esos meses en los que

estuve engañándome pensando que hacía algo importante, algo grande, ¿y todo para qué? Para nada, para hacer un montón de mierda inútil, como yo.

Cojo mi copia original de esta mierda y la echo al hogar y le prendo fuego y miro cómo esa pequeña parte de mi vida se convierte en humo y cenizas, como el resto de ella. Mientras observo las llamas pienso en Chizzie…, yo maté a Chizzie…, era mal tipo, pero no se merecía eso, aunque en realidad fue Begbie; tiene que haber sido Begbie…, menudo estado en el que se encontraba cuando se pasó por casa aquella noche…, dijo que venía del centro, pero eso no me lo creo…

Y aquí estoy sentado con la pasta quemándome los bolsillos, así que voy calle arriba, porque Begbie nunca bebe más allá de Pilrig, y me meto en el Old Salt, donde veo al Primo Dode. Al pobre tipo se le ve tan abatido como yo.

No está tan engreído como de costumbre; parece bien jodido. «No lo entiendo, Spud. Pensé que me quedaba mucha pasta para las vacaciones; tenía previsto llevarme a mi hija por ahí. Pero estoy pelado, limpio. No me puedo permitir ni una puta semana en plan campamento de verano. Ahora ella no me dejará ni ver a la cría. No puedo pagar la puta hipoteca, no puedo mantenerme al día del pago de la pensión alimenticia. Sabía que le había estado pegando un poco a la priva, pero hay como unas mil libras menos que no me cuadran. Es diabólico que te cagas, ni siquiera puedo llevarme a la cría de vacaciones…».

Pobre Dode…, buen tío y tal, siempre me ayudó…, fue una sobrada hacerle eso al tío…, el mundo sería un sitio mejor sin el inútil, piojoso y yonqui de Murphy…, asesino de Chizzie, destructor del Primo Dode…, pobre Ali…, y hasta pobre Andy…

Dode intenta protestar cuando le paso trescientos billetes. «No, Spud, no…».

«Cógelo, tío, ahora mismo estoy forrado y tú siempre me ayudaste», le digo al tío y no puedo ni mirarle a los ojos cuando me doy el piro.

Oigo cómo le dice a un vejete: «¿Ves a ese tipo? Ese tío es un puto santo, ya lo creo…».

Y yo pienso: si tú supieras, tío, si tú supieras; y tengo que hacer una última buena acción, tío, sólo una última buena acción…

… y al llegar a casa lo primero que veo es el libro ese ahí tirado, el Crimen y castigo ese.

62. PUTAS DE AMSTERDAM, 8.ª PARTE

Resultó extrañamente grato volver a ver a Ali aquí, en el City Café. Extraño, porque aunque fuéramos de la misma pandilla y estuviésemos enganchados al mismo tiempo y todo eso, por alguna razón nunca acabamos de hacer buenas migas. Creo que ella siempre me tuvo calado, siempre le dio la impresión de que yo era un hipócrita, un ganador que jugaba a ser un fracasado. Eso es, un capullo inteligente y de movilidad social ascendente que un buen día se iría a tomar por culo y dejaría tras de sí un montón de mierda para que la limpiasen los demás. Quizá ella calara mi naturaleza antes de que yo mismo la hubiera desentrañado.

Aunque quizá la sorprendí al arreglar cuentas con Spud de aquella forma. Jamás pensé que ellos pudieran acabar juntos, aunque «acabar» puede que no sea el término apropiado porque ahora mismo entre ellos no hay nada. «Mark», dice ella, y me abraza con un afecto sencillo que me hace sentir incómodo.

«Hola, Ali, esta es Dianne. Dianne, este es Simon».

Dianne saluda con afecto a Ali y a Sick Boy con mayor reserva; pienso que mi chivatazo respecto a él parece haber dado resultado, aunque ella toma sus propias decisiones respecto a estas cuestiones. Es más probable que haya sido Nikki quien le haya hecho perder el interés. Como casi me suplicó él: «Ven al centro a echar un trago, Mark, Nikki está mosqueada. No contesta a mis llamadas». Pensé para mí: te está bien empleado, pedazo de cabrón. Sólo consentí en venir cuando dijo que traería a Ali con él.

«Qué íntimo y agradable», dice Sick Boy, «más de la vieja tripulación reunida de nuevo. Debí de haber invitado a Francois para que se viniera», dice entre risas burlonas, mirándome de soslayo. Intento no reaccionar. Pero me doy cuenta de que si Begbie sigue tan venao como dicen (y por lo que he oído está más loco que nunca), entonces mi viejo amigo Sick Boy, mi socio empresarial, el cabrón con el que saldé cuentas, de hecho ha estado intentando matarme. Es algo que va mucho más allá de la traición, mucho más allá de la venganza. Y ahora va como una moto, evidentemente hasta el culo de coca. Ali me lleva a un lado, pero apenas oigo lo que dice, ya que me afano en oír a Sick Boy dándole la lata a Dianne. «Nikki habla muy bien de ti, ¿sabes, Dianne?».

«Me cae muy bien», dice Dianne pacientemente, «y Lauren también».

«Esa, dicho sea en jerga rapera, es una zorra con problemas», se burla Sick Boy sacudiendo los hombros. A continuación dice: «¿Te apetece un tirito, Di? Te paso la papelina y Ali y tú os vais al cuarto de las nenas…».

«No, gracias», dice Dianne de forma tranquila y distante. No le gusta Sick Boy. ¡Es cojonudo que te cagas, este tío no le gusta ni pizca! Y ahora me doy cuenta de que sus poderes han menguado. El rostro es más carnoso, el brillo de la mirada menos

evidente, los contundentes movimientos se han vuelto más espasmódicos y menos fluidos debido a… ¿los años?…, ¿la cocaína?

«Por mí muy bien», sonríe maliciosamente Sick Boy mientras levanta las palmas.

Satisfecho de que cualquier jueguecillo psicológico que intente con Dianne será fácilmente repelido, ahora puedo dedicarle a Ali mi plena atención. Con todo, hay que reconocer que el cabrón me lo pone difícil cuando le escucho decir cosas como: «No creo que pueda compararse a un tirado como Robert Burns con los grandes poetas escoceses de hoy».

Dianne sacude la cabeza; mantiene la calma, pero sin dejar de reaccionar. «Eso no tiene ni pies ni cabeza. ¿Quiénes son los grandes poetas de hoy? Nómbrame a uno que sea mejor que Burns».

Sick Boy sacude la cabeza con energía y hace un gesto desdeñoso con la mano. «Yo soy italiano, prefiero pensar de manera femenina, de forma emocional, en lugar de perderme en todas esas referencias anales con las que se adornan los varones hiperbóreos. No recuerdo los nombres, ni quiero hacerlo, pero leí un libro de poesía escocesa moderna y dejaba a la altura del betún cualquier cosa que Burns hiciera jamás».

Pero resulta evidente por el tono y el volumen de su voz y sus miradas de soslayo que quiere que yo me involucre, así que intento centrarme en Ali y creo que ella piensa lo mismo. «Nunca te había visto con tan buen aspecto, Mark», dice.

«Gracias», digo, dándole un apretón a su mano, «y tu aspecto es fantástico. ¿Cómo está el crío?».

«¿Cuál de ellos? Andy está muy bien. Con el otro acabo de tirar la toalla», dice, sacudiendo la cabeza con tristeza.

«¿No habrá vuelto a meterse?», pregunto, sintiéndome verdaderamente desasosegado ante tal perspectiva. Parecía encontrarse bien cuando nos tomamos aquella copa; bueno, hecho polvo, pero no chutado. Pobre Spud. Nunca conoceré a un tipo mejor, alguien más extrañamente vulnerable y con tan buen corazón; pero lleva tanto tiempo hecho polvo que es como si fuera más difícil dar con su esencia al margen de las drogas. Las buenas intenciones seguirán ahí, empedrando el camino de su viaje personal al Hades. La verdad es que pertenece a una forma de humanidad que se ha vuelto obsoleta con el nuevo orden, pero sigue siendo un ser humano. El tabaco, el alcohol, la heroína, la cocaína, el speed, la miseria y las comeduras de tarro mediáticas: las armas de destrucción del capitalismo son más sutiles y efectivas que las del nazismo, y él se halla indefenso frente a ellas.

«No lo sé, y empieza a no importarme», dice ella de forma poco convincente.

Porque ese es el problema que tiene el cachorrillo enfermo este, que tiene que importarte, y él se limitará a meter la gamba y volverá a joderte. A su manera probablemente haya causado más dolor del que Begbie, Sick Boy, Segundo Premio y

yo juntos jamás habríamos podido causar. Y pese a que hace siglos que no le veo en condiciones, hay algo que sé con toda certeza, y es que siempre será igual. Pero a Ali le importa, desde luego, por eso ahora me aprieta la mano entre las suyas y veo las arrugas que rodean sus ojos castaños, pero siguen llenos de pasión y ella sigue siendo hermosa, sí que lo es, Ali es una preciosidad y eso debería ser suficiente para Murphy. «Habla con él, Mark. Eras su mejor amigo. Siempre te admiró…, siempre ha estado que si Mark esto, que si Mark lo otro…».

«Sólo porque estaba fuera, Ali. No era yo como soy en realidad sino una fantasía de socorro. Sé cómo piensa».

Ella ni siquiera intenta contradecirme, lo cual resulta inquietante que te cagas. Ahora me siento culpable de minar su imagen cuando debería estar dando la cara por él. «Ahora es peor, Mark. Ni siquiera creo que se trate del caballo, eso es lo más triste de todo. Sencillamente está deprimidísimo, tiene la autoestima por los suelos».

«Si no tiene autoestima yendo del brazo de una tía como tú, entonces está loco», digo, sintiendo la necesidad de mantener un tono desenfadado.

«¡Exacto!», dice Sick Boy, interrumpiendo y volviéndose luego hacia ella. «Me alegro de que tú y Murphy seáis historia, Ali».

Entonces, con un movimiento tan repentino como violento, se pone en pie de un salto y se acerca a la gramola. Para horror mío, pone el Alison, de Elvis Costello, y empieza a mirarla fijamente. Da tanta vergüenza que Dianne y yo no sabemos qué coño hacer.

Él se desliza hasta la barra y pide una ronda de brandys mientras nos miramos los unos a los otros, pensando en salir corriendo. Después se larga al retrete haciéndome un gesto y yo me levanto y le sigo cautelosamente hasta allí, donde se ha enseñoreado de uno de los cubículos. «Tranquilízate, colega», digo mientras prepara cuatro rayas sobre la cisterna, «estás poniendo en evidencia a Ali».

Me hace caso omiso y esnifa una de las rayas. «Soy italiano, y por tanto apasionado, joder. Si esos capullos de allí fuera, esos payasos pictos pichaflojas, no lo soportan, en Leith hay pubs de sobra donde pueden beber. Ella y yo…», dice, esnifando la otra raya, «¡la hostia!…, ella y yo…, ¡eh-ey!… Lo de ella y yo es una especie de jugada del destino. Venga, Renton, follador holandés, deja de meterle los dedos a una bollera y métete estas por la nariz…».

Sin pensar, casi por el condicionamiento de su voz, las esnifo una por cada orificio. Son unas rayas de autopista que te cagas y noto cómo el corazón me palpita en el pecho como un tambor. Eso ha sido una estupidez.

«… porque esta noche me la follo. Fijo. ¿Qué te juegas a que me la follo? Lo que quieras. Piojoso no se la ha estado cepillando; un par de copas más y se le caerá la baba…, venga, observa a un experto en acción, Rents…, tú nunca te la follaste en aquella época, ¿verdad?…, fíjate…».

La cocaína convierte a los hombres en las peores encarnaciones adolescentes de sí mismos imaginables. Intento no perder los papeles, haciendo todo lo posible por no dejar que la droga me devuelva a la mía.

Se dirige a la barra y yo me siento con las chicas, sudando mientras él aparece con una bandeja en la que hay más brandys y cervezas. Hostia puta, observo la expresión de terror de los caretos de Dianne y de Ali cuando la deposita sobre la mesa. «No me quiero poner demasiado sentimental», canta suavemente Sick Boy mientras le guiña un ojo a Ali, «lo de Spud y tú no tiene salida. Tú y yo siempre hicimos buena pareja», dice, repartiendo los vasos.

Ali está enfadada, pero intenta desdramatizar la situación. «Sí, claro, ¿para que pudieses ponerme a hacer la calle?».

«¿Cuándo intenté hacer eso contigo, Ali? Siempre te traté como a una dama», dice Sick Boy con una sonrisa maliciosa.

Dianne me golpea con el codo. «¿Te has metido coca?».

«Sólo una rayita para que dejara de incordiar», cuchicheo entre dientes sin convicción.

«Pues ha funcionado de maravilla», dice ella con causticidad.

Mientras tanto, Sick Boy sondea a Ali sin compasión, con cara de marioneta. «¿Es así o no? ¿Es así o no?».

«Sólo porque sabías que te habría mandado a tomar por culo», dice Ali, alzando su vaso.

Entonces, con una sonrisita tensa, dice él: «Creo que nunca me perdonaste por dejar embarazada a Lesley».

Ali y yo apenas podemos creer que haya dicho eso. El bebé de Lesley, Dawn, falleció por muerte súbita hace años, y esta es la primera vez que le oímos reconocer que la cría era suya.

Parece darse cuenta de que ha metido la pata y en su cara aparece fugazmente un puntito de arrepentimiento antes de ser barrido por una expresión desdeñosa y cruel. «Ah, sí, me contó Skreel que se casó con un cabeza cuadrada. Que se ha aburguesado y tiene dos críos. Como si nuestra hija, la pequeña Dawn, jamás hubiera existido», escupe con un gesto de asco.

Entonces es cuando Ali salta: «Pero ¿qué dices? ¡Es la primera vez que te oigo reconocer a ti que ese bebé existió! ¡Trataste a Lesley como una mierda!».

«Era una puta mierda…, era incapaz de cuidar a una cría», dice Sick Boy, sacudiendo la cabeza.

Ali se sienta con una expresión boquiabierta de incredulidad mientras yo me afano en pensar algo que decir.

Sick Boy la mira como si estuviese listo para impartir una importante lección. «Aunque te diré una cosa, Ali, no quiero ir de sobrao, pero tú eres igual, joder. Si te

quedas con Murphy a ese crío tuyo se lo acabarán llevando los servicios sociales, no te quepa duda. Eso si el pobre capullín no está ya infectado por el vi…».

«¡VETE A LA MIERDA, SO CABRÓN!», grita Ali, arrojándole el brandy a la cara. El parpadea y se limpia con la manga de la camisa. Ella se queda de pie delante de él durante uno o dos segundos, con los puños apretados, y luego sale en tromba por la puerta; Dianne se levanta de la mesa y sale tras ella.

Una chica que hay tras la barra, la que sirvió los brandys, se acerca con un trapo para ayudar a Sick Boy. «Volverá», dice, y casi se aprecia una nota de tristeza en su tono. A continuación añade con una sonrisa: «¡Trabaja para mí y necesita el dinero!».

Apura el brandy. Con un temor singular que me revuelve el estómago, no le quito ojo de encima a la puerta, a la espera de que entre Franco. La situación resulta tan desesperada que su aparición se me antoja casi inevitable. Siento miedo, no por mí, no con toda esta farlopa dentro, sino por Dianne. Aquel tipejo asqueroso de Forrester y su boca lameculos. El solo hecho de ver a aquel cabrón en el Port Sunshine me dio dentera. Lo más seguro es que esté buscando a Begbie para contarle que estoy por aquí. Después pienso que si los poderes de Sick Boy han menguado, puede que los de Franco también lo hayan hecho. Visualizo una imagen mental de la palma de mi mano disparándose hacia la nariz de Franco e incrustándosela en el cerebro.

Dianne vuelve a entrar, pero sin Alison. «Se ha metido en un taxi», explica, añadiendo: «ahora me apetecería marcharme».

«Claro», digo, apurando el chupito. Al mirarla, no se la veía tan incómoda o con gesto de desaprobación como aburrida, y aquello me impresionó. Pensé en la poca falta que le hacía esta mierda. Suelto mis excusas y hacemos ademán de marcharnos. Sick Boy no protesta ante nuestra marcha. «Dile a Nikki que me llame», ruega, con dientes prominentes y blancos, una caricatura sonriente de sí mismo.

Salimos y nos acercamos a Hunter Square y nos metemos en un taxi. El pulso me late de forma incómoda a cuenta del bacalao. Voy más volado que una cometa y así no vamos a ninguna parte. Sé que me quedaré tumbado en la cama a su lado, rígido como una tabla de surf o que me quedaré levantado toda la noche viendo telebasura en casa de Gav hasta que se me baje el subidón.

Dianne no dice nada, pero me doy cuenta de que, por vez primera, la he mosqueado. No pienso hacer de ello una costumbre. Después de un rato el silencio me incomoda y me siento impulsado a romperlo. «Lo siento, cariño», digo.

«Tu amigo es un cabrón», me dice ella.

Jamás la había oído emplear ese término antes, y no acababa de sonarme bien saliendo de su boca. Joder, me estoy haciendo viejo. En tiempos, el bacalao hacía que me sintiera invencible, como si tuviese una barra de hierro dentro. La barra sigue ahí, sólo que ahora parece que ponga de relieve el estado de la carne que la rodea: vieja, de mala calidad, en decadencia y, ante todo, perecedera.

El taxi pasa por delante del Meadows y antes de llegar a Tollcross veo a Begbie por lo menos tres veces.

63.«… Y SI TE TOMARAS LAS COSAS CON MÁS CALMA…»

Aquí estoy, en la sauna a la que dije que no volvería. Y aquí está Bobby, atosigándome otra vez. Es lo que tienen los depredadores: jóvenes o viejos, apuestos o feos; son implacables. Me dice que no me echa porque le caigo bien. Es cierto; mi técnica masajística es rudimentaria y sigo sin saber hacer una paja decente, pero la mayoría de clientes están demasiado desesperados para fijarse en mi apatía y en mi falta de habilidad técnica. Pero a Bobby le parece que ya va siendo hora de que pase de menear pollas a mamarlas.

«A los clientes les gustas. Tendrías que ganar dinero en condiciones, nena», me dice.

Resulta demasiado extraño tratar de explicar que hago más que eso con mis novios y que en ocasiones lo hago con desconocidos delante de una cámara. ¿Por qué tantos remilgos ante una mamada rápida a puerta cerrada en «Miss Argentina»? En primer lugar, porque no quiero que las áreas de mi vida libres de transacciones sexuales comerciales mengüen más aún. Cada cosa en su lugar y un lugar para cada cosa, como dice mi padre. Hay otras cosas que hacer y en las que pensar a lo largo del día además de en mamadas.

En segundo lugar, triste pero cierto, la mayoría de clientes son unos fetos que te cagas, y la simple idea de meterme sus genitales en la boca supera con mucho lo repulsivo.

Bobby, cosa que le honra, parece tener suficiente sensatez estética y empresarial para saber que su presencia en lo que él denomina «la fachada del negocio» rebaja el nivel. Hablando de niveles ínfimos, le comento que conozco a Mikey Forrester. Su semblante adquiere una nota hostil y responde: «Es una basura. Es un malhechor, un yonqui. Regenta un burdel, una cloaca, no una sauna. Por su culpa nos ponen a todos la misma etiqueta».

«Nunca he visto su salón de relax».

«¡Una mierda, salón de relax! No tiene la menor discreción, ni siquiera intenta dar masajes. ¡Las chicas que hay allí no saben ni lo que es un masaje! Trafica abiertamente con drogas, cocaína. Si por mí fuera, a la escoria como él le cerraba el garito. ¡No, mejor los encarcelaba!». A continuación baja la voz y adopta un tono serio y confidencial. «Una chica tan maja como tú no debería andar con gente así. Te estás buscando problemas. Una cosa tiene esa gente: más pronto o más tarde conseguirán que te pongas a su nivel. Te lo digo de gratis».

Pienso para mí: ya lo han conseguido, mientras sonrío cortésmente. A nadie parece gustarle el señor Forrester y estoy segura de que se lo merece. Cuando vuelvo a casa, se lo comento a Mark, que está preparando un plato de pasta en la cocina con

Dianne. Echa la cabeza hacia atrás y se ríe: «Mikey…».

«¿Es el chulo?», pregunta Dianne.

«Lleva una sauna», digo yo. «La mía, no», me apresuro a añadir.

Mark no logra ocultar su desagrado ante la sola idea. «Apenas le conozco», le digo a Dianne. Después me vuelvo hacia Mark. «Si mal no recuerdo hubo cierta fricción entre vosotros dos allá en el pub».

«Mikey y yo jamás nos enviaremos tarjetas navideñas», sonríe Mark, mientras echa cebolla, ajo y pimiento picados a una sartén y da vueltas frenéticamente mientras chisporrotean. Se vuelve hacia Dianne y hacia mí y, como si nos hubiera leído el pensamiento, se ríe: «Suponiendo que seáis capaces de concebir que cualquiera de los dos enviemos tarjetas navideñas».

No creo que Mikey ni, ya puestos, ninguno de mis nuevos amigos vaya a figurar en la lista de regalos navideños de Bobby. Aunque es probable que yo sí. Ahora que Simon es persona non grata, paso más tiempo en la sauna, haciendo todos los turnos que puedo, tratando de reunir más pasta. No quiero pedirle dinero a Simon, ya que su ostracismo desde la debacle cinematográfica ha sido completo y omnicomprensivo: como habría dicho Wilde, ha tenido que disfrutar en solitario su triunfo. Para mostrarme solidaria con mis compañeros trabajadores de la industria del sexo, he estado haciendo caso omiso de sus mensajes en el contestador: rollos extraños y perturbadores que indican que está ligeramente trastornado. Por supuesto, el pacto tácito entre Mark y yo exige hallar la forma de limitar nuestro distanciamiento de él. A fin de cuentas, somos socios en el chanchullo.

Mark y él mantienen una relación muy extraña: son amigos y sin embargo parecen aborrecerse abiertamente. Mientras nos comemos la lasaña —yo, Dianne y Mark— no puedo evitar pontificar acerca de él. Despotrico contra su tacañería con el dinero y su duplicidad. Mark, haciendo caso omiso de mi rabia, se limita a decir con calma: «Siempre es mejor desquitarse que enfadarse».

Algo de razón tiene, pero he de reconocer, no obstante, que pese a todas mis bravatas, mi hostilidad hacia Simon está menguando peligrosamente. Lauren, por contraste, sigue dejando que su odio por él arda con más furia que un volcán. «Utiliza a la gente, Nikki; me alegro de que no contestes a sus mensajes. Está desquiciado; fíjate en los mensajes tan extraños que deja en el contestador. No le llames», dice, mientras tose con una carraspera terrible y áspera. Lauren tiene un aspecto y una voz espantosos.

Incluso Dianne, que nunca critica a nadie ni se mete en los asuntos de los demás, se siente impelida a comentar: «No creo que sea mala idea», y a continuación se vuelve hacia Lauren y le pregunta: «¿Has cogido la gripe?».

«No es más que una tos», dice Lauren, que se vuelve hacia mí y dice: «Eres demasiado buena para él, Nikki».

Después de un rato, Lauren se toma un Frenadol y se va a la cama, con un aspecto realmente terrible, y entonces Mark y Dianne se largan, no sé adonde, supongo que a follar a casa de Mark. A medida que la noche va aproximándose me pongo a leer, por placer, en lugar de tragarme por obligación los tochos del mundo universitario. Cuánto alivio siento por haber acabado ya con los exámenes. Mientras disfruto de La mandolina del capitán Corelli, acariciando a Zappa, que está hecho una bola en mi regazo, intento no pensar en Simon al volver a leer el pasaje en el que Corelli aparece por vez primera. Es estúpido, el personaje no se parece nada a él…, es sólo que…, ya hace una semana.

Llaman a la puerta y me sobresalto, asustando de tal manera al pobre Zappa que sale disparado. Estoy nerviosa y eufórica porque sé que es él. Tiene que serlo. Bajo por el pasillo hasta llegar a la puerta, tonteando con jueguecitos idiotas del tipo «si es él es que estamos hechos el uno para el otro», esperando que sea él y al mismo tiempo que no lo sea.

Es él. Los ojos se le ensanchan al abrir la puerta, pero mantiene tensos los labios. «Nikki, lo siento. He sido un poco egoísta. ¿Puedo pasar?».

A mí me parece que en el tiempo que abarca mi vida sexual, una década más o menos, he pasado por esto un millón de veces. «¿Por qué?», digo fríamente. «Supongo que sólo querrás hablar».

Su respuesta me deja atónita. «No. No quiero hablar», dice, sacudiendo enfáticamente la cabeza. Me da la impresión de que Simon tiene buen aspecto; se le ve bastante esbelto, el moreno de rayos UVA resulta evidente, con ese aspecto levemente rugoso que puede resultar aceptable en los hombres maduros si van bien arreglados. «Ya he hablado bastante», dice, y luce ese aspecto herido y vulnerable que sabes que es un escudo manipulador pero… «y no he dicho más que chorradas», declara rotundamente. «Quiero escuchar. Quiero oírte hablar a ti. Eso en el supuesto de que consideres que merece la pena hablar conmigo y, si te soy sincero, no te lo reprocharía si consideraras que no lo vale».

Yo le sigo mirando, sin decir nada.

«De acuerdo», dice levantando las manos y sonriendo con tristeza. «Sólo quería decir que siento haber armado todo este follón. Pero en su momento creí de veras que todo era para bien», declara torvamente, antes de volverse y dirigirse de nuevo hacia las escaleras.

Una sensación de pánico se apodera de mí y soy incapaz de controlar lo que estoy a punto de decir. La cabeza me zumba; mis expectativas se han invertido. «Simon…, espera…, entra un ratito». Abro la puerta del todo; él se encoge de hombros, se vuelve y se queda en el marco, pero no hace intento alguno de entrar en el piso.

En lugar de eso, levanta las manos como un escolar que intenta llamar la atención de la maestra. El caso es que funciona; no lo puedo creer, pero este puto mamón hace

que sienta deseos de comérmelo, de decirle «no pasa nada, chiquillo, ven a la cama y deja que te folle». «Nikki, estoy intentando enmendarme», dice con un destello de tristeza en la mirada. «No te valdré para nada hasta que no lo haya hecho. Pensé que estaba más adelantado en el camino de la enmienda de lo que creía, pero veo por tu mirada que aún me queda mucho trecho por recorrer».

«Simon…», me oigo gimotear a mí misma, y el sonido parece proceder de otra persona, «¿…y si te tomaras las cosas con más calma? ¿Cómo la cocaína? Siempre parece que te saque lo peor».

Pienso en lo que acabo de decir y, horrorizada, se me ocurre que jamás le he conocido sin que fuera puesto de cocaína.

Evidentemente, esta no es una excepción. «Correcto del todo», ladra de repente. A continuación vuelve a poner los ojos como platos y enternecedores y dice: «Nikki, me derrumbo. Haces que quiera ser mejor persona, y con tu amor, sé que podría ser esa persona», dice en voz baja, mientras me fijo en las perlas de sudor drogata que pueblan su frente.

Se produce ese instante horrible y hermoso, ese impasse agridulce en el que sabes que alguien te está vacilando pero lo hacen con tal garbo y convicción… No, es porque dice exactamente lo que tú quieres oír en ese momento preciso. Está en el marco de la puerta, apoyado en el brazo con todo su peso. No es como Colin; no es como los otros. No es como los otros porque es irresistible de la muerte. «Entra», le digo en un susurro.

64. SÓLO ESTÁBAMOS JUGANDO

La resaca empieza a hacerse notar y me voy a dar un paseo hasta el centro para despejar el tarro. Pasado St. Andrews, donde están construyendo una estación de autobuses nueva. La vieja estaba hecha una ruina, y la última vez que estuve allí fue hace siglos. De hecho, fue cuando yo, Rents, Sick Boy, Franco y Segundo Premio bajamos a Londres con todo aquel jaco encima. Pura paranoia, tío, pura paranoia. ¡No veas qué temporadita a la sombra como te echen el guante por eso!

No hay sol, tío; la peña va toda embutida para protegerse de la llovizna monótona y el viento frío, pero parece que salgan por todos los ángulos concebibles con las bolsas de la compra. Vaya, que la fiebre de la codicia compradora resulta manifiesta por aquí hoy, tío.

Paseo para poder pensar, tío, para pensar en el menda ese de Dostoievski, en cómo aquello era el crimen perfecto. La vieja prestamista cascarrabias a la que nadie quería y que nadie iba a echar de menos, igual que al cochino pederasta de Chizzie. Lo que ponía en el periódico, lo de los dos jovencitos que soltó Charlie, el del Nicol's Bar, no era más que pura mierda, ¿sabes? Fijo que Begbie le apretó las clavijas que te cagas, tío. No, nadie echará de menos a Chizzie, a un pederasta no, igual que nadie echará de menos a un yonqui. Porque ahí es donde el menda ese de Raskolnikov la cagó. Aún estaba por medio, en su casa y listo para venirse abajo por la presión psicológica de haber matado a otra persona. Pero yo no estaré por medio para venirme abajo; este crimen no me beneficiará a mí; beneficiará a mis seres queridos.

Me encuentro en Rose Street y le veo; está emocionado a tope, meneando los brazos y soltando una enorme risotada caballuna. Ahora se sujeta el costado con una mano mientras le pasa la otra alrededor del hombro a la chavala.

He estado tratando de ponerme en contacto con él a través del móvil, para echar una cerveza y contarle que necesito que me devuelvan a Zappa porque le echo de menos. La tía de Rents y la chavala esa con la que anda Sick Boy; está con ellas. Sí, son un cuarteto de lo más íntimo y toda esa mierda. Aunque no me imagino que a Rents y a su chorva les vaya el rollo ese del intercambio de parejas; pero nunca se sabe. A Rents aún, pero la chica parece un poco más convencional. Uno piensa: puede que sí, puede que no. El caso es que Rents conoce a esta monada de tiempo atrás, estoy seguro. Ahora van caminando juntos del brazo. A Rents no parece que le importe o que crea en el peligro del Pordiosero. Probablemente ni esté enterado de los rumores que corren acerca de lo que le pasó a Chizzie.

«¡Spud! Qué tal, hombre», dice, dándome un gran abrazo. «Esta es Dianne».

Ella me mira como si tratara de ubicarme, y después se adelanta un paso y me besa en la mejilla, y yo le correspondo.

«¿Qué tal, preciosa? ¿Todo bien?», le pregunto a la chavala.

«No está mal. ¿Y tú?», me pregunta con simpatía. Sí que es una monada, tío. No es la clase de tía que uno asocia con Rents. A él parece que siempre le iba el tipo de chavala problemática: del tipo siniestra o New Age, chicas con marcas de cuchillas en las muñecas, que hablaban de «curación» y «crecimiento» a todas horas. A ese menda siempre le ha atraído el lado oscuro.

«Bueno, sigo dando vueltas en el viejo torbellino de Leith», le largo más o menos.

Pero Rents parece cambiado, tío. Hubo un tiempo en que habría entrado en materia conmigo, ahora se limita a esbozar una sonrisita pal bobo de su amigo. «¿Has ido al fútbol últimamente?», pregunta.

«Sí, me he hecho con el abono de temporada del novio de mi hermana. El Sauzee es excelente», le digo al menda.

Renton parece meditarlo un rato. «Ya, pero no sé si me gusta la idea de apoyar a un equipo ganador. Demasiado borreguil, muy poco enrollao», suelta de un modo que hace que no sepas si habla en serio o no.

«Ya, por eso apoyo yo a los Hearts», dice la pequeña, mirándole con gesto muy indulgente. Es una hermosa gatita cuya expresión cambia por completo cuando sonríe.

«Ahora todo eso se acabó, nena; esos tristes tiempos pertenecen al pasado. Ese albatros Jambo que llevas alrededor del cuello tiene los días contados», se ríe Rents mientras se dan de empellones en medio de la calzada.

«¿Cuánto tiempo vas a estar aquí?», le pregunto.

«Eh, se suponía que era para un par de semanas, pero empiezo a pensar en quedarme una temporadita. ¿Te apetece tomar una cerveza?».

Así que nos metemos en uno de esos bares para domingueros y guiris a echar unos traguitos. Mientras Dianne está donde la gramola, Renton me cuchichea: «Tenía intención de llamarte para echar un trago, pero eh, no me apetece andar por la ciudad con según quién al acecho», dice mientras hace una mueca.

«Más vale que te andes con ojo, tío, ya me entiendes», le cuchicheo.

Rent Boy sonríe, como si no le importara. Puede que así sea. Para mí que no se da cuenta de lo tocao que está Franco. Nos despedimos; cada uno sigue su camino; ellos a donde sea, diríase que a un lugar secreto, yo de vuelta a la parte del puerto y a casa de mi amigo Begbie. Porque ahora están atándose todos los cabos en mi cabeza: la estación de autobuses, el chanchullo, Dostoievski, Renton y Begbie. Aunque es curioso, tío, pero Renton tiene lo que yo quiero. Tiene a Begbie justo donde yo le quiero.

Así que me dirijo cuesta abajo, en dirección a Leith, y se me ocurre que si eres de allí en realidad eres de dos ciudades, Leith y Edimburgo, en lugar de ser sólo de una. El viejo puerto se extiende ante mis ojos, frío y húmedo mientras se encienden las farolas de sodio, inundando el marrón, el gris y el azul oscuro con destellos blancos,

amarillos y anaranjados. A mí se me ocurre que nosotros estamos sólo un pelín más al sur que San Petersburgo y que quizá fuera esta la impresión que sintiera allí el tal Raskolnikov.

Walk abajo, dejando atrás todos los pubs, tan incitantes cuando alguien sale por la puerta, llenos de cháchara estrepitosa, música, risas, humo y algún que otro grito. Dejando atrás los fish and chips, con sus borrachines, sus parejas y sus pandillas de mamoncetes en la puerta. Dejando atrás las paradas de autobús, con sus marujas nerviosas que a lo mejor vuelven a una urbanización que está en el quinto pino tras una partida de bingo; y también a los viejos borrachos, peña que lleva décadas sin vivir en Leith pero que se siente atraída por este lugar, que siguen siendo nativos de Leith de pura cepa.

Doblo por Lorne Street, subo la escalera de Begbie y llamo a la puerta. Oigo ruidos al otro lado, como si alguien se dispusiera a marcharse. La puerta se abre y es el menda enorme ese de Lexo, y se dirige a la salida.

«Que no se te olvide lo que te he dicho», le grita Begbie, con muy mala cara, y el tal Lexo se limita a asentir y casi me tira al salir.

Begbie le observa mientras baja las escaleras; después me mira a mí durante un segundo, en realidad por primera vez, y entra, indicándome con un gesto de la cabeza que yo haga lo mismo. Le sigo y cierro la puerta.

«Más vale que el capullo se ande con cuidado, que a ese cabronazo lo mato. Palabra, Spud», dice, entrando en la cocina. Abre la nevera, saca dos latas de cerveza y me pasa una a mí.

«Gracias, tron», suelto yo, mirando a mi alrededor. «Guapo este queo».

Me parece que huele a crío; hay un tufillo de pis y de talco. A continuación una chavala joven, que no tiene mal aspecto, pero con cara de estar bastante preocupada, aparece y me saluda con un gesto de la cabeza, pero Begbie no nos presenta. Espera a que ella saque una plancha del armario y se largue.

«El cabrón de Lexo intenta saldar su deuda con calderilla. Se lo dije claro al capullo. Le suelto: tú y yo éramos socios hasta que me enteré de lo contrario…». Ahora Franco prepara unas rayas de farlopa. «Dejó de venir a verme a la cárcel sin más; nunca dijo nada del puto café tailandés ni de la disolución de la sociedad. Eso quiere decir que la mitad de ese puto café es mía. Se vuelve y empieza con que si todas las putas deudas que tuvo que pagar para montar el puto café, pero yo me limité a volverme y decirle al capullo que no estábamos hablando de putas pelas, sino de putos colegas. Es una cuestión de putos principios».

Miro un gran cuchillo del pan que hay en la tabla de cortar sobre la encimera. Sería perfecto, tío, pero aquí no…, no con la chavala esa y su crío en casa. Me meto una raya.

«Ya nos hemos quedado sin farlopa», suelta él, mientras saca el móvil, «pero

pillaré más».

«Nah, yo tengo en casa, acompáñame, la pillamos y nos vamos a echar una cerveza».

«De puta madre, tío», suelta Franco, mientras se pone la chaqueta. Le pega un grito a su chorva: «Me voy por ahí un rato, vale» y le sigo y salimos por la puerta.

Sigue dándole al pico acerca de Lexo. «Ese cabronazo…, más vale que se ande con cuidao o lo mato, joder».

Yo estoy como temblando por dentro, pero no tan asustado; puede que sea la farlopa, así que le suelto: «Ya, eso ya lo puedes hacer, Franco. Te cargaste a Donnelly».

Franco se para en seco en mitad de la calle y me lanza una mirada ártica que te cagas, tío. Por esa le cayó una condena por homicidio sin premeditación. Era él o Donnelly, todo el mundo lo dijo, y Franco salió gravemente herido, el tío intentó cargárselo de dos puñaladas con un destornillador afilado. «¿Qué cojones me estás diciendo?».

«Nada, Franco; venga, vámonos a buscar la farlopa y luego te invito a una cerveza, tío».

Begbie me mira un instante, y a continuación empieza a andar; nos encaminamos hacia mi casa. Subimos las escaleras y yo hago como que rebusco por los bolsillos de la ropa en busca de farlopa. Me voy a la cocina y dejo unos cuchillos a mano. Espero que el gachó sea rápido. «¡Ven un momento, Franco!», le grito.

Franco se acerca hasta la cocina. «¿Dónde está la puta farlopa, eh, pedazo de inútil?».

«Te cargaste a Donnelly, ¿no?», le suelto.

«No sabes de la misa la mitad, Spud», dice mientras se ríe de forma escalofriante y enciende el móvil. «Ya conseguiré yo la blanca, inútil de mierda», dice mientras empieza a teclear los números.

«Chizzie el Bicharraco», le suelto. Franco cierra el móvil de golpe. «¿Pero tú de qué cojones vas?». Begbie está sobresaltado y me mira, y con esa mirada sería capaz de helar el infierno, tío. Te fijas en esos ojos y es como si te arrancaran la piel, tío, como si no llevaras ni ropa, como si no fueras más que una masa palpitante de sangre a punto de perder su forma y desparramarse por el suelo sin más.

Puede que sean la coca y los nervios pero le estoy contando a Begbie la historia, el plan, y cómo me estaría haciendo un favor. Pero se le ve furibundo, tío, furibundo que te cagas, así que decido pasar al plan B. Señalo los cuchillos dispuestos sobre la mesa y suelto: «Eh, Franco, tío, me olvidé de darte algo…».

«¿Qué…?».

Y le estrello el tarro en la cara, tío, pero le doy en la boca en lugar de darle en la tocha. Durante una fracción de segundo, noto esa sensación de adrenalina a tope y

casi capto lo que Begbie le ve al rollo este de la violencia. Ahí estoy, de pie, en una pose de pelea, mirándole sin más. Para mi espanto, no arremete contra mí. Se toca el labio, ve la sangre en el dedo. Después se me queda mirando un momento.

«¡PUTO CABRÓN DE MIERDA!», escupe Begbie, lanzándose hacia delante y estrellando su cabeza contra mi cara. Me tambaleo hacia atrás mientras esa muestra de dolor puro, como de una blancura eléctrica, llega disparada al centro de mi cerebro. Me vuelve a golpear y me encuentro en el suelo sin recordar cómo he llegado hasta allí. Tengo los ojos llorosos y me hinca la bota y no puedo respirar y vomito; el cuerpo me tiembla del shock y me baja sangre por la tráquea. Esto no es lo que quiero…, que acabe rápido…

«… acaba rápido…», me quejo.

«¡No pienso matarte, joder! ¡No vas a morir! ¡JODER, COMO INTENTES HACER QUE TE MATE, ERES HOMBRE MUERTO!… JODER, ERES…».

Begbie se para en seco durante un minuto, mientras yo me esfuerzo en levantar la vista e intento concentrarme en él y parece que vaya a reírse, pero hace una mueca y le pega un puñetazo a la pared. «¡PUTO CAPULLO! ¡NOSOTROS NO DOBLAMOS! ¡SOMOS DE LOS HIBS! ¡SOMOS DE LEITH, HOSTIAS! ¡NO HACEMOS CAGADAS DESAS!», prácticamente suplica, y baja la voz: «Eso es fallarle a todo el mundo…, Spud…». Después me mira con cara de loco otra vez. «¡Ya veo a qué juegas! ¡YA VEO TU JUEGO! ¡QUIERES UTILIZARME, CACHO CABRÓN!».

Intento incorporarme apoyándome en el codo, tratando de ponerme las pilas. «Sí…, quiero morir… Renton dio el dinero a los tipos como yo, no a ti…, a ti te dejó tirao. Yo me lo gasté todo. En caballo».

Aunque ahora no puedo verle, apenas logro ver el neón del techo de la cocina, noto su mirada fija. «Tú… sé lo que intentas hacer…».

«Me lo gasté todo, tío», sonrío a pesar del dolor, «perdona, tron…».

Franco resuella como si le hubiese pegado una patada en el estómago y estoy a punto de decir más cuando siento un golpe en un lado de la cara y se oye un chasquido espantoso, como si me hubiera roto la mandíbula. El dolor es vomitivo, pero un tanto entumecedor. A continuación escucho su voz y otra vez esa especie de extraña plegaria, tío: «¡Están Alison y el crío! ¿Cómo crees que les afectaría tu muerte, capullín egoísta?». Me está pateando y sus golpes no paran de llover pero no los siento mientras pienso en todo ello…, Alison, Andy…, y recuerdo aquel verano, los dos junto al Shore, en Water of Leith, ella con aquel vestido premamá veraniego, yo acariciándole el bombo y sintiendo las pataditas del crío. Yo le decía, con lágrimas de alegría en los ojos, que ese chaval iba a hacer todas las cosas que yo no hice nunca. Luego parece como cuando le sostuve por primera vez en el hospital. La sonrisa de ella, el primer paso de él, y su primera palabra, que fue «papá»…, veo todo eso y quiero vivir; Franco tiene razón tío, tiene razón…, levanto una mano y jadeo:

«Tienes razón, Franco…, tienes razón», gimo, pero con todo mi corazón. «Gracias, colega…, gracias por ponerme las pilas. Quiero vivir…».

No veo la expresión de Franco, sólo veo una espiral de negrura; con los ojos no puedo verla, pero con la mente sí. Y es fría y malvada y le oigo decir: «Ahora ya es demasiado tarde para eso, so capullo; haberlo pensado antes de pasarte de listo y tratar de utilizarme…».

Y vuelve a darme de puntapiés…

Y yo trato de librarme gimiendo, tío, pero es como si estuviera en otra parte y nada funcionara y me desvaneciera…, está todo oscuro…, después hace frío y me están despertando a bofetadas y pienso que estoy en el hospital pero es la cara de Franco. «¡Arriba, arriba, bobochorra, que no quiero que te pierdas la fiesta! Porque sí que vas a morir, so capullo, pero va a ser de un lento que te cagas…».

Y su puño vuelve a estrellarse en mi cara y lo único que veo es a Alison sonriéndome y al enano, y pienso en lo mucho que les echaré de menos y después la oigo gritar a ella, a Alison: «¡DANNY! ¡QUÉ ESTÁ PASANDO!… ¡QUÉ LE ESTÁS HACIENDO, FRANK!».

Ella está en casa con el crío y, ay no…, y Begbie le ruge por respuesta: «¡ES UN PUTO ANORMAL! ¡ES UN PUTO ANORMAL! ¿ES QUE SOY EL ÚNICO TIPO NORMAL EN ESTE LUGAR? ¡DÍSELO!».

Acto seguido se larga, sale por la puerta, y Ali, llorando, está junto a mí, sosteniéndome la cabeza. «¿Qué ha pasado, Danny? ¿Fue algo de drogas?».

Yo escupo sangre. «Un malentendido…, eso es todo…». Levanto la vista para mirar al crío, que está todo asustado. «El tío Franky yo sólo estábamos jugando, amiguito…, sólo estábamos jugando…».

Intento mantener erguida la cabeza, tratando de mostrarme valiente por él, pero siento dolor por todas partes y todo me da vueltas lentamente alrededor y me siento desvanecer y perder el conocimiento, y voy cayendo en un pozo oscuro que da vueltas…

65. CHANCHULLO N.° 18750

Estoy tomando una copa con mi viejo amigo y nuevo socio en el City Café, y dándole la buena noticia. Renton, que tiene aspecto de haberse puesto un poco regordete, mira fijamente la carta que le he entregado y luego me mira a mí con asombro apenas disimulado. «No sé cómo coño lo has logrado, Simon».

«Todo es cuestión de la showreel que saqué y les envié», le explico. Puedo ver por la expresión de su cara que él piensa que todo es cuestión del empleo de su influencia por parte de Miz. Que piense lo que quiera.

Renton se encoge de hombros y prorrumpe en una sonrisa admirativa. «Bien, hasta ahora hemos estado haciendo las cosas a tu manera y no han salido demasiado mal», me dice, mientras vuelve a examinar la carta. «Proyección íntegra en el Festival de Cine Adulto de Cannes. Se mire por donde se mire, es un puntazo».

Por lo general, la adulación es el bálsamo más aromático que existe para el ego, pero cuando procede de los labios de Rent Boy uno siempre está a la espera de la patada en los morros que le sigue. Discutimos la construcción del sitio web de nuestra película, www.sietepolvos.com, y lo que queremos poner en él. Mi principal objetivo, no obstante, es asegurarme de que tengamos un producto que vender. Eso significa que algún pringao tiene que sentarse en un almacén a meter vídeos en cajas. Y sólo conozco a una persona que dice tener montones de cosas que hacer en el Dam.

De modo que nos vamos de excursión, pero está muy lejos de resultar agradable, estar sentado en un almacén haciendo un trabajo de chinos. El lugar produce una sensación horrible, claustrofóbica. Cuando regreso a Edimburgo necesito una sesión en los baños de Porty, así que trago con fuerza e incurro en el espantoso coste del taxi hasta allí. Renton me acompaña hasta el centro de la ciudad y contribuye a regañadientes con un billete de diez.

Sentado en la cuba de los baños de agua a presión en Portobello, disfrutando del agua caliente y la sensación del impacto de los chorros de agua, pienso que esta ha sido una de las cosas que más eché de menos en Londres durante la última década. Ah, los baños a presión de la piscina de Porty. Resulta imposible explicarle a los neófitos el estado de puro trance lujurioso en el que uno se sume aquí, muy superior a cualquier sauna o baño turco. Tan deliciosamente de la vieja escuela, esta enorme cuba de hojalata a lo Julio Verne, con sus diales, sus válvulas y sus pipas. A los vejestorios apestosos que vienen aquí de día les encanta.

Pienso que este es el estado de ánimo con el que difundir la buena nueva, así que, tras salir de mala gana y ponerme una toalla alrededor de la cintura, me retiro a mi taquilla y cojo el móvil. La señal es fuerte para estar en un espacio cerrado. Llamo a todos los que se me ocurre y les cuento la noticia de que nos han seleccionado para Cannes. Nikki chilla de gozo, Birrell suelta un «Vale» a regañadientes, como si le

hubiera contado que le han rebajado en un par de meses una pena de diez años de cárcel que acaban de imponerle. La reacción de Terry es muy propia de él. «Estoy que no cago. ¡Todos esos chochos franceses, y todas esas tías pijas a las que se les estará cayendo la baba!».

Bajo a Leith y al pub. A punto estoy de escabullirme escaleras arriba hasta la oficina, para comprobar los mensajes Bananazzurri, cuando Moira me tiende una emboscada en el recodo de la escalera; esos ojos asustados y enloquecidos bajo una mata con permanente recién hecha hacen que me detenga de asombro. «Mo. Has estado en la pelu. Te sienta muy bien», sonrío.

Mo no está contenta y ahora parece totalmente inmune a mis encantos. «Olvídate de mi pelo, Simon, abajo hay un hombre del Evening News que no para de hacer toda clase de preguntas sobre ti, y si sé algo acerca de unas películas que rodáis en la parte de arriba y tal».

«¿Tú qué le has dicho?».

«Le dije que yo no sabía nada», dice, sacudiendo la cabeza.

Moira no es ninguna chota, de eso estoy seguro. «Gracias, Mo. Esto es acoso, joder. Si ese tiparraco vuelve a entrar aquí, dímelo. Haré que le peguen un tiro y que le quemen la casa», le espeto a Mo, que me mira con expresión atónita.

Estoy a punto de escapar escaleras arriba cuando la vieja vaca me muge: «Necesito ayuda aquí abajo, Simon. Ali ha tenido que ir al hospital, su hombre está herido».

«¿Quién, Spud?».

«Sí».

«¿Qué ha pasado?».

«No lo saben, pero por lo que dicen está hecho unos zorros».

«Vale, dame cinco…», digo, sintiendo una extraña preocupación por Murphy. A ver, no es que sigamos siendo amigos del alma, pero no le deseo ningún mal a ese saco de pulgas. Subo las escaleras de espaldas, saludando con la mano al rostro sobresaltado que queda abajo. «Tengo que mirar el correo…».

«Y Paula ha llamado desde España, preguntándome cómo van las cosas. Le he dicho que bien, pero es mi amiga. No puedo seguir encubriéndote, Simon. No pienso mentirle a Paula».

Me paro en seco. «¿Qué quieres decir?».

«Bueno, ese tipo tan majo, el señor Cresswell, el de la fábrica de cervezas, dice que la entrega de la semana pasada aún no la ha cobrado. Le dije que te pondrías en contacto con él y lo resolverías».

Lo pienso un poco antes de dirigirme a Mo. «Cresswell es un sor angustias: un corporativista. No entiende que los negocios funcionan basándose en el crédito y el cash-flow. No, se limita a permanecer sentado en su elegante oficina de

Fountainbridge haciendo como que entiende algo del mundo real de los negocios. Un día en el tajo y la palma. Ya hablaré con él», despotrico, subiendo a la oficina para meterme una rápida raya tonificante antes de ocuparme del servicio de barra.

He convocado una reunión en el pub para esta tarde. Quién coño sabe por qué, supongo que para tenerles al tanto de la evolución. Lo más probable es que sea porque la farlopa me circula por el organismo y me apetece mucho más darle la tabarra a unos cuantos aquí arriba que servirle alcohol a los viejos y jóvenes necios de abajo. He decidido mantener a Forrester al margen, pensando que habría movida si él y Renton están en el mismo edificio. Por supuesto, Renton ni siquiera tiene la puta gentileza de aparecer. Rab Birrell desfila con gesto hosco por la puerta y Terry llega y solicita inmediatamente que le facturen. De repente parece que todo quisque se haya vuelto loco por la pasta. ¿Quién cojones se habrán creído que soy? Seguro que ha sido el puto Renton el que ha estado metiendo ideas en la cabeza a todo el mundo por el móvil, me jugaría algo. «Lo siento, Tel, vamos fatal de boniatos en lata o, si así lo prefieres: nasti de plasti».

«¿Conque es eso? ¿No me llevo nada por lo que hice?».

«No tienes participación en los beneficios, Terry», le explico. «Te contratamos como follador. Siempre fui yo el que cortaba el bacalao».

«Pues vale», dice con una sonrisa que me hace sentir decididamente inquieto. «Así es la vida».

El entusiasmo de Terry hizo de él un compañero de viaje útil en determinado momento. Su falta de ambición significa que nunca será una figura en el negocio. Uno hace las cosas lo mejor que puede, les ofrece la oportunidad de aprender y crecer. El resto es cosa de ellos. Pero se lo está tomando bien. Demasiado bien.

Así que veamos qué tal se toma esto otro. «Tenemos un problema», declaro lacónicamente. «Es obvio que todos no podemos ir a Cannes, es demasiado prohibitivo. Así que iremos yo, Nikki, Mel y Curtís. Las estrellas. Rents también, le necesito para las cuestiones empresariales. Los demás sobran».

«Yo no puedo ir de todas formas», dice Rab, «no con el crío, el curso y tal».

Terry se pone en pie bruscamente y se encamina hacia la puerta. «Tez», le grito, tratando de que no se me escape una mueca de regocijo.

Se vuelve y dice: «¿Qué cojones hago aquí si ni me pagan ni voy a Cannes?». A decir verdad, a mí no se me ocurre motivo alguno, así que me quedo literalmente mudo mientras él prosigue: «Me estás haciendo perder el tiempo. Me voy al hospital a ver a Spud», gruñe antes de largarse.

«Yo también», le secunda Rab, levantándose y siguiéndole. ¿Serán fracasados o qué? Pienso que Rab no conoce a Spud, de modo que lo interpreto más como que se marcha que como deseo de cumplir con la obligación de ir a hacer visitas.

En ese momento entra Nikki y se disculpa por llegar tarde. Observa con

preocupación mientras ellos se marchan. Me vuelvo hacia ella. «Que les den por culo y les embaracen. Nunca nos hicieron falta y ahora menos. No se puede dejar que sea la cola la que menee al perro, y estoy harto de alimentar sus delirios de suficiencia».

Craig parece tenso y Ursula se ríe; Ronnie sonríe maliciosamente. Nikki, Gina y Mel me miran como si debiera decir algo más. «Cuando entre el resultado de las ventas, organizaremos el reparto entre nosotros», les explico. «¿Qué pasa? ¡No se puede repartir dinero cuando no hay dinero que repartir, joder!».

A los demás les echo una conferencia acerca de la economía del negocio que a la mayoría les entra por un oído y les sale por el otro. Al final acaban por pirarse; la única que aguanta es Nikki. Me doy cuenta de que no está contenta con la forma en que he tratado a Rab y a Terry. Noto cierta tensión interior al experimentar por ella un desprecio que me corroe, lo cual resulta horrible, porque probablemente esté enamorado de ella. Ahora ella capta algo, habla de naderías, me cuenta que está pensando en mandar la sauna a la porra. Le digo que no es mala idea, pues esos sitios los llevan tipos de lo más sórdido. Empiezo a preguntarme si no estará preparándose para entrarme y pedirme pasta. Finalmente, termina por irse a hacer su turno y yo quedo con ella para vernos esta noche.

Así que parece que mi equipo se ha reducido, pero en este momento no tengo ganas de ponerme a pensar en granujas insensatos como Terry. Subo a la oficina y me preparo un jugoso tirito; justamente entonces llama un mamón de periodista. «¿Podría hablar con Simon Williamson?».

«El señor Williamson no se encuentra aquí en estos momentos», le digo. «Por lo visto está jugando al pádel en Jack Kanes… o quizá en Portobello».

«¿Cuándo cree que volverá?».

«En este momento no estoy muy seguro. Últimamente el señor Williamson anda muy atareado».

«¿Con quién hablo?».

«Con el señor Francis Begbie».

«Bueno, si pudiera pedirle al señor Williamson que me llame cuando regrese…».

«Le dejaré el recado, pero Simon es un espíritu libre», le anuncio al auricular mientras empleo un billete de cincuenta libras para aspirar un poco de farlopa.

«Bueno, pues asegúrese de que me llama. Es urgente. Necesito aclarar algunas cosas», dice monótonamente la voz pomposa.

«Cómete mi rabo de presidiario», le digo, colgando de golpe mientras la raya de farlopa me tensa la columna vertebral. Desenrollo el billete nuevo de cincuenta, deleitándome con su belleza. El dinero le proporciona a uno el lujo de no tener que preocuparse por él. Puedes hacer como que lo encuentras vulgar y de mal gusto, pero ya verás lo vulgar y de mal gusto que te parece cuando lo eches en falta en el bolsillo.

Lo primero de todo, no obstante, es que nos aguarda el gran pelotazo. Hagamos

Cannes-Cannes.

66. PUTAS DE AMSTERDAM, 9.ª PARTE

Ya estoy harto de las relaciones con altos costes de mantenimiento. No obstante, aquí estoy, otra vez en Amsterdam, metido de algún modo en otra. Porque Sick Boy anda enfurruñado.

Estamos sentados en un almacén frío y con corrientes de aire en Leyland, en las afueras de la ciudad, metiendo cintas de vídeo en carátulas y luego en cajas. El local es de Miz y es un cagadero, con toda clase de basura amontonada en palés hasta llegar al techo. Tiene esa asquerosa iluminación fluorescente amarillo-azulada, que sale reflejada de los paneles de aluminio que cuelgan de las vigas de color rojo óxido. Intento pensar en márgenes: 2000 x 10 libras dividido por 2 = 10000 libras, pero me cuesta siglos y Sick Boy está descontento. Había olvidado la capacidad de queja que tiene el muy cabrón, de gemir en voz alta ante molestias que deberían resultar lo bastante pasajeras como para guardárselas para sí. Pero incluso eso resultaría preferible a este rumiar silencioso, que torna el ambiente más espeso que el alquitrán. Es evidente que piensa que esto no es lo bastante glamuroso para él, pero olvida que en cuanto me doy cuenta de que está enojado puedo limitarme a relajarme y disfrutar de sus gemidos y sus depres.

«Necesitamos mano de obra, Renton», dice, tamborileando en una carátula vacía que tiene sobre el muslo. «¿Dónde está esa torda Kraut tuya? ¿Ya no pinta nada desde que te cepillas a Dianne?».

Guardo silencio, obrando de acuerdo con el viejo principio según el cual hay que mantener al margen de la vida sentimental de uno a Sick Boy. Nada de lo que el cabrón ha hecho esta vez me ha convencido de que deba revisar esa filosofía. «Vete a la mierda. Deja de gimotear y sigue empaquetando», le digo, mientras pienso todo el rato, cierto, ¿dónde estará? Espero que lejos. Mantengo la cabeza gacha por si es capaz de leerlo en mi mirada.

Noto esos focos deslumbrándome. «Cuidado con volver a juntarte con la Dianne esa», dice. «En Italia tenemos un dicho acerca de recalentar la sopa del día anterior. Nunca da resultado. Col recalentada, colega. Minestra riscaldata!».

Me dan ganas de estrellar mi puño en la cara de este cabrón. En su lugar, le dedico una sonrisa.

Entonces parece que se le ocurre algo, y asiente con una especie de aprobación severa. «Pero al menos tiene la edad correcta. Me encantan las mujeres a esa edad. Nunca salgas con una tía de treinta y tantos. Son todas unas arpías amargadas y ponzoñosas con una agenda. A decir verdad, que tengan menos de veintiséis, a ser posible. Pero nada de adolescentes; son demasiado inmaduras y acaban chirriando al cabo de un tiempo. No, de veinte a veinticinco es la época perfecta para las tías», explica, y a continuación empieza a echar pestes mientras repasa la gramola de sus

obsesiones. Me abruma con viejos favoritos de todos los tiempos: cine, música, Alex Miller, Sean Connery; y con nuevos: las permanentes cutres, las putas craqueras, Alex McLeish, Franck Sauzee, los presentadores televisivos, el cine basura.

El no para de rajar. A mí me la machaca. Sencillamente no me sale de los huevos decir algo como: Solaris le da mil vueltas a 2001 y después escucharle argumentar enérgicamente en contra. O al revés, esperar a que sea él quien lo diga y que él espere que sea yo el que defienda el punto de vista contrario. Y esa forma tan desafiante que tenemos de mirarnos, como si estuviéramos de acuerdo, aun en el caso de que así sea, es señal de que somos unas mariconas decadentes. Me la machaca tanto que no me sale ni decirle que me la machaca.

Soy consciente, mientras guardo la enésima representación de las nalgas de Nikki en una carátula, de que mis oídos empiezan a cerrarse. Nikki tiene un culo precioso, no cabe la menor duda, pero cuando has metido una representación suya en papel en la caja número trescientos, se torna menos atractivo. Quizá las imágenes pornográficas sean algo que no deberíamos contemplar de forma repetida; quizá sí insensibilicen y erosionen la sexualidad. La perorata de Sick Boy se amplía: planes, traiciones, el destino de un hombre sensible rodeado de yonquis, masones, escoria, vagos, putas y tías que no saben vestir.

Me oigo decir a mí mismo: «Mmmm», en señal de continuo acuerdo. Pero después de un rato, Sick Boy me da un meneo y me grita: «¡Renton! ¿Te has quedado totalmente Lee Van?»,[48] me pregunta.

Ahora mismo no tengo demasiado fresco el argot rimado de Leith, así que tardo un poco en caer en la cuenta. «No».

«¡Entonces escucha, puto maleducado! ¡Estamos conversando!».

«¿Qué?».

«He dicho que quería tomar té en porcelana fina», me dice. Se da cuenta de que ha captado mi atención, porque que me jodan si sé de qué habla este capullo. Luego mira a su alrededor y matiza su afirmación. «No, lo que de verdad quiero hacer es tomar té en un ambiente donde esta mierda de porcelana luzca», dice sosteniendo una taza del Ajax, «y la porcelana fina no lo hace, joder», salta, arrojando bruscamente una carátula de vídeo al suelo y poniéndose en pie. La nuez le asoma en el cuello más que un cochinillo en el estómago de una serpiente.

Y entonces lanza la taza contra la pared y yo me estremezco mientras se hace añicos. «Vete a la mierda, esa es la taza de Miz, so cabrón», le digo.

«Perdona, Mark», dice tímidamente, «son los nervios. Demasiada farlopa últimamente. Tendré que tomarme las cosas con más calma».

La verdad es que a mí nunca me ha gustado el perico, pero mucha gente es de la misma opinión y no por ello deja de atiborrarse la tocha. Por el simple hecho de que está ahí. La gente consume mierda que no le hace ningún bien, a menudo por el

simple hecho de que puede hacerlo. Sería ingenuo esperar que las drogas fueran ajenas a las leyes del moderno capitalismo de consumo. Especialmente cuando, en tanto producto, son el que mejor ayuda a definirlo.

Nos lleva otras dos tensas y asquerosas horas terminar con nuestra copiosa tarea. Tengo callos en las manos y me duelen el pulgar y la muñeca. Miro las cajas llenas de vídeos allí amontonadas. Sí, ya tenemos el «producto», como a él le gusta denominarlo, listo para ser distribuido después de Cannes. Aún no puedo creer que nos haya conseguido plaza en el festival de Cine de Cannes. No se trata del verdadero festival de Cannes, sino del festival de cine adulto que tiene lugar en las mismas fechas. Cuando hago este matiz, por lo general cuando está ligando con una mujer, cosa que parece que haga a todas horas, le pone de los nervios. «Es un festival de cine, y además tiene lugar en Cannes. ¿Qué puto problema hay?».

Me alegro de abandonar el almacén y de volver al centro. Esta vez estamos dándonos un poco la vida padre, residiendo en el American Hotel del Leidseplein. Había tomado una copa en el bar unas cuantas veces, pero jamás de los jamases pensé que me hospedaría aquí. Nos acomodamos en la barra y pagamos unos precios demenciales. Pero ahora podemos permitírnoslo y durante algún tiempo podremos seguir haciéndolo. Bueno, algunos.

67. FÚTBOL EN EL CANAL SKY

Espero a que Kate llegue con el crío para hacerme la puta cena antes de bajar al pub a ver el fútbol en el canal Sky. Más vale que se ponga las pilas, porque el tiempo vuela. Así que ahí estoy, viendo esa tele grande que te cagas; ahora nunca está apagada. Hasta tengo la puta caja para poder ver Sky, pero esta noche pienso ver el partido en el garito. Mejor ambiente.

No paro de acordarme de la Semana Santa y del puto bicharraco pederasta aquel. Armó bastante revuelo en su momento, pero no era más que la mierda de siempre: ¿vio alguien a un grupo de jóvenes abandonar el puto pub bla, bla, bla? Buen momento para cargarse a alguien, las vacaciones. La gente tiene más cosas en que pensar que en un puto pederasta. Aunque a veces pienso que tendría que ir a ver a Charlie otra vez, y a esos abuelos, para asegurarme de que nadie se vaya del pico.

Porque gracias a mí el mundo es un sitio un poco mejor. Porque esos putos bichos merecen morir. Así es como lo veo yo, joder. Y tanto. Si la poli fuera sincera, diría lo mismo. Estoy de acuerdo con el periódico ese, el News of the World. Decidnos dónde viven esos cabrones e iremos allí a exterminarlos a todos. Problema resuelto de inmediato. Como ese capullo retorcido de Murphy…, y se supone que es colega…, como se supone que lo era Renton…, pienso arrancarle el corazón de cuajo y luego mearme en el hueco.

Luego te preocupas. Te preocupas de que te estés convirtiendo en un pirao de esos y tal, como los que hay en América. Así es como hablan ellos.

Luego miras el puto libro ese, la puta Biblia. De esos en el talego, a patadas. No sé cómo puede haber dios que se lea esa mierda; que si «hízose esto» por allá y «engendróse aquello» por acá; joder, ni siquiera está escrito en el puto inglés de la reina. Pero dicen que en la Biblia pone que Dios hizo al hombre a su imagen y semejanza. Para mí que eso quiere decir que no intentar ser como Dios sería insultar al nota que te cagas; al menos, así lo veo yo. Conque sí, jugaba a ser Dios cuando liquidé a ese pederasta de mierda. ¿Y qué, hostias?

Cambio de canal, pero en la tele salen por todas partes: pederastas, pedófilos, estupradores, todo el puto mogollón. Hay un puto mamón de psicólogo diciendo que todos ellos han sufrido abusos, y que por eso lo hacen. Y una puta mierda. Hay mogollón de peña que ha sufrido abusos y no salen así. De manera que podría decirse que me apiadé del cabrón, porque lo único que le iba a pasar es que alguien habría vuelto a abusar de él en el talego y tal. Mejor no le podría haber ido.

La casa me está volviendo loco, y quién coño sabrá dónde se habrá metido esta, así que me acerco de un salto a por un ejemplar del News. En la calle hace un frío de cagarse, así que vuelvo a subir escopeteao con el periódico. Trae la mierda habitual, pero de pronto veo algo que hace que me detenga.

HOSTIAS.

El corazón me da botes contra el pecho cuando lo leo:

NUEVAS PISTAS EN LA BÚSQUEDA
DEL ASESINO LOCAL

La policía, que sigue buscando pistas en relación con el asesinato de un nativo de la ciudad ocurrido en un pub de Leith, ha revelado que recibió una llamada de un comunicante anónimo que ha arrojado información «prometedora». Han realizado un llamamiento para que el comunicante vuelva a ponerse en contacto con ellos.

El jueves víspera de las vacaciones de Pascua, el nativo de Edimburgo Gary Chisholm (38) fue hallado desangrándose en el suelo de un pub de Leith por el propietario Charles Winters (52). El señor Winters se encontraba en el almacén cambiando un barril cuando escuchó gritos y un chillido proveniente de la barra. Subió corriendo y allí halló al señor Chisholm tendido y degollado sobre el suelo del pub ahora vacío, y vio a dos jóvenes de entre quince y veinte años huyendo del lugar de los hechos. Intentó socorrer al señor Chisholm, pero ya era demasiado tarde.

Respecto a la nueva información, el agente encargado de la investigación, el inspector Douglas Gillman, dice: «Es cierto que hemos recibido información adicional sobre el caso, que puede o no resultarnos útil en este momento. Hacemos un llamamiento para que un comunicante varón, que telefoneó el martes por la tarde, vuelva a ponerse en contacto con nosotros».

Entretanto, la apenada familia de la víctima secundaba los llamamientos para que algún particular se presente como testigo. Su hermana, la señora Janice Newman (34), dijo: «Gary era un tipo estupendo, sin una gota de maldad en todo su cuerpo. No entiendo cómo puede haber alguien capaz de encubrir al monstruo que mató a mi hermano». Si alguien posee información acerca de este caso, el teléfono de contacto es el 0131-989 7173.

Eso no es más que mierda. Es lo primero que te dicen en el talego; si la poli empieza a hacer eso es que están desesperaos; es su manera de apretar un poco las tuercas. Entonces empiezo a pensar en ese capullo de Segundo Premio, no sé nada de ese puto cabrón. Esa puta bocaza de bolinga, que no para de soltar mierda…, otro presunto colega…

HOSTIA PUTA…

No es que yo me crea nada de la mierda esa de la religión; esos cabrones han dao más guerra que los putos pederastas, allá en Irlanda y eso. Y está demostrado que los cabrones de los curas son los mayores pederastas que hay, así que cuando lo piensas, todo encaja. Murphy es hombre muerto. Ese es el problema que tienen algunos: nunca se toman el tiempo de sentarse y pensar las cosas. Son unos descerebraos.

Aparece Kate, y después de hacer la cena y acostar al crío empieza a lavarse el pelo. Ahora se lo seca. No sé para qué querrá lavarse el puto pelo si se va a quedar en casa. A lo mejor es para mañana, para su turno en la puta tienda de ropa esa. Apuesto a que hay algún cabrón que trabaja allí o en alguna de las otras tiendas del puto centro ese que le tiene echao el ojo. Algún sobrao que se cree el no va más. Uno de esos guaperas, ligones profesionales como Sick Boy, cabrones sin escrúpulos que no hacen más que utilizar a las tías.

Mientras ella no le tenga echado el ojo a alguno de su cuerda…, lo cual me da que pensar. «¿Te acuerdas de lo que nos pasó la primera vez que nos enrollamos?», le suelto.

Levanta la vista y me mira, mientras apaga el secador. «¿A qué te refieres?», dice.

«En la cama y tal, ¿no te acuerdas?».

Ahora me mira como si supiera de qué hablo. Eso quiere decir que ella también le da vueltas. «Eso fue hace siglos, Frank. Acababas de salir de la cárcel. No importa», me suelta, haciendo una pequeña mueca.

«Ahora ya no, pero a mí me importa que te cagas lo que la gente pueda saber al respecto. ¿No le habrás contado nada a nadie, verdad?».

Ella saca un pitillo y lo enciende. «Qué…, por supuesto que no. Es cosa tuya y mía y de nadie más».

«Y que lo digas», suelto yo. «Entonces no le has contado nada a nadie, ¿verdad?».

«No».

«¿Ni siquiera a la puta Evelyn esa?», le pregunto. Antes de que conteste, le suelto: «Porque ya sé lo que pasa cuando os juntáis las tías. Habláis. ¿Qué no? Claro que lo hacéis, joder».

Se nota que eso le da que pensar que te cagas. Más vale que no me esté mintiendo, joder, por la cuenta que le trae. «Pero de eso no, Frank. Eso es privado y ocurrió hace siglos. Nunca pienso en ello».

Ajá, conque nunca piensa en ello. Ni siquiera piensa en el hecho de que se pegó dos semanas acostándose con un tío que no se la podía follar. Y una mierda no piensa en ello. «Así que no habláis ese pendón de Evelyn y tú, y la otra puta colega tuya, la de los pelos…».

«Rhona», suelta ella, precavida a tope.

«El pendón de Rhona. ¿Estás tratando de decirme que no habláis de vuestros maromos y tal?».

Entonces los ojos se le ponen como platos, como si estuviera asustada. Pero ¿de qué tendría que estar asustada, joder? «Claro que hablamos», me suelta, «pero no de ese tipo de historias y tal…».

«¿De qué no habláis?».

«De intimidades, de cosas que pasan en la cama y tal».

La miro directamente a los ojos. «¿Así que no hablas de las cosas que pasan en la cama con tus amigas y tal?».

«Por supuesto que no… ¿Qué pasa, Frank, cuál es el problema?», me pregunta.

Le voy a decir yo cuál es el problema pero ya. «Vale pues, entonces, ¿qué me dices de aquella vez cuando salimos unos cuantos al Black Swan? ¿Te acuerdas de aquella vez? La tal Evelyn estaba allí y la de los pelos, ¿cómo dices que se llama el cacho ese?».

«Rhona», dice, preocupada a tope. «Pero, Fran…».

Chasqueo los dedos. «Rhona, esa es. Vale, pues. ¿Te acuerdas del capullo con el que estabas antes de estar conmigo, el capullo al que hostié por el centro?», le pregunto. Los ojos se le ensanchan más aún. «Me acuerdo que estábamos en el pub aquella vez, en el Black Swan, y que tú dijiste que de todas formas era una mierda en la cama; eso es lo que dijiste de él aquella vez, ¿te acuerdas?».

«Frank, esto es una tontería…».

La señalo con el dedo. «¡Contesta a la puta pregunta, joder! ¿Lo dijiste o no lo dijiste?».

«Sí…, pero sólo lo dije…, por el alivio que sentía por haberme librado de él…, ¡por el alivio que sentía de estar contigo!».

Por el puto alivio que sentía de estar conmigo. Por el alivio que sentía por haberse librado de aquel cabrón. «Así que sólo lo decías por impresionarme a mí y a tus putas colegas».

«¡Sí, eso es!», dice, casi cantando, como si acabara de librarse.

Joder, no se da cuenta de que lo único que hace es empeorar las cosas con toda esa mierda. Igual que todos esos capullos que son incapaces de mantener la puta boca cerrada; lo único que está haciendo es cavarse una tumba más profunda a fuerza de hablar. «Vale. Así que no era cierto, no era una puta mierda en la cama. Era cojonudo. Era mucho mejor que yo. Esa es la puta verdad, ¿no?».

Ahora es como si estuviera a punto de llorar. «No, no…, a ver…, no importa cómo fuera en la cama, sólo lo decía porque le odiaba…, porque me alegraba de verme libre de él. No importa cómo fuera en la cama…».

Ante eso suelto una sonrisilla. «Así que sólo lo dijiste porque habíais terminado, porque erais historia».

«¡Eso!».

No dice más que putas chorradas. No me salen las cuentas. «Entonces, ¿qué pasa si cortamos nosotros? ¿Si nosotros acabamos siendo historia? ¿Te pondrás a decir esas cosas de mí por todos los putos pubs de Leith? ¿Es eso?».

«No…, no…, las cosas no son así…».

Se lo voy a decir bien clarito. «¡Más vale que no! Porque como rajes una sola palabra de ese tema, no queda de ti ni la memoria. No quedará ni rastro de que hayas

existido nunca… ¿Vale?».

Echa una puta mirada hacia la habitación del crío y después vuelve a mirarme a mí. Entonces rompe a llorar. Cree que voy a hacerle daño a su puto crío, como si fuera una especie de pederasta cabrón. «Mira», le suelto, «no llores, Kate, venga…, mira, no quise decir eso», le digo, y me acerco y la rodeo con el brazo y le suelto, «… es sólo que hay un montón de gente que me odia, ¿sabes? Cabrones que van diciendo cosas a mis espaldas… y he estado recibiendo cosas…, cosas por correo…, no les des armas…, eso es lo único que estoy diciendo, joder…, que no les des armas que puedan emplear en mi contra…».

Y ella me abraza y me dice: «Nadie me oirá decir ni una mala palabra en tu contra, Frank, porque eres bueno conmigo y no me pegas, pero por favor no me des estos sustos, Frank, porque eso es lo que hacía él y yo así no puedo vivir…, él era una escoria…».

Me pongo derecho y estrecho su cabeza contra mi pecho. «Está bien», le suelto, pero pensando al mismo tiempo: joder, cariño, no me conoces para nada. Pero noto que empieza a dolerme la cabeza y que el puto corazón empieza a latirme con fuerza. Pienso en todos ellos: en Segundo Premio y su bocaza, en Lexo, en ese cabrón de Renton y en el puto Scruffy Murphy. Vaya suerte tuvo ese capullo de no recibir una buena. Aún se la llevará. ¡Mira que intentar jugármela! Eso es pensar como un puto pederasta. De la que se libró.

Y encima ese cabrón parece saber lo del pederasta de Chizzie. Me enteraré de dónde ha sacao toda esa mierda y se lo sacaré a hostias. Se cree que porque nos conocemos desde hace mucho, eso le va a salvar.

Y una mierda le va a salvar.

Ni de coña vuelvo yo al trullo, hasta ahí podíamos llegar, joder. Pero tengo que andarme con ojo. Es como si todo dios lo supiera, y aunque yo mismo sé que sólo es mi puta mente haciendo de las suyas, se nota que están todos empezando a estrechar el cerco. Y aunque le esté acariciando el pelo a Kate me estoy poniendo tenso y necesito irme a tomar por culo de aquí porque, si no, no me hago responsable de lo que pueda pasar. Así que me incorporo y le digo que voy a salir a ver el fútbol.

«Vale…», dice ella, mirando la tele como diciendo: «Igual te daría verlo aquí».

Indico la pantalla con un gesto de la cabeza. «Se ve mejor en el pub con los muchachos. Hay otro ambientillo, joder».

Ella se lo piensa un rato y luego me suelta: «Es verdad, Frank, te sentará bien. Ya iba siendo hora de que salieses en lugar de quedarte sentado en esta silla».

Intento pensar qué coño habrá querido decir con eso. A lo mejor sí resulta sospechoso quedarse en casa todo el día, pero mandé a ese capullín de Philip a dar un palo en una casa de Barnton de mi parte. Le devolví otros dos anillos por las molestias. Pero debería salir. Eso sí, muchas ganas de que salga por ahí le veo yo a

esta. Ella no puede salir por el crío, pero podrían venir a visitarla. «¿Y tú qué? ¿Nochecita tranquila en casa?».

«Si».

«¿No viene nadie a verte? ¿La puta Rhona esa?».

«No».

«¿Y el pendón ese de Melanie no viene? Ahora se pasa todo el tiempo en Leith».

«No, me voy a quedar leyendo», me suelta, y me enseña un libro.

Leer putos libros. Son todos una mierda, no hacen más que meterle a la gente ideas raras en la cabeza. «¿Así que no viene nadie en absoluto?».

«No».

«Vale, pues, hasta luego», le suelto. Me pongo la chaqueta y salgo a enfrentarme al frío. Mejor que no venga nadie. Sé cómo carburan los tipos como Sick Boy. Le dirá a la puta Melanie esa: «Seguro que tienes mogollón de amigas molonas que estarían dispuestas a que las filmaran follando con…».

JODER…

Le meto una hostia a la pared de la escalera…

El cabrón sabe lo que le pasaría si lo intenta.

De camino al garito veo a esa cabrona de June bajando por el Walk, y hago como que voy a cruzar la calle y salir detrás de ella. Ya le daré yo inhibitoria; tendrá jeta la cabrona: no me acercaría a esa guarra a menos de veinticinco metros. Lo único que intento decirle es que fue culpa de Murphy y de Sick Boy, joder, que me liaron, ¡pero la muy capulla se da media vuelta y sale corriendo! Le grito que pare para que se lo pueda explicar, pero la muy boba sale a toda pastilla. ¡Qué le den a esa puta atontada!

Enciendo el puto móvil y les recuerdo a Nelly y Larry que bajen, porque sé que Malky ya estará ahí, aguantando la puta barra. Malky, el puto borrachín. Lo dicho, ahí está, y Larry y Nelly no andan muy lejos. El caso es que aquí me llegan las mismas vibraciones. Todo dios parece mirarte para echarte esa mirada que dice «a ti ya te conozco, cabrón». Y eso que estoy hablando de colegas, o supuestos colegas.

Estamos viendo el partido de los Hibs en el Sky. Ahora mismo tienen una buena racha, y cuando salen en Sky nunca pierden. El Zitelli ese mete un gol de chilena bien guapo. Tres a uno; demasiado fácil, joder. Aunque todo el mundo parece hablar del pederasta. Y ahí estoy yo, deseando que cambien de tema, pero a la vez me da una marcha que te cagas.

«Me juego algo a que fue uno de los jovencillos esos que llevan anillos por todos laos», suelta Malky. «Seguro que el hijoputa le metió mano a uno de ellos o algo así de crío, y ahora que ya está crecidito, ¡zas! ¡Toma ya, mariconazo asqueroso!».

«Puede», suelto yo, mirando a Larry, que luce una enorme sonrisa boba. Quién coño sabrá por qué está tan contento este cabrón.

Ahora el capullo le cuenta un chiste a todo el mundo. «Está un verdulero de Fife

en la tienda y hace un frío que te cagas, así que se queda pegao a la estufilla eléctrica. Entra una maruja, mira hacia el mostrador y le suelta: ¿eso es beicon de Ayrshire? El verdulero la mira y dice: no, sólo estaba calentándome las manos».

No entiendo para nada el sentido del humor de este capullo. El único que se ríe es Malky.

Nelly se da la vuelta y dice: «¿Sabes? Si me encontrara con el tipo que se cargó al puto pederasta ese, le invitaba a una puta pinta ahora mismo».

Es curioso, por la forma en que lo dice me entran ganas de gritar: pues ráscate el bolsillo ya, cacho cabrón, porque lo tienes delante, pero colegas o no, cuanta menos gente se entere, mejor. No paro de pensar en Segundo Premio. Como haya vuelto a beber y vaya largando por ahí… Larry sonríe sin parar, y ya empieza a mosquearme, así que me voy pal tigre y me meto una raya.

Cuando vuelvo me siento, y veo que alguien ha sacado otra ronda de lager. Malky señala el vaso de pinta lleno. «Esa es la tuya, Frank».

Le hago un gesto de asentimiento y echo un trago, mirando a Larry por encima de la pinta; me mira fijamente con esa puta sonrisilla de cachondeo en la cara.

«¿Tú qué coño miras?», le pregunto al capullo.

Se encoge de hombros. «Nada», me suelta.

Joder, sentado ahí mirándome como si supiera todo lo que me pasa por la puta cabeza. Nelly también se ha dado cuenta cuando le pasaba la papela por debajo de la mesa. «¿Aquí qué coño pasa?», pregunta.

Señalo a Larry con la cabeza. «Este cabrón, que está ahí sentado poniendo cara de gilipollas y mirándome como si fuera un puto subnormal», suelto yo.

Larry sacude la cabeza y levanta las palmas y suelta «¿Qué?» mientras Nelly le mira con gesto irritado. Malky observa alrededor del bar. Sandy Rae y Tommy Faulds están bebiendo en la barra y hay un par de jovencitos jugando al billar.

«Entonces qué tienes que decir, Larry, ¿eh?», le pregunto.

«No tengo nada que decir, Franco», suelta Larry con cara de inocente. «Sólo pensaba en el gol», dice, señalando la pantalla que hay a mis espaldas mientras repiten la jugada.

Así que pienso, vale, dejémoslo estar, pero a veces ese capullo se sobra más de lo que le conviene. «Vale, pues, entonces no te quedes ahí sentado mirándome con esa sonrisilla de gilipollas como un subnormal. Si tienes algo que decirme, me lo dices, ¡hostias!».

Larry se encoge de hombros y se vuelve mientras Nelly se larga pal tigre. No es mala esta farlopa. Sandy no pasa más que lo mejor. Por lo menos a mí. La peña no es tan tonta como para pasarme a mí farlopa cortada.

«Menudo cabrito está hecho tu amigo Sick Boy, ¿eh, Franco? Por lo de las pelis guarras y eso», dice Larry con una sonrisa.

«No me nombres a ese cabrón. El muy capullo se cree que porque tiene cuatro pendones a las que se follan en la parte de arriba del pub ya es un gran productor de Hollywood. Como el puto Steven Spielberg o como se llame el hijoputa ese».

Nelly vuelve del tigre y Malky le mira y suelta: «¿A quién cojones le toca pedir?».

Pero Nelly no le hace caso porque se nota que lleva ese punto que se le pone a la peña cuando han estado en el tigre dándole vueltas a algo y quieren contárselo a todo el mundo. «¿Sabéis lo que a mí me saca de quicio?», suelta, y antes de que nadie pueda decir ¿qué?, va y dice: «Aquí todos hemos estado en el talego», y echa un gran trago de cerveza. Le cae un poco en el niki Ben Sherman azul, pero ni se entera. Puto guarro.

Nos miramos los unos a los otros y todos venga a asentir con la cabeza.

«¿Sabéis quién no ha ido nunca al talego? Tú lo sabes», dice mirándome, «yo lo sé», dice señalándose a sí mismo, «tú lo sabes», dice mirando a Malky, «y tú también», le dice a Larry, que vuelve a poner esa puta sonrisa otra vez.

Y el caso es que yo pienso en ese cabronazo de Lexo; es el primero que se me ha venido a la cabeza, pero Nelly me sorprende cuando dice: «Alee Doyle. ¿Qué se ha comido ese? ¿Un año? ¿Dieciocho meses? Una puta mierda. Ese cabrón vive como Dios».

Malky mira a Nelly de forma muy seria. «¿Entonces qué quieres decir? ¿Qué Doyle es un chota?».

La mirada de Nelly se endurece. «Lo único que digo es que ese cabrón vive como Dios».

Larry pone cara seria. «Ahí no te equivocas, Nelly», dice en voz baja.

«Claro que no me equivoco, joder», dice Nelly, con una cara de mosqueo que te cagas.

Malky se vuelve hacia mí y pregunta: «¿Tú cómo lo ves, Franco?».

Les miro a todos a los ojos, a Nelly también. «Para mí Doyle siempre ha sido un tío legal. No se puede acusar de chota a alguien salvo que lo puedas demostrar. Y eso quiere decir con pruebas. Con unas pruebas contundentes que te cagas».

A Nelly no le ha gustado eso, pero no dice nada. No, no está nada contento. Hay que andarse con ojo con este cabrón, porque es capaz de saltar de buenas a primeras, pero yo ya le tengo cogida la onda, anda que no.

«Bien dicho, Frank», suelta Larry, asintiendo en plan ladino, «pero lo de Nelly también tiene miga», dice, cogiéndole la papela a Nelly y marchándose pal tigre.

«Yo no he llamado chota a nadie», me dice Nelly mientras Larry se larga, «pero piensa en lo que he dicho», suelta, antes de volverse y hacerle un gesto con la cabeza a Malky.

Pues sí, Larry también debería pensar en unas cuantas cosas. Puto capullo

tocahuevos. Ese capullo siempre se trae algo entre manos, y más vale que yo no me entere de lo que es.

Bueno, vamos todos como motos con la farlopa y optamos por cambiar de aires. Nos tomamos una en el Vine, y después otro par en Swanney's. Esto sigue siendo el Leith de toda la vida, pero está cambiando que te cagas. Lo que me saca de mis casillas es lo que le han hecho al Walk Inn. No me lo puedo creer. Con la de noches cojonudas que he pasado allí dentro. Vamos a un par de garitos más y luego acabamos donde empezamos.

El capullín ese de Philip también anda por aquí. Aquí en este puto pub. No quiero que ese capullín y sus amigos frecuenten un garito por el que voy yo. «Tú, joder. ¡Aire!», le digo.

«Eh, estoy esperando a Curtis. Viene con el buga», me suelta. Entonces dice en plan esperanzado: «Eh, ¿no podrías conseguirme algo de coca por un casual?».

Le echo una mirada. «¿De dónde sacas tú la puta tela pal perico?».

«De Curtís».

Ya, eso me cuadra. La puta peña de Sick Boy; esos cabrones siempre parece que vayan montados en el dólar. Ha habido un par de tíos que han dicho que han vuelto a ver a Renton, por el centro y tal. Como Sick Boy le haya visto y no me lo haya dicho…

Pero el capullín este de Philip sigue por aquí. Saludo con la cabeza a Sandy Rae, que está sentado con Nelly en la barra. Larry y Malky están pedos, jugando a la tragaperras. Sandy se acerca y le pasa al capullín un par de papelas de un gramo. Entra el capullín grandote y desgarbado del peazo tranca; se van a la calle, se meten en el buga y oigo cómo sale escopeteao calle arriba.

Nelly se acerca y los dos nos ponemos a mirar a Larry y Malky. «Ese capullo de Wylie lleva toda la puta noche vacilándonos», dice Nelly.

«Ya», suelto yo.

«Ya te digo, Franco. Suerte que tiene de ser colega tuyo, porque si no ya le había hostiao». Mira a Larry. «Puto listillo».

«Por mí no te cortes», le digo.

Así que Nelly se levanta, se acerca y le estampa la cabeza contra la tragaperras un par de veces. Después se vuelve y le suelta una de campeonato. Larry cae al suelo y Nelly le pega un pisotón. Malky le pone la mano en el hombro a Nelly y dice: «Basta».

Nelly para mientras Malky ayuda a Larry a ponerse en pie y lo saca a la calle. Se da la vuelta para mirar a Nelly y dice algo; levanta la mano e intenta señalarle con el dedo, pero Malky lo saca a rastras del pub.

«Puto sobrao», dice Nelly, y me mira.

Pienso para mí que Nelly yo somos colegas pero el día menos pensado seremos él

y yo, está claro. «El capullo llevaba toda la noche buscándosela», asiento. Pronto vuelve a aparecer Malky. «Le he metido en un taxi con un billete de diez y le he dicho que se fuera a tomar por culo. No le pasa nada, sólo está un poco atolondrao, eh».

«¿Estaba poniéndose farruco?», pregunta Nelly. «Porque podemos resolverlo con una pelea limpia cuando quiera».

«Ya, pero ojo con ese cabrón, Nelly», suelta Malky, «porque le van las navajas y nunca olvida».

«Yo tampoco olvido, joder», suelta Nelly, pero se nota que lo está sopesando. Por la mañana cuando se despierte dirá: «Hostia puta, ayer me metí demasiada farlopa y acabé pegándole a Larry». Porque los de su calaña necesitan farlopa y unas cuantas copas para hacer esas cosas. Esa es la diferencia entre él y yo.

68. CHANCHULLO N.° 18751

Cada vez que voy a ver a Nikki a su casa, él está allí, holgazaneando, detrás de Dianne en plan perrito faldero, como un necio perdidamente enamorado. Resulta de lo más marciano que los dos nos estemos viendo con dos tías que comparten el mismo piso. Un poco como en los viejos tiempos. Ahora Rent Boy está tumbado en el sofá leyendo un libro sobre la pornografía y los trabajadores de la industria del sexo, sea eso lo que sea, esperando a que la señorita Dianne se arregle. Ha encontrado a la tía indicada; me los imagino sentados, discutiendo intelectualmente de follar pero sin llegar a hacerlo nunca. Le ofrecí a él y a su nuevo chocho la oportunidad de montárselo con los de primera división y me contestó: «Quiero a mi novia. ¿Para qué necesito esa mierda?». Usted perdone, Don Estirao de Mierda.

Apoya sobre el codo esa ridícula cabeza pelirroja. «Escucha, Si, quiero localizar a Segundo Premio. ¿Le has visto últimamente?».

Eso me aterra. Segundo Premio es alguien a evitar a cualquier precio. «Por todas las putas leches masoquistas, ¿para qué quieres verle?».

Rents se incorpora y se echa hacia delante; después parece reflexionar y decidirse por no mentir. Casi veo cómo se mueven los engranajes. «Quiero darle su parte del dinero. De cuando lo de Londres. Ahora ya he resarcido a todo el mundo, bueno, menos a él y a quien tú ya sabes».

Renton es idiota. Cualquier respeto residual que haya sentido alguna vez por él disminuye rápidamente. ¿Y semejante primo me dio el palo a mí? No, sólo se trataba de un yonqui insensato y desesperado que tuvo un día de suerte. «Estás como una puta cabra. Eso es tirar la pasta. Rellena un cheque a nombre de los de cervezas Tennent Caledonian».

Renton se pone en pie cuando aparecen Dianne y Nikki. «Me han dicho que está limpio. Que ahora es un blandebiblias».

«No lo veo. Prueba en las casas de acogida o en la misión de la parroquia. O en las iglesias. Creo que los borrachines beatos se reúnen todos en Scrubber's Close, ¿no es así?».

He de reconocer que Dianne tiene una pinta sexy, aunque evidentemente no está en la misma categoría que Nikki. (Bueno, claro, ella sale con Renton). «Señoritas, están ustedes preciosas», sonrío. «Debimos de haber sido buenos muchachitos en una vida anterior para merecérnoslas, ¿eh, colega?», le digo a Rents con una sonrisita.

Renton responde con una expresión de ligera mortificación y se acerca a Dianne para besarla. «Bien…, ¿estás preparada?».

«Sí», dice ella, y mientras salen por la puerta, grito: «¡Lo está de sobra! ¡Abre los ojos, Renton!».

No obtengo respuesta. A la pava esta de Dianne no le gusto un pelo y está

poniendo a Rents en contra mía. Miro a Nikki. «Esa pareja parece funcionar muy bien», comento, tratando de mantener un tono elegante.

«Dios mío», dice ella en plan dramático, «están tan enamorados…».

Me dan ganas de decirle, dile a tu amiga que se ande con ojo con esa viscosa víbora de sangre fría del norte de Europa. Pero se me antoja una treta sin garra. Uno ha de mostrarse elegante con las titis elegantes. Nikki está tan pagada de sí misma desde las noticias de lo de Cannes, que se pasea majestuosa e histriónicamente, como una de aquellas viejas estrellas de Hollywood. La gente se ha fijado. Terry ha empezado a llamarla Nikki Cómo-Me-Lo-Creo.

Tan obsesionada consigo mismo está que decide cambiarse de ropa otra vez, poniéndose un vestido azul y negro que antes no le había visto. No resulta tan arrebatador como lo que acaba de quitarse pero finjo un entusiasmo enorme sólo para evitar que nos pasemos aquí toda la puta noche. Está venga a parlotear acerca de Cannes. «¡Quién sabe a quién conoceremos!». Así que me cuelo en la habitación de Dianne y rebusco un poco. Veo el trabajo este en que ha estado currando y leo un poco.

> con un consumismo en alza, la industria del sexo, como todas las demás, se orienta a atender las necesidades especializadas que pide el mercado. Aunque siga siendo cierto que existe un vínculo entre la miseria, el abuso de drogas y la prostitución callejera, esta representa una parte muy pequeña de lo que es ahora una de las industrias más grandes y más diversificadas del Reino Unido. No obstante, la imagen popular de los trabajadores de la industria del sexo sigue ampliamente anclada en estereotipos del género «puta de la esquina».

¿Qué coño imparten ahora en la uni? ¿Licenciaturas en teoría del puterío? Debería dar un salto hasta allí y reclamar mi doctorado honoris causa.

Salimos a tomar una copa al City Café, donde veo a Terry tratando de ligar con una camarera estudiante. Parece que haya escogido este sitio como sede social. Estoy a punto de hacerle a Nikki la señal de que tendríamos que salir y acercarnos a EH1, pero no se ha fijado y ahora Lawson ya nos ha visto. «¡Sicky y Nikki!», grita, y se vuelve de inmediato hacia la camarera. «Bev, lo que quieran mis dos amiguetes del alma», sonríe agarrando a Nikki del culo acto seguido. «Duro como una puta roca, muñeca, se ve que has estado entrenando. Ni el menor indicio de flaccidez».

«En realidad estoy muy vaga últimamente», dice ella con ese tono amodorrado característico de los fumetas. ¿Qué cojones hace dejándose manosear por él de esa forma? La próxima vez le dejará hincarle el rabo por el chocho mientras dice: «Mmm, qué paredes vaginales tan firmes. ¿Has estado haciendo ejercicios pélvicos?». Miro a Terry como diciéndole: esta es mi puta chorva, Lawson, cacho cabrón onanista.

Él ni siquiera se fija en mí. «Pues en el cuerpo no se nota, ya te lo digo yo. Me entran ganas de ponerme de rodillas y adorar ese culo que tienes. De manera que si

este cabrón con suerte», dice dignándose dedicarme un somero gesto de reconocimiento, «te agobia, ya sabes a quién llamar».

Nikki sonríe, da un apretón a los michelines de Terry y dice: «Conociéndote a ti, Terry, seguro que querrías hacer bastante más que adorarlo, ¿no?».

«Pues claro. Y hablando de ese tema, ¿qué tal una noche loca? Estuve en el hospital y me dijeron que ya me podía ir».

«¿Por la pata abajo?», pregunto. «Pero si tú debías estar en el pabellón 45, el de los gonorreicos».

«Así que estoy dispuesto y preparado», dice, volviendo a hacerme caso omiso.

«Bueno, Terry, tenemos un problemilla». Le explico lo del News y que quiero pasar desapercibido hasta que salga la película.

«Entonces supongo que tendrá que ser en mi piso. Aun así, brindemos por Cannes. ¡Va a ser la bomba! Me alegro por vosotros», dice con una sonrisa que me deja helado. Después me pasa el brazo por el hombro. «Perdona por el mosqueo del otro día, colega. Sólo estaba un poco celoso. Con todo, a un viejo amigo no le vas a reprochar sus éxitos».

«Sin ti no podría haberlo hecho, Tel», le digo, bastante patidifuso ante su magnanimidad. «Me alegro de que te lo tomes todo con tanta filosofía. Es una pura cuestión de dinero, colega. Cuesta un pastón llevar a alguien a Cannes, aunque no sea más que por unos días. Pero en cuanto entre la pasta arreglaremos cuentas».

«No hay problema. De todas formas tengo que hacer un par de cosillas por esas fechas. A Rab tampoco le importa. Hablé con él el otro día. Está demasiado liado con lo del crío y la universidad y tal, eh».

«¿Cómo está Roberto?», pregunto.

«Al parecer bien. Personalmente no aguantaría llevar una aburrida vida de domesticidad», deja caer. «Lo intenté una vez. No es lo mío».

«Lo mío tampoco», reconozco. «Por temperamento, no me va el largo plazo. Con la responsabilidad sí me manejo, incluso me sienta de maravilla en dosis sucesivas, pero con el largo plazo no».

«Nos ha engatusado a todos de vez en cuando», murmura Nikki con satisfacción mientras el alcohol se le sube a la cabeza junto con el puto chocolate que lleva fumando todo el día. ¡Siendo fumeta, se extraña de que nunca triunfara como gimnasta! «Y pese a ello todos le queremos».

«Bueno, a veces», dice Terry.

«Sí. ¿Por qué será así? ¿Por qué será tan manipulador? Creo que es por haberse criado en un hogar lleno de mujeres pendientes de él. Será el rollo italiano. Despierta el instinto maternal aletargado en las mujeres», dice en voz alta.

Nikki empieza a chirriar. No hay otra forma de mirarlo. No sé, esta tendencia a psicoanalizar acaba por cansar al cabo de un rato. Mi ex mujer lo hacía, y durante un

tiempo me gustó. Me hacía sentir que a ella le importaba. Luego me di cuenta de que era algo que hacía con todo el mundo, por costumbre. A fin de cuentas, era una judía de Hampstead cuya familia trabajaba en los medios de comunicación, de manera que ¿qué cabía esperar? Así que finalmente acabó por enojarme.

Y ahora Nikki también está resentida. Ahora empiezo a encontrar excusas para no estar con ella. Conozco los signos de peligro: cuando empiezo a mirar a otras tías más feas, con menos aplomo, menos gracia y menos inteligencia, pero con una calentura enorme. Me doy cuenta de que sólo es cuestión de tiempo que deje a Nikki por alguien a quien odiaré al cabo de cinco minutos. Y no folla tan bien como ella se cree por todo el rollo ese de la gimnasia. Para empezar es una vaga. Siempre está durmiendo, tumbada todo el día, como una estudiante típica, mientras yo me levanto con el canto del gallo. Dormir nunca ha sido lo mío: con dos o tres horas tengo de sobra. Estoy harto de levantarme empalmao en mitad de la noche y tener que metérsela a un saco de papas calientes.

Pero está tan hermosa…, ¿por qué será que ahora mismo preferiría hacer casi cualquier otra cosa antes de llevármela a casa y follármela? Sólo llevamos unos meses juntos. ¿Ya estoy harto de ella? ¿Tan bajo tengo el umbral? Seguro que no. Como sea ese el caso la he cagado.

Volvemos a su casa y me enseña unas fotos de una de esas revistas para hombres onanistas, esas que se han vuelto imposibles de distinguir de las de tetas y culos. En la portada sale otra ex gimnasta, Carolyn Pavitt. Nikki la conocía, está obsesionada con ella.

«Es fea», comento con desdén. «La única razón de que muchos tíos quieran tirársela es que fue a las Olimpiadas y sale en la tele. Tiene un polvo copero, nada más».

«Pero tú te la follarías si entrara por esa puerta ahora mismo. No me harías ni caso y a ella no la dejarías en paz», dice con un tono auténticamente bilioso.

No puedo con esta mierda. Está celosa, me acusa de tener los ojos puestos en alguien cuya puta imagen no soy consciente de haber visto hasta que ella me la puso ante las narices hará unos segundos. Me levanto y hago ademán de marcharme. Ponte las pilas, pienso al salir. Ella cierra de un portazo y desde el otro lado escucho una retahíla de maldiciones bastante impresionante.

69. POLIS

El cabrón de Donnelly lleva un bardeo; me está rajando con él y no puedo levantar las manos para golpearle; es como si estuviesen lastradas, como si alguien las sujetase o como si fueran de plomo, y ahora el pederasta cabrón ese, el tal Chizzie, viene a por mí y trato de patearle y me suelta: «Te quiero, chaval, gracias, chaval…».

Y yo le suelto: «¡APÁRTATE DE MÍ, PUTO BICHARRACO, QUE TE MATO!…», pero sigo sin poder mover los putos brazos y el cabrón se acerca…, y se oye un ruido…

Estoy en la cama despierto y con la cabeza de ella sobre el brazo; no es más que un puto sueño, pero el puto ruido continúa, y sí, llaman a la puerta, y ella se despierta y yo le suelto: «Vete a ver quién es…».

Y se levanta, adormilada a tope, pero cuando vuelve está espabilada que te cagas y preocupada y me suelta en voz baja: «Frank, es la poli; preguntan por ti».

LA PUTA POLI…

Algún capullo ha largao acerca del pederasta…, Murphy…, puede que el cabrón muriese en el hospital o que la Alison esa de los huevos me chotase…, el puto Segundo Premio…, los viejos esos…

«Vale…, tú entretenlos mientras yo me visto», le digo, y vuelve a salir.

Me pongo la ropa tan rápido como puedo. ¡Seguro que ese cabrón de Segundo Premio ha largao acerca del pederasta! No matarás o alguna puta mierda de esas…, o Murphy…, joder, parecía que supiera toda la historia…

CABRÓN… CABRÓN… CABRÓN… CABRÓN

Me fijo en la caída que hay desde la ventana; podría bajar por el caño del desagüe hasta la parte de atrás y salir por otra escalera. Pero quizá haya más polis en la furgoneta…, nah, si salgo por patas la he cagado…, aún puedo echarle jeta…, ponerme en contacto con Donaldson, el puto abogado…, ¿dónde está ese puto móvil?

Me echo la mano al bolsillo de la chaqueta…, el móvil está sin batería, me olvidé de recargarla…, joder…

Llaman a la puerta. «¿Señor Begbie?».

Sí que es la poli. «Ya va, un momento».

Como esos cabrones digan algo, no pienso abrir el pico; llamaré directamente a Donaldson. Respiro hondo y salgo. Hay dos maderos: un tío con las orejas asomándole por debajo de la gorra y una tía. «Señor Begbie», me suelta la tía.

«¿Sí?».

«Estamos aquí debido a un incidente que tuvo lugar esta semana en Lorne Street».

Pienso para mis adentros: Chizzie no estaba cerca de Lorne Street…

«Su ex esposa, la señorita June Taylor, ha presentado una queja contra usted. Usted sabe que se le ha notificado una inhibitoria provisional hasta que este asunto

pueda resolverse ante los tribunales», dice la poli en plan estirao.

«Eh…, sí…».

Miro el papelito que me entrega. «Esto es una copia de las condiciones que establece la orden. Deberían haberle entregado una. Le recordaré el contenido de la misma», dice la poli con cierto retintín. «Se le prohíbe expresamente establecer contacto alguno con la señorita Taylor».

El otro poli la interrumpe. «La señorita Taylor alega que la abordó usted en Leith Walk, le gritó y la siguió hasta Lorne Street».

¡JODER! ¡MENOS MAL!

¡Sólo era la cabrona de June! Joder, siento un alivio tan grande que empiezo a reírme, y ellos se me quedan mirando como si fuera memo; después digo: «Ya…, disculpe, agente. Es que me la encontré por la calle y quería disculparme por la forma en que me había comportado con ella, y decirle que todo se debió a un malentendido, eh. Me columpié, por eso tuve una reacción tan desmesurada. Pero ojo», digo mientras me levanto la camisa y enseño la herida, «que ella me clavó un cuchillo y aún tiene el puto morro de quejarse».

Kate asiente sin parar y suelta: «¡Es verdad! Apuñaló a Frank. ¡Miren!».

«Y no presenté ninguna queja», digo encogiéndome de hombros, «por el bien de los críos, ¿saben?».

La poli va y dice: «Pues si desea presentar una queja contra su mujer, puede hacerlo. Entretanto tendrá que acatar las condiciones de la orden y mantenerse alejado de ella».

«Por eso no se preocupen», me río.

El poli de las orejas desabrochadas intenta hacérselo de duro que te cagas, como si pretendiese impresionar a la mujer poli. «El asunto es grave, señor Begbie. Podría meterse en un buen lío si vuelve a acosar a su ex mujer. ¿Me he explicado con claridad?».

Se me ocurre que tendría que quedarme mirando a los ojos a este memo cagón y esperar a que se le llenen de lágrimas y aparte la mirada, como sé que haría, pero no quiero que me pongan la etiqueta de sobrao y me aprieten las tuercas, así que me limito a sonreír y le suelto: «Me mantendré bien lejos de ella, por eso no se preocupe, agente. ¡Ojalá hubieran estado ustedes aquí para decírmelo hace diez años! ¡Muchos disgustos nos habrían ahorrado!».

Me siguen mirando todo serios. A ver, uno trata de echarle un poco de sentido del humor a las cosas, pero hay miserables que no lo pillan de ninguna manera, joder. Desde luego que me mantendré alejado de June, pero no pienso mantenerme alejado de algunos que yo me sé.

70. EN BUGA

Ali se ha portado de miedo, tío, todo hay que decirlo; me ha venido a ver todos los días. Le dijimos al peque que tuve un accidente de automóvil y que el «tío Frank» me había salvado. Ella fue a hablar con Joe, el hermano de Frank, y le dijo que no teníamos ninguna intención de chivarnos de nada. Lo lógico es que no hiciera falta ni decirlo, pero Franco es tan paraca… Le dije a Ali que cogiese el dinero y lo metiese en su cuenta. Es pa ella y pal crío, que se lo gaste como quiera.

Tengo rota la mandíbula, me han puesto unos alambres y no puedo comer nada sólido; tres costillas y la nariz rotas y una fractura de fémur. También tengo magulladuras de consideración y dieciocho puntos en la cabeza. En efecto, es como si hubiera estado en un accidente de coche.

Pronto saldré, y Ali habla de volver a casa. Pero desde luego no quiero que ella y Andy estén a mi alrededor mientras Begbie siga en pie de guerra. Primero tengo que dejar las cosas claras con él. Es un asco, un asco total, pero lo más raro, tío, es que algo aprendí. Ahora estoy como más centrado. Le digo a Ali con mi vocecilla de bobo: «Quiero que vuelvas más que cualquier otra cosa, pero tienes razón. Tengo que ponerme las pilas, empezar a aprender a apañármelas, para hacer cosas por casa y cocinar y todas esas cosas para cuando volváis. Antes me gustaría poder acercarme a veros a ti y al peque, y llevarte a ti a pasar una noche loca y eso».

Ella se ríe y besa mi cara aporreada. «Sería estupendo. Pero no puedes volver solo a casa, Danny, no en este estado».

«Es todo bastante superficial. La verdad, siempre pensé que Franco era un poco mariquita», farfullo a través de la mandíbula con hierros.

Ali tiene que ir a recoger al peque, pero cuando me dan el alta, mi madre y mis hermanas Shauna y Liz están aquí y me llevan a casa. Encienden la chimenea y preparan algo de papeo, y después se disponen a dejarme solo, como un poco a regañadientes y tal. «Esto es ridículo, Danny», dice Liz, «vente a casa con nosotras».

«Claro, hijo, ven conmigo a casa», dice mi madre.

«Nah, estoy bien», les digo. «No os preocupéis».

Se marchan, y resulta ser buena idea, porque aquella noche, más tarde, llaman a la puerta. No pienso abrir ni de coña. «¿Estás ahí, Murphy?», grita el tipo por la rendija del correo. Pese a estar sentado con las luces apagadas, siento cómo esos ojos malignos escrutan el pasillo. «Más vale que no, porque como estés y no vengas a abrir la puta puerta…».

Estoy que me cago, y pienso: ese es Franco. ¿Qué pasaría si abriera la puerta? Pero no se queda ahí mucho tiempo.

Me quedo dormido en la silla porque estaba cómodo, pero después de un rato me voy a la cama tambaleándome y no me levanto hasta la mañana siguiente, cuando

vuelven a llamar a la puerta. Pienso que será él, que ha vuelto, pero no. «Spud…, ¿estás ahí?».

Es Curtis. Abro la puerta, medio esperando ver a Begbie con un cuchillo apoyado contra la garganta del pobre gachó. «Eh, qué tal Curtis, tío, estoy, eh, intentando pasar desapercibido un tiempo».

«Es por B-B-Begbie, ¿no? Lo sé, porque Ph-Philip medio anda con él».

«Nah, tío, es por unos tíos chungos a los que les debía pasta. Franco fue el que arregló el tema y tal», le cuento, y él sabe que como embustero no valgo una mierda pero también que miento para protegerle y no meterle en líos. «Oye, he oído que te marchas al Festival de Cine de Cannes. No está mal».

«Ya», me suelta con entusiasmo, «pero recuerda, no es el de verdad, sólo el porno…», añade, pero le deseo buena suerte. Curtis es buen chaval. A ver, que el tío venía a verme regularmente al hospital, ¿sabes? Se lo está pasando como nunca con el rabo ese que tiene, pero no se olvida de sus colegas y para mí eso dice mucho. Hay demasiada gente que olvida de dónde salió, como Sick Boy. Ahora se cree un gran triunfador, pero más vale que no diga nada al respecto, porque a Curtis le cae bien. Aunque menuda vida se pega ahora: tirarse chicas guapas y que le paguen por hacerlo. No es mal negocio, cuando uno lo piensa. A ver, que hay formas peores de ganarse la vida, todo hay que decirlo. Después me suelta: «Venga, tengo buga. Vamos a dar una vuelta. No es chorao ni nada».

Así que vamos conduciendo por la Al hacia Haddington en este buga viejo; yo le digo que corra un poco más y así lo hace, mientras pienso que podría desabrocharme el cinturón y darle un pisotón al freno y salir volando por el parabrisas. Pero con la suerte que tengo, seguro que me quedaba paralítico de por vida o algo así. No sería justo para Curtis, y además quiero ponerme las pilas porque tengo que pensar en Ali y en Andy, o al menos en la posibilidad de volver con ellos. Dostoievski. Chanchullos del seguro. Vaya montón de chorradas.

Llegamos a un pequeño pub campestre que está a pocos kilómetros de Leith, pero que forma parte de otro mundo. Aunque yo esto no lo podría aguantar, tío. A veces lo pienso: los tres en una casita, qué bonito sería, pero luego me doy cuenta de que me aburriría, no con Andy y Ali, sino con la falta general de alicientes y tal.

Le pido prestado el móvil a Curtis y le doy un toque a Rents; quedo para verle por la noche en un pub del Grassmarket. No me imagino a Begbie yendo por el Grassmarket, y desde luego ninguno de los dos queremos ver a Begbie ni de coña, ¿sabes?

71. PUTAS DE AMSTERDAM, 10.ª PARTE

Spud está fatal. Lleva la mandíbula tan hinchada que parece que le intente salir una segunda cabeza de la cara y se agota subiendo las escaleras de la casa de Gav. Sigue negándose a decir quién fue, limitándose a soltar vagos comentarios por lo bajo y a través de una mandíbula rota acerca de unos zumbaos a los que les debía dinero. Sarah parece particularmente horrorizada ante la importancia de las lesiones del pobre tipo. Si fue Begbie quien lo hizo, no se ha moderado ni un pelo. Gav y Sarah salen con nosotros a tomar una copa y después se largan al cine.

«Todo el mundo desaparece en cuanto aparezco yo», dice en voz baja y apagada, «debe ser mi personalidad. Aun así, qué bueno que nos hayamos vuelto a ver, ¿eh, Mark?», balbucea, lleno de entusiasmo y de esperanza.

Detesto apagar la poca chispa que le queda, pero levanto mi pinta, la vuelvo a bajar y respiro hondo. «Escucha, Spud, no voy a estar por aquí mucho más tiempo».

«¿Por Begbie?», me pregunta, y finalmente sus ojos mortecinos recobran cierta vitalidad.

«En parte», admito, «pero no sólo. Quiero irme a vivir a otra parte, con Dianne. Ella lleva toda la vida en Edimburgo y le apetece cambiar de aires».

Spud me mira con expresión triste. «Vale, pues…, tendrás que devolverme a Zappa antes de marcharte. ¿Me harás ese favor, Mark? Cuesta llevar la cesta para gatos con las costillas vendadas y sólo un brazo», dice indicando con gesto mortificado el cabestrillo.

«Claro, ningún problema», le digo. «Pero también hay algo que tú podrías hacer por mí».

«¿Sí?», dice Spud de una forma que delata que no está acostumbrado a que piensen que puede hacer algo por los demás.

«Dime dónde puedo encontrar a Segundo Premio».

Me mira como si yo fuera un puto chalao, lo cual supongo que es cierto, si se tienen en cuenta las mierdas en las que ya me he dejado liar. Después sonríe y dice: «Vale».

Nos tomamos unos tragos más y dejo a Spud en casa sin bajarme del taxi. Después me voy a casa de Dianne y nos acostamos. Hacemos el amor y al día siguiente nos quedamos en la cama haciendo más de lo mismo. Al cabo de un rato me doy cuenta de que ella está un poquito tensa y distraída. Finalmente acaba por decir: «Tengo que levantarme y repasar la tesis esta. Sólo una vez más».

Me marcho a regañadientes y me acerco a casa de Gav para dejarla tranquila. Joder, hace un día lluvioso y frío. El verano está a la vuelta de la esquina… Y una mierda: las condiciones metereológicas siguen de un alpino que te cagas. El móvil vibra en el interior del bolsillo de mi chaqueta. Es Sick Boy, que rezuma suspicacia

cuando le digo que no pienso ir a Cannes de inmediato. Le informo de que Miz estará allí de todos modos, y que necesito ir primero al Dam para poner en orden ciertos asuntos del club.

Cuando llego a casa de Gav me cuenta que se encontró con Sick Boy y Nikki por el centro y que les invitó a cenar conmigo y con Dianne. Ante semejante perspectiva se me cae el alma a los pies; dudo que a Dianne le haga mucha gracia. Pero cuando hablo con ella no tiene mayor problema, probablemente porque Nikki es su amiga.

Cuando nos encontramos, Sick Boy se comporta de lo mejorcito o, al menos, de lo mejorcito de que es capaz. Flirtea con Sarah de manera descarada, pero a Nikki no parece importarle; se limita a mimar a Gav, que parece desconcertado, como si le estuviesen liando para montar un cuarteto, lo cual, tratándose de estos dos, probablemente sea el caso.

Al cabo de un rato, Sick Boy me agarra por banda en la cocina. «¡Te necesito en Cannes!», gimotea. Siempre está que no para de largar acerca de ahorrar dinero en el viaje; el mamón podría empezar por mí. «No puedo levantarme e irme sin más. Tengo todas mis cosas en Holanda y pienso recogerlas; no quiero que Katrin les eche las zarpas, y lo hará si no espabilo».

Bufa y chasquea la lengua mejor que Deirdre, la de Coronation Street. «¿Entonces cuándo vendrás?».

«Estaré en el sur de Francia el jueves como muy tarde».

«Más te vale, ya he reservado una puta habitación», salta antes de que los ojos se le pongan como platos en un gesto suplicante mientras menea el brandy dentro de la copa. «Venga, Mark, este es nuestro momento de gloria, colega. Llevamos toda la vida aguardando esto. Chicos de Leith en Cannes, ¡hostia puta! Vamos a ser famosos. ¡Vaya una puta experiencia!».

«Por eso no me la perdería por nada del mundo», le cuento. «Simplemente quiero dejar las cosas resueltas con Katrin. Es bastante volátil…, no quiero que destroce mis cosas. Y no puedo dejar a Martin en la estacada como si tal cosa: “Lo siento, colega, sé que hemos llevado a medias este club a las duras y a las maduras durante siete años, pero ahora mi viejo amiguete Simon ha vuelto y quiere que produzca pelis porno con él”».

Sick Boy levanta las manos y baja la cabeza, mientras Sarah aparece con unos platos sucios. «Vale, vale…».

Valiéndome de la ventaja moral recién adquirida, añado: «Durante los últimos nueve años he tenido una puta vida, no puedo tirarlo todo por la borda porque tú hayas vuelto a considerarme persona grata», mientras observo cómo Sarah sale de puntillas, como si caminara sobre cristales rotos.

Él dice algo como respuesta y chismorreamos y discutimos hasta llegar a un impasse y captar un aire travieso en la mirada del otro y estallar en carcajadas. «Ya no

podemos seguir haciendo esto, Simon», le cuento. «Estaba bien cuando éramos jovencitos, pero ahora empezamos a parecer un par de reinonas. ¿Te nos imaginas dentro de diez años?».

«Prefiero no hacerlo», dice con gesto genuinamente ulcerado ante perspectiva semejante. «Lo único que podría compensarnos es: a) tener mucho dinero, y b) chicas jóvenes a remolque. A los veinte años puedes conseguirlo a fuerza de palmito y a los treinta a fuerza de personalidad, pero cuando llegas a los cuarenta necesitas pasta o fama. Es cuestión de putas matemáticas. Todo el mundo piensa que soy muy ambicioso, pero no lo soy. Para mí de lo que se trata es de aguantar el tirón, de prevenir una situación de crisis».

Me incomoda que se abra conmigo de esta manera, porque por debajo de las bravatas nihilistas me doy cuenta de que el capullo está mostrándose absolutamente sincero. ¿Puedo levantarle el chanchullo este? Parece muy cruel, pero ¿qué me habría quitado él si Begbie hubiera dado conmigo? Nah, Sick Boy es un cabrón. No tanto porque sea un hijoputa malo, sino porque es un ultraegoísta que te cagas. Cuando nadas con tiburones sólo sobrevives siendo el mayor de todos.

Pero se muestra extrañamente elogioso de mis motivos, diciendo que tuve razón al abandonar Gran Bretaña. «Está hecha polvo, y si no tienes dinero o propiedades eres un ciudadano de tercera clase. Donde está el futuro es en Estados Unidos», sostiene, «debería irme allí, fundar mi propia iglesia y quedarme con los yanquis, tan ingenuos y crédulos».

Nikki se asoma y me dice con las cejas enarcadas: «Simon y las cocinas no pegan, ¿verdad?». Ella le mira. «¿De verdad te estás comportando?».

«De manera ejemplar», dice él. «Pero venga, Rents, unámonos al resto de la congregación. No conviene dejar solo a Gav con todas las chicas».

Volvemos a encontrarnos en torno a la mesa y Sick Boy, Gav y yo mantenemos una discusión al estilo de los viejos tiempos acerca de la letra de la canción «Giving It All Away», de Roger Daltrey. «Lo que dice es “I’d know better now, giving it all away”», opina Sick Boy.

«Que no», dice Gav sacudiendo la cabeza, «es “I know better now”».

Les hago a ambos un gesto desdeñoso con la mano. «Vuestros diferentes pareceres no son sino una pedantesca disputa de poca monta que no altera el significado esencial de la canción. Si escucháis con atención, veréis que dice: “I’m no better now”, como aquel que dice que ahora no es mejor que antes, sino igualito, porque no ha aprendido nada».

«Y una mierda», bufa Sick Boy, «la canción habla de mirar atrás con la perspectiva de la madurez y la sabiduría».

«Claro», se muestra de acuerdo Gav, «un poco en plan “si hubiera sabido entonces lo que ahora sé”».

«No. Ahí es donde os equivocáis ambos», discrepo. «Escuchad la voz de Daltrey; es un lamento; arrastra algo de derrota; es la historia de un gachó que por fin reconoce sus limitaciones. “Ahora no soy mejor que antes, porque sigo siendo el mismo capullo hecho polvo de siempre”».

De repente Sick Boy se muestra hostil ante esto, como si se tratase de algo sumamente importante. «No tienes ni puta idea de lo que hablas, Renton», dice, mientras se vuelve hacia Gav. «¡Díselo, Gav! ¡Díselo!».

Al parecer el señor Williamson se ha tomado esto de forma un tanto personal. La discusión prosigue hasta que Dianne la interrumpe. «¿Cómo podéis llegar a poneros tan frenéticos por una trivialidad de mierda?». Sacude la cabeza y se vuelve hacia Nikki y Sarah. «Me encantaría pasar un solo día en el interior de sus cabezas, sólo para ver lo que se siente con toda esa basura circulando por ahí dentro», y una de sus manos acaricia mi frente mientras la otra se posa en mi muslo.

«Yo con una hora ya tendría de sobra», sostiene Sarah.

«Es cierto», se arriesga a decir Sick Boy, que ahora ve la locura que supone y me sonríe. «En los viejos tiempos teníamos a Begbie a mano para decir: “Es un montón de puta mierda y ya empieza a tocarme los cojones, así que callaos de una puta vez si no queréis que os parta la puta boca”».

«En efecto, a veces demasiada democracia da por saco», se ríe Gav.

«El tal Begbie parece todo un personaje. Me gustaría conocerle», declara Nikki.

Sick Boy sacude la cabeza. «Te aseguro que no. Quiero decir, en realidad no le gustan las chicas», se cachondea, y Gav y yo nos sumamos.

«Ni los chicos, a decir verdad», añado yo, ahora ya meándonos de la risa.

Al cabo de un rato Nikki empieza a perorar sobre Cannes, cosa que, por lo que Dianne me cuenta, ahora es uno de sus temas habituales; Sarah y Gav se ponen bordes el uno con el otro. Dianne y yo nos lo tomamos como la señal para marcharnos y ella dice algo acerca de la necesidad de imprimir otra copia de su tesis. Por desgracia, Nikki y Sick Boy deciden unirse a nosotros en el taxi.

«La Sarah esa está bien buena», declara Sick Boy.

«¿Verdad que sí?», dice Nikki con cierta ronquera y con el rostro sudoroso y colorado por la bebida.

«Le propuse montar un cuarteto pero no estaba por la labor», dice Sick Boy, confirmando mis sospechas. «Creo que Temps también se ofendió un poco», añade. Entonces se dirige a Dianne: «A ti no te lo he pedido, Di, no porque no me gustes, sino porque Rents forma parte del lote y la sola idea de verlo en pelotas…».

De hecho, yo le había confesado que el cabrón ya me había sondeado acerca de esa posibilidad. Ella le lanza una mirada fulminante y empieza a hablar con Nikki, quien parece estar bastante borracha. Subimos las escaleras y nos marchamos a nuestras respectivas habitaciones, y puedo oír a Nikki y a Sicky, como le llama Terry,

enzarzarse en una discusión beoda.

Empiezo a leer el último borrador de la tesis de Dianne mientras ella va al cuarto de baño. Hay muchas cosas que no entiendo, lo cual me parece un indicio prometedor, pero en fin, parece bastante académico: trabajo de investigación, referencias, notas a pie de página, bibliografía exhaustiva, etc., y se lee muy bien. «Tiene una pinta excelente», le digo cuando entra, «a ver, no es que yo entienda mucho de estas cosas. Pero desde el punto de vista de un lego en la materia, se lee bien».

«Me aprobarán, pero poco más», dice ella sin el menor indicio de desaliento.

Empezamos a hablar de lo que va a hacer ahora que está terminada y me besa y me dice: «Dijiste algo de legos en la materia» y me desabrocha la cremallera y me saca la polla semierecta. Sujetándola con firmeza, se relame. «Esto es lo que voy a hacer», me dice. «Y más y más y más».

Me parece imposible hacer más de lo que ya hacemos.

Nos quedamos durmiendo hasta la tarde siguiente antes de despertarnos. Vuelvo a la cama con dos tazas de té y decido contárselo todo a Dianne. Así lo hago. Cuánto sabía ya o había adivinado no lo sé, pero no parece demasiado sorprendida, aunque bien mirado, nunca lo parece. Me visto, me pongo un vellón y unos vaqueros mientras ella se incorpora en la cama. «¿Así que vas a encontrar a un amigo alcohólico al que hace casi diez años que no ves para darle tres mil libras en metálico?».

«Sí».

«¿Seguro que lo has pensado bien?», me pregunta bostezando y estirándose al mismo tiempo. «Ya sabes que no suelo estar de acuerdo con Sick Boy, pero quizá le hagas más mal que bien a ese tío entregándole semejante cantidad de dinero de golpe y porrazo».

«Es su tela. Si decide bebérsela hasta reventar, sea», le digo, pero sé que sólo estoy pensando en mí, en mi necesidad de arreglar las cosas.

El frío parece asentarse en los intersticios de la ciudad. Es como una enfermedad que no logra sacudirse del todo; el clima siempre amenaza con retroceder hasta el invierno pleno bajo el asalto de los crueles y helados vientos del Mar del Norte. La Milla Real tiene un aspecto espeluznante, pese a que la noche apenas ha empezado a caer. Camino con dificultad por los adoquines y encuentro el estrecho callejón, por el que me introduzco; da a un pequeño y oscuro patio rodeado de viejas e imponentes casas de vecinos. Un minúsculo callejón desciende hacia el New Town.

El patio está abarrotado de gente que escucha a un viejo gachó barbudo, de mirada traumatizada y enloquecida, predicando la Biblia. Hay muchos borrachines, pero también muchos de Alcohólicos Anónimos y de Narcóticos Anónimos en rehabilitación, cuya necesidad de ingerir drogas se ha visto sustituida por el pico

fervoroso de las emanaciones evangélicas. Tras un rato escudriñando la multitud le veo; está más delgado y va bien afeitado, pero tiene el aspecto de un hombre que se recupera de algo, porque de eso se trata, del estado congelado de hallarse en vías de recuperación, ese estatus que la liga antialcohólica procura petrificar. Es Rab McNaughton, Segundo Premio, y tengo que darle tres mil libras en metálico.

Me aproximo a él con cautela. Segundo Premio era íntimo de Tommy, un viejo amiguete nuestro que murió del sida. Me culpaba a mí de que Tommy se hubiera enganchado al jaco y en una ocasión incluso me agredió físicamente. El tipo siempre estuvo dotado de un natural rotundo. «Seg… Robert», me corrijo rápidamente.

Me mira un momento, me reconoce con un gesto despectivo y vuelve a escuchar al predicador, con los ojos encendidos, devorando cada palabra pronunciada por este, mientras va puntuando lo que dice con los amenes de rigor.

«¿Cómo te van las cosas?», le sondeo.

«¿Qué quieres?», me pregunta, volviendo a mirarme momentáneamente.

«Tengo algo para ti», le cuento. «El dinero que te debía…». Me echo la mano al bolsillo de la chaqueta y palpo el fajo, pensando que, en efecto, esto es de una ridiculez absoluta.

Segundo Premio se vuelve hacia mí. «Ya sabes lo que puedes hacer con él. Sois unos malvados: tú, Begbie, ese pornógrafo de Simon Williamson, Murphy el yonqui…, sois todos unos malvados. Sois asesinos y trabajáis para el Diablo. El Diablo habita en el puerto de Leith y vosotros sois sus siervos. Es un lugar maligno…», dice, levantando la vista hacia el cielo.

Una confusa sensación, a medio camino entre el alborozo y la ira, se acumula en mi pecho y tengo que luchar contra la tentación de decirle que no dice más que chorradas. «Mira, quiero dártelo, limítate a cogerlo y nos vemos en la otra vida», le digo, incrustándole el fajo de billetes en el bolsillo de la chaqueta. Una mujer corpulenta con el pelo rizado y un marcado acento de Belfast se acerca y dice: «¿Qué pasa? ¿Qué pasa, Robert?».

Segundo Premio se saca el fajo del bolsillo y lo agita ante mis narices. «¡Esto! ¡Esto es lo que pasa! ¿Crees que puedes comprarme con esta mierda? ¿Qué Begbie y tú podéis comprar mi silencio? ¡No matarás!», dice con la mirada encendida, y a continuación me grita a la cara, destrozándome los nervios y rociándome de babas al mismo tiempo: «¡NO MATARAS!».

Arroja el dinero por los aires y los billetes se arremolinan con el viento. De repente la multitud se da cuenta de lo que ocurre. Un hombre encostrado de roña y vestido con un gabán mugriento agarra un billete de cincuenta libras y lo mira al trasluz. Un crustie se lanza sobre los adoquines y pronto todo el mundo se sume en un frenesí de codicia, haciendo caso omiso al viejo predicador, quien, al ver la pasta revoloteando por el aire, olvida su sermón y se pone a arramblar con los demás. Yo

doy un paso atrás, cojo un par de puñados de billetes y me los meto en los bolsillos. Entiendo que se los di a él para que hiciera con ellos lo que quisiera, pero si ha optado por un reparto público, entonces yo me apunto el primero. Salgo por el callejón hasta llegar a la Milla Real, pensando que probablemente acabo de aniquilar a la mitad de los borrachines de la ciudad y cargarme los esfuerzos de todos los que llevaban tiempo en rehabilitación.

Vuelvo a casa de Dianne y veo que Sick Boy sigue ahí, mojado y con una toalla alrededor de la cintura. «Mañana a Cannes», sonríe.

«Me muero de ganas de verte allí», le digo. «Lo del Dam es un putadón, pero tengo que hacerlo. ¿Cuándo sale tu vuelo?».

Me dice que a las once, así que al día siguiente dispongo las cosas para compartir un taxi hasta el aeropuerto con él y con Nikki. Durante el desayuno él se mete coca y en el asiento trasero del taxi se mete más, mientras no para de darle al pico acerca de Franck Sauzee. «Es un puto dios, Renton, un puto dios. El otro día le vi salir del Valvona y Crolla con una botella de vino del caro y pensé: esto es lo que hacía años que se echaba en falta en Easter Road, joder, ese toque de distinción», perora, mientras se le ponen unos ojos de chalado y las mandíbulas le rechinan. Nikki va tan fumada y bajo los efectos de la fiebre de Cannes que apenas parece darse cuenta del estado en que se encuentra él. Me despido de ellos, diciéndoles que tengo que coger el vuelo de las doce y media para Amsterdam. Pero en realidad voy a Frankfurt para coger un vuelo de enlace a Zurich.

Suiza es un lugar aburrido que te cagas. Le perdí todo el respeto a Bowie cuando me dijeron que vivía aquí. Pero los bancos son excelentes. La verdad es que no hacen preguntas de ninguna clase. Así que cuando firmo el impreso para transferir los fondos de la cuenta de Bananazurri a la que he abierto en el Citibank, nadie parpadea siquiera. Bueno, el empleado de banca regordete, trajeado y con gafas me pregunta: «¿Quiere seguir manteniendo abierta esta cuenta?».

«Sí», le digo. «Es que necesitamos acceso inmediato al dinero porque nos vamos a meter en producción cinematográfica. Sin embargo, pronto repondremos los fondos, ya que tenemos inversores para nuestra próxima película».

«Poseemos cierta pericia en lo que a financiación cinematográfica se refiere. Quizá le resultara conveniente a usted o a su socio el señor Williamson hablar con Gustave la próxima vez que estén aquí, señor Renton. Podemos abrir una cuenta de financiación cinematográfica desde la cuenta de su compañía, lo cual le permitiría extender cheques de forma instantánea para pagar a los acreedores».

«Humm…, interesante. Desde luego nos ahorraría muchas molestias poder hacerlo todo desde el mismo sitio, por así decir», digo, mirando el reloj; no quiero levantar sospechas, pero tampoco quiero demorarme. «Tendremos que hablar de ello, pero en términos inmediatos he de coger un avión…».

«Por supuesto…, disculpe…», dice, y cerramos la transacción de forma apresurada.

Fue así de fácil. Mientras vuelvo a Edimburgo no hago más que imaginarme a Sick Boy en Cannes.

72. «… OLEAJE…»

Salimos en vuelo directo de British Airways desde Glasgow a la Costa Azul en clase preferente. A medida que nos acercamos al aeropuerto de Niza, vemos un cielo azul y despejado y el oleaje del Mediterráneo lamiendo las doradas arenas. Los indicadores de los cinturones de seguridad para el aterrizaje están encendidos, pero Simon se ha retirado a los servicios por cuarta vez, sale, como suele decirse, exultante de emoción e intriga. «Ya estamos aquí, Nikki, ya estamos aquí. ¿Quieres ver marrullerías, trapicheos y tejemanejes?».

«Pues no mucho, la verdad…», digo, levantando la vista del ejemplar de Elle y observando el ensanchamiento de sus fosas nasales. Veo partículas de cocaína pegadas en los pelos.

«Esos capullos no sabrán lo que les ha caído encima. Nunca antes se han topado con un tangoso de verdad», dice con desdén, frotándose la nariz. Después me mira con expresión casi dolorida y me besa suavemente en la mejilla. «Eres una obra de arte, nena», dice antes de que sus camaleónicos ojos giren y vean a una chica con largos rizos que lleva unas gafas de sol pegadas a la cabeza y una chaqueta Prada. «Fíjate en eso», dice en voz alta y señalando con el dedo, «tanto esfuerzo echado a perder por una mala permanente estilo cutre. Apuesto a que trabaja en publicidad. Debería despedir a su peluquero…, ¡qué digo, debería fusilarlo!», dice, mientras su mandíbula asoma de forma desafiante y un par de personas chasquean la lengua y apartan la vista.

Yo sonrío benévolamente, sabedora de que es inútil pedirle que baje la voz. Ahora me da la tabarra a mí, contándome la historia de su vida.

«Begbie tiró una jarra y le abrió la cabeza a una chica…, yo le disparaba a la gente con una escopeta de aire comprimido… De niño, Renton era cruel con los animales, siempre tuvo un no sé qué…, habrías pensado que de mayor se convertiría en asesino en serie…, Murphy me robó el equipo de Subbuteo de Coventry City…, lo encontré en su casa y casualmente acababa de comprarlo justo después de que el mío desapareciese…, mis padres no eran ricos…, era un desembolso importante…, mi madre, una mujer decente y santa donde las haya, va y me dice: “¿Dónde está ese bonito equipo que te compramos, hijo?…” ¿Qué podía decir? “Está en casa de los piojosos, madre. En este momento, mientras hablamos, los jugadores se deslizan sobre el linóleo viejo y destrozado en casa de un chorizo piojoso para que los aplasten unos taños indiferentes y borrachos que van tambaleándose de dormitorio en dormitorio en busca de niños de los que abusar…” ¿Cómo iba a decirle eso a mi madre? La casa de Murphy, vaya una cochiquera…».

Estoy encantada de bajar del avión. Recogemos nuestro equipaje y Simon se encamina directamente hacia la parada de taxis. «¿Es que no vamos a esperar a los

que vienen en el Easyjet?», le pregunto.

«Algo me dice que no…», dice con cautela. «Escucha, Nikki, el eh…, el Carlton estaba lleno, así que tuve que meterles en el Beverly. Sigue siendo céntrico».

«¿Es menos caro?».

«Podríamos decir que sí», sonríe. «Nuestra suite vale unas cuatrocientas libras por noche y las habitaciones de ellos cuestan veintiocho».

Sacudo la cabeza en un gesto de asco fingido, esperando que él no se dé cuenta del artificio.

«Es que necesito un queo guapo para hacer negocios…», protesta él. «Da mala imagen que le vean a uno en un cuchitril… y con eso no quiero decir que el Beverly lo sea, claro».

«Apuesto a que sí lo es», digo. «Me parece muy discriminatorio, Simon. Se supone que somos un equipo».

«Te recuerdo que estamos hablando de Lochend y Wester Hailes. ¡Para ellos será un lujo! Pienso en ellos, Nikki, se sentirían como peces fuera del agua. ¿De verdad te imaginas a Curtis en el Carlton? ¿A Mel con sus tatuajes? No, no querría ponerles en evidencia ni que me pongan en evidencia a mí», dice con aires de superioridad, con la cabeza bien alta y las gafas de sol puestas, mientras llevamos los carritos del equipaje hacia la parada de los taxis.

«Eres de lo más esnob, Simon», le informo, riéndome a carcajadas.

«¡Tonterías! Soy de Leith. ¿Cómo voy a ser esnob? En todo caso seré un socialista. Me limito a atenerme a las reglas del mundo de los negocios, eso es todo», salta, para repetir a continuación: «Más vale que Renton no me mamonee, porque sería un desperdicio total…, menos mal que tuve la previsión de cancelar su reserva en el Carlton y meterle en el Beverly con los demás…, ese capullo se trae algo entre manos…».

«Mark es majo. Sale con Dianne, y ella es un encanto».

«De acuerdo, cuando quiere puede ser convincente que te cagas. Pero tú no le conoces como le conozco yo. Recuerda que me crié con él. Le conozco. Es una escoria. Todos lo somos».

«¡Qué poca autoestima, Simon! Jamás lo habría imaginado».

Simon sacude la cabeza como un perro al salir del mar. «Lo digo en sentido positivo», dice. «Pero conozco su naturaleza interior. Si Dianne es tu amiga, yo le diría que no perdiera de vista el bolso».

Tomamos un taxi hasta el Carlton, viajando por la atestada carretera costera. «Iba a optar por el Hotel de Cap», explica Simon, «pero está demasiado lejos del meollo y habría supuesto mogollón de viajes en taxi. Esto está justo donde La Croisette», me informa mientras amonesta al lánguido y latino taxista en un francés impresionante. «Vite! Je suis trespresse! Est-ce qu’ily a un itinéraire de dégagement?».

Por fin llegamos y salimos del taxi. Dos porteros salen disparados a coger nuestro equipaje. «¿Ya se han registrado, Monsieur, Mademoiselle?».

«Oui, merci», contesto yo, pero Simon sigue en el exterior, de pie, mirando el mar, observando las idas y venidas del ajetreado gentío por La Croisette; luego se vuelve hacia la enorme y reluciente estructura blanca del hotel eduardiano. «Simon, ¿te encuentras bien?».

Él se quita las Ray-Ban y las guarda en el bolsillo superior de su chaqueta de lino amarillo. «Déjame disfrutar de este instante», resopla, apretándome la mano; veo que en sus ojos se acumulan las lágrimas.

Pasamos al vestíbulo del hotel, que desborda una opulencia pasmosa, dominado por pilares negros y dorados. Hay tres clases de mármol: gris, naranja y blanco, todos con abundantes moldes de pan de oro. Los candelabros de cristal que cuelgan imperiosamente de enormes cadenas de latón, el suelo de mármol, las paredes blancas y las puertas en forma de arco proclaman a gritos la riqueza y la elegancia de este lugar.

Ya en la habitación, una mullida alfombra te hace sentir que caminas sobre melaza. La cama es colosal y la televisión tiene cincuenta canales. El enorme cuarto de baño está abarrotado de toda suerte de artículos de tocador y hay una botella de rosado de Provenza metida en un cubo de hielo como detalle de bienvenida, que Simon abre, sirviéndonos una copa a cada uno y sacándolas al balcón, desde donde se ve el mar. Me asomo y veo que a la gente le impresiona mucho este hotel. Pasan por el malecón y levantan la vista para mirarnos, boquiabiertos. Simon, que ha vuelto a ponerse las gafas de sol, saluda cansinamente a unos turistas al acecho de famosos, ¡y estos empiezan a codearse y hacernos fotos! ¡Me gustaría saber por quiénes nos habrán tomado!

Nos relajamos en el balcón, sintiéndonos en el ombligo del mundo, llenos de satisfacción, tomándonos el rosado; el calor hace causa común con la sensación de sosiego que he experimentado en el avión y el vino de anoche en casa de Gavin, infundiéndome un profundo sueño.

Pero estamos aquí. Yo estoy aquí. Soy una actriz, una puta estrella, aquí, en Cannes. «Me pregunto quién más estará aquí en estos momentos. ¿Tom Cruise? ¿Leonardo DiCaprio? ¿Brad Pitt? ¡Quizá incluso en la habitación de al lado!».

Simon se encoge de hombros y enciende el teléfono móvil. «Sea quien sea, tendrá que ajustarse a nuestros planes», dice distraídamente mientras teclea un número. «¡Mel! Habéis llegado…, excelente. ¿Se está portando Curtís?…, me alegro…, divertíos y os llamaremos a las siete. Después de la proyección habrá una fiesta y ya me haré con unas invitaciones…, nos os embolinguéis demasiado…, sí, claro…, bueno, pues id a la playa o poned la tele…, os veré en el hall de vuestro hotel a las siete…, vale», dice mientras apaga el móvil. «Qué ingrata», se queja, imitando a

continuación a Mel. «Curtís y yo estamos sin dinero, Simon, ¿cómo vamos a ir de compras sin dinero?».

Empiezo a estar muy cansada. «Voy a echar una cabezadita durante una hora, Simon», le digo mientras me voy al dormitorio.

«Vale», dice él, siguiéndome.

Simon pone una película porno de una lista que aparece en la pantalla bajo el encabezamiento «canales adultos». Elige una llamada Rear Entry: In Through the Out Door. «Qué pasote, nunca antes me había dado cuenta de que aquel elepé de Led Zeppelin era una alusión al sexo anal. Eso confirma mi impresión de que Page era un poco visionario; ya sabes, el rollo de Crowley y toda esa mierda».

«¿Por qué estamos viendo esto?…», murmuro desde mi modorra.

«Número uno: para ponernos cachondos. Número dos: para ver cómo se lo monta la competencia. ¡Fíjate en eso!».

Se están follando a una mujer que está tumbada de espaldas. Al alejarnos del televisor vemos que el tío ha colocado las piernas de ella sobre sus hombros. El resultado es que le fuerza la espalda para acceder a su ojete y se la folla por ahí, pero desde ese ángulo es imposible determinar si se la mete por el culo o por el coño. Me fijo en los moratones que lleva la mujer en las muñecas, algunos de ellos macilentos. No resulta tan desagradable como de mal gusto, y hace que pierda el poco interés que podía tener por la película, así que me quedo sopa. La verdad es que no tengo demasiado interés en ver follar a los demás; me aburre. Es cómodo este colchón y también el camisón del hotel, y me sumo en el sueño…

Me despierto con algo de frío; me han abierto el camisón desabrochando el cordón, y me encuentro a Sick Boy en cuclillas encima de mí, masturbándose frenéticamente. Me cubro a toda prisa con el camisón.

«Mierda…, ya la hemos jodido», jadea con amargura.

«Qué… ¡Te la estás cascando encima de mí!».

«¿Sí?».

Me incorporo, alarmada. «¿Qué tal si me pongo un poco de lápiz de labios azul y me hago la muerta?».

«Oye», dice, «que no es un rollo necrófilo, es mucho más inocente que todo eso. ¡Pretendía que fuera un homenaje! ¿Es que acaso nunca has oído hablar de La bella durmiente, hostias?».

«No quieres hacer el amor conmigo, pero te sientas a cascártela viendo una peli porno de mierda. ¿Qué puto homenaje de mierda es ese, Simon?».

«No lo entiendes…», rezonga y resopla, mientras la nariz le gotea, y acto seguido salta: «necesito… un poco de perspectiva, joder».

«Lo que necesitas es meterte menos coca», grito, pero con escaso entusiasmo porque de verdad necesito dormir un poco.

Y mientras intento quedarme frita, escucho su perorata interminable. «Eey…, fumas demasiado costo y no dices más que chorradas», dice, «pero te quiero igual. No cambies nunca. El hachís es una droga estupenda para las pibas, el hachís y el éxtasis. Me alegro muchísimo de que no le pegues a la coca. Es una droga para tíos, las chicas no pueden con ella. Sé lo que me vas a decir, que eso es sexista. Pero no, se trata de una observación fundamentada en el reconocimiento de las diferencias entre hombres y mujeres, lo cual presupone el reconocimiento de la autonomía femenina, lo cual a su vez es un postulado feminista. Así que apláudeme, nena, apláudeme…», dice mientras sale de la habitación.

Al oír el estrepitoso portazo, me digo a mí misma: joder, menos mal.

73. CHANCHULLO N.° 18752

Voy zigzagueando por estrechas callejuelas hasta regresar a La Croisette, escudriñándolo todo, grabándome a fuego en el cerebro mapas indelebles del trazado de la ciudad. Evalúo el ganado como haría un curtido ganadero en la feria Royal Highland de Ingliston. Escuchar el cotorreo de las tías en el mercado sexual: basta una mirada perspicaz para hacerse una idea integral y evaluar adecuadamente la situación. Relaciones públicas escupiendo sílabas lacónicamente a través de sonrisas congeladas por teléfonos móviles, compradoras altivas y mochileras esperanzadas: a todas las someto a una voraz mirada «superficial».

Esto de producir está tirado. ¿Por qué limitarme al porno, por qué no hacer una película como Dios manda? Reúnes un poco de dinero de la bonoloto y hala. Todo el mundo lo hace. Todos los gangsters de primera fila se dan cuenta de que los mejores criminales son los ex criminales. Hay que sacar partido e ir por la vía legal en cuanto sea factible. ¿Para qué tanto agobio? La cárcel es para los de la cuerda de Begbie, que, pese a todas sus poses, no son más que unos fracasados y unas víctimas. Pasar un tiempecito a la sombra durante la juventud, bueno, seis meses, vale, en plan aprendizaje. Pero si después de pasar seis meses encerrado no has aprendido que eso no es lo que te va, entonces es que estás hecho polvo de verdad. A nadie le gusta la cárcel, pero es que hay algunos tristes capullos a los que no les desagrada lo suficiente.

Cannes es donde quiero estar. Representa opciones. Pero no se trata sólo de que no sea Leith ni Hackney, ni se trata sólo del lugar físico como tal, se trata de mí. Ahora ya no soy un estafador desesperado sin nada que poner sobre la mesa de negociaciones. Me doy cuenta de que da igual cómo de tranqui me lo montara en el pasado, nunca pude evitar desprender esa leve impresión de ser previsible, ese tono de desesperación. Y no podía hacerlo porque a la hora de la verdad era todo fachada y no tenía nada que canjear en el mercado. Por fin, tras reunir un montón de cuerpos sudorosos y filmar el resultado, tengo algo que vender, algo que valoran. Algo hecho por mí. Simon Williamson tiene un producto que no es Sick Boy. Es cuestión de negocios, nada personal. Estoy promocionando un film de Simon David Williamson.

Vuelvo al hotel con la intención de tomar el sol y tratar de relajarme un rato y a lo mejor ligar con unas chatis. No disponemos de mucho tiempo y el payaso este del hotel me ha tocado los huevos: cuatrocientos billetes por noche y aún tienes que pagar quince libras diarias por usar la playa privada que hay delante, igual que los putos plebeyos de fuera, a los que en cualquier caso deberían prohibirles la entrada.

Ya en la habitación, veo que Nikki se ha levantado, pero como vamos justos de tiempo nos conformamos con un poco de papeo en el hotel. Está más tranquila después de haberme pillado cascándomela encima de ella. Casi he logrado

convencerla de que era un homenaje. Mujeres: ¿qué otra cosa podía ser? En cualquier caso, satisfechos y con el estómago lleno, nos encaminamos hacia el hotel de los tirados a recoger a Mel y a Curt para el pase de Siete polvos para siete hermanos.

El cine donde la echan es un garito pequeño pero elegante en una bocacalle. Se rumorea que Lars Lavish, Ben Dover, Linsey Drew y Nina Hartley (la heroína de Nikki) van a asistir a la proyección, pero no veo a nadie a quien reconozca. Eso sí, la asistencia es numerosa y hay unas cuantas personas que entran después de que hayan apagado las luces. Intento escrutar al público para calibrar la reacción de esta sala de cine a medio llenar.

Voy tan acelerado que no necesito farlopa, pero de todas formas me meto un tirito. Mel y Curtis también. No puedo evitar soltar un «Fuaa», cuando Melanie aparece desnuda en pantalla por primera vez. Ella me da un codazo juguetón en las costillas. Pero la que causa verdadero impacto es Nikki. A partir del momento en que se quita ese ajustado top de lycra y enseña ese coño afeitado y se contonea con arrogancia en pantalla, casi puede tocarse la electricidad en el aire. Se oyen uno o dos vítores por parte del público; me vuelvo y la pillo con expresión tímida y le doy un apretón en la mano. Pero el verdadero exitazo es Curtis o, mejor dicho, su polla. La primera aparición de esa tranca suscita unos cuantos «guaus» y al volverme veo los enormes dientes de mi chico brillando en la oscuridad.

Fuera, después de la proyección, nos achuchan a todos y nos entregan tarjetas a la vez que nos instan a que asistamos a diversas fiestas. Pero yo sé a cuál quiero ir, y no es un bolo porno, sino el sarao de la industria en la gran carpa de La Croisette. Todas las figuras del porno quieren estar allí, pero yo consigo gorronear cuatro invitaciones y es cosa hecha.

Tras unas copulas, Nikki va bolinga y empieza a tocarme los huevos. «¿Por qué hablas con ese ridículo acento, Simon?», me corta cuando estoy hablando con una muñequita que te cagas, de largo y lacio cabello rubio, que por lo visto es alguien de peso en Fox Searchlight. «Me acusa a mí de ser una cockney de pega, y en cuanto se baja del avión empieza a hablar como un pijo de mierda».

La chica sexy enarca una ceja y pongo una sonriente cara de póquer. «¿Qué acento, Nicola? Así es como hablo», digo lentamente.

Nikki le pega un codazo a Mel y dice: «Ashí esh como hablo, Nicola. Me llamo Williamshon. Shimon Dafid Williamshon».

«¡Másh conoshido como Shick Boy!», se carcajea Mel, y ese par de zorras retorcidas, inoportunas y celosas se ríe como las putas brujas de Macbeth mientras aparece un capullo repulsivo que coge del brazo a Fox Searchlight y se la lleva.

Tamaña muestra de estúpida mezquindad me pone furioso. «Puede que haya algo que cosechar minando mis esfuerzos por hacer contactos y vender esta puta película que hemos estado rodando durante la mayor parte de los últimos seis meses», vomito

con lacónica rabia entre dientes, «pero que me jodan del todo si soy capaz de verlo».

Se miran la una a la otra y guardan silencio durante una fracción de segundo. Entonces va Melanie y suelta un «Ohhh…» y vuelven a ponerse histéricas. A la mierda, me meto entre el gentío, y voy apuntando con el reflector, a la caza de esa Fox.

Me voy a los lavabos y a punto estoy de meterme un poco de farlopa cuando veo a unos tíos meterse en un cubículo y me cuelo, sacándoles un par de rayas. Reaparezco superrecargado y veo a Nikki y a Mel flirteando descaradamente con unos gilipollas de aspecto repulsivo. Curtis parece haber desaparecido. Me dirijo hacia donde las chicas. Uno de los tíos, que estaba haciendo el lameculos con Nikki, me ve aproximarme y pregunta de forma altanera: «¿Y quién eres tú?».

Me arrimo a él. «Soy el tío que te va a partir la puta tocha por hacer el baboso con su novia», digo, pasándole el brazo alrededor a Nikki. El muy mamón se pone gallito por un momento y después hace mutis por el foro tímidamente. Por desgracia, Nikki y Mel hacen otro tanto con la excusa de ir a por más bebida, pero queda claro que ambas han quedado muy poco impresionadas por mi numerito.

Vuelvo a los retretes, donde uno de los tíos que compartió su perico conmigo se aproxima esperanzado. «Lo siento, colega, fiesta privada», le digo.

«Pues muy justo no me parece…», protesta.

«Estamos en la posdemocracia, colega. Y ahora vete a tomar por culo», trueno mientras le cierro la puerta en las narices y me empolvo la nariz.

Enseguida vuelvo a salir, pavoneándome por ahí, en mi salsa, cuando me interrumpe un acento cantarín llegando a mi oído. «¡Simon! ¡¿Cómo estás, amigo mío?!».

Es ese capullo asqueroso de Miz, y a punto estoy de ponerme brusco e incluso borde, puesto que ahora ya ha dejado de serme útil, cuando dice: «Quiero presentarte a alguien», y señala con un gesto de la cabeza a un tipo alto con bigote que tiene a su lado y que me resulta familiar. «Este es Lars Lavish».

Lars Lavish es uno de los principales actores porno europeos; ahora se dedica a la producción. Su capacidad de empalmarse es legendaria y se le conoce como el padrino del género gonzo; abordaba a tías por las calles de París, Copenhague y Amsterdam y las engatusaba para que le acompañasen a un estudio para rodar una peli porno improvisada con él. Es célebre por su labia. Lo único que empleaba era su encanto, la persuasión y los alicientes de pasta y polla. Hace poco firmó un gran contrato con una de las principales distribuidoras y ahora sólo hace cosas propias y tiene el control editorial absoluto. En otras palabras, estoy absolutamente deslumbrado. Este hombre es mi héroe, mi mentor. Joder, apenas consigo pensar, no digamos articular palabra.

Lars Lavish.

«Lars», digo estrechándole la mano sin que ahora me importe siquiera que tenga el brazo alrededor de Nikki.

«Encantado de conocerte, Simon», sonríe, a la vez que mira de arriba abajo a Nikki. «Esta chica es la bomba. ¡Es la rehostia, tío, la rehostia! ¡Siete polvos, tío, qué buena es! Creo que vamos a tener que tener una conversación muy seria acerca de la distribución de esta película. Pienso incluso en un estreno limitado».

Debo de haber muerto: estoy en el paraíso. «Cuando quieras, Lars, cuando quieras, colega».

«Esta es mi tarjeta. Por favor, llámame», dice, y después besa a Nikki y se pierde entre la multitud con Miz, que se vuelve para mirarme mientras sacude la cabeza con satisfacción.

Pronto Nikki y yo nos vemos inmersos en una discusión extraña y un poco encabronada. «¿Por qué será que todas esas revistas para hombres como Loaded, FHM y Maxim son igualitas que las revistas porno como Mayfair, Penthouse y Playboy: portada ligerita de ropa y desnudos en el interior? Porque las revistas de hombres son para gilipollas onanistas —categoría que abarca a todos los hombres— a los que les gusta hacer ver que no lo son. ¿Cómo se puede tener un espacio para la imaginación y no ser onanista? La chorrada que habría soltado alguien como Renton es que a él le excita pensar en ciertas cosas así, que va y charla de forma madura y apacible sobre ello con su novia madura y apacible y lo negocian de forma sensata para materializar esas fantasías de forma amorosa, solidaria, mutuamente gratificante y satisfactoria…».

«Pero…».

«¡VAYA UN MONTÓN DE PUTA MIERDA! No, necesitamos tetas y culos porque necesitamos que sean accesibles; para poder manosearlas, follarlas o hacernos pajas pensando en ellas. ¿Porque somos hombres? No. Porque somos consumidores. Porque esas son cosas que nos gustan, cosas que creemos —o que nos han comido el tarro para que creamos— que nos aportarán valía, una válvula de escape, satisfacción. Las valoramos, así que por lo menos necesitamos tener la ilusión de su accesibilidad. Quien dice tetas y culo dice coca, patatas fritas, lanchas motoras, coches, casas, ordenadores, marcas de diseño, camisetas oficiales del equipo. Por eso la publicidad y la pornografía son tan semejantes: venden la ilusión de la disponibilidad y la falta de consecuencias del consumo».

«Tu conversación me aburre», dice Nikki, y se marcha.

Que la jodan. Estoy disfrutando de un subidón que te cagas y todos los demás, todo lo demás, sencillamente tendrá que ajustarse a mis planes, joder.

74.«… CISTITIS DE LA MUERTE…»

Lars Lavish quiere llevarme al huerto. Los tíos estos del porno son bastante cortos, pese a ser de ideas fijas. Resulta aburrido, pero es más interesante que la compañía de Simon. Se está comportando como un plasta tedioso y atiborrado de coca. No quiero ser demasiado dura con él, porque este es su momento y debería disfrutarlo, por aquello de que más dura será la caída y todo eso. Pero está imposible. Quiere tirarse todo lo que se mueve, como Curtís, que de hecho se tira todo lo que se mueve. Las niñas pijas hacen cola, morbosas, remilgadas y tontonas, para conseguir una ración de esa polla, cuya fama corre de boca en boca por los mentideros de la carpa. Y su porte indica que al muchacho esa polla por fin empieza a quedarle bien. De la hamburguesería a estrella del porno.

Llevaba un rato desaparecido con una acompañante y ahora han vuelto a aparecer. «¿Qué tal te va, Curtís?».

«De puta madre», dice, llevando a la chica de la mano. A ella los ojos se le salen de las órbitas y le cuesta caminar. «¡En la vida lo había pasado mejor!».

Me resulta difícil discrepar.

Lo atraigo hacia mí y le cuchicheo al oído: «¿Te acuerdas de lo que dijiste acerca de aquellos tíos con los que fuiste al colegio? ¿De que te tomaban el pelo llamándote monstruo? Bueno, pues ¿quién tenía razón y quién se equivocó?».

«Yo tenía razón; ellos se equivocaban», dice. «Pero… es una lástima que Danny y Philip no puedan estar aquí para ver todo esto. Les habría encantado».

Al oír esto, Simon le interrumpe. «Es como lo del metro londinense, colega. Esperan que la gente sea lo bastante borrega. No ponen papeleras, sabes; esperan que camines por ahí con la basura encima. Yo no hago eso, la dejo en cualquier parte. Pero la cantidad de gente que lo hace basta para que les salga rentable no ponerlas».

«No te sigo…».

«Lo que te estoy diciendo, amiguete, es que la basura hay que tirarla, no llevarla encima, y aquí se está de puta madre sin la basura», dice con aires de superioridad.

Sick Boy —Dios, cómo le pega ese apodo— está poniendo por las nubes a una chica llamada Ron, que según él es de la Fox Searchlight. «Ron nos ha invitado a todos al sarao de la Fox Searchlight mañana», dice con una sonrisa radiante.

Hago un aparte con él. «¿Por qué no te la llevas y te la follas ahora, Simon? Parece muy dispuesta. ¿O es que se trata de un romance puramente nasal?».

«No seas mezquina, Nikki», dice con desdén. «Sólo es un vehículo para conseguir entradas para la juerga».

Qué morro tiene. Termina el fiestorro y nos dirigimos a un club durante un rato, pero está tan lleno que apenas podemos movernos, así que decidimos volver a la suite del hotel. «Esto está guay», dice Curtis, impresionado por la opulencia del local.

Nuestro grupito se encuentra cara a cara con un conserje que pregunta de forma bastante imperiosa: «¿Son ustedes huéspedes de este hotel?».

«No, ni por asomo podría decirse tal cosa», contesta ceremoniosamente Simon. Cuando el encargado de uniforme está a punto de ponernos de patitas en la calle, Simon saca la llave de su habitación. «Ser huésped conlleva el derecho a cierta hospitalidad, a alguna forma rudimentaria de cortesía. Estamos alojados en el hotel pero no, no puede decirse que seamos huéspedes».

El conserje está a punto de decir algo, pero Simon sigue adelante, diciéndole que se retire con un movimiento de la mano semejante al que uno emplearía para apartar un olor nocivo. Yo le sigo, con una sonrisa un tanto de disculpa, y los demás también. Llegamos a la habitación y dejamos seco el minibar, mientras Simon me irrita con el peloteo descarado con el que trata a la señorita Fox Searchlight. La forma en que asaltan la cocaína al alimón resulta bastante aterradora.

«Una película pornográfica… ¿Y la estrella es Curtís?», pregunta ella, mirándole con ojos saltones. Curtis está tumbado en el sofá mientras Mel sacude la cabeza.

«Sí, bueno, Curtis y Mel, y Nikki también, claro», se digna aclarar Sick Boy. «En el porno siempre dominan las chicas. ¡Pero Curtis tiene cierto activo que le eleva muy por encima de los típicos actores de veinte centímetros! Por supuesto, yo también interpreto un papel…».

«¿De verdaad…?», dice la señorita Fox Searchlight, acariciándole el brazo mientras se devoran mutuamente con los ojos.

Su flirteo al rojo vivo hace que me sienta como si hubiera comido demasiado algodón de azúcar. Le escucho babear un rato y después me quedo dormida en la cama. Cuando me despierto en mitad de la noche, con la vejiga cargada, llego tambaleándome hasta el retrete para echar una larga y dolorosa meada que anuncia el comienzo de una cistitis de la muerte. El minibar está vacío, Simon y Fox Searchlight han desaparecido y Curtis y Mel están sobando en la chaise longue, abrazados y completamente vestidos.

Estoy sentada en la taza del water, tratando de expulsar el pis tóxico este de mi vejiga. Llamo al servicio de habitaciones y les pido que me suban un poco de Nurofen. Por suerte, llevo algo de Cylanol en el bolso y me tomo uno. Pero estoy que agonizo; no puedo dormir y segrego sudores febriles. Simon aparece y toma nota de mi malestar. «¿Qué pasa, nena?».

Se lo cuento mientras aparece el tipo del servicio de habitaciones. Simon me acerca el Nurofen. «Enseguida te hará efecto, nena, no te preocupes… ¿Te has tomado ya el Cylanol?».

Asiento con un gesto débil.

«No me he follado a la Roni esa, ¿sabes?», se apresura a explicarme, «sólo fuimos a dar un paseo por la playa porque todos los demás se habían quedado

sobados. Ahora soy hombre de una sola mujer, nena; bueno, al menos fuera de la pantalla».

Un paseo por la playa. Suena tan romántico que preferiría que le hubiera echado un polvo rápido en su habitación de hotel. Ve a Mel y a Curt y se acerca a desperezarlos. «Ya es casi de día. ¿Podríais volver al Beverly y dejarnos un rato a solas, familia? ¿Por fa?».

Mel hace una mueca, pero se levanta. «Vale…, venga, Curtis».

Curtis se levanta y se fija en mis lágrimas. «¿Qué le pasa a Nikki?».

«Cosas de mujeres. Estará bien enseguida. Nos vemos dentro de un rato», dice Simon.

Pero Curtis no traga con eso y se acerca hasta la cama. «¿Estás bien, Nikki?».

Le agradezco su preocupación, y mientras besa dulcemente mi frente enfebrecida, rodeo su flacucha cintura con mis brazos. Después se acerca Mel y le doy un beso y un abrazo. «Estoy bien, creo que el Cylanol empieza a hacerme efecto. Es la cistitis esta. Demasiado vino y espirituosos. Creo que ese champán corrosivo también le va fatal».

Cuando se marchan, Simon y yo nos metemos en la cama, dándonos mutuamente la espalda, acartonados y tensos, yo con mi dolor, él con su cocaína.

Finalmente empiezo a relajarme y desentumecerme en la cama. Es ya por la tarde cuando me despierto, alterada por sus movimientos. Se acerca y se sienta en el borde de la cama con una bandeja traída por el servicio de habitaciones: croissants, café, zumo de naranja, bollería y fruta fresca. «¿Te encuentras mejor?», pregunta mientras me besa.

«Sí, mogollón», y le miro a los ojos; ambos guardamos silencio.

Al cabo de poco me aprieta la mano y dice: «Nikki, ayer me comporté de forma abominable. No se trataba sólo de la bebida y la farlopa, se trataba de la ocasión. Quería que todo saliera tan bien, y me convertí en un maníaco del control, en un fascista».

«¿Y eso qué tiene de nuevo?», observo.

«Quiero compensarte esta noche, antes de que vayamos todos a la fiesta de la Fox Searchlight», dice con el rostro atravesado por una sonrisa enorme. A continuación añade: «¡Tengo una noticia cojonuda!».

Está radiante. Tengo que preguntárselo. «¿Y cuál es?».

«¡Estamos preseleccionados para la mejor película del Festival de Cine Adulto de Cannes! ¡Me han llamado esta mañana para decírmelo!».

«Hala…, eso es… genial», me oigo decir.

«Joder si lo es», observa Simon, lleno de gozo. «Y tú, yo y Curtis estamos nominados en los apartados de mejor actriz, director y actor noveles».

Experimento una irrupción tan enorme de júbilo que casi llego hasta el techo de

un salto.

Para celebrar la nominación, Simon me lleva a cenar a lo que describe como «uno de los mejores restaurantes, no sólo de Cannes, sino de Francia. Lo cual, por supuesto, quiere decir del mundo entero».

Me pongo un chispeante vestido Prada de color verde manzana con unos zapatos Gucci de tacón. Llevo el pelo recogido y un par de pendientes de oro, un collar y unas pulseras. Simon, que lleva una chaqueta de algodón amarilla y una camisa blanca, me mira y sacude la cabeza. «Eres la quinta esencia de la feminidad», me dice, casi cohibido de admiración.

Me siento tentada de preguntarle si anoche le dijo lo mismo a Fox Searchlight, pero lo dejo correr porque no quiero echar a perder el encanto del momento. Estamos en el aquí y ahora, y sé que ese no siempre será el caso.

Y la verdad es que resulta maravilloso: es la clase de pequeño restaurante de Provenza donde la cocina ha sido elevada a una de las bellas artes. Desde el amuses-bouche al homard bleu, suc lie de truffe noire et basilic pilé y la pechuga de pollo demideuil cubierta con una oscura salsa de trufas hasta llegar al plato fuerte, una pila de trufas rodeando una crujiente ensalada verde. Magnífico.

Para postre, me incliné por la coupe-glacée de café y chocolate con una atrevida taza de café líquido y un brioche para mojar. Todo ello acompañado por una botella de champán «Cristal». Louis Roederer, un Clos de Bois Chardonnay y dos grandes coñacs Remy Martin.

Estamos embriagados por todo y nos seseamos seductoramente el uno al otro en un francés macarrónico, cuando de repente suena el móvil de Simon, el verde. Me da mucha rabia que nunca los tenga apagados. «¿Hola?».

«¿Quién es?», digo entre dientes, un tanto más que molesta de que nuestro momento se vea invadido.

Simon tapa el auricular con la mano. Durante un rato se le ve bastante preocupado, y a continuación prorrumpe en una sonrisa mordaz. «Es Francois. Tiene unas noticias importantísimas acerca de una timba en Leith de la que me olvidé. ¡Cuán negligente por mi parte no haber consultado la agenda!». Habla tranquilamente por el teléfono. «Estoy en Francia, Frank, en el Festival de Cine de Cannes».

Al otro extremo se oye el rumor de una voz imperiosa. Simon se aparta del móvil. A continuación me guiña el ojo en plan bribón y suelta por el auricular, mientras se tapa el oído con la otra mano: «¿Frank? ¿Sigues ahí? ¿Hola?».

Ahora tapa el micrófono con la mano y se ríe. «Francois se está poniendo bastante intratable. Sólo a mí se me podría olvidar la incompatibilidad entre el Festival de Cine de Cannes y la Timba de Cartas de Leith. Debería coger un helicóptero directo a Leith», se cachondea, con los hombros estremeciéndose, y ahora yo también me río. «¿Sigues ahí, Frank? ¿Hola?», grita por el teléfono. Después rasca la rejilla del

micrófono con la uña. «No te oigo y se está perdiendo la señal. Te llamaré más tarde», dice, cerrando el móvil y apagándolo. «Es tan gilipollas que ni siquiera se le puede odiar. Está por debajo», dice con atónita admiración. «El tipo está más allá del amor o del odio…, sencillamente…, es así».

Acto seguido estira la mano y coge la mía. «¿Cómo pueden existir en el mismo planeta alguien como tú y alguien como él? ¿Cómo puede producir el planeta Tierra semejante gama de humanidad?».

Y de golpe volvimos a estar absortos el uno en el otro.

Simon lanzaba arrogantemente aleatorias miradas fulminantes alrededor de la sala, pero la mayor parte del tiempo nuestros ojos cómplices se devoraban mutuamente, danzando y provocando. Tras gozar de semejante intimidad, follar casi sería un anticlímax. Casi.

«¿Tenemos tiempo para volver a la habitación antes de encontrarnos con los demás?», le pregunto.

«Me ocuparé de que así sea», dice agitando el móvil.

Me retiro a los lavabos y me meto los dedos por la garganta, vomitando la comida y haciendo gárgaras con el enjuague bucal que llevo en el bolso. La comida estaba de maravilla, pero engordaba mucho más de la cuenta y era demasiado pesada. Como la mayoría de mujeres inteligentes y modernas, estoy de acuerdo con Jung, aunque Freud tenía una cosa a su favor, y es que odiaba a los gordos. Probablemente porque eran felices y equilibrados y por tanto no le forraban el riñon, a diferencia de los neuróticos delgaduchos. Pero ahora, en este momento, estoy contenta. Me lo he comido todo muy a gusto, y luego lo he potado antes de que pueda perjudicarme.

Al volver al restaurante se está produciendo una pelotera y, para mi mayor intranquilidad, me doy cuenta de que es en nuestra mesa.

«¡Esta tarjeta no puede haber superado el límite; sencillamente no puede ser, joder!», chilla Simon, con la cara colorada por la bebida y probablemente por la cocaína también.

«Pero, por favor, monsieur…».

«¡ME PARECE QUE NO ME HA OÍDO! ¡SENCILLAMENTE NO PUEDE SER, JODER!».

«Pero, por favor, monsieur…».

La voz de Simon queda reducida a un silbido bajo. «¡A mí no me toques los huevos, gabacho de mierda! ¿Quieres que venga aquí Cruise? ¿Quieres que venga a comer Di Caprio? Se supone que he quedado aquí mañana con Billy Bob Thornton para discutir un proyecto de gran envergadura…».

«¡Simon!», grito yo. «¿Qué está pasando?».

«Disculpe…, vale, vale. Ha debido haber algún error. Pruebe con esta». Le entrega otra tarjeta que funciona de inmediato. Pese a la mala cara del maítre, a Simon se le ve petulante y reivindicativo, y no sólo se niega a dejar propina, sino que

grita en pleno comedor antes de partir: «¡JE NE REVIENDRAI PAS!».

Fuera, yo me debato entre mosquearme con todo el asunto o reírme de todo ello. Como sigo con un colocón enorme, opto por esto último, y estallo en un ataque de risa borracha y nerviosa.

Simon me echa una mirada malhumorada, y después sacude la cabeza y también empieza a reírse. «Vaya insensatez, si traté de pagar con la tarjeta de la cuenta de Bananazurri. Tiene mogollón de pasta. Todo el dinero del chanchullo uno-seis-nueve-cero está allí metido y Rents y yo somos los titulares y él está en Amster…». Se detiene en seco por un instante, y en su mirada se instala un pánico helado. «Como… ese… cabrón…».

«No seas tan paranoico, Simon», me río. «Mark estará aquí mañana, tal y como estaba previsto. Volvamos al hotel», le cuchicheo al oído, «a hacer el amor…».

«¡Hacer el amor! ¿Hacer el puto amor? ¿Cuando un cabrón pelirrojo podría estar llevándose todo aquello para lo que he estado trabajando?».

«No seas estúpido…», le suplico.

Simon, como si tratase de controlarse y recuperar la compostura, extiende los brazos delante de su cuerpo. «Vale…, vale…, probablemente me esté comportando como un bobo. ¿Qué tal si vuelves al hotel y me das quince minutos para tranquilizarme y hacer unas llamadas?».

Respondo frunciendo el ceño, enfurruñada, pero no se mueve. Me largo, volviendo a regañadientes a la habitación del hotel, donde me sirvo una copa mientras pienso en el muy cabrón con la zorra esa de la Fox Searchlight en la playa.

Cuando vuelve, está más tranquilo y de mejor humor. «¿Diste con Mark, por lo que veo?».

«No, pero hablé con Dianne. Me dijo que la acababa de llamar desde Amsterdam y que la volvería a llamar luego, así que le dije que le dijera que me llame inmediatamente», me explica, y luego me suplica: «Lo siento, cariño, estaba nervioso. Demasiado perico…».

Me acerco a él y le cojo con firmeza de las pelotas a través del tejido de los pantalones, sintiendo cómo se le pone dura. Esboza una gran sonrisa. «¿Serás guarra?», se ríe, y está encima y dentro de mí, y hacemos el amor con frenesí, con más pasión aún que las primeras veces.

Más tarde, nos encontramos con Mel y Curtis para ir a la fiesta de la Fox Searchlight. Al principio resulta bastante aburrida, pero un excelente DJ anima las cosas y volvemos a estar de juerga. Cuando termina, nos metemos en una lancha y salimos para el sarao que hay en el barco de Prívate, un viejo transatlántico amarrado en el Mediterráneo convertido en estudio de cine. Es una fiesta de estrellas del porno, con eurotecno ensordecedor de mala calidad y barra libre. Evidentemente, Simon está hecho un manojo de nervios; se pasa todo el rato llamando por el móvil, tratando de

dar con Mark. Intenta quitarle importancia. «Si con esta música no te entran ganas de que te la metan por el culo, Nikki, entonces no hay nada que pueda lograrlo».

«Tienes razón», le digo. «No hay nada que pueda lograrlo».

Yo, Mel y Curtis vamos a por todas en la pista, aunque Curtis desaparece y regresa sin parar, con una sonrisa en la cara y una starlet desquiciada a remolque. A Mel y a mí no paran de entrarnos toda clase de tíos, incluyendo Lars Lavish y Miz, pero disfrutamos de nuestra sensación de poder, dándoles calabazas a todos pero sin dejar de flirtear escandalosamente y de hacer de calientapollas que es un horror. En determinado momento nos metemos en un cubículo de los servicios y hacemos el amor, cada una llevando a la otra hasta el orgasmo; es la segunda vez que disfrutamos de esa clase de intimidad sin que haya una cámara por medio.

Cuando regresamos a cubierta, excitadas pero satisfechas, sonriéndonos la una a la otra, vemos a Simon, que sigue intentando obtener señales en los móviles. Llegan más lanchas y el barco empieza a llenarse. Veo a una chica delgada y de largo cabello rubio con el rabillo del ojo, lo cual no resulta sorprendente, pero la voz que escucho hablando con ella hace que eche un segundo vistazo. Incluso Simon apaga el móvil de la impresión. «… ya, pero la gente se cree que me llaman Juice Terry por la cantidad de esperma que echo en las tomas de corridas. Pero no es por eso; se remonta a los tiempos en que repartía gaseosa, o lo que vosotros los americanos llamaríais soda, aunque técnicamente se denominen aguas carbonatadas, eh. Escucha, muñeca, ¿no te apetece ir a la parte de abajo a explorar un poco el barco? ¡Y puede que algo más!».

«¡Lawson!», grita Simon.

«¡Sicky!», ruge Terry, y entonces nos ve a Mel y a mí. «¡Nikki! ¡Eh-ey! ¡Mel! ¡Qué tal, preciosas!». Se vuelve hacia su acompañante. «Os presento a Carla, trabaja en el negocio, rollo San Fernando Valley y tal. ¿Cómo dijiste que se llamaba tu película, muñeca?».

«A Butt-Fucker in Pussy City», dice la rubia esta de acento americano con una sonrisa de oreja a oreja.

«Eso; Birrell también está aquí, Birrell sénior quiero decir. Me dijo que venía a ver a su torda en Niza, así que me autoinvité a acompañarle. Me bajé en tren hasta aquí y conseguí entrar en la carpa del festival de cine porno a fuerza de labia. Le dije a todo dios que era Juice Terry, el de Siete polvos, y me dieron una acreditación», dice, señalando una tarjeta de color naranja donde aparece la estampa PELÍCULAS PRIVADAS PARA ADULTOS, «JUICE» TERRY LAWSON, ACTOR. «No veáis las ganas que tengo de volver a Edimburgo y presentarme en el Slutland del West End con esto puesto».

«Encantado de que hayas podido venir, Tel», dice Simon de manera incisiva. «Discúlpame un segundo», dice, y se dirige hacia estribor, pulsando números en el

móvil verde.

Terry me agarra por el culo y después hace lo mismo con Mel, tras lo cual y después de dedicarnos un guiño pícaro desaparece con Carla, quien evidentemente cree —gracias a la edición de Simon en Siete polvos— que la polla de Terry es la de Curtis. «Se llevará una desilusión», dice Mel riéndose, «aunque tampoco tanta».

El eurotecno este resulta tan animado que casi me apetecería meterme un éxtasis, pero la química no es lo mío. Después de un rato, se acerca Simon, nervioso, con otro boletín de noticias. «Renton no está, así que debe de estar en camino, ¡pero la gafotas esa de Lauren dice que Dianne se ha ido! Al menos eso creo que fue lo que dijo. La muy borde no quiere hablar conmigo, Nikki. Llámala tú», dice, mientras me pone el móvil blanco en las narices. «Por favor», insiste.

Llamo a Lauren y hablo con ella durante uno o dos minutos, preguntando por su salud. Después pregunto por Dianne. A continuación me vuelvo hacia Simon. «Dianne se va a quedar en casa de su madre unos días, eso es todo. Últimamente no se encuentra muy bien».

«¿Cuál es el número de teléfono de su madre? ¡Tengo que hablar con Dianne!».

«Simon, ¿quieres tranquilizarte un poco? Verás a Mark mañana. En el hotel. ¡No se lo perdería por nada del mundo!», le ruego, volviendo a recuperar el compás con Mel.

Pero Simon sacude la cabeza sin escuchar una sola palabra de las que le he dicho.

«No…, no…», gimotea, estrellando el puño contra la palma, «ese cabrón de Renton…, vale, cabrón, ¡tú lo has querido!». Saca el móvil verde.

«¿A quién estás llamando ahora?».

«¡A Begbie!».

Melanie me mira con cara de asombro. «¿Por qué utiliza el móvil verde para llamar a Begbie y el blanco para llamar a Lauren?».

Una vez me lo explicó, pero hay cosas demasiado lamentables como para mencionarlas siquiera. Ahora Simon escucha una especie de diatriba por teléfono con creciente impaciencia mientras cae a sus espaldas un cobrizo atardecer. Finalmente salta: «Olvídate de esa puta mierda. Renton ha vuelto. ¡Está en Edimburgo!».

Después se produce una breve pausa y la expresión de Simon es de incredulidad mientras dice: «¿Qué? ¿En la otra acera? Qué coño… ¡Qué no salga de ahí, Franco! ¡NO LE DEJES ESCAPAR! ¡TIENE MI PUTA PASTA!».

Se queda mirando el teléfono inactivo en la mano y después lo sacude con violencia. «¡PUTO SESOS DE MOSQUITO!».

Miz se acerca acompañado de Lars Lavish. Toca suavemente el brazo de Simon. «¿Sabes, Simon?, nosotros somos de la opinión…».

Horrorizada, contemplo cómo Simon se vuelve y le sacude un fuerte cabezazo, acabando a horcajadas encima de Miz, golpeándole sin orden ni concierto y

chillando: «¡TENÉIS MI PUTO DINERO, ASQUEROSOS CABRONES HOLANDESES HOMOSEXUALES ANARANJAOS…!».

Para apartarle y sujetarle hicimos falta todos nosotros más media docena de seguratas suecos. Terry vuelve a aparecer en cubierta y se ríe mientras meten a Simon a empujones en una lancha. «Tienes suerte de que no queramos que la policía esté en el barco», le grita un segurata a Simon mientras Curtis, Mel, dos chicas, Terry, Carla y yo nos unimos a él. Mientras baja cautelosamente hasta la lancha, Terry le sacude subrepticiamente al sueco parlanchín en un lado de la cara. «Adelante, capullo», le provoca. El tío se queda clavado en el sitio, frotándose la mandíbula con gesto enfurruñado, con cara de estar a punto de romper a llorar mientras la lancha se aleja del barco. Podemos escuchar a un alterado Miz chillar: «¡Está loco! ¡Ese hombre está loco!», mientras nos dirigimos hacia la orilla.

Terry se vuelve hacia Curtis. «Esa polla tuya me ha venido bien, colega», dice, con un brazo alrededor de Carla. A continuación contempla a Curtis, flanqueado por sendas chicas. «Claro que a ti tampoco parece haberte perjudicado demasiado».

Observo a Simon, sentado con los ojos fuertemente cerrados, temblando, con los dos brazos alrededor del cuerpo, repitiendo con un susurro ruidoso y jadeante «tolleranza zero…, tolleranza zero…» una y otra vez.

«Simon, ¿qué pasa?».

«Sólo espero que Francis Begbie mate a Mark Renton. Rezo para que así sea», dice persignándose.

75. TIMBA

Beber por la tarde: te deja hecho polvo pero es lo más, joder. Aunque a veces me da la impresión de verles entrar al bar. Aquel cabrón de Donnelly o el bicharraco asqueroso de Chizzie. Ese es el problema: no tengo una puta mierda que hacer y me sobra tiempo para pensar, sobre todo en casa. Por eso no paro de bajar al garito. Eso sí, tampoco es que aquí me den mucha conversación.

Nelly se queda todo callado y empieza a enredar con su pinta. «¿Y a ti qué coño te pasa?», le suelto.

«El Larry me llamó anoche. Cuando estaba por ahí con vosotros», dice, haciéndole un gesto con la cabeza a Malky. «Ella estaba en casa sola, con los críos. El tío le suelta: "Voy a por vosotros. A por todos". Y después le dice: "Si tienes dos dedos de frente, volverás a Manchester o de donde sea que vengas…"».

«¿Tu chica es de Gales, no?», suelta Malky.

«Sí, de Swansea», dice Nelly, en plan borde, «pero eso él no lo sabe. La conocí en Manchester. Pero ¿sabes lo que dijo luego ese cabrón asqueroso, el mensaje que dejó en el contestador?».

Yo y Malky sacudimos las putas cabezas.

«Os lo pondré, joder», dice Nelly. «Os enseñaré la clase de cabrón con el que hemos estado de tragos», suelta, mirándome con una expresión dolida que te cagas, como si hubiera sido yo el que lo hubiese obligado a beber con Larry. Pero yo no suelto prenda, porque me quiero reír a gusto con esta historia.

Así que subimos a casa de Nelly; tiene los mensajes guardados en el contestador. Pone uno y qué duda cabe, es la voz de Larry, una especie de cuchicheo suave y espeluznante. «Marchaos de la ciudad. Marchaos de la ciudad porque voy a venir a por vosotros. Vendré desde Muirhouse hasta vuestra casa. Vendré a daros a todos el besito de buenas noches».

«Ese capullo ve demasiadas películas, joder», dice Malky riéndose.

Nelly se vuelve y le echa una mirada dura. «Pues ella está cagada. Habla de llevarse a los críos a casa de su madre en Gales. Dice que por eso fue por lo que nos fuimos de Manchester».

Yo le miro pero no suelto prenda. Malky tampoco dice una puta mierda.

«Tengo que arreglar esto», suelta. «Si sigue con esa mierda, va a acabar en un puto agujero, palabra».

¿A quién pretende engañar? No se ha cargado a nadie en su vida. Todos esos vaciles acerca de lo que se supone que hizo en Manchester con la peña esa de Cheetham Hill. Si estaba tan cotizado por ahí, ¿qué cojones hace aquí?

«Mira», suelta Malky, «esto se está saliendo de madre. Franco, ¿vas a hablar con Larry y resolver todo esto?».

Con que ahora es el puto Malky el que le dice a todo dios lo que tiene o no tiene que hacer, ¿no? Pues eso lo veremos. Pero entonces pienso, nah, síguele el rollo, y miro a Nelly. «Si eso es lo que quieres».

Entonces Malky se vuelve y le dice: «Pero tendrás que decirle que te sobraste y pedirle disculpas por lo que hiciste en el pub».

Durante un rato Nelly no suelta prenda, y los dos nos quedamos mirándole. Luego va y dice: «Si él se disculpa por hacer esas llamadas a mi casa, yo me disculpo por zumbarle».

«Vale», suelto yo. «Basta ya de toda esta mierda. Se supone que somos colegas, joder. Esto hay que arreglarlo. Esta noche, timba en el garito de Sick Boy».

«¿Vendrá Larry?», se pregunta Malky.

«Si yo le digo que venga, vendrá, joder», le suelto.

Así que ya he cumplido con mi buena acción del día y, como de costumbre, haciendo de puto conciliador. Los putos venaos estos se matarían si no fuera por los tipos como yo, que lo arreglamos todo. Pero toda esta mierda me ha provocado migraña, así que por el camino a casa me paro al principio del Walk y pillo un poco de Nurofen Plus a la vez que compro el periódico. Llamo a Sick Boy al móvil para recordarle lo de la timba de esta noche.

«Estoy en Francia, Frank, en el Festival de Cine de Cannes», me dice el muy lameculos.

Me percato de que el capullo no bromea, encima. «¿Y qué pasa con la puta timba? ¡Te dije que íbamos a montar una puta timba en tu garito!».

«¿Frank? ¿Sigues ahí? ¿Hola?».

«¡QUÉ PASA CON NUESTRA PUTA TIMBA! ¡ME DICEN QUE HAN VISTO A RENTON! ¡QUIERO TENER UNAS PALABRAS CONTIGO, CACHO CABRÓN!».

«¿Sigues ahí, Frank? ¿Hola?».

¿A qué cojones juega este puto cabrón…? «¡NUESTRA PUTA TIMBA! ¡TE VOY A MATAR, CACHO CABRÓN!».

Se oye un crepitar de electricidad estática al otro lado. Entonces el cabrón suelta. «No te oigo y se está perdiendo la señal. Te llamaré más tarde», ¡y corta!

¡PUTO MAMÓN!

Ese cabrón se cree que puede tratarme como una puta mierda, ir a Francia a pavonearse con todos sus amiguitos del club guarro ese, el puto Juice Terry y todos los demás putos sobraos chuloputas pederastas pervertidos y guarras… Ya le enseñaré yo a ese cabrón escurridizo y mentiroso de mierda…

Así que después de cenar llamo a Nelly, a Malky y a Larry y les digo que el cabrón nos ha dejado tiraos y que nos vemos en el Central Bar. Llego allí y sólo están Nelly y Malky; Larry ni siquiera ha aparecido, eh. Me llama al móvil para decirme que llegará un poco tarde, pero que viene fijo. Creo que sólo lo hace para apretarle las

tuercas un poco a Nelly. Se ve que el capullo está tope tenso. De todos modos, tenemos las cartas sacadas en uno de los reservados, y las pintas de Guinness van cayendo una tras otra. Yo no suelo usar el Central mucho, pero por algún motivo siempre me gusta tomarme una pinta de Guinness cuando voy.

Pasado un rato, sigue sin haber ni rastro de Larry.

Oigo el tono de mi móvil pero es el cabrón de Sick Boy. Ya le enseñaré yo a colgarme el teléfono…, a él sí que lo voy a colgar… Salgo fuera del pub a ver si se recibe mejor señal. En efecto, es el puto Sick Boy. Más le valía que me llamara. «¿Dónde cojones estás?», le suelto. «¡Tengo cosas de las que hablar contigo! ¡Nuestra puta timba!».

«Olvídate de esa puta mierda», me suelta, y a punto estoy de saltar del todo cuando dice: «Renton ha vuelto. ¡Está en Edimburgo!».

Joder, así que es cierto…, intento pensar en qué decir y levanto la vista, miro al otro lado de la calle, ¡y allí está, joder! ¡Ese ladrón pelirrojo está en el cajero de la otra acera! «Está…», chillo por el móvil, «¡ESTÁ AL OTRO LADO DE LA PUTA CALLE!».

Escucho a Sick Boy decir algo del estilo de «no lo sueltes, quiero verle cuando vuelva…», pero entonces ese cabrón de Renton me mira y me ve y yo apago el móvil sin más.

76. PUTAS DE AMSTERDAM, 11.ª PARTE

¡El puto gato de Spud! Me acuerdo justo cuando estoy llegando a Edimburgo. Cuando le llamo me cuenta que le ha dado toda su pasta a Ali y, como cabía esperar, me pregunta si puedo dejarle algo de dinero. Trescientas libras. ¿Qué puedo decir sino sí? Está en casa; le da miedo salir.

Así que cojo un taxi desde el aeropuerto hasta casa de Dianne para recoger al gato. Me cuesta siglos meter al puto bicho en la cesta; los gatos me dan alergia y estornudo que te cagas. Pierdo la calma, agarro al muy hijo de puta y me llevo un arañazo en el brazo como represalia. «No le hagas daño, Mark», salta Dianne, mientras meto al sacomierda esputante en la cesta y echo el cerrojo. Dianne ya tiene hechas las maletas y la llevo a casa de Gavin. Quedamos en el aeropuerto a las ocho para coger el vuelo de las 21.00, el último que lleva a Londres y a nuestro vuelo de enlace a San Francisco.

Sé cómo se siente Spud con eso de tener miedo a salir, pero aquí estoy yo, en el taxi, dirigiéndome a Leith con el puto gato de ese modorro. La cocorota me zumba y pienso que aquí es donde entré yo en juego, dándole el palo a Sick Boy. Me bajo en Pilrig para ir hasta el cajero.

El Clydesdale está jodido y hay un tío canoso con acento de Glasgow dándole patadas para descargar su frustración. No se ve un puto taxi por ninguna parte. Así que, con cierta inquietud, me calo el sombrero y camino, con la cesta columpiándose incómodamente contra mis piernas, hasta el Halifax que hay al principio del Walk. El gato maúlla traicioneramente, como si tratase de atraer la atención que intento evitar. Tienen Red 6000 en este cajero: es curioso cómo uno se acuerda de estas cosas después de tantos años. Antes me sentía como Pedro por su casa, más seguro cuanto más me adentraba por el Walk. Ahora da la impresión de un descenso al Hades. Pero no estaré aquí mucho rato, porque en cuanto haya entregado este puto gato, me doy el piro en tequi para encontrarme con Dianne, y después al gran pájaro blanco de hojalata otra vez.

Me siento mucho más animado al ver una cola ante el cajero del principio del Walk. Hay un borracho tratando de hacerlo funcionar. Me aproximo cautelosamente al tipo, desbordante de ansiedad. Oigo a unos tíos lanzándose amenazas a voz en grito en Junction Street. Uno echa de menos este ambiente en Amsterdam, este ambiente de violencia y agresividad natural apenas reprimida, esta procesión de paranoia. Allí sencillamente no existe.

Venga, colega. Arreglemos esto.

Entonces oigo una voz que me resulta familiar y que me parte por el eje, y merced a un desgarrador esfuerzo de voluntad miro en la dirección de la que procede, al otro lado de la calle.

Begbie.

Gritando por un teléfono móvil.

Entonces él me ve a mí y se queda boquiabierto, en la puerta del Central Bar. Durante un instante, se queda paralizado de la impresión. Ambos lo estamos.

Entonces cierra el móvil de golpe y ruge:

¡¡¡RENNTOOON!!!

La sangre se me hiela en las venas y lo único que veo es a Frank Begbie cruzando la calle a toda leche en mi dirección, con el gesto contraído de rabia, y se diría que va a pasar de largo y machacar a algún otro porque ahora no me conoce y ya no tengo nada que ver con él. Pero sé que es a mí a quien busca y que la cosa se va a poner fea y que debería echar a correr pero no puedo. Durante esos pocos segundos, la vida se deshace en un millón de ideas. Pienso en la pretenciosa inutilidad y ridiculez de mis conocimientos de artes marciales. Tanto entrenamiento y tanta práctica de nada me valdrán, porque todo ello se desmorona ante la expresión de su rostro. No puedo abstraerme de nada, porque una vieja cantilena de la infancia suena implacable dentro de mi cabeza: Begbie = Maldad = Miedo. Sufro una parálisis total de la voluntad. Las partes de mí que visualizan la simple adopción de la posición wado ryu, bloquear su golpe y estrellarle la nariz en el cerebro con la palma de la mano, o esquivar su embestida echándome a un lado y golpear la sien con el codo están presentes, sí. Pero se trata de impulsos débiles, fácilmente barridos por el humillante temor con el que en este momento bailo un agarrado.

Begbie viene a por mí y no hay nada que pueda hacer.

No puedo gritar.

No puedo suplicar.

No puedo hacer nada.

77. EN CASA

A Kath, la hermana de Ali, nunca le he gustado mucho, tío, y no le gusta un pelo que Ali ande conmigo otra vez. Ahora lo único que quiere Ali es volver a casa con Andy. Porque me preocupaba salir, pero vino ella y nos fuimos juntos al cine. Ya me han quitado los hierros de la mandíbula, así que vuelvo a comer sólidos, aunque la lleve de lo más tieso. Ali y yo no nos habíamos morreado así desde hace años, y la mandíbula no es lo único que tengo tieso. Estoy pensando en decirle, vuelve conmigo un tiempo, ¡cuando me acuerdo que había quedado para ver a Rents en casa!

Así que me separo a duras penas, con dolores por todos lados, pero dando botes por el Walk, de subidón pero al loro total por si veo a Franco. He oído de todo, pero podrían no ser más que habladurías. Nunca se sabe. Rents dijo que para estas horas ya habría bajado y empiezo a preocuparme por si se habrá ido ya. Cuando llego al principio del Walk, hay cierto alboroto, una ambulancia y un coche de policía y una gran multitud. Me entra un tembleque como si estuviera de mono, porque cuando ves un coche de policía o una ambulancia en Leith, bueno, supongo que se me vienen a la mente unos cuantos nombres, pero en este momento sólo me quedo con uno. Sólo puedo pensar en CASA, pero pienso, ¿y si Begbie ha pillado a Mark?

El corazón me va a mil, tío.

AY, JODER, NO…

Primero le vi a él. A Begbie. En el suelo. ¡Le han metido a Begbie! Está tendido sobre la lona. ¡Franco! Está jodido, porque está en el suelo y los muchachos de la ambulancia están inclinados sobre él, y hay un tío de pelo color canela encima de él y parece que…, hostia puta…, es Rent Boy, y parece que está bien. Se trata de Rents y Begbie… y es…

Nah.

Nah…

Es como si Rents le hubiera metido a Begbie y de mala manera además…, entonces me recorre un espasmo helado otra vez porque ¿dónde está mi gato, tío, dónde está Zappa?

Ni de coña… de ninguna manera puedo pararme y meterme en este follón, tío. Ni de puta coña. Pero tengo que encontrar al gato. Me subo el cuello de la chaqueta y me calo la gorra de béisbol y me abro paso entre el gentío. Entonces veo a Nelly salir de entre la multitud y soltarle una hostia en la cara a Rents.

Rents se tambalea un poco y se sostiene la mandíbula mientras Nelly grita algo y vuelve a escabullirse entre la gente. Un policía se acerca a Renton pero Mark sacude la cabeza como diciendo que no piensa chotar a Nelly y se limita a meterse en la ambulancia con Begbie.

Entonces le veo; Zappa, mi pobre gato, ¡abandonado en la calle sin más! Así que

me acerco y recojo la cesta con el brazo bueno. ¡Una chavala que estaba acurrucada acariciándole a través de la tela metálica me echa una mirada asesina! «Sé de quién es este gato», le digo. «Se lo devolveré».

«Eso está fatal; no se puede abandonar un gato en mitad de la calle», suelta la chavala.

«Desde luego que no», digo yo; sólo quiero salir de aquí, porque me da mal rollo; llevo los nervios que no paran, ¿sabes?

Entonces Nelly me ve y viene directo hacia mí. Me señala con el dedo y me espeta: «Puto yonqui de mierda».

La verdad es que nunca me gustó ese menda y no le tengo miedo, ni siquiera destrozado como estoy. A punto estoy de contestarle algo cuando veo a un tío, un tío al que he visto por ahí con Franco, acercarse por detrás de Nelly y sacudirle en la espalda, no demasiado fuerte, y luego como largarse bailando, confundiéndose entre los espectadores. Nelly se vuelve para rascarse la espalda como si le picara, y ve mogollón de sangre en las manos.

Veo el miedo en su mirada mientras el otro tío se adentra entre el gentío con una gran sonrisa en el careto. Me guiña el ojo y luego desaparece. Y yo también, tío. Me voy a casa con Zappa ya. Me parece mal que Mark dejara al gato en la calle, me parece de lo más cruel, tío, pero hay que tener en cuenta que estaba bajo presión, por lo de Franco y tal.

Nah, pero el bicho está conmigo, ya tengo a Zappa de vuelta, luego serán Ali y Andy y todo volverá a ir mejor. Fijo.

78. PUTAS DE AMSTERDAM, 12.ª PARTE

No había nada que pudiese hacer.

No pude hacer nada. Ni gritar, ni suplicar, ni nada. Y los chicos que iban en el coche no le vieron.

No había nada que pudiese hacer.

El coche golpeó a Franco con fuerza a sólo unos metros de donde estaba yo. Saltó por encima del capó y se estrelló contra el asfalto. Quedó tendido, inmóvil, con un hilo de sangre manándole de la nariz.

Me acerco sin saber qué coño hago conscientemente. Estoy arrodillado, a su lado, sosteniéndole la cabeza, observando sus atareados ojos centellear y moverse, rebosantes de perpleja malevolencia. Así no le quiero ver. De verdad que no. Quiero verle dándome puñetazos, pateándome. «Franco, tío, lo siento…, ha sido una sobrada…, lo siento, tío…».

Lloro. Sostengo a Begbie entre mis brazos y lloro. Pienso en los viejos tiempos, en todos los buenos ratos; le miro a los ojos y veo cómo el rencor los abandona, como si se retirara una oscura cortina para dejar entrar una luz serena mientras sus finos labios esbozan una sonrisa malvada.

Joder, me sonríe. Entonces intenta hablar, y dice algo así como: «Siempre me caíste bien», o a lo mejor es que escucho lo que quiero oír, puede que haya algún matiz. Después empieza a toser y un goteo de sangre se le escapa por la comisura de los labios.

Intento decir algo, pero de repente me doy cuenta de que alguien me observa desde arriba. Levanto la vista y contemplo un rostro que me resulta ajeno y familiar al mismo tiempo. Me doy cuenta de que es Nelly Hunter, que se ha quitado los tatuajes de la cara y a punto estoy de decir algo para que sepa que le he reconocido cuando su puño sale disparado y me golpea en la mandíbula.

El cuerpo me da una sacudida de la impresión y mi cara acusa un dolor sordo. Joder, vaya hostia. Le veo sumergirse de nuevo entre la multitud de buitres mientras me incorporo tambaleante. Noto una mano en el hombro y me vuelvo raudo, temiendo verme hecho papilla a manos de la peña de Franco, pero sólo se trata de un enfermero con su bata verde. Colocan a Franco sobre una camilla y lo meten en la ambulancia. Voy a meterme yo pero un policía se interpone en mi camino y dice algo que no logro descifrar. Otro poli le hace un gesto al enfermero y luego al primer poli. Este se aparta de mi camino y me subo a la parte trasera de la ambulancia y enseguida cierran la puerta y arrancan. Estoy acurrucado junto a Franco, diciéndole que aguante. «No pasa nada, Frank, estoy aquí contigo, colega», le digo. «Estoy aquí».

Me froto la mandíbula, que está jodida por el puño de Nelly; menudo hostión. Bienvenido a Leith. Bienvenido a casa, vaya que sí. Pero ¿eso dónde queda ahora?

Leith…, no. Amsterdam…, no. Si el verdadero hogar es donde uno tiene a los suyos, ahora mismo mi hogar es Dianne. Tengo que llegar al aeropuerto.

Aprieto la mano de Franco, pero ha perdido el conocimiento y los enfermeros le han puesto una máscara de oxígeno en la cara. «Sigue hablándole», me exhorta uno de ellos.

Joder, esto no pinta nada bien. Lo raro es que a lo largo de los años pensé que deseaba que llegara este momento, incluso lo había añorado, fantaseado con él, pero ahora quisiera cualquier cosa que no fuera esto. El tío de la ambulancia no necesita animarme, porque no podría callarme aunque quisiera. «Tenía intención de reunirme contigo y arreglar las cosas, Frank. Siento de verdad lo de aquella vez en Londres, pero no pensaba con claridad, Frank; necesitaba alejarme como fuera y desengancharme del jaco. He estado en Amsterdam pero ahora he vuelto por aquí de momento, Frank. He conocido a una chica estupenda, Frank…, a ti te caería bien. Pienso mucho en las risas que solíamos echar, en los partidos de fútbol en los Links, en lo bien que me trataba tu madre cuando iba por tu casa; siempre hacía que me sintiese bienvenido. Son cosas que a uno se le quedan. ¿Te acuerdas cuando solíamos ir al State en Junction Street los sábados por la mañana para ver los dibujos animados, o a aquel cine cochambroso que había al final del Walk? ¿Cómo se llamaba? ¡El Salón! Si teníamos dinero suficiente para ir a Easter Road por la tarde, recuerdo que solías acercarme… Luego nos pillaron pintando nuestros nombres con spray y la leyenda YLT en la parte trasera de Leith Academy Primary y como sólo teníamos once años y estábamos al borde de las lágrimas, ¡la poli nos soltó! ¿Te acuerdas de aquello? Aquella vez estábamos yo, tú, Spud, Tommy y Craig Kincaid. ¿Te acuerdas de la vez que los dos nos follamos a Karen Mackie? ¡Y qué me dices de la vez aquella en Motherwell cuando tú zurraste al grandullón aquel y me detuvieron como responsable a mi!».

Y lo raro es que mientras digo todo esto y lo recuerdo y lo siento, una parte de mi cerebro piensa otra cosa. Piensa que Sick Boy es un explotador nato, instintivo, una criatura de su tiempo. Pero su eficacia se ve restringida por el hecho de que se involucra mucho más de la cuenta en el proceso, en la intriga y en el aspecto social de todo ello. Él cree que se trata de algo significativo, que de hecho quiere decir algo. De modo que se sumerge en todo ello, y nunca se para a tomar distancia y acordarse de hacer lo más simple.

Como coger el dinero y largarse.

No le gustará nada comprobar que el dinero ha desaparecido y yo con él. Su repugnancia por sí mismo al ver que se la han jugado por segunda vez probablemente precipite alguna clase de derrumbamiento mental. Puede que al final haya acabado por cargármelos tanto a él como al pobre Franco. Franco…, prescindiendo de la máscara de oxígeno, tiene exactamente el mismo aspecto. Entonces se oye una

llamada procedente de él y me doy cuenta de que es su móvil el que está sonando en el bolsillo de su chaqueta. Le echo una mirada al enfermero, que me hace un gesto con la cabeza. Lo saco y lo enciendo. Un grito me retumba en el oído. «¡FRANK!».

Es la voz de Sick Boy.

«¿PILLASTE A RENTON? ¡CONTÉSTAME, FRANK! ¡SOY YO, SIMON! ¡YO! ¡YO! ¡YO!».

Apago el móvil. «Creo que era su novia quien intentaba hablar con él», me escucho decirle al enfermero. «La llamaré más tarde».

Llegamos al hospital y me encuentro aturdido y mudo mientras un joven médico delgaducho y de aspecto nervioso me cuenta que Franco sigue inconsciente, cosa que ya había deducido, y que lo van a ingresar en la UVI. «Es cuestión de que se le estabilicen las constantes y luego de hacerle unas pruebas para ver qué daños ha sufrido», dice de forma tan vacilante que casi parece que sepa a quién están atendiendo.

Ya no hay nada más que pueda hacer, pero subo al pabellón de la UVI, donde veo a una enfermera poniéndole un gotero intravenoso en el brazo. La saludo con una leve inclinación de la cabeza y me responde con una sonrisa escueta y profesional. Pienso en las ganas que tengo de estar con Dianne en el aeropuerto y en las poquitas que tengo de estar aquí cuando Nelly y algunos otros colegas de Franco entren en tromba por la puerta. «Lo siento, Frank», digo antes de hacer ademán de marcharme, y a continuación me vuelvo rápidamente y añado: «Sé fuerte». Salgo del pabellón, y me marcho a un ritmo vivo por el pasillo, bajo por la escalera de mármol, donde las suelas casi me resbalan sobre la superficie, salgo por las dos puertas giratorias y atravieso a toda velocidad el patio delantero para meterme en un taxi que está esperando. Vamos bien hasta al aeropuerto porque hay poco tráfico, pero llego tarde. Muy tarde.

Nos detenemos junto a Salidas y veo a Dianne saludándome con la mano; salgo corriendo para encontrarme con ella. Ella se queda clavada en el sitio pero se relaja a medida que me voy acercando; su comprensible disgusto se desvanece cuando cae en la cuenta de mi estado de ánimo. «Dios…, ¿qué pasa? Pensé que me habías dejado plantada por una antigua enamorada o algo por el estilo».

Por un segundo casi me río. «De eso nunca hubo ningún peligro», digo, temblando al abrazarla, inhalando su presencia. También intento controlarme, porque tengo unas ganas de subir a ese avión mayores de las que nunca haya tenido por meterme pico alguno.

Nos apuramos para llegar al mostrador de facturación, pero ni siquiera están dispuestos a inscribirnos. Hemos perdido el vuelo a Londres y, por consiguiente, el de enlace. Al muy hijo puta lo perdimos sólo por unos minutos, casi segundos. Pero lo hemos perdido. Afortunadamente, los billetes son abiertos y reservamos para el primer vuelo a San Francisco vía Londres, que sale mañana a la hora de comer. Los

dos estamos de acuerdo en que no estamos dispuestos a volver a enfrentarnos a la ciudad y optamos por inscribirnos en un hotel cercano al aeropuerto, donde le explico en detalle lo sucedido.

Sentado en una cama cubierta por un edredón rojo y verde con Dianne, todavía bajo los efectos de la impresión y cogiendo su mano entre las mías, recorro las finas venas azules del dorso mientras cuento mi historia. «Es de locos, pero el venao hijo de puta me habría matado…, me quedé de piedra…, dudo que hubiese podido intentar defenderme siquiera… Aunque lo más increíble de todo es que… después… era como si siguiésemos siendo colegas, como si no le hubiera dado el palo ni nada de eso. Es alucinante, pero hay una parte de mí que sigue queriéndole mucho… A ver, la psicóloga eres tú, ¿cómo lo ves?».

Dianne frunce los labios y abre más los ojos mientras medita. «Forma parte de tu vida, supongo. ¿Te sientes culpable por la parte que desempeñaste en el accidente?».

Una sensación de repentina y diáfana frialdad se apodera de mí. «No. No debió haber cruzado la calle de ese modo».

La habitación dispone de calefacción central pero Dianne sostiene la taza de café con ambas manos, como para que le dé calor, y caigo en la cuenta de que ella también está impresionada por lo de Franco pese a no haberlo conocido jamás. Es como si se comunicase de mí a ella.

Intentamos cambiar de tema, reponernos a base de mirar hacia el futuro. Ella me cuenta que no cree que su tesis acerca de la pornografía sea muy buena, y que en cualquier caso le apetece un año de vacaciones. Incluso quizá decida buscar una universidad en los Estados Unidos. ¿Qué vamos a hacer en San Francisco? Simplemente pasar el rato. Puede que vuelva a montar un club, pero lo más probable es que no, es demasiado agobio. Quizá Dianne y yo nos metamos en la mierda esa de los sitios web y nos convirtamos en unos puntocom. Aunque llevamos tiempo haciendo planes y fantaseando al respecto, ahora mismo no quiero pensar en eso, sólo puedo pensar en Begbie y, por supuesto, en Dianne. Se ha convertido en una mujer alucinante, pero siempre lo fue. Era yo el que era demasiado joven e inmaduro para que pudiésemos emprender las cosas como mandan los cánones en su momento. Esta vez aguantaremos mientras duren el amor o la pasta.

A la mañana siguiente nos levantamos temprano y desayunamos en la habitación. Llamo al hospital para que me den noticias de Franco. No hay novedad, sigue inconsciente, pero las radiografías han confirmado el alcance de sus lesiones; tiene una pierna rota y el hueso de la cadera destrozado, amén de algunas costillas con fisuras, una fractura de cráneo y otra en el brazo y algunas heridas internas. Debería sentirme aliviado de que esté impedido, pero sigo sintiéndome fatal por lo que le pasó. Y sí, ahora mismo me siento culpable.

Regresamos al aeropuerto, Dianne con muchas ganas de alejarse de todo y yo

simplemente más angustiado por las posibles consecuencias de quedarnos por aquí un segundo más de lo necesario.

79. «… EASYJET…»

Simon lleva toda la mañana telefoneando como un poseso. Hemos llegado temprano al aeropuerto para coger el Easyjet de vuelta a Edimburgo, ya que es el primer vuelo que hay disponible. Terry y su chica porno americana, Carla, han venido a despedirnos aunque sólo porque Terry quiere sacarle a Simon las llaves de nuestra habitación, que tiene reserva para dos días más, y este no está dispuesto a desprenderse de ellas hasta el último minuto. No para de mirar a Terry, que acaba de salir de la tienda del aeropuerto, con una suspicacia sin límites. «Te agradezco de veras que vuelvas conmigo, Nikki», dice. «Porque podrías quedarte aquí otro par de días más con Curtis y Mel y pasártelo de vicio en la fiesta de entrega de los premios. Además, seguro que arrasas sin ningún problema. Este es tu momento, Nikki».

«Tenemos que mantenernos unidos, cariño», le digo, cogiéndole de la mano.

«No te preocupes, Sick Boy, Carla y yo disfrutaremos de la suite, ¿eh, muñeca?», dice Terry mirando primero a su nueva chica y luego a mí, evidentemente preocupado de que vaya a cambiar de opinión.

«Sí… es muy amable por vuestra parte…», murmura ella alegremente.

Simon parece tremendamente molesto, y Terry, que lo capta, dice muy serio: «Seré un gran embajador para Siete polvos y no me sobraré con los gastos de hotel».

Pero Simon no le oye. Ha llamado al pub; está hablando con Alison y más bien se le ve más abatido que nunca. «Me tomas el pelo…, no me lo puedo creer…». Se vuelve hacia mí y Terry. «La puta poli y los del servicio de aduanas están en el pub. Han confiscado los vídeos… Me van a cerrar el garito… ¡Ali!», salta por teléfono, «no le digas nada a nadie, diles que estoy en Francia, es la verdad. ¿Alguna señal de Begbie o Renton?».

Se produce un breve silencio y acto seguido Simon espeta: «¡QUÉ!», diciendo luego con voz entrecortada: «¿Qué lo ha hospitalizado? ¿En un puto coma? ¿Rents?».

El corazón casi se me sale por la boca. Mark… «¡Qué ha pasado!».

Simon apaga el móvil. «¡Renton le ha dado estopa a Begbie! Lo ha mandado al hospital. Begbie se encuentra en un coma del que no creen que vaya a salir. Spud se lo contó a Ali, él lo vio, ¡fue al principio del Walk, ayer por la noche!».

«Gracias a Dios que a Mark no le ha pasado nada…», digo en voz alta, y los ojos de Simon me taladran con horrendo ánimo. «Bueno, Simon», cuchicheo, «tiene nuestro dinero…».

«¿De qué dinero hablas?», pregunta Terry, aguzando el oído.

«Nada, una pasta que le presté», dice Simon sacudiendo la cabeza. «De todos modos, Terry, aquí tienes las llaves del hotel». Las saca rápidamente del bolsillo, se las tira y dice con amargura: «Que lo disfrutes».

«Gracias», dice Terry, cogiendo a Carla por la cintura. «Por eso no te preocupes»,

dice con un guiño. Luego se para a pensar. «Curioso eso de que Mark haya currado a Begbie. Ese tío no para de dar sorpresas. Yo también había pensado siempre que el rollo ese del kung-fu era puro cuento. Para que veas, ¿eh? De todas formas», sonríe, «nos vemos», y se larga por el patio delantero con su ligue estrella porno. Le observo mientras se va, más contento que unas castañuelas, con todas sus necesidades satisfechas, pasándoselo como nunca, mientras Simon, que debería estar igual, muestra una expresión afligida y ulcerada. Tener a Terry a sus expensas en Cannes durante dos días le supone otra cosa más por la que preocuparse.

Durante el vuelo, Simon está lleno de rencor por el mundo, y sigue colérico cuando aterrizamos en el aeropuerto de Edimburgo. «Aún no sabes con seguridad si Mark nos ha dado el palo, así que tómatelo con calma. Nos lo hemos pasado de maravilla. La película ha gustado. Es algo positivo».

«Uuumf», carraspea, con las gafas de sol sobre la coronilla, estirando el cuello, mirando ansiosamente a su alrededor mientras recogemos nuestro equipaje y atravesamos el control de pasaportes y la aduana.

Entonces se para en seco, porque a sólo cincuenta metros Mark y Dianne se disponen a entrar por la puerta de embarque.

Dianne pasa primero y mientras Mark le muestra sus documentos al empleado del aeropuerto, Simon grita a todo pulmón: «¡REEENNTOOONNN!».

Mark le mira, sonríe levemente y saluda con la mano, cruzando la puerta inmediatamente después. Simon sale corriendo hacia él e intenta pasar por la puerta a la carrera, pero el empleado y el guardia de seguridad no le dejan pasar. «¡DETENGAN A ESE LADRÓN!», chilla mientras las espaldas de Mark y Dianne desaparecen de su vista. Yo les sigo con la mirada, preguntándome si ella se volverá, pero no lo hace. «¡DÍSELO, NIKKI!», me implora Simon.

Me quedo ahí, atónita y sin aliento. «¿Qué puedo decir?».

Él se vuelve hacia el empleado y el guardia de seguridad. Ahora ya han aparecido unos cuantos más. «Escuchen», suplica, «tienen que dejarme pasar por la puerta de embarque».

«Necesitará una tarjeta de embarque válida, caballero», le informa el empleado.

Simon jadea agitadamente y trata de controlar su respiración. «Escuchen, ese hombre ha robado algo que me pertenece. Tengo que pasar por esa puta puerta».

«Sin duda eso es competencia de la policía, caballero. Si quiere que llame por radio a la policía del aeropuerto…».

Simon hace rechinar los dientes y sacude la cabeza. «Olvídelo. ¡Ol-ví-de-lo!», escupe mientras se aleja. Le sigo hasta la pasarela de embarque. «Joder, ahora están embarcando todos: Heathrow, London City, Manchester, Frankfurt, Dublín, Amsterdam, Munich… ¿Adonde irán?… ¡RENTON Y ESA PUTA GUARRA RETORCIDA!», aúlla, estirando un poco más ese tiempo especial que tiene reservado para humillarse

en público, y después poniéndose en cuclillas en mitad de la concurrida explanada, con la cabeza entre las manos, perfectamente inmóvil.

Le pongo la mano sobre el hombro. Alguien, una mujer con una permanente anaranjada, pregunta: «¿Se encuentra bien?». Le agradezco su interés con una sonrisa. Tras un ratito, le susurro: «Tenemos que irnos, Simon. Estamos llamando demasiado la atención».

«¿De verdad?», dice con una vocecita de chiquillo. «¿De verdad?». Entonces se levanta y se dirige dando grandes zancadas hacia la salida mientras enciende el móvil.

Nos dirigimos hacia la hilera de taxis mientras apaga el móvil y me mira con una tensa sonrisa en los labios. «Renton…», dice prorrumpiendo en un sollozo farfullante y abofeteándose la cara, «… Renton se ha llevado mi dinero…, ha limpiado las cuentas… Renton tenía sus propios originales en Amsterdam, todas las copias acabadas en el almacén del tal Miz. El propietario de los originales es el propietario de la película. ¡El tiene los originales y el dinero! ¿Cómo consiguió la información?», gime desconsoladamente.

Llamo a Lauren y me cuenta que Dianne ha hecho las maletas. Subimos a un taxi del aeropuerto y digo cabizbaja: «Leith».

Simon echa la cabeza contra el respaldo de la silla. «¡Tiene nuestro puto dinero!».

Todo esto ha sido por el dinero. Tengo que averiguar si es lo único que le importa. «¿Y qué hay de la película?», pregunto.

«A la mierda la película», salta él.

«¿Y qué pasa con nuestra misión?», me oigo preguntarle. «¿Qué pasa con el papel revolucionario de la pornografía en…?».

«Que se vaya a la mierda. Nunca fue más que un montón de chorradas para gilipollas incapaces de montárselo con una tía y un modo de que los demás que ya vamos acercándonos a nuestra fecha de caducidad pudiéramos seguir cepillándonos chochitos jóvenes y frescos. Hay dos categorías. Categoría número uno: yo. Categoría número dos: el resto del mundo. Los demás se dividen en dos subgrupos: los que hacen lo que mande yo y los superfluos. Era un poco de diversión, Nikki, sólo un poco de diversión. Lo que necesitamos es el dinero. ¡EL PUTO DINERO! ¡ESE CABRÓN DE RENTON!».

Luego, en el piso de Simon leemos el Evening News que ha traído Rab. Nos cuenta que se han incautado de todo el stock de vídeos y de las cintas del pub, además de las cuentas del bar. El artículo dice que tanto la policía como el servicio de aduanas de Su Majestad buscan a Simon y que quizá presenten cargos contra él. Un artículo que acompaña al principal le retrata de forma poco halagüeña a él y a su «escándalo de drogas y pornografía», haciendo mención de una investigación policial de sus asuntos.

«¡El único al que buscan es a mí! ¡A mí! ¿Y vosotros qué, cabrones?».

«Quizá tenga algo que ver con los créditos de la carátula», bromea Rab, y me esfuerzo por reprimir una risita.

Simon parece un hombre acabado mientras abre de golpe una botella de whisky. Rab quiere luchar ante los tribunales. «Propongo que nos mantengamos unidos. Voy a preparar un discurso», dice arrastrando la voz a medida que va cayendo la bebida. Me doy cuenta de que Rab ha estado de pedo y que empieza a acusarlo. «¿Y tú qué dices, Nikki?», pregunta.

«Quiero ver cómo van las cosas», les digo, mientras le doy pequeños sorbos a mi copa.

Simon me arranca el periódico y aún tiene la petulancia de ofenderse por ser descrito como pornógrafo. «Me parece un término un tanto grosero para alguien que ha tomado la decisión artística de trabajar de forma creativa dentro de la esfera del erotismo para adultos», dice con forzada chulería. Acto seguido se le dibuja una expresión de abyecta miseria cuando gime: «A mi madre esto la va a matar».

Con cara de verdadero pavor, comprueba los mensajes de teléfono. Hay uno de Terry. «Hay noticias buenas y malas, familia. Curt ha ganado el premio al mejor intérprete novel en categoría masculina. Está por ahí celebrándolo. Pero el premio al mejor director se lo dieron a un francés. El de mejor tía se lo llevó una chavala que sale en la peli de Carla».

Noto una sensación de decaimiento y desilusión, y Simon me lanza una tensa mirada que quiere decir: «Te dije que tendrías que haber hecho sexo anal». Terry sigue divagando. «Pero no todo son malas noticias, porque la peli de Carla, A ButtFucker in Pussy City, se llevó el primer premio. Son una peña estupenda, además, y he hecho buenas migas con ellos». Simon escupe con amargura y a punto está de decir algo, pero el siguiente mensaje le hace enmudecer. Es su madre, y está tan disgustada que se viene abajo por teléfono. Se levanta y se pone la chaqueta. «Tengo que ir a arreglar esto con mi madre».

«¿Quieres que te acompañe?», le pregunto.

«No, será mejor que vaya solo», dice mientras sale acompañado por Rab, que está ansioso por volver con su mujer y su hijo.

Me siento aliviada y me quedo sentada en el sofá, con la cabeza a punto de estallar y casi físicamente temblando al pensar en lo que estoy a punto de hacer.

80. CHANCHULLO N.° 18753

Estoy destrozado. Es como si todo lo bueno hubiera desaparecido y todo lo que queda estuviese patas arriba. Mi madre llora por el contestador, preguntando cómo el periódico puede contar impunemente todas esas horribles mentiras acerca de su hijo. Rab se acerca, es obvio que esto le divierte, pero estoy demasiado jodido como para que me importe. Pero me acerco por casa de mi madre y casi la convenzo de que no es más que una invención de gente envidiosa y que ya está en manos de mis abogados.

Menuda interpretación; mi indignación requirió reservas de energía que no sabía que tuviera. Me marcho pensando en Franco, en cómo el muy gilipollas la cagó de esa manera tanto para mí como para él.

Vuelvo a casa para estar con Nikki, mientras pienso en quién puede haberme delatado. La lista en mi cabeza se repite: Renton: Evidente que te cagas; Terry: Ese cabrón por pasar de él; Paula: Arpía a la que le dieron el soplo respecto a mis actividades; Mo: Quería quedarse con> el pub; Spud: Cabronazo yonqui envidioso; Eddie: Vejestorio> entrometido; Philip y su peña: ¡Pequeños hijos de puta!; Begbie: «Yo no soy un puto chota»: Me parece que esa mujer promete demasiado; Birrell: El primero en venir aquí a cachondearse; Renton otra vez: Un toque de despedida malvado de parte de ese cabrón infame…

Llamo a Mel y a Curtís a Cannes, para contarles que pronto volveré a montar algo y que sólo necesito un poco de tiempo para lamerme las heridas y devolvérsela a una escoria que me la ha jugado. «Entonces me pondré en contacto. Pero hasta ese momento, id a por todas y coged la pasta donde podáis. Pero ojo con lo que firmáis», les advierto.

En el principio del Walk, compro unas flores para Nikki y me planteo llevarla a cenar esta noche al Stockbridge Restaurant porque ha sido mi puntal, antes de salir por patas hacia Londres. Cuando regreso, ella ha desaparecido; habrá salido a comprar algo para preparar la cena. Ni hablar, a la mierda la policía y los de aduanas, quiero salir y mostrarles a todos que no estoy vencido. Esto no ha sido más que un revés temporal.

Veo una nota sobre la mesilla del café.

Simon:

Me voy a visitar a Mark y a Dianne. No nos encontrarás, eso te lo garantizo. Prometemos disfrutar de la pasta.

Con cariño,

Nikki

P. D.: Cuando dije que eras el mejor amante que había tenido jamás, exageraba, pero no lo hacías mal cuando te esforzabas. Recuerda, todos fingimos.

P. D. 2: Como decías tú acerca de los británicos, ver cómo le dan por culo a la gente se ha convertido en nuestro deporte favorito.

La leí dos veces. Me miro en silencio en el espejo de la pared. Entonces, con toda la fuerza de que soy capaz, le pego un cabezazo a la imagen refleja del imbécil que veo en él. El cristal se rompe y se desprende del marco, estrellándose y haciéndose añicos contra el suelo. Bajo la vista para mirar los pedazos rotos y veo cómo la sangre gotea sobre ellos como si fuera lluvia.

«¿Acaso existe un capullo viviente más estúpido que tú?», le pregunto lentamente al rostro ensangrentado que se ve en los fragmentos rotos. «Ahora encima siete años de mala suerte», me río.

Me siento en el sofá y vuelvo a coger la nota, dejando que tiemble en mi mano, luego hago una bola con ella y la arrojo al otro lado de la habitación.

¿Acaso existe un capullo viviente más estúpido?

Entonces se me viene a la memoria un rostro.

«Franco está maltrecho», me digo cruelmente a mí mismo, imitando a un traicionero senador romano de Hollywood de la película Espartaco. «Debo ir a verle».

Me pongo un vendaje en torno a la cabeza y me ato un pañuelo viejo alrededor. A continuación me dirijo hacia la Royal Infirmary en busca del pabellón de cuidados intensivos. Fuera, paso por una tienda de artículos de papelería del hospital y pienso en una tarjeta, pero en su lugar compro un grueso rotulador negro.

Recorro un largo y desierto pasillo, en esta parte victoriana del edificio, pensando en toda la miseria y los tormentos que habrán tenido lugar en esta casa del dolor. Noto una sensación de opresión en el pecho y el lugar me resulta frío. Han edificado un reemplazo moderno en Little France y están reduciendo la calidad del servicio aquí. Las luces parecen haberse debilitado mucho en este sector del hospital, y mientras subo por la escalera y mis zapatos chirrían ruidosamente en cada peldaño, me doy cuenta de que tengo miedo. Las cosas me dan vueltas en la cabeza y me aterra que haya podido recobrar la conciencia.

Cuando llego al pabellón, me siento más tranquilo. Parece que en un pabellón para seis personas, cinco vejetes que parecen acabados y Franco, que está ahí tendido inconsciente, sólo hay una enfermera de guardia. Tiene un aspecto inerte y amarillento, como si fuera ya cadáver. No le han enchufado a un respirador, pero a simple vista resulta difícil apreciar respiración alguna. Está enganchado a tres tubos. Dos que al parecer entran, para la solución salina y la sangre, y otro que sale para los

meados.

Soy su única visita. Tomo asiento cerca de él. «Pauvre, pauvre, Frangois», le digo a la figura aletargada envuelta en vendajes y yeso. En algún lugar ahí dentro se encuentra Begbie.

Está acabado del todo. Leo sus cuadros médicos. «Esto tiene muy mala pinta, Frank. La enfermera dijo: “Está muy mal, necesitará mucho tesón para salir de esta”. Yo le dije: “Frank es muy luchador”».

Miro la bolsa de plasma a la que está conectada un tubo que va a parar a sus venas. Capullo estúpido. Debería mear en una botella de leche y meter el tubo dentro. En vez de eso, cojo el rotulador y escribo unas líneas afectuosas en la escayola mientras charlo con él. «Me la volvió a jugar, Frank. La cagué, olvidé una lección muy importante: nunca se vuelve sobre el pasado. A otra cosa. Tienes que pasar a otra cosa o acabas como…, bueno, como tú, Frank. Me sienta bien verte así, Franco. Sienta bien saber que siempre hay algún capullo hecho polvo y lamentable que está peor que tú», digo con una sonrisa, mientras admiro mi obra: MARICONA.

«¿Recuerdas la primera vez que nos conocimos, Frank, la primera vez que me hablaste? Yo sí. Estaba jugando al fútbol en los Links con Tommy y otros chavales del bloque. Entonces aparecisteis vosotros. Creo que Rents y Spud entre ellos. Aún íbamos a la escuela primaria. Fue el fin de semana después de que los Hibs perdieran por 4 a 2 ante la Juventus. Altafini metió tres golazos de alucinar. Tú te acercaste y me preguntaste si era un puto espagueti. Yo te dije que era escocés. Entonces Tommy, que intentaba ayudar, va y suelta: “La que es italiana es su madre, ¿no, Simon?” Me cogiste del pelo y me lo retorciste mientras decías algo ingenioso, del estilo de “Arriba Escocia, joder” y “Esto es lo que hacemos con los asquerosos hijos de puta italianos”, mientras me llevabas a dar un humillante paseo, gritándome a la cara: “Durante la puta guerra fuisteis unos cagaos” y todo eso. Yo intentaba gritar que era de los Hibs, que les había estado animando como un loco cuando Stanton nos puso por delante en el marcador por 2 a 1. De nada sirvió, tuve que aguantar tu chulería insensata y brutal hasta que te aburriste y optaste por otro blanco. Y adivina quién te daba cuerda en aquella ocasión, animándote a ser el hijo de la gran puta, la crueldad brillándole en la mirada. Sí, Renton lucía una sonrisa más ancha que Victoria Dock, el muy cabrón».

Pero Franco se limita a quedarse ahí tirado, con su odiosa y retorcida boca de bobalicón bien cerrada.

«Todo iba a pedir de boca, Frank. ¿Alguna vez te has sentido así, Frank? ¿Qué estabas en forma, arrasando, y entonces llega algún cabrón que te lo quita todo haciendo trampas? Porque algunas reglas tiene que haber, Franco. Ni siquiera tú le harías eso a uno de los tuyos. Sé que yo no lo haría. Si llevas un negocio como está mandado, una operación de verdad, hace falta confianza. Yo me monto mis

jueguecitos, Frank; tú nunca lo entenderás, pero yo soy más guerrero de lo que tú serás nunca. Creo en la lucha de clases. Creo en la guerra de los sexos. Creo en mi tribu. Creo en ese sector justo, inteligente y enterado de la clase trabajadora frente a las masas cretinizadas de encefalograma plano así como la mediocre y desustanciada burguesía. Creo en el punk rock. En el Northern Soul. En el acid house. En lo mod. En el rocanrol. También creo en el rap y en el hip-hop justicieros y precomerciales. Ese ha sido mi manifiesto, Franco. Rara vez, si es que alguna vez lo has hecho, has encajado tú en él. Sí, admiro tus instintos de forajido, pero el rollo matón-psicópata me deja frío. Sus groseras banalidades ofenden mi sentido del buen gusto. Pero Renton… yo pensaba que Renton compartía mi perspectiva, mi perspectiva punk. Pero ¿él qué es? Scruffy Murphy con cerebro y aún menos escrúpulos».

Me pregunto si este capullo podrá oírme. Ni de coña, este no se vuelve a despertar jamás, y si lo hace lo hará en plan vegetal total. «Estoy muy desilusionado, Frank. ¿Sabes lo que me quitó ese cabrón? Te lo diré en términos sencillos, para que tú me entiendas: sesenta y tantos mil de los grandes. En efecto, eso hace que tus tres grandes parezcan la bagatela que son en realidad. Pero el dinero no significa nada. Se llevó mis sueños, Frank. ¿Lo entiendes? ¿Lo pillas? ¿Hoo-laa? ¿Algún capullo en casa? No. Eso me parecía».

¿Alex McLeish?

El expediente disciplinario de Begbie es del todo lamentable y cuesta imaginar que alguien le dé una segunda oportunidad a estas alturas.

Estoy seguro de que cualquier persona consciente refrendaría tan juiciosos comentarios, Alex, y para serte franco, yo iría más lejos: yo acusaría a Francis Begbie de causar el descrédito de este deporte. Y hablando de ser Francos, oigamos lo que tiene que decir otro célebre Frank que también ejerce su oficio en Leith. ¿Franck Sauzee?

Eso es, como disen ustedes, bien ciegto. Monsieur Begbie es muy luchadog pego sin savoir faire. Pego no se le puede quitag la agresividad a su fogma de jugag, pues ya no seguía él mismo.

Sigo garabateando distraídamente sobre la escayola de Frank con el rotulador mientras paso el día con él. SOY UN COMEPOLLAS.

«Y sin embargo ayudé a ese hijoputa de Renton. Le mantuve alejado de tus putas garras. ¿Por qué? Quizá por aquella vez en Londres cuando te fuiste de la olla y me acusaste de estar conchabado con él. Me pegaste un puñetazo y me partiste un diente. Me desfiguraste. Tuve que ir a que me lo reconstruyeran. Ni siquiera recibí una puta disculpa. Pero cometí un error que te cagas al mantenerle alejado de ti. Nunca más. Le encontraré, Frank, y juro que si consigues salir de este coma y reparar tu cuerpo destrozado, serás el primero, sin excepción, en conocer su paradero».

Me inclino sobre el puto títere baboso. «Que te restablezcas pronto… Pordiosero.

Siempre quise llamarte eso a la ca…». Y el corazón casi se me sale por la boca cuando algo me agarra de la muñeca. Bajo la vista y es su mano, que la tiene atenazada. Y cuando vuelvo a levantarla, tiene los ojos abiertos y esas brasas encendidas de animadversión se asoman directamente a mi ser interior, lastimado y penitente…



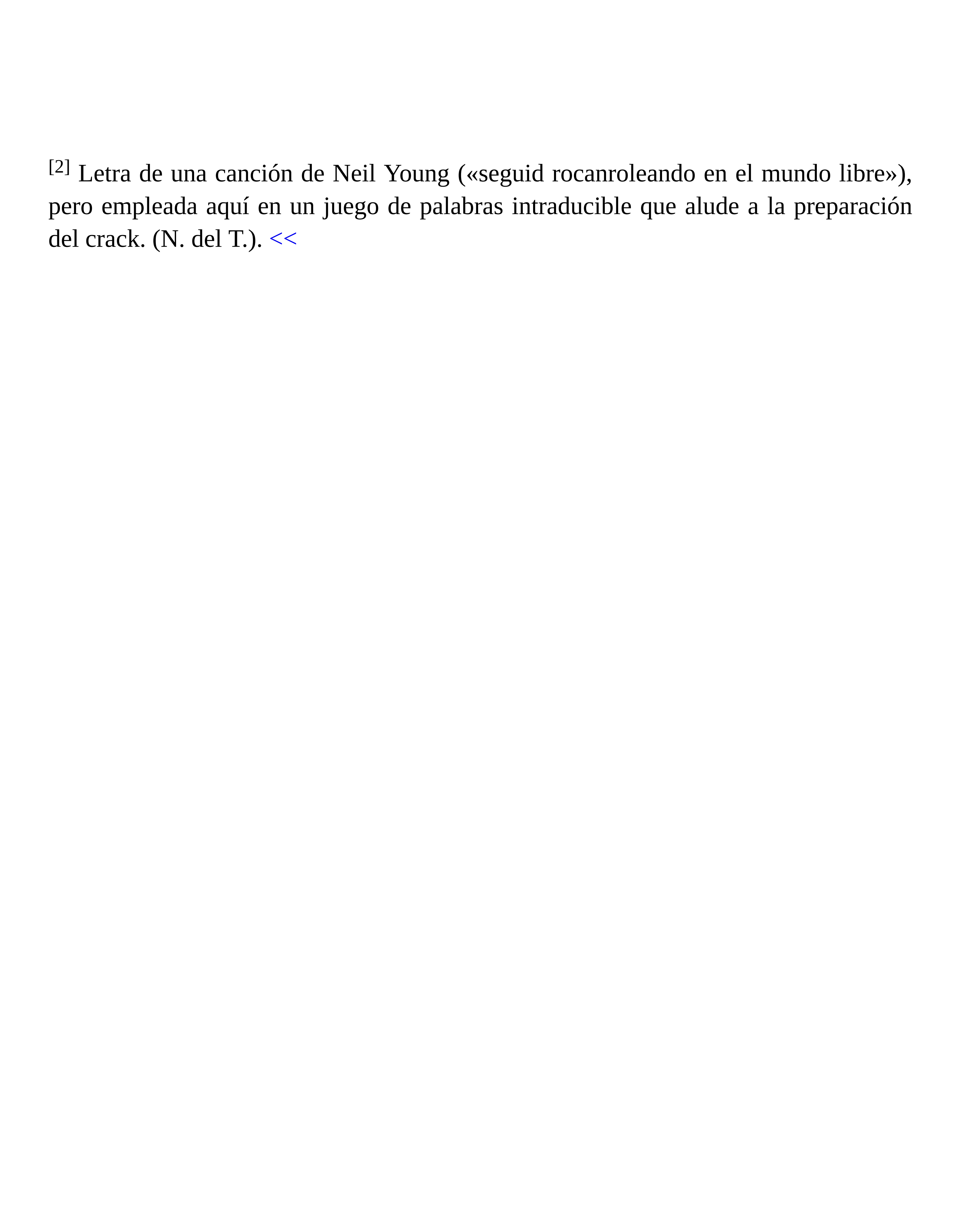
IRVINE WELSH. Escritor y dramaturgo escocés, Irvine Welsh es un autor contemporáneo conocido a nivel internacional por su obra *Trainspotting*, adaptada al cine con gran éxito en 1996 por el director de cine Danny Boyle.

Considerado un autor de culto, Welsh abandonó la cultura punk londinense a finales de los años 70 del siglo XX para estudiar informática y dedicarse a la compraventa inmobiliaria. Tras volver a Edimburgo publicó su primera novela, *Trainspotting* (1993), que se volvió un éxito de ventas y críticas pese a la polémica que levantó tras su éxito en todo el mundo tras el estreno de la película.

Welsh ha publicado varios libros hasta la fecha caracterizados por transcribir fonéticamente el habla escocesa y sus dialectos, experimentando también con las tipografías y ahondando en la vida diaria, sucia y realista, de la sociedad en la que creció.

Notas

[1] Tribu urbana cuyos miembros acostumbran a ir desaseados, con largas melenas rastas y acompañados de perros. Podría traducirse como «costroso». (N. del T.). <<



[2] Letra de una canción de Neil Young («seguid rocanroleando en el mundo libre»), pero empleada aquí en un juego de palabras intraducible que alude a la preparación del crack. (N. del T.). <<



[3] Apodo despectivo para referirse a los seguidores del Hearts of Midlothian Football Club, uno de los dos principales equipos de Edimburgo. (N. del T.). <<



[4] Apodo despectivo para referirse a los naturales de Glasgow. Es apócope de Glaswegian. (N. del T.). <<



[5] Término empleado por los ingleses para referirse a los escoceses y cuyo roño oscila entre despectivo y desenfadadamente paternalista. (N. del T.). <<

[6] Principal arteria de Leith. (N. del T.). <<



[7] El «Sean» en cuestión es Sean Connery, quien padece un ligero defecto del habla que Sick Boy gusta de imitar. (N. del T.). <<

[8] Brown sugar: variedad de heroína. (N. del T.). <<

[9] Young Leith Team: banda juvenil de los años setenta. (N. del T.). <<

[10] Capital City Service: banda de casuals seguidores del Hibernian F. C. de Edimburgo. (N. del T.). <<



[11] Denominación despectiva de los Glasgow Rangers, y por extensión de los protestantes en general. (N. del T.). <<

[12] Denominación informal dada a los naturales de Birmingham. (N. del T.). <<

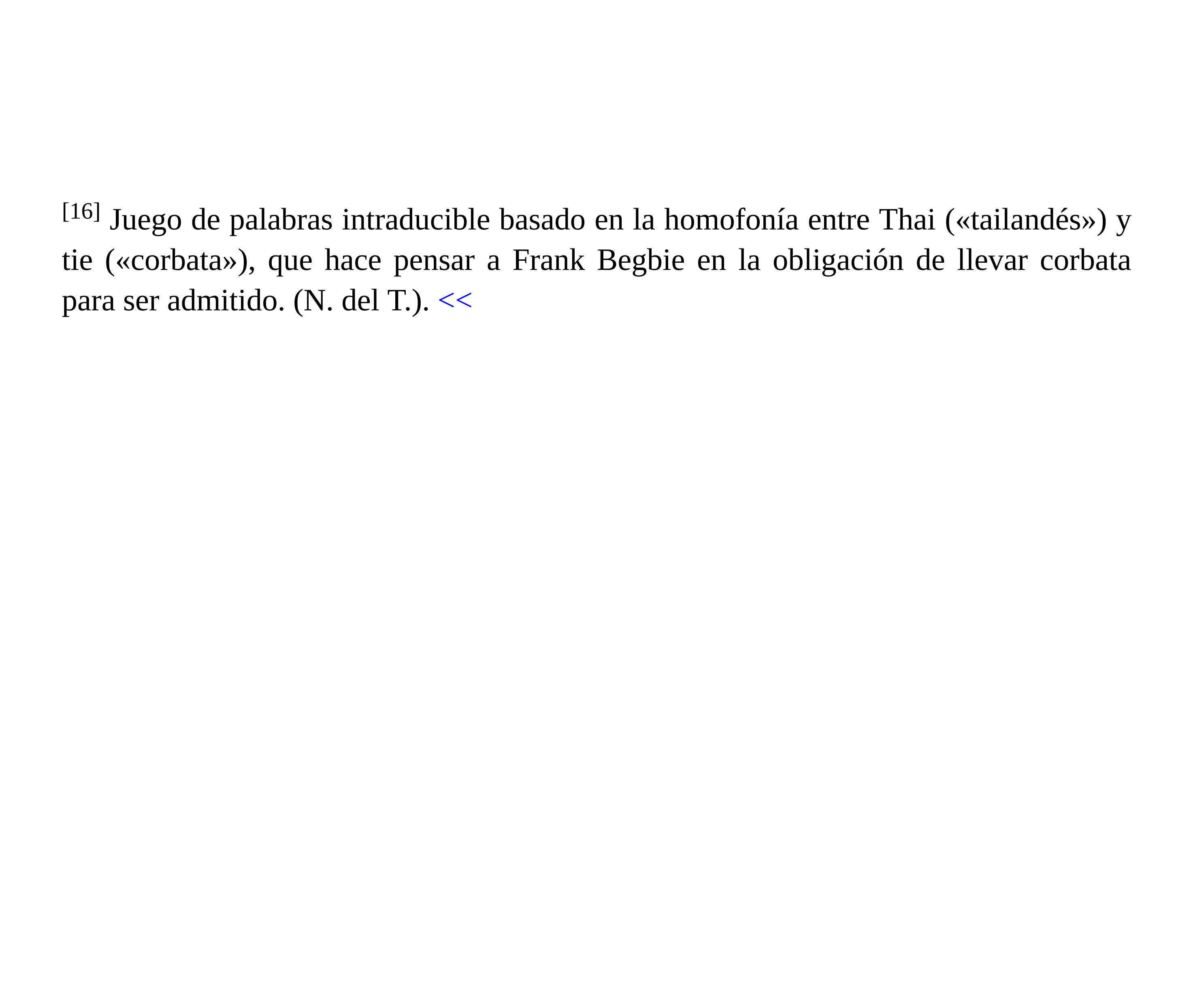
[13] Actual entrenador de los Glasgow Rangers. (N. del T.). <<



[14] Juego de palabras intraducible basado en la homofonía entre peas («guisantes») y pees («pises»). (N. del T.). <<



[15] Denominación despectiva para los chinos y, por extensión, de los restaurantes chinos. (N. del T.). <<



[16] Juego de palabras intraducible basado en la homofonía entre Thai («tailandés») y tie («corbata»), que hace pensar a Frank Begbie en la obligación de llevar corbata para ser admitido. (N. del T.). <<

[17] Denominación coloquial de las tiendas de fish and chips. (N. del T.). <<

[18] Alusión al título de una célebre canción irlandesa. (N. del T.). <<



[19] En transcripción cockney: «Yo sí que lo sé, puto gilipollas, pero está claro que tú no». (N. del T.). <<

[20] Scruffy: «harapiento, piojoso». (N. del T.). <<



[21] Alusión a la novela de Stephen King y también al LP de The Ramones de idéntico título. (N. del T.). <<

[22] Denominación burlona inglesa para Escocia. (N. del T.). <<

[23] En argot, equivalente de «chocho/s». (N. del T.). <<

[24] Contracción del argot rimado Sherman Tank (Yank): «yanqui». (N. del T.). <<



[25] Denominación despectiva para los holandeses alusiva al sonido producido por los zuecos. (N. del T.). <<



[26] Diminutivo de casuals, jóvenes informalmente vestidos que acuden a los partidos de fútbol con ánimo de alborotar y provocar incidentes. (N. del T.). <<

[27] Argot rimado: Christopher Reeve por peeve («priva»). (N. del T.). <<

[28] Fecha de la derrota histórica de los católicos a manos del rey Guiller mo de Orange en la batalla de Boyne conmemorada todos los años el 12 de julio. (N. del T.). <<

[29] Argot rimado: Salisbury Crag por skag: «jaco». (N. del T.). <<



[30] Argot rimado: Nat King Colé por hole («agujero»). To get one’s hole («echar un polvo»). (N. del T.). <<



[31] Juego de palabras intraducible basado en la homofonía entre Kant y cunt (que se puede traducir por «cabrón»). (N. del T.). <<



[32] Actor cómico británico especializado en interpretar a ineptos canallas de clase alta durante la década de los cincuenta. (N. del T.). <<



[33] Mote germanófobo de procedencia norteamericana acuñado durante la Segunda Guerra Mundial. (N. del T.). <<



[34] Subgénero de cine pornográfico que se distingue por la eliminación casi completa del guión. (N. del T.). <<

[35] Antiguos jugadores del Hibernian FC (N. del T.). <<



[36] Heriot Watt, universidad de Edimburgo con solera, cuyo nombre retuerce Sick Boy hasta convertirlo en «coño peludo». (N. del T.). <<

[37] Diversas series policíacas locales y nacionales. (N. del T.). <<

[38] Argot rimado: Lou Reed por speed. (N. del T.). <<



[39] Las siglas SFA (Scottish Football Association) son también las de Sweet Fuck All: «Una Puta Mierda». (N. del T.). <<



[40] Alusión a una de las promesas electorales del gobierno conservador de John Major. (N. del T.). <<

[41] «Fm in the mood:» célebre tema del bluesman John Lee Hooker. (N. del T.). <<



[42]Mote despectivo para los irlandeses y, por extensión, los descendientes de irlandeses. (N. del T.). <<



[43] Variedad de cerveza de barril dulce y muy gasificada. Es de intro ducción bastante reciente. (N. del T.). <<

[44] Juego de palabras intraducible, basado en la homofonía entre whaler («ballenero») y wailer («alguien que gime» y nombre del grupo de Bob Marley). (N. del T.). <<



[45] Juego de palabras basado en la homofonía de bitter seamen («marineros amargados») y bitter semen («semen amargo»). (N. del T.). <<

[46] En las verdes praderas laderas del Boyne / donde los orangistas se unieron a William / y lucharon por nuestra gloriosa liberación / en las verdes praderas laderas del Boyne / los orangistas han de ser leales y firmes / porque suceda lo que suceda / hemos de recordar nuestro grito de guerra: «¡Rendirse jamás!» / «y recordar que Dios está de nuestro lado». (N. del T.). <<

[47] Denominación de argot para Londres. (N. del T.). <<

[48] Argot rimado: Lee Van Cleef por («sordo»). (N. del T.). <<